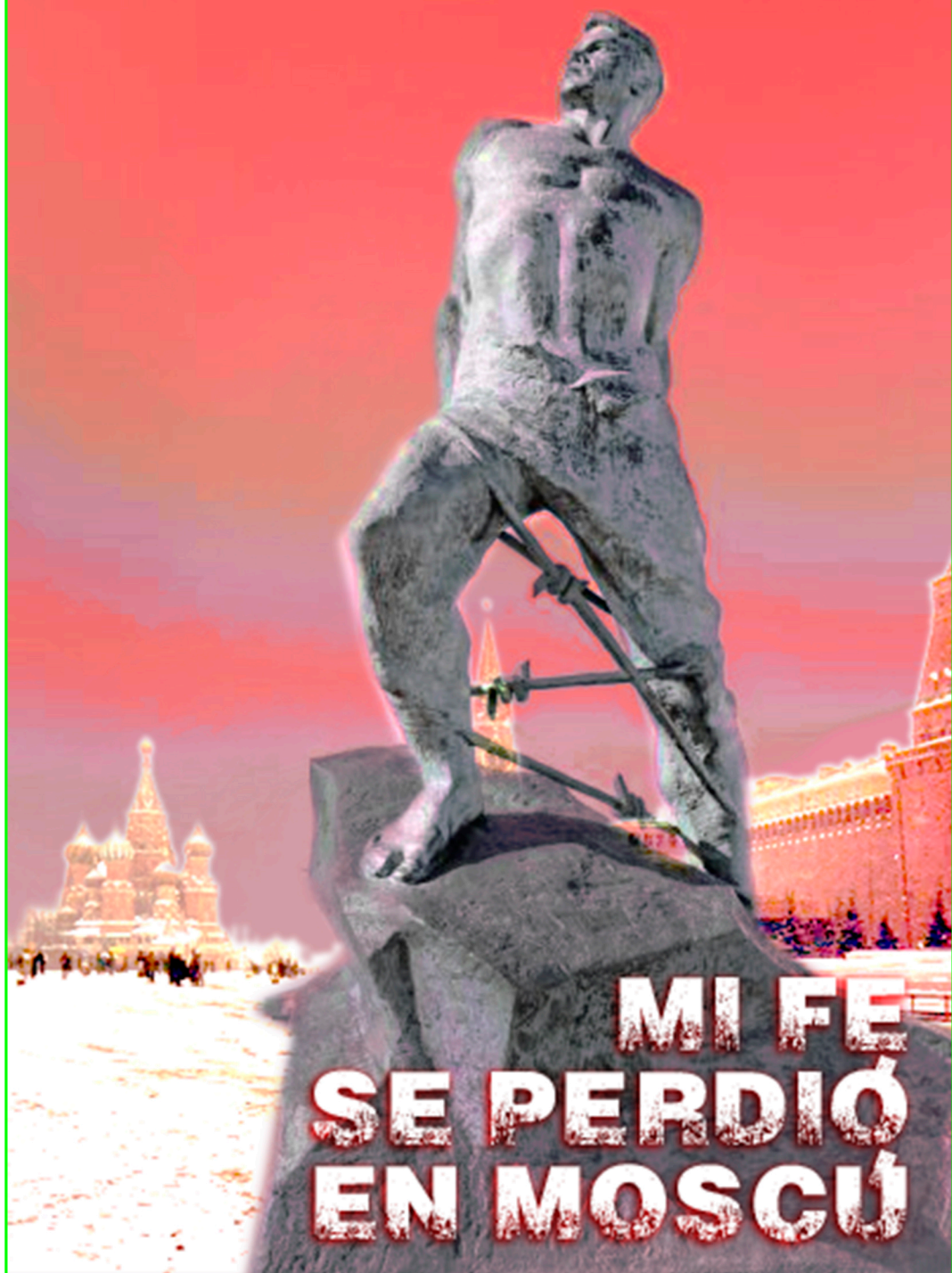


Enrique Castro Delgado



El inapreciable valor documental y humano que supone *Hombres made in Moscú* sobre unos años tan trascendentes para la historia española de este siglo como fueron los comprendidos entre 1936 y 1939, se ve continuado por su autor, Enrique Castro Delgado, en este libro *Mi fe se perdió en Moscú*, el cual nos atrevemos a asegurar que constituirá un impacto seguro para todo lector interesado en los hechos políticos, sus causas y consecuencias.

Mi fe se perdió en Moscú es el relato de los seis angustiosos años que vivió el autor en dicha ciudad, desde su partida de España en 1939 hasta su traslado a México. El título del libro ya indica su contenido y su argumento. La profunda desilusión de Castro ante lo que él creía el paraíso en la Tierra, se ve reflejada en estas páginas desoladoras y terribles. El frío, el hambre y el terror fueron los compañeros inseparables de Castro durante todo ese tiempo. «Moscú es para mí un gran presidio y yo para Moscú un preso más». Éste es el fondo del pensamiento de Castro. Su estancia en esa enorme ciudad, grande como fría y extraña, su contacto con los otros compañeros –Hernández, José Díaz, Dolores Ibárruri, Togliatti, Thorez–, aparecen descritos en estas páginas con terrorífica exactitud.

Mi fe se perdió en Moscú es una de las confesiones más escalofrantes y uno de los documentos más reveladores sobre la extinta Unión Soviética.

Mi fe

4a.

Edición

se perdió

en Moscu

Por Enrique Castro Delgado.



Enrique Castro Delgado

MI FE SE PERDIÓ EN MOSCÚ

Título original: Mi fe se perdió en Moscú

Enrique Castro Delgado, 1957

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

CONTENIDO

A MANERA DE PRÓLOGO

PRIMERA PARTE. MI LLEGADA AL PAIS DE LA FELICIDAD

1939. PRIMER AÑO: FRENTE A FRENTE...

1940. SEGUNDO AÑO: LA FELICIDAD ENCADENADA

SEGUNDA PARTE. LA GUERRA COMIENZA

1941. TERCER AÑO: LA DEFENSA DE UN FANTASMA: EL SOCIALISMO

1942. CUARTO AÑO: LA MUERTE SOVIÉTICA

1943. QUINTO AÑO: LA KOMINTERN SE PREPARA PARA LA POSGUERRA

TERCERA PARTE. LA CONDENA

1944. SEXTO AÑO: EL CERCO DEL HAMBRE

1945. SÉPTIMO Y ÚLTIMO AÑO

ACERCA DEL AUTOR

A MANERA DE PRÓLOGO

Este libro que hoy presentamos a nuestros lectores, es la segunda parte de *Hombres made in Moscú*. Sin embargo, fue escrito doce años antes. Se escribió entonces porque era un momento en que se hacía más necesario que nunca mostrar la verdadera faz de la Unión Soviética, del Partido Comunista de la U.R.S.S., de la Komintern y, aunque parcialmente, del movimiento comunista en general. Era el momento, porque, con motivo de la alianza contra el fascismo germano-italiano, en la que participó la Unión Soviética, ésta aparecía ante el mundo como un nuevo paraíso, como un oasis de justicia social y libertades políticas, como un nuevo mundo sin desigualdades y sin clases, y su jefe, Stalin, como el padre de los pueblos, como el gran constructor de una nueva sociedad. Esto influía más en la opinión pública mundial que los resultados de las conferencias de Yalta y Potsdam, que no eran otros que la entrega al comunismo de una gran parte de Europa y de otros espacios y, con ello, el nacimiento de un nuevo imperialismo. Ésta es la razón esencial por la que Enrique Castro Delgado escribió primero *Mi fe se perdió en Moscú* que, cronológicamente, debía ser y es la continuidad de *Hombres made in Moscú*, al que debía seguir el libro que cerrara esta

trilogía bajo el título de *La penitencia de los apóstatas*, que el autor no pudo llevar a término antes de fallecer en 1965.

El valor de este libro reside en que mucho o todo de cuanto en él se dice, fue más tarde confirmado por el informe de Nikita Kruschev en el XX Congreso del Partido Comunista de la U.R.S.S., por la llamada desestalinización y por el cisma ruso-chino y la crisis del movimiento comunista internacional actual.

Mi fe se perdió en Moscú es una confesión al desnudo, una visión de lo que un entonces comunista vio en sus años de estancia en el mencionado país, al que ayer y hoy todavía se le ve por muchos como un nuevo mundo, cuando no es nada más que la expresión de lo peor del mundo.

PRIMERA PARTE

MI LLEGADA AL PAIS DE LA FELICIDAD

1939. PRIMER AÑO: FRENTE A FRENTE...

I

Al fin estoy en Moscú: «Hotel Lux», calle de Gorki, 10, habitación 39. Se han acabado los viajes, el reposo, y ha comenzado la nueva vida. Desde hoy soy un funcionario de la Komintern, en mi calidad de representante del Partido Comunista de España. Cada día, a las ocho de la mañana, un autobús especial me llevará hasta la Komintern: un edificio en forma de U, rodeado de altos muros con pedazos de vidrio en la parte superior, complementados con alambre de espino. Todas las tardes, el mismo autobús me volverá al hotel. Cada mañana deberé enseñar a la guardia –uniformes caqui y pistola al cinto– mi carnet; cada tarde tendré que volver a mostrarlo para poder salir. Y entre este espacio de tiempo –nueve de la mañana a seis de la tarde– tendré que enseñarlo muchas veces: tantas como entre y salga del pabellón donde está mi despacho; tantas como tenga que entrar o salir de los otros pabellones que constituyen la gran ciudadela del Estado Mayor de la Revolución Mundial.

Me han explicado con todo detalle y mucha seriedad la importancia de este requisito. Posiblemente se han esforzado tanto porque existe una idea muy extendida de que los españoles somos gentes poco disciplinadas.

Este carnet de tapas rojas, de nueve centímetros de largo por seis de ancho, me sirve para entrar y salir de la Komintern; para entrar y salir del hotel donde vivo. ¡Vale mucho! Mucho más que el documento que me han dado las autoridades soviéticas para residir en el país. En este documento soy un español sin ciudadanía, que está obligado cada tres meses a presentarse a la policía para prorrogar la autorización por otros tres. Este documento tiene poco valor: en él soy un extranjero al que no se le considera ni ciudadano soviético, ni ciudadano de su propio país. Soy un hombre «sin ciudadanía». No soy yo solo. En este mismo caso se encuentran todos los emigrados españoles y no pocos rusos a los que por diversos delitos –políticos o comunes– les han quitado lo que no creía que pudiera quitarse. Esto es origen para mí de no pocas situaciones desagradables. Cada vez que tengo que enseñar los documentos –y no son pocas– y ven «sin ciudadanía», comienzo a parecer sospechoso. Sin embargo, con el pequeño carnet de tapas rojas, ¡qué distinto es todo! Tengo el mismo nombre que en el documento de residencia: Luis García (la conspiración me ha privado hasta de mi propio nombre), pero mientras que en el documento de identidad soy un «sin ciudadanía» en este otro soy «un funcionario de la Komintern».

Desde la pequeña habitación del hotel veo la parte sur de la calle de Gorki; enfrente, pequeñas casas que han comenzado a derribar; un poco más a la izquierda el edificio del Soviet de

Moscú, viejo caserón pintado de rojo; luego, hacia el fin de la calle, el «Hotel Nacional», la Biblioteca de Lenin, parte de la Plaza Roja y las torres del Kremlin. Cuando dejo de mirar a la calle doy vueltas y más vueltas por la pequeña habitación, como si pretendiera darme cuenta de cuáles han de ser en el futuro las dimensiones de mi vida privada: un cuadrado, dos ventanas y un mirador; una mesa de despacho con teléfono; una estatua de bronce de la que falta un brazo, y un viejo sillón; además, una cama alta, con bolas de metal, y un sofá; un armario, detrás del cual hay un lavabo cuyo depósito se debe llenar con extraordinaria frecuencia... Y es todo. Husmeo y no encuentro esas pequeñas cosas indispensables para vivir: no hay vajilla, ni cacharros de cocina.

Allá lejos, a cuarenta y cinco minutos de autobús, tengo otra pequeña habitación, pero es distinta: el cuadrado es más pequeño; en vez de una mesa de despacho hay dos; en vez de dos ventanas y un mirador, una sola ventana que da a un patio en el que se amontonan los residuos de las calderas de la calefacción, y dos grandes retratos frente a frente: Lenin y Stalin... En ella deberá desenvolverse mi vida política.

Pero estoy en Moscú...

Mientras ando de un lado para otro, aguardando a Esperanza que debe llegar de Planiernaia, casa de reposo adonde nos llevaron desde la estación, mis pensamientos vuelven hacia atrás. Es difícil despojarse rápidamente de recuerdos que entraron al rojo vivo entre nosotros. Cierto es que todo parece muy lejano, aunque de ello sólo me separan meses; mas a pesar de esa lejanía de horizonte, se ve, diría que con claridad

microscópica, todo lo que fue agobiador y torturante... Madrid con un gesto distinto y una gran tragedia sobre sus casas y sus hombres... La frontera: columnas interminables de hombres y cosas... Guardias Móviles: comercios sin escaparates y sin precios fijos y vendedores y compradores; Guardias Móviles, comerciantes de artículos robados en amena charla y regular intercambio.

El Gobierno francés ha anulado el derecho de propiedad a los refugiados españoles. ¡No necesitan nada! Campos de concentración y refugios, los hay a montones en el sur de Francia.

El mundo se siente atraído por las cifras que da la Prensa francesa: «A Francia le cuesta seis millones de francos diarios el mantener a los refugiados». El mundo no ve o no quiere ver el negocio del gobierno francés y de muchos franceses, que han lanzado a sus Guardias Móviles sobre una masa indefensa de medio millón de españoles.

Sigue la cadena de mis recuerdos...

La separación: unos a los campos de concentración y a los refugios; otros, fugitivos, a perderse por las ciudades y los pueblecitos de Francia.

Con Líster a París, después de nuestro regreso de la zona Centro-Sur. No ha querido privarse de sus patillas, ni de su boina, ni tampoco de los pantalones de su uniforme de coronel. Cree en la democracia francesa y cree también en la adoración de franceses y francesas hacia las grandes personalidades. Sus patillas, su boina y sus pantalones de

uniforme nos han conducido a la Sûreté Nationale. Ni aun entonces, perdió Líster la fe en la democracia francesa. Y cuando el jefe de la policía le hizo saber que era un gran aficionado a coleccionar fotografías de grandes figuras, Líster, tosca, pero cortésmente, le obsequió con un retrato en el que destacaban sus patillas y sus tres barras de coronel.

Esto no impidió que nos echaran de París. Después, residimos en Chatillon-sur-Loire: un pequeño pueblo, un pequeño hotel de unos argelinos y un desfile interminable de días grises. De vez en cuando la visita de un diputado comunista francés, que nos aconsejaba paciencia y no quebrantar la orden de residencia del jefe de la Sûreté Nationale. Planeación y breves escapadas a París, y leer y leer periódicos con la esperanza de encontrar la noticia del despertar de Francia.

Muy poca correspondencia. Con mis dos hermanos concentrados en Argelés y con mi madre, hermana y cuñadas. Después una visita a Clermont-Ferrand para verlas encerradas en un refugio en el que los Guardias Móviles husmean día y noche sobre la carne joven de cientos de mujeres, en espera de un desfallecimiento físico o moral.

Al fin una llamada de París para Líster. Franco le acusa de crímenes y se habla de que pedirá su extradición. Tan sólida es la democracia francesa, que algunos de sus componentes, los dirigentes del Partido Comunista de Francia, le sacan precipitadamente de las riberas del Loire para embarcarlo horas después con rumbo a Leningrado. Después soy llamado yo. Llegada a París; encuentro en un pequeño café y desde allí al Consulado soviético. Por la tarde, la estación; encuentro y

despedida de Margarita Nelken; horas después a El Havre y, por último, un pequeño barco en cuyo mástil ondea una bandera con la hoz y el martillo. Por una rampa a la cubierta; desde la cubierta a los camarotes colectivos. Todo es triste en estos días: cielo plomizo, alejamiento de España, abandono de los nuestros y una frialdad mortal que envuelve al Siberia y a sus tripulantes.

No creo que sea una ilusión, pero no estoy muy seguro. Posiblemente hace sol; quizás el alejamiento de España ni será mucho ni largo; ¿quién quita que no abandone a los míos sino que simplemente me aleje de ellos, y por qué no pensar también que no hace frío ni hay frialdad en el Siberia y en sus hombres?

Al otro día, un gran buque de pasajeros que atraca detrás de nosotros. De todas los sitios cuelgan banderas; en todas ellas hay una cruz gamada y en todos nosotros una angustia que araña la garganta. Pero este encuentro me hizo comprender que por encima del dolor de los que lucharon y sufren el tormento de la derrota están las relaciones diplomáticas.

El 24 de abril zarpamos. Al otro día el capitán nos dio un cuarto independiente para Esperanza y para mí.

Había que sobreponerse. Una derrota no siempre es el fin. No podíamos hacer de nuestro camarote una celda. Había que pasear, hablar. Paseamos y comenzamos a conversar con los españoles y con los rusos. Con los primeros, de nuestra tragedia; con los segundos, de nuestro futuro... un futuro del que sólo nos separaban seis días de navegación.

Un viaje sin grandes cosas: un barco español llevando a Franco mineral sueco, un mar rizado, unas horas de molestia, y un mitin con motivo de la proximidad del primero de mayo, en el que hablamos un poeta alemán, el comisario del barco y yo. El 30 de abril, flanqueado por las costas de Finlandia y de la U.R.S.S., el estrecho pasillo que nos conduce a Leningrado.

Kronstad: siluetas de soldados con el fusil al hombro; barcos de guerra y submarinos en reposo... gris. Gris el cielo, los capotes, los barcos.

Una motora se acerca al costado del Siberia. Marineros con capotes negros suben por la escalera. Entregamos los documentos, abrimos los equipajes y esperamos. Una espera que sólo interrumpió la entrada de una mujer de uniforme preguntando precipitadamente, en un español aprendido no menos precipitadamente: «¿Traen libros?». Luego un desembarco en una estación marítima de madera, en la que hay múltiples banderitas, poca gente y algunos escaparates donde no se vende lo que se enseña. Los delegados del Socorro Rojo internacional se apoderan de nosotros. Todo está previsto: dormiremos en el tren que ha de llevarnos a Moscú; al otro día presenciaremos el desfile frente al Palacio de Invierno; visitaremos una escuela de niños españoles y más tarde al tren otra vez, pero esta vez para llevarnos a la capital soviética.

Todo fue muy rápido. Desde una tribuna especial presenciaremos el desfile: magnífico ejército y magníficos equipos; las armas de que carecimos durante treinta y dos meses...

Después desfiló el pueblo y con él el primer contraste. Mas era comprensible: en el orden de las necesidades nacionales ocupa el primer lugar la defensa.

Fueron muchas horas de ver pasar ejército y pueblo.

Terminado el desfile, nos llevan a ver la ciudad. Una traductora del Intourist nos va explicando cuanto pasa ante nosotros... Allí, el balcón desde donde Lenin habló a los obreros a su regreso de Finlandia... Allí la estatua de Pedro el Grande... Allí el Palacio de Invierno... Allí... Allí... Y después una casa de ladrillo: es la escuela número 5, donde estudian niños españoles.

Gran comida, canciones y bailes rusos y, por último, un mitin... Luego el tren y treinta y seis horas más tarde en Moscú, es decir, en la capital del nuevo mundo.

Sí, ya estoy en Moscú.

El mundo capitalista queda allá, con su miseria, con su explotación. He salido de un infierno. Ahora estoy en el país del socialismo, en el país donde todos somos iguales.

Mis sueños se han convertido en realidad.

Ayer todo lo veía a través de los libros y revistas; desde hoy veré el nuevo mundo a través de los hombres y las cosas.

Tengo dos cuartos, con dos medidas y dos funciones.

Y desde hoy a trabajar. Pero, ¿cuál va a ser mi trabajo? Me han dado casa, un despacho, un documento grande y otro pequeño, he sido nombrado representante del Partido Comunista de España en la Komintern, pero todavía no sé lo que tengo que hacer. Cierto que en un país donde 180 millones de personas construyen el socialismo, uno más no importa mucho..., pero ese despacho con teléfono, ese armario con tantos libros...

Sí; tengo que trabajar, si no, ¿para qué me han dado ese despacho? Tengo que trabajar, porque, además de un despacho con dos mesas, teléfono y un armario lleno de libros de los clásicos, soy un colaborador del Estado Mayor.

Bien, mañana hablaré con Geroe¹ o Stepanov. Uno es húngaro, el otro búlgaro.

El primero es secretario político de Manuilski; el segundo lo es de Dimitrov. Los dos fueron delegados de la Internacional Comunista en España. Me conocen y les conozco. Sí, ellos me dirán. Al fin y al cabo ellos... son ellos.

Me he levantado lleno de optimismo. He descansado y hace sol. Dejo a Esperanza frente a la tarea de organizar nuestra vida y salgo a la calle. El autobús nos espera. Mucha gente. Soy una novedad. Se habla en muchos idiomas, pero se mira en una sola dirección. Diez minutos, veinte, cuarenta...

1 Geroe: el hombre fuerte de Hungría cuando la insurrección nacional del pueblo húngaro. Él fue quien llamó a las divisiones del Ejército Rojo para apuntalar el régimen que se tambaleaba.

Al fin, el autobús entra en el recinto de la Komintern. Me alegro. Ha terminado la pequeña tortura de oír que hablan de uno sin saber lo que dicen. Ya estoy en el despacho. Me siento y fumo.

Me gustaría hablar por teléfono, pero no sé qué número quiero, ni con quién hablar, ni qué decir.

A las diez, una mujer entra con una bandeja: un vaso de té, dos manzanas y un bollo. Termino. Me levanto y me acerco al armario. Hay muchos libros y todos en español. Pero no siento ganas de leer. Quiera hablar con Geroe o Stepanov; quiero saber qué tengo que hacer; quiero hacer algo. Pero, ¿cómo verlos?

A las once llega a mi despacho Chapiro. Es un traductor de la Sección de Prensa y Propaganda. Ha estado varios años en Cuba y habla bastante bien el español. Me trae unos periódicos de América Latina para que les dé un vistazo. Le expongo mis deseos de hablar con Geroe o Stepanov..., pero me mira y no contesta. A la una viene a buscarme para ir al comedor. Me orienta sobre el menú y pide lo que cree que más pueda gustarme.

El comedor es una gran sala rectangular con pequeñas mesas para cuatro personas y un gran retrato de Dimitrov² en el fondo. Aquí la gente come despacio y habla rápido. Los que menos hablan son los finlandeses... Todo esto es una pequeña torre de Babel.

2 Dimitrov: representante de la Internacional Comunista en Alemania hasta la subida de Hitler. Fue acusado del incendio del Reichstag y nombrado Secretario General de la Komintern a su regreso a Moscú.

La tarde transcurre lenta. Fumo y fumo. La atmósfera de mi pequeño despacho me recuerda los viejos cafés madrileños. Siento el cuarto como una pequeña camisa de fuerza. Quisiera hablar con alguien; tengo el teléfono al alcance de mi mano; hay varias personas a las que puedo hablar y, sin embargo, estoy condenado al silencio.

¿Dónde estará Geroe? ¿Dónde estará Stepanov? ¿Qué número de teléfono tendrán? Vuelvo a fumar. Y poco a poco me voy olvidando de Geroe, Stepanov...

Las seis. Salgo del despacho y lentamente me encamino hacia el autobús. Subo y me siento en un rincón. Otros hablan y otra vez miran. Uno de la guardia sube y pide los documentos; los comprueba y salimos. Ha terminado mi primer día como funcionario de la Komintern.

II

Hoy, mi segundo día como funcionario de la Komintern, he podido ver un poco más de este edificio en donde debo trabajar hasta no sé cuándo. Ya sé que en el tercer piso, a excepción de un ala que ocupa la Internacional Juvenil Comunista, trabaja Dimitrov con sus colaboradores. Pero ambos «centros de trabajo», a los que antes unía un largo pasillo, hoy están divididos por un grueso muro. Para llegar a las oficinas de Dimitrov no existe más que un camino: la puerta principal, un centinela, un piso, dos, tres, otro centinela: hombre, mesa, silla y teléfono, y unos metros más allá una puerta forrada de guata y hule para que ni entren ni salgan ruidos. En el segundo piso trabajaba Manuilski, el segundo secretario, con sus colaboradores más inmediatos: Geroe, Golubeba y Tania. Después están los despachos de los demás secretarios de la Komintern que se encuentran en Moscú: de Kussinen, Marty, Pieck, Florin, Gottwald... Y también los despachos de algunos representantes de partidos comunistas extranjeros. En el primer piso –según descendemos, bajan las categorías– está la Sección de Prensa y Propaganda que dirige un tal Freidrich, un checoslovaco que siempre camina con el cuerpo echado hacia delante y empujándose el pelo hacia la frente como si quisiera dar cierta personalidad a algo que no la tiene. Aquí también trabaja Fritz, austríaco, el único superviviente del famoso Buró Latinoamericano Comunista; luego vienen traductores, estilistas, mecanógrafas, etcétera. En

una de las alas de este mismo piso está la Sección de Cuadros de la Komintern –yo diría la sección de radiografías del funcionario, de sus antepasados y descendientes–. Más abajo, en la planta, está el imperio de la burocracia administrativa, a excepción de una de las alas en las que está prohibida pasar a todo el mundo..., menos a unos hombres muy serios, con gorras, abrigos, zapatos y caminar «standard».

Fuera del edificio también he visto más que el día anterior. Me he dado cuenta –el primer día estaba demasiado preocupado con los hombres para darme cuenta de las cosas– que el edificio es una monotonía de ventanas: muchas y todas iguales. Tiene un aspecto extraño: ni es triste ni es alegre, pero..., hay algo que no acierto a adivinar. Sí, es la residencia del Estado Mayor de la Revolución Mundial; a él llegan todas las noticias del mundo y bajo su techo se cobija el cerebro colectivo de la revolución mundial; pero no es eso lo que me impresiona, y, sin embargo, no sé qué pueda ser.

Mientras llega el momento de tomar el autobús, paseo por el jardín que rodea el edificio. Ayer no vi nada o casi nada de lo que hoy atrae mi atención. Por ejemplo, en cada esquina de la «muralla» que rodea nuestro centro de trabajo hay grandes focos eléctricos montados sobre caballetes de madera, destinados, al parecer, a iluminar en un momento dado todo el espacio que hay entre la «muralla» y el edificio. Pero me ha llamado mucho más la atención una hilera de grandes postes de madera, a una distancia unos de otros de cerca de cincuenta metros y que forman en realidad una paralela con los muros que rodean el edificio. De dichos muros no están separados más de cinco metros. De poste a poste cruza un alambre que

les une de seis milímetros de grueso. En cada uno de estos alambres hay una argolla que corre fácilmente, de cada argolla pende una gruesa cadena, al final de la cual hay un enorme collar. No comprendo... tantos postes, tantos alambres, tantas cadenas y tantos collares... Mas el misterio desaparece: por las noches, de cada uno de estos collares es atado un gran perro; éste, haciendo resbalar la argolla, recorre unos cincuenta metros de longitud a no más de medio metro de los muros. Quiere decirse que si algún enemigo, ¿quién si no?, logra salvar las muros, los vidrios de punta, el alambre espinoso, tropezará con una verdadera línea de perros.

Lo mismo que se guardan las fronteras del país, hay que guardar los centros nerviosos de la dirección del Estado soviético y del movimiento revolucionario mundial. Fuera del país, un mundo hostil; dentro del país, las avanzadillas de este mundo: la diplomacia, que, según me han advertido, husmea y donde puede, a través de quien sea, penetra.

Los nombres de Tukachevski, Zinoviev, Kamenev, Bujarín, Piatniski y otros me han hecho comprender.

He visto un poco más. Al fin subo al autobús que ha de llevarme a la ciudad y espero. Mientras tanto, observo a los que van subiendo. El mismo gesto, las mismas carteras. Me recuerdan a Ford y su famosa producción en serie. Algunos sacan de sus voluminosas carteras periódicos y libros y leen. Inspiran respeto. ¿Quiénes serán y qué hará cada uno de ellos?

Un hombre con uniforme sube al autobús. Automáticamente cada uno de nosotros saca el pequeño carnet de tapas rojas.

Un portazo. Un motor en marcha. Y un pequeño camino hacia la ciudad. Dejo de mirar a mis compañeros de viaje y miro lo que va desfilando a través de los pequeños y no muy limpios cristales. No, no es indiferencia o desprecio hacia mis compañeros de trabajo, de comedor, de autobús, de hotel, no, no es eso, es que al fin y al cabo la revolución no son estos hombres silenciosos y extrañamente abstraídos, ni el nuevo mundo es el edificio de tres cuerpos, con innumerables ventanas, rodeado de muros, vidrios, alambre espinoso y una segunda línea de defensa dispuesta a clavar sus colmillos en la carne.

Hay que ver también todo lo que no es esto. Pues ya no tengo que ver el mundo del socialismo a través de formulaciones ni como una cosa más allá de mi horizonte visual: el mundo del socialismo es una realidad dentro de la cual vivo.

Ha quedado atrás el lugar donde están levantando la Exposición Agrícola que nos mostrará los adelantos de la agricultura soviética; pasamos por delante del gran andamio que rodea las dos figuras metálicas que coronarán el pabellón de la U.R.S.S. en la Exposición de Nueva York; desfilan durante un gran rato pequeñas casas de madera. Luego un puente y una estación de ferrocarril ante cuya entrada se amontona mucha gente con muchos bultos. Ahora una ancha calle asfaltada, con edificios de varios pisos y mucha gente por las aceras. Me gustaría bajarme del autobús, pero no sé decir lo que quiero ni tampoco estoy seguro de que sabría llegar al hotel.

El autobús se vacía ante la puerta del «Lux». La gente penetra rápida, enseña el «propus» al portero (ya sé cómo se llama en ruso este pequeño carnet de tapas rojas) y hace cola ante el ascensor... Ya estoy en mi cuarto.

Y en él algunas novedades: la mujer de Ercoli³ ha dado a Esperanza una cazuela de aluminio; Barneto nos ha prestado una sartén, dos vasos y dos cubiertos. Acompaño a Esperanza a la cocina. Es una habitación cuadrada, de techo bajo, oscura; hay un gran fogón de gas con ocho hornillos, una mesa de madera en el centro y una pila con dos grifos. Todos los hornillos están ocupados; las amas de casa colocan por encima del derecho común las necesidades familiares. Cierto que cada habitación del hotel tiene asignado un hornillo, pero hay quien ocupa dos. Esperamos. Esperamos mucho: hasta que una mujer vieja, gruesa y despeinada entra y se lleva su tetera. Rápidamente colocamos nuestra sartén y en ella dos filetes, 5,20 en rublos. Demasiado dinero para una cena.

Cenamos rápidamente y salimos. Bajamos por la calle de Gorki hasta llegar a la Plaza Roja... Ya estamos frente al Mausoleo de Lenin; en él dos hombres de guardia que parecen de bronce; detrás las altas murallas del Kremlin, sus torres, sus estrellas; a la izquierda, la antigua Catedral de San Basilio convertida en museo.

Silencio y penumbra. Allí... y más allá... En este momento, para nosotros, el mundo lo constituyen dos hombres, dos nombres: Lenin, Stalin.

3 Por este nombre se conocía en Moscú a Palmiro Togliatti, jefe del Partido Comunista italiano y dirigente político del comunismo latino.

Regresamos. Se ha roto el silencio: automóviles, tranvías, gente, mucha gente. Curioseamos: las casas, los automóviles, los hombres, los escaparates. Todo nos llama la atención. Todo nos atrae. El otro mundo no existe. Olvidado todo lo de allá, todo nos es nuevo, maravilloso. Nos detenemos ante un escaparate: jamones, embutidos, botellas de vino, enormes quesos, conservas. ¿Quién no se siente optimista? ¿Quién se atreve a hablar del hambre rusa?

Nos reímos mucho, a carcajadas. Todos los artículos expuestos en el escaparate son de cartón, pintado con colores chillones, pero a pesar de todo nos es simpático. Además, ¿por qué tener los artículos verdaderos expuestos al polvo y al sol? Pasamos por delante del hotel y continuamos hasta la Plaza de Puskhin. A un lado, su estatua en bronce; al otro, el edificio de «Izvestia», un poco más lejos el viejo caserón de Radio Moscú.

De regreso, me siento ante mi pequeña mesa de despacho. Tengo tanta alegría, que hasta me da lástima la estatua de bronce a la que arrancaron un brazo. Y quisiera gritar cuanto siento, pero ¿a quién? Los rusos se reirían de mí si me pusiera a hablarles a gritos y de sus cosas; se lo contaré a los que no han visto nada de esto. Y comienzo a escribir a un compatriota, viejo residente en Francia, en cuya casa pasé algunas horas: «Al fin estoy en el país del socialismo, en el mundo de la felicidad... ¡Qué alegría...! Sólo quisiera poder llegar hasta tu viejo París, hasta nuestro amado Madrid, hasta Londres o Nueva York llevando en la palma de la mano un Moscú chiquito para gritaros: "Camaradas: mirad nuestra patria, la capital del país donde no hay ni explotados ni explotadores, donde no hay

paro ni miseria... Mirad, camaradas, mirad... Pero tengo que conformarme con contarte lo que he visto..."».

Leo la carta a Esperanza. No hace ningún comentario. Paseo por la habitación. Me acuesto. La alta cama con sus boliches dorados me parece el corolario de nuestra felicidad.

Apago la luz, cierro los ojos y pienso. Cada día tiene su balance: en el mundo socialista y en el mundo capitalista. No quiero pensar en la Komintern. Concentro mis pensamientos en la gran ciudad que he comenzado a ver y en el gran pueblo con el cual convivo. El mausoleo de Lenin..., las altas torres del Kremlin. Y detrás de ellas me parece ver a Stalin con su vieja pipa, inclinada su cabeza sobre un montón de papeles. Cuanto leí de la historia de la revolución rusa y la vida de estos dos hombres va desfilando ante mí lentamente, acariciadoramente... ¿Durante cuánto tiempo? Siento que el sueño llega. Y lo recibo con una sonrisa; creo que es la primera vez que lo recibo así desde hace treinta y cuatro meses.

Moscú es una gran ciudad que se desarrolla a lo ancho; es una ciudad limpia, con muchas casas de madera y unas decenas de edificios nuevos con muchos pisos. Es una ciudad que se transforma, con un pueblo que cambia. Pero todavía domina lo viejo en las casas, en los hombres, en la ropa... Madrid... París... ¡Soy un estúpido! ¿Cómo puedo comparar aquello con esto? Aquello es el mundo capitalista; esto es el mundo del socialismo. Cierto que no todo es tan bonito como lo habíamos visto en las revistas que llegaban hasta nosotros. Pero esto no es culpa de los soviéticos: en la fotografía, la

reducción hace los defectos casi imperceptibles. Y no hubiera sido lógico mirar las cosas con lupa.

Creo que estas reflexiones han sido los sueños de mi primera noche de felicidad en mucho tiempo.

III

Tercer día. Decididamente me siento más alegre en la calle o en mi habitación del hotel que en este pequeño cuarto de trabajo. En la calle veo, oigo, hablo y río... En el hotel me siento como en una pequeña república de la que yo fuera presidente. Aquí es distinto. Tengo que hacer algo; debo hacer algo. Los dos retratos, frente a mí uno, a mi espalda el otro, parecen mirar el cenicero con mal humor. Aquí todos tienen el deber de trabajar, porque construir el socialismo no es estar en un despacho sentado fumando y fumando, sino levantar casas y fábricas, roturar tierras, electrificar, sembrar la tierra de rayas de acero o franjas de asfalto. Pero yo no hago nada a pesar de que me den 700 rublos al mes; a pesar de que estoy obligado a trabajar por el socialismo en mi país: por los que quedaron allí o agonizaron en Francia, que también en el país de las tres revoluciones agonizan entre alambre de espino los héroes de la primera batalla...

Y sin embargo, no hago nada.

Pero nadie me llama, nadie me dice qué tengo que hacer... Y desgraciadamente, ¡cuánto hay que hacer...!

Quiero que el reloj marque la una. Quiero salir de este cuarto para ir al comedor y ver gente, hablar con alguien, preguntar, saber. Todo menos continuar aquí como un combatiente que

en el fragor de la batalla se hubiese escapado a un lugar tranquilo.

Las doce. Mi reloj no comprende que tengo prisa.

Las doce y media. Tengo ganas de salir del cuarto y correr... correr. Pero ¿qué dirían si me vieran paseando por el jardín...? ¿Qué pensarían si me vieran llegar al comedor media hora antes de la fijada...?

La una menos cuarto... La una.

¡Al fin!

Me levanto y bajo las escaleras como un loco. Llego al comedor: nadie. Avergonzado, procuro disimular mirando un periódico mural que hay en un pequeño vestíbulo del que no entiendo nada. Al fin comienza a llegar gente: ellos tienen hambre, yo aburrimiento. Pero debo ser disciplinado, esperar. Cuando mi hora llegue, me llamarán, estoy seguro... Ellos piensan en todo... Lo malo es que yo también pienso en muchas cosas... ¿Si viera a Geroe?

Más y más gente. Pero es lo mismo; hasta ahora no conozco a nadie. Nadie habla como yo.

Sí, ¡es Geroe...! Anda rápido, con la cabeza inclinada sobre el pecho... Cuando saluda, y saluda muchas veces, su cabeza sube y baja como movida por un resorte.

No puedo perder la oportunidad. Cuando va a llegar a mi altura, salgo a su encuentro rápido, nervioso...

–¡Geroe...!

–¿Qué hay, Castro?

Me extiende la mano, me coge del brazo y entramos... En un rincón del comedor hay un pequeño mostrador, una pequeña caja registradora y una muchacha que parece regular la marcha del mundo. Geroe mira el menú y después me pregunta qué quiero comer...

–Lo que más se parezca a lo «nuestro»...

Pide rápido. Nos dan unos tickets y damos unos rublos. Después nos sentamos ante una mesa situada en un rinconcito y esperamos. Llega la sopa. Geroe come rápido. Sólo levanta la cabeza cuando parece que le falta el aire. Entra y sale mucha gente. Geroe debe ser algo muy importante en esta casa: le saludan muchos, él responde bajando y subiendo la cabeza. Casi no como. Toda mi atención se concentra en él: en su cara, en sus gestos, en sus ojos. Me da la impresión de que come porque tiene que comer, pero que lo hace sin entusiasmo, con precipitación, como si sus pensamientos estuvieran a miles de kilómetros del plato: en Francia, o en España, o en China. Sus ojos, perdidos en la lejanía, dan la impresión de estar presenciando o dirigiendo una batalla que se debe ganar a cualquier precio, pero que cualquier descuido puede hacerla perder y provocar una retirada estratégica... y otra vez vuelta a empezar.

–Pedro –le digo con cierta timidez–, tenía muchas ganas de hablar contigo..., que me aconsejaras sobre mi trabajo...

–Sube después a mi despacho... Tengo mucho que hacer, pero hablaremos.

Traen otro plato. Ahora es el tenedor el que sube y baja... Le saludan. Saluda.

Retiran los platos y traen dos vasos de café. Toma el suyo, rápido. Se levanta. Me da la mano automáticamente y atraviesa el salón muy de prisa... Saluda. Le saludan. Al fin se pierde en un recodo. ¿Qué le esperará?... ¿Un montón de papeles o seguir dirigiendo una batalla, allá lejos, que se debe ganar, pero que se puede perder?... No lo sé.

Espero un rato sin saber qué hacer. Cualquier español que me viera, pensaría que estoy saboreando el café. Pero la especialidad de los rusos es el té.

La gente me mira. Un hombre cetrino, con pelo negrísimo y una gran sonrisa, se acerca lentamente hacia mi mesa.

–¿Es usted el camarada español?

–Sí.

–Muy contento de conocerle. Ya soy brasileño. Me llamo Octavio Brandao.

Se ríe.

–Mi despacho está en el tercer piso. Cuando quiera, suba a verme. Allí hay periódicos, revistas... Además, hablaremos de España, del Brasil...

Se sienta y comienza a comer. No espero. Me despido y salgo. Mi obsesión es Geroe. Si esta esperanza falla..., subiré al tercer piso.

El despacho de Geroe es una pequeña habitación al lado de las oficinas de Manuilski. Hay dos grandes retratos y dos grandes mesas y una pequeña ventana. Sobre la mesa, un montón de periódicos y revistas. Y embebido en la lectura de ellos, Geroe. En un rincón veo una pesada caja fuerte. En otro, un armario y en éste los lomos de numerosos libros. No puedo detenerme mucho. Geroe me señala una silla. Me siento. Me mira. Le miro. Él espera y yo no sé cómo empezar. Le veo distinto a como era en España. Allí, a pesar de ser uno de los delegados de la Komintern, era cordial, comunicativo, humano. Aquí me parece frío, protocolario, sin personalidad.

–Tenía ganas de verte, Geroe, para saludarte y, además, para que me orientaras. Llevo varios días metido aquí sin saber nada, sin hablar con nadie...

–Comprendo... comprendo.

–Yo quiero hacer algo...

–Comprendo...

Después de este tercer «comprendo», dicho con el mismo ritmo y el mismo tono que los anteriores, me mira, luego su mirada se dirige hacia la ventana y tengo la impresión de que piensa. Comienzo a irritarme. Buscaba al hombre y he tropezado con el funcionario. ¡Cuán lejos estaba de saber todo el significado de esta palabra! Sigue pensando. Después,

parsimoniosamente, toma una caja de cigarros, en cuya tapa un cosaco montado a caballo parece marchar hacia un fondo de montañas y de nieve, y me ofrece uno. Toma otro. Encendemos. Fuma él y fumo yo... y, además, piensa...

–¿Sabes –me dice en voz baja, con tono de misterio– que están comenzando a llegar algunos camaradas de la dirección? Es de esperar, por tanto, que muy pronto comenzará la discusión sobre el final de la guerra... Cuando la discusión termine, creo que tendrás trabajo... Independientemente de esto, yo hablaré con el camarada Manuilski de ti...

Se calla. Espero unos segundos... Geroe continúa callado. Salgo rápido dejándole con la cabeza metida entre papeles y periódicos. Llego a mi despacho. Entro y cierro la puerta dando un portazo. Miro el reloj: son las cuatro de la tarde. Todavía faltan dos horas para tomar el autobús, llegar a la ciudad, al hotel, a mi habitación. En estos momentos me es más simpática la estatua de la mujer manca que Geroe, el secretario político del segundo secretario de la Internacional Comunista.

Suena el teléfono. ¿Será una equivocación?... Tomo el auricular y oigo hablar en español. Es una voz ronca de mujer, constantemente interrumpida por una tos honda. Me invita a ir a su despacho, me da toda clase de explicaciones... Salgo, atravieso el patio, entro en el pabellón de enfrente, subo unas escaleras, tuerzo a la izquierda y me detengo ante una puerta en la que hay un número pintado: el 26. Llamo. La misma voz ronca de antes me contesta. Abro la puerta y me encuentro ante una mujer de unos cincuenta años, con la cara arrugada y

el pelo ceniciento. Sentada ante una mesa, con un cigarrillo en la mano, me mira y sonríe. Le estrecho la mano y me siento.

Llaman al teléfono.

–Perdone un momento, camarada Luis –me dice–. Descuelga el auricular y comienza a hablar a gritos y a toser y toser. Mientras tanto observo cuanto me rodea: dos retratos, dos cajas fuertes, varios armarios llenos de carpetas con papeles y humo, mucho humo. Estoy en el despacho de la camarada Blagoeva⁴, responsable del sector latino de la Sección de Cuadros de la Internacional Comunista.

Ella, mientras tanto, habla, fuma y tose. Yo espero.

Al fin cuelga el teléfono y me mira sonriendo.

– Un cigarrillo, camarada Luis?

Tomo el cigarrillo, lo enciendo, fumo y sigo esperando. Me mira y la miro. A pesar de su aspecto horrible, esta mujer me es simpática. Tiene el mismo aire que Geroe, yo diría que hasta los mismos gestos, aunque un poco más bruscos. Pero sabe reír y sonreír. Y esto ya es mucho en cierta clase de gente. Yo espero. Y ella,  a qué espera?... Al fin coge una pluma y escribe. La pluma araña el papel y me hace estremecer.

–Camarada Luis –me dice con la misma sonrisa–, me ha encargado el camarada Bielov,  sabe?, tres cosas. Primera (y se cogió un dedo de la mano izquierda): que le tenga a usted al

4 Blagoeva, embajadora de Bulgaria en Moscú cuando la muerte anómala de Dimitrov.

corriente de cuando lleguen camaradas españoles a Moscú para que los reciba como representante del Partido Comunista de España. Segunda (se cogió otro dedo): pedirle que nos ayude a hacer una relación de los camaradas que han llegado a la U.R.S.S., con sus características más importantes. Tercera (y se cogió el tercer dedo): que nos haga usted su biografía.

La miro.

–Usted sabe, camarada Luis, la sección de cuadros necesita este material, debe conocer a los cuadros extranjeros...

Inclino la cabeza en señal de asentimiento y salgo. Detrás de la puerta guateada y forrada de piel quedan los retratos, las cajas fuertes, mesas, papeles, una mujer, mucho humo, el ruido rítmico de una tos crónica y el prototipo del funcionario de la Komintern.

Esta vez cruzo el patio despacio. Cierro la puerta del despacho lentamente. Lentamente me siento, saco de un cajón un montón de cuartillas y me dispongo a escribir...

¡La disciplina es una ley!

Comienzo...

«Enrique Castro Delgado. Natural de Madrid, España. Edad: 31 años Estado: casado. Profesión, metalúrgico. Después periodista (redactor de "Mundo Obrero", órgano del Partido). Ingresé en el Partido Comunista en el año 1925...».

Me cuesta trabajo seguir.

«He sido miembro del Comité Provincial de Madrid desde 1932 y miembro del Comité Central desde 1937...». Me siento cansado, mejor dicho, irritado. Pero hay que seguir. Blagoeva era una sonrisa, pero también una orden. Bielov no sé quién es. Escribo... escribo... «Organizador y primer comandante—jefe del Quinto Regimiento de Milicias Populares...». «Director General de Reforma Agraria...». «... Secretario General del Comisariado Político del Ejército Regular Popular...».

Termino por hoy. Son las seis menos cinco... Meto las cuartillas en uno de los cajones. Dejo la mesa limpia y cierro todo lo que puede cerrarse (está prohibido dejar papeles encima de la mesa, dejar abiertos cajones, armarios, etcétera) y salgo. Hoy tengo más ganas de abandonar la Komintern que otros días. Subo rápido al camión. Desde uno de los rincones, unos ojos y una sonrisa; después, una señal indicándome un asiento vacío. Me siento, a mi lado la camarada Blagoeva. El autobús arranca. Momentos después «ella» acerca su boca a mi oído y me dice en voz muy baja:

—¿Ya comenzó, camarada Luis?

—Comencé, camarada Blagoeva.

Se sonrío. Me sonrío. Y no volvimos a mirarnos ni a hablar, ni a sonreírnos en todo el camino.

Al entrar en mi habitación tiro la cartera sobre uno de los sillones y me siento. Como la noche anterior, dos filetes: 5,20 en rublos. Pero hoy, después de cenar, no salimos. Me siento cansado. El lugar que otra noche ocupara en mis pensamientos el recuerdo de Lenin y Stalin lo ocupa hoy la biografía... Hoy no

hay balance, ni sonrisas, ni sueños agradables. Sólo un terrible dolor de cabeza y en mi interior el eco de una tos honda y crónica.

IV

Me levanto cansado y con la obsesión de la biografía. Bajo y llego hasta el autobús: el mismo y las mismas casas del día anterior, de todos los días. Diez minutos, veinte, cuarenta. Otra vez la Komintern... Y nos desperdigamos por los trescientos cuartos, por las trescientas ventanas y los seiscientos retratos, por este inmenso edificio, recinto de un ex fantasma que recorre el mundo.

Rompo el precinto de la puerta y entro. Rajo los precintos de la mesa, del armario, de la ventana (cada día, después que salimos, la guardia precinta todo lo precintable), saco las cuartillas y comienzo a leer lo que escribí el día anterior.

Después escribo... Una hora, dos... Al fin la firma: «Enrique Castro Delgado».

Salgo rápido, cruzo el patio, subo unos escalones, tuerzo a la izquierda y me detengo ante una puerta. Oigo toser. Llamo y entro. Blagoeva me mira y sonrío y para que no encuentre ninguna diferencia con el día anterior fuma y tose.

Nos estrechamos las manos.

–La biografía, camarada Blagoeva.

–Gracias, muchas gracias, camarada Luis.

Se pone unas gafas de martillo (¿Molotov, Beria?), y comienza a leer...

–Bien, camarada Luis, si hubiera alguna duda, le llamaría. Muchas gracias.

Ya en mi despacho sigo pensando. Estoy preocupado. Retengo los hechos pero olvido las fechas... ¿y qué pensarán de mí si algunas fechas estuvieran equivocadas?

M...

Es la una. Me dirijo al comedor. Ante mí otra vez el pequeño mostrador, la pequeña caja registradora, marca «Nacional», la muchacha y el menú. Miro el menú como podría mirar un cuadro de Picasso. Al fin me decido a ponerlo ante los ojos de la muchacha y señalar con el dedo algunas de las líneas escritas. Doy un billete de diez rublos y recojo el cambio y una tira de tickets. Me siento a la mesa y espero. Espero con curiosidad y unas enormes ganas de reírme a carcajadas: ¿Qué me servirán? Una sopa agria. Un guisado agrio. Y después, café.

Me conformo con el café. Luego, parsimoniosamente, como si sobre mí pesara una difícil digestión, salgo. Me encuentro con Blagoeva. Me mira, se sonríe y se detiene delante de mí.

–Quiero que pase usted por mi despacho, camarada Luis.

Otra vez ante la mujer que ríe, que fuma, que tose y que, además, conoce las vidas y milagros de los comunistas de Francia, Italia, Bélgica, España, Portugal y América Latina.

–Camarada, ¿quiere usted decirme cuál fue su posición ante el grupo Bullejos–Adame?...⁵.

–Estuve de acuerdo con la Carta Abierta de la Internacional Comunista.

–¿Por qué no lo ha puesto?

–Creí que después de tanto tiempo era un detalle que no tenía más que un valor histórico.

–Está usted equivocado, camarada Luis. Eso que usted llama detalle de valor histórico es muy importante desde el punto de vista político.

Recalcó casi todo: «detalle», «histórico», «importante» y «punto de vista político».

–¿Ha tenido alguna divergencia con la línea del Partido?

Su tono de voz es suave, diría que hasta acariciador... Sólo sus ojos brillan más que otras veces y se clavan en los míos, fija, muy fijamente.

–No creo... Bueno, algunas veces, sobre todo durante la guerra, la política del Partido no ha sido muy clara para mí.

Me miró:

–Una biografía, camarada Luis, debe ser una fotografía de la vida y la actividad revolucionaria de cada miembro del Partido.

⁵ Grupo dirigente del Partido Comunista de España que fue expulsado por la Komintern en 1932.

La vida de un revolucionario no se compone sólo de grandes hechos, también de pequeños detalles... Lenin y Stalin, camarada Luis...

Dejé de escuchar. No sé cuánto tiempo habló. Cuando se hizo el silencio me entregó la biografía y sonriendo me dijo:

–Escriba todo, camarada, hasta lo que usted crea que no tiene importancia...

Cuando llego a mi despacho una muchacha con varios paquetes de periódicos en las manos espera. Entramos. Firmo en un cuaderno y me entrega uno de ellos. Leo. En España se viven los días sombríos de la derrota; en Francia sigue la agonía y muerte de muchos de nuestros camaradas; la preparación de la guerra adquiere nuevos ritmos... Y yo preocupado con mi biografía... Blagoeva preocupada con mi biografía... Quizás también Bielov... Quizás... Así termina mi jornada de trabajo. Comienza mi vida privada. Mientras cenamos hablamos de los españoles que sufren en España y Francia. Coincidimos en que la situación internacional cada vez es más grave.

Pero en Francia siguen pensando en el bistec; siguen pensando en que Munich fue bueno y que la Declaración de los Derechos del Hombre es la Constitución Política del mundo. Mientras tanto, Hitler ha puesto una bomba de tiempo en Danzig.

Y yo preocupado con mi biografía. Y todos preocupados con mi biografía, como si la biografía de un hombre fuera para ellos la estampa de un mundo.

¿Qué haremos si la guerra estalla?... Dimitrov y Manuilski trabajan hasta muy tarde... No hay razón para sentirse preocupado... La guerra imperialista puede transformarse en guerra civil... Ciertamente que la guerra nunca es deseable, pero... cuando la guerra puede ser origen de nuevas revoluciones hay que verla, a pesar de lo sangriento de ella, como un medio necesario para llegar a un fin grandioso.

Por encima de todo somos comunistas.

V

Estos últimos días han sido más interesantes. Blagoeva volvió a llamarme, mas no para la biografía: era para pedirme todos los documentos de identidad personal que tenía de España. A mi extrañeza respondió con un largo discurso del que sólo recuerdo «conspiración», «agentes enemigos», «cerco capitalista», etc. Cuando terminó seguí sin comprender qué tenía que ver todo esto con mis documentos del Partido, del sindicato, del Quinto Regimiento, del Instituto de Reforma Agraria, del Comisariado General de Guerra... Pero si bien yo no comprendí, ella se quedó con mis documentos. Desde hoy no puedo demostrar legalmente que soy Enrique Castro Delgado.

He visitado a Brandao en su pequeña «guarida». Brandao es un gran hombre. Hace más de nueve años que falta de su país y sigue añorando el Brasil con dolor. Era farmacéutico, poeta y revolucionario. Hoy no es más que lo último y un funcionario de la Komintern. Periódicamente hace resúmenes de lo que dice la Prensa brasileña y cuando tiene ocasión pronuncia un largo discurso que generalmente nadie escucha. Habla con pasión de todo: del Brasil, de sus poesías, de su pasado y de su futuro. El presente no lo menciona: ignoro si intencionadamente o por olvido.

A él es a quien primero escucho algunas cosas interesantes: reniega constantemente de la burocracia; me explica también que la llegada de emigrados políticos significa una corriente de

aire fresco en la Komintern, que rápidamente desaparece, que cada grupo político que llega está de moda un breve período...

He visto a Stepanov. Aquí es uno de los secretarios de Dimitrov. En España era otro de los representantes de la Komintern, agobiado por una vieja úlcera de estómago y una gran pasión por una muchacha a la que llevaba más de treinta años. Sabe inglés, francés, alemán, italiano, español, ruso... Lo único que no habla es búlgaro, su idioma natal. Se ha presentado ante mí como un gran hombre. Me cuenta que desde hace meses está escribiendo, por encargo de Dimitrov, un libro sobre «Las experiencias del Frente Popular en España».

He visto pasar varias veces el coche de Dimitrov, pero no he podido ver si iba dentro: unas cortinillas verdes han mantenido la incógnita. Detrás del coche del jefe de la Komintern marcha siempre otro en el que van unos cuantos hombres, a los que se ve muy bien, que parecen una muestra de la producción en serie.

He visto muchas cosas más. Pero el mundo socialista en general, y hasta en sus detalles, lo ignoro.

Han llegado nuevos barcos con españoles. Al parecer, la Unión Soviética sólo admite quinientos cuadros debidamente controlados por ella y garantizados por el Partido Comunista de España. A todos los que llegan los van repartiendo por diferentes casas de reposo. Por lo que he podido saber, su vida en estas casas comienza así: reconocimiento médico y conferencias y más conferencias sobre la Unión Soviética... Me

cuentan que a los españoles todo les parece fantástico. Han tomado las cosas tan seriamente que hasta los chistes, a los que tan dados somos, han comenzado a considerarse una cosa de mal gusto. En la casa de reposo de Monino, porque unos cuantos españoles pusieron en el periódico mural «Abajo los calzoncillos largos» se convocó a una reunión y poco faltó para que les consideraran como unos contrarrevolucionarios... Todo es entusiasmo, un entusiasmo que en los españoles llega a lo pasional. No es una sorpresa: dudo que hubiera en el mundo gentes que quisieran y sintieran más admiración por la Unión Soviética que los españoles. Esto he podido comprobarlo mucho mejor al conocer a los comunistas de otros países. El comunista español es distinto, como el español lo es de los hombres de otros países: el español ama u odia con intensidad insobrepasable. El término medio le repugna.

¿Comprenderán aquí a los comunistas españoles?

Hace dos días he visitado Kunsevo. Es un gran recinto con altas vallas de madera. Una sola puerta y una pequeña casa donde viven permanente la guardia. En el interior, unas cuantas «dachas», en las que viven los familiares de gente destacada y dos casas colectivas: una donde viven Manuilski y otros secretarios de la Komintern, la otra donde se hospedan algunos representantes del Partido y sus familias. En la primera hay una gran sala de billar, un gran comedor, un gran vestíbulo y una servidumbre que elimina todas las incomodidades. Las habitaciones son espaciosas y bien amuebladas. En la otra no hay más que pequeños cuartos, con pequeñas camas y pequeñas ventanas o balconcillos. No hay sala de billar, ni gran vestíbulo, ni pequeño ni gran comedor, la servidumbre la

compone una muchacha que se limita a pasar la escoba con demasiada rapidez, sin importarle lo que puedan pensar los huéspedes. Para comer hay dos soluciones: o guisar en el cuarto con un hornillo eléctrico, lo que supone violar las reglas establecidas, o ir a comer a un comedor situado a unos veinte metros... Una gran extensión de césped y muchos árboles. En la finca existe un koljós, que es el que suministra productos a los que aquí viven y al almacén de la Komintern.

Esta finca es desde hace algunos años la residencia veraniega de los funcionarios más destacados de la Komintern, a los que un gran autobús lleva y trae del trabajo. Los secretarios de la Komintern están exentos de la incomodidad de tener que estar a una hora fija para poder tomar el vehículo: ellos tienen sus coches particulares.

En la casa donde vive Manuilski están hospedados los españoles Checa, Uribe, Ibárruri, Líster y Modesto. Se espera la llegada de Hernández. Me han recibido con mucha cordialidad. Hemos hablado un poco de mi trabajo como representante, pero de pasada. Noto cierta preocupación en las caras. Checa, al que me unía una vieja amistad, me habla de que muy pronto se iniciará la discusión. Me comunica que al otro día debo visitar a José Díaz, que vive en el Sanatorio de Barbija. Checa, Líster y Modesto hacen las listas de candidatos a la Escuela Leninista, Academia Frunce y Academia de Estado Mayor. Me piden opinión sobre algunos de los propuestos... Observo que, por parte de Líster y Modesto, siguen protegiendo a sus viejos servidores y pistoleros.

La visita a Kunsevo, el encuentro, ofrecía no pocos contrastes con la despedida en Elda, mejor dicho, con la separación, pues en muchos casos no hubo tal despedida: Dolores, por ejemplo, tomó un avión y se fue a Orán. Unos consideramos esto como una deserción, pero la mayoría no se tomó la molestia de enjuiciarlo.

De todas maneras la visita a Kunsevo ha sido un sedante.

En un momento me he quedado solo con Ibárruri y ésta me ha dicho: «A ver cómo te portas, Castro, no olvides que eres el representante del Partido Comunista de España». No he comprendido la significación de estas palabras. Pero sin duda soy un hombre de suerte, que tiene ante sí un gran porvenir político. Mi nombramiento se ha hecho no sólo con la aprobación de la dirección de mi partido, sino, y fundamentalmente, con la del Partido bolchevique, es decir, con la de Dimitrov, Manuilski...

Me creen feliz en mi pequeño despacho. Yo hago lo posible por creer, efectivamente, que tal cosa es una gran felicidad para un revolucionario, pero en el fondo, no sé si es un presentimiento, no estoy contento... Yo me figuraba que trabajar en la Komintern era otra cosa.

Me despido de todos y regreso a Moscú. Por el camino pienso en la entrevista de mañana. Cuando llego a mi habitación hablo a Esperanza de los camaradas de Kunsevo y de mi próxima entrevista con José Díaz. Ella no presta mucha atención; yo me siento contento: todavía creo en los dioses.

Hoy no voy a la Komintern. Esto me produce la misma alegría que cuando de pequeño podía decir «hoy no voy a la escuela». A las diez de la mañana suena el timbre del teléfono. Escucho la palabra «machina» (automóvil) y bajo rápidamente. Un lujoso «Buick» me espera. Un ruso se adelanta hacia mí y me saluda militarmente. Sabe nombre y debe saber también mi cargo. El chófer repite el saludo. Subo al automóvil y éste arranca a gran velocidad. No se detiene ante los semáforos. O los policías de tránsito conocen el coche o el chófer tiene el derecho a no hacer caso de ellos.

Atravesamos Moscú. Ante nosotros una gran pista. Vamos a gran velocidad. Después de unos cuantos minutos torcemos a la izquierda y entramos en un gran bosque de pinos... Luego un arco, una garita, un centinela que nos saluda y el sanatorio... Ahora un gran lago y un edificio grande, pintado de blanco. Algunas personas pasean lentamente por los pequeños caminos que atraviesan el parque... Seguimos... Una puerta que abre un hombre joven con aspecto militar. Me saluda y me conduce al primer piso.

José Díaz me espera. Se levanta de un sillón y me abraza. Saludo a Teresa, su mujer, y a su hija.

Los dos hombres, el que vino conmigo en el coche y el que me abrió la puerta, se retiran. Díaz me invita a sentarme y Teresa pone café. Díaz comienza preguntándome cómo estoy instalado, cómo se encuentra mi familia, etc. Le encuentro más pálido y delgado que cuando lo vi la última vez en Barcelona... A pesar de que siempre le había costado bastante trabajo expresarse, noto este defecto acentuado... Noto algo más:

ahora habla con más cuidado, como si quisiera evitar una expresión inadecuada o una formulación no justa.

La conversación se orienta definitivamente.

Y mientras Teresa camina de un lado para otro como una sombra, Díaz habla, lentamente, trabajosamente.

–Supongo que ya te habrán comunicado los compañeros la decisión tomada... Desde hoy vas a trabajar conmigo como secretario político...

No contesto.

–Sí –continuó–, he pensado en ti porque te conozco... Antes he tenido otros secretarios, pero al poco tiempo daban la impresión de que el secretario de ellos era yo...

Continúo en silencio...

–No todos los camaradas saben ser modestos...

No sé si es una crítica a los otros o una advertencia a mí.

–Bien, Castro, dentro de poco me incorporaré al trabajo –estaba convaleciente de la tercera operación del estómago–, y necesito que me ayudes... A mí me gusta trabajar con absoluta camaradería, con absoluta franqueza...

Le miro y comprendo que no puedo guardar silencio por más tiempo, a pesar de no sentir ningún deseo de hablar.

–Yo te agradezco, Pepe, esta nueva prueba de confianza política, pero... hablando francamente, ¿estás seguro de que podré ayudarte en la medida en que tú piensas?... Ni yo mismo lo estoy. No sé en realidad de qué trabajo se trata y por muy benévolo que sea conmigo mismo, dudo de mis capacidades detrás de una mesa de despacho... Tú sabes que mi deseo era estudiar en una escuela militar y después salir a trabajar afuera...

–No es un problema de gustos, Castro. Cada uno debe de trabajar allí donde le pone el Partido. El Partido sabe mejor que uno lo que cada cual es capaz de hacer... Debes sentirte contento. Como representante del Partido en la Komintern y como secretario mío, tienes dos de los puestos políticos más importantes...

Hay batallas que están perdidas de antemano. Ésta era una de ellas. José Díaz me decía a mí lo que yo hubiera dicho a otro camarada de encontrarme en el lugar del secretario del Partido. Eran fórmulas generalizadas e inmutables. Además, aquí ya no era un miembro del Partido que dedica a éste todas sus horas libres, aquí era un funcionario del Partido, de la Komintern, un revolucionario profesional... La influencia de una vieja educación de Partido es como una camisa de fuerza que impide toda resistencia.

–De acuerdo, Pepe.

Hizo un gesto de satisfacción.

–Comerás con nosotros y después hablaremos ampliamente.

Mientras llega la hora de comer, salimos a pasear por el parque. Detrás de nosotros marchan los dos hombres con aspecto militar.

José Díaz comenzó a hablarme de su enfermedad: era una vieja obsesión. Me contó que en la operación habían participado los mejores especialistas de la Unión Soviética; que a todos ellos los había condecorado el Gobierno y el Partido. Me habló también de que pocos días antes de la operación, Stalin le había comunicado si necesitaba algo.

—Sentí tal alegría y emoción que le escribí una carta diciéndole que mi único deseo era verle, hablar con él, estrechar su mano antes de operarme... Y Stalin llegó al sanatorio, Castro, acompañado de los demás miembros del Buró Político...

Calla, como si quisiera reproducir en su interior todos los detalles de aquel momento, sin duda uno de los mejores de su vida.

Regresamos. La mesa está puesta. Una camarera vestida de blanco espera. Llegan el doctor Bonifaci, un médico catalán, especialista en aparato digestivo, nombrado médico de cabecera, acompañado de su mujer. Vive en el sanatorio y me hace la impresión de que para José Díaz lo es todo: médico, acompañante y creo que hasta amigo. Durante la comida hablamos de muchas cosas, menos de política. No sé si es que Díaz no quiere hablar de problemas del Partido delante de Bonifaci. Por otro lado hubiera sido algo difícil hablar de cosas serias: la hija de Díaz lo hubiera impedido, como nos impedía

comer con cierta tranquilidad. Terminada la comida, Díaz se acostó en un sofá. Bonifaci y yo hablamos de España, de Cataluña... Pero procuré que la conversación no derivara hacia el terreno político. No es que desconfiara de Bonifaci, pero ni le conocía ni me conocía, y en el poco tiempo que llevaba en la U.R.S.S., me había acostumbrado a dominar mis deseos de hablar.

Terminó el reposo. Se fueron Bonifaci y su mujer. Y de nuevo frente a frente, a ambos lados de la mesa de despacho.

–Pronto vamos a comenzar a discutir sobre el final de nuestra guerra. Lo ocurrido en los últimos momentos es incomprensible para mí y para los camaradas de la Komintern... ¡Incomprensible!... ¿Cómo un Partido que tenía la mayoría del pueblo con él; que disponía del 70 por ciento del Ejército, ha podido ser sorprendido y vencido por los capituladores?... Éramos el Partido que constituía el mayor orgullo de la Komintern... El único Partido que supo resistir con las armas en la mano a los fascistas de dentro y de fuera... Éramos un Partido de más de 300.000 miembros, con una gran experiencia... Y unos cuantos miserables, sin el apoyo del pueblo, sin casi fuerza militar en sus manos, pudieron vencernos y además abrir el camino a Franco...

Calla... Yo reavivo mis recuerdos.

–¿Acaso no fue mucho más fácil el 18 de julio de 1936?... ¿No lo fue igualmente cuando la crisis de Caballero?... ¿No lo fue en marzo de 1938, cuando Prieto quiso provocar la capitulación?...

Y resistimos... Y vencimos... ¡Hay muchas cosas extrañas en estos últimos momentos!

De nuevo el silencio.

–No se puede echar tierra sobre este asunto... ¡Hay que ser implacable!... ¡Que caiga quien caiga!

Asiento.

Para esta discusión, que debe ser fundamental, que será fundamental, para el futuro del Partido, quiero que me hagas un informe amplio y que lo hagas pronto, pero en la inteligencia que de ese informe sólo tú y yo sabremos... Es mi primer encargo, Castro, y un encargo de gran responsabilidad...

Teresa pone dos vasos de té sobre la mesa. La conversación oficial ha terminado. Díaz toma el té lentamente, muy lentamente y en pequeños sorbos. Me explica que su estómago sólo aguanta pequeñas cantidades y con intervalos. Habla de su enfermedad casi con tanta familiaridad como de los problemas del Partido.

Las cinco. Regreso a Moscú.

Hasta la hora de acostarme estuve pensando sobre el primer encargo de José Díaz. No estaba seguro de que se pudiera decir todo lo ocurrido, ni mi opinión sobre cuanto constituía la cadena de hechos de nuestra gran derrota como españoles y como comunistas. ¿Consultar?... Pero ¿a quién?... Era mucha gente a la que era necesario acusar, por lo menos casi tanta como podía ser consultada.

Mi viejo y descolorido carnet de notas fue consultado en el espacio de unas horas, una, diez, cien veces...

¿Decir la verdad? ¿Decir una parte de la verdad? ¿Ocultar la verdad?

A simple vista, el problema parecía fácil. Pero vivía en Moscú; era un funcionario de la Komintern; era también el representante del Partido Comunista de España; era el secretario político de José Díaz.

Dudaba...

¿Es que sólo yo podía decir la verdad?... ¿Qué habían contado los representantes de la Komintern en nuestro país?... ¿Qué informe habían hecho los consejeros militares a Vorochilov?... ¿Qué habían contado los representantes diplomáticos a Molotov?...

Existían muchos canales para que la verdad no fuera ignorada... Y, sin embargo, el secretario del Partido Comunista de España quería saberla... ¿Es que la verdad no había llegado a Moscú?... ¿O es que la verdad no había llegado a José Díaz?

Dudaba y dudaba.

Yo conocía una verdad; la conocíamos muchos. Esa verdad era que el orden de errores y fracasos comenzaba así: Comité Central del Partido Comunista de la U.R.S.S.; Estado Mayor Central del Ejército Rojo; Comisariado de Relaciones Exteriores; Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. Y, en último lugar: Buró Político del Partido Comunista de España.

Era una amarga verdad, puesto que ponía de manifiesto que la dirección del Partido Comunista de España era la menos responsable, porque fue la que menos decidió en toda la trayectoria seguida por nuestro Partido en el curso de la guerra. Era una amarga verdad; pero toda una verdad histórica.

Y dudaba y dudaba. Mas había que hacer el informe.

Y ante un montón de cuartillas pensé mucho en aquellos días pasados en que soñaba con llegar a la U.R.S.S. para que toda la verdad quedara al descubierto, para que los responsables de mucho de lo ocurrido, y que pudo ser evitado, fueran arrojados de los puestos de dirección como gente incapaz y dañina...

Durante tres días escribí... Escribí unas cincuenta cuartillas con letra menuda, extraordinariamente menuda... Pero no me atreví a hablar de la responsabilidad de los consejeros de la Komintern, ni de los consejeros militares y diplomáticos, ni de la del Comité Central del Partido Comunista de la U.R.S.S., que dirigía todo aquel estado mayor político, militar y diplomático. Hablé sólo de España y de los comunistas españoles. Y dije todo.

Otra vez a Kunsevo. Una repetición del primer viaje: el mismo coche, el mismo escolta y chófer, el mismo hombre que me abre la puerta y me conduce al primer piso. Y el mismo hombre de la primera vez que me espera: José Díaz.

Le entrego el montón de cuartillas y espero. Mucho. Sólo se oye en la espaciosa sala–despacho el ruido de las cuartillas que José Díaz va pasando lentamente, muy lentamente. Sigo esperando. Mis ojos siguen a los ojos del secretario del Partido;

mis ojos quieren leer en sus ojos; en sus gestos quiero adivinar sus pensamientos; quiero descubrir si entre la verdad que él busca y la verdad que yo digo hay algo de común... Pero no descubro nada. El lee y lee... Y yo espero y espero.

Anochece. Sobre el gran parque, las sombras van aumentando su intensidad; los enfermos comienzan a replegarse hacia la casa blanca como si no se sintieran lo bastante fuertes para resistir el ataque de la noche al descubierto; delante de la puerta, los escoltas de José Díaz charlan animadamente con el chófer. Y el rumor confuso de ruidos de hombres y cosas llega hasta la sala aprisionada en un silencio agobiante que sólo de vez en cuando y por segundos interrumpe el ruido de las cuartillas...

Levanta la cabeza, me mira, mueve los labios... Y como un rumor más en este anochecer de rumores oigo...

–No podía ser de otra manera.

Nos miramos.

–Sí... Que caiga todo el que deba caer... Sólo te recomiendo que tengas en cuenta que de este informe exclusivamente tú y yo tenemos conocimiento. Sin embargo, voy a pedir otros informes...

Salgo de Kunsevo irritado conmigo mismo: debía de haber dicho todo... Me consuela solamente el pensar que aún puedo decir mucho de cuanto me he callado.

El automóvil marcha rápido. Delante de mí, las siluetas inmóviles de dos cabezas con dos gorras iguales. En el horizonte, las primeras luces de Moscú. Tengo prisa por llegar al hotel, tanta prisa, que me parece que vamos despacio... Pero no debo hablar con nadie de lo ocurrido hoy..., no puedo hablar con nadie... En el país de la verdad, la verdad muchas veces es un terrible secreto... Falta poco para llegar... Y aprovecho estos minutos de oscuridad y aislamiento para pensar en cuanto he escrito y en cuanto puedo escribir.

A mi informe han seguido otros informes: de Tagüeña, Líster, Modesto, Miguel, un búlgaro que fue comisario en Madrid, después director de la escuela política del Partido y hoy director de estudios de la escuela leninista; Ciutat, Arturo Jiménez y no sé si de alguno más. De todos ellos sólo tres eran realmente informes tendentes a dar una visión real de lo ocurrido. El de Arturo Jiménez era falso y mezquino; pretendía dar a entender que en Madrid todo funcionó con absoluta normalidad para salvarse él, que era el secretario general de la organización del Partido. Modesto se limitaba a señalar los acontecimientos de Elda y a justificar su afirmación de que «no había nada que hacer». Líster entregó una cuartilla y media. El centro de su ataque lo constituía la partida de tute de Elda: era una manera de intentar acabar con Modesto, al que odiaba cordialmente. Ni escribió más ni dijo más.

Hoy ha habido un pequeño sobresalto en mi vida familiar. La administración del hotel nos ha entregado el recibo del alquiler del cuarto: 104 rublos.

Creyéndolo una equivocación, nos habían dicho que en la U.R.S.S. los alquileres eran muy baratos, hemos preguntado a una traductora de español que nos explicara la larga lista. No hay error. Efectivamente, el alquiler del cuarto no sube a más de 24 rublos, pero a esto hay que agregar el alquiler de los muebles, de la ropa de las camas, del teléfono, del consumo de agua, gas y electricidad... Sí, las cuentas son claras: 104 rublos. No ha habido más remedio que pagarlos. El personal de la administración del hotel no discute con los inquilinos, ni tan siquiera da explicaciones: presenta el recibo y extiende la mano.

Hemos pagado y hemos contado el dinero que nos queda hasta fin de mes. La perspectiva es un poco sombría.

Durante estos tres últimos días no ha ocurrido nada nuevo en la Konmitern; entro a las nueve y salgo a las seis; el mismo autobús que me lleva me trae y las mismas personas que van conmigo por la mañana vuelven conmigo por la tarde.

He decidido no impacientarme.

Todas mis energías las concentro para esa gran discusión política en la que los responsables de tantos y tantos fracasos van a ser llevados a la picota. No es que piense que ante esta discusión–proceso la atención del mundo socialista ha de ser atraída totalmente, pero tengo la esperanza de que al menos sí atraerá la atención del estado mayor de la revolución mundial.

¡Qué nervios tiene esta gente! Ha sido derrotado el pueblo español; se han reforzado las posiciones del fascismo en Europa; se prepara éste, terminada la primera fase, España, a

proseguir su tarea de ir ampliando su dominio; se acerca la hora de la gran prueba de los partidos comunistas de todo el mundo y todo sigue igual: entramos y salimos a la misma hora; comemos a las mismas horas, seguimos leyendo los periódicos de todo el mundo y también los textos de los clásicos marxistas, que no faltan en ninguno de los armarios de las trescientas habitaciones... ¿O es que no tendrán nervios? Decididamente no comprendo nada.

He visto de nuevo Kunsevo y Barbija. El motivo han sido dos reuniones presididas por José Díaz en las que se ha insinuado la necesidad de hacer un informe que sirva de base a la discusión con el secretario de la Internacional Comunista. Hernández, recién llegado de África, también participa. Uribe está agresivo. Se niega a discutir mientras no se rectifique el telegrama enviado desde Moscú en los últimos momentos de nuestra lucha, en el que se preguntaba por qué el ministro comunista no había salido con la dirección del Partido en vez de salir con el gobierno. El telegrama iba firmado por José Díaz, pero la poca defensa que de él hace el secretario del Partido demuestra que se puso su firma a una cosa que él no había escrito. Con motivo del referido telegrama, entre José Díaz y Uribe se han cruzado palabras muy duras. No se tienen simpatía estos dos hombres. Uribe se considera el teórico del Partido y difícilmente soporta las críticas, aunque éstas vengan del secretario general. Y a José Díaz le irrita el gesto permanente de superioridad de Uribe. Sin embargo, y en honor a la verdad, Uribe tenía razón: él no huyó con el gobierno; él huyó con la dirección del Partido.

Las dos reuniones han sido muy superficiales, aunque ya se vislumbran futuras víctimas.

La actitud de José Díaz en ellas me ha sorprendido. Esperaba que al ataque de Uribe respondiera no aferrándose al telegrama, al fin y al cabo un accidente, sino poniendo sobre la mesa el fondo de la cuestión... Mas no ha sido así.

Tengo una mala impresión de estos preliminares.

Hoy he conocido personalmente a Manuilski⁶. Su secretaria ha venido a buscarme a mi despacho. Cuando atravieso el patio y subo las escaleras de la parte central del edificio, voy un poco impresionado. Después de todo, es el único secretario de la Komintern que representa a un partido comunista triunfante.

Cuando entro en su oficina me encuentro ante un hombre normal: de estatura mediana, pelo y bigotes blancos y una sonrisa extraordinariamente simpática. De no ser por su traje, guerrera y pantalón brik, podría confundírsele con un obrero parisién. Su apariencia es muy modesta. El despacho no desentona del hombre. Es pequeño y en él, aparte de los dos retratos, sólo hay una mesa de trabajo y una mesita con varios teléfonos de diferentes colores y un gran sofá de cuero para los visitantes.

En la mesa, muchos papeles, pero cuidadosamente ordenados. Manuilski, además del ucraniano y el ruso, habla francés, inglés, alemán, italiano y comprende el español. Creo que podremos entendernos.

⁶ Manuilski: segundo secretario de la Komintern como representante del Partido Comunista ruso. Representó a Ucrania en las Naciones Unidas.

Es un hombre que atrae desde el primer momento, no sólo por su modestia, sino por su jovialidad y cariño. Con sólo mirarlo percibe uno que se encuentra ante un hombre extraordinariamente inteligente. Habla rápido y sin la más ligera vacilación. Domina la técnica de saber decir en pocas palabras lo que quiere, de provocar hábilmente la respuesta y de lograr, por último, lo que desea.

–Camarada comandante –me dice mientras me abraza. Después, como recordando, añade–: ¡Ah! el Quinto Regimiento... ¡Qué gran cosa... qué gran cosa!

Me siento contento. No ha sido para mí frecuente oír hablar del Quinto Regimiento con mucha admiración sincera. En la dirección del Partido se temía elogiar mucho al Quinto Regimiento para no elogiar a los que por su propia iniciativa habían creado las bases de una organización militar que hizo posible muchas cosas. Y por lo mismo se había establecido una parquedad injusta y sospechosa que sólo terminó semanas antes de la disolución de la gloriosa unidad y centro de organización militar.

Creo que la dirección del Partido, o por lo menos la mayoría, considera lo hecho por mí y Carlos Contreras como un pecado capital. No porque el Quinto Regimiento fuera una mala cosa, sino porque no lo habían creado ellos, los jefes...

Después de un breve preámbulo, Manuilski me expuso rápidamente lo que quería:

–Camarada, yo necesito que me haga usted en el plazo de cinco días y en diez cuartillas una síntesis del papel del anarquismo español en el curso de la guerra. ¿Lo puede hacer?

Contesté afirmativamente... Habla terminado la entrevista.

Cuando llego a mi despacho el sol penetra hasta la pared del fondo. Y el sol es una buena compañía. Pienso durante un rato y comienzo a escribir.

–Quiero hacer primero un esquema, después un guión amplio, para hacer posible más tarde la síntesis solicitada... Quiero trabajar meticulosamente. Le mañana termina con la conclusión del esquema. En la tarde termino el guión.

De regreso al hotel no me he fijado en las gentes que conmigo viajan, ni en las calles... Pienso en la entrevista y en el informe... Cinco días y diez cuartillas.

Hoy trabajo con entusiasmo. Si la conspiración no me impidiera escribir en mi cuaderno de notas ciertas impresiones personales, hubiera escrito:...estoy contento, es el primer día que hago algo útil en la Komintern...

He cumplido la tarea. Entrego a Guluveba, la secretaria de Manuilski, las cuartillas. Bajo las escaleras silbando. Al llegar a la puerta el centinela me mira sorprendido. Dejo de silbar y atravieso el patio.

La emigración española empieza a orientarse.

Una gran parte se incorporará a la producción socialista. A cada uno de los colectivos que se forme se le asignará un traductor que al mismo tiempo será el profesor de ruso. Unos ciento cincuenta se incorporarán a la escuela leninista para su formación política e ideológica. Veintiséis ex jefes militares de milicias y algún ex comisario ingresarán en la escuela militar «Frunze». Seis antiguos militares profesionales se incorporarán a la Academia de Estado Mayor.

Económicamente estos grupos se dividirán de la manera siguiente: los obreros ganarán trescientos rublos mensuales durante un año. Transcurrido este tiempo, desaparecerá el salario general y cada cual cobrará lo que gane. Con estos trescientos rublos deberán comer, pagar la casa, descuentos y cuotas y, cuando se acabe la ropa que el Socorro Rojo Internacional les ha dado, también vestirse. Los alumnos de la escuela leninista tendrán todo pagado: comida, casa y ropa. Además, tendrán una asignación de 120 rublos al mes para sus gastos. Los familiares continuarán en las casas de reposo hasta que los alumnos terminen el curso que se calcula de año y medio. Los militares ganarán lo que a su grado corresponda en el Ejército Rojo.

En la sociedad sin clases la emigración española se ha dividido en clases. Cuatrocientos cincuenta comunistas españoles, luego fueron más, van a conocer tres medios distintos de la sociedad soviética: el medio obrero, el del Partido y el del Ejército rojo. El socialismo va a ser conocido a través de la vida diaria.

Con motivo de la distribución de la emigración se han producido algunas protestas y creo que ha comenzado a florecer un peligroso descontento. No es difícil explicarse las causas. Los seleccionados para venir a la U.R.S.S. fueron considerados en París y en Moscú como los mejores cuadros políticos y militares del Partido. A todos ellos se les habló de que su marcha a la Unión Soviética era con el fin de mejorar su preparación política o militar. Como una consecuencia de esto, muchas ilusiones habían surgido en cientos de españoles. A esto hay que añadir que la selección fue en gran parte injusta por la influencia del favoritismo. Los que fueron destinados a las fábricas sufrieron una desilusión. ¿No les habían dicho que iban a estudiar política o militarmente?... Además, y a pesar de la alta calificación profesional de muchos de ellos, todos comenzaron como aprendices y en muchos casos en profesiones distintas. Algunos de los que fueron destinados a la escuela leninista se consideraban magníficos candidatos para la escuela militar, y entre los militares surgió el descontento por los grados que se les dieron. Hicieron general a Modesto, coroneles a Líster y Cordón y comandantes a todos los demás, a excepción de un sobrino de José Díaz al que se le dio el grado de capitán. Con este motivo Antonio Cordón escribió una carta a José Díaz pidiendo que se le ascendiera a general de brigada, ya que se consideraba con los mismos derechos que Modesto. Líster no protestó abiertamente, pero no olvidó el «agravio». Se consideraba más capacitado que Modesto, de cuyas aptitudes había hecho numerosos comentarios. Algunos marinos que habían sido eliminados, se consideraban con más méritos que los dos que habían sido incorporados a la Escuela de Estado Mayor.

Son las primeras grietas.

Unos doscientos cincuenta españoles se encuentran en Moscú y sus alrededores. Con este motivo los domingos menudean las visitas al «Hotel Lux». Unos hablan de hacerse obreros especializados; otros aspiran a hacerse magníficos dirigentes y no faltan los aspirantes a napoleones. A través de ellos comienzo a conocer la vida en las fábricas, en la escuela política y en las academias militares.

Una nueva casta de caciques comienza a nacer.

En las fábricas, son los jefes de los colectivos; en la escuela leninista, los jefes de grupo de estudio, y en las academias militares, Líster, Modesto y Cerdón. Y en torno a los caciques se forman los grupos de privilegiados y de los soplones. La cosa comienza a ser grave desde el comienzo. Pero el arreglo es difícil. Se trata de una norma, peligrosísima, porque puede agrandar las grietas que han comenzado a aparecer en nuestra emigración y acabar con muchas de las virtudes de los españoles. Han surgido algunas protestas contra los caciques y los soplones, pero inútiles. Aquí se escucha y se cree según las categorías.

Yo, en la imposibilidad de hacer otra cosa, observo.

El sector latino de la Sección de Cuadros de la Internacional Comunista trabaja intensamente: debe tener en su poder las biografías de los emigrados españoles y debe dar también una opinión de cada uno de ellos. Con este motivo mi despacho parece el de un alto funcionario: el teléfono suena y suena; Blagoeva consulta y consulta; mandaderos con papeles vienen

y van; más de quinientas carpetas individuales engordan y engordan. Pero no es sólo el sector latino de la Sección de Cuadros de la Internacional Comunista el que me llama constantemente para consultarme; me llama también la sección de cuadros del Socorro Rojo Internacional; la sección de cuadros del Comité Central de los Sindicatos; la sección de Cuadros del Comisariado de Instrucción Pública: me llama...

La vigilancia revolucionaria es incansable: pide, pide y pide. Y los datos se van acumulando.

Hoy ha llegado hasta mí la biografía de mi madre, venida de Francia con mi hermana y mi cuñado, hace quince días. Era yo, su propio hijo, quien debía decir si lo que mi madre había escrito era verdad o mentira. He sentido cierta tristeza...

He llamado a Blagoeva por teléfono.

–¿Camarada Blagoeva?

–Dígame, camarada Luis.

–Acabo de recibir la biografía de mi madre, para que confirme lo que en ella dice...

–Sí... ¿Y qué?

–Nada, camarada Blagoeva.

Cuelgo el teléfono con rabia. Es mi primera protesta... Y sigo mirando el montón de biografías, que desde distintos lugares han llegado hasta mi despacho. Tengo prisa por acabar esta

tarea. Es un aspecto de mi nueva profesión que no me gusta. Comprendo que la vigilancia es una necesidad en este mundo... y en el otro... pero no quiero ser yo quien la realice... ¡No quiero!...

He terminado mi jornada de trabajo.

El autobús... El puente... La estación.

Hoy me he atrevido a bajarme antes de llegar al hotel. He descendido en la Plaza de Zhersinskaia y he comenzado a caminar. Ya no veo Moscú a través de los cristales... Ni él me puede engañar ni yo pretendo engañarme... ¡Veinticuatro años de conocer el socialismo teóricamente o por medio de las revistas, han terminado!

Moscú me mira y yo miro a Moscú.

Miro todo lo que desfila ante mis ojos... Y camino... «Hotel Metropol»... «Hotel Moscú»... Presidencia del Consejo de Comisarios... «Hotel Nacional»... Y comienzo a subir por la calle de Gorki, hacia el «Hotel Lux».

Hay grandes edificios, grandes y lujosos, pero detrás de ellos se esconden, como avergonzadas de su pequeñez y miseria, numerosas casuchas de madera. Hay gente que viste bien, pero hay mucha gente que viste mal. El 90 por ciento de la ropa que veo va remendada: mucha de ella remendada hasta lo inverosímil.

No faltan mendigos. Mejor dicho, sobran. Me han dicho que se trata de gente que no quiere trabajar o restos del pasado,

irreconciliables con el presente. Sea como fuere, hay mucha gente que no quiere trabajar y muchos residuos de ayer... Mucha gente con uniforme y uniformes de muchas clases.

Llego al «Hotel Lux». Me alegro de haber llegado. Enseño el «propus» y entro en el ascensor. Cuando llego a mi habitación me encuentro con que hay visitas: son dos traductores que estuvieron en España. Ella se llama Kravchenco. El no sé. Nos abrazamos. Me hablan de España y durante mucho tiempo hablan y hablo de la tierra lejana y jamás sentida como hoy. Visten bien, muy bien. En España se vestía bien. Y, además, nuestro gobierno tuvo la gentileza de no limitar el peso de los equipajes de los extranjeros que salían de nuestro país. Les invito a café.

Se han marchado. Cenamos y escribimos a Francia. Lo hacemos bajo la impresión del clima de guerra que envuelve a Europa. ¿Qué será de los que están allá?

El correo central está a unos cuatrocientos metros de nuestro hotel. Echamos las cartas y regresamos. Regresamos lentamente, en silencio. No sé lo que piensa Esperanza, pero yo pienso y pienso. Y ni aun haciendo un gran esfuerzo logro dejar de pensar... «Hotel Metropol»... «Hotel Moscú»... Presidencia del Consejo de Comisarios... «Hotel Nacional»...

Edificios elegantes; casuchas miserables. Gente bien vestida; mucha gente mal vestida. Mendigos: gente que no quiere trabajar o restos de un pasado irreconciliable con el presente.

Me siento mal...

Tengo la impresión de que algo ha crujido en mi interior... Hago un esfuerzo: mi fe cierra las primeras grietas. Quisiera hablar, tengo necesidad de hablar, pero me da miedo decir a Esperanza que me he sentido mal...

Otro día. Ya son noventa días en la U.R.S.S. Ya en mi despacho leo los periódicos que han llegado de España y de América Latina. Mi mano derecha va señalando con un lápiz rojo lo que creo tiene interés. Es la mecánica de los nuevos tiempos, mejor dicho, de mi nueva profesión, porque esta mecánica es tan vieja como la misma Komintern... Antes podía leer y al mismo tiempo sostener el cigarrillo con una mano y rascarme o tamborilear sobre la mesa con la otra. Ahora no: cuando leo sólo soy dueño de una mano... la otra debe sostener el lápiz rojo. Lo he aprendido de Geroe. Mejor dicho, Geroe me lo ha exigido: él es un veterano en estas lides. Pero debo confesar que no me ha parecido mal. Me da la impresión de que de esta manera mi trabajo es más concienzudo... y al mismo tiempo registro día por día mi sagacidad política, porque también los funcionarios de la Komintern, los revolucionarios profesionales, se oxidan...

A las tres de la tarde, Blagoeva ha entrado en mi despacho. Ha sido para mí una sorpresa: Blagoeva sólo desciende de su pedestal para ir a hablar a los que en la Komintern son más que ella. A los demás, los llama.

–Siéntese, camarada Blagoeva.

–Muchas gracias, camarada Luis, pero el camarada Dimitrov quiere hablar con usted.

¡Dimitrov! ¡El héroe de Leipzig!

Pienso en las biografías. Son mi obsesión. Pero rápidamente las descarto. Dimitrov no me llamaría para tal cosa. Para eso están Blagoeva, Bielov... Muchos...

Cruzamos el patio. Llegamos ante la entrada principal: un centinela, luego un piso, otro, otro, otro centinela y un pasillo por el que avanzamos envueltos por un silencio de monasterio... Allí... en el fondo, una puerta... Detrás de ella, Dimitrov.

Avanzo rápido. Blagoeva me sigue mientras fuma y tose.

Me detengo ante la entrada. Blagoeva llega con su fatiga y sus tos. Se detiene, toma aliento y llama. Han sido unos golpes delicados, rítmicos como su tos, pero respetuosos. Deja pasar unos instantes y abre la puerta. Me invita a entrar.

Entro.

Sólo veo el fondo del despacho: una pared con dos puertas a los lados y dos grandes retratos... Unos segundos más... Ahora veo a un hombre sentado detrás de una mesa de despacho y delante de ésta otra, estrecha, muy larga, formando ambas una enorme T.

Avanzo.

Siento detrás de mí los pasos de Blagoeva y una tos ahogada, tan ahogada que me da la impresión de que esta mujer, delante de la cual tantos tiemblan, tiene miedo de toser.

Sigo avanzando.

El hombre que está detrás de la mesa se levanta y avanza hacia mí.

¡Dimitrov sonríe!

Sólo me separa un metro de él cuando veo que se adelantan sus manos; instintivamente alargo las mías; siento un apretón enérgico, pero al mismo tiempo cálido, fraternal.

–Camarada Dimitrov...

–Camarada Castro. –Su voz es suave, profunda, segura...

Dimitrov sonríe. Blagoeva sonríe... Yo sonrío. Nos señala unas sillas. Nos sentamos. Pone delante de nosotros una caja de cigarrillos. Fumamos. Dimitrov, mientras tanto, pasea lentamente, fuma lentamente, habla lentamente.

Blagoeva, mientras tanto, traduce, fuma y tose. Yo escucho.

–Camarada –dice él y traduce ella–, usted sabe que aquí estudiaba un grupo de aviadores españoles llegados meses antes de terminar la guerra...

Hago una leve afirmación con la cabeza.

–... Lógicamente –prosigue–, terminada la guerra debían terminar el curso. Así ha sido. Actualmente dichos aviadores se encuentran en una casa de descanso en los alrededores de Moscú... Parece ser que ayer se han indisciplinado contra el

director de la casa y que gritan constantemente que quieren marcharse de la Unión Soviética.

Se detiene frente a mí, enciende su pipa, lanza una bocanada de humo al espacio y continúa...

Quiero que inmediatamente salga usted con el camarada Bielov, para que hable con ellos y vea qué hay detrás de esa protesta...

Recorre en silencio la habitación... Vuelve a detenerse ante mí...

–Después me informará, camarada.

Blagoeva se levanta. Me levanto. Dimitrov me da la mano y salimos. Mi primer encuentro con el Secretario General del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista ha terminado.

Un piso, dos, tres... Un centinela... Ya estoy en el patio... Respiro con fuerza; Blagoeva tose sin limitaciones. Hemos vuelto a la normalidad. La sigo. Entramos en su despacho y espero. Mientras pienso en esos minutos con Dimitrov, ante el hombre al que primero venció el fascismo como delegado de la Komintern en Alemania, subiendo al poder casi sin resistencia y destruyendo casi por completo el Partido que él controlaba, y que luego había vencido al fascismo ante los tribunales... Por lo primero, el movimiento comunista internacional no le sancionó, aunque un jefe que sufre tal derrota bien merece que lo fusilen; por lo segundo, el gobierno soviético y la Komintern le premiaron con creces: el primero le salvó dándole la ciudadanía soviética; la segunda le hizo su secretario

general... Se quiso salvar lo único que quedaba por salvar: el honor. Pero no estoy muy seguro de que tal cosa se salvara. Lo que sí ocurrió es que el proceso de Leipzig impidió otro proceso...

Dimitrov es un hombre alto y grueso; un hombre que mira constantemente a los ojos de aquél con quien habla. Es, además, una mezcla de hombre que habla, fuma y pasea al mismo tiempo. Recordando cuanto me habían contado de Stalin, tenía la idea de que de tanto pasear con él algo se le había pegado... Pero después supe que Stalin paseaba y hablaba muy poco con los hombres de la Komintern. Generalmente se entendía con ellos por teléfono.

Pero no puedo decir mucho más. Todo lo que he visto ha sido la pared del fondo, dos puertas, dos retratos, dos ojos y dos mesas formando una gran T.

Abren la puerta del despacho de Blagoeva. Entra un hombre de unos cincuenta y cinco años, de estatura mediana, grueso, tosco... Habla unos instantes con brusquedad. Después, mirándome, espera. Blagoeva habla.

–El camarada Bielov.

Nos estrechamos las manos. Al hacerlo, él inclina la cabeza exageradamente. Yo no. Ignoro si es una de mis obligaciones. Bielov continúa hablando. Lo hace como si estuviera ante un numeroso auditorio: fuerte, con voz ronca, agitando mucho las manos... Blagoeva traduce y traduce.

Suena el teléfono.

Blagoeva me hace una indicación de que siga a Bielov. Le sigo. Salimos del despacho. En la puerta del edificio, nos espera un automóvil. Subimos y arranca rápidamente.

Ninguno hablamos: ni Bielov, ni el chófer, ni yo.

En la imposibilidad de iniciar la conversación, me dedico a fumar y contemplar el paisaje: pequeñas casas de madera y grandes árboles, que forman los costados de la estrecha carretera por donde vamos. Luego, pasamos por delante de un aeródromo militar: alambradas de púas, garitas sobre caballetes, soldados con fusil, aviones en tierra y aviones sobre nosotros.

Después otra vez la vieja fisonomía del camino: pequeñas casas y grandes árboles. De vez en cuando alguna que otra persona que pasa indiferente a todo: a nosotros, al coche y al polvo. Seguimos. Llevamos veinte minutos de camino: veinte minutos de mirar el paisaje... Llevamos cuarenta minutos de camino: cuarenta minutos de mirar el paisaje. La carretera nos conduce al fin hasta un recinto de elevadas cercas y varias casas.

En la fachada del edificio principal hay dos grandes retratos de Lenin y Stalin y numerosas banderitas rojas. Parece ser que éste es el eterno adorno de esta sombría casa de reposo. Avanzamos hacia la casa, mientras que dos hombres avanzan hacia nosotros. Bielov manda al chófer que detenga el automóvil. Nos apeamos y saludamos. Uno es el director de la casa de reposo; el otro es el traductor. El primero, un veterano de la guerra civil; el segundo, un ex combatiente de la Brigada

Internacional, de origen austríaco, llamado Kurt, cuya muerte después hizo pensar y decir a su mujer, Carmen Brufau, que había sido asesinado. Verdad o mentira, esto le sirvió para presentarse ante las embajadas como una víctima.

Pasamos directamente al despacho del director. Nos informa. Considera que todo el descontento se debe a la labor que hacen algunos elementos que él considera sospechosos. Al oír la palabra «sospechoso», Bielov ha levantado la cabeza con la misma rapidez que un perro de caza al olfatear la pieza.

Traen té.

Mientras lo tomamos, el traductor me dice que los aviadores se están concentrando en el salón de actos, donde debo hablar para acabar con la situación existente.

Unos minutos más y pasamos al salón de actos. Es una sala rectangular. Hay un pequeño escenario y en él una mesa y varias sillas. Delante del escenario, unas veinte filas de bancos y sentados unos cincuenta hombres jóvenes: son los aviadores que quieren marcharse de la Unión Soviética. En esta sala hay más retratos que en todas las habitaciones, despachos y salones de actos que he visto hasta ahora. Aquí, en la pared que está detrás de la presidencia, hay dos retratos: Lenin y Stalin; en las dos paredes laterales figuran, por orden de importancia, el resto de los miembros del Buró Político del Partido Bolchevique y los dos suplentes: Beria y Svernik.

El director se pone en pie. Se hace el silencio. Habla. Diez minutos, veinte, treinta... Se calla. Se sienta. Saca un pañuelo del bolsillo y se limpia el sudor con el mismo gesto de

cansancio con que se lo limpiaría allá en los años de la guerra civil, después de un avance o de una retirada, en los veranos ucranianos... Luego habla al oído de Bielov. Bielov, muy serio, escucha y asiente.

El traductor me da una síntesis del discurso: ha hablado de la Unión Soviética, del socialismo, de Lenin, de Stalin, de que son los huéspedes de honor del pueblo soviético, de que no deben irse, de que deben quedarse...

Por lo que puedo observar, la gente no se ha conmovido.

Ahora debo hablar yo. No es fácil hablar. El representante de la Sección de Cuadros de la Komintern ha opinado, por boca del director, que deben quedarse; los aviadores, de palabra antes y con el gesto en este momento, insisten en marcharse...

–Camaradas –comienzo– ... En primer término quiero saludares en nombre de la dirección del Partido Comunista de España... En nombre del camarada Dimitrov...

He hecho una pausa... pero nadie ha aplaudido ante la invocación familiar.

–... Ahora os expondré el motivo de nuestra visita. Nos han informado que desde hace algunos días habéis adoptado una actitud de franca indisciplina contra el director de la casa; que gritáis constantemente que queréis salir de la Unión Soviética...

Sigue el silencio... y continúo:

–El camarada Dimitrov, que está muy interesado por vuestra situación y perspectivas, quiere saber qué os ocurre, qué necesitáis, en qué puede ayudaros. Yo os pediría que hablarais con toda claridad, asegurándoos de antemano que cuantos deseos expongáis los transmitiré al camarada Dimitrov...

Me siento. Comienzan a hablar.

Uno... Dos... Tres... No sé cuántos... Sólo sé que han sido muchos.

Y el último que habla resume: «... terminada la guerra de España y suspendido el curso que estábamos haciendo, han desaparecido todas las razones que nos trajeron a la Unión Soviética... La mayoría de nosotros tiene familia en América y desea reunirse con ella. Éste es el problema. No somos antisoviéticos, ni anticomunistas, puesto que muchos somos miembros del Partido; estamos muy agradecidos al gobierno y al pueblo soviéticos, pero queremos marcharnos. Esto es todo lo que deseamos».

Mientras hablaban, los he estado observando. No he encontrado sospechosos. No era muy fácil tampoco encontrarlos: habían sido seleccionados entre los mejores combatientes de primera línea. Cada uno de ellos era un testigo excepcional de las mejores páginas de la historia de nuestra guerra.

Cuando han terminado de hablar miro a Bielov, pero Bielov no me mira; miro el director, pero el director no me mira; miro al traductor, pero el traductor está muy interesado mirando los retratos de los miembros del Buró Político...

Concluyo.

–Tened la seguridad de que cuanto habéis expuesto lo haré llegar personalmente al camarada Dimitrov... Por mi parte, no encuentro nada malo en vuestros deseos.

Regresamos a Moscú. Otra vez en la Komintern. Y otra vez en el despacho de Blagoeva. Durante unos minutos, Bielov y ella hablan animadamente. No entiendo nada. Después, Blagoeva se dirige a mí.

–Camarada, el camarada Bielov informará al camarada Dimitrov de la reunión.

Bielov me da la mano mientras inclina la cabeza. Blagoeva me da la mano mientras dibuja una sonrisa forzada. Y salgo.

Desde esta entrevista con los aviadores españoles hasta mi salida de la U.R.S.S., no les volví a ver... Sólo sé que algunos, porque al parecer todos es imposible, siguen pensando en reunirse con sus familiares en América...

VI

Me he enterado de que se han celebrado varias reuniones entre una delegación del Partido Comunista de España, formada por José Díaz, Vicente Uribe, Pedro Checa, Dolores Ibárruri y Jesús Hernández, con una delegación del Secretariado de la Komintern integrada por Dimitrov y Manuilski, acompañados de Togliatti, Stepanov y Geroe, como representantes que fueron de la Komintern en España.

Oficialmente no se ha dicho nada.

Pero por lo que he podido saber se han salvado casi todos: la línea de la Internacional Comunista fue correcta y la aplicación por sus delegados justa; la actuación de los consejeros militares y diplomáticos no se ha discutido; contra José Díaz no se han hecho acusaciones, su prolongada enfermedad le excluía de ellas; Dolores Ibárruri y Antón han sido los héroes, tanto que a Dolores Ibárruri, con José Díaz, se les ha nombrado secretarios del Comité Ejecutivo de la Komintern; a Antón se le ha colocado en un terreno con grandes perspectivas; Uribe, Checa, Hernández y no sé cuántos más han sido, dentro del Partido, los responsables de todo lo malo.

El resultado de la discusión me ha hecho reflexionar profundamente. No, no puedo estar de acuerdo; no puedo conformarme ni aun con la promesa de que se hará un documento amplio explicando las causas de la pérdida de la

guerra y los errores y debilidades de nuestro Partido. Y no puedo estar de acuerdo porque al problema español en 1936–1939 no se le puede dar carpetazo, como se le dio al problema alemán en 1933; no puedo estar de acuerdo porque tales procedimientos entrañan un peligro mortal para el Partido...

Pasan los días y de lo acordado no se dice ni una palabra. También en la Komintern hay secretos. Sólo sé que Hernández trabaja intensamente en la elaboración de un largo documento. Parece ser que no le es fácil: hay que cambiar el nombre a los colores; al blanco debe llamársele negro, y al negro blanco; hay que generalizar; hay que echar polvo en los ojos de los militantes y aparecer «limpios de polvo y paja»; hay que aparecer como los mejores y no dar lugar a que se pueda hacer la más ligera crítica a la Komintern; hay que sostener el mito de la infalibilidad.

Sé esto y sé también que uno de los motivos fundamentales por el cual vine a la Unión Soviética con alegría –conocer ampliamente las causas de nuestra derrota y nuestra responsabilidad como Partido– se ha venido al suelo...

Mi pequeña habitación de trabajo comienza a serme antipática. Es una antipatía cordial, hasta objetiva; podría decirse; pero no deja de preocuparme el hecho de que tal antipatía cordial, objetiva, se ha producido inmediatamente después de saber cómo ha terminado la discusión de nuestra guerra.

Pasan unos días más.

Se habla de que José Díaz y Dolores Ibárruri van a incorporarse a su trabajo como secretarios de la Komintern. José Díaz se encargará del trabajo de España, de la India y de los países latinoamericanos; Dolores Ibárruri parece ser que se encargará del trabajo de las mujeres.

Y yo deberé ayudar a José Díaz.

Me siento un poco sobrecogido.

Me duele la cabeza y me siento cansado. Llevo varios días que no hago más que mirar los mapas de la India y de América Latina. He buscado en la biblioteca algo que me oriente, y desde que lo he encontrado no hago más que leer y leer: leo en mi despacho, en el comedor, en el autobús, en mi habitación del hotel... Comienzo a parecerme a los demás funcionarios: hablo poco, llevo la cartera repleta de libros y periódicos y leo y leo...

Esperanza se aburre.

A José Díaz y Dolores Ibárruri les han dado dos despachos en el tercer piso. El de José Díaz tiene una antesala donde estarán sus escoltas y la mecanógrafa. No faltan los retratos, ni la caja fuerte, ni el armario con los textos de los clásicos en todos los idiomas, ni la mesita con varios teléfonos, ni el gran sofá... El de Ibárruri es más modesto, pero la modestia no excluye lo reglamentario: los dos retratos, la caja fuerte, el armario con los textos de los clásicos en todos los idiomas, la mesita con los teléfonos... La única diferencia es que en el despacho de Ibárruri han puesto un gran florero lleno de flores.

Yo también he ascendido: del primer piso de una de las alas del edificio he pasado al tercer piso del cuerpo central. Mi despacho está al lado del de José Díaz y ambos muy cerca del de Manuiski.

Mi despacho tiene una pequeña mesa, un teléfono, un armario lleno de libros, varios mapas de la India, de España y de América Latina, dos sillas y dos retratos. Tengo también una ventana que da al patio central. Me alegro, ya no veré más el enorme montón de carbonilla de las calderas; tiene otra ventaja esta ventana: podré ver a todos los funcionarios de la Komintern, a excepción de los secretarios, que comen en sus despachos, cuando vayan al comedor. Sí, será un pequeño aparato de radiografía, porque cuando la gente tiene hambre y va donde le espera la comida, es bastante diferente a como la vemos detrás de una mesa de despacho con una fotografía de Lenin al frente y otra de Stalin a sus espaldas.

Nuevos españoles han llegado a la Komintern.

Eusebio Cimorra, que se ha incorporado a la Sección de Prensa y Propaganda; Juárez, que pasa a ocupar mi antiguo despacho y a leer periódicos y hacer resúmenes periódicos de prensa. Kety Levi Rodríguez se ha incorporado al secretariado de José Díaz como secretaria técnica. Los datos más sobresalientes de estas tres personas podríamos resumirlos en pocas palabras: Cimorra es un antiguo redactor de «Mundo Obrero», un buen periodista que ha entrado en el pozo del ocaso; Juárez es un antiguo obrero metalúrgico y un ex alumno de la escuela leninista; Kety Levi Rodríguez no sé muy bien quién es. Por el momento es sospechosa a la sección de

cuadros. Es de origen judío. Mas a pesar de cuanto le han dicho sobre la igualdad de razas en la Unión Soviética, ha decidido llamarse Kety L. Rodríguez.

Mi vecindad ha mejorado mucho: a un lado, Manuilski y Geroe, a otro lado, José Díaz y Dolores Ibárruri; un poco más lejos, Kussinen, Pieck, Florín y Gottwald; y más lejos, Togliatti.

Creo que este cambio de situación ha influido bastante en la gente que me rodea. Ya no me miran con curiosidad, sino con cierto respeto. Hasta el centinela de la puerta del edificio –el mejor barómetro– me sonríe, me da los buenos días o las buenas tardes, aunque también es cierto que no me deja entrar ni salir sin enseñar el «propus».

Hoy, en mi calidad de secretario político de José Díaz para España, la India y América Latina, he hablado con Octavio Brandao y con un ruso que hace el trabajo informativo de la inmensa colonia inglesa.

Para Brandao, América Latina es el Brasil: me ha hablado de la gran bahía de Río de Janeiro, del Amazonas, de las inmensas riquezas naturales que tiene su país, de Getulio Vargas... Ha hablado durante dos horas y durante dos horas he escuchado... ¡Será terrible si la revolución tarda en estallar en el Brasil!

Me siento preocupado y con dolor de cabeza.

El ruso que hace el trabajo informativo de la India es un hombre joven, tosco, al que he visto cocinando más de una vez en la cocina colectiva del «Lux». Habla inglés, y Kety L. Rodríguez me traduce. Yo no comprendo nada.

Después de estas dos entrevistas, he sacado en limpio que para Brandao, el Brasil es el país más importante, no ya de América Latina, sino del mundo entero; que la India continúa siendo una parte de Asia; que el Partido Comunista es muy pequeño; que no hay contacto con él y que todo lo que sabemos de dicho país y del movimiento revolucionario es lo que publican los periódicos y revistas de la Gran Bretaña.

Mi dolor de cabeza ha aumentado.

Hablo con Kety L. Rodríguez y, al poco rato, del botiquín de la Komintern llega una enfermera con unas pastillas de piramidón. Las tomo y dejo caer la cabeza sobre mis brazos.

Un torbellino de nombres hace más lento el efecto del piramidón que me trajo una mujer con una bata blanca, no muy blanca vista de cerca: Brasil, Getulio Vargas; India, Gandhi, Nehru; Méjico, Cárdenas: en total una colonia inglesa y muchas repúblicas latinoamericanas.

Una muchacha me trae un paquete de periódicos franceses. Firmo el «recibí» y se va. Son varios números de *L'Humanité*, Gabriel Peri refleja la zozobra de Europa y quizá su propia zozobra.

Noto a Francia encogida. A Inglaterra enferma. Al Tercer Reich ensoberbecido.

Me he olvidado de la India y de todas las repúblicas latinoamericanas. El volcán no está tan lejos. Pero aquí, en mi pequeño despacho de la Komintern, veo los acontecimientos

sin inquietud: mis flancos están protegidos por Manuiski, Kussinen, Pieck, Florin, Gottwald...

Algunos españoles salen de la U.R.S.S.

Hernández y Comorera, a Suecia. Deben ser el enlace entre Francia y Moscú. Martínez Cartón, Galán, Diéguez, Arturo Jiménez, Guardiola y algunos más, hacia Francia, camino de América. Deben organizar y dirigir la campaña de solidaridad con la República Española. Galán, después de innumerables trabajos para casarse, ha tenido que dejar a su mujer; Martínez Cartón ha tenido que luchar para poder sacar a su mujer y un hijo.

También se van Uribe y Checa. El primero porque todavía es ministro del gobierno Negrín; el segundo, porque es una de las pocas garantías que nos quedan.

Ni José Díaz ni Dolores Ibárruri se han incorporado al trabajo, a pesar de que cada día circulan los rumores de que van a llegar. Sigo hablando con Brandao: hablo en el autobús, en el comedor, en mi despacho, en el ascensor y de vez en cuando en mi cuarto del hotel... Una enfermera me sigue trayendo regularmente pastillas de piramidón. El otro colaborador viene poco a verme. De la India no hay mucho que contar.

Hoy he aprovechado para leer a Lenin y Stalin sobre la primera guerra imperialista. Después he ido a la biblioteca y he pedido las memorias de Churchill sobre esta gran catástrofe. No me las han dado: debo tener un permiso especial porque pertenecen al departamento secreto. Renuncio a solicitar el

permiso: la cara que ha puesto la bibliotecaria me ha dado a entender que no está bien visto leer tales libros...

Gabriel Peri sigue mostrando un panorama sombrío. Se habla de Danzig. Se habla de la línea Maginot. La guerra se cierne sobre Europa... Pero de la primera guerra mundial surgió la primera gran revolución socialista. Desde el mirador de mi hotel veo a Moscú esconderse en la noche. En un horizonte cada vez más confuso las torres del Kremlin, sus estrellas rojas... Allí vive Stalin. Esperanza me llama para cenar. Cenamos.

Llegan Líster y Modesto. Más erguidos que nunca; más militares que ayer. Me hablan de la Academia, de dos de sus profesores que estuvieron en España: Malinovski⁷ y Walter⁸. Mientras hablan toman dos o tres veces café y se fuman mis cigarros. Y hablan, hablan, hablan.

Líster mira el reloj. Se levantan, se abrochan el correa que se habían soltado al llegar, se miran el uno al otro, nos dan la mano y se van... Por el pasillo resuenan sus pasos, cruje el piso. Luego, el silencio. Moscú duerme. Nosotros debemos dormir.

7 Radión Y. Malinovski, Ministro de Defensa de la U.R.S.S. y consejero militar en la guerra de España.

8 Karl Swierczewski: jefe de una división de las Brigadas Internacionales, muerto más tarde en su país, Polonia, por los guerrilleros.

VII

En cada habitación del «Hotel Lux» hay un pequeño altavoz. En el noventa por ciento de las habitaciones de la U.R.S.S. hay altavoces. En las plazas más importantes de todas las ciudades soviéticas hay altavoces. Con este sistema, el gobierno puede hablar cuando quiere al país entero. Me han dicho que tal sistema no existe en ninguna otra nación. De acuerdo. Me han dicho que en los demás países una parte de sus habitantes tiene aparato de radio. De acuerdo también. Por lo que deduzco que los soviéticos pueden oír a su gobierno y las emisiones oficiales, y que en los demás países, a excepción de Alemania, Italia y España, se puede oír lo que a uno le dé la gana.

Como no entendemos el idioma (yo no lo entendí nunca), nuestro altavoz carece para nosotros de valor informativo; como no tenemos despertador, lo dejamos enchufado por las noches para que a las seis de la mañana nos despierten. La jornada de radio comienza a las seis de la mañana: marcha deportiva, ejercicios gimnásticos y luego el noticiario que dos horas después publicarán todos los periódicos soviéticos. A continuación, música y discursos, discursos y música hasta las dos de la madrugada, cuando de nuevo radian noticias, para terminar con la Internacional.

Nos ha despertado la marcha deportiva, hemos escuchado después los ejercicios de fisicultura. Pero lo hemos oído como

quien oye llover: el hábito crea la indiferencia. Esperamos el noticiario con la ilusión de oír el nombre de España, pero no hay noticiario. Una voz grave, monótona, comienza a escucharse. No prestamos atención. Y habla y habla. Muchos minutos, no sé cuántos... Al final oímos los nombres de Molotov y Ribbentrop.

En la habitación de al lado se oyen pasos precipitados. Nosotros seguimos en la cama: faltan cuarenta y cinco minutos para levantarse. Las siete y cuarto.

Me levanto, me afeito, me lavo y me visto. Esperanza mientras tanto hace el desayuno... Desayunamos. Las ocho.

Tomo la cartera y bajo rápidamente: el autobús sale a las ocho y diez. Cuando llego, el cuadro es distinto al de los demás días. Hoy la gente no se ha precipitado a conquistar su asiento. Esperan en la acera, en grupos, discutiendo animadamente, algunos casi a gritos.

Miro a unos y a otros; nadie me mira. Doy los buenos días; nadie me contesta.

Continúan hablando, gesticulando, moviendo los brazos. El único que no habla, soy yo; el único que no gesticula, soy yo; el único que no mueve los brazos, soy yo.

Llega Octavio Brandao. Es casi el último y viene como siempre: corriendo y fatigado. ¡Pero qué brillo en sus ojos, qué sonrisa en su cara!

Va de un grupo a otro. Es seguro que Brandao no habla hoy de sol, ni del Brasil, ni de Getulio Vargas, porque todos le escuchan... Pero entonces, ¿de qué habla Brandao?

Al subir al autobús, me ve; me abraza. El que viene detrás de nosotros nos empuja sin ninguna diplomacia. Brandao tira de mí hacia el interior del autobús. Me habla a gritos, se sonríe maliciosamente, se ríe a carcajadas, mueve los brazos, se abrocha y se desabrocha la chaqueta... Pero a pesar de todo hasta ahora no comprendo nada de cuanto me dice. Cincuenta voces en numerosos idiomas lo impiden. Brandao grita más y más, gesticula... Nada... Hay en su mirada un gesto de cansancio y desesperación... Al fin me echa el brazo por encima del hombro, pega su boca a mi oído...

–¡Formidable!, camarada Luis, formidable... La Unión Soviética ha concertado un tratado de no agresión y de comercio con Alemania... Molotov y Ribbentrop han firmado en nombre de sus respectivos gobiernos... ¡Formidable!... ¡Formidable!...

Cincuenta voces en distintos idiomas deben repetir lo que Brandao me acaba de decir. Miro a los alemanes. Tengo la impresión de que todos han crecido. De que se han vuelto más alemanes, más...

–Los dos grupos frente a sus contradicciones... La Unión Soviética en pleno desarrollo pacífico... ¡Formidable!... ¡Fantástico!... Que se destrocen ellos... Así serán más fáciles nuestras tareas... ¡Fantástico!... ¡Formidable!...

Me mira. Le miro. Sonreímos.

De pronto, todos los que van de pie parecen querer lanzarse sobre las espaldas del chófer... Hemos llegado. Pero hoy nadie se ha dado cuenta del tiempo, ni de la estación, ni del puente, ni de la estatua alegórica de la Exposición Agrícola, ni de la última curva para entrar en el recinto de la Komintern.

Nos desperdigamos más de prisa que otros días.

Llego hasta la puerta de mi despacho; rompo un precinto y entro. Rompo otro precinto y otro... Me siento y saco algunas carpetas con resúmenes de la Prensa extranjera y correspondencia de los colectivos españoles. A las once de la mañana traen el boletín en español y *Pravda*. En la primera página del boletín, el Tratado; en la primera página de *Pravda*, el Tratado y un gran retrato de Stalin, que parece decir a todos los comunistas del mundo: «He sido yo, ¿lo oís?... Yo».

Leo el Tratado... Lo leo una vez, dos, tres... Miro *Pravda* una vez, dos, tres... Y pienso. Mientras pienso, me parece escuchar una voz suave, pero enérgica, que me repite sin cansarse: «Stalin tiene razón»... «Stalin nunca se equivoca»...

Suena el teléfono. Esperanza me llama desde el hotel.

–¿Te has enterado del Tratado?

–¿Qué te parece?

–Lo estoy leyendo en este momento.

Colgamos.

Y de nuevo leo el Tratado. Y de nuevo miro *Pravda*. Estoy seguro de que en las doscientas noventa y nueve habitaciones, doscientos noventa y nueve funcionarios leen el boletín y miran *Pravda*, y que igual que a mí una voz suave, pero enérgica, les repite sin cansarse: «Stalin tiene razón»... «Stalin nunca se equivoca». Sí... Pero... Yo soy español. Alemania ayudó a Franco a subir al poder y a hundir nuestra República. Un avión «Messerschmidt» cortó con el fuego de sus ametralladoras la vida de mi hermano Manolo en un pueblecito de Cataluña... Hitler aspira a dominar Europa. Me asusto de mis reflexiones. Me acuerdo de las cincuenta voces en tantísimos idiomas que gritaban en el autobús. Me acuerdo... Pero me acuerdo de España... Si pudiera olvidarla; si pudiera olvidar a mi hermano, tendido en la pequeña sala de un pequeño hospital, pálido, serio... Entonces sí que gritaría como esas cincuenta voces que me martillean... Pero... Pero desde Almería a Guernica, desde Badajoz a Barcelona se eleva ese «pero»... Muertos... Muertos... Muertos... Un millón de muertos en una población de veinticuatro millones de habitantes. Miro el boletín... Miro *Pravda* («La verdad»)... Sí, la verdad está ahí. Soy un sentimental. Un esfuerzo... Mis viejos recuerdos se van esfumando lentamente... Otra vez soy el representante del Partido Comunista de España en la Komintern; otra vez soy el funcionario de la Komintern; otra vez soy el colaborador del Estado Mayor de la Revolución Mundial. Ya no hay zigzags... Todo es recto como la Avenida Nevski.

Ellos pensaban liquidar sus pugnas sin lesionar sus propios intereses: Inglaterra y Francia quedándose con sus imperios, pero dejando manos libres a Alemania en la otra dirección...

Alemania creando su imperio a costa de las tierras del Este. Ahora ya no es posible. Están frente a frente: Alemania deberá construir su imperio a costa de los otros imperios; los otros deberán defenderse... Y chocarán... Se irán debilitando... Surgirá el descontento de los pueblos... Y la Unión Soviética, fresca y poderosa, resolverá de una vez y para siempre un viejo problema histórico... ¿Que para que ellos se deshagan hay que dar a Alemania petróleo?... ¡Se lo daremos! ¿Que para que ellos se deshagan hay que dar trigo a Alemania?... ¡Se lo daremos! ¿Que para que Alemania pueda encender la mecha hay que darle garantías en el Este?... ¡Se las daremos! ¿Que para que el descontento de los pueblos surja habrá que dejar que el ejército alemán destruya pueblos y ciudades y mate a millones de hombres, mujeres y niños?... ¡Lo dejaremos! El objetivo estratégico es claro... Ahora estoy un poco más tranquilo.

Vuelvo a leer el Tratado. Mientras leo, me froto las manos y sonrío. Me levanto y me acerco a la ventana.

La gente comienza a ir al comedor. Charlan animadamente. Parece un día de fiesta: los jefes sonden a los subalternos; los subalternos sonrían más que otros días a los jefes. La gente se agrupa en el comedor. Se dice ¡formidable! en numerosos idiomas. Brandao ha sido desplazado: ahora todos gritan más que él; todos ríen más que él; todos agitan las manos más que él. Llego hasta la mesa donde está sentado. Coincido con Geroe. Comienzan a hablar. Yo escucho. Brandao es un pasional; Geroe un teórico. Brandao no razona: grita. Geroe no grita: razona. Y yo escucho. Cuando salgo del comedor, yo

también grito, yo también río, yo también me abrocho y me desabrocho la chaqueta.

¿Soy Brandao o soy yo? Somos iguales: él grita y yo grito; él ríe y yo río; él agita las manos y yo agito las manos; él se abrocha y se desabrocha la chaqueta y yo me abrocho y me desabrocho la chaqueta; él está nervioso de alegría y a mí la alegría me ha puesto nervioso... Y lo mismo ocurrirá a Dimitrov y Manuilski, a Togliatti y Pieck, a Florin y Kussinen, a Gottwald y Marty, a José Díaz y Dolores Ibárruri, a Geroe y Stepanov... Y así hasta noventa millones de parejas dentro de la U.R.S.S. y no sé a cuántos miles y millones fuera.

Mas, ¿qué pensará la otra gente? ¡Bah! Y ahora a esperar que nuestra estrategia dé sus frutos. ¡Ja!... ¡Ja!... ¡Ja!... A la revolución mundial se le ha puesto una inyección de aceite alcanforado.

VIII

Moscú es lindo en el verano. Miles de brochas blanquean miles de casas; miles de casas estarán limpias por fuera durante no más de dos mil horas. El asfalto brilla. Los hombres parecen hombres y las mujeres, mujeres... Ellos se afeitan la cabeza y se visten de blanco; ellas despiertan a todo: a la vida y al color. Cuando el invierno acaba, ríen y cantan y muestran sus vestidos rojos, verdes, amarillos, blancos; todos muy rojos, muy verdes, muy amarillos y muy blancos. Ni una sola nube empaña el cielo político del país del socialismo. El horizonte en llamas está más allá de sus fronteras.

Mi horizonte es distinto: frente al mirador de mi habitación hay una callecita estrecha: en la callecita, un hotel de antes de la revolución; en el hotel, un gran balcón; en el balcón, una gran bandera con la cruz gamada: es el emblema del Tercer Reich. Por lo demás, nada.

En Moscú hay muchos alemanes: los de antes y los de ahora. Los de antes se hospedan en el «Hotel Lux»; los de ahora lo hacen en el «Hotel Metropol». Los de antes son los restos del ejército de Thaelman⁹; los de ahora son las avanzadillas del ejército de Hitler. Los del «Hotel Lux» trabajan en la Komintern; los del «Hotel Metropol», en el Comisariado de Comercio o en el de la Industria. Los de antes llevan como salvoconducto un

9 Ernst Thaelman: jefe del Partido Comunista alemán hasta la subida de Hitler al poder.

pequeño carnet de tapas rojas; los de ahora un pasaporte diplomático. Pero son diferencias que no se aprecian a simple vista.

Moscú es lindo en el verano... Hoy hemos querido tomar una botella de cerveza y hemos podido tomarla. Fuimos al «Hotel Metropol», nos sentamos a una mesita al aire libre y pedimos una botella de cerveza.

El camarero nos miró de arriba abajo.

–No tenemos cerveza.

–Y esos señores de esas mesas, ¿qué toman?

–La cerveza la tenemos reservada para los extranjeros.

–¿Está usted seguro de que somos rusos?

Se va... Viene acompañado del maître...

Las mismas preguntas e idénticas respuestas. Al fin llega la botella. El camarero nos sirve de mala gana; el maître, desde lejos, nos mira con mala cara... ¡Qué placer poder mirar horizontalmente a los representantes de Adolfo Hitler! Hay cosas que sólo son posibles en la U.R.S.S. Saboreamos la cerveza y nuestra pequeña, pequeñísima venganza.

Desde el 24 de agosto han cambiado mucho las cosas. Ni en la Prensa ni en las revistas soviéticas se alude al fascismo alemán. En la Komintern tampoco. El Tratado, entre otras cosas, tiene como base la lealtad, y en nombre de esta lealtad

hemos «olvidado temporalmente» al fascismo alemán. Pero como no podemos estar callados, como no debemos callarnos, hablamos de los «panis» polacos y del imperialismo anglofrancés.

Peri sigue escribiendo. Después de leerle miro el mapa que está frente a mí, debajo del retrato de Lenin.

28 de agosto: se agudiza la crisis.

10 de septiembre: la aviación del Reich ataca Varsovia; en la frontera germano-polaca se producen los primeros choques entre unidades militares; Danzig es anexionado definitivamente a Alemania. 3 de septiembre: Inglaterra y Francia se consideran en guerra con Alemania. 8 de septiembre: los alemanes llegan hasta las puertas de Varsovia. 16 de septiembre: Varsovia capitula después de una heroica resistencia. 29 de septiembre: en Moscú se firma un pacto entre la Unión Soviética y Alemania sobre el reparto de Polonia.

De Polonia ya no se habla. La parte occidental ha quedado anexionada a Alemania. La parte central funcionará como un protectorado alemán. La parte oriental queda anexionada a la U.R.S.S. La línea Curzon ha pasado a ser una pieza de la historia contemporánea. Desde hoy sólo miramos el mapa para ver a quién le cae encima la desdichada suerte de Polonia.

Europa sigue lanzándonos sus naufragos. Han llegado a Moscú, Mauricio Thorez¹⁰, secretario general del Partido

10 Maurice Thorez: jefe del Partido Comunista francés.

Comunista francés; Ramette, miembro del Buró Político y secretario de la minoría parlamentaria comunista; Alard, miembro del Comité Central... Pero en la Unión Soviética no existe ninguna persona que se llame Thorez; conocemos a un tal Ivanov, que no habla ruso, que habla francés correctamente, que se está dejando crecer la barba, que vive en Kunsevo y que se entretiene en un huertecito que hay delante de una magnífica casita de campo. Ramette y Alard se han incorporado rápidamente a la Komintern.

En la Komintern estamos contentos: todos recordamos las palabras de Stalin en el XVIII Congreso del Partido Comunista de la U.R.S.S.: «No estamos dispuestos a sacar a nadie las castañas del fuego». Tenemos fe. En la primera Guerra Mundial se hundieron tres imperios y surgió un país socialista. ¿Cuántos imperios se hundirán en ésta y cuántos países socialistas surgirán? No pensamos: la jugada es demasiado complicada... y en el Kremlin piensan por nosotros.

José Díaz y Dolores Ibárruri van a incorporarse al trabajo... Una mujer ha vuelto a limpiar el polvo de los dos despachos y a poner flores frescas en un lindo florero de cristal construido por los emigrados checos.

Me han convocado a una reunión. Se celebrará en el salón de reuniones del cuarto piso. No me han dicho para qué. Sólo el lugar y la hora. Subo. Entro. Está Marty, que preside, Manuilski y los representantes de los partidos comunistas extranjeros. Comienza la reunión. Marty nos hace un pequeño informe sobre la situación de los miembros de las Brigadas

Internacionales que se encuentran en Francia. Su situación se agrava de día en día; ¿qué hacer?

Nosotros no sabemos qué hacer. Florín, tímidamente, señala que si se trata de una guerra contra el fascismo pueden incorporarse al Ejército francés. Manuilski interviene rápida y bruscamente.

–Se trata de una guerra imperialista, de la segunda guerra imperialista. Esto debe ser claro para todos.

Florín calla.

Los demás miramos a Manuilski, a Marty, a Florín.

Manuilski vuelve a hablar.

–Hay que salvar a esos camaradas. Es un compromiso de honor para todos nosotros. Por nuestra parte, es decir, por parte del Partido Bolchevique y la Komintern, estamos dispuestos a fletar todos los barcos que sean necesarios, siempre que el Partido Comunista de Estados Unidos sea capaz de lograr la autorización de tránsito por ese país.

Se calla. Se quita las gafas y las deja caer sobre la mesa con un gesto de cansancio... Nos mira.

Nosotros le miramos. Después miramos al representante del partido americano. Ross está nervioso, creo que hasta pálido.

–Usted tiene la palabra, camarada Ross –dice Marty.

Asiente Manuilski.

Ross se pasa la lengua por los labios, se quita y se pone las gafas, mira su libreta de notas y comienza...

–Camaradas: yo no puedo menos que agradecer profundamente al Partido Bolchevique y a la Internacional Comunista su disposición de poner los barcos que sean necesarios para trasladar a América a los camaradas de las Brigadas Internacionales y a los camaradas españoles... Pero para ello, como muy bien ha dicho el camarada Manuilski, es preciso tener la autorización de tránsito por los Estados Unidos... ¿Puede mi Partido lograr tal autorización del Gobierno de mi país?... No me atrevo a afirmar que sí; por lo tanto, antes de contestar afirmativamente, pido tiempo para comunicarme con el camarada Browder, el cual creo yo que puede decirnos las probabilidades existentes.

Manuilski ofrece los barcos; el partido americano no puede ofrecer nada. Claro es que Manuilski es el representante del Partido Bolchevique en el poder y Ross el representante de un pequeño partido en la oposición... Pero... ¿Por qué han de marchar inevitablemente para Estados Unidos?...

Manuilski está ufano; Ross está nervioso.

Marty, después de leer un papel que le ha hecho llegar Manuilski, propone que se nombre una comisión de tres: el representante del Partido Comunista de España, el representante del Partido Comunista de los Estados Unidos y el representante del Partido Comunista de Austria.

No sé para qué y pregunto.

–Camarada Marty, ¿me quiere decir cuál será la tarea de esta comisión? Marty me mira. Manuilski me mira. Todos me miran. Y yo espero la respuesta.

–La tarea de la comisión –aclara Marty– es la de hacer una resolución con los acuerdos habidos...

–¿Qué acuerdos?... Manuilski ofrece barcos; Ross no puede ofrecer el tránsito. Lo único sensato es esperar la respuesta de Browder.

–Camarada Marty...

–Camaradas –me interrumpe Manuilski–, propongo que la comisión se reúna inmediatamente y nos presente una resolución sobre el caso. La proposición es aprobada por unanimidad.

Nos reunimos en mi despacho. Durante un gran rato nos miramos sin decidirnos a hablar ninguno de los tres. En vista de ello pregunto:

–Camaradas, ¿creen ustedes que es posible hacer una resolución?... En mi opinión no es posible... La Unión Soviética ofrece los barcos, pero para desembarcar a nuestros camaradas en América es necesario el tránsito por los Estados Unidos, lo que no tenemos. Lo lógico sería hacer una resolución muy breve que dijera más o menos: «Reunidos los representantes de los Partidos Comunistas en la Komintern con los camaradas Manuilski y Marty, para discutir la manera de

ayudar a salir de Francia a los miembros de las Brigadas Internacionales y a los camaradas españoles, consideran que lo más importante es que por parte del Partido Comunista de los Estados Unidos se gestione la autorización de tránsito. Consideran también que en el caso de que dichas gestiones no tengan éxito se haga una sugerencia al Partido Bolchevique para que vengan a la Unión Soviética».

Ross asiente.

Furemberg, el representante del Partido austríaco, interviene.

–Creo, camaradas, que la resolución que debe hacerse no puede llevar ningún emplazamiento al Partido Bolchevique. Sería incorrecto. Propongo por el contrario que se haga una breve resolución en la que se señale que el Partido Comunista de los Estados Unidos iniciará rápidamente las gestiones para obtener el derecho de tránsito.

Ross guarda silencio.

Yo miro al representante austríaco.

Él permanece impasible.

–Camaradas, yo propongo que el representante austríaco haga la resolución y nos la presente para la firma...

Mi tono hace levantar la cabeza a los dos.

–De acuerdo –contestan después de unos segundos de silencio. Salen de mi despacho.

Han pasado varios días. No conozco la resolución que se ha hecho. Sólo sé que la Unión Soviética ha quedado bien, con un ofrecimiento que de antemano se sabía que no podía cumplir; que el Partido Comunista americano ha quedado mal por no arrancar del Gobierno de su país una autorización que de antemano sabíamos que no podría lograr. Sé más: que los miembros de las Brigadas Internacionales y los refugiados españoles continuarán en Francia. Pero, eso sí, a Francia llegará la noticia de que la Unión Soviética ofreció todos los barcos que fueran necesarios; que el Partido americano no trabajó bien al no conseguir la autorización de tránsito...

Pasan varios días más.

De medio millón de refugiados españoles y de las Brigadas Internacionales que hay en Francia sólo han podido salir para América unos treinta mil. Hubieran podido salir más, sin necesidad del tránsito americano, pero no hubo suficientes barcos...

Hoy he recibido dos buenas noticias.

Primera: A las seis de la tarde, un conferenciante del Comité Central del Partido Bolchevique dará una conferencia sobre la situación internacional. Segunda: Dentro de unos días se reunirá el Soviet Supremo y me han ofrecido una invitación para asistir a sus sesiones.

Las dos cosas son nuevas para mí...

Ya estamos todos sentados.

En la tribuna, Dimitrov, Manuilski, Marty, Togliatti, Pieck, Florín, Gottwald y algunos altos funcionarios del aparato. Entre ellos el conferenciante.

Vilkov, el secretario de la organización del Partido de la Komintern, se levanta con un papel en la mano...

–Camaradas, vamos a proponer el presidium de honor.

Una pausa.

Vilkov.– Camarada Stalin...

Nos levantamos y aplaudimos como locos. Nos sentamos.

Vilkov.– Camarada Molotov...

Nos levantamos, aplaudimos un poquito menos. Nos sentamos.

Vilkov.– Camarada Vorochilov...

Nos levantamos y aplaudimos igual que antes. Nos sentamos.

Vilkov.– Camarada Kalinin...

Nos levantamos y aplaudimos un poquitín menos. Nos sentamos.

Vilkov.– Camarada Andreiev...

Nos levantamos, aplaudimos igual que al anterior y nos sentamos.

Vilkov.– Camarada Kaganovich...

Nos levantamos y aplaudimos un poco menos. Nos sentamos.

Vilkov.– Camarada Mikoyan...

Nos levantamos, aplaudimos un poco menos y nos sentamos.

Vilkov.– Camarada Kruschev...

Nos levantamos, aplaudimos igual que al anterior y nos sentamos.

Vilkov.– Camarada Beria...

Nos levantamos, aplaudimos con frenesí. Nos sentamos.

Vilkov.– Camarada Svernik...

Nos levantarnos y aplaudimos un poco. Nos sentarnos.

Ya tenemos presidium de honor. Tomo alientos, me seco el sudor que baña mi frente y me dispongo a escuchar al conferenciante.

Pero Vilkov sigue agitando un papel...

–Camaradas, vamos a nombrar el presidium efectivo...

Me pongo en tensión, creo que los demás también. Y la misma voz que había pronunciado ya once nombres continuó implacable e incansable como si no fueran suficientes los que constituían la más gloriosa dirección del más glorioso Partido.

–Camarada Dimitrov...

Nos levantamos. Aplaudimos. Nos sentamos.

–Camarada Manuiski...

Nos levantamos. Aplaudimos. Nos sentamos.

–Camaradas Blagoeva, Bielov, Stepanov, Zerahiskaia...

No nos levantamos. No aplaudimos.

Estamos un poco cansados, nos duelen un poco las manos. Pero la cosa bien merece la pena: tenemos dos presidiums: el de honor y el efectivo.

El conferenciante hace lo que todos los conferenciantes del mundo: sube a la tribuna, ordena sus papeles, comprueba si le han puesto el vaso de agua (aquí es de té), se pasa la mano por la frente como si fuera a pensar lo que va a decir, mira al auditorio, tose y...

«Camaradas...».

Diez minutos.

«... el camarada Stalin, previendo lo que nos amenazaba...». Los aplausos impiden al orador terminar la frase, si es que la

frase tenía que terminar de otra manera... Y el conferenciante sonríe, sonríe...

Veinte minutos.

El conferenciante clava sus miradas en el público, yo creo que me mira y miro para otro lado... Hace una pequeña pausa y...

«Los imperialistas pretendían hacer cambiar la dirección del ejército alemán hacia el Este... Pero la clara visión de nuestro genial timonel, camarada Stalin...».

Otra tempestad de aplausos. Treinta minutos. Cuarenta minutos. Llevamos cuatro tempestades de aplausos. Cincuenta minutos. Una hora. Llevamos seis tempestades. Ya no queda té en el vaso y a la izquierda del orador sólo restan algunas cuartillas.

Creo que muchos de los oyentes ya no oyen nada. En mi fila algunos tienen el periódico sobre las rodillas, de forma que no se vea desde la tribuna, y leen. Otros creo que duermen con los ojos abiertos. Dimitrov lleva pintando sobre unas cuartillas mucho tiempo y a medida que cubre el blanco de cada una de ellas la estruja y la coloca cuidadosamente delante de él: ya hay una respetable fila. Manuilski está muy entretenido con su vieja cachimba: creo que después de mucho tiempo ha conseguido limpiarla. Los demás miembros del presidium efectivo parecen escuchar embelesados... Del presidium de honor no sé nada.

La última hoja del pavoroso montón está ya en las manos del conferenciante.

«... y la maniobra criminal, urdida por los perros imperialistas, se ha venido al suelo estrepitosamente, gracias a ese Tratado de alcances históricos incalculables, expresión del genio político de nuestro camarada Stalin».

Se levanta el presidium efectivo. Nos levantamos nosotros. Aplauda el presidium efectivo. Aplaudimos nosotros. Y la última tempestad comienza a decrecer.

Se sienta Dimitrov. Se sienta Manuilski. Nos sentamos nosotros. El conferenciante recoge los papeles, mira el vaso de té, saca un pañuelo, se limpia la frente y... desciende de la tribuna a sentarse al lado del presidium efectivo. Yo espero. Vilkov se levanta. Me estremezco. Creo que se han estremecido hasta las columnas.

«Camaradas: quiero proponer en nombre del presidium que enviemos una resolución al camarada Stalin...». Lee. Escucho. No entiendo nada. Se levantan todos; aplauden todos. Yo también aplaudo. Estamos de acuerdo con el Tratado germano-soviético.

Vilkov.– Ha terminado la reunión.

Comenzamos a salir. El pequeño río de gente se divide: pasa el presidium efectivo. Al final marcha el conferenciante. Sonríe a todos. Le miro y me sonrío: parece una colección de *Pravda*.

Cuando salgo a tomar el autobús, éste no ha llegado todavía. Pregunto a Brandao qué es lo que ocurre.

Brandao sonrío.

–Cuando hay conferencias, no vienen hasta las ocho y media...

Y sonrío. Y yo también. Entre dieciséis kilómetros que hay hasta el hotel y dos horas de conferencia, lo menos malo son éstas. Pero no estoy descontento. De la conferencia no he entendido nada a excepción de lo poco que me ha traducido Brandao, pero he aprendido cómo debe uno comportarse en esta clase de actos.

IX

Han pasado varios días. De la conferencia sólo tengo un levísimo recuerdo y un pequeño dolor en la palma de las manos... Mi pensamiento se concentra en la próxima reunión del Soviet Supremo de la U.R.S.S.

Hoy Blagoeva me ha llamado a su despacho y me ha entregado una pequeña cartulina roja: es la invitación para el Kremlin. Me ha aconsejado que lleve todos los documentos de identidad... De regreso a mi despacho le doy vuelta y más vueltas: el escudo de la Unión, varias líneas de texto impreso y dos palabras escritas a mano: me figuro que deben decir «Luis García».

No puedo trabajar. Son las cuatro y la reunión comienza a las ocho... Pero en realidad ya estoy fuera de mi despacho, fuera de la Komintern. Tengo la impresión de que me encuentro en la Plaza Roja mirando la gran muralla, las torres, las estrellas de cinco puntas; que luego mi vista desciende hasta la entrada; que veo los centinelas, las garitas, el comienzo de un ancho paseo con árboles a un lado y casas a otro.

Las seis... El autobús... Cuarenta minutos... «Hotel Lux».

Tengo dos trajes. Los dos fueron comprados en Francia. Me pongo el mejor, 200 francos en Perpignan, y salgo... No sé si me he despedido de Esperanza. Faltan cuarenta y cinco minutos,

vivo a ochocientos metros del Kremlin y tengo la obsesión de que voy a llegar tarde... Camino de prisa, muy de prisa... Se termina la calle Gorki... queda atrás el «Hotel Moscú»... ya estoy en la Plaza Roja. Me detengo nervioso. ¿Llevaré todo?... Mi mano se hunde violentamente en el bolsillo interior de mi chaqueta... Sí, tengo todo: la invitación, el «propus» de la Komintern y el pasaporte «sin ciudadanía». Los miro. Los vuelvo a mirar. En los tres documentos, dos palabras escritas a mano. Me aseguro de que no existen diferencias entre ellas y continúo el camino.

El mausoleo. Aquí están los restos de Lenin. Me han dicho que se conservan maravillosamente, gracias a la ciencia acumulada de Svarski, que es un secreto de Estado, pero que a medida que pasa el tiempo el cuerpo va reduciéndose de tamaño.

Siento una admiración inmensa por Lenin, pero no siento ningún deseo de penetrar en esta mole de mármol. No pretendo cometer un sacrilegio, es que en verdad no me gusta visitar los lugares donde la vida ha terminado. No me ha gustado nunca.

Ya estoy frente a la puerta del Kremlin. Me coloco detrás de un grupo de gentes y avanzo. En la mano derecha llevo la invitación, el «propus» y el pasaporte... Hay que pasar entre los oficiales de la N.K.V.D. Se avanza despacio. Ya estoy ante ellos. Entrego la invitación, el «propus» y el pasaporte. Miran los retratos y después me miran a mí. Luego miran los nombres que figuran en los tres documentos, me sonríen y paso...

¡Ya estoy dentro del Kremlin! A un lado del paseo, un jardín extraordinariamente cuidado: al otro casas limpias, muy limpias. En la esquina de cada edificio, centinelas. Y un ambiente de viejo monasterio, y un silencio impresionante que hiere levemente nuestras pisadas.

Las que van delante tuercen a la derecha, tuerzo a la derecha; ahora a la izquierda, yo a la izquierda. Suben unos escalones; subo... Dos centinelas... Entrego mis documentos, los miran, me miran... Me los devuelven, me sonrían y entro... Un gran vestíbulo y arañas radiantes de luz... Y mucha gente; muchos uniformes; muchas condecoraciones. Y a ambos lados, dos lujosos e inmensos guardarropas. Soy el furgón de cola: espero a que la gente se ponga en movimiento y me coloco detrás. Suben por la escalinata. Les sigo. Ahora a la derecha. Tiran de mí hacia la derecha. Dos centinelas. Los que van delante de mí sacan los documentos y los enseñan. Hago lo mismo. Y los centinelas hacen lo mismo que antes, que hace dos años, diez...

Entramos. Ya estoy en el gran salón de sesiones. Me aparto a un lado de la puerta y miro... ¿Cuál es mi sitio? Un hombre vestido de paisano avanza rápido hacia mí. No sé qué decir ni qué debo hacer, pero instintivamente enseño los documentos. Me mira y sonrío. Me hace una indicación y le sigo. Avanzamos en dirección a la tribuna. Me indica un lugar. Me siento. No sé qué hacer. Miro lo que hacen los demás. Casi todos han sacado unos auriculares de un pequeño cajón que hay debajo del tablero del pupitre que está delante de cada uno de nosotros... Saco los auriculares... Otros leen periódicos... Yo no tengo periódico... Otros hablan... Yo no sé hablar ruso y no puedo

hablar con nadie. Miro a todos los lados... En unos palcos que hay a la derecha y que parecen colgados de la pared, hay mucha gente: son los diplomáticos. No miro mucho... Mis miradas se han clavado en la tribuna. Sobre mi muñeca parece repercutir el tictac del reloj... Pero creo que no es del reloj. Miro y miro... Sigo mirando. Allá, en el fondo, una estatua de Lenin.

¡Silencio!... Unos segundos... Comienzan a entrar hombres y hombres a la tribuna... Una ovación atronadora... Aplaudo... Me hago daño... Sigo aplaudiendo...

¡Stalin!

Y yo, a veinte metros de él. ¿Os figuráis qué es eso? Ya no miro a ningún lado. Mi campo visual se ha reducido a un hombre: Stalin.

Los demás se ponen los auriculares. Yo también me los pongo... Los demás escuchan al hombre que ha comenzado a hablar. Yo miro. No al hombre que ha comenzado a hablar. Yo miro a un hombre que no habla y que está detrás del que ocupa la tribuna.

Una línea recta de veinte metros... En un extremo él; en el otro, yo.

Cabeza de sabio. Rostro de obrero. Traje de soldado. Barbusse fue genial.

No estoy muy seguro de que todos los sabios tengan la cabeza como la tiene Stalin; ni de que todos los obreros tengan

algo de común con el rostro de Stalin... Pero Barbusse fue genial.

Sólo un francés o un español podían hacer una tal definición. Una definición sobria, pero maciza; cabeza de sabio, rostro de obrero y traje de soldado...

Tengo un recuerdo muy lejano de mi abuelo materno. Era un viejo cerrajero que no sabía vivir fuera del taller... No, no se parecía a Stalin, ni cabeza de sabio ni traje de soldado... Pero hay algo de común entre los dos... ¿Os figuráis la admiración de un niño hacia un anciano que lima o forja, que domina el hierro?... ¿os figuráis a un modesto revolucionario ante el jefe de la revolución mundial, ante el constructor del socialismo, ante el hombre que domina algo más fuerte que el hierro, la marcha de la historia?

Aplauden... Aplaudo.

Gritan «Viva Stalin»... Grito «Viva Stalin»... Se levantan. Me levanto... creo que nadie ha intervenido después del informe de Molotov... Creo también que se ha aprobado el Tratado germano-soviético. Yo sólo he visto a Stalin. Lo demás...

Otra vez en la Plaza Roja. Pero no veo casas, ni gentes... Me parece caminar por una llanura inmensa, con Stalin a mi lado.

El «Lux». Otra vez la habitación 39. Y hablo y hablo. La jornada ha terminado. Ahora, a dormir. Mañana, a la Komintern... Me desnudo, doblo cuidadosamente el traje y me acuesto. Y van desapareciendo las sombras... Y llega el día. Sólo recuerdo que he hablado y hablado... Y que delante de mí

estaba sentado, con su vieja pipa en la mano, el hombre de cabeza de sabio, rostro de obrero y traje de soldado.

X

La vida en la Komintern transcurre como siempre: se podría vivir sin calendario.

Fuera de la Komintern la vida tiene sus cambios, el cielo comienza a parecer una gran plancha de zinc; las ventanas de las casas se han cerrado y se tapan las rendijas con masilla; en los tranvías, en los autobuses, en los trolebuses y en el Metro comienza a oler a naftalina, las ropas de invierno han abandonado los baúles.

No ha nevado aún, pero la nieve nos amenaza.

No siento curiosidad por conocer los inviernos rusos, me conformo con lo que escribieron sobre ello los historiadores de la invasión napoleónica. Además, mi abrigo de España tiene perdida la batalla... Y Bogdanov, el presidente del Socorro Rojo Internacional, no quiere darme un abrigo de invierno, a pesar, según parece, de que el Comité Central del Partido Bolchevique le ha ordenado equiparnos. He hablado varias veces con él sobre este asunto... Me escucha, se acaricia su cuidada perilla, se frota las manos lentamente como si tuviera miedo a lastimárselas y me mira, me mira fijamente, mucho tiempo, casi tanto como el que dura la conversación. Sin dejar de acariciarse la perilla me sonrío... Muchas veces he creído que esa ligerísima sonrisa significaba la concesión del abrigo. Pero

Bogdanov ha sido diplomático en los países capitalistas y lo sigue siendo en la U.R.S.S. con la emigración española.

Ha caído la primera nevada y no tengo abrigo de invierno. Este hecho ha simplificado mi vida: soy un prisionero del despacho, del autobús y de mi habitación del hotel. Moscú comienzo a verlo a través de tres pequeños círculos, en el hielo que cubre los cristales de mi despacho a fuerza de echar el aliento y de hurgar con el dedo he hecho un pequeño agujerito; cuando voy en el autobús y quiero ver algo más que estos hombres y mujeres siniestramente serios hago lo mismo; y cuando en el hotel quiero ver algo más que los límites de mi vida privada repito la operación.

Mis horizontes son limitadísimos, pero ¿a quién echar la culpa?... El gobierno soviético no es responsable de un clima tan infernal: yo tampoco lo soy... pero mi mundo se compone de un cuadrado (mí despacho de la Komintern), de un rectángulo (el autobús de la Komintern) y de otro cuadrado (la habitación del hotel de la Komintern). Por el agujero de mi despacho sólo veo una parte del patio por la que no pasa gente; por el autobús, figuras de hombres y casas que duran segundos, y por el del hotel, algunos tejados, las torres del Kremlin y una estrella de cinco puntas que por la noche está iluminada. La gente de la Komintern me mira como a un loco. Bogdanov quizás como a un intruso. Y yo, envuelto en mi inmensa soberbia, procuro disimular que tengo frío.

Hay abrigos de todas clases. Los hay de un paño suave y forrados con una piel finísima: son los de los secretarios. Los hay de un paño y de una piel menos finos: son los de los altos

colaboradores, los de la gente del aparato secreto y los de algunos representantes del partido. Los hay de un paño basto y con guata por dentro: son los de los demás funcionarios. Y existe el mío, gris, delgadito, sin piel ni guata. Pero no quiero luchar más. Pienso que es más agradable una pulmonía que una conversación con el Presidente del Socorro Rojo Internacional, camarada Bogdanov, antiguo miembro de «los buscadores de Dios».

José Díaz y Dolores Ibárruri se han incorporado a la Komintern. Pero esto no ha alterado los ritmos de mi vida de funcionario. En la Komintern creo que no ha tenido tampoco carácter de acontecimiento. Al fin y al cabo todo se limita a dos «propus» más y a dos saludos más de los centinelas.

El trabajo con José Díaz no ofrece grandes novedades: a las diez de la mañana sube Chapiro, pasa por delante de la secretaria y los dos escoltas, penetra en el despacho y durante dos horas traduce todo lo que considera de interés y que publican los periódicos o boletines; a las doce me toca a mí: paso por delante de la secretaria y los dos escoltas, entro en su despacho, le informo de lo que sé sobre la emigración o de cuanto dicen los telegramas de Tass o de los corresponsales de la Komintern en todos los países y después hablamos, mejor dicho habla Díaz. Muy poco de la India, un poquito más de América y mucho, muchísimo, de España. Es un cambio de impresiones que no deja huella.

De lo que hace Dolores Ibárruri sé muy poco, aquí no hay novelas policíacas. De lo que quiere sé algo más: aspiraba a saber por mi conducto todo cuanto hiciera José Díaz. Mi ética

ha comenzado a crearme dificultades en mi vida política. Ni me alegro ni lo siento.

A José Díaz le han empezado a pedir artículos para diversos periódicos y revistas. Y como aquí la espontaneidad es una reminiscencia pequeño-burguesa o anarquista, se ha establecido rápidamente un método. Yo los escribo. Díaz los firma y Geroe los aprueba. De las correcciones que Geroe hace a los artículos nos enteramos cuando los vemos publicados... Desde que Geroe es nuestro «control», nuestras relaciones son distintas. Cierto que cuando me cruzo con él, me saluda bajando y subiendo la cabeza, pero creo que saluda así hasta a los cuadros de los museos. Mas en su despacho, es distinto, cuando entro, levanta trabajosamente la cabeza, me hace un saludo casi imperceptible, espera a que le ponga los materiales delante, toma un lapicero y tacha o agrega sin mirarme. Se siente seguro. Geroe es de la clase de funcionarios que son un verdadero poder. Son los puntos de apoyo de los hombres de paja de la Komintern.

Geroe y Stepanov o Stepanov y Geroe, secretarios políticos de Dimitrov y Manuilski, visitan con frecuencia a José Díaz. Cada visita de ellos es un encargo para mí... Tengo una sospecha, ligerísima sospecha, de que José Díaz, secretario del comité ejecutivo de la Internacional Comunista y responsable para la India, América Latina y España, y yo, secretario político de uno de los secretarios de la Komintern y representante del Partido Comunista de España, somos los secretarios políticos de los camaradas Stepanov y Geroe.

José Díaz ha aparecido hoy en la Komintern vestido de una manera muy distinta a su costumbre: ha desaparecido el traje europeo y le ha sustituido una guerrera, un pantalón brik y unas botas altas... Kety L. Rodríguez le ha hecho muchos elogios; yo me limitaba a mirarle.

En el despacho de José Díaz ha habido mucho revuelo. Varios trabajadores han estado colocando varios mapas: de la U.R.S.S., de la India, del continente americano y de España. Han tardado mucho y han hecho un ruido espantoso. Mientras tanto, José Díaz paseaba. A partir de entonces, le he sorprendido varias veces mirando detenidamente los mapas: pienso que la geografía tiene para él una gran atracción. Las novedades no han terminado con esto, sobre su mesa de despacho han colocado un reloj-calendario en el que se pueden marcar los días y las horas de reunión, de las que avisa haciendo sonar estrepitosamente un timbre. ¡La organización es perfecta! Desde mi pequeño despacho oigo el ruido que hace José Díaz al abrir y cerrar la caja fuerte. Sin embargo, he podido observar que dentro de ella no se guardan más que tres carpetas con recortes de periódicos y los resúmenes que hace Brandao... No son materiales muy importantes, pero la caja fuerte se ha hecho para usarse. José Díaz quiere hablar con Cimorra. Cimorra ha subido a mi despacho... Le he hecho tomar un bloc y un lapicero y le he introducido. Al cabo de una hora ha vuelto a visitarme: trae cara de asombro, el bloc y el lapicero en la misma mano y en aquél ninguna nota.

—¿Qué te pasa?

–No sé. He escuchado a Pepe durante una hora... Sé que quiere que le haga una serie de artículos sobre el anarquismo español, pero no he podido enterarme de qué es lo que quiere que diga.

Comprendo...

Le he aconsejado, sin embargo, que comience y le presente lo antes posible el primero en que preste atención a las críticas u observaciones que le haga. Desde hoy Cimorra no es agradable en el despacho de José Díaz. Se le considera un hombre incapaz de escribir uno o varios artículos sobre el anarquismo, a pesar de las precisas orientaciones que se le dieron...

Hoy no voy a la Komintern. José Díaz me ha citado en su casa a las diez y media de la mañana. José Díaz vive cerca de la embajada japonesa y al lado del Instituto Agrario. Es una casa nueva, con varios pisos y varios centinelas en la puerta vestidos de paisano. Aquí viven muchos altos funcionarios de la Komintern: Manuilski, Blagoeva, Bielov, etc. En un jardín que hay delante de la casa pueden verse a todas horas varios automóviles, muchas niñeras y niños con abrigos de pieles y algunos árboles sin vida, a pesar de la proximidad del Instituto Agrario... He subido tres pisos y he llamado. A los pocos instantes se ha abierto la puerta y me he encontrado con un hombre y una sonrisa: el primer escolta; he dado unos pasos y delante de mí otro hombre y otra sonrisa: el segundo escolta; luego he visto a la hija de Díaz; después a la mujer de Díaz; he seguido caminando hasta el despacho y en él me he

encontrado con dos hombres: Díaz y Geroe. Nos saludamos. Me siento. Espero.

Díaz comienza a hablar. Geroe escucha, yo escucho.

–El camarada Dimitrov me ha encargado que haga un artículo sobre las experiencias de los comunistas españoles...

Geroe aprueba. Yo sigo escuchando.

–El artículo debe tener tres partes.

Geroe aprueba. Yo no digo ni hago nada.

–¿Cuál es vuestra opinión?

Geroe. –Creo que podríamos seguir el siguiente método: yo podría hacer la primera parte, puesto que hay que tomar diversos datos de algunos libros en ruso; Castro podría hacer la segunda señalando los acontecimientos principales, y tú, la última, la de las conclusiones...

Díaz mira a Geroe, después a mí. Luego se levanta y pasea. Geroe es una esfinge, yo un espectador. Díaz sigue paseando. Y yo comienzo a comprender.

Yo.– Si os parece, Geroe podría hacer la primera parte y yo las otras dos... Después Pepe, con este material como base, podría terminarlo definitivamente...

Geroe sigue siendo una esfinge. Díaz una sonrisa. Y yo otra vez un espectador.

–De acuerdo –concluye Díaz.

Nos invita a quedarnos a comer con él. Aceptamos. Mientras Teresa prepara la comida, hablamos de todo. Pepe con preferencia de sus tiempos de anarquista. Comemos. Salimos: Geroe hacia la Komintern; yo hacia el «Lux». Geroe con abrigo de buen paño y fina piel; yo con un abrigo gris, de modesto paño y sin más piel que la mía... Él, erguido. Yo, encogido.

Ya estoy en mi habitación. Fuera, un atardecer de treinta grados bajo cero. Esperanza me prepara un té que me hace entrar en calor. Me siento ante la mesa del despacho, miro a la mujer de bronce a la que falta un brazo, recuerdo la entrevista y me sonrío pensando en Geroe.

Y pienso... Pienso sobre las experiencias de los comunistas españoles. ¿Quién mejor para exponerlas que el secretario general del Partido? Mis dudas residen en saber de verdad quién ha sido el secretario general del Partido Comunista de España antes y después de la guerra... Ésta es la cuestión.

Fumo y pienso.

José Díaz fue nombrado secretario general en el Congreso de Sevilla. Pero detrás de él estaba la inmensa figura de Vittorio Codovila¹¹... A Vittorio Codovila le sucedió Palmiro Togliatti (Ercoli). Sí, ellos podrían escribir las experiencias de 1937; Togliatti desde mediados del 37 hasta 1939... Claro es que serían las experiencias oficiales. Las otras experiencias... Dejo de pensar en esto. Comienzo a escribir...

11 Vittorio Codovila: representante de la Komintern en España en 1932–1937. Posteriormente jefe del Partido Comunista de la Argentina.

He escrito dos días y he hablado dos veces con Geroe. José Díaz nos espera a las diez...

Geroe saca sus cuartillas y lee; yo saco las mías y leo. José Díaz escucha. Estamos de acuerdo.

El artículo se titulará «Stalin, estrella que guía a los comunistas españoles». Mañana se enviará al extranjero. José Díaz está contento... Yo sigo pensando en Codovila, en Togliatti.

He llegado a una conclusión que oculto hasta a Esperanza misma: he descubierto sin lugar a dudas la existencia de los hombres de paja; he comprendido su papel y me he sonreído con cierta pena de la alegría que nos produjo que en el XVIII Congreso del Partido Comunista ruso se calificara a José Díaz y Dolores Ibárruri de «... dirigentes de temple estaliniano...». Sólo tengo una duda..., ¿cuántos serán o seremos los hombres de paja?...

La mejor manera de conservar un secreto es olvidarle... Pero me cuesta trabajo olvidar esto... Siento rabia y asco... Me da pena José Díaz... Creo que también me doy pena yo...

Hoy, 26 de noviembre, la prensa soviética ha publicado la denuncia del pacto de no agresión con Finlandia. Se habla de Finlandia, se habla de Inglaterra y Francia... Tan de acuerdo estamos con *Pravda*, que sólo hablamos de lo que ella habla... Y no hablamos de Alemania, y a pesar de que ella es nuestro principal consumidor de petróleo y trigo. En la U.R.S.S. se habla de socialismo nacional y del Tratado de Versalles.

XI

Llevo doscientos cuarenta y cuatro días en el país del socialismo. Desde México me escriben cartas en las que se trasluce cierta envidia. Una de mis cuñadas me habla de ser tractorista, stajanovista... Yo la escribo sobre temas familiares.

¡Estamos en guerra con Finlandia!... Parece ser que nuestra seguridad socialista estaba amenazada. Ciento ochenta millones de ciudadanos soviéticos esperan. La Komintern espera... Yo espero.

La respuesta no se ha hecho esperar: 300.000 finlandeses, o sea toda la población militarizable ocupa las trincheras; el Ejército Rojo ha sido parado en seco. Ciento ochenta millones de ciudadanos soviéticos están preocupados. La Komintern está preocupada. Yo estoy preocupado.

Inglaterra y Francia han propuesto someter el pleito a la Liga de las Naciones; la U.R.S.S. se ha negado; la Liga de las Naciones le ha expulsado de su seno. Un enigma ha dejado de serlo: los pueblos prefieren luchar contra la U.R.S.S. a alzarse contra sus propios gobiernos.

Geroe ha escrito rápidamente y José Díaz ha publicado un artículo titulado «La verdad sobre los acontecimientos de Finlandia». A pesar de este artículo, los finlandeses continúan luchando bajo las órdenes de Mannerheim, los soldados

soviéticos detenidos desde el mar de Barentz hasta el Báltico y la estrategia militar estaliniana intentando salir del primer bache.

Hoy el autobús no nos ha llevado a la Komintern. Una nueva dirección nos ha conducido al Instituto Agrario: Manuilski va a dar una conferencia sobre la situación internacional.

Una sala cuadrada, muchas sillas y mucho polvo. En espera a que la conferencia dé principio, paseamos, hablamos, fumamos. La atmósfera es insoportable, pero los enterados auguran que habrá cosas interesantes. Todos pensamos en Finlandia. Pero nadie habla de Finlandia.

A las nueve y media llega Manuilski. Detrás de él, por este orden, Geroe, Stepanov, Blagoeva, Bielov, Vilkov..., no es la guardia de honor. Son el presidium efectivo que ya llega preparado. Manuilski sube rápido al escenario. Le sigue el presidium. Hay cinco minutos de nombres y aplausos y sólo cuando tenemos los dos presidiums de rigor, Manuilski avanza hacia la tribuna. Abre una gran carpeta y extiende un gran número de recortes de periódicos y notas. Luego comienza. Es un gran orador: rápido, preciso, a veces violento. Nos habla del peligro de una coalición imperialista, de la amenaza que se cierne sobre el primer país socialista, de la necesidad de estar preparados redoblando nuestros esfuerzos... Hasta ahora las cosas «interesantes» siguen siendo las de todos los días, las de todos los periódicos, las de todos los discursos. Pero seguimos a la expectativa.

Manuilski hace una pausa, bebe un poco de té y durante unos segundos nos mira fijamente. Los nervios se han tensado. La voz del viejo revolucionario restalla contra las viejas paredes.

«...la guerra de Finlandia es la expresión rotunda del fracaso de veinticinco años de esfuerzos de los partidos comunistas, de la Internacional Comunista... Hemos trabajado durante mucho tiempo para hacer imposible la lucha contra la Unión Soviética, el primer país socialista; hemos creído hasta ahora que los pueblos se negarían a luchar contra nosotros...».

Expectación en los ojos y angustia en las caras.

«...y no es así. En Finlandia hasta las mujeres se han unido a la lucha contra nosotros y no es extraño encontrar sus cuerpos reventados en el interior de los fortines».

Silencio.

«...hay que corregir muchas cosas, camaradas. Los hechos nos demuestran que no hemos trabajado bien, que todas nuestras esperanzas carecían de base... No es posible continuar así...».

Geroe escribe precipitadamente y pasa una nota a Manuilski. Manuilski lee. Una pausa y de nuevo se escucha su voz. Pero la conferencia ha vuelto a ser lo que era al principio: lo de todos los días... Y es que los funcionarios modestos de la Komintern no pueden saber ciertas cosas. Eso queda para nosotros, para los «cuadros». El disco sigue girando. Ya no escucho.

Hacia la Komintern... Somos gente seria, hoy mucho más seria que ayer... Cada cual piensa en lo que hay que cambiar... Y aquí, los cambios se temen... El «no es posible continuar así», resuena en los oídos de todos los colaboradores del estado mayor... y nos martillea. Y todos, comprendiendo que la cosa es muy grave, clavamos nuestras barbillas en el pecho y meditamos...

En la Komintern hay noticias alarmantes. Las cosas en el frente ruso-finlandés no van bien. Ha sido nombrado jefe del frente Timochenko; se han paralizado las operaciones ofensivas del Ejército Rojo y en la retaguardia se entrenan precipitadamente unidades frescas en el asalto de una supuesta línea Mannerheim...

He recibido la orden de salir para Leningrado. Hay noticias de que la situación de los niños españoles no es buena. Salgo esta noche a las diez. Ya estoy en la calle. Chapiro me acompaña a la estación. Hay mucha nieve y muy poca gente. Mi abrigo gris, sin piel ni guata, está vencido. Los treinta y dos grados bajo cero han llegado hasta la carne. Caminamos de prisa. Tiritito. Chapiro habla y habla. Yo no le escucho. Finlandia me preocupa; me preocupa lo que pueda ocurrir en Leningrado... Al parecer, la situación que vimos a nuestra llegada a la U.R.S.S. estaba muy lejos de la realidad.

En la estación hay poca gente. Subimos al vagón. Tengo por vecina a la mujer de un señor gordo, excesivamente gordo. Ella también es muy gorda, excesivamente gorda. Fuma mucho y habla más y más alto que el marido. Él dice a todo que sí. Muchos militares. El tren arranca y pego mi cabeza a la

ventanilla. Veo pasar sombras y más sombras... Después, la estación de Kalinin... Después me duermo.

A las once de la mañana llego a Leningrado. No me espera nadie, a pesar de que el presidente del Socorro Rojo Internacional había recibido la orden de esperarme. Doy una vuelta por el andén y miro a todos esperando que alguien se fije en mí. Espero... y me canso de esperar. Utilizando un pequeño croquis que me hiciera un compañero en Moscú, salgo del andén y camino y camino. Al fin veo una casa de ladrillo, de dos pisos. Sí, es la Escuela número 5.

Mi llegada es una sorpresa. Los niños y los maestros españoles se alegran; el director y los empleados rusos, no lo sé.

No sé nada. Me ordenaron venir para arreglar lo que estaba desarreglado, pero se olvidaron de decirme qué era lo que estaba mal. Tengo mis dudas de que pueda saberlo. Llevo veinticuatro horas en Leningrado, y estoy lo mismo que veinticuatro horas antes. No, no estoy vigilado. Ando por la escuela de un lado para otro, pero siempre que comienzo a hablar con algún niño o profesor, aparece el director o la educadora o el traductor... No por ello dejo de preguntar..., pero sí por ello dejan de contestarme.

–¿Coméis bien?

–Sí, muy bien.

–¿Tenéis ropa y calzado de invierno?

–Sí, tenemos de todo. El gobierno y el pueblo soviético nos atienden y dan cuanto necesitamos.

–¿Estáis contentos?

–Contentísimos... Nos tratan como si fuéramos sus hijos.

Sé que todo ello es una verdad a medias... Pero ¿cómo lograr saber la verdad completa? El director, cada día, mañana y tarde, me hace un informe sobre los distintos aspectos de la vida en la escuela... Pero sé que esto sólo es la verdad a medias, ¿mas cómo lograr la verdad completa? He podido adivinar, a través de pequeños detalles, que la escuela es un floreciente negocio para unos cuantos. En la escuela hay ropa, calzado, comida... Mas, contando los empleados, he visto que hay tantos como alumnos. Es decir, por cada uno que alimenta el gobierno ruso, debe alimentar a un empleado soviético... Y para tantos no hay. El problema sexual es un verdadero cáncer. Las enfermedades completan el cuadro. Y de ellas, la anemia y la tuberculosis predominan. Pero... entre los niños y yo hay un muro: el miedo de ellos. Entre el director y yo hay otro muro: la verdad oficial... Pero detrás de toda la decoración, de los periódicos murales que hablan de la felicidad de aprender en una escuela soviética, hay una gran tragedia que forma la tragedia de cada uno de los niños que aquí se encuentran y de no pocos maestros y educadores españoles. He hablado con la responsable de los problemas pedagógicos del Comité del Partido de Leningrado. La sonrisa con la misma cordialidad que me recibió y salgo lo mismo que entré.

Cuatro días más en Leningrado. La sonrisa del director se ha hecho menos franca; la sonrisa de la educadora ha desaparecido; al traductor casi no lo veo. Me han vencido: regresaré a Moscú sin saber qué ocurre en la Escuela número 5.

Decido salir para Moscú. Fiesta de despedida. A mis costados, el director y la educadora. Y en torno a los tres, el miedo de los niños y de los maestros españoles. Comprendo. Me van a despedir a la estación.

Otra vez en Moscú el informe sobre mi viaje ha sido verbal. He hablado durante dos horas con los responsables de las escuelas de niños españoles en el Comisariado de Instrucción Pública. La responsable principal es diputado por una de las repúblicas del centro de Rusia: se llama Coñagina. Me han escuchado con mucha atención, me han prometido una seria investigación y me han despedido dándome palmaditas en la espalda. Siete años después todo continuaba igual.

En la Kornintern siguen pesando las palabras que pronunciara Manuilski. Pero ¿qué podemos hacer nosotros? Quien ha dirigido la política de los partidos comunistas ha sido el Comité Central del Partido Bolchevique, a través de la Komintern; quien ha nombrado a los jefes de estos partidos ha sido el Comité Central del Partido Bolchevique, a través de la Komintern; quien mantiene a dichos jefes en el Comité Ejecutivo de la Komintern es el Comité Central del Partido Bolchevique. Para él no hay secretos. Conoce a cada uno de ellos mejor que se conocen éstos a sí mismos. El Comité Central del Partido Bolchevique lo sabe todo. Sabe que el

Estado Mayor de la Revolución Mundial está integrado por vencidos: Kossinen fue vencido por Mannerheim; Piek y Florín por Hitler; Togliatti por Mussolini; Gottwald por un monseñor cualquiera; José Díaz y Dolores Ibárruri por Casado y Miaja; Thorez y Marty por Pétain; Dimitrov por el rey Boris y por el fascismo alemán...

1940. SEGUNDO AÑO: LA FELICIDAD ENCADENADA

1.º de enero de 1940. Como el 31 de diciembre de 1939. Como muchos otros días... Esperanza sigue en un sanatorio de Crimea. Sus cartas no acabo de comprenderlas. Cuando debía de estar contenta porque al parecer se está curando, está agobiada, triste, pesimista. Quiere venir, a pesar de que allí brilla el sol cada día... Quiere venir, a pesar de que aquí no brilla el sol.

1.º de enero de 1940. En la calle, treinta y dos grados bajo cero... Y hielo y nieve y más nieve sobre el hielo. Decididamente no tenemos suerte. Se dice que hacía muchos años que no se conocía un invierno tan terrible como éste.

Radio Moscú comienza su jornada: marcha deportiva, ejercicios gimnásticos, parte de guerra –estamos en guerra con Finlandia–, rondas y música.

Las siete y cuarto. Enrique Castro comienza su jornada: me levanto, vacilo un poco antes de abrir el grifo del lavabo..., me estremezco, me afeito y me lavo. Mientras el café comienza a humear en la vieja cafetera, me voy vistiendo lentamente...

Las ocho menos cuarto. Tomo el desayuno rápidamente... La boina... ahora el abrigo... la cartera... Doy un portazo y bajo las escaleras corriendo... El autobús espera... La noche se resiste a desaparecer... La gente comienza a llegar; no nos miramos... ¿Para qué?... Sabemos que somos los de ayer y los de mañana; sabemos que durante el día tendremos que vernos muchas veces y que son muchos los días –no sé cuántos– que aún nos quedan de estar juntos. Nadie habla. Se fuma. El autobús arranca. El hielo que cubre los cristales nos aísla totalmente del mundo exterior: ni nos ve ni lo vemos... La conspiración es completa.

Ya estoy en mi despacho. Sobre la mesa, en la misma posición que la dejé ayer, la «Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.». Sí... La «Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.». Los protestantes tienen la Biblia; los católicos, las Sagradas Escrituras; los fascistas alemanes, el «Mein Kampf»; los falangistas, los «26 puntos de Falange»... nosotros... nosotros tenemos la «Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.». Y debemos estudiarla. Los teóricos e historiadores soviéticos nos dicen cada día que es un material «precioso»; que es un «tesoro»; que es una «nueva aportación a la ciencia marxista-leninista». Nos dicen muchas cosas más... Y debemos estudiarla.

En el grupo latino figuramos españoles, italianos, franceses y latinoamericanos: la mujer de Togliatti, el representante del Partido italiano, Edo, también italiano; el representante del Partido francés, los brasileños Brandao y Lacerda, y nosotros: Segis Álvarez y yo. Stepanov es un gran profesor. Durante sus muchos años ha logrado aprenderse tantas cosas de memoria,

que puede asombrar, entretener o aburrir a sus alumnos durante días, semanas, meses y hasta años... Esto no es óbice para que cuando ha tenido que aplicar cuanto aprendió de memoria, se haya equivocado con harta y desgraciada frecuencia. España fue una prueba. Después de España no le han vuelto a probar. El método de estudio es el siguiente: cuando estudiamos uno de los capítulos de la «Historia...», conferenciantes designados por el Comité Central del Partido Bolchevique nos dan algunas conferencias sobre el referido capítulo... Después, Stepanov nos toma la lección. Stepanov me pone nervioso. Para él, un buen estudiante es todo aquel que se aprende de memoria las fechas en que ocurrió tal cosa o la otra: en que nació fulano o zutano; en que éste dijo esto y aquél le contestó lo otro. Cuando uno contesta bien, Stepanov sonrío... Yo soy un mal estudiante. Jamás me aprendo las fechas y a muchas de las cosas que éste o aquél dijeron no les doy mucha importancia. Stepanov se irrita conmigo... En el fondo, creo que me odia... Estoy convencido de ello... A él le gusta que sus alumnos, además de aprenderse de memoria las cosas, hagan pequeños discursos con aire solemne, como si lo que estuvieran diciendo fuera algo fundamental para la marcha del mundo... Yo no soy capaz de eso... Se me ha creído siempre un buen orador, un hábil agitador, pero en el pequeño despacho de Stepanov no soy capaz de hacer discursos ni de emocionarme... Además, me pone nervioso que cuando hablo, Stepanov se esté quitando y poniendo las gafas... Me irrita que se sonría y, sobre todo, que me mire y me mire con ese aire de superioridad. Sí, me odia... Él, por el contrario, no me inspira ningún sentimiento. No nos queremos y no nos aguantamos. Pero ¿por qué me mira tan fijamente cuando hablo?... ¿Por qué toma nota de todo cuanto digo?... Stepanov sabe esperar.

En el movimiento comunista internacional y particularmente en la Unión Soviética, hay lo que podríamos llamar los «especialistas de la espera»... Viven de eso: de esperar que alguien se equivoque, que surja un disconforme para lanzarse sobre él con la misma ferocidad que cualquier animal salvaje. Y Stepanov espera una interpretación desgraciada de cualquier idea de los clásicos para mostrar a todos al «desviado». Lo sé. Sé, además, que esto sería extraordinariamente grave para mí..., por lo mismo, soy más prudente que nunca. Sin embargo, es difícil aprenderse de memoria la «Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.» y mucho más difícil estar de acuerdo con todo cuanto dice. Por lo menos, éste es mi caso. No me siento orgulloso de ello, pero tampoco avergonzado. La culpa no es mía. Es de ellos. Sí, de ellos...

Hay muchas historias del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S. Hubo una de Zinoviev... Pero la historia y el autor fueron retirados de la circulación... Mas el Partido no podía carecer de una historia... Y encargaron de hacer otra a un tal Popov, miembro del Comité Central. El camarada Popov la hizo. El Comité Central del Partido la revisó y aprobó. A Popov le dieron la Orden de Lenin... Después, el Comité Central encargó de hacer otra historia al camarada Yaroslavski, también miembro del Comité Central... Yaroslavski la hizo. El Comité la revisó y aprobó. No sé si la Orden de Lenin que tenía este ciudadano la recibió como premio a su importante tarea... Al poco tiempo, la historia que hiciera Yaroslavski, que revisara y aprobara el Comité Central, fue anatematizada... Siguió hablándose de Yaroslavski, pero no de su historia... En vista de todo lo ocurrido se comenzó la cuarta historia... Ya no eran los Zinoviev, ni los Popov, ni los Yaroslavski los encargados de tal

empresa... Esta vez se eligió lo mejor: Stalin, Molotov, Kalinin, Vorochilov, Sdhanov, Gorki y no sé si alguno más. Se trabajó mucho y, al fin, según el decir de todos, salió la auténtica historia. Así lo dijeron. Cada historiador habló de esta historia, cada filósofo de su filosofía, cada estratega de su estrategia, cada táctico de su táctica... Se editaron millones de ejemplares en todos los idiomas... La prensa y las revistas le dedicaron sus mejores trabajos... La prensa de los partidos comunistas extranjeros siguió dócilmente la pauta. Un artículo sobre cualquier problema, el más ajeno a la política o a la acción revolucionaria de los partidos comunistas o de los trabajadores, triplicaba su valor político y... económico, si en él había una o varias citas de la «Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.».

Pero... Esta historia también comenzó a sufrir constantes revisiones. Y aquí mis dudas. Una historia. Otra más. Y otra. Y una cuarta historia. Y de ésta varias versiones. ¿En cuál creer? Descartemos a Zinoviev, a Popov, a Yaroslavski... Pero, a los otros... no, no es posible descartarlos. Y, sin embargo, ¿por qué tantas revisiones?

Buscando y buscando una explicación lógica a todo esto no he encontrado más que una: la «Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.» tiene que demostrar constantemente que los hombres que actualmente dirigen el Partido y el país, son los mejores; que los hombres que hoy dirigen el Partido y el país frieron el alma del Partido y de la Revolución ayer... Pero como aun en estos hombres se producen al parecer cambios en sus concepciones políticas y como consecuencia el hombre que antes figuraba en la historia

y que es desplazado debe desaparecer de ella, se impone una nueva revisión de la historia y una nueva edición. En la primera «Historia»... figuraban muchos hombres y nombres: Kamenev, Zinoviev, Trotsky, Piatniski... Como había que borrar de la historia estos nombres, hubo que hacer una nueva «historia». En la segunda «historia» figuraban otros nombres que luego se consideró que debían desaparecer. He aquí la razón de la tercera «historia». Y con el tiempo varios de los hombres que figuran en ésta y que no se quería que figuraran más, justificaron la edición de la cuarta. Y otros nombres y hombres impusieron las revisiones posteriores que ya conocemos. Éste es uno de los motivos. Creo que otro motivo es destacar más y más el papel preponderante en el movimiento revolucionario mundial del movimiento revolucionario ruso... ¿Por qué?... No sé si obedecerá al propósito de hacer creer que los rusos son los mejores revolucionarios del mundo y que, en consecuencia, ellos deben ser los dirigentes indiscutibles del movimiento revolucionario mundial. Creo que el último motivo es el de hacer aparecer a Stalin como uno de los grandes teóricos, como uno de los clásicos del marxismo-leninismo... Esto no es cierto, pues es bien sabido que lo que Stalin ha dicho sobre la construcción del socialismo, sobre el Estado y cuanto afirma en el capítulo IV de la «Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.» lo habían dicho con mucha anticipación otros... Lo importante de Stalin son dos cosas, que dice mucho de lo ya dicho cuando muchísimos lo habían olvidado; que lo dice, además, de una forma que le da cierto aspecto de creación personal. Pero nada más. No es que yo pretenda negarle méritos, es un buen maestro de obras: pero no es un arquitecto. Esto lo saben muchos en el movimiento comunista internacional... Pero...

El «pero» de siempre. Stepanov adivina que en mí existen dudas. Y espera la oportunidad de que éstas se manifiesten... Para él, la «Historia...» lo es todo; para mí es una historia del Partido Comunista Ruso muy relativa, de circunstancias. Y no es una teoría lo que yo sustento; es una práctica que se desarrolla ante mis ojos. Los distintos secretarios de la Komintern no acuden a los seminarios de estudio de la historia del Partido ruso. Y no es que se la sepan, ni tampoco que no estén necesitados de aprender muchas cosas. La mayoría de los secretarios de la Komintern no saben mucho más que los alumnos de Stepanov. Con la excepción de Dimitrov, Manuilski y Togliatti, los demás debieran ser alumnos de Stepanov. Mas, ¿qué pensaríamos los subordinados de los jefes si les viéramos impotentes para contestar a las mil y una preguntas que nos hace el conocido profesor? Los jefes no estudian la «Historia...», se limitan a introducir algunos de sus párrafos en los artículos que escriben o les escriben.

XII

Esperanza ha llegado de Crimea. La han tratado de los nervios, mientras que Carlos Díez afirma que tiene una lesión en un pulmón. No sé por el momento quién está en lo cierto.

Los días se suceden... Y yo veo y aprendo.

Sé que la burocracia es insolente, sin alma ni pasión, pero también que es un nuevo poder capaz de sobreponerse e imponerse a la propia dictadura de la clase obrera; sé igualmente que las dificultades que sufrimos son producto del «maldito cerco capitalista»; que el pan negro no es blanco, pero que tiene tantas cualidades nutritivas, que no importa que sea negro; sé que el automóvil «Six» que construyen en la fábrica «Stalin», en Moscú, es «Six» y no «Studebaker»; que los tanques «Wiker» no son «Wiker», sino rusos; que el sistema de trabajo en las fábricas no es a destajo, sino stajanovista; que 300 rublos es mucho dinero, aunque con ellos no se pueden comprar muchas cosas; sé también que 300 rublos es el salario medio del 90 por ciento de los obreros industriales de la Unión Soviética.

¡Cuánto he aprendido!

Conozco con exactitud el valor de la palabra «desviación»... Ante ella se detiene la benevolencia, termina la camaradería y comienza la muerte política. Para no ser parcial, diré que aquí también existe ese principio religioso de pecar y hacer penitencia, pero un poco menos liberal, ya que no se admite el «pecar, hacer penitencia y otra vez vuelta a pecar». Aquí la penitencia comienza y nunca termina... Aquí se admite la crítica positiva, pero a cualquier crítica que se hace, se le encuentra un tanto por ciento de negativo..., lo suficiente para... Y para no tener que hacer una penitencia que se transmite de padre a hijos, lo mejor es no pecar nunca. Hay que reconocer que no es muy difícil... Es hasta fácil: decir que el mundo capitalista es un infierno; que Stalin nunca se equivoca; aplaudir cada vez que en una reunión se pronuncia su nombre; creerse todas las estadísticas que se publican; creer en la democracia soviética; creer en el bienestar soviético; creer... Es una ley general. Y quien la cumple, sube, sube y sube... Y quien no la cumple, baja, baja y baja... Son las reglas del mundo nuevo. Es claro que nuestras incomprendimientos de estas reglas nacen de nuestros prejuicios; hemos vivido en el mundo capitalista, en un lazareto, y nos hemos contagiado. Nuestra lucha contra los orígenes del mal no ha podido impedir que estuviéramos enfermos, que estemos enfermos, que continuemos enfermos por mucho tiempo. Así me lo han explicado.

¡Conozco a mucha gente! No sólo a los secretarios, sino también a los hombres grises, que entre bambalinas son tanto o más que los secretarios; conozco a los representantes de los partidos extranjeros; conozco a los jefes de las diferentes secciones... Y conozco también, de vista, a unos hombres muy serios, muy misteriosos, que entran y salen en la Komintern sin

enseñar el «propus». Es muy difícil hacerse una opinión completa de todos ellos... Pero de todos tango una opinión. Primero los conocí de lejos... Me pacerían gigantes cubiertos de modestia. Ahora los conozco de cerca... Todos son iguales y distintos; como funcionarios, gemelos; como personas... Como personas es difícil llegar a conocerlos.

Si tuviera que dar una opinión colectiva, lo haría así: Dimitrov fuma en pipa; Manuilski fuma en pipa; Togliatti no fuma; Gottwald fuma en pipa; Dolores Ibárruri no fuma; André Marty no fuma; Pieck no fuma; José Díaz fuma cigarrillos; Florín fuma cigarrillos; Kossinen fuma cigarrillos... Dimitrov saluda como Stalin; todos los secretarios saludan como Dimitrov. Stalin, cuando habla, camina tan despacio como habla; aquí todos los secretarios, si tienen la oportunidad de hablar, cuando lo hacen caminan, y caminan tan despacio como hablan... Parece ser que Stalin cuando va a hablar lo piensa mucho; aquí todos cuando van a hablar parecen concentrarse hasta lo más profundo, aunque lo que vayan a decir sea lo mismo que dijeron hace unos días, unas semanas, unos meses o unos cuantos años. Pero esto no es todo... Mas ¿cuál es el interior de estos hombres? Yo no lo sé. Los he visto actuar como funcionarios, pero jamás como hombres; creo que como hombres hasta ellos mismos se desconocen. El sentimiento humano hacia la vida y los hombres es una peligrosa «desviación».

Y como funcionarios. Aquí hay una inmensa escala. Allá arriba está Stalin... El que está arriba, manda... El que está en medio, obedece a los que están arriba y manda a los que tiene debajo.

El que está abajo, siempre obedece. Y si no obedece...

Aquí hay dos formas de mandar: los altos jefes mandan con un tono paternal, pero férreo; los jefecillos mandan con un tono casi cuartelero. Y hay una sola forma de obedecer. Una sola. La desobediencia no se tolera... y desobediencia es todo lo que no sea estar de acuerdo con algo.

Los hombres «grises» casi nunca mandan directamente. A un Stepanov, a un Geroe... nunca se les ve mandar... Ellos «aconsejan», «orientan», «ayudan»... Pero el resistirse a sus «consejos», «orientaciones» o «ayudas» suele ser extraordinariamente peligroso. Ellos pueden hablar al oído a los grandes jefes...

Los representantes de los partidos mandan solamente a los referentes de prensa (unos hombres que leen los periódicos, señalan con lápiz rojo lo que creen interesante y de vez en cuando hacen extractos de las noticias), suelen mandar también a alguna que otra mecanógrafa.

Los demás no mandan a nadie.

Hay unos hombres en la Komintern que no sé si mandan u obedecen; son esos hombres que entran y salen en la Komintern sin enseñar el «propus»... Lo más que sé de ellos es que se les teme...

Aparentemente, Dimitrov es un hombre paternal, profundamente humano. Aparentemente, Manuilski es un hombre cordial, humano, irónico, jovial. Aparentemente, Togliatti es un hombre bueno, a pesar de esa frialdad de acero

que le cubre permanentemente la cara. Aparentemente, Marty es un loco. Aparentemente, Pieck es un hombre bondadoso, que chochea. Aparentemente, Florín es un pesado. Aparentemente, Kussinen es una sombra en vida. Aparentemente, Gottwald es un alcohólico. Aparentemente, Díaz es un hombre todo modestia. Aparentemente, Dolores Ibárruri es una mística.

Stepanov y Geroe, por temporadas, son los dobles de cada uno de los secretarios.

Kolarov es el representante del Partido Comunista de Bulgaria. Es un viejo lleno de vida. No sé de él más que los búlgaros que estuvieron en España le trajeron un automóvil, que le gustan todas las menores y que, debido a su vieja amistad con Dimitrov, suele jugar en algunas reuniones a la oposición. Kopecki es el representante del Partido Comunista de Checoslovaquia. Es un tipo enormemente simpático. Una de las partes de su trabajo consiste en hacer chistes, que sus compañeros le ríen a carcajadas, aunque jamás dicen de qué se trata. El representante del Partido Comunista de Francia es un antiguo obrero metalúrgico, mastodóntico. Nunca hace ni dice nada: Marty hace y habla por Francia entera. El representante del Partido Comunista de Italia es un hombre modesto, serio, cordial, el único defecto que le encuentro es que siempre que habla de Italia hace girar sus palabras en torno a la crisis económica del fascismo y a su inminente caída. El representante del Partido Comunista del Japón es un gentleman: zapatos ingleses y tabaco inglés. Es un míster Eden asiático... Luego viene Ulbricht, representante del Partido Comunista de Alemania, un verdadero prusiano, déspota e

ignorante... Éste es quizá el hombre que más habla en las reuniones, pero nadie le hace caso: acostumbra repetir sin el más leve error lo que antes han dicho Dimitrov o Manuilski... Va siempre erguido y no sabe hacer más que un movimiento de cabeza: de arriba abajo o de abajo arriba... Por último, tenemos a los representantes de unos cuantos partidos muy chiquititos, a los que nadie tiene en cuenta jamás y que pasean su eterna melancolía por los silenciosos pasillos de nuestro edificio.

Todo esto lo pienso en mi habitación del hotel; en la calle pienso un poquito menos en estas cosas y en la Komintern no me atrevo a pensar en ello... En la habitación del hotel, soy yo; fuera de ella, soy Luis... Pero tengo el temor de que esta doble personalidad va a terminarse, de que mi vida privada va a dejar de serlo... Y el temor está justificado... En la dirección del «Hotel Lux» hay una llave doble de cada cuarto y en este hotel vive una tal Shina, rusa, casada con el austríaco Fritz, que habla correctamente el español. Shina tiene la costumbre, no sé si el deber también, de coger de vez en cuando una de estas llaves, entrar en uno de los cuartos, mirar todos los papeles, salir, cerrar, volver a dejar la llave en la dirección y hacer un informe. Y esta vez ha tocado en suerte a la habitación 39. La mía. Mis papeles han sido revueltos y no con tanto cuidado como para no darme cuenta. Faltar..., faltar, sólo han faltado doscientos rublos, pero creo que esto ha sido más para establecer la creencia de un robo que de un registro. ¡Creo que es demasiado! Ya en la Komintern pido a la secretaria de Manuilski que le comunique mi deseo de hablar con él... No pasa mucho tiempo sin que el teléfono suene y la voz de Blagoeva me comunique que Manuilski me espera.

Manuilski y yo: él con su pipa; yo con una amenaza de congestión cerebral.

–Camarada Castro...

–Camarada Manuilski... He venido a hablar con usted porque ayer han entrado en mi habitación del hotel y se han llevado doscientos rublos...

Creo ver en sus ojos cierto asombro. Deja la pipa sobre la mesa, después las gafas, luego hace ademán de ir a hablar por teléfono, pero se arrepiente...

–¿Notificó usted el hecho al director del hotel?

–No.

–¿Por qué no?

–He creído que era inútil... Considero, además, que el robo del dinero ha sido solamente un pretexto... Mis papeles han sido revueltos.

–A pesar de todo, debía haber hablado con el camarada director...

–No lo he hecho, camarada Manuilski, porque para entrar en mi habitación sólo existen dos llaves: la nuestra y el doble que está en el despacho del director... ¿Cree usted que era oportuno dirigirme a él?

Manuilski no ha respondido... Ha marcado un número de teléfono y durante unos minutos, no sé cuántos, ha hablado rápida, violentamente: no sé con quién ni qué es lo que le ha dicho. Cuelga el auricular y me mira. Después sonrío, como diciéndome «ya está todo arreglado».

–Camarada Manuilski, sólo quiero decirle una cosa: si hay desconfianza, prefiero salir inmediatamente de la U.R.S.S... Fuera de aquí, toda vigilancia es comprensible, lógica... Aquí...

Es la primera vez que planteo el salir de la U.R.S.S.

Manuilski se ha levantado, me abraza y me despide. Nos miramos y sonreímos al mismo tiempo. Él debe haberse quedado satisfecho; yo continúo irritado.

Shina, la mujer de Fritz, me saluda cuantas veces me ve. Yo la saludo.

Hoy han vuelto a entrar en mi habitación: los doscientos rublos han aparecido. No en donde estaban, sino en un armario. Pero no tengo fuerzas para irritarme. Son tantas las Shinas que tienen la costumbre y no sé si el deber de...

Timochenko comienza a tener éxito. Los fortines que constituyen las células de la línea Mannerheim van siendo volados lenta, pero sistemáticamente. La isla de Koivisto, que protege la bahía de Viipuri (Vivorg), ha sido conquistada por las fuerzas soviéticas. En Moscú se firma un acuerdo de paz entre la U.R.S.S. y Finlandia. En la Komintern ha salido el sol. Kussinen, el jefe del «gobierno» finlandés con residencia en un pequeño despacho del tercer piso de la Komintern, anda muy

atareado: prepara las maletas. Su secretaria, una muchachita bizca, que después había de ser secretaria del director del «Hotel Lux» y un verdadero personaje, rompe papeles. Kussinen sale para Leningrado. Se crea la República Carelo-finlandesa. En la bandera de la Unión se agrega precipitadamente otro escudo, en la Exposición Agrícola permanente se está levantando un nuevo pabellón, en la prensa soviética comienzan a aparecer los primeros artículos en donde los que antes vivían en Finlandia, hablan de su tragedia de ayer y de su felicidad de hoy... Los liberados del mundo de Mannerheim dan las gracias a Stalin. Kussinen¹², el viejo comunista, no ha sido nombrado jefe del Partido de la nueva república, le han nombrado presidente del Soviet Supremo... Es un cargo muy importante, se pasa las horas condecorando a los héroes de la batalla de Finlandia.

De Kussinen ha dejado de hablarse.

José Díaz ha recibido un magnífico reloj de acero inoxidable... Es un reloj sueco, regalo de Jesús Hernández.

Nos han anunciado que dentro de unos días nos trasladaremos a un gran edificio que han construido al lado del que ocupamos...

Ya estoy instalado. Nuestra actual residencia es tres veces más grande que la anterior. Estoy en el cuarto piso, tengo por vecinos, a un lado, Geroe; al otro, Gottwald. A este último suelo encontrarlo con frecuencia en el pasillo. Camina

12 Otto Kussinen: durante muchos años, jefe del Partido Comunista de Finlandia, después, uno de los secretarios de la Komintern.

inclinado, como un sonámbulo. Cuando saluda, gruñe. Me han dicho que escribe muy bien y que bebe tanto y tan bien como escribe... Es el editorialista de la revista de la Komintern, «La Internacional Comunista». A pesar de la camaradería reinante, la lucha por los mejores despachos ha sido casi tan dura como la conquista de la línea Mannerheim... Pero al fin estamos instalados y la máquina ha vuelto a funcionar.

Jesús Hernández ha escrito desde Suecia. Pide pasaportes y dinero... Quiere salir, en compañía de Comorera, para América. El aparato secreto de la Komintern ha respondido rápidamente: no le ha enviado dinero, pero sí unos pasaportes en blanco que no sirven para nada... Decididamente, en la Komintern quieren que Hernández regrese a Moscú. Clandestinamente pasan a Noruega. Clandestina y precipitadamente regresan a Suecia: los alemanes se les han cruzado en el camino... Hay rumores de que regresará a Moscú, de que será nombrado representante del Partido y de que escribirá un libro sobre el papel del anarquismo español en nuestra guerra. Nuestro enlace con Suecia, que no enlazaba con nadie, va a desaparecer... Moscú lo ha decidido.

XIII

Mi primer 1.º de mayo en la U.R.S.S. fue en Leningrado. Mi segundo 1º de mayo en la U.R.S.S. será en Moscú. Estoy impaciente...

¿Seguirán los alemanes hacia Occidente y se conformarán con ello una vez conquistada Europa o, terminada ésta, se volverán hacia el Este? Esta preocupación me hace desear que llegue el 1º de mayo... Finlandia debe haber introducido importantes cambios en el aparato militar. Quiero verlo. Quiero observar el clima. Las consignas del Comité Central del Partido Comunista de la U.R.S.S. con motivo de esta fecha me dirán un poco; el volumen del desfile militar, me dirá otro poco; el discurso del jefe de la gran parada completará, en la medida de lo posible, el cuadro. Quiero saber y saber. Y hay motivos para sentir tales deseos. Los compañeros que se encuentran en las fábricas y en las academias militares, no están de acuerdo en que todo sea de color de rosa; los de las fábricas me cuentan cosas que me preocupan... Y es para preocuparse: en opinión de los obreros soviéticos, el stajanovismo es un método hábil para aumentar constantemente las normas de producción sin alterar los precios de ellas, sin aumentar los salarios. En Colonna, los trabajadores de la fábrica de locomotoras han insultado a nuestros stajanovistas: «Imbécil. –les han dicho–, si aumentáis

las normas, dentro de un mes produciremos el doble que ahora por el mismo salario de hoy». Nuestros compañeros de Colonna están preocupados.

Los compañeros que estudian en las academias militares están inquietos. El Ejército Rojo siente una gran admiración por el ejército alemán; está impresionado por sus victorias en Europa; no odia a los alemanes. La inercia de una propaganda de muchos años contra el imperialismo japonés, le hace seguir odiando solamente a los japoneses. No es éste el único motivo. La presencia de Vorochilov en la jefatura del Ejército Rojo está tan lejos de ser genial como de ser acertada: las formas y relaciones del período de la guerra civil sobreviven a su época... El 90 por ciento de los cuadros del Ejército Rojo sabe mucho más de la «Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.», que de táctica y estrategia. Nuestros compañeros tienen clavada la espina de Finlandia. Yo también. Y otros muchos... ¿Qué nos dirá el primero de mayo? Esperamos...

Mientras tanto, nuestras relaciones comerciales con el Tercer Reich marchan suavemente, regularmente, escrupulosamente. Los alemanes nos pagan. Los alemanes comen nuestro trigo. La máquina de guerra de los alemanes se alimenta con nuestro petróleo. ¿Habrá agresión? En todo caso, el pacto la ha retrasado un año... Pero, ¿la continuación del pacto no está facilitando la agresión? No sé. Realmente no lo sé, pero estoy preocupado... Es tan complicada la estrategia.

Estoy invitado a presenciar el desfile del primero de mayo...

Durante la noche, última noche de abril, ruido y ruido... Camiones, cañones y tanques se concentran. Mayo es mayo: deshielo y sol. En la calle, cientos de camiones, cientos de cañones, de tanques y varios millones de hombres, militares y civiles, en columnas interminables... Nadie se mueve... Ni el aire se atreve a agitar las banderas.

En el Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S. todo sigue igual. La única declaración sobre ello es el orden en que están colocados los retratos de los miembros del Buró Político... Stalin... El mismo retrato de siempre, como siempre, en el centro de todos los retratos; como siempre, mucho más grande que todos los demás retratos... A su derecha, Kalinin... A su izquierda, Molotov...

Los últimos... A su derecha, Baria. A su izquierda, Shvernik.

No hay cambios. Los periódicos podrían ocultarlos; en las reuniones del partido podrían ocultarse... Pero cuando se colocan los retratos la incógnita deja de serlo.

Salgo del «Lux». Los tanquistas llevan sus tanques, los artilleros sus cañones, los obreros sus carteles, yo... mi pasaporte, mi «propus» y mi invitación. A ochocientos metros la Plaza Roja. Delante del edificio del Soviet de Moscú, el primer control; delante del edificio de Correos y Telégrafos, el segundo control; delante del Hotel Nacional, el tercer control; delante del Museo de Lenin, el cuarto control; a la entrada de la Plaza Roja, el quinto control; a la entrada de la tribuna, el sexto control... No hay séptimo... La distancia no permite un mayor despliegue.

Estoy a la izquierda de la tribuna diplomática. En las casas de enfrente los retratos de Marx, Engels, Lenin y Stalin. Debajo, sobre un fondo rojo, «Proletarios de todos los países, ¡uníos!». Una consigna violenta contra Franco. Nada contra Hitler.

A mi alrededor, mucha gente: muchos milicianos con uniformes nuevos; muchos militares y paisanos con muchas condecoraciones; muchos hombres vestidos iguales que miran y miran y no se cansan de mirar... Espero. Los altavoces repiten sin tregua las consignas del Comité Central... Los altavoces gritan una vez, otra y otra: «Viva Stalin». Y el eco lo repite...

Y una impresión de que... ciento ochenta millones de ciudadanos gritan las consignas del Comité Central. Y una impresión de que... ciento ochenta millones de ciudadanos gritan «Viva Stalin».

Los altavoces callan... Un clamor como un torrente... La Plaza Roja se estremece... Todos nos estremecemos... Stalin sube a la tribuna; detrás de Stalin muchos hombres suben a la tribuna.

Suena un cornetín. Silencio. Más silencio. Vorochilov seguido de Mejlis, y ambos, de sus ayudantes, avanzan hacia la tribuna. Mucha gente mira con admiración a los caballos... Algunos ingenuos miran penetrantemente a los diplomáticos. Comienza la parada. Vorochilov y Mejlis, seguidos de sus ayudantes, van llegando hasta cada unidad... Se detienen. Vorochilov habla... Sólo él habla en la Plaza Roja... Y un «Hurra... aaa... aaa...» arranca de las gargantas de cientos de hombres.

Y sí una vez. Dos... Cien veces... No sé cuántas veces.

Regresan... Suben a la tribuna.

Vorochilov vuelve a hablar... Termina.

Los grandes cuadrados humanos, que parecen los hermanos mayores del mausoleo de Lenin, comienzan a moverse.

Los altavoces resucitan. El eco azota las calles.

Alumnos de las escuelas militares... Infantería... Infantería motorizada... Caballería... Motociclistas... Motociclistas con ametralladoras... Antiaéreos... Antitanques de todos los calibres... Artillería de todos los calibres... Tanques de todos los tipos.

Y por encima de nosotros, cientos de aviones.

Una tregua. Un grupo de seis aviones pasa como un rayo. Otro grupo de seis aviones pasa como otro rayo. La gente los mira... Después mira a los diplomáticos... Después aplaude... Son los últimos tipos construidos por la industria soviética...

Ahora el pueblo. Gente. Retratos de Stalin... Más gente... Retratos de Stalin.

Los deportistas más deportistas en las primeras filas y en los costados... La gente mejor vestida en los costados... Lo demás es un mar de banderas y de retratos.

Los altavoces parece que van a estallar de un momento a otro... Mis oídos parece que van a estallar en cualquier momento... La Plaza Roja parece que va a estallar. Somos una

gran fuerza. No me acuerdo de Finlandia. Ni del Pacto germano-soviético. Me acuerdo de España... Sí, la veré pronto... La veremos pronto. Una fuerza de ciento ochenta millones de hombres y mujeres mantiene viva mi esperanza... nuestra esperanza.

Cinco horas. Los últimos... Salgo de la tribuna y subo por la calle de Gorki. En mi habitación del hotel sólo se habla del desfile. Mi primer primero de mayo en la U.R.S.S. fue en Leningrado. Mi segundo primero de mayo en la U.R.S.S. ha sido en Moscú. Somos una gran fuerza. Una terrible fuerza. La libertad puede estar tranquila... La democracia puede estar tranquila... Podemos estar tranquilos...

XIV

La guerra, mientras tanto, continúa...

Hitler invade Dinamarca. Fuerzas alemanas de desembarco se apoderan de Copenhague y Oslo. Hernández llegará pronto a Moscú. En el occidente de Europa las cosas van mal: Alemania ha invadido Holanda, Bélgica y Luxemburgo; Churchill es nombrado primer ministro; Chamberlain ha dimitido, para poder morir tranquilo; los alemanes se apoderan de Lieja; el ejército holandés capitula; los alemanes se abren paso a través de la línea Maginot; los franceses maldicen a Maginot; Pétain es nombrado viceprimerministro; Weygand sustituye a Gamelin; capitula el ejército belga; Dunquerque; Italia declara la guerra a Francia e Inglaterra; París es declarado ciudad abierta.

14 de mayo: los alemanes entran en París.

15 de mayo: los soviéticos entran en Lituania.

Francia concierta un armisticio con Alemania. La U.R.S.S. lanza un ultimátum a Rumania para que le ceda Besarabia y una parte de Bucovina. Tropas soviéticas se apoderan de Besarabia y una parte de Bucovina.

La prensa soviética publica numerosas fotografías de los territorios liberados; hoy ha publicado una en la que se ve a Timochenko abrazando a su hermano, campesino en las tierras liberadas. Un tal Miró, otro de los hombres grises de la Komintern, ha escrito rápidamente un folleto sobre el mismo tema. Timochenko ha recibido la estrella de Héroe de la Unión Soviética.

Llevo un año y veintisiete días en el país del socialismo.

Los alemanes avanzan hacia Occidente. Nosotros avanzamos hacia Occidente. Sólo dos estrategias triunfan. En la Komintern hay alegría.

Los entendidos dan conferencias. En cada conferencia, una conclusión: «A medida que los alemanes conquistan nuevos territorios, se debilitan»... En cada conferencia otra conclusión: «A medida que liberamos nuevos territorios, nos fortalecemos».

Y nosotros nos creemos todo: «Debilitamiento». «Liberación». «Fortalecimiento».

De Gaulle ha levantado la bandera de la resistencia.

¡Qué tonto!

¿No habíamos quedado en que la mejor estrategia era dejar al Tercer Reich que engordara pronto para que reventara antes? Estoy contento. El recuerdo del desfile del primero de mayo ha multiplicado mi tranquilidad y mi optimismo... Sólo una pequeña duda sigue flotando entre mis pensamientos: ¿no

estará fallando algo en nuestra estrategia?... Calculábamos una gran resistencia en el occidente de Europa...

La colonia española en Moscú aumenta. En Radio Moscú ha comenzado a hablarse en español... Antes se hablaba algo muy parecido... Chequini introducía su acento italiano y un poquito del idioma de los traductores... Ahora Ramón Mendezona, el nuevo locutor, ha desplazado a Chequini. Cimorra ha pasado de la Komintern a Radio Moscú: es el primer redactor y corrector. Desde hoy se escribe en español en Radio Moscú.

Pero es un español al servicio del drama. Dedicado por entero a querer ocultar una derrota militar y política con la que ha muerto la Segunda República. Seguimos en el ayer. Seguimos con la herida abierta y hurgándonos en la herida como si ello fuera un consuelo y no un martirio y una locura. Pero los hechos están todavía demasiado cerca, las heridas demasiado recientes y rodeados por un mundo que nos presiona, sin presionarnos aparentemente, para mantener en nosotros vivo el odio y la idea del desquite. Se alimenta, en medio de este ambiente de tensión constante, la idea de que hemos perdido una batalla, una importante batalla, pero que la guerra no se ha terminado y que, por tanto, la batalla decisiva está aún por librar. Hemos empezado a pensar igual que todos los restos derrotados del comunismo en otros países. Como los alemanes, como los búlgaros, como los checoslovacos... La vieja historia de siempre.

Pero el español de los españoles tropieza con dificultad en Radio Moscú... los traductores quieren vivir. Quieren, además de vivir, vivir bien.

Y traducen todo lo que pueden para cobrar todo lo que traducen... Los traductores son fuertes... Y de vez en cuando, muy de vez en cuando, los españoles entienden con dificultad las emisiones en español de Radio Moscú.

Las traducciones que hacen los traductores son casi de inserción obligatoria: traducen los materiales de «Pravda» e «Izvestia»... Sobre ellos no hay censura, tan sólo una ligera revisión para comprobar la fidelidad del trabajo de los traductores. Sobre lo que escriben Cimorra y otros españoles, la censura se vuelca... Primero patean los traductores al traducirlo para que los controles puedan leerlo; después vienen las correcciones de los controles; más tarde los traductores traducen las correcciones de los controles... Y, por último, los autores acaban por no conocer lo que escribieron.

No sirve protestar.

El control tiene que demostrar que controla... Y la mejor manera de demostrarlo es hacer y hacer correcciones; muchas veces las correcciones consisten en borrar lo que está escrito a máquina y ponerlo de su puño y letra. El autor se da cuenta de ello... pero los que no son el autor... Y son varios los controles: el del sector romano; el control general de la Radio y, por último, el control del Comisariado de Relaciones Exteriores.

Los traductores aman las correcciones casi tanto como a sus propios hijos: las correcciones representan nuevas y muchas líneas de traducción; las líneas de traducción representan dinero...

El jefe de la sección hispanoamericana es un armenio que fue traductor de los consejeros militares rusos en España... Por traducir le dieron la Estrella Roja. Él cuenta que dicha condecoración fue como recompensa a sus misiones combativas... Y se lo ha llegado a creer de tal manera que es muy difícil verle sin ella.

Kumarian no es capaz de hacer un artículo. Mas Kumarian, para ganar más dinero, debe escribir... Y, sin duda, en uno de sus pocos momentos de lucidez mental, encontró la fórmula: traduce en secreto los materiales de *Pravda* o *Izvestia*, que ya con su traducción sufren algunos cambios, y luego añade, esto sí de su propio caletre: «Original: Kumarian»... Y como es jefe de la sección hispanoamericana, les da prioridad... Además de ganar dinero con este procedimiento, Kumarian ha ganado fama... Tanta que llegó hasta el Comisariado de Relaciones Exteriores, que creyó conveniente incorporarle a sus filas, hacerlo más tarde Secretario de Embajada y enviarlo con dicho cargo a los Estados Unidos de Méjico.

Kumarian tiene como característica la seriedad y la prudencia del burro: siempre muy serio y casi siempre callado... Si tiene que hablar, procura recordar lo que leyó en los órganos periodísticos del gobierno y del partido o en los libros de los clásicos... Si no recuerda... entonces... se limita a sonreír.

Y nunca se equivoca.

Este tipo de hombre y de funcionario soviético no es una excepción: es un tipo muy corriente entre los funcionarios soviéticos. Me atrevo a hacer esta afirmación porque en el

tiempo que llevo en la U.R.S.S. he visto muchos Kumarian entre la burocracia.

A la Komintern ha llegado un «español», mejor dicho, una «española»: «Irene Falcón», aquí conocida como «Irene Toboso», y entre sus familiares como Irene Leví Rodríguez. Es la hermana mayor de Kety L. Rodríguez. Ha venido de Francia pasando por los Estados Unidos de Norteamérica y los países escandinavos. Trae un voluminoso equipaje, una parte del cual está destinado a su jefe político: Dolores Ibárruri. «Irene Toboso» es aquí la mujer de Freidrich, el checoslovaco que dirige la sección de información y propaganda de la Komintern. Es, además, la secretaria de Dolores Ibárruri. De esta forma tan simple, la familia Leví Rodríguez conoce la mayoría de los secretos del secretariado para la India, América Latina, España y del trabajo femenino de la Internacional Comunista. Kety L. Rodríguez hace de traductora para José Díaz... Y José Díaz habla con Dimitrov, con Manuilski, con mucha gente. «Irene Toboso» hace de traductora para Dolores Ibárruri y ésta habla con Dimitrov, con Manuilski, con mucha gente.

En estos días han llegado dos nuevos personajes a la Komintern: Anna Pauker¹³ y Antikainen. Ella es rumana; él, finlandés. De los dos sé muy poco.

Es maestra de escuela, habla varios idiomas, fue la mujer de Maurice Thorez, con el que tuvo un hijo, que al romperse el matrimonio se quedó con el padre; es de hecho el secretario

13 Anna Pauker antigua amante de Maurice Thorez y durante algún tiempo jefe supremo en Rumania. Después fue «purgada».

general del Partido Comunista de Rumania; ha estado varios años en la cárcel.

Anna Pauker ha ido a vivir al edificio en que viven muchos de los altos jefes de la Komintern... Me han dicho que en la Komintern, Anna Pauker se ocupará de los problemas de su país.

Hoy la he conocido. La he visto pasar hacia el despacho de Manuilski. Es alta, fuerte, con facciones que dan la impresión de un dibujo geométrico. Lleva el pelo a media melena y siempre, o casi siempre, un cigarrillo entre los labios.

Dolores Ibárruri ha comenzado a hablar mal de Anna Pauker. Pero no creo que obedezca a divergencias políticas. Dolores Ibárruri siempre está de acuerdo con todo lo que dicen los jefes; Anna Pauker siempre está de acuerdo con lo mismo que está Dolores Ibárruri. No, no es un motivo político... Anna Pauker es más joven que Dolores Ibárruri; Anna Pauker habla varios idiomas y Dolores Ibárruri, no; Anna Pauker es culta y Dolores Ibárruri, no, a pesar de cuanto dicen sus biógrafos y ella se cree; Anna Pauker ha estado varios años en la cárcel y se ha portado muy bien; Dolores Ibárruri sólo ha estado unas cuantas veces y por muy poco tiempo y en una de ellas se dedicó a defender a los excomulgados: Bullejos, Adame, Vega, Trilla...

Antikainen es un hombre rubio, alto, fuerte. Ha estado cerca de veinte años en la cárcel y casi no sabe estar fuera de ella. Tiene la Orden de Lenin, recibida ahora como recompensa a su paso por las montañas de Finlandia y Rusia, allá en 1919, para

caer con un pequeño grupo de gente sobre las espaldas de los que atacaban al joven poder soviético. Habla poco y brilla menos. Irá a estudiar a la Academia Frunze.

XV

Rafael Vidiella ha entrado a trabajar en la Komintern.

Rafael Vidiella es el representante del Partido Socialista Unificado de Cataluña en la Internacional Comunista. Lo es desde que Juan Comorera consiguió, no sin esfuerzo, que el P.S.U. de C. fuera considerado como una sección independiente de la Komintern.

Esto no quiere decir que el P.S.U. de C. sea independiente ni que lo será jamás; quiere decir solamente que le han concedido el derecho de poner en el membrete de sus circulares, debajo de «Partido Socialista Unificado de Cataluña», una coletilla: «Sección Catalana de la Internacional Comunista». Aparentemente fue un gran triunfo de Comorera y una gran derrota de los dirigentes del Partido Comunista de España, pero sólo aparentemente.

Nadie en la Komintern es partidario de una independencia absoluta. Ni Dimitrov. Ni Manuilski. Nadie... Ni tan siquiera Rafael Vidiella.

Rafael Vidiella nació en Tortosa, a fines del siglo pasado. En su juventud dicen que fue muchas cosas y que acabó siendo tipógrafo... Con alguna certeza sólo puedo afirmar esto

último... Pasados los años, Vidiella fue muchas cosas más: naturista, desnudista, vegetariano, anarquista, socialista unificado, dirigente del P.S.U. de C., consejero de la Honorable Generalitat de Cataluña, desertor y, por último, representante del P.S.U. de C. en la Komintern.

A Rafael Vidiella le gustan muchas cosas... El cante jondo. Beber. Jugar a las cartas. Comer bien. Y trabajar lo menos posible.

Vidiella es inteligente: tiene una gran memoria y escribe bien. Yo le conocí en febrero-marzo de 1938. El ejército franquista había roto nuestras defensas de Aragón y se acercaba amenazadoramente hacia los primeros pueblecillos de Cataluña... Vivíamos momentos de angustia... La superioridad enemiga era tal que cada día imponía nuevos repliegues para evitar el cerco y aniquilamiento de nuestras unidades... Nuestro ejército se retiraba, cansado y hambriento... Y el hambre y el cansancio minaban ininterrumpidamente su moral. Aragón era un infierno durante el día. Por la noche, un tormento. En vez de descansar, había que reorganizar las unidades, ocupar posiciones, organizar la defensa y esperar lo que nunca llegaba: hombres frescos y armas suficientes.

Tan grave era la situación, que las direcciones del Partido Comunista de España y del Partido Socialista Unificado de Cataluña acordaron enviar a algunas de sus figuras más relevantes, a sus mejores agitadores...

El honorable consejero de la Generalitat de Cataluña, Rafael Vidiella, salió para el frente. Decían que su verbo era cálido, apasionante, arrebatador...

Maella...

... Un pueblecito catalán, situado en la misma divisoria de Cataluña y Aragón, vivía los peores momentos de su vida... El enemigo estaba cerca...

Y por sus calles ensombrecidas, bajo las miradas de espanto de sus vecinos, pasaban y pasaban hombres y camiones: sudor y polvo, angustia y ruido.

La noche era breve. Había que aprovechar los minutos: detener a los hombres que se replegaban, hacerles recobrar la moral perdida, darles algo que comer, un poco de descanso, si era posible, y esperar el nuevo golpe del amanecer...

Y...

Una ráfaga de luz iluminó la triste plaza de Maella... Detrás de la luz, un automóvil... En el automóvil, varios hombres escandalosamente armados... Y entre ellos, el hombre de verbo cálido, apasionante, arrebatador: Rafael Vidiella...

Un frenazo...

Un grito de un soldado para que apaguen los faros.

Y un hombre, el honorable consejero de la Generalitat de Cataluña, seguido de otros hombres. Él y yo al encuentro.

Los hombres escandalosamente armados protegen la preciosa vida del honorable consejero...

–¿Cómo podemos ayudarte, Castro?

–Es difícil, Vidiella... Sin embargo, puedes recorrer nuestras unidades deshechas... Hablar a los catalanes... Hablar a los castellanos... A todos... Decirles que lo decisivo es resistir unos días... Que pronto llegarán refuerzos... Que pronto comenzarán operaciones de ayuda en la zona Centro–Sur... En la oscuridad siento que Vidiella me mira. Que todos me miran...

–Pero... no tenemos reservas, Castro.

–Lo sé, Vidiella.

–Y tampoco existe la seguridad de que otros frentes nos ayuden...

–También lo sé, Vidiella.

–Entonces...

–O decirles eso, Vidiella, o nada... Pero lo que no se puede es no hacer nada..., no decirles nada y dejar que ese alud nos arrastre a todos... Hay veces en que el mentir es una necesidad y ésta es una de ellas...

Vidiella tose.

Los demás nos miran. Yo espero. Maella nos contempla.

–Castro –me dice Vidiella cogiéndome de un brazo y separándome del grupo–,... yo estoy enfermo, ¿sabes?..., muy enfermo... He venido por disciplina y por conocer personalmente la situación... Pero debo regresar a Barcelona, ¿sabes?... Esto no es para mí... La aorta no me deja vivir..., no me deja vivir...

Vi hundirse su mano en el pecho.

Silencio.

Silencio en los dos...

Y hombres que parecen sombras pasan a nuestro lado y nos miran. Y también nos mira Maella. Creo que nos mira Cataluña entera... Pero yo no entiendo a Cataluña y Cataluña no entiende a su honorable consejero.

–Bien... –digo por decir algo.

Vidiella me da unas palmadas en el hombro y lentamente se acerca a su automóvil... El grupo de hombres armados lo sigue. Yo les miro. Los que están conmigo dicen algo intranscribible. Un ruido de motor... Unos faros que iluminan la tragedia... Y nada... Mejor dicho, todo como antes... Y como único verbo cálido, apasionante, arrebatador, el ruido lejano de unos disparos, que no nos permiten ni por unos segundos olvidarnos de la guerra. En la frontera de Cataluña y Aragón conocí a Rafael Vidiella. Y lo conocí así.

Luego supe que meses más tarde se había fugado a Francia... El pretexto fue la aorta; el motivo, el pánico. Volví a verle en

Moscú. Ahora Rafael Vidiella «trabaja» con nosotros. Cada mañana, a eso de las once, llega a la Komintern, se sienta, descansa unos minutos, saca un paquete de cigarrillos «Sibir», que coloca sobre la mesa; ante sí un montón de periódicos de España y de América y durante dos horas lee y fuma, fuma y lee. Sólo interrumpe su trabajo para hablarnos de sus zozobras nocturnas, cuando piensa que de un momento a otro puede morir.

A la una se levanta, se guarda el paquete de cigarrillos y lenta, muy lentamente, se va... Todos los días son iguales para él.

Cada día, el ex honorable consejero de la Generalitat sale a dar un paseíto por la calle de Gorki... Camina despacio y buscando siempre que el aire le dé de espaldas... Quien no le conozca, pensará que ese hombre, que camina abstraído, piensa y piensa...

No, no es así...

Ha encontrado el gesto...

Y lo exhibe.

Y lo explota.

Hacia las siete de la tarde comienza la tertulia. Llegan algunos catalanes con Virgilio Llanos y se van cuando Barneto. Se habla de todo. Y, sobre todo, de España o de Cataluña.

Quien más habla es Llanos; quien más se irrita, Barneto; quien más calla, Vidiella... Cuando le insisten en que hable, lo hace parsimoniosamente, durante unos momentos solamente, después se lleva con sobresalto la mano al pecho...

–Siento como el traqueteo de una ametralladora... –Y se calla.

Castedo le está haciendo un retrato... Y no hay «posse»: Vidiella está sentado en el sillón, con la mano en el pecho y la mirada perdida.

Vidiella es un hombre inteligente... Yo diría que hasta muy inteligente. ¿Y un pícaro?... Sí, también un pícaro.

Él lo sabe todo y lo utiliza todo.

Sabe que la independencia del P.S.U. de C. no existe, pero él hace que cree que existe y procura hacérselo creer también a todos los catalanes; sabe que el P.S.U. de C. está condenado a ser siempre de hecho una sección del Partido Comunista de España, pero lo oculta; es más, hace creer a todos que no existe ninguna supeditación ni de su Partido ni de él al Partido Comunista de España ni a los representantes del Partido Comunista de España en la Komintern.

A cambio de esto... Una vida tranquila..., sin inquietudes económicas..., sin dificultades alimenticias... Vidiella sólo vive para Vidiella... Y para que viva Vidiella como Vidiella quiere, Vidiella ha encontrado la fórmula.

Esto demuestra que no es tonto, mejor dicho, que es bastante inteligente... Conocer a los rusos en unos cuantos meses; saber lo que quieren de cada uno y saber llegar, sin hablar de ello, a un acuerdo comercial, no es un problema simple...

Y Vidiella está contento.

Y los jefes de la Komintern están contentos.

Y el peligro de que la independencia de los partidos acabara con una supeditación injusta y en muchos casos vergonzosa, ha desaparecido... Es posible que Comorera esté a estas horas saboreando su victoria. Pero Vidiella sonríe...

Los demás sonríen...

Yo hubiera preferido no hablar tanto tiempo de Vidiella... Entre otras cosas, porque es un tipo simpático... Pero Vidiella no es en este caso un catalán en la U.R.S.S.; ni un funcionario del P.S.U. de C. en la Komintern; ni un pícaro vulgar.

Vidiella es un sistema.

Cualquier presidente de cualquiera de las repúblicas soviéticas puede ser un Vidiella cualquiera, más aún, lo es... Cualquier secretario de cualquiera de los partidos comunistas de cualquier república soviética, puede ser un Vidiella cualquiera, más aún, lo es... Cualquier secretario de cualquier partido comunista extranjero, puede ser un Vidiella cualquiera, más aún, lo es... Un rasgo general los define y los clasifica: aceptan todo.

Y lo hacen de buen grado.

Aunque lo que hacen, tiene su precio: no son los treinta dineros de Judas... Son un poco más prácticos...

El precio es ser jefes.

El precio es tener asegurada su existencia.

El precio...

El problema nacional en la U.R.S.S. es diferente al problema nacional en los países capitalistas...

Y es diferente, no porque sus principios sean distintos, sino porque es distinta su interpretación.

Cualquier república soviética donde el problema de la autodeterminación sea realmente sentido, cambiaría su situación actual de «independencias por el modesto Estatuto de Cataluña o por el aún más modesto Estatuto Vasco. Le da más. Si no teóricamente, al menos sí prácticamente. Ésa es la realidad. Cataluña y Euzkadi tenían cierta autonomía. Ninguna de las repúblicas soviéticas la tiene. Ni en lo político; ni en lo militar; ni en lo administrativo... En nada...

Sobre el problema nacional hay una tesis sagrada: El marxismo y el problema nacional, de Stalin... Sobre el problema nacional hay dos interpretaciones: una para los diferentes pueblos que integran la Unión Soviética; otra para los pueblos oprimidos de fuera de la Unión Soviética.

No quiero ocuparme más de Vidiella.

Reconozco que me ha sido más útil en Moscú que me fuera en Maella; que allí no me sirvió para nada y que aquí me ha servido para ver, a través de él, uno de los problemas más importantes que aquí se podían ver...

Y si algo más merece añadirse a mis deducciones sobre el problema nacional, es simplemente el señalar mis coincidencias con los soviéticos en cuanto que hasta los parásitos son necesarios.

El caso de Vidiella lo confirma.

Nada hay más sobornable que un parásito.

Ni un soborno más barato... Una habitación en el «Lux»... Una comida bastante más modesta que la que el honorable consejero de Cataluña comía en Barcelona... Y no tener nada que hacer. En total: 1.000 rublos al mes.

XVI

Jesús Hernández, Pilar Boyes, su mujer, y Juan Comorera, han llegado a Moscú.

Juan Comorera ha salido rápidamente de la U.R.S.S. Primero gritó a Vidiella por sus «debilidades»; después volvió a insistir sobre la independencia del P.S.U. de C.; más tarde reclamó un depósito de 60.000 dólares que su Partido tenía en Moscú... Y se fue... Comorera sabe hacer las cosas.

Jesús Hernández ha ido a vivir a Kunsevo. Habita en la misma casa que Manuilski. Ha sido nombrado representante del Partido Comunista de España en la Komintern. Y le han encargado que escriba un libro sobre el papel del anarquismo español en la revolución española.

Hoy ha venido a la Komintern. El encuentro ha sido cordial... Después ha visitado otros despachos y en el coche de Manuilski ha regresado a Kunsevo. Jesús Hernández ha comenzado a escribir su libro. Yo he comenzado a escribir un estudio histórico político–militar sobre nuestra guerra.

Sobre su libro y el mío hemos hablado muchas veces. Su libro se llamará *Negro y rojo*; mi libro, *La guerra fue así...* De su libro, la Komintern y el Partido español esperan mucho... No sé

cuánto... Pero por lo menos la liquidación ideológica del anarquismo español. Del mío, no sé qué esperan. Mi libro no puede ser, no debe serlo, un golpe demoledor contra ésta o aquella fuerza política y sindical del campo republicano... Quiero que sea un análisis objetivo del papel de todas y cada una de las fuerzas democráticas; quiero que todas ellas pasen por un tamiz severo objetivo... Y de este análisis no quiero excluir a nadie... A nadie... Ni a mi propio Partido. Ni a la U.R.S.S. ni a los partidos comunistas extranjeros... Yo busco la verdad: como sea y contra quien sea.

Y tengo la idea, que ya es obsesión, de que nos encontramos ante un fracaso político e histórico de la democracia española, como una consecuencia lógica de la incapacidad de los partidos y organizaciones que la integran...

Mi libro ha tropezado con los primeros escollos. He pedido a la sección del trabajo político del Ejército Rojo algunas órdenes del Comisariado General de Guerra del Ejército Regular Popular Republicano... Y me las han negado... A pesar de que en España no fueron secretas. A pesar de que todas ellas fueron hechas por mí...

Pero... Aquí son secretas... Secretísimas. Y, por lo mismo, no podré mostrar ampliamente el papel de nuestros comisarios en nuestra guerra. ¿Ridículo?... Para mí, sólo irritante. El segundo escollo es bastante más grave: se llama Dolores Ibárruri. No lo esperaba. Hoy, cuando he ido a entregar manuscritos para que me los pasaran en limpio, Lisa Prestes, jefe de la sección de máquinas, me ha dado la noticia: por orden de Dolores Ibárruri no se pueden pasar mis manuscritos a máquina... Prestes ha

intentado justificarse. Yo he rechazado el intento. He hablado con Jesús Hernández; Hernández ha hablado con Manuilski; Manuilski ha revocado la orden de Dolores y por orden de Manuilski he firmado un contrato con la sección de ediciones. Ha sido una pequeña victoria. Pero estoy más preocupado que contento. Lo ocurrido me hace ver con toda claridad que la batalla ha comenzado... Y no sé a quién tengo a mi lado... Ni lo sé ni puedo figurármelo.

Pero, ¿por qué no quiere que se publique mi libro?

¿Porque se figure que en mi libro pueda aparecer una versión distinta a la que oficialmente ha dado el Partido?

Dolores no es sagaz.

¿Puede constituir el libro un éxito personal para mí, que dificulte sus planes para mi eliminación?...

Puede...

¿Puede la aparición de mi libro debilitar la posición de Francisco Antón, al que Dolores Ibárruri quiere presentar y comienza a presentarle como el «comisario de la defensa de Madrid», como el «jefe de la comisión político-militar» del Partido?

Puede...

Y al ser posible esto, se explica esa orden brutal y al propio tiempo descarada.

¿O es que Dolores teme que la verdad muestre a los titanes como pigmeos? ¿Que todo esto es mezquino?

Sigo escribiendo.

Para mí, lo importante es saber por qué perdimos y la responsabilidad de cada cual en la derrota... Y que lo sepa nuestro pueblo... Y que se rectifique todo lo que se ha mostrado como nocivo.

Las noticias de Francia son graves. La Gestapo ha detenido a millares de compañeros nuestros; los campos de concentración de Francia comienzan a ser pequeños; los procedimientos de Dachau se han trasplantado a los campos de concentración franceses. No sabemos qué hacer.

Europa está vencida y América demasiado lejos para comprender nuestra tragedia. Seguimos preocupados. Dolores más preocupada que todos los demás: Francisco Antón ha sido detenido... Y Dolores Ibárruri permanece horas y horas encerrada en su despacho; y Dolores Ibárruri no habla; y Dolores Ibárruri no ríe; y Dolores Ibárruri se queda muchos días en su casa agobiada por el dolor.

«Irene Toboso» también está triste.

Y cuando los jefes pueden oírla, suele repetir una vez y otra y otra más y muchas veces: «Pobre Dolores...». Y Dimitrov comienza a preocuparse. Y Manuilski ya está preocupado. Y los telegramas de Francia siguen llegando: «Me van a enviar a Alemania»... «Mi situación se agrava por momentos»... «Hacer lo que podáis antes de que sea tarde»...

Y más telegramas.

Y Dolores más desconsolada que nunca.

Dimitrov ha hablado con Dolores.

Dimitrov va a dirigirse a Stalin.

En Dolores ha renacido la esperanza.

¡Stalin está de acuerdo!... La Embajada soviética en París ha comenzado las gestiones con Otto Abetz para liberar a Francisco Antón. Y como Alemania necesita nuestro trigo... Y como Alemania necesita nuestro petróleo... Y como Alemania necesita nuestras garantías en el Este...

Alemania ha puesto en libertad a Francisco Antón... Y Francisco Antón, con pasaporte soviético y acompañado por un miembro de la Embajada soviética en París, ha cruzado Alemania y ha llegado a Moscú.

Cierto que Lenin también cruzó Alemania. Pero Lenin lo hizo en defensa de los intereses de su pueblo; para ponerse a la cabeza de una revolución para la que era imprescindible... Mientras que Francisco Antón...

Me ha dado asco todo: la indignidad de ella; la vileza y cobardía de él y la alcahuetería de los demás. Sí... Mucho asco.

Pero en Moscú ya hay dos incondicionales más: Dolores Ibárruri y Francisco Antón. El sol de la felicidad ha vuelto a brillar en un pequeño despacho de la Komintern... Una mujer

ríe... Un hombre sonrío... Y una empleada cambia todos los días las flores del florero que hicieron los emigrados checoslovacos...

Se oyen risas...

Muchas risas.

De Francia sólo nos llega el eco de los lamentos de miles de españoles que sufren y sufren, pero que no suplican ni a sus verdugos ni a sus amigos.

A Francisco Antón le han dado dos tareas: controlar los estudios de nuestros compañeros de las escuelas política y militar y arreglar cuentas con el Partido Comunista de Francia.

Nuestros estudiantes le dan poco trabajo.

Nuestro arreglo de cuentas con el Partido Comunista de Francia no ha sido tampoco una tarea de gigantes... Alard, en nombre del Partido Comunista de Francia, ha hecho las cuentas del Gran Capitán: «Por picos y azadones, cien millones»... Al parecer, han sido cien millones de francos los que han desaparecido... Parece ser que el Partido Comunista de Francia, con los fondos del Partido Comunista de España, había creado una compañía de navegación que hacía la ruta de Francia-África del Norte; además, parece ser que también había adquirido acciones de ciertas minas inglesas y tengo entendido que tenía participación en algunas importantes industrias de Francia. También habían adquirido algunas casas de apartamentos.

Pero llegó la invasión y todo se perdió en Francia... E Inglaterra congeló ciertos capitales... Y algunos depósitos de joyas parece ser que también se perdieron.

Alard ha sido preciso.

Nada...

En un círculo muy reducido de la Komintern, la impresión ha sido tremenda: a los franceses ha comenzado a mirárseles de reojo... La delegación española no ha aceptado la explicación de Alard. Dimitrov ha intervenido. El Partido Comunista de Francia nos dará cinco millones de francos del depósito que tiene en la Komintern.

Pero...

Sí, no sabía que nuestro Partido fuera millonario... Ahora comprendo la vida de muchos funcionarios en Francia... Ahora comprendo el volumen de ciertos equipajes...

Sí...

Ahora comprendo todo.

Hemos vuelto a ser pobres sin poder acusar al Partido Comunista de Francia de estafa para no ayudar con ella «objetivamente» al fascismo...

Hoy hemos recibido la noticia de la llegada de un informe sobre España enviado por los compañeros de América... En la sección española de la Komintern se ha producido una enorme

conmoción. Saber algo de España. Poder informar a los cientos de compañeros que cada día nos preguntan... Poder estudiar la situación... Todos queremos saber lo que dice. Pero hay que esperar.

Los traductores lo están traduciendo para que puedan enterarse Dimitrov y Manuilski... Después, lo leerá José Díaz; luego Ibárruri–Antón; más tarde, Hernández, y, por último, yo. Estoy impaciente. Pero aquí es costumbre hacer «cola».

El informe ha llegado a José Díaz... El informe ha pasado a Ibárruri–Antón... El informe está en manos de Hernández... El informe está en mis manos.

Leo y cambio impresiones con Hernández.

Coincidimos en que la mayor parte de cuanto dice es un producto de la fantasía morisca de Antonio Mije.

Según Mije, el fascismo está en crisis, en una crisis mortal, que hace tambalearse al régimen... Es decir, Mije repite lo que nos vienen diciendo los comunistas italianos desde la subida de Mussolini al poder; lo mismo que vienen diciendo desde 1933 los comunistas alemanes siguiendo la línea trazada por Manuilski en su famoso discurso de «Por los soviets»... Lo mismo que venimos diciendo desde hace mucho tiempo del sistema capitalista.

Pero José Díaz se lo ha creído todo.

Hernández escribe su libro.

Yo escribo mi libro.

Dolores y Antón no sé qué hacen.

Y José Díaz permanece horas y horas encerrado en su despacho con «Irene Toboso»... Cuando entro, le veo con la cabeza inclinada sobre el informe que recibíáramos de Mije; en su mano derecha, un lápiz rojo, y en su cara un gesto de concentración y esfuerzo.

A su lado «Irene Tobosov traduce al alemán lo que José Díaz ha marcado previamente con el lápiz rojo.

No pregunto.

Hoy, José Díaz me ha llamado a su despacho.

–Castro, con las informaciones enviadas por Mije he preparado un informe al Secretariado... Quiero que leas el resumen que he hecho y que me digas tu opinión.

–De acuerdo, Pepe.

He salido con un montón de papeles y me he encerrado en mi despacho. Por la tarde he vuelto al despacho de José Díaz...

–He leído el informe, Pepe...

–¿Qué te ha parecido?

–Dudo mucho que las informaciones de Mije correspondan exactamente a la realidad... Creo, en general, que su informe se ha montado sobre la base de recortes de periódicos...

José Díaz ha hecho un gesto de disgusto.

Cuando he salido, me he encaminado al despacho de Hernández..., le he hablado del informe y de mi opinión: estamos de acuerdo.

Díaz ha entregado el informe a Hernández... Hernández está contra el contenido del informe...

José Díaz le ha repetido el gesto de disgusto que ante mi hiciera. No sé si ha dado a conocer el informe a Ibárruri–Antón.

No...

No estoy de acuerdo con el informe... Pero comprendo la tragedia de José Díaz; hace un año que ha terminado la guerra; hace cerca de un año que oficialmente, en la Komintern, está encargado de los problemas de España y hace un año que no sabe nada, que no puede decir nada a sus compañeros de Secretariado... ¿Qué pensarán?... José Díaz siente la presión del ambiente. Ve que los alemanes informan con frecuencia... Ciertamente que la mayoría de lo que dicen es mentira, pero informan... Ve que Marty informa con frecuencia de Francia... Son informes tomados de los periódicos, pero informan... Informan todos... ¿Que la mayoría de lo que dicen es mentira? Es posible. Pero informan. Y él, en un año, todavía no ha podido informar... Y siente el tremendo desprecio con que le miran los que regularmente informan.

Reunión...

Lugar: el salón de reuniones del Secretariado. Hora: las cuatro de la tarde. Informante: José Díaz.

Hemos comido de prisa.

José Díaz permanece encerrado en su despacho... Una vez que he entrado, le he visto paseando nerviosamente y repasando el informe... Está pálido...

–¿Qué hora es, Castro?...

–Las tres y cuarto.

Ha vuelto a pasear.

Y he salido del despacho con cierta amargura interior... He sentido pena hacia este hombre que quiere sobreponerse a su propia catástrofe física; que quiere levantarse sobre una desorganización del Partido aún no superada; que quiere, en un intento por demostrar que nuestro Partido no ha seguido el camino del Partido alemán o del Partido italiano, presentar como verdaderas las mentiras de Mije.

Las cuatro menos diez minutos.

En el pasillo, mucha gente..., mucho humo y mucho ruido.

Las cuatro.

Entramos.

Por otra puerta, y al mismo tiempo que nosotros, entran en el salón, Dimitrov, Manuilski y los dos escoltas del primero, que figuran como secretarios.

A la derecha de Dimitrov están Togliatti, Florín, Pieck, Kolarov, Ubrichit¹⁴, Gottwald¹⁵, Kopescki, Blagoeva, Bielov, Brandao y algunos más representantes de partidos y jefes de secciones; a la izquierda, Manuilski, Marty, José Díaz, Dolores Ibárruri, Jesús Hernández, Francisco Antón, yo, Rafael Vidiella, Ignacio Gallego...

Detrás, los traductores.

En la mesa larga hay muchos ceniceros y un letrero que dice: «Net kurit» (no fumar)...

Dimitrov enciende su pipa.

Manuilski enciende su pipa.

Fumamos...

Manuilski nos mira y se sonríe... Después retira el cartelito... Comienza la reunión...

–El camarada José Díaz va a informar sobre la situación política y económica de España –dice Dimitrov...

Una pausa.

14 Walter Ulbricht: Jefe de la Alemania Oriental y el creador del Muro de Berlín.

15 Clement Gottwald: el hombre que planeó y realizó el llamado «Golpe de Praga» y con él la comunización de Checoslovaquia.

–El camarada Díaz tiene la palabra –dice y ordena el jefe de la Komintern.

José Díaz bebe un poco de agua... Tiene los labios secos y el rostro pálido. Comienza a leer.

«Irene Toboso» comienza a traducir.

Los demás traductores repiten en otros idiomas...

Y humo y humo.

Treinta minutos.

Una hora.

José Díaz está fatigado... Casi todos estamos fatigados...

José Díaz termina.

Se sienta.

Terminan los traductores.

También se sientan.

Esperamos y fumamos...

Y Dimitrov mira a un lado y a otro esperando que alguien exprese su deseo de intervenir.

–Camaradas, ¿quién quiere hablar? –dice Dimitrov.

Silencio...

Dolores Ibárruri se levanta... Mira su cuaderno de notas, en el que creo que no hay ninguna. Después mira a Dimitrov y comienza.

«Estoy totalmente conforme con lo expuesto por el camarada Díaz... Creo que su informe refleja la situación real, política y económica, de nuestra patria y da una base para la fijación de nuestras tareas inmediatas».

Se sienta.

Jesús Hernández pide la palabra...

No está conforme..., considera que los datos que figuran en el informe son de una autenticidad muy dudosa... En cuanto a las caracterizaciones que se hacen sobre la crisis del fascismo español y sus próximas perspectivas, las califica de una fantasía de los compañeros de América.

Dimitrov y Manuiski hacen gestos de aprobación.

José Díaz está irritado.

Dolores Ibárruri, mientras tanto, observa a Dimitrov y Manuiski... No se le han escapado los gestos que han hecho, ni las miradas de aprobación a la intervención de Hernández...

Durante unos segundos vacila...

Pero sólo durante unos segundos.

Luego...

Luego se levanta con un gesto impresionante y habla...

«...estoy de acuerdo con lo dicho por Hernández... Si antes me expresé de otra manera, fue por no contradecir al camarada Díaz ante el Secretariado... Pero creo que es mi deber rectificar mis palabras anteriores...».

En todos, un gesto de sorpresa.

«...Quiero también decir que esta diversidad de opiniones ante el Secretariado son una consecuencia de los métodos de trabajo de José Díaz...».

Manuilski y Togliatti miran a Dimitrov...

«A mí no me consulta nada..., no me tiene en cuenta para nada...».

José Díaz está pálido.

Interrumpe.

–¿Por qué todo esto no lo has dicho en tu primera intervención o en mi despacho, cuando te pedí la opinión sobre el informe?...

Dolores Ibárruri se muerde los labios... Un gesto de tragedia envuelve su persona...

¿Llorará?...

–Propongo –interviene Dimitrov– que se nombre una comisión para discutir las divergencias que se han manifestado en la delegación española...

Todos estamos de acuerdo. Nos levantamos. Lentamente salimos.

Cuando llego a mi despacho, está sonando el teléfono... José Díaz me llama... Lo encuentro acostado en el sofá... Tiene la cara mortalmente pálida y con ambas manos se oprime el estómago...

–El mordisco del perro –me dice queriendo expresar la intensidad de su dolor físico.

Espero.

Entra una empleada con una taza de té... Díaz bebe lentamente.

Después de unos minutos se levanta trabajosamente del sofá para dejarse caer sobre el sillón de su mesa de despacho... Me mira...

–¿Qué te ha parecido la reunión?

–Inconcebible.

–Mañana nos reuniremos para hablar sobre esto... No estoy dispuesto a que esto vuelva a repetirse... Ya está bien de puñaladas traperas...

Nos miramos... En su gesto hay una gran amargura reflejada...
Mueve la cabeza con un gesto de hundimiento...

–Cuánta prisa tiene...

Comprendo, pero me abstengo de opinar. Ahora se levanta trabajosamente.

–¿Quieres avisar el coche?...

Le acompaño hasta la escalera...

–Hasta mañana, Castro.

–Hasta mañana, Pepe.

Los escoltas le miran y me miran... Y le veo bajar y achicarse y achicarse y al fin perderse...

Otro día.

Dolores no ha salido de su despacho... Pepe no sale de su despacho...

Hernández y yo esperamos... ¿Cómo se desarrollará la reunión?... ¿Choque o conciliación?... Es una incógnita relativa... José Díaz presiente que su hora va a pasar... Pero intenta resistirse a que la hora de su liquidación política se adelante por alguien que no sea la muerte que lleva en sus entrañas... Y quiere luchar, porque sabe que su muerte política precipitará la otra muerte...

Pero ¿puede luchar?

Aquí hay una ley inexorable... Mientras eres útil... Pero cuando ya no tienes nada que dar o muy poco, comienza a sentirse un enorme vacío en el que se va uno precipitando poco a poco.

No hay preámbulos.

–Os he convocado a esta reunión por considerar que la actitud de la camarada Dolores en la reunión de ayer fue intolerable... Dolores estuvo anteriormente de acuerdo... ¿Qué ocurrió para que cambiara de parecer?... ¿O es que era una actitud premeditada? No lo sé... Por eso quisiera que los camaradas me dieran su opinión y principalmente la camarada Dolores...

Dolores Ibárruri es una gran trágica...

A medida que José Díaz va hablando, se transforma.

Primero fue un gesto de odio incontenible.

Después... Puso una cara de dolor inmenso... Incluyó la cabeza pesadamente sobre el pecho. Un suspiro. Otro. Antón la contempla con angustia. Los demás con curiosidad.

–Camarada Díaz, si el que yo hablara ayer has podido interpretarlo como un ataque personal, yo te juro por mis hijos que no hablaré más...

Una pausa.

–Lo hice con la mejor intención posible, sin el menor propósito de menoscabar tu autoridad, que soy la primera en respetar... ¿Cómo puedes creer, Pepe, que en mí puede haber algo contra ti?

Otra pausa.

–Para mí, Pepe, eres, no sólo el jefe político, al que se acepta y se respeta: para mí eres un hermano...

No, no puede seguir...

Todos la miramos...

¿Un sollozo?... No, solamente la voz de Antón...

–¿Cómo has podido creer, camarada Díaz, que Dolores?... Ella lo ha dicho..., jefe..., hermano...

La discusión se acaba... El cinismo le ha puesto fin.

Pero todo ha quedado claro... La delegación está dividida: a un lado, José Díaz, Hernández y yo; al otro lado, Dolores Ibarruri, Francisco Antón, Ignacio Gallego... y Vidiella fluctuando, en espera de ver quién triunfa y le puede asegurar lo que de ninguna manera está dispuesto a perder. ¿Y con quién estarán Dimitrov y Manuilski? La incógnita está fuera de aquí... ¿En el despacho de Dimitrov?... ¿En el despacho de Manuilski?... Parece ser que es Zhdanov quien resuelve ciertos problemas como éste o parecidos.

Hernández y yo debemos salir para la ciudad de Gorki. La organización del Partido Bolchevique de la ciudad ha enviado un informe al Comité Central del Partido Bolchevique: el colectivo español está dividido; la lucha entre los dos grupos es cada vez más violenta... ¿Causas?... De las causas no nos han dicho si el informe dice algo.

Nos acompañará Badallan, un armenio que, como Kumarian, estuvo en España de traductor; que, como Kumarian, tiene la Estrella Roja y que, como Kumarian, es tonto perdido. La única diferencia es que Badallan parece buena persona.

Los viajes oficiales en la U.R.S.S. son cómodos.

Si no son oficiales, son un tormento.

La Komintern nos ha arreglado todo: el permiso de la N.K.V.D., los billetes del tren...

Tenemos un departamento para Hernández y para mí. Badallan tiene su asiento en el extremo del vagón.

Salimos.

Badallan quiere hacernos agradable el viaje y se desvive por explicarnos todo lo que desfila ante nuestros ojos. Pero sus explicaciones no pueden ser prolongadas: los alrededores de Moscú son casas y casas de madera, bosques y bosques... Una casa es igual que otra casa, todas las casas son iguales... Un árbol es igual que otro árbol, todos los árboles son iguales. Y Badallan no pueden ni siquiera hacer literatura. Pero Badallan

ha recibido el encargo de atendernos. Y como no puede hablarnos del paisaje, se dedica a traernos vasos de té.

Un viaje sin ningún atractivo, es un incentivo para la conversación. Y Hernández y yo hablamos y hablamos. Al principio, recordamos España, la guerra... Pero luego las distancias de tiempo y espacio se van acortando. Y hablamos de la U.R.S.S., de la emigración, de nosotros.

Él no está contento... Yo no estoy contento... Pero de nuestro descontento hablamos un poco por encima... Y no tengo interés en profundizar: él está irritado porque Antón hizo fracasar su gestión en Suecia, porque en vez de mandarlo a América lo han hecho regresar a Moscú.

Badallan llega con el último vaso de té. Lo tomamos. Se va. Y en el silencio de nuestro departamento se duerme o se piensa...

Badallan llega con el primer vaso de té. Lo tomamos, y de nuevo sentados frente a frente, mirando por la ventanilla al paisaje...

Ni casas.

Ni hombres.

Sólo campo y campo; árboles y bandadas de cuervos que graznan.

Hoy casi no hablamos... Fumamos, tomamos el té y esperamos llegar pronto a Gorki. En la ciudad de Gorki parece

ser que hay cuatro cosas importantes que ver: el Museo de Gorki, la fábrica de automóviles «Molotov», el Volga y el Kremlin. Por lo menos esto nos dice Badallan.

Comenzamos a ver las primeras casas de la ciudad... Ya estamos muy cerca... El tren va reduciendo su velocidad... Ahora la estación... Ya estamos en Gorki. Badallan habla por teléfono.

Diez minutos.

Ahora un coche que viene a recogernos: vamos al Kremlin, nos espera el secretario del Partido.

De Kremlin esto no tiene más que las viejas murallas... Todo lo demás es nuevo: la Casa del Partido; el edificio del Soviet y el de la N.K.V.D.

Subimos por unas amplias escaleras; Badallan habla con un hombre que está sentado delante de una puerta; el hombre se levanta; el hombre entra; el hombre sale y nosotros pasamos.

Un apretón de manos y una sonrisa colectiva. Él y nosotros. Badallan habla. El secretario del Partido escucha y sonrío. Nosotros escuchamos y sonreímos.

Deja de hablar Badallan y comienza a hablar el otro... Nos hospedaremos en el hotel de la fábrica, tendremos a nuestra disposición un coche, visitaremos la fábrica, el Museo de Gorki, las orillas del Volga, hablaremos con los dirigentes, después con los españoles y, por último, una vez que conozcamos todo lo que pasa, otra vez a hablar con él para buscar soluciones...

Ya estamos en el hotel...

Comemos y charlamos... Después de comer, saldremos a ver las orillas del Volga y a visitar al Museo de Gorki.

Un cuarto de hora de automóvil.

Las orillas del Volga son simplemente unas laderas que descienden suavemente hasta el río... Nada más... Pero ¿por qué nos mira tan extrañado Badallan?... Sí, ya comprendo... No se explica por qué no estamos asombrados... Y nos mira, fija, muy fijamente... Y nos explica que por el río navegan muchos barcos, que por el Volga baja la madera que se quema en Moscú; que el Volga se hiela.

No dudamos que todo lo que dice sea verdad..., pero seguimos sin asombrarnos. Para quitarle el mal efecto, yo le hablo del Manzanares, escenario de heroicas batallas... Hernández creo que de la ría de Bilbao sin mencionar las traiciones por ella presenciadas... Y él tampoco se asombra... ¡Estamos en paz!...

El Museo de Gorki no es nada... Una pequeña casa de madera, un pequeño jardín y una modesta cerca pintada de verde... Pero en ella vivió Gorki. Dentro hay pocas cosas: la cama donde durmió el escritor, la mesa donde dicen que escribía, unas cuantas sillas y otros cuantos muebles viejos, muy viejos...

Todo muy bien colocado, muy limpio... Pero nada más.

Lo visto no nos dice mucho: sólo nos recuerda a Gorki.

Y mentalmente lo recordamos, mientras que la voz de Badallan, hablándonos de Gorki, da la impresión de que un gran abejorro ha entrado sin ningún respeto del Museo. Salimos del Museo y emprendemos el regreso hacia el hotel.

Por el camino, Badallan nos sigue hablando de Gorki como el escritor de la revolución proletaria... ¿Por qué tanta insistencia en ligar a Gorki a este acontecimiento histórico?... Gorki tiene dos etapas en su vida: desde su nacimiento hasta su conciliación con el poder soviético, desde este momento hasta su muerte.

Gorki fue un escritor, un gran escritor siempre, pero Gorki no fue, porque no quiso serlo, el escritor de la revolución proletaria...

Fuera del hotel anochece.

Y hasta nosotros llega el ruido lejano de la fábrica que no descansa, de esa enorme cadena que ha encadenado a una ciudad entera. Cenamos.

De sobremesa hacemos un pequeño balance de la jornada: el programa se va cumpliendo escrupulosamente.

Mañana visitaremos la fábrica...

Un gran día... Sol y gente por las calles...

Hacia la fábrica...

Allá lejos, un conjunto de enormes naves, de grandes retratos de Lenin, Stalin, Molotov, Kaganovich y banderas y banderas rojas... Y todo ello rodeado de una elevada tapia con enormes puertas y centinelas armados... Ya más cerca... Ya en la puerta misma... Y Badallan que entra en la oficina de «propus» en donde habla por teléfono.

Aguardamos...

A los pocos minutos llega un hombre delgado, modesto y simpático, que se acerca a nosotros y nos saluda: es el secretario del sindicato de la fábrica; después se acerca a una de las ventanillas y habla y unos momentos más tarde nos entregan unos papeles a cada uno de nosotros: ya podemos entrar en la fábrica...

Enseñarnos al centinela nuestros «propus». Los mira. Nos saluda. Y entramos...

Estamos ya en la gran colmena... Miles de hombres y ruido de cientos de máquinas.

Y coches de un lado para otro.

Después... hay que visitar al director de la fábrica... Y avanzamos hacia un edificio de una blancura que hace daño. Un gran despacho, una gran mesa, dos grandes retratos, varios sillones y un hombre bajito y gordo que nos sonríe y otros hombres que nos miran y nos sonríen y un apretón de manos en cadena...

Habla el director y asienten los demás; debemos ver la fábrica para darnos cuenta del volumen de la industria del automóvil en la U.R.S.S.; para ver el sistema de producción en serie; para comprender el esfuerzo de los técnicos soviéticos por igualar y sobrepasar la producción capitalista...

De nuestros camaradas, nada...

El director nos habla también de que estuvo en los Estados Unidos de Norteamérica estudiando la técnica norteamericana; de que también estuvieron en Estados Unidos de Norteamérica la mayoría de los técnicos y maestros de taller de la fábrica...

Y de nuestros camaradas, nada...

Ahora nos habla de cifras:

«Cumplimos nuestro primer plan quinquenal en cuatro años y dos meses... Antes de la revolución no se fabricaban automóviles en Rusia, mientras que ahora la fábrica «Molotov» fabrica anualmente...».

—¿Quieren convencernos?...

Badallán está convencido... Hernández es otro convencido... Yo..., yo soy otro convencido que empieza a desconvencerse...

Pero el director habla y habla...

Y de nuestros camaradas, nada.

Nos despedimos del director y acompañados por los secretarios del Partido y del sindicato de la fábrica, marchamos hacia las enormes naves donde miles de obreros trabajan...

Y vemos...

Miles de obreros y cientos de máquinas... Y un ritmo de fiebre que envuelve todo...

Las normas... Las normas ayer. Las normas hoy. Las normas mañana.

Y miles de obreros esclavos de las normas.

Recuerdo la famosa novela de Ehrenburg: «10 H. P.»..., los obreros nos miran con indiferencia... ¿Unos turistas más?... Otra delegación más... No sabemos qué piensan y nos es difícil pensar a nosotros... Habla el secretario del Partido... Habla el secretario del sindicato... Traduce Badallan... Y vamos pasando de una nave a otra...

Aquí la famosa cadena... A ambos lados de ella, hombres y mujeres... Nadie nos mira... No es descortesía: sólo puede mirarse a la cadena, que, indiferente a nosotros, al cansancio de sus compañeros de existencia, camina y camina...

«Citroen». «Molotov». Y la cadena sigue marchando... Fuera de las naves, sol... Dentro de las naves, sombras... Sombras cubiertas de grasa, de insomnio, de fatiga... Y en cada nave, tres sombras sin grasa, sin insomnio ni fatiga: el maestro de taller, el secretario del Partido y el secretario del sindicato... Y a la puerta de cada nave un hombre, un fusil y un teléfono...

Y a la puerta de la fábrica, hombres, fusiles y teléfonos... Y en torno a la fábrica, una gran tapia con alambre de espino...

Salimos. De nuevo en el hotel. Comemos. Y de nuevo en la calle... Pero esta vez vamos, por fin, a ver a los camaradas españoles de la fábrica «Molotov»...

Ya estamos en la «Colonia Americana»... Ya estamos frente a una casita de madera, de un piso...

Una puerta muy estrecha..., unos techos muy bajos... Y las voces de los nuestros que salen hacia nosotros...

Abrazos. Mil preguntas. Nosotros comenzamos a preguntar. Las discrepancias se manifiestan; unos se acusan a otros; otros que se defienden acusando... Sí, el colectivo está profundamente dividido, encarnizadamente dividido... ¿Por qué?... Todavía no han empezado a decirlo, pero nosotros sí hemos comenzado a verlo: 300 rublos; un trabajo intenso que les hace llegar a la casa y derrumbarse sobre los camastros; varios camastros en una habitación pequeña, demasiado pequeña. Quedamos en reunirnos por la noche...

A las siete, los compañeros se han concentrado delante de la casita... Delante de nosotros, caras demacradas y harapos.

Los dirigentes del colectivo español atacan a Manuel Vidal por sus críticas y su trabajo de zapa para volver a ser el dirigente del colectivo: Vidal se defiende afirmando que los dirigentes del colectivo español no presentan a los jefes de la fábrica las necesidades del colectivo español...

Hernández comienza a hablar... Habla con extraordinario tacto, sin atacar a ninguno, procurando por el contrario disminuir la importancia de los problemas con el fin de facilitar la conciliación... Habla y habla: les habla del futuro, de que las dificultades de hoy tienen un carácter transitorio, de que hay que prepararse para el regreso a España... Hernández quiere despertar una esperanza. Hace un intento... Y otro. Y después de varias horas, en las que prometemos a los compañeros que muchas dificultades serán resueltas, la cordialidad ha vuelto a renacer y han desaparecido las sonrisas forzadas y la gente ríe... Y muchos quieren gastarse los pocos rublos que les quedan para terminar la quincena en invitarnos. Prometemos volverles a visitar para despedirnos. Otra vez en el hotel. La noche que llega. Y pensamientos que me sacuden una y otra vez... Nuestra gente tiene hambre; nuestra gente viste casi con harapos; nuestra gente vive hacinada... Y la terrible evidencia de que no son sólo 500 o 600 españoles los que así viven... Es todo un pueblo. Mejor dicho, casi todo un pueblo. Porque una casta salida del pueblo no vive así: vivió así en los primeros años del nuevo régimen, pero luego no, nunca más esa nueva casta ha vuelto a conocer los difíciles tiempos de un ayer no muy lejano. Nos hemos despedido de nuestros compañeros.

Hemos hablado con el secretario del Partido de la ciudad, que, como es costumbre, nos ha prometido solucionar muchas cosas. Y regresamos a Moscú. No he querido hablar con nadie de cuanto he visto.

Pero esa duda que comenzó aquel día en que me bajé del autobús para ver Moscú cara a cara, se ha hecho más grande y más profunda... El Socialismo no puede ser solamente la

eliminación de las clases. Debe ser el bienestar de los hombres. ¿O es que habrá varias clases de socialismo...? ¿O es que nos habrá tocado a nosotros conocer el peor de los socialismos?...

Los últimos restos de mi fe me hablan...

«Sólo son veinticuatro años para transformar el pasado»... «¿Crees sinceramente que ese tiempo ha sido bastante para alcanzar la felicidad? ¿Es que te olvidas del atraso de siglos en que vivía el pueblo ruso?»...

No...

Pero me habían dicho muchas cosas... Me habían hablado del bienestar soviético... Me habían hablado de la felicidad soviética... De que la producción de trigo era diez o cien mil veces más elevada que la de la época de los zares... Me habían dicho que la producción de algodón había aumentado en grandes proporciones en relación con la de 1913, en que parece ser que las estadísticas de los zares se habían detenido para siempre... Me habían hablado de tantas cosas... Pero... El bienestar sólo ha llegado a unos cuantos. La felicidad sólo ha llegado a unos cuantos... A los funcionarios del Partido; a los funcionarios del gobierno; a los miembros del Ejército y de la N.K.V.D., a los funcionarios de los sindicatos y...

Hemos hecho un informe sobre la situación del colectivo de Gorki... Blagoeva nos ha prometido pasárselo rápidamente a Dimitrov... Y Dimitrov seguramente habrá dicho que se lo pasará rápidamente al Comité Central de los Sindicatos...

Y mientras tanto, a esperar... A esperar con la esperanza de que antes que en todos y cada uno de nosotros se produzca la catástrofe interior, la lucha, nuestra lucha, nos envuelva de nuevo.

Es mi esperanza.

Es nuestra última esperanza.

XVII

9 de julio...

Lituania, Letonia y Estonia han sido incorporadas a la U.R.S.S. Alemania calla. Nosotros nos sentimos contentos: hemos asegurado también por el sur a Leningrado; hemos creado una importante plaza de armas cerca de Prusia, la cuna del militarismo alemán y, lo más importante, hemos incorporado al mundo socialista a unos cuantos millones de gentes, liberándolas de la esclavitud del mundo capitalista.

Pero... ¿Cuándo damos el golpe? Uno piensa que es el momento oportuno. Alemania aún no ha podido consolidar lo conquistado; no ha podido aplastar todavía la resistencia interior ni decapitar a los mejores hombres del movimiento de resistencia; ha fracasado en sus intentos de invadir Inglaterra. Uno piensa. Países Bálticos. Desde Polonia. Desde Besarabia. Desde cualquier lugar un golpe.

¿A qué esperamos?... No lo sé... Pero el ahorrar millones de vidas; de volver a millones de seres humanos la libertad, bien merece tomar la iniciativa. ¿O somos más débiles que Alemania?

Uno piensa... Pero, ¿quién es uno?... Esperaremos. Sí... Esperar es nuestra triste obligación de hoy.

Los comercios de Moscú han recibido de todo: telas, calzado, jabón, pasta de dientes, peines, maquinillas de afeitar, comestibles. Nuestro trabajo pacífico da sus frutos. Estoy contento. No es que piense comprar mucho, no, pero me alegra ver los comercios soviéticos llenos de cosas que se pueden comprar... Sí, me alegra que la gente pueda adquirir una parte de lo que quiera o de lo que necesita desde hace años... Sí, que la gente pueda comprar y sentir cómo día a día mejoran sus condiciones de existencia.

En la Komintern han cambiado los aparatos telefónicos por unos nuevos.

Mikoyan triunfa. La industria ligera y el comercio soviético florecen... Hemos decidido salir de compras. Salimos con muy poco dinero, pero también con muy pocas ambiciones...

Cepillos de dientes. Pasta para los dientes. Jabón para la cara. Y todo sin cola... Y todo por poco dinero. Y con una alegría infantil, compramos. Compramos: Tres cepillos para los dientes; un tubo de pasta para los dientes; dos pastillas de jabón de olor y dos peines. Vamos a otra tienda... Y miramos todo... Y nos miramos y sonreímos... Esperanza se compra un par de medias. Y salimos contentos. Otro comercio... ¡Cuántos comestibles!... Aquí no compramos... Nos limitamos a mirar, a mirarnos y a sonreír. Y regresamos al hotel.

Contamos nuestro dinero y lo que hemos comprado. Total: 47 rublos... Pero tenemos un cepillo de dientes para cada uno;

tenemos pasta de dientes; tenemos jabón de olor; tenemos peines... Y Esperanza tiene unas medias de seda. No puedo contenerme. Me acerco al lavabo y me lavo los dientes... Cuánta espuma... Qué buen olor...

Esperanza tampoco puede contenerse.

Yo cierro los ojos y sueño... Soy feliz.

Esperanza no cierra los ojos y lee. Lee con aire de preocupación, casi con disgusto... Yo abro los ojos... Miro lo que ella lee. Vuelvo a mirar.

–Todo es lituano –me dice Esperanza.

Yo miro...

–Pero ¿no lo ves? –insiste.

Sí lo veo... Pero preferiría no verlo.

–Pero ¿no lo ves? –insiste.

El florecimiento del comercio no es obra de Mikoyan; no es obra del propio desarrollo de la economía socialista.

¿Por qué todo esto?

¿No era mil veces preferible no tener cepillos para lavarse los dientes?... ¿No tener jabón? ¿Tener peines que pierden una o varias púas entre nuestros cabellos cada vez que uno se peina?... ¿No era preferible que Esperanza no tuviera ese par de medias?

Los soviéticos están contentos... El ansia de comprar, contenida durante años y años, ha tenido una válvula de escape...

Tenemos cepillos de Lituania para lavarnos. Tenemos pasta de Lituania para lavarnos los dientes. Tenemos sedas de Lituania. Jabón y peines lituanos...

Sí. Los alemanes tienen medias francesas. Y perfumes franceses. Y vino de Borgoña. Y cristalería de Checoslovaquia. Y petróleo de Rumania. Y bordados de Holanda.

Ellos tienen muchas cosas; nosotros tenemos muchas cosas: dos tiempos de un mismo verbo que encierran una gran tragedia.

No quiero hablar de esto... Ni con Esperanza ni conmigo mismo. Pongo el altavoz a la mayor intensidad posible. Ruido... Mucho ruido... No quiero que nadie oiga lo que en voz alta, y contra mi propia voluntad, se escapa de mis labios.

Ni quiero que lo oiga Esperanza.

Ruido...

Más ruido...

Y sobre nuestra modesta mesa los peines, los cepillos, las pastillas de jabón, las medias...

Total: 47 rublos.

XVIII

Bogdanov sigue siendo presidente del Socorro Rojo Internacional...

Entre los emigrados españoles se ha establecido por el Partido Comunista de España una cuota mensual, de acuerdo con el salario, para atender a nuestros camaradas, en la medida de lo posible, sin necesidad de recurrir al camarada Bogdanov.

Para establecer esta cuota hemos necesitado la autorización del Comité Central del Partido Bolchevique. La famosa Cruz Roja del movimiento revolucionario mundial de que hablara Dimitrov en el VII Congreso de la Internacional Comunista, se ha quedado reducida en la Unión Soviética a esto: un local; un Comité Ejecutivo, con Bogdanov y Pieck a la cabeza; y una cuota mensual de millones de trabajadores rusos, que, al parecer, sirve para alimentar a un enorme pulpo burocrático.

¡Famosa Cruz Roja del movimiento revolucionario internacional!

Y mientras tanto, llegan cartas y más cartas de los colectivos españoles.

El tono de ellas es tal, que Dimitrov ha decidido que una comisión integrada por cinco personas salga inmediatamente a visitar los colectivos españoles de Jarkhov, Kromatorsk y Vorochilgrado. La comisión la integraremos: Hernández y yo por la delegación española en la Komintern; Santo, un emigrado húngaro que estuvo en las Brigadas Internacionales, ayudante de Svhernik, por los sindicatos soviéticos; Vilkov, por la sección de cuadros de la Komintern, y un representante del Socorro Rojo Internacional. Saldremos dentro de dos días.

Nos hemos reunido en el despacho de Bielov. Blagoeva asiste a la entrevista. Bielov da a Vilkov las últimas instrucciones. Nosotros ignoramos las instrucciones de Bielov. Hacia la estación. Otra vez en el tren y con la angustia de qué es lo que nos tocará ver ahora.

El viaje es tranquilo y nuestras relaciones cordiales. Al parecer nos anima a todos un deseo: resolver de la mejor manera posible la grave situación de los colectivos españoles.

Llegamos a Jarkhov.

En el hotel del Intourist nos tienen reservadas habitaciones. Después de levantarnos salimos a visitar al secretario del Sindicato de la Industria del Automóvil de Ucrania. El local está cerca del hotel y hasta él vamos andando...

Un calor terrible.

Nuestros pies se hunden en el asfalto.

Llegamos.

Esperamos un rato. Al fin nos recibe un hombre joven, bien vestido: es el secretario del Sindicato de la Industria del Automóvil de Ucrania. Conoce la situación de los españoles... La conoce, además, muy bien.

Entonces...

Si quien la tiene que resolver la conoce y no la resuelve, ¿a qué hemos venido? La duda dura poco tiempo. A pesar de la solución estalinista dada al problema nacional en la U.R.S.S., el secretario del Sindicato de la industria del Automóvil de Ucrania no puede resolver la situación de cien emigrados españoles... Debe resolverla el Consejo Central de los sindicatos soviéticos, cuyo jefe es Svhernik y, su representante en la comisión, Santo...

¿Qué hacer?...

Al despedirnos, Santo le pide unos paquetes de cigarrillos, ya que no hemos podido comprarlos en ningún lugar. Esta vez la solución no depende de Moscú. Nos dan los paquetes de cigarrillos y salimos. Hacia la fábrica de tractores «Hoz y Martillo», que está en las afueras de la ciudad. Tomamos un tranvía. Como en Moscú, tres veces más pasajeros de los que normalmente deberían ir. Cuando llegamos a la fábrica estamos más cansados que cualquier stajanovista.

El director nos espera.

¿A qué obedecerá que la mayoría de los directores de fábricas, altos funcionarios del gobierno, del partido, de los

sindicatos y generales del ejército estén tan excesivamente gordos?

No lo sé.

Hemos hablado una hora con él; conoce la situación, y como es costumbre nos promete que él, por su parte, hará todo lo que de él dependa por mejorar la situación de los emigrados españoles, los mejores hijos del pueblo español.

Ahora a ver a nuestros compatriotas. Viven en un grupo de casas cerca de la fábrica. Las viviendas de nuestros camaradas aquí son mejores que las de los de Gorki: la casa no es de madera, sino de ladrillo, pero, como en Gorki, viven hacinados en las habitaciones... Encontramos a unos cuantos y algunas mujeres; los demás trabajan en el turno de la mañana y se encuentran en la fábrica. Hablamos con ellos un rato.

Nos invitan a comer.

No aceptamos.

Para ellos sería un sacrificio. Y nosotros carecemos de dinero para invitarlos: el dinero lo lleva Vilkov.

Él paga. Y él rendirá cuentas. Por la tarde nos reuniremos con todo el colectivo.

La reunión se celebra en un salón biblioteca: es un salón redondo, con una gran mesa en el centro, varios armarios con libros y dos caballetes cubiertos de tela roja, con los bustos de Lenin y Stalin. Comienza la reunión. Pedimos a los compañeros

que cada cual exponga con entera libertad cuanto crea necesario, pero para que puedan hablar todos que sea lo más concreto posible. Los compañeros están de acuerdo. Santo está de acuerdo. Vilkov está de acuerdo. En cambio, el representante del Socorro Rojo Internacional no opina.

Y comienzan a hablar.

«La mayor dificultad estriba en la distribución que el camarada Santo hizo de nosotros. Se nos pidieron biografías en las que tuvimos que hacer constar nuestra profesión. ¿Para qué?... Si luego esto no se ha tenido en cuenta y a todos se nos ha colocado de aprendices sin tener en cuenta nuestra profesión y nuestra categoría profesional... Y, claro, ha ocurrido lo que tenía que ocurrir: que todos sin excepción hemos tenido que aprender un oficio y como un oficio no se aprende en un año, pues todos somos aprendices».

Otro...

«Se acerca el invierno, camaradas, y no tenemos ropa. ¿Es que el Socorro Rojo no puede ayudarnos?».

Santo se pone violentamente en pie... Su enorme cabeza se mueve violentamente...

«Camaradas»...

Hace una pausa.

«... Aquí no se puede estar hablando de pequeñas cosas. Ustedes deben concretarse a decir qué trabajo realizan, qué categoría tienen y cuánto ganan y no venir a hacer discursos».

Hernández y yo nos oponemos: la gente debe decir cuanto tenga que decir. ¿Qué menos se le puede dar que este pequeño desahogo?

La gente sigue hablando.

Ahora es contra Pozuelo, miembro del Comité Central del Partido Comunista de España... «El camarada Pozuelo acostumbra acusar a todo el que protesta o pide algo, de antisoviético... Si alguien se emborracha un día es un antisoviético, como si los camaradas soviéticos no se emborracharan por millones».

«El camarada Pozuelo sólo se preocupa por él; como él tiene mano con los dirigentes de la fábrica por ser miembro del Comité Central...».

Y así uno.

Y otro...

Hasta cerca de cien.

Cerca de cien personas mal vestidas, con gesto de cansancio, con el aspecto de llevar ya muchos meses sin comer lo suficiente.

Y nosotros sin poder resolver nada... ¡Sólo Moscú resuelve!

Les prometemos resolver su situación... Y, como en Gorki, dejamos una esperanza: lo único que podíamos dejar porque no lo administraba Vilkov. La actitud de Santo en la reunión ha provocado la división entre nosotros. Cuando regresamos, Vilkov, Santo y el representante del Socorro Rojo Internacional se retiran a su habitación sin dirigirnos la palabra. Pedimos la cena. Cenamos. Y les llamamos...

«Nos nos andemos con rodeos: si nuestros camaradas no van a poder hablar lo que consideren necesario para darnos una idea clara de su situación, nuestro viaje no tiene objeto y proponemos regresar a Moscú inmediatamente».

La sorpresa y el temor se reflejan en todos...

Aceptan nuestra tesis de «absoluta libertad para hablar».

En mi interior, siento ganas de reír: al fin y al cabo nuestros compañeros, no sé por cuánto tiempo, disfrutan de libertad de palabra... No es poco.

Vilkov, para romper la tirantez que existe, pide a la camarera que nos traiga una botella de vino: es la primera vez en todo el viaje que Vilkov se siente generoso.

En Jarkhov no podemos hacer más de lo que hemos hecho: enterarnos de lo que ocurre.

Y con los problemas auestas salimos para Krematorsk.

Krematorsk se divide en dos partes: la vieja ciudad, que no es nada, y la parte nueva, constituida por una gran fábrica y varios

bloques de casas grises en las que viven una parte de los obreros.

Nuestros camaradas viven en dos grupos: uno en casa colectiva, relativamente nueva, en las afueras de la parte industrial de la ciudad. Las habitaciones son buenas, pero el mobiliario no tiene mucha diferencia con el de un hospital, un cuartel o una cárcel: una cama, una silla y una mesita en las habitaciones de los matrimonios; una cama y una mesita para cada uno de los que viven en las habitaciones colectivas.

El otro grupo vive en una casita de madera en estado ruinoso. Aquí la situación es más grave que en Jarkhov o que en Gorki: de catorce niños que han nacido en un año sólo quedan vivos dos: el hijo de Montoliu y el hijo de De Pascual. Ambos son un estudio anatómico.

–¿Y cómo es que han muerto tantos niños? –preguntamos.

–Con nuestro salario no podíamos pagar la casa cuna, que nos costaba noventa rublos. La casa cuna representaba la leche necesaria para que nuestros niños vivieran...

–¿Hablasteis con el director de la fábrica?

–Hablamos.

–¿No os resolvió nada?

–Nada.

–¿Hablasteis con el delegado del Socorro Rojo Internacional de la Región?

–Hablamos.

–¿No os resolvió nada?

–Nada.

–¿Escribisteis al Socorro Rojo Internacional en Moscú?

–Escribimos.

–¿Os dio alguna solución?

–Ninguna.

Para qué seguir preguntando.

Hernández, mientras hablábamos, se entretiene en acariciar a uno de los niños... Yo no me atrevo... No es que no me gusten los niños... Pero ¿acaso esto era un niño?

Hay en mí una sensación de tristeza, de rabia y de dolor, mezclados. Pienso en los doce niños muertos. Pienso en doce entierros en menos de un año.

¿Y qué podemos decirles?... ¿En qué podemos ayudarlos?

Santo propone que visitemos al director de la fábrica. Y visitamos al director... «Que trabajen más y ganarán más».

Era la única solución que nos ofrecía en cerca de hora y media de conversación y, en muchos casos, de conversación violenta.

Y, como en Gorki, prometemos.

Y, como en Jarkhov, prometemos.

Entre los compañeros de Krematorsk hay dos hombres con los que hemos hablado aparte: el capitán y el primer maquinista del «Cabo de San Agustín»... El primero, con sus cuarenta y siete años encima, trabajaba como aprendiz de electricista, el segundo, con cincuenta y cinco años y más de treinta y cinco de maquinista naval, trabajaba de aprendiz de tornero... Al primero, sus familiares le han depositado dinero suficiente para llegar a América, en Turquía. Sólo necesita el permiso de salida. El segundo nos pide que le gestionemos que pueda trabajar en su profesión.

Ambos nos han impresionado. Hemos querido saber algo más de ellos. Ha sido inútil. Uno, quiere salir. El otro, trabajar en su profesión. Pero lo que no han dicho lo hemos adivinado en sus gestos: una inmensa amargura, quizás ya desesperación y un último esfuerzo, el esfuerzo supremo, para intentar todavía salvarse. ¿Salvarse?

A Vorochilgrado.

Nuestros compañeros trabajan en la fábrica de locomotoras «Vorochilov». Los dirigentes de la fábrica son gente afable... Ellos quisieran ayudar a los camaradas españoles, pero no pueden resolver nada sin consultar a Moscú...

Siempre Moscú, como en Gorki, como en Jarkhov, como en Krematorsk. Los mismos problemas... Y, por nuestra parte, las mismas promesas...

Santo, el representante personal de Svhernik, se calla a todo; Vilkov, el representante personal de Dimitrov, se calla a todo; el funcionario del Socorro Rojo Internacional, representante personal de Bogdanov, no opina en nada... Y nosotros, que no podemos resolver nada, somos quienes tenemos que opinar sobre todo...

Con nuestros cuadernos llenos de notas regresamos a Moscú.

Tenemos que hacer un informe colectivo a Dimitrov... En el despacho de Blagoeva nos reunimos para precisar cuál debe ser su contenido... ¡La verdad, toda la verdad!, es nuestra opinión.

Después de tres días se termina el informe. Lo leemos. Lo firmamos. Y esperamos que Dimitros resuelva.

Dimitrov ha convocado una reunión del Secretariado.

Además de los secretarios de la Komintern asistirán: la delegación que ha visitado los colectivos; el presidente del Socorro Rojo Internacional, Bogdanov; algunos representantes de Partidos y los diferentes jefes y subjefes de la sección de Cuadros. La reunión es en el despacho de Dimitrov. Todos sentados en torno a una gran mesa y Dimitrov paseando alrededor de ella.

–Camaradas –dice Dimitrov–, los camaradas Hernández, Castro, Vilkov, Santo y un representante del Socorro Rojo Internacional, han visitado diferentes colectivos españoles. Según el informe que han presentado, la situación es extremadamente grave...

Todos miran a Dimitrov, que sigue paseando en torno a la mesa.

–Con el fin de que todos los camaradas conozcan lo que ocurre, creo que uno de los miembros de la delegación debe hacernos un informe preciso. Todos siguen mirando a Dimitrov.

Y Dimitrov sigue girando alrededor de la mesa.

–¿De acuerdo, camaradas?...

No hay ninguna objeción...

Hernández propone que haga yo el informe; los demás miembros de la delegación asienten...

«Camaradas: hemos visitado los colectivos de Jarkhov, Krematorsk y Vorochilgrado. Para nosotros ha sido una dolorosa sorpresa la situación de nuestros camaradas. Y creo que lo será para ustedes...».

Todos me miran. Dimitrov se pasea. Bogdanov se acaricia la perilla...

«En los tres colectivos hay un problema general: el camarada Santo, aquí Presente, que hizo la distribución de nuestros

camaradas en las fábricas soviéticas, no ha colocado ni a uno siquiera de acuerdo con su profesión y su categoría o en la profesión más afín a la suya si lo otro no era posible... Las consecuencias son evidentes: todos nuestros camaradas entraron de aprendices Y como por lo regular un oficio no se aprende en un año, continúan siendo todavía aprendices...».

Escuchan.

«Si en estos momentos quitaran a nuestros camaradas los trescientos rublos que les asignaron como salario mínimo al comenzar, ninguno de ellos ganaría lo suficiente para mal comer».

Hasta ahora no hay ningún gesto de sorpresa.

«Entre nuestros camaradas hay muchos que tienen varios hijos, motivo por el cual su mujer no puede trabajar y todos deben comer de los trescientos rublos que gana el padre. Esto quiere decir que pasan hambre».

La atención aumenta un poquito.

«Entre nuestros camaradas hay muchos que padecen de inutilidad parcial como consecuencia de heridas sufridas en nuestra guerra... Para ellos será muy difícil siempre poder llegar a ganar la suma de trescientos rublos mínimo».

Santo apunta y apunta en su cuaderno de notas. Bogdanov se pasa la mano por su cuidada perilla. Y Dimitrov pasea y fuma.

«Nuestras camaradas carecen de ropa de invierno: el Socorro Rojo Internacional les dio como equipo de invierno un abrigo; conservan el abrigo pero carecen de lo demás... Y si con los trescientos rublos difícilmente pueden comer, deduzco que les será imposible comprarse la ropa necesaria para hacer frente al frío».

No logro impresionar...

«Se han dado casos también, en Krematorsk, en que de catorce niños que han nacido en un año hayan muerto doce: no ha sido de enfermedades, camaradas, ha sido de hambre... Nuestras camaradas no podían mantenerlos con sus ingresos; para que tuvieran el alimento necesario era preciso llevarlos a las casas-cuna; mas para tenerlos en estos establecimientos había que pagar noventa rublos por cada uno... Como no los tenían, no pudieron meterlos y como no pudieron meterlos se fueron muriendo con una continuidad aterradora...».

Sí, ahora sí me miran...

Ahora sí toman nota.

«Es posible que algún camarada pregunte que si no se han dirigido a los órganos de la fábrica, del partido o del Socorro Rojo... Debo contestar que se han dirigido a todos los que creían que podían dirigirse; a los directores de las fábricas; a los secretarios sindicales de las fábricas; a los delegados del Socorro Rojo de las fábricas... Y todo fue inútil... Se dirigieron después a los órganos del partido de la ciudad; a los comités regionales de los sindicatos; a las secciones del Socorro Rojo Internacional... Todo fue inútil... Se dirigieron más tarde al

camarada Santo, encargado de los problemas de los emigrados en el Consejo Central de los Sindicatos; se dirigieron también al camarada Bogdanov... Y todo fue inútil... Se limitaron a no contestar... Por último, nuestros camaradas se dirigieron a la Delegación del Partido Comunista de España; todas las cartas recibidas se las pasamos a la camarada Blagoeva, quien siempre nos afirmaba que informaría rápidamente... ¿A quién?... No lo sé... Y, por último, el informe ha llegado al camarada Dimitrov, por cuya orden salimos a visitar los colectivos...».

Y sigo...

«Nuestros camaradas piden una nueva redistribución de acuerdo con sus profesiones y categorías o las más afines; que no se les quite el salario mínimo de trescientos rublos que se les asignó por un año; que se ayude a aquellos padres que tienen varios hijos que dependen de su jornal solamente; que se tenga en cuenta a los camaradas que padecen de inutilidad parcial y se les asigne una pensión que les permita vivir; que se les proporcione ropa de invierno y que no vuelva a suceder lo ocurrido en Krematorsk que en mi opinión ha sido un hecho criminal cuya mayor responsabilidad recae en el Presidente del Socorro Rojo Internacional. Quiero señalar la importancia que tiene el atender a la emigración española... Y afirmo que no se la puede atender con la mezquindad que se hace por parte del Socorro Rojo Internacional o con la frialdad que lo hace el representante de los sindicatos, camarada Santo, que bien podría hacer una comparación con el tratamiento que él recibió en España».

Sí, ya se ha creado una situación de violencia.

Santo ha pedido la palabra.

Bogdanov ha pedido la palabra.

Y yo quiero terminar...

«En el informe que hemos presentado hay muchos más hechos y cuantas pruebas se quieran».

Dimitrov ya no pasea: nos mira desde la cabecera de la mesa.

Bogdanov carece de la tranquilidad suficiente para pasarse la mano por su perilla.

Y Santo está lívido.

«Pero quiero terminar con estas palabras: lo que he dicho consta en el informe y el informe iba redactado en ruso por los camaradas Vilkov, Santo y el representante de la Komintern. Es un dato que considero de interés añadir a mi intervención, para que no se pueda creer que los representantes del Partido Comunista de España se han dejado llevar de la pasión».

Bogdanov comienza a hablar...

Lo hace suavemente.

Fríamente.

«No tenemos ropa de invierno»... «Las peticiones de ayuda económica debía aprobarlas el Comité Ejecutivo»...

«Estábamos estudiando la situación existente y la mejor forma de solucionarla definitivamente»... «El Socorro Rojo Internacional no puede estar dando dinero siempre...».

Dimitrov interrumpe.

–¿Y para qué está el Socorro Rojo Internacional, camarada Bogdanov?

Bogdanov no responde.

«Por nuestra parte volveremos a tratar el caso de los camaradas españoles...».

Se calla. Y ahora sí vuelve a acariciarse la perilla.

Hace una pausa en su eterno acariciar.

Y se guarda el cuaderno de notas: Para Bogdanov, la reunión ha terminado.

Y comienza Santo.

«Distribuimos a los camaradas españoles lo mejor posible».

Interrumpo.

–Los camaradas españoles que trabajan en las fábricas han demostrado al camarada Santo que no fue así... Yo ruego al camarada Santo que hable honradamente.

–Estoy hablando honradamente, camarada Castro... Un comunista jamás miente cuando habla ante el Secretariado de la Internacional Comunista...

–¿Entonces por qué ha puesto su firma al pie de ese informe que demuestra que usted hizo entonces todo lo contrario de lo que afirma ahora?...

–¿Me quiere dejar hablar?...

–Hable... Yo sólo le pido que diga la verdad.

Dimitrov interviene.

–Camaradas, creo que con lo expuesto hay suficiente para juzgar la situación de los camaradas españoles. Propongo que se acepten las conclusiones que en el informe figuran y que ha expuesto el camarada Castro, que se pasen al Comité Central del Partido Bolchevique y que se controle el cumplimiento de sus decisiones...

Nadie más habla.

Y salimos.

Salimos radiantes de la reunión por creer que la actitud de Dimitrov resolverá los problemas de unos cientos de españoles...

Y escribimos a los colectivos, llenos de esperanza.

Y pasa un mes. Y otro mes.

Y de cuanto proponíamos en nuestro informe sólo se cumple el mantenimiento del salario de trescientos rublos y el establecimiento de un pequeñísimo número de pensiones de cien rublos para algunos inválidos... Pero el Socorro Rojo no ha mandado ropa.

Santo no ha redistribuido a nuestros camaradas.

Y muchos de nuestros camaradas tienen que seguir manteniendo a su familia con trescientos rublos. Aumenta la tuberculosis. Aumenta la mortandad. Y los que trabajan en las fábricas han perdido la esperanza en nosotros, después de haberla perdido en los otros.

Y la gente ha comenzado a escribir con menos frecuencia a los representantes del Partido Comunista de España en la Komintern, a Santo, a Bogdanov... Y la gente ha dejado de hablar tanto como antes lo hiciera y casi se les está olvidando reír: cuando más, sonrían...

Y no sabemos lo que piensan.

¿De la U.R.S.S.?

¿Del régimen soviético?

¿Del socialismo?

Es posible... Como es posible que ni en estas tres cosas quieran pensar y que se limiten a soñar con la hora de regreso a España... a esa España de la que se habla poco y se quiere más que nunca...

XIX

Nuestro representante en el Socorro Rojo Internacional, el camarada Barneto, está grave. Le han hospitalizado rápidamente en la clínica del Kremlin y parece ser que van a operarle.

¡Pobre Barneto!...

No...

No es un enfermo más...

No un futuro muerto más.

Barneto es la expresión de una gran tragedia... Barneto es la tragedia del hombre; Barneto es la tragedia del funcionario... La tragedia de ese funcionario no deshumanizado, que sigue pensando en los suyos y en su destino allá lejos, muy lejos... No hubo posibilidad de canje: los canjes se utilizaban para los grandes personajes o para los familiares de los grandes personajes... Y Barneto ya no lo era...

Hace un mes que Barneto había recibido una carta dándole noticias de sus familiares y unas fotografías de sus hijos...

Bajó como un loco a nuestra habitación... Lloraba...

«Son unos hombres»... «Unos hombres»... «El día que los vea»...

Barneto está en la clínica del Kremlin... Es la última etapa de su agonía. Es la última etapa de su vida de funcionario arrinconado al que se le prestan los últimos servicios para que nadie pueda decir nada... Porque Barneto ya es un muerto en vida...

Antes de su muerte Barneto había sido asesinado. Asesinado cuando los novecientos rublos que le daban y que le servían para luchar contra su enfermedad, le fueron rebajados a quinientos; asesinado cuando lo fueron apartando de todos los lugares de responsabilidad y arrinconado en el Socorro Rojo Internacional como representante del Partido Comunista de España; asesinado cuando se dio cuenta, que ya no se le consideraba para nada, que ni sus viejos amigos de Sevilla se acordaban del Barneto enfermo física y moralmente...

Y Bameto lo sabía...

«Si otra vez se planteara el problema de salir de España para salvar el pellejo, yo no saldría, preferiría que me fusilaran allí...». Así hablaba Barneto algunas veces en que la desesperación sobrepasaba su fe o su prudencia... Barneto ha sido operado.

Hoy Esperanza ha ido a verle. Ha regresado impresionada. Barneto no resistirá mucho tiempo. Sé que Barneto ha hablado. Sé que Esperanza ha escuchado. Pero no he querido preguntar: una parte la sé; otra me la figuro.

He oído miles de veces decir que «el material más precioso es el hombre»... Lo dijo Stalin, y creo que lo han repetido millones... Pero, ¿por qué se ha dejado morir a Barneto? No, yo no culpo a los médicos: a ellos les entregaron un cadáver...

Hemos llevado a Barneto al crematorio... Mucha gente... Muchas coronas... Algunos discursos. En ellos... Sí, se le reconocía como uno de los mejores militantes del movimiento revolucionario, como uno de los hombres más abnegados y honestos, como un militante ejemplar.

Pero...

Los discursos no valían dinero. Y conservar a Barneto algunos años más, hubiera costado al Socorro Rojo Internacional, no sé, quizás 12.000 rublos, quizás un poco más... Y era mucho dinero...

El cuerpo de Barneto se ha hundido a los acordes de la «Marcha Fúnebre»... Ha desaparecido... Algunos han querido algo más que despedir a Barneto y han bajado por una escalera a un departamento desde el cual podía verse la gran llamarada.

Y la han visto.

Y un montón de cenizas es lo único que queda del funcionario ejemplar al que se le dejó morir porque ya no era más que eso: ejemplar... Sin embargo...

Se sigue hablando de que el «material más precioso es el hombre»... La frase es bonita.

XX

En la Komintern hay preocupación... No se dice nada, pero un decreto del gobierno, creando las reservas de mano de obra, con la movilización de los jóvenes de los trece a los dieciséis años, ha sido la causa.

El síntoma es grave.

Un clima de guerra comienza a envolver a la Komintern... Pero la conspiración ha calado tan hondo, que el clima de guerra se ha encerrado en la cabeza de cada funcionario...

El clima de guerra es un secreto de Estado.

El golpe contra Inglaterra ha fracasado definitivamente. Parece ser que los alemanes han comenzado a construir grandes fortificaciones en la costa occidental de Europa; parece ser también que comienzan a retirar sus mejores unidades de occidente y que las están colocando no sé dónde, pero si sé que mirando hacia el este.

¿Qué ocurrirá?... Para golpear nosotros por sorpresa, ya es demasiado tarde: Alemania ha conquistado militarmente a Europa y tiene posibilidades de desplazar fuerzas en otras direcciones...

Pero podemos golpear...

O... Esperar a que nos golpeen...

Timochenko está introduciendo grandes cambios en el Ejército Rojo: se ha suprimido la «democracia»; se ha suprimido el estudio de la «Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la URSS», y los militares se disponen a ser militares.

XXI

Hoy he hablado brevemente con José Díaz... Mejor dicho, le he preguntado algo que no dejaba de preocuparme y que sigue preocupándome todavía.

¿Qué pasa, Pepe, con el gobierno de Negrín?... Negrín está en Londres, el resto de los ministros en América, pero ni él ni los otros hacen nada. Díaz me ha mirado fijamente... Tarda en contestar.

–No sé lo que pasa, Castro. El informe que recibimos no decía mucho sobre esto y, después, tú sabes que no he recibido nada más.

–Y, ¿cuál es la situación del Gobierno en relación con la Unión Soviética?

Díaz vuelve a mirarme.

–No sé...

He desistido de seguir preguntando.

Ya en mi despacho, pienso en las dos preguntas hechas al secretario general del Partido Comunista de España y uno de los secretarios de la Komintern...

Al Partido Comunista de España no le interesa el Gobierno de Negrín, aunque conserve un ministro en él por si se produjera un cambio. A la Unión Soviética tampoco le interesa el Gobierno de Negrín, aunque Negrín pase los fines de semana en la casa del embajador de la U.R.S.S. en Londres, Maisky...

Pero, ¿por qué esta actitud?

¿Por qué este silencio en torno al problema?

No acierto a comprenderlo.

Y no acierto a comprenderlo porque me resisto a creer..., que el Gobierno soviético no quiere rendir cuentas de los dos depósitos que existen aquí: de nuestras reservas—oro y de sesenta mil libras esterlinas que no sé cuál de nuestros diplomáticos en la U.R.S.S. dejó en custodia; que tampoco tenga ganas de dar explicaciones sobre nuestros barcos mercantes que llegaron a puertos rusos para armarse y que en el mismo instante en que terminó la guerra fueron bajadas a tierra sus tripulaciones, colocado el pabellón soviético y comenzado a navegar por los mares soviéticos y al servicio de la Unión Soviética.

A José Díaz no le han gustado mis preguntas... Yo hubiera preferido no tener que hacérselas. Pero yo he cometido un error... La explicación no podía dármela José Díaz... La explicación está fuera del recinto de la Komintern. La actitud de José Díaz me lo ha confirmado. Y también me ha confirmado que nuestros propios problemas son en la U.R.S.S. un secreto para nosotros mismos.

A pesar de que no hay quien al llamarme no me diga «camarada»... A pesar de que se habla constantemente de las relaciones de igualdad entre los Partidos Comunistas. A pesar de que se siguen dando conferencias sobre el internacionalismo...

A pesar...

¿Por qué callarse?

Uno siente ganas de preguntar, de hablar, de esclarecer todo lo que no está claro... Creo que no soy yo solo: creo que también José Díaz quisiera preguntar, saber, hablar... Pero... Hay algo que nos envuelve e todos desde que llegamos: el temor de preguntar algo que no quieren que se pregunte; el temor de decir algo que no quieren que se diga. No... No es que cuando llegamos se nos dijera: «Tal cosa no debes preguntarla», «Tales cosas no debes decir las»... No, pero hay algo que flota en torno a nosotros: la sensación de que nos miran, la sensación de que nos vigilan, la eterna sensación de que algo nos amenaza. Una sensación terrible... No es miedo físico, es algo peor. Siento una enorme angustia. Una gran amargura. El deseo de golpear en algunas puertas, de entrar en algunos despachos, de gritar a algunas gentes, de saber, y saber cuál es la verdad de todo lo que pasa, de todo lo que nos rodea... Y de saber si esta verdad se puede discutir.

O si esta verdad hay que aceptarla como nos la presentan.

Pero tengo miedo... No es miedo físico... Es algo peor... El que, al preguntar algo, al decir algo, me encuentre ante uno de los que me rodean, que, mirándome fijamente, me diga

apuntándome con el dedo: «Camarada, esa concepción de usted sobre el país del socialismo es antisoviética; esa opinión de usted sobre nuestro régimen soviético es contrarrevolucionaria... Está usted coincidiendo con fulano...». Pero... ¿Qué dijo fulano?... Esto ya no importa. El que uno sepa o no sepa lo que aquél dijo, ya no tiene valor: el valor reside en la acusación misma. Y produce espanto el que cualquiera de los que hoy me saludan cariñosamente me pueda decir: «Es usted un enemigo del pueblo».

He abandonado el despacho dando un portazo. ¿Dónde ir?... Me he encaminado a la biblioteca... He hurgado en todas las estanterías... He hurgado sin mirar... ¿Media hora? No sé cuánto tiempo... Sólo sé que una mujer vieja, pequeñita y delgada, con unas gafas rotas sobre una nariz exagerada, ha escrito en un talonario, que después me ha hecho firmar y que cuando he llegado a mi despacho otra vez, llevaba un libro en la mano...

Fumo y fumo...

El libro delante de mí; el retrato de Lenin delante de mí; el retrato de Stalin detrás de mí... Y España allá lejos.

Y en los muros del recinto, caballetes de madera con grandes reflectores... Y alambre de espino... Y vidrios de punta... Y alambres y cadenas...

Y cadenas y collares... Y de cada collar, por la noche, un enorme perro... Y un centinela en el pasillo... Y centinelas en la puerta del pabellón... Y centinelas en la entrada principal... Y centinelas en el «Lux»... Y centinelas...

Y más centinelas...

¿Qué cuidan?... ¿A nosotros?... ¿O cuidan a la verdad para que no salga?

No lo sé.

Por la ventana del despacho veo irse la tarde... Lentamente guardo todos los papeles que hay sobre la mesa... Cierro todo... Encierro hasta mis propios pensamientos... Y salgo.

El autobús. A mi lado una voz ronca.

–Tiene usted mala cara, camarada Luis.

Me vuelvo.

–Me duele mucho la cabeza, camarada Blagoeva.

Y arranca el autobús.

Y otro día más se acerca a su fin...

XXII

1940 termina.

Me alegro.

Es un año menos de emigrado.

Además me siento mal, terriblemente mal... No hay día sin que me atormente el dolor de cabeza... Y hay muchos días que paso horas y horas encerrado en mi despacho, medio enloquecido...

Adiós 1940.

Al final, la suerte me sonríe... Bogdanov me ha dado un abrigo... Sobra mucho por todas partes, pero tengo el temor de que una reparación me haga enfrentarme de nuevo con el modesto abrigo gris de España al frío que derrotó a la «Grande Armée».

La vida sigue su curso...

Cuando me veo en algún escaparate siento unas enormes ganas de reír; tengo la impresión de que un abrigo camina solo... Pero he vencido a Bogdanov... ¡Si fuera tan fácil

defenderse de otras cosas como al fin y al cabo ha resultado el defenderse del frío ruso!...

Enero comienza...

Voy todos los días a la Komintern... Voy y vengo... Y enfundado en mi pesado abrigo unas veces y en mí mismo otras, pienso y pienso sobre lo que he visto, sobre lo que estoy viendo, sobre lo que sin duda veré...

Y cuando me preguntan sobre cualquier cosa de lo que nos rodea jamás contesto que no; respondo con cierto aire académico: «Quizá...», «Probablemente...», «Es posible...».

Y quisiera cerrar los ojos para no ver. Y quisiera no pensar. Porque me doy cuenta que yendo y viniendo, viendo y pensando un día y otro se va desmoronando algo que me costó levantar veinticuatro años: mi fe. Y no quisiera perderla. Tengo miedo de perderla. E intento defenderla.

Pero no soy yo quien la deshace... Son ellos... Los hombres y las cosas con las cuales convivo desde el primero de mayo de 1939...

1941...

Comienzo un nuevo año... Sigo siendo Enrique Castro; en la Komintern me siguen llamando Luis García...

Pero...

He vuelto a llorar por tercera vez desde mis diez años.

Una fue cuando perdí a mi padre en 1928.

Otra fue el 3 de marzo de 1939, cuando perdimos la guerra...

Y la tercera ha sido ahora, cuando...

Y voy y vengo a la Komintern... Y sigo siendo el colaborador más cercano de José Díaz... Y sigo escribiendo mi libro *La Guerra fue así...*

Y dentro de mí, una gran tragedia... Una gran tragedia que tiene que ser un secreto. Un terrible secreto. Adiós 1940... Y comienzo a recorrer 1941 con huellas de haber llorado...

SEGUNDA PARTE

LA GUERRA COMIENZA

1941. TERCER AÑO: LA DEFENSA DE UN FANTASMA: EL SOCIALISMO

I

Alemania ha perdido la batalla por Inglaterra. Italia ha perdido la batalla por Grecia y Libia. Alemania ha pedido a Italia sus fuerzas aéreas para ver si aún es posible dar un golpe de muerte a la Gran Bretaña; Italia ha pedido a Alemania su ayuda militar para ver si puede evitar una catástrofe en Grecia y Libia.

Todo un síntoma.

¿Sabrán verle aquí?... Como siempre, no sé nada. Mientras tanto, los Estados Unidos de Norteamérica han movilizado su flota de guerra...

Otro síntoma.

La amenaza sobre el SE. de Europa se hace evidente... Con ello desaparecen todas las dudas sobre que Alemania ha perdido la batalla por Inglaterra; con ello se confirmará que el

centro de gravedad de la guerra va a desplazarse a los Balcanes.

Y yo viendo todo desde aquí... Desde esta gran ciudadela... Sin otro temor que el de que se pierda la gran oportunidad, si es que ya no se ha perdido... Y como no tengo otra cosa que hacer que luchar contra mi dolor de cabeza, me dedico a pensar en el socialismo, en el mundo que soñé y en el que vivo...

Sí...

Para el hombre existen algunas cosas que son la razón de su existencia: el bienestar y la libertad..., si no, ¿para qué vivir?... Y para mí ambas cosas son el socialismo. Otra cosa no, no creeré que sea socialismo, aunque me lo griten al oído día y noche y aunque el no creerlo signifique algo más que la muerte física. Mas estoy en el país del socialismo desde hace bastante tiempo y no sé lo que es el bienestar, no sé lo que es la libertad.

Sí.

Oigo hablar de esto muchas veces al día; no hay un día sin que la Prensa soviética no publique algo hablando de «nuestro bienestar soviético»..., de... «nuestra democracia soviética»... Pero el bienestar y yo no nos hemos visto las caras aún. La democracia y yo seguimos sin conocernos.

¿Ocurrirá lo mismo al pueblo soviético? No lo sé. Pero si le ocurre lo que a mí me ocurre es que no existe la democracia. Y si tales cosas no existen es que no existe el socialismo, al

menos ese socialismo del cual he sido y soy partidario desde hace muchos años y con el cual sueñan millones de gentes.

Me da un poco de miedo hacer esta afirmación rotunda. ¿Será que yo no he sabido verlo?... ¿Será que el socialismo es distinto aquí a como nos lo habían dibujado nuestros grandes maestros y como lo habíamos soñado?... Recuerdo a Lenin... Una y otra vez... Sí, busquemos por todas partes. Miremos por todas partes...

Pero, ¿dónde encontrar el bienestar?... ¿Dónde estará la democracia?

Y, sin embargo, tiene que existir.

Si...

Me resisto todavía a creer que el socialismo ruso sea cuanto vi en mis precipitados viajes a Gorki, Jarkhov, Krematorsk y Vorochilgrado... No, no puedo creer que eso sea el socialismo que llevan construyendo, hace más de veintidós años, ciento ochenta millones de personas.

No...

Un viaje a Gorki y otros a tres ciudades de Ucrania son muy poco.

Pero...

Yo no puedo hacer lo que hizo Máximo Gorki: abandonar su casa y recorrer Rusia entera en busca de la verdad... Él pudo

hacer lo que le dio la gana: ver todo y preguntar a todos... Parece ser que al zar no le preocupaban gran cosa las andanzas de muchos de sus súbditos.

Sin embargo, yo no puedo hacer lo que hizo Máximo Gorki... Para ir de una ciudad a otra se necesita un permiso de las Milicias; para adquirir un billete de ferrocarril se necesita además de una gran paciencia y dinero, enseñar el permiso; cuando se llega a una ciudad cualquiera hay que presentarse a las Milicias... Y para salir de una ciudad hay que justificarlo... Y para permanecer en una ciudad hay que justificarlo también...

Todo hay que justificarlo.

¿Y será una justificación lo suficientemente sólida el querer ver cómo es el socialismo? ¿Me darían permiso las Milicias para salir de Moscú? ¿Me darían en los ferrocarriles billete para cualquier lugar de Rusia? ¿Me dejaría el jefe de las Milicias de cualquier ciudad permanecer en ella todo el tiempo que quisiera? ¿Me dejarían ver un koljós cualquiera? ¿Me dejarían entrar en una oficina cualquiera? ¿Me dejarían visitar un cuartel? ¿Me permitirían visitar una cárcel? ¿Me dejarían ver las casas en las que vive la mayoría de la gente? ¿Me dejarían ver qué comen el 90 por ciento de los ciudadanos soviéticos? ¿Me permitirían preguntar a todo el mundo lo que necesito saber para seguir creyendo?

No...

No me dejarían abandonar la Komintern... «Camarada Castro, ahora no hay tiempo para dedicarse a ver las cosas... Hay que trabajar... España reclama todos sus esfuerzos».

Sí, esto me dirían.

Y ante una insistencia, ni tan siquiera esto.

No es que aquí no haya turismo. Lo hay. Y para organizar el turismo existe el Intourist. Y para que los turistas vean lo que es el país del socialismo existe una fábrica de dulces modelo, una fábrica metalúrgica modelo, un koljós modelo, una casa-cuna modelo, un viaje por el Metro modelo, un viaje por el modelo de canales, el canal Volga-Moscú, una visita al Mausoleo de Lenin...

Cientos de turistas o de delegados obreros podrían hablarnos de estas siete cosas... Pero yo quiero ver aquello adonde no ha llegado el turismo; yo quiero ver el socialismo de hoy, ante la duda de no saber si podré ver el socialismo de mañana. Pero no es posible. En el país del socialismo el comunista Enrique Castro no puede hacer lo que en la Rusia zarista hizo el vagabundo Máximo Gorki... Y no me queda otro remedio que buscar el bienestar en donde vivo y trabajo: en el «Hotel Lux» y en la Komintern; y no me queda otro recurso que buscar la democracia en la Komintern y en el «Lux»... En total, entre unas dos mil personas. No importa. Luego puede multiplicarse por...

En la Komintern hay un gran comedor para todos, a excepción de los secretarios, que comen en sus despachos. En este comedor hay grandes ventanales, una magnífica ventilación, pequeñas mesas con blancos manteles, camareras vestidas de blanco y grandes macetas con extrañas plantas. Todo esto es para todos. Al lado del comedor hay una gran cocina. En ella, hombres y mujeres vestidos de blanco, grandes

fogones, cacerolas, sartenes, fuentes y enormes cantidades de comida de muchas clases. También todo esto es para todos, pero... Para poder comer en el comedor de la Komintern se necesita un talón que es preciso entregar a la ciudadana que está en la caja registradora. Sin este talón, ella no entrega a nadie «tickets», aunque se le dé el dinero que se quiera...

Y hay talones A.

Y hay talones B.

Los primeros son para los cuadros. Los segundos, para los empleados. Los de los talones A se quedan satisfechos. Los de los talones B se quedan con hambre... Y se quedan con hambre por dos razones: porque no les dan mucho y porque una parte de lo que les dan, lo meten en un tarro de cristal para llevárselo a sus niños o a aquellos familiares que trabajan en lugares donde no hay comedor, ni talones A ni talones B.

Y los que tienen talones B son la mayoría.

La Komintern tiene viviendas para sus funcionarios y empleados: el «Hotel Lux» y la casa que está al lado del Instituto Agrario; tiene también dos residencias veraniegas: Kunsevo y Puskhin. En el «Lux» hay seis pisos y, sin duda, más de cuatrocientos cuartos. Los enterados afirman que viven en él cerca de dos mil personas. En el edificio contiguo al Instituto Agrario también hay seis pisos. Los enterados afirman que en ellos no viven más de doce familias.

En el «Lux» hay seis pisos y existen cuartos A, B y C.

En los cuartos A viven gentes como Togliatti, Pieck, Blagoeva, Friedrich, Geroe, Gottwald y los representantes de los partidos comunistas extranjeros más importantes en este momento. Estos cuartos suelen tener dos habitaciones, muebles buenos, balcones a la calle, etc. En los cuartos B viven los representantes de los partidos comunistas extranjeros menos importantes, algunos jefes de secciones sin trascendencia y empleados de alguna categoría. Estos cuartos tienen una sola habitación, los muebles están muy usados y no tienen balcones a la calle. En los cuartos C vive el resto de las gentes que trabajan en la Komintern. Son habitaciones muy pequeñas, oscuras, muchas de ellas sin ventanas y las mejores con una ventana a un viejo patio... Y no sé qué clase de muebles puedan tener. De estas habitaciones sólo he podido ver bien a sus habitantes, muchos en cada habitación, gente pobremente vestida y generalmente muy delgada.

En cada piso del hotel hay dos cocinas de gas. En estas cocinas guisan los familiares de los funcionarios y empleados de la Komintern. En unos hornillos se guisa todos los días carne; en otros se «fríen» todos los días «blinis», mezcla de harina y agua con la menor cantidad de grasa en la sartén.

Las residencias veraniegas son del mismo corte, pero a ellas sólo van los funcionarios. Y también entre los funcionarios existen categorías A, B y C y los «sin ciudadanía».

La Komintern tiene dos almacenes de ropa, calzado y artículos de tocador. Uno está en la céntrica y concurrida calle de Petrovka. En este almacén se puede comprar de todo y por poco dinero. Mas para comprar en él se necesita un «propus»

especial y un talonario de «tickets» por una cantidad de dinero determinada. Este «propus» y este talonario sólo los tienen los secretarios de la Komintern, algunos representantes del Partido y algunos jefes de secciones importantes¹⁶. Aquí las dependientas o dependientes son cordiales, correctos y muy serviciales. En este almacén sólo he entrado una vez. Jesús Hernández me prestó su «propus» y su talonario para poder comprarme un traje. El único traje que he podido comprarme en los siete años.

El segundo almacén no está en la céntrica y concurrida calle de Petrovka, sino en una callejuela detrás de Arbat. Aquí hay pocas cosas que comprar. Y los empleados se distinguen por su brusquedad y en procurar por todos los medios que los compradores se vayan sin comprar, son los stajanovistas del «no hay». Aquí para comprar no se necesita ni «propus» ni talonario; se necesita solamente un vale, que haya lo que uno quiere y que los empleados se lo quieran vender.

Los vales los da el sindicato por este orden: dirigentes del sindicato, colaboradores de los dirigentes del sindicato y activistas del sindicato. Y los vales que sobran, que casi nunca sobran, a los demás miembros del sindicato...

En la Komintern, pues, hay tres tipos de gentes.

La A.

La B.

16 Estos «propus» también se daban a los que pertenecían a la N.K.V.D.

La C.

La C la integran el noventa por ciento de los que trabajan en la Komintern.

Sí, hay bienestar. Pero un bienestar que sólo alcanza a un diez por ciento... A un diez por ciento, la nueva clase, la «pirámide... Bastante menos que en la Francia pequeño-burguesa e infinitamente menos que en los Estados Unidos de Norteamérica, la base actual del capitalismo industrial.

Y la Komintern es un centro privilegiado.

Hay que suponer, por tanto, y no creo exagerar, que fuera de la Komintern exista la misma proporción de bienestar, lo que quiere decir que el bienestar sólo alcanza la décima parte de la población total de la U.R.S.S.

Y ahora, a buscar la democracia.

La democracia tiene que encontrarse en alguno de estos seis pisos de la Komintern o repartida entre ellos.

Sí...

Está en los seis pisos.

Si uno se encuentra a Dimitrov, que está en el sexto piso, le saluda cordialmente; si uno se encuentra a Manuilski, que está en el quinto piso, lo saluda sonriente; si uno se encuentra a Gottwald, que está en el cuarto piso, le saluda; si uno se

encuentra a Friedrich, que está en el tercer piso, le saluda con una profunda inclinación de cabeza; si uno se encuentra a Fritz, que está en el segundo piso, le saluda con una cínica sonrisa; si uno se encuentra con el comandante de la guardia que está en la planta, le saluda con un gesto misterioso.

¿Educación?

No; el saludo, al parecer, es una manifestación de la nueva democracia.

Una, que no la única...

Si uno asiste a una reunión del Secretariado y da una opinión contraria a la de Dimitrov o Manuilski, le escuchan... Pero al final se aprueba sin discusión la posición de aquéllos y no la de uno. No hay votación, solamente un resumen de Dimitrov o Manuilski en el que lo dicho por ellos toma carácter de ley. Si hay que nombrar una comisión para cualquier cosa, primero proponen Dimitrov o Manuilski; después puede proponer uno, pero siempre se aprueba lo que ellos propusieron. Si hay elecciones en la organización del partido o del sindicato, uno puede proponer a quien quiera, pero previamente le han entregado una lista de los que se pueden proponer. Si uno discrepa y la discrepancia no es de fondo, no le hacen caso; si la discrepancia es grave, pretenden «convencerle»; si uno insiste, le indican que sufre una desviación de éste u otro tipo, y si después de esto no rectifica, rápidamente viene la sanción. Uno puede escribir lo que quiera para la radio o revistas soviéticas, pero después pasa por numerosos controles, que quitan o ponen a su capricho, sin consultar al autor. Uno puede

estar contra la Línea política que se sigue, pero siempre que esta oposición sea un riguroso secreto.

¿Por qué esto es así?

Existe el principio de que los jefes nunca se equivocan.

Y, de acuerdo con este principio, la elección se hace desde arriba y luego se presenta a los de abajo para que digan que sí; la línea política se traza desde arriba y luego se presenta a los de abajo para que la acepten; las críticas,...se hacen desde arriba y se les comunica a los de abajo para que las repitan.

Uno no puede cambiar libremente de trabajo, porque el trabajo se lo dan a uno. Uno no puede cambiarse de casa, porque la vivienda se la proporcionan a uno en la empresa donde trabaja. Uno no puede trasladarse de ciudad libremente, porque la residencia se la fijan... Sí, hay democracia. Pero una democracia de la que sólo disfrutan unos cuantos; yo diría, y no quiero exagerar, que el diez por ciento de todos los que forman parte del aparato de la Komintern, entre los cuales me encuentro.

Y la Komintern es un centro privilegiado.

Hay que suponer, por tanto, sin ánimo de exagerar, que fuera de la Komintern exista la misma proporción de democracia. Esto quiere decir que la democracia sólo alcanza a la décima parte de la población total de la U.R.S.S., este inmenso Estado al que llaman socialista y multinacional.

Es decir, no llega a los obreros.

No llega a los campesinos.

No llega a los empleados.

Llega solamente a un diez por ciento. ¿Y quiénes forman ese diez por ciento? La nueva clase social dominante¹⁷ en la sociedad sin clases: los funcionarios principales del Partido, del Gobierno, del Ejército, de la N.K.V.D. y de los sindicatos.

Por algo me ha sido tan difícil encontrar el bienestar y la democracia... Por algo yo no encontraba el socialismo en el llamado país del socialismo. Pero al fin he encontrado un poquito de bienestar, un poquito de libertad y un poquito de socialismo.

Sí... Muy poquito... Tan poquito, que me ha sido muy difícil encontrarlo. Pero es explicable. Rusia, la Rusia de hoy, al fin y al cabo, constituye la sexta parte de la superficie del globo. Y el hombre, desgraciadamente, dista mucho de poseer la vista del águila... Mientras tanto, mi vida sigue hundiéndose en el dolor de sentirme engañado.

17 Es por primera vez que se habla de la «nueva clase», que servirá más tarde de título y tema al gran libro de Djilas, el yugoslavo.

II

Sí, hacia el SE. de Europa.

Bulgaria se ha adherido al Eje... Yugoslavia se ha adherido al Eje... Un movimiento derroca al príncipe regente Pablo y al gobierno, a causa de haber firmado su capitulación al Eje.

6 de abril. Alemania se encuentra en guerra con Yugoslavia y Grecia. La democracia yugoslava se ve abandonada por todas las democracias, a pesar de los numerosos tratados de ayuda mutua existentes. Unas, intentan justificar su abandono; otras, ni siquiera eso...

13 de abril. Los alemanes entran en Belgrado. La U.R.S.S. y el Japón convienen en que si uno de ellos es atacado, el otro permanecerá neutral.

27 de abril. Las fuerzas griegas capitulan.

27 de abril. Las fuerzas alemanas entran en Atenas.

Los acontecimientos van rápidos, demasiado rápidos... Y en la Komintern no se habla de los acontecimientos. Y no es costumbre preguntar. Sin embargo, Geroe está más serio que

nunca. Stepanov está más serio que nunca. Pero no me atrevo a preguntarles.

¿Y José Díaz?

¿Y Dolores Ibárruri?

Ellos tampoco se atreven a preguntar...

Me duele la cabeza... Me duele terriblemente. Fuera hace frío. Pero me parece más terrible mi dolor. Y haciendo un gran esfuerzo, me pongo el abrigo, el gorro, los chanclos y salgo.

¿La guerra? ¿El socialismo? ¿El dolor de cabeza?

Marcho lentamente. Y llego al antiguo edificio de la Komintern, en donde está nuestra pequeña clínica de emergencia. Las enfermeras charlan animadamente. Me miran. Las miro...

–Piramidón, camaradas, me duele mucho la cabeza.

Me miran, siguen hablando y, ¡por fin!, una de ellas se levanta, se acerca a un armario, saca un frasquito y mira una etiqueta. Y luego me mira. Y yo no dejo de mirarla.

Destapa el frasco. Una. Dos. Tres. Cuatro. Las mete en un pequeño sobre de papel transparente y me las entrega.

–Gracias, camarada.

No contesta. La conversación vuelve a reanudarse. Salgo. Bajo la escalera lentamente, como si no quisiera irritar el

dolor... Pero sigo sintiendo el golpe brutal y rítmico en el interior de mi cabeza... Cruzo el jardín, que es un mar de hielo y nieve. Vuelvo a entrar en el gran edificio. Ya en el despacho, me quito el abrigo, el gorro, los chanclos, lleno un vaso de agua, rompo el sobrecito y...

En una mano, el vaso. En otra, cuatro pastillas... Una. Dos. Tres. Cuatro. Se han terminado. Se acaba el agua. Me siento y reclino la cabeza sobre los brazos. Unos minutos. Otros más. Siento sueño. Pero la guerra..., el socialismo. Hago un esfuerzo y olvido estas cosas. Y toda atención se concentra en medir la intensidad del golpe...

Puum.

Puum.

Menos dolor, más sueño.

Puum.

Puum.

Me despierto... ¿Cuánto tiempo habré estado dormido?... No, no siento el golpe, pero no me atrevo a tocarme la cabeza: tengo miedo de que el más pequeño roce despierte el dolor. Es de noche.

¿Qué hora será?... Me acuerdo de que existe un autobús, de que ese autobús es el que me lleva al hotel, y de que si lo pierdo, tardaré mucho en llegar. Bajo corriendo las escaleras. Cruzo corriendo el jardín.

Sí...

¡Está!

Me pongo en la cola y espero... Delante de mí, los de siempre; detrás de mí, los de siempre... ¿Hasta cuándo?

Un centinela se coloca delante de la portezuela, da unos golpes en el cristal y el chófer la abre. Cada uno de nosotros saca el «propus», cada uno de nosotros lo enseña y después vamos subiendo lentamente, silenciosamente... Me dejo caer en un rincón... Tengo miedo de respirar; tengo miedo de que el autobús arranque... Sí, mucho miedo... Porque allá en mi interior siento de nuevo unos golpes, ahora débiles, ahora más fuertes... Ahora...

Pumm.

Pumm.

El hotel. Otra vez el «propus». Primer piso. Segundo piso. Camino como un sonámbulo. Creo que de un momento a otro voy a caerme... No sé si voy despacio o de prisa... Un esfuerzo... Otro más... Creo que... Sí... ¡Ya! Mi mano se crispa sobre el picaporte. Unos segundos y abro. Abro y entro. Sí, hay gente, pero yo avanzo y avanzo hasta llegar a la mesa de despacho, hasta tocar el sillón... Y me derrumbo.

Oigo a mi lado la voz de Esperanza.

—¿Otra vez el dolor?

–Sí...

Oigo que habla por teléfono; oigo la palabra piramidón una y otra vez...

–Gracias, camarada.

Oigo...

Puum.

Puum.

Lllaman a la puerta... Abren... Otra vez la voz de Esperanza.

–Gracias, camarada.

Siento a Esperanza acercarse hasta la mesa; oigo ahora cómo se aleja, escucho el ruido del agua al caer en el vaso y abro los ojos. Ante mí, varias pastillas de piramidón; ante mí, un vaso de agua... Y ahora, como antes, como ayer, como muchos días: en una mano, las pastillas; en la otra, el vaso. Y en el fondo de mí ese dolor que me recuerda la locura.

Una. Dos. Tres. Se han acabado las pastillas. Se ha terminado el agua. Con mucho cuidado dejo descansar la cabeza en el respaldo del sillón y cierro los ojos.

Tengo ganas de vomitar. Y sueño, mucho sueño.

Me voy olvidando de todo: de la Komintern, de la guerra, del socialismo, del dolor de cabeza...

Ya no siento el golpe, pero casi tampoco me siento.

Van pasando los minutos... Abro los ojos y mis ojos se encuentran con los de Carlos Díez y de Planelles, que me miran.

–¿Se ha pasado ya? –me pregunta Carlos.

–Sí, por el momento sí.

Esperanza nos sirve té. Mientras lo tomamos, ellos me siguen mirando. ¿Por qué me mirarán de ese modo?... ¡Bah!... Qué importa... Lo inquietante ha pasado ya...

Hemos hablado mucho. La guerra preocupa a nuestros compañeros. Pero yo no sé nada, ni tampoco quiero decir que nada sé. ¿Qué pensarían los compañeros si yo les dijera que allí, «allí», no sabemos nada de lo que pueda pasar dentro de poco?... Pero ¿por qué me seguirán mirando?... Ahora veo a Carlos Díez levantarse, acercarse lentamente a mí y mirarme fijo a los ojos. Ahora es Planelles el que se levanta, el que se acerca, el que me mira...

¿Por qué?

Me hacen una seña y los tres salimos al pasillo.

–Castro, o te pones rápidamente en cura o dentro de dos o tres meses, tu estado puede ser grave.

Miro a Planelles.

–Sí, muy bien pudiera ser un tumor cerebral...

El golpe me ha estremecido... Tres meses... Y luego, nada... Volvemos a la habitación. Fumo, fumo y fumo... Quisiera hablar y no quiero hablar... ¿Para qué?... Tres meses... Noventa días...

Se marchan.

Si estuviera solo, creo que lloraría. No, de miedo, no: de rabia. Noventa días no es tiempo para ver todo lo que quiero ver... ¡Todo!... Y sentado en el viejo sillón, fumo, fumo y fumo... Y pienso: «...pudiera ser un tumor cerebral».

Esperanza me mira.

–¿Qué te han dicho?

–Que tengo que ponerme en tratamiento.

–¿Nada más?

–Nada más.

Para cortar la conversación, saco unos papeles y clavo mi mirada en ellos. Y miro. Tengo la impresión de que alguien ha escrito una, diez veces, cien veces «...pudiera ser un tumor cerebral». Hago un esfuerzo. No... Nadie escribió «pudiera ser un tumor cerebral»... Y leo: «...más al norte, los ejércitos de Aragón y Navarra continuaban su progresión. El general Pozas había renunciado desde los primeros momentos de la ofensiva a oponerse a la voluntad enemiga. En su desdichada tesis de «Cataluña se defiende en el Bruch» encontraban los

pusilánimes y cobardes una justificación para su retirada» y el enemigo una puerta abierta de par en par para apoderarse de Cataluña.

No me acuerdo de lo «otro». Me acuerdo sólo de la batalla de Aragón. Y ya no disimulo.

Ahora leo con pasión... Ahora escribo...

«Así termina la segunda fase de la ofensiva enemiga sobre Aragón, en la que aparecieron con extraordinaria claridad los elementos de traición enquistados en la dirección del ejército del Centro y fomentados por el ministro de la Defensa Nacional». Y recuerdo aquellos días...

–¿Cenamos, Enrique?

–Yo sólo quiero un vaso de té.

No hablamos... Las palabras de Planelles han vuelto a aparecer de nuevo en mí: «pudiera ser un tumor cerebral»...

En la Komintern todo sigue igual. Y, sin embargo, hay un pequeño cambio.

Blagoeva me ha encontrado en los pasillos y me ha saludado muy cordialmente.

–¿Qué tal, camarada Castro?

–Bien, camarada Blagoeva.

–Pero hay que cuidarse, camarada.

–Gracias...

Y la he visto perderse en el pasillo como una sombra a la que diera vida su vieja tos y el humo de un cigarro.

Dolores Ibárruri me sonrío... Manuiski me da palmaditas en los hombros cuando me encuentra... Y algunos de los más allegados a nuestro Secretariado me miran con cierto aire de compasión.

Las palabras «...pudiera ser un tumor cerebral» danzan por los pasillos de la gran ciudadela de la revolución mundial...

El teléfono suena... Oigo la voz de José Díaz... Voy a su despacho.

–Castro, me han hablado los camaradas Diez y Planelles. Tienes que ver al médico. He hablado con el camarada Dimitrov y él ya se ha puesto en relación con el director de la clínica del Kremlin. Te espera esta tarde a las cinco... No debes preocuparte mucho, Castro, pero debes hacer algún caso a los médicos...

–De acuerdo, Pepe.

Regreso al despacho e instintivamente paso mis manos una y otra vez por mi cabeza... A veces las detengo en un punto cualquiera y aprieto con la intención de ver si noto algo anormal...

Las cuatro.

Blagoeva me avisa comunicándome que tengo un coche a mi disposición para ir a la clínica. Debo estar muy mal.

La clínica del Kremlin está en la calle de la Komintern, casi enfrente a la Biblioteca de Lenin. Es un edificio grande y moderno, delante del cual siempre hay numerosos automóviles. Tanto yo como mis familiares tenemos un «propus» para esta gran clínica desde los primeros días de nuestra estancia en el país.

Entro.

A la derecha hay una gran ventanilla. Me acerco y a una enfermera que se asoma le entrego mi «propus», a cambio de un papel amarillo en el que está escrito el número de una habitación... Avanzo por un largo pasillo y sobre una gruesa alfombra... Una puerta. Un número. Me detengo y doy unos golpecitos tímidos. Se abre la puerta y entro. En el interior, tres personas: el profesor Rappaport y los doctores españoles Díez y Bonifaci. Nos saludamos. El profesor me indica una silla. Me siento. Él se sienta enfrente de mí y me mira. Desde uno de los ángulos de la habitación, me miran Díez y Bonifaci...

Sus dedos abren mis ojos cuanto pueden y miran en ellos. Es posible que sólo sean unos segundos, pero me han parecido muchos minutos. Ahora sus manos palpan mi cabeza. Avanzan lentamente, se detienen, ejercen una leve presión y continúan. Luego me pregunta si he perdido alguna vez el conocimiento por la intensidad del dolor, si cuando estoy bajo sus efectos siento náuseas.

Contesto mecánicamente a todo.

Me desnudo.

Me tiendo en una pequeña cama y con una aguja de acero va arañando algunas partes de mi cuerpo. Ahora, ya sentado, golpea mis rodillas con un martillo en busca de reacciones, que no se producen. Ya estoy de pie...

–Cierre los ojos, camarada.

Los cierro.

–Extienda las manos, camarada.

Las extiendo.

–Siéntese, camarada.

Me siento.

Hablan entre ellos: el profesor Rappaport, con tono doctoral; el doctor Díez, apasionado y nervioso; el doctor Bonifaci, pausadamente... Creo que no se ponen de acuerdo, y esta creencia me hace sonreír.

El profesor Rappaport se vuelve hacia mí.

–Camarada Castro, vamos a hacerle varias radiografías de la cabeza; van a verle el oculista y el neuropatólogo. Después es posible que tenga que residenciarse por algunas semanas en el sanatorio de Barbija... Allí estará muy bien, camarada Castro, muy bien...

Ahora siguen hablando entre ellos.

Carlos Díez insiste en que todos los síntomas indican tumor cerebral; el profesor Rappaport duda; el doctor Bonifaci lo niega totalmente... Y yo comienzo a ver las cosas con más tranquilidad.

Regreso al hotel. Y lo hago caminando lentamente, con cierta alegría. Una calle. Otra. Otra más. Y ahora la calle donde está la embajada del Tercer Reich. En un balcón, una gran bandera con la cruz gamada, y en la puerta dos milicianos.

Miro a los milicianos.

Me miran...

Y tengo la impresión de que ellos saben mucho mejor que los médicos lo que tengo en la cabeza...

El hotel. Un día. Otro.

Tengo que salir para Barbija. Y como no tengo opción, preparo mi equipaje. Dentro de la pequeña maleta guardo algunos materiales sobre la guerra de España: me propongo aprovechar el tiempo.

Barbija. Me han dado una preciosa habitación en el primer piso de una de las alas de este gran edificio blanco. Está pintada de verde clarísimo. Tiene un gran balcón que da al bosque. Dentro de esta habitación hay muchas cosas: una espaciosa cama con una ropa blanquísima; un amplio «closet»; una gran mecedora de mimbre; una pequeña mesita de despacho; varias sillas; otra mesita, ésta para comer; y luego muchos conmutadores: uno para la radio, otro para regular la

ventilación, otro para una pequeña lámpara central, otro para una lamparita que está sobre la diminuta mesa de despacho, otro Para una lámpara que está sobre la mesa de comer, otro...

Y tengo otra pequeña habitación: el lavabo. En él hay pasta para los dientes, jabón de olor, varias toallas blanquísimas, un pijama también blanco, un albornoz rojo, unas zapatillas grises y unos calcetines azules de algodón.

No llevo más de diez minutos en la habitación cuando entra la doctora del piso. Durante una hora me ha estado preguntando sin una pausa y sin un gesto de fatiga. Cuanto he contestado, lo ha escrito en un cuestionario. Una enfermera ha presenciado todo, sin hablar, sin moverse, sin... Cuando la doctora ha terminado, ha comenzado la enfermera: me ha indicado con todo lujo de detalles qué botoncito debo tocar para que venga la doctora o ella, éste o el otro, para que me traigan la comida... Yo me he limitado a decir que sí a todo.

Y se van.

Por hoy, han terminado.

Tengo ganas de acostarme. Sí, estoy harto de hablar y de que me hablen.

Ya en la cama, pongo la radio muy bajita, una música suave se deja oír. Escucho. Luego tomo unos periódicos latinoamericanos que me he traído conmigo y leo. Fuera, anochece. Y sigo leyendo.

Unos golpecitos en la puerta: es la enfermera. Me trae café con leche. Antes de que pueda beberlo, me hace tomar una pastilla, luego me toma el pulso y apunta; luego me pone el termómetro, espera, lo mira y vuelve a apuntar. Ahora me sonrío y me indica el café. Bebo... El café es francamente delicioso. Por primera vez tomo café auténtico en la U.R.S.S. Se marcha.

Sigo leyendo.

A las nueve vuelve a entrar. Se acerca, me toma el pulso y apunta. Me pone el termómetro, lo mira y vuelve a apuntar. Luego me mira...

–Buenas noches, camarada.

–Buenas noches...

Y sale.

La mañana ha sido una tortura: primero un interrogatorio lentísimo por un médico con gestos de loco. He salido de su despacho después de una hora de preguntar él, de contestar yo y de escribir él...

Ahora al cardiólogo, al oculista, al neuropatólogo, al radiólogo.

Tengo la impresión de que voy a caerme y me agarro desesperadamente a la silla, y clavo mis miradas en todo lo que me rodea... Sí, el doctor da vueltas en el aire, agita los brazos como un loco; ahora veo su figura reproducida en dos ángulos

de la habitación; en éste..., en el otro; grito y grito y nadie me hace caso... ¿Por qué?... ¿Por qué todo esto? La habitación está llena de batas blancas, que se mueven de un lado para otro como figuras de aquelarre; ahora son muchos hombres que me preguntan al mismo tiempo y al mismo tiempo que escriben: «...Camarada Castro, ha estado usted alguna vez...». «...Camarada Castro, su padre padeció de sífilis...». «...Camarada Castro, no ha tenido usted ninguna enfermedad venérea...». «Camarada Castro...». No, no puedo más... Intento levantarme de la silla, quiero poner los brazos delante de la cara para detener el suelo que se viene hacia mí... Un golpe... Mi cabeza... Otra vez mi cabeza...

Puum.

Puum.

Estoy sentado en la cama. A mi lado una enfermera me mira fijamente. La miro, después cierro los ojos como si fuera a dormir. Y creyéndome dormido, se va. Cuando oigo cerrar la puerta, abro los ojos, respiro con fuerza y...

Otro día más.

Plan: debo levantarme a las nueve de la mañana y bajar al gimnasio a hacer ejercicios físicos; a las diez, un baño de un cuarto de hora en una agua verde, en la que han echado previamente cantidades enormes de polvo de pino; a las once, paseo de una hora por el bosque, a las cuatro de la tarde, una hora echado al aire libre, metido en un enorme saco de pieles. Puedo comer lo que quiera, en la seguridad de que no

aumentaré de peso ni un solo gramo. Se piensa que el exceso de grasa puede ser la causa de mis dolores de cabeza.

Y muchas visitas a mi habitación: la enfermera, el médico del piso, el neuropatólogo, el cardiólogo, el...

Otro días más.

Estoy en una gran sala en la que hay numerosos aparatos. Un hombre fuerte y enérgico me hace montarme en un potro de madera. Luego toca un botón y este brillante «clavileño» parece convertirse en un centauro... Un minuto..., un minuto más... Creo que ya llevo sesenta minutos... Sí, estoy seguro de que llevo dos horas. La habitación comienza a dar vueltas a mi alrededor. Me desmonta. Y ahora a remar... Con seguridad debo marchar contra la corriente: ¿será mi sino?

–No puedo más, camarada.

Ahora me lleva hacia un aparato en el que hay muchos rodillos que giran a una velocidad tremenda. Los rodillos baten mis carnes. Y el hombre que está detrás de mí me empuja violentamente contra ellos.

Ahora al baño.

Y a pesarme. Salgo al bosque y ando unos cuantos cientos de metros. Cuando creo que nadie me ve, me siento en mi banco y me fumo dos cigarrillos seguidos... Regreso. Como. Me tiendo en la cama.

A las cuatro, un hércules vestido de mujer entra, me toma en sus brazos, me mete en un saco forrado de piel y me tiende en la hamaca, al aire libre.

–No se duerma, camarada.

Me he dormido.

Cuando se termina todo y me dejan solo, saco mis papeles de la pequeña maleta y escribo.

Hoy ha llegado Manuilski. Con veinticuatro horas de intervalo ha llegado también Raymond, secretario de la Internacional Comunista.

El primero viene bastante mal: parece ser que nada más llegar le han hecho varias sangrías para evitar una complicación mortal. Está recluido en una habitación especial y le tienen prohibidas las visitas. El diagnóstico de Raymond Guyot es más simple: es un imbécil. Un imbécil que quiere dar la impresión de que es un gran hombre: Por las mañanas llega precipitadamente al salón de lectura, toma todos los periódicos del día y lee, mientras hace toda clase de gestos y ademanes... Luego se levanta, pasea muy despacio, pasándose la mano por la frente, moviendo la cabeza afirmativa o negativamente... Después vuelve a sentarse, saca de su bolsillo un bloc y un lapicero y escribe. Vuelve a levantarse, se acerca mí y me dice con voz lo suficientemente alta como para que lo oigan todos: «Camarade, la situation internationale est très compliquée...». Luego se aleja, llega hasta el teléfono y habla con Moscú.

Habla fuerte. Rápido. Acaloradamente.

Habla con su mujer.

Y cada mañana se repite la misma escena, y cada vez que cree que alguien puede escucharnos me repite: «Camarade, la situation internationale est très compliquée».

Le huyo.

No porque crea que el tumor cerebral es contagioso; temo que sea contagiosa la imbecilidad.

Hoy Manuiski ha salido de su habitación.

Es un gran viejo: se ríe, nos cuenta mil aventuras de su época de emigrado en Francia, Inglaterra, Italia, Alemania, Suiza... Y después, organiza partidas de dominó en las que grita y ríe y da fuertes golpes con las fichas en la mesa. Con frecuencia me hace jugar de compañero con él y cuando ganamos se entretiene en descargar toda su ironía sobre los vencidos. Por las tardes me suele llamar para que juguemos una partida de billar. Si pierde, ya sea al dominó o al billar, se levanta con un gesto de mal humor y durante unos minutos pasea nerviosamente sin hacer caso a nadie. Los días en que hay cine me reserva un asiento a su lado.

Hoy me ha sorprendido en mi habitación escribiendo. Se ha acercado, ha mirado muy serio por encima de mi cabeza, se ha sonreído y, después de mirarme fijamente, ha salido sin decir una palabra.

Ya no me obliga a jugar al dominó. Ni me invita a jugar al billar. Ni me reserva un asiento a su lado en el salón de cine. Y cuando nos encontramos me mira y, sonriéndome, me dice: «¿Marcha?». Y al contestarle yo: «Marcha, camarada Manuilski», sonrío, continúa su camino, vuelve la cabeza, me mira, vuelve a sonreír y se pierde por los inmensos salones de este gran palacio para enfermos y sanos.

Raymond Guyot ha regresado a Moscú. Me alegro. Dimitri Manuilski ha vuelto a Moscú... Y yo quiero regresar también. Llevo treinta y dos días y me es difícil aguantar más.

Hoy he hablado con el director exponiéndole mi deseo de terminar y marcharme. No me ha dicho ni que sí ni que no: posiblemente va a consultar a Moscú.

No me importa, mi decisión está tomada.

A las cuatro de la tarde ha llegado un coche de la Komintern. No sé a quién ha traído, si es que ha traído a alguien, ni sé para qué ha venido, si es que no ha traído algún enfermo, pero decido aprovechar la ocasión. He metido precipitadamente mis cosas en la maleta y he bajado al patio a hablar con el chófer... Regresaré a Moscú después de treinta minutos. Le he preguntado si había algún inconveniente para que me llevara... No hay ninguno: cree que todo está en orden. Cuando he visto que hacía los preparativos para regresar he tomado mi maleta y he salido por una puerta trasera que da al bosque, me he encaminado hacia la salida principal y en un recodo he esperado. A los pocos minutos he visto aparecer el coche. Al verme, el chófer ha detenido el automóvil. Segundos después

marchamos por la carretera principal hacia Moscú dejando detrás de mí esa inmensa cárcel dorada, donde uno no es nada.

Ha terminado mi pequeña tortura... Y la Komintern se ahorrará ciento cincuenta rublos diarios, porque cuidar la preciosa vida de los cuadros políticos no es barato ni en el país del socialismo.

A Moscú.

Mentalmente insulto a Planelles; un poquito menos a Carlos Díez.

Y me siento feliz. Delante de mí ya no hay un plazo de noventa días. Ya no soy un condenado. Y vuelvo a acordarme de la guerra. Y vuelvo a acordarme del socialismo. Y...

Mis pensamientos se han cortado bruscamente: delante de nosotros un gran portal con dos grandes columnas de mármol. Es el «Lux».

–Gracias, camarada.

El coche se aleja. Yo saco el «propus» y entro.

Otra vez en la habitación.

III

En Moscú hay muchos rumores: que si la Komintern va a subir los sueldos a todos los funcionarios; que si la aviación alemana ha realizado numerosos vuelos de reconocimiento sobre el terreno soviético; que si Stalin va a dar una recepción a la nueva promoción de oficiales y que con este motivo haría un importante discurso; que si desde nuestras fronteras se ven las concentraciones militares alemanas...

No sé qué será verdad ni qué mentira...

Los rumores comienzan a confirmarse.

En la Komintern nos han subido el sueldo. Desde hoy ganaré 1.400 rublos mensuales, es decir el doble de lo que ganaba ayer; desde hoy pagaré también el doble de impuestos de los que hasta ayer pagaba. Se dice (¡y cuando aquí se dice!) que van a subir el precio de muchos artículos de primera necesidad.

No sé si preocuparme o no.

Losovsky ha hecho una importante declaración: la aviación alemana ha realizado y realiza numerosos vuelos de reconocimiento en la profundidad de nuestro territorio. En

algunos de ellos ha penetrado hasta trescientos cincuenta kilómetros.

Stalin ha hablado...

Y le han escuchado, además de los de siempre, la nueva promoción de oficiales de la Academia Frunce.

Stalin ha hecho varias afirmaciones importantes: que «tenemos trescientas divisiones, la mitad de ellas mecanizadas»; que «de esta guerra el socialismo se extenderá a nuevos países...».

No sé si ha dicho más cosas, pero creo que no es poco.

Mientras tanto, al otro lado de nuestras fronteras, continúa concentrándose el ejército alemán. El Estado Mayor de nuestro ejército de cobertura informa periódicamente de ello.

Stalin ha reemplazado a Molotov en la Presidencia del Consejo de Comisarios del Pueblo.

La inquietud se ha convertido en un fenómeno de masas.

Yo también me siento inquieto.

Cierto que cuando me acuerdo del discurso de Vorochilov en el XVIII Congreso del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S., casi siento el deseo de que la guerra estalle pronto, para ver cómo aplastan a los alemanes antes de que logren pisar una sola pulgada de nuestro territorio... «Daremos dos golpes por cada uno que den los enemigos». Sí, me acuerdo

muy bien, ésta fue quizá la conclusión más importante de aquel discurso, mejor dicho, la sintetización de aquellas pesadísimas tablas, en las que sólo se hablaba de tantos por ciento... Pero, si recuerdo el informe de Malenkov en el mismo congreso, ya no siento tantas ganas de que la guerra estalle: el cuadro daba la impresión de que un huracán azotaba sin interrupción el nuevo mundo...

En la Komintern, mientras tanto, todo sigue con el ritmo de costumbre. En Kunsevo se están preparando las habitaciones. En Puskhin se están preparando las habitaciones.

¿Habrá veraneo?

¿Habrá guerra?...

Con la mayoría de nuestros compañeros que estudian en las academias militares no se puede hablar de esto: repiten lo que oyen y no quieren comprometerse a opinar por temor a una «desviación» o a una concepción alarmista, que les prive de sus privilegios...

Estudian, aunque no todos. Lo demás parece preocuparles muy poco.

Hoy hemos llegado a Kunsevo. El verano comienza. Me han dado una habitación en el primer piso de una de las viviendas colectivas. En otra, también colectiva, que hay a cincuenta metros de la nuestra, viven Vidiella y su mujer.

Vidiella está escribiendo la segunda parte de «Los de Ayer». No suele ir a la Komintern casi ningún día, a excepción de aquellos en que tiene que recibir algo.

A nuestro lado vive Bielov, el segundo jefe de la sección de Cuadros de la Komintern. En el mismo piso, pero más lejos, vive Geroe con su mujer y su hijo, que es de otra mujer que acostumbra pasar los domingos también en Kunsevo. En la planta baja vive el secretario de la Comisión Internacional de Control. Y en casitas para dos familias viven Stepanov, Raymond Guyot y algunos otros altísimos funcionarios.

Ivanov (Mauricio Thorez) sigue viviendo en su casita independiente. Su pequeño huerto es un verdadero jardín que nos recuerda los campos de Francia en sus días de paz y bienestar. Creo que sus progresos del alemán y del ruso son sorprendentes.

Manuilski sigue viviendo en la «Casa Roja». También viven Togliatti y su mujer, Pieck y una de sus hijas, Florín, su mujer y su hijo, Anna Pauker y sus dos hijos, y el solterón Rakossi.

Hablo poco con mis vecinos. Manuilski sale muy temprano y regresa muy tarde. Con Geroe y Stepanov sólo las palabras indispensables. Los alemanes únicamente hablan alemán. Togliatti es poco comunicativo. Rakossi es un pesado: está orgullosísimo e inaguantable, por el hecho de que el gobierno soviético le ha liberado, a cambio de unas banderas húngaras que el ejército zarista conquistó en la primera Guerra Mundial. Nos habla en italiano y siempre quiere tener razón. Y con Raymond Guyot no quiero hablar.

Realmente, en Kunsevo estoy pocas horas: salgo a las ocho de la mañana y regreso a las ocho de la noche. A estas horas sólo tengo tiempo para cenar y charlar un rato con Vidiella, que quiere saber cuanto pasa en la Komintern y en el mundo.

Los domingos son más aburridos que los días de trabajo.

Si paseamos nos encontramos con todos los de siempre. Al cruzarnos inclinamos ceremoniosamente la cabeza y continuamos sin pronunciar palabra. Si hay sesión de cine volvemos a encontrarnos. Al entrar saludamos: mientras dura la película permanecemos en silencio; cuando salimos nos despedimos con otra ceremoniosa inclinación de cabeza: el pasado sobrevive a través de mil pequeños detalles.

Nada más.

Sin embargo, la temperatura es mucho más agradable que en la Komintern.

Hoy, de nuestra pequeña habitación ha desaparecido mi reloj de plata. Me lo había regalado Santiago Álvarez, Comisario del V Cuerpo del Ejército Republicano. No lo he sentido por lo que valiera, pero era un recuerdo y me hacía un gran servicio. Además en la U.R.S.S. es muy difícil adquirir un reloj y casi tan difícil acostumbrarse a llevarlo en la muñeca por su enorme tamaño. He esperado dos días a ver si ocurría lo que con los doscientos rublos. Sigo sin reloj.

IV

Los rumores son cada día más alarmantes. Sin embargo... en la Komintern, para entrar, se necesita el «propus»; para entrar en el «Lux» se necesita el «propus». Esto quiere decir que ni en la Komintern ni en el «Lux» circulan libremente los rumores...

¿Cree o no cree la gente soviética en los rumores?... Lo único que sé sobre el particular es que la gente parece no conocer otra verdad que la verdad oficial. ¿Seguirá llegando nuestro petróleo a Alemania? ¿Seguirá llegando nuestro trigo a Alemania? Es un secreto para mí.

Lo que no es ya un secreto es el futuro inmediato. Tengo la seguridad de que habrá guerra. Dejando a un lado los rumores, pienso que Alemania no puede consolidar su victoria en Europa sin una derrota total de Inglaterra y también de la U.R.S.S. A Inglaterra sólo ha conseguido encerrarla por algún tiempo en sus islas e inutilizarla temporalmente para cualquier acción ofensiva sobre Europa. Alemania sabe que Inglaterra, por sí sola, será incapaz de tal acción. Alemania sabe que Inglaterra necesita a los Estados Unidos de Norteamérica, para ayudar a Inglaterra necesitan algún tiempo, el suficiente para anular a los aislacionistas y preparar su máquina de guerra. Este tiempo que los Estados Unidos de Norteamérica necesitan para entrar en la guerra, es el que dispone Alemania para derrotar a la

U.R.S.S. y volverse entonces con todo su enorme poderío contra Inglaterra y los Estados Unidos. De esta manera, evitarían la guerra en dos frentes y aseguraría su victoria por muchos años.

Hitler y su Estado Mayor quieren garantías absolutas en el Este. Y tales garantías no las dan los tratados, sino una victoria militar que le permita utilizar todos los recursos humanos y materiales de los vencidos.

Sí, habrá guerra.

¿Cuándo?

Es difícil precisarlo. De acuerdo con la teoría soviética de que Alemania, a medida que conquista nuevos territorios, se debilita, hay que suponer que todavía necesitará varios meses para agredir a la U.R.S.S. Pero varios meses significan el invierno... Y estoy convencido de que por poco sentido común que puedan tener los militares alemanes no se lanzarán a tal aventura.

Si la teoría soviética sobre el debilitamiento alemán es justa, no habrá, por tanto, guerra hasta el verano de 1942. Si la teoría soviética sobre el debilitamiento alemán es falsa, la guerra puede comenzar en cualquier momento.

Pienso y pienso en dicha teoría.

Y he llegado a la conclusión de que es falsa...

¿Por qué?

En primer lugar, porque la sustitución de Molotov por Stalin significa que la Unión Soviética se encuentra ante un momento trascendental para su existencia. En segundo lugar, porque considero que dicha teoría se lanzó a la circulación para justificar la política exterior de la U.R.S.S. a partir de 1939: su inhibición ante la tragedia que vivía Europa, invadida y esclavizada por los ejércitos alemanes. De otra manera, no hubiera sido extraño que la gente se hubiese preguntado: ¿Por qué no atacar a Alemania ahora que tiene todas sus fuerzas embebidas en el Occidente y no después?... ¿Por qué, si Alemania se fortalece con la conquista de nuevos territorios, seguimos manteniendo un pacto de no agresión y de relaciones comerciales que, al fin y al cabo, constituye una valiosa ayuda para sus planes de dominación? Era lógico que la gente hubiera pensado esto.

Pero la referida teoría descartó tales pensamientos. La gente estaba contenta: el pacto facilitaba a Alemania la conquista de nuevos territorios y la conquista de nuevos territorios debilitaba a Alemania. ¿No era esto, acaso, una política genial de Stalin?

Nos han engañado.

Nos han engañado una vez más.

Alemania es hoy más fuerte militarmente que lo era el primero de septiembre de 1939. Su economía de guerra se ha reforzado, no sólo por lo que obtiene de los países ocupados, sino por lo que obtiene también de la U.R.S.S. a través del famoso pacto. Alemania es hoy más fuerte militarmente que

en 1939, porque entonces tenía ante sí los ejércitos de los países del occidente de Europa, mientras que hoy, en el occidente de Europa, no hay ninguna fuerza militar, a excepción de la inglesa, encerrada en sus islas, que pueda causar alguna preocupación seria al Estado Mayor alemán. Y un movimiento interior de resistencia armada sólo allá, en la pequeña Yugoslavia.

¿Se habrán engañado los dirigentes soviéticos?

Yo creo que no.

Ellos sabían que Alemania, a medida que conquistaba nuevos territorios, se fortalecía, que la fortalecían con el tratado germano-soviético. Sí, lo sabían porque entre los dirigentes soviéticos no existen idiotas. Entonces ¿por qué esa estrategia?... ¿Respondía la potencialidad soviética a las cifras lanzadas a voleo por sus dirigentes? ¡No!... ¿Respondía la fortaleza militar de la Unión Soviética a las cifras que durante años estuvo lanzando Vorochilov al mundo! ¡No!... ¿Contaba la Unión Soviética con un poderoso movimiento revolucionario en Europa que constituyera un valioso aliado militar en el momento decisivo? ¡No!... Ésas son algunas razones que fundamentaban sus estrategias, pero no eran las únicas. La U.R.S.S. tenía dos poderosos bloques, cada uno de los cuales, por sí solo, era más fuerte que ella y, por lo tanto, un gran obstáculo para sus planes. Lo importante era que los dos bloques entraran en guerra y que dicha guerra tomara un carácter de desgaste que permitiera a la U.R.S.S., más tarde, convertirse en árbitro de la situación con el menor esfuerzo.

La suerte que pudiera caer sobre los pueblos de Europa era un problema secundario para los dirigentes de la U.R.S.S.

Pero no hubo tal guerra de desgaste. El camino alemán de la conquista de Europa fue fácil y rápido. Inglaterra se replegó a sus islas, salvando incluso una gran parte del pequeño ejército expedicionario. Y ahora, Alemania se vuelve hacia la U.R.S.S. buscando una victoria rápida, antes de que los Estados Unidos de Norteamérica pongan su enorme poderío en la balanza de la guerra.

Ha fracasado, pues, la estrategia estaliniana.

No importa que no se quiera decir.

Los hechos lo evidencian.

Estamos en vísperas de una agresión que ha de costar ríos de sangre al pueblo soviético, que ha de dar un golpe brutal a su economía soviética, que ha de prolongar por muchos años unas condiciones terribles de vida, porque el famoso plan de dominar Europa sin esfuerzo ha sido una fantasía.

Pero estoy seguro que nadie quiere pensar en tales cosas.

Hoy me he enterado que el mariscal Kulik¹⁸ es el jefe del ejército soviético que cuida nuestras fronteras occidentales. Lo siento. Conocí a Kulik cuando en España se llamaba Kupper y era consejero militar del general Pozas. Hablé con él en distintas ocasiones sobre nuestra situación militar y llegué a la conclusión de que era un campesino ignorante y engreído, que

18 Mariscal Kulik: fue consejero militar del general Pozas en el frente de Madrid.

vivía de las glorias, sin gloria, de haber sido jefe de artillería en Tsarisin. Me he enterado también de que el general Pablov¹⁹, jefe de las fuerzas blindadas de la U.R.S.S., que fuera consejero de tanques en España, también se encuentra en Ucrania. No tengo un buen recuerdo de él. A excepción de la batalla de Guadalajara, no hubo una sola vez que en el empleo de los tanques fuese acertado, a pesar de que nunca tuvimos más de algunas docenas.

Stalin ha dicho que tenemos trescientas divisiones. Al parecer, Hitler no puede disponer de más de doscientas cincuenta, incluyendo las de los países satélites. Por ello, a pesar de Kulik, de Pablov y de muchas cosas más, pienso que Hitler es más débil que nosotros no obstante y ser más fuerte que en 1939.

Entonces...

Sí, somos más fuertes que Hitler y si la derrota de éste supone la liberación de Europa y, por tanto, de España ¿por qué no desear que la guerra estalle?

No, no es ningún sacrilegio.

Lamento de antemano los sufrimientos y pérdidas que tendrá que sufrir el pueblo ruso, lo lamento casi tanto como los sufrimientos y pérdidas que padeció nuestro pueblo, pero...

Sí...

19 General Pablov: consejero militar de tanques en la guerra de España.

Si la libertad de Europa y de España exige ese precio, páguese... que antes lo pagamos nosotros para que tales libertades no se perdieran.

La guerra es un medio. Así me lo han dicho. Y así, y mejor que nunca, lo veo hoy. Y el fin justifica los medios...

La inquietud ha traspasado la coraza de los funcionarios de la Komintern. Hoy, de regreso a Kunsevo, he coincidido con Geroe. El camino es demasiado conocido para que pueda distraernos. Y, al final, hemos entablado una breve conversación.

–¿Qué piensas, Pedro, de la situación internacional?

–Que es grave.

–¿Crees que habrá guerra?

–Es posible.

–Será una guerra larga y dura...

–Sí; el enemigo es fuerte y no hay que hacerse ilusiones. En los primeros meses tendremos muchas dificultades, incluso reveses serios...

–¿Tú crees?

–No tengo ninguna duda.

Geroe no es un charlatán. Es inteligente, y la discreción y la prudencia son posiblemente sus dos rasgos más destacados.

Ahora estoy más preocupado que antes.

Pero no le pregunto más. Callo y pienso. Él también permanece en silencio; no sé si pensará en la guerra o en las palabras que ha pronunciado. El autobús abandona la carretera principal y marcha ya por el estrecho camino que conduce a nuestra residencia veraniega.

El centinela abre la puerta.

Pasa el autobús. Unos cientos de metros más y se detiene delante de nuestra casa.

–Hasta mañana, Castro.

–Hasta mañana, Pedro.

En el balconcillo de mi habitación, Vidiella.

Me espera.

Subo, me siento a su lado, saco un cigarrillo y fumo. Vidiella me mira y después, con la impaciencia de todos los días, la pregunta de todos los días.

–¿Qué hay de nuevo, Castro?

Le cuento lo que me ha dicho Geroe. Le informo de lo que dicen los boletines internos de la Komintern. El silencio también. Esperanza guisa en el infiernillo eléctrico. Algunos funcionarios pasean con sus mujeres por delante de nuestra casa. Kunsevo es casi un Versalles pequeño.

Llega el coche de Togliatti.

Ahora el de Pieck.

Diez minutos después el de Florín, el de Anna Pauker, el de Rakossi, el de Raymond Guyot.

Vidiella se levanta. Durante un rato mira a lo lejos. Luego se quita las gafas y se frota los ojos con más violencia que nunca...

–Me voy a cenar. Luego vendré un rato.

–Como quieras, Vidiella.

Y le veo alejarse como una sombra por el estrecho sendero que conduce a su casa.

Las nueve y media.

Cenamos.

Y desde el balconcillo veo regresar la sombra de Vidiella y detrás de él, como su sombra, a Rafaela.

Esperanza saca al balcón una taza de té para Vidiella y una de café para mí. No hablamos. Esperanza tampoco.

Sólo oímos la voz de Rafaela, que critica a Rafael, que relata con todos sus detalles los incidentes caseros de la jornada.

Vidiella me mira. Noto su preocupación, pero no tengo ganas de hablar. Quiero meditar sobre todo lo que está pasando, quiero pensar en mi partido, en todos los partidos comunistas

de Europa. La batalla puede ser decisiva y no tengo el menor deseo de responder a las preocupaciones de Vidiella; tengo bastante con las mías.

Pero Vidiella no puede contenerse.

–¿Damos un paseo, Castro?

Es la costumbre de todas las noches y no puedo negarme.

–Como quieras.

Salimos.

Detrás de nosotros, Esperanza y Rafaela. Delante de nosotros, un estrecho camino que conduce a la «Casa Roja». Una ráfaga de luz ilumina el camino. Nos apartamos. El coche de Manuilski pasa rápido.

–Viene muy tarde –me dice Vidiella.

–No; como todas las noches.

Una pausa.

–¿Y qué se dice en la Komintern de todo esto?

–Nada, Vidiella.

–¿Nada? –insiste.

–Nada... Allí, aparentemente, todo da la impresión de que estamos tan lejos de la guerra como de España.

–¡Es increíble!

–Pero es verdad. Y, además, ¿por qué te parece increíble?

–¿Preguntas por qué?... ¿Es que te parece tan lógico que cuando la situación es tan tensa, en la Komintern no se diga nada, que no sepamos nada, que no hagamos nada?

–Y sin embargo, así es, Vidiella.

–No lo comprendo.

–¿Acaso lo quieres comprender?

–¿Por qué hablas así, Castro?

–¿Recuerdas que alguna vez nos hayan consultado para algo?

–Hombre...

–Nunca, Vidiella. Nos han dicho siempre lo que hay que hacer, pero nunca nos han pedido opinión sobre qué hacer y cómo hacerlo.

–Pero...

–¿Por qué había de ser diferente ahora?

–Somos funcionarios de la Komintern.

–No creo muy acertada esa expresión... Yo diría empleados... ¿Me entiendes?... ¿Y por qué a un empleado le van a informar de lo que piensan hacer, de lo que puede ocurrir, de lo que

convendría hacer?... Un día cualquiera, Vidiella, ocurrirá algo importante...Y ese día, tú y yo y muchos más recibiremos una orden... Sí, una orden.

Vidiella se ha vuelto hacia mí. He visto reflejado en su rostro el terror. No sé si por conocer la verdad o a que alguien haya podido escucharnos.

–Sí, Vidiella... A ti parecen sorprenderte mis palabras, pero es porque nunca te has detenido a pensar qué es lo que somos aquí... Qué es lo que hemos sido allá...

Nos vamos acercando a la «Casa Roja». El coche de Manuilski espera en la puerta. El comedor está iluminado. El centinela va y viene por delante de la puerta.

Diez pasos en una dirección.

Diez pasos en dirección contraria.

Cuando pasamos delante de él nos saluda, llevándose la mano a la gorra. Saludamos haciendo lo mismo.

–Estoy preocupado, Castro.

–Yo también.

–¿Crees que debo ir mañana a la Komintern?

–Tú verás...

Seguimos caminando en silencio. Detrás de nosotros la voz de Rafaela... Nuestra casa... Seguimos... La casa de Vidiella... no entramos...

–Hasta mañana.

–Hasta mañana.

Y rodeados por la noche regresamos a nuestra habitación. En la casa reina un gran silencio. Me asomo al balcón. El coche de Manuilski regresa a Moscú. Y voy siguiendo con mi mirada el raudal de luz hasta que se pierde en la lejanía. Luego miro a un lado y otro. No veo muchas cosas: sólo las lucecitas de las casas que rodean nuestra residencia veraniega y la luz de la entrada principal que alumbra el ir y venir del centinela.

Entro en mi habitación y me acuesto.

Tengo ganas de que llegue mañana y también de que termine, tengo ganas de que lleguen los días y terminen las semanas... Tengo ganas de poder sentarme horas y horas en la silla de mimbre y de pensar o no pensar nada. Es lo único que puedo hacer.

Hacia la Komintern.

Y en la Komintern rostros llenos de satisfacción de hombres que leen el editorial de *Pravda*... En México ha sido asesinado León Trotsky... Los comentarios son como siempre: una repetición de lo que dice el comentario editorial del órgano central del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.

En la Komintern la noticia es una buena noticia.

Me abstengo de hablar del asunto... ¿Acaso sería mejor la situación en la U.R.S.S. si Trotsky fuera el secretario general del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.?... ¿Acaso sería distinta la realidad «socialista»?... ¿Acaso la estrategia hubiera sido distinta y distintas las perspectivas? Tengo mis dudas... Tantas dudas que la muerte del exiliado la veo simplemente como un asesinato y no como una gran pérdida política para el socialismo en el mundo.

Sábado.

Domingo.

Domingo sin sol... No tengo ganas de hacer nada, sólo de sentarme en la silla de mimbre y de pensar o no pensar, pero dejar que las horas transcurran. Salgo al balcón. Fuera, el ambiente es extraño. Casi toda la gente que habita en Kunsevo está fuera de las casas y pasea en parejas por delante de nuestro balcón... Y pasea silenciosa, sombría, terriblemente sombría.

Esperanza llega hasta mí.

—¿Sabes que va a hablar Molotov?

Hay en su tono algo de tragedia que no puede ocultar... ¿Otra vez la guerra?... Pero no se atreve a preguntarlo, a pesar de que tengo la seguridad de que lo piensa.

¡Sí, otra vez!

Me mira, esperando mi respuesta... No respondo... Entro en la habitación, tomo la chaqueta y bajo al paseo. Y, como todos los demás, camino de un lado para otro.

Veo venir a Fritz. A su lado, Shina, su mujer. Salgo a su encuentro. El cínico Fritz no ríe, a pesar de que es domingo. La diplomática Shina no sonrío, a pesar de que es día de fiesta. Ni ríen ni sonrío.

–¿Es cierto, Fritz, que va a hablar Molotov?

–¿La guerra?

–Quién sabe...

Esperanza baja y llega hasta nosotros. No pregunta. Hay gestos que lo dicen todo... Y Fritz y Shina siguen paseando de un lado para otro... Y una nueva pareja, Esperanza y yo, comienza a pasear de un lado para otro en espera de lo que inevitablemente tenemos que saber.

Las diez y media. Las once. Y de pronto la señal de Radio Moscú. Una vez. Otra. Otras más. Y la voz de Molotov, gris, más gris que nunca... Y decenas de caras lívidas que escuchan... Y mujeres que lloran... Y hombres que tiemblan... Y yo, que pensando en que la guerra pueda ser la liberación de Europa y de España, tengo unas ganas enormes de reír... Y la voz de Molotov. Monótona. Sombría. La agresión ha comenzado. Las fuerzas alemanas han atravesado nuestras fronteras por varios puntos a la vez: los aviones alemanes han comenzado a bombardear nuestras ciudades.

Escucho. Escucho la voz de Molotov y la voz de Fritz, que traduce. Se han callado los dos. Nadie habla... Unas mujeres lloran... Algunos hombres tiemblan... Y yo... Nos miramos unos a otros... Nadie sabe qué hacer... Los colaboradores del estado mayor de la revolución mundial han sido sorprendidos por la gran batalla.

Siento ganas de escupir...

Los comunistas de todo el mundo pensarán que la Komintern ha entrado también en guerra; que los mejores hombres del movimiento revolucionario mundial se han puesto en tensión; que cada cual ha ocupado su puesto de lucha...

Nadie se nos figura así.

Yo mirando a Fritz.

Fritz mirándome a mí.

Bielov mirando a Geroe.

Geroe mirando a otro...

Ellos piensan que somos algo... Pero no saben que no somos nada...

Eso sólo comenzamos a saberlo nosotros.

Miro el altavoz... Luego a Fritz... Ahora a Shina... Tomo a Esperanza del brazo y continuamos nuestro interrumpido paseo.

–¿Qué vais a hacer?...

–No lo sé...

¿Por qué corre la gente?... Nos acercamos a la casa... La Komintern ha tenido su primera baja: un viejo colaborador de la Komintern, alemán, no ha podido recibir la noticia con tranquilidad: un derrame cerebral le ha postrado en la cama, quizá porque no pensó nunca que los pueblos no se levantarían contra sus gobiernos en caso de una agresión a la U.R.S.S... Era un gran teórico del movimiento comunista alemán y uno de los grandes teóricos de la Komintern...

Aparte de esto, creo que era el alemán más honrado de todos estos alemanes que ayer, cuando el pacto germano–ruso, se sintieron más alemanes; que hoy, cuando la agresión ha comenzado, se han hecho menos rígidos, menos soberbios; creo que hasta menos alemanes...

Me dirijo a Fritz.

–¿Por qué no telefoneas a la Komintern?...

–Voy a llamar.

A los pocos minutos el autobús se detiene ante nuestra casa, y los «cuadros» subimos rápidamente... Las mujeres nos miran... Unos cuantos chicos juegan un poco más lejos... Arranca... Hacia Moscú... Hacia la Komintern... Y en todos la misma pregunta: ¿para qué?

En las calles, casi nadie; en la Komintern es domingo: casi nadie también. Entro en mi despacho y espero. Una hora. Dos horas. Se abre, al fin, la puerta de mi despacho y entra Dolores Ibárruri...

–Hola, Castro.

–Hola, Dolores... ¿Qué hacemos?...

–Hasta ahora, nada. El autobús regresa a Kunsevo. Puedes irte también. Todos los demás se van.

Salgo del despacho, bajo las escaleras, cruzo el jardín y otra vez en el autobús...

Y en Kunsevo, Vidiella que me espera asomado al balconcillo. Subo. Vidiella me mira... Esperanza me mira... Rafaela se mira las manos... Y yo cuento lo ocurrido: Moscú está sin vida; la Komintern, vestida de domingo...

Ni Madrid. Ni Valencia. Ni Bilbao. Ni Barcelona. No; aquí parece que la vida se ha detenido, que la población se ha hundido en sus cosas.

Salimos a pasear... Es un caminar lento, sin palabras y sin ruidos. El resto de la gente no pasea... Y pasan las horas. Llegamos a la hora de cenar y cenamos. De nuevo a pasear, pero esta vez no es un paseo sin rumbo: vamos hacia la «Casa Roja». Allí está Manuilski, allí están casi todos los componentes del estado mayor de la revolución mundial.

Ahí está Manuilski, hundido en un sillón, esperando que la B.B.C. de Londres hable; ahí está Friedrich, el jefe de la sección de información y propaganda, caminando de un lado para otro, más insignificante que nunca; y ahí está «Irene Toboso»...

Los demás, no sé dónde están.

Manuilski parece haber envejecido diez años... Está con el cuerpo inclinado, sin moverse; en una mano tiene su vieja cachimba, que hoy no humea...

Cuando entramos, levanta la cabeza y nos mira.

–Buenas noches, camaradas.

–Buenas noches, camarada Manuilski.

Nos sentamos y esperamos. La B.B.C. todavía no habla. La figura del centinela sigue viéndose tras los cristales pasar de un lado para otro. Vidiella se ha hundido en un sillón. Y yo miro a Manuilski.

¿En qué piensa?

Hay algo que retrata a Manuilski en estas horas amargas. Su mirada sin brillo y perdida. Su vieja cachimba apagada. Y su quietud...

Comprendo toda su tragedia. Tiene fe, pero en estos momentos el viejo Manuilski no se apoya en su fe: piensa, sin duda, en lo que pueda hacer Inglaterra; piensa, quizá, en lo que

puedan hacer los Estados Unidos de Norteamérica. La cuestión no es un problema de fe, es un problema de fuerza.

El viejo Manuilski está en el secreto de las estadísticas.

El viejo Manuilski está en el secreto de la fuerza real de los partidos comunistas de Europa; está en el secreto de la fuerza del fascismo alemán. Lo único que parece olvidar en estos momentos es la importancia y volumen de las contradicciones entre las democracias capitalistas y el fascismo. Y tiene miedo –lo dice su actitud– de que pueda formarse una gran coalición antisoviética. Hoy Manuilski es pasional y al mismo tiempo frío: su pasión le empuja a creer ciegamente, pero en sus cálculos mentales predomina la incertidumbre.

El peso de alguien que baja del piso de arriba, hace crujir las escaleras, Togliatti llega hasta el «hall» y, cuando la escalera ha dejado de crujir, Togliatti ha pasado como una sombra y se ha dejado caer en un sillón. Luego se ha quitado las gafas y ha sacado un pañuelo. Y me da la impresión de que en estos momentos no se acuerda de la B.B.C. y de que toda su atención se concentra en limpiar los cristales de sus inseparables gafas...

Togliatti es hoy como todos los días.

Llegan Pieck y Florín y se sientan.

Friedrich se acerca al aparato de radio, hurga un poco y después mira su reloj de pulsera.

–¿Nada? –pregunta Manuilski en ruso.

–Nada –contesta Friedrich en alemán.

Togliatti ha terminado su tarea. Mira cuidadosamente los cristales a través de la luz y después nos va mirando uno a uno. Ahora pone una pierna sobre la otra y una inmovilidad de piedra se apodera de él.

¡La B.B.C.!

Ocho personas nos hemos puesto en pie... ¡La B.B.C. habla!... Habla Churchill... Y Churchill promete a la Unión Soviética la ayuda británica para resistir la agresión del Tercer Reich. Manuiski ríe. Ríe como siempre... Y ahora enciende su vieja cachimba... Y ahora pasea con un ritmo nervioso, de viejo militar.

¡Jarashó!...

¡Jarashó!...

Sí, es el mismo «¡Jarashó!» que se oía en Barbija cuando ganábamos una difícil partida de dominó... Sí, hoy también es una difícil victoria la que hemos obtenido.

Togliatti ha vuelto a sentarse. Y sin querer he recordado las palabras de una mujer que trabajó a su lado en España, durante nuestra guerra: «Es un hombre que me haría el amor con la misma frialdad con que daría la orden para que me fusilaran».

Así es Togliatti.

Pieck y Florín hablan a gritos.

Fiedrich sonríe; «Irene Toboso» sonríe...

La vida ha vuelto a la «Casa Roja»... Jamás a un adversario político de la categoría de Churchill se le ha escuchado con tanta atención por sus enemigos. Es muy posible que en toda su larga vida política, no haya encontrado Churchill un auditorio tan atento, tan identificado con él, tan agradecido, como este grupo de ocho personas... Y es muy posible que lo mismo haya ocurrido en toda la Unión Soviética, sin excluir el Kremlin. Nadie se acuerda de las Memorias de Churchill sobre la Primera Guerra Mundial. Nadie recuerda nada. Me levanto. Vidiella me imita.

–Buenas noches, camaradas.

–Buenas noches –nos responden todos.

Y los dejamos all : a Manuilski paseando nerviosamente y repitiendo sin cesar su «Jarashó»; a Togliatti, sentado e inmóvil; a Pieck y Florín hablando a gritos; a Friedrich e «Irene Toboso» sonriendo a unos y a otros.

Salimos.

El centinela no ha escuchado a Churchill. Y sigue paseando como siempre: diez pasos en una dirección, diez pasos en dirección contraria.

Nos alejamos de la «Casa Roja». Cuando llegamos a nuestra casa, nos encontramos con todas las luces encendidas. Oímos voces y gritos y risas.

–Hasta mañana, Vidiella.

–Hasta mañana, Castro.

Faltan unos minutos para las doce. Sólo unos minutos para que termine el 22 de junio de 1941.

Me acuesto. En las otras habitaciones siguen las voces, los gritos, las risas. Yo pienso en el viaje de mañana. Y pienso también en el plan estratégico que ha fallado... ¿Dirán mañana que ésa fue la causa de que el socialismo de marca rusa no impere en el mundo para bien de la humanidad?... No lo sé, pero no me extrañaría que buscaran en la agresión de Alemania, hoy, la justificación del nuevo fracaso de mañana.

Desde hace unas horas somos combatientes. Y nuestros adversarios, aquellos con los que teníamos un pacto de amistad..., y nuestros aliados, aquellos a los cuales culpábamos de todo cuanto estaba aconteciendo en el mundo. El cinismo y la dialéctica son hermanos gemelos.

No sé si Europa entera estará mirando hacia el Este. No sé tampoco si Europa entera se preguntará en estos momentos: «¿Por qué no antes, si sabíais que después ellos tomarían la iniciativa?».

No comprenden nuestra estrategia. Ni yo tampoco. ¿Qué ocurrirá mientras tanto en nuestras fronteras?... ¿Habremos

devuelto el golpe con dos golpes demoledores? Mañana lo sabré. Porque desde hoy también nosotros tenemos nuestra parte de guerra.

Seguimos entrando a las nueve y saliendo a las seis. El mismo autobús que nos lleva, nos trae y con la misma gente que voy, vengo.

En Moscú hay pánico. La gente se ha lanzado a los Bancos a sacar sus modestos ahorros... Pero el Gobierno ha limitado las cantidades que cada persona puede retirar. Y, con su previsión de siempre, ha mandado que todos los ciudadanos soviéticos que posean aparatos de radio, los entreguen inmediatamente. Y la gente hace «colas» interminables con sus bultos debajo del brazo, envueltos en telas de mil colores... Hay muchos que con esto entregan todo su capital soviético... No creí que llegarían a tomarse estas medidas: pensé que tantos años de régimen soviético habrían sido suficientes para inmunizar a los ciudadanos de la influencia de Radio Berlín o de Radio Roma... Pero al parecer, el hombre soviético es tan emocional e influenciado como los hombres que habitan en el mundo capitalista.

¡Movilización general! Los primeros movilizados comienzan a acudir a los centros de reclutamiento. Llegan con un saco a la espalda y seguidos por su mujer y, a veces, de algunas criaturas que lloran a gritos. En los cristales de todas las casas de Moscú se han comenzado a poner tiras de papel engomado. En las casas y lugares de trabajo han empezado a organizarse los grupos de defensa antiaérea.

Día 23. Grovno es tomada por los alemanes.

Día 24. Brest–Litovsk es bombardeada por la artillería alemana. Vilna y Kovno son conquistadas por los ejércitos de Hitler.

Día 26. Finlandia declara la guerra a la U.R.S.S. La gran batalla de tanques que se desarrolla al norte de Kovno ha terminado. Se dice que en ella hemos perdido el ejército de tanques que mandaba el jefe de las fuerzas blindadas de la U.R.S.S., general Pablov.

Hasta mi habitación del hotel ha llegado la noticia de que el coronel–general Stern, jefe de la defensa antiaérea de la U.R.S.S., miembro del comité central del Partido Comunista, héroe del lago Jasan y antiguo consejero militar en España, ha sido encarcelado. Se rumorea también que numerosos generales han sido detenidos.

Los alemanes siguen avanzando. Ayer confiábamos en la línea Stalin... Hoy dudamos de la línea Stalin. La gente está inquieta. ¿Qué ha sido del dinero que durante tantos años entregó el pueblo soviético para la defensa? ¿Dónde ha ido a parar el fondo de tantos y tantos sacrificios? Yo también me pregunto lo mismo. Y me contesto: ¿acaso el problema de la defensa no sería un pretexto para justificar la miseria de todo un pueblo, los elevados impuestos, la falta absoluta de libertad?

En la Komintern, cada mañana, se lee el parte de guerra, y después se mira el mapa de la U.R.S.S. Y el repliegue continúa. Hitler ha elegido como dirección del golpe principal la misma

que eligiera Napoleón... ¿Haremos lo mismo que Barclay y que después siguiera haciendo el príncipe Kutusov?

Día 30. Los alemanes ocupan Minsk.

La línea Stalin es hermana de desdichas de la línea Maginot. Vorochilov no nos ha resultado mucho mejor que un tal Gamelin. Y como una consecuencia de todo esto, se ha creado el Comité de la Defensa del Estado. Es curiosa su integración: Stalin, Molotov, Vorochilov, Malenkov y Beria: Partido, diplomacia, Ejército, industria y policía.

En la Komintern, la vida sigue su ritmo de siempre. Las únicas novedades son que casi todos los aparatos de radio que había en el «Lux», están ahora en la Komintern, bajo la vigilancia de Friedrich; se ha creado una sección de escuchas, bajo el mando directo de Friedrich, que oyen las radios de nuestros aliados y de nuestros enemigos, pero cada uno de los que integran esta nueva sección se ha comprometido a no decir nada de lo que escuche y ha pasado a depender de las autoridades militares. La Komintern, en realidad, ha dejado de existir; mejor dicho, la Komintern se nos muestra hoy en su verdadera fisonomía: un órgano al servicio del Estado soviético. Sólo los secretarios de la Komintern pueden escuchar las radios extranjeras por medio de un aparato que les han instalado en cada uno de sus despachos. Pero también para ellos existen las leyes de tiempos de guerra. Todos los demás debemos conformarnos con la verdad oficial.

Comienzan a llegar telegramas sobre las posiciones adoptadas por los partidos comunistas extranjeros.

Están en la línea.

La guerra ya no es imperialista: lo fue hasta el día 21. La guerra es una guerra progresiva: lo es desde el día 22.

Nuestra dialéctica es fantástica.

En los periódicos y revistas soviéticos ya no se habla del imperialismo inglés o norteamericano. Ahora se habla solamente del imperialismo alemán e italiano.

José Díaz se extingue. Está recluido en Puskhin y ya no viene por la Komintern. Dolores Ibárruri ha tomado en sus manos los poderes. Y en el fragor de la guerra más grande que conoce la historia, se dedica a recibir lecciones de francés de la políglota «Irene Toboso» y lecciones de ruso de una profesora judía.

Hernández sigue escribiendo su libro. Yo sigo escribiendo el mío. Y esperamos a que un día el secretario de la Komintern, el estado mayor de la revolución mundial, nos diga qué tenemos que hacer. Nadie se acuerda de nosotros. La Komintern es un edificio, un nombre y unos cientos de funcionarios, que obedecen ciegamente, automáticamente, nada más.

Hoy han llegado a la Komintern Líster y Modesto. Hemos creído al principio que venían a ofrecerse para poner al servicio del primer país socialista sus conocimientos militares. Su llegada ha causado cierto revuelo. Pero todo ha sido una alarma: no hemos tenido que convencerles de que debían reservarse para la lucha decisiva en España. Ellos no venían a plantearnos problemas escabrosos, solamente a decirnos que la Academia Frunce había editado un libro sobre la batalla del

Ebro, en el que su autor, uno de los consejeros militares que tuvimos en España, los acusa de borrachos, incapaces –y cobardes... Y quieren, ellos nunca suelen pedir mucho, que la delegación del Partido Comunista de España en la Komintern exija que el libro sea retirado de la circulación. Primeramente, han visitado a Geroe, pero Geroe les ha enviado a nosotros. Hemos estado presentes Hernández y yo. Les hemos escuchado y hemos hecho que pensáramos. El encargo, al parecer, venía dirigido a mí. El hecho de estar escribiendo un libro sobre la guerra de España, les ha hecho pensar que yo podría ser su mejor abogado.

Cuando se han marchado, he entrado en el despacho de Geroe.

–Creo, Geroe, que nosotros no podremos protestar por ese libro. En primer lugar, cada ciudadano soviético o griego puede enjuiciar nuestra guerra y a nuestros hombres como él considere más justo. Además, en dicho libro no se enjuicia al Partido Comunista, y, por lo tanto, el Partido Comunista no tiene que intervenir en el pleito, y, por último, yo, personalmente, no estoy dispuesto a defender lo indefendible. Ellos, que actualmente son miembros de la Academia Frunze, pueden muy bien elevar una protesta al director y exigir que se discuta el problema.

Geroe me ha mirado.

Comprende.

–Yo también pienso así.

Ya en mi despacho, me reafirmo en la idea de no hacer nada. Demasiado caro ha costado y costará todavía al pueblo español haber aceptado como genios a imbéciles y delincuentes comunes.

V

Seguimos viviendo en Kunsevo. Cada mañana leo los partes y después miro el mapa de la U.R.S.S. que tengo delante de mí, debajo del retrato de Lenin.

En la Komintern casi no se habla.

Mejor dicho, no se habla de la guerra. La causa de este silencio está justificada; hay una orden del comité central del Partido Bolchevique de denunciar cualquier comentario alarmista o pesimista. Y la gente tiene miedo a hacer comentarios... Porque hay muchas personas en este inmenso edificio que escuchan con la esperanza de poder llevar al comité central el descubrimiento de un «enemigo del pueblo».

Hoy ha habido alarma aérea. Nos han despertado a las cinco de la mañana y nos han hecho abandonar la casa para refugiarnos debajo de unos árboles. No sé el efecto de esta alarma en Moscú, pero he podido ver sus efectos aquí, en la residencia veraniega de la Komintern. Hemos permanecido dos horas debajo de los árboles. Y han sido inútiles todos nuestros intentos de convencerles de que era muy difícil localizar cinco o seis casitas en un inmenso bosque.

La orden era terminante.

Pero al menos nos ha servido para conocer más de cerca a las gentes. Y las gentes de aquí son capaces de disimular todo, menos el miedo. He visto llorar a unas cuantas mujeres, temblar a algunos hombres, bostezar a Geroe y tiritar de frío a Esperanza.

Mientras los aviones, allá lejos, daban vueltas y más vueltas, me he acordado de Madrid y he sonreído.

La guerra va descubriendo nuevas cosas: el nacionalismo ruso se ha quitado la careta del internacionalismo. Se han olvidado de las agresiones de Hitler a otros países: sólo se habla de la agresión de Hitler a la Unión Soviética. Se han olvidado los crímenes de Hitler en los países ocupados: sólo se habla de los crímenes de Hitler en los territorios invadidos del país del socialismo. Se ha olvidado que cuando Hitler invadía a Europa, la U.R.S.S. permanecía muda: ahora sólo se habla de por qué los demás países no se alzan para defender el primer país socialista.

Rusia por encima de todo. Los rusos por encima de todos.

Una nueva verdad bolchevique hasta hoy desconocida.

¿Dónde está la solidaridad internacional?, se preguntan... Esa misma pregunta nos la hicimos nosotros durante treinta y dos meses. Fue entonces cuando los españoles supimos que el internacionalismo proletario había sido enterrado. Porque la pequeña ayuda que se dio a España y que se cobró con creces, no era una ayuda para vencer, era sólo una ayuda para prolongar nuestra agonía y mantener abierto un frente que distrajera determinado número de fuerzas y esfuerzos del

fascismo internacional. Y, sin embargo, ahora los soviéticos miran a Europa y al mundo con un gesto de violento reproche.

¿Por qué se quejan?

La clase obrera polaca no comprenderá jamás por qué, cuando todos sus esfuerzos se concentraban en detener el avance de los alemanes, un golpe que llegó del Este terminó con los últimos focos de su resistencia. La clase obrera francesa no comprenderá tampoco el por qué, cuando ella, por encima de los capituladores, hacía un esfuerzo desesperado para salvar a Francia, los tanques y aviones alemanes funcionaban con petróleo ruso. La clase obrera yugoslava no se explicará por qué cuando existía un tratado de ayuda mutua entre su país y la U.R.S.S., la U.R.S.S. dejó indefenso a su país frente a los invasores alemanes. La clase obrera alemana, lo poco bueno que quedará de la clase obrera alemana, no comprenderá por qué al fascismo alemán, que la esclavizaba, la U.R.S.S. le vendía trigo y petróleo para mantener su tiranía y esclavizar a otros pueblos. Sí es difícil comprenderlo. Aquí parece ser que el único que lo comprende todo, que lo sabe todo y que hace todo es el jefe supremo de la revolución mundial, Stalin; y aquí los jefes nunca se equivocan. Así nos lo han dicho. Así nos han obligado a creerlo.

El internacionalismo es una gran cosa. Una gran cosa, siempre que se aplique. De otra forma, sólo es una frase, una fórmula sin contenido, una ilusión más, en un mundo donde la ilusión no encaja.

Este aire de superioridad de los rusos, me irrita.

Y me irrita porque, como español, no puedo admitir que los demás pueblos se sientan superiores a mi pueblo. Y no es que yo pretenda desempolvar nuestra vieja historia, hablo de nuestra historia contemporánea...

Se habla en voz baja de que tengo tendencias nacionalistas, de que para mí España es lo primero. Sí, lo confieso. Hoy, como ayer, me siento más español que nunca, y lo que más deploro es haberme olvidado de esta condición durante muchos años. Pero, además, ¿por qué me critican los afectados del cólera del nacionalismo?... Mas a pesar de mi acendrado amor a España y a mi pueblo, no he negado jamás el internacionalismo, ni lo niego tampoco ahora. Solamente afirmo que el internacionalismo proletario no existe, porque se ha convertido en una fórmula escolástica y ha sido sustituido por la solidaridad internacional de los Estados.

Mis reflexiones sobre este escabroso asunto han sido cortadas bruscamente.

3 de julio.

La Radio Moscú ha estado llamando la atención de todo el pueblo. Desde el amanecer estamos pendientes de los altavoces.

¡Habla Stalin!

Hemos oído unos pasos acercarse lentamente hasta el micrófono; hemos oído toser varias veces; hemos oído el ruido del agua al caer en el vaso. Y, por último, hemos escuchado una

voz ronca y cansada salir lentamente de los labios de un hombre...

Y este hombre era Stalin...

«¡Camaradas! ¡Ciudadanos! ¡Hermanos y hermanas! ¡Combatientes de nuestro Ejército y nuestra Marina!»...

Desde nuestro balcón vemos a la gente detenerse y mirar hacia los altavoces instalados en el edificio del Soviet de Moscú.

Y la voz ronca y cansada continúa... A veces se corta y volvemos a oír el ruido del agua al caer en el vaso.

Y después sigue...

«...en lo que respecta al hecho de que parte de nuestro territorio haya resultado, no obstante, invadido por las fuerzas fascistas alemanas, se explica, principalmente, porque la Alemania fascista comenzó la guerra contra la U.R.S.S. en condiciones favorables para las fuerzas alemanas y desfavorables para nosotros. En que las tropas de Alemania, como país que estaba en guerra, se encontraban ya íntegramente movilizadas y las ciento setenta divisiones lanzadas por Alemania contra la U.R.S.S. y concentradas en la frontera de nuestro país, esperando solamente la señal de empezar las operaciones, mientras que las fuerzas soviéticas tenían que ser movilizadas y llevadas a la frontera. De no poca importancia ha sido también el hecho de que la Alemania fascista ha violado, inesperada y pérfidamente, el pacto de no agresión concertado con la U.R.S.S. en 1939...».

Stalin sigue hablando.

Yo pienso... ¿No había denunciado Lososvky los vuelos de reconocimiento de la aviación alemana en territorio soviético mucho antes de que se produjera la invasión? ¿No había declarado Stalin que teníamos trescientas divisiones y de ellas ciento cincuenta mecanizadas? ¿No había dicho Vorochilov que nuestra superioridad numérica y técnica era superior a la de no importa qué otro país? ¿No había asumido Stalin la presidencia del Consejo de Comisarios del Pueblo? ¿Podía creerse en la fidelidad a los pactos del fascismo alemán? ¿No nos habían hecho creer en la infalibilidad de la previsión estaliniana? Por qué entonces hemos sido sorprendidos?... ¿Por qué frente a la agresión, nuestras fronteras estaban guarnecidas solamente por unas setenta divisiones, mientras que en Siberia, en el Cáucaso y Moscú, se encontraban potentes agrupaciones militares?

Stalin sigue hablando...

«...Pueden preguntarnos: ¿cómo ha podido ocurrir que el Gobierno soviético se haya avenido a concertar un pacto de no agresión con gente tan falsa y tan monstruosa como Hitler y Ribbentrop?... ¿No habrá habido un error por parte del Gobierno soviético? ¡Claro que no!... «...¿qué es lo que hemos ganado al concertar con Alemania el pacto de no agresión? Hemos asegurado a nuestro país la paz durante año y medio y le hemos dado la posibilidad de preparar sus fuerzas para rechazar a la Alemania fascista si, a pesar del pacto, se arriesgaba a agredir a nuestro país...».

Pienso y me pregunto...

Si con el pacto se aseguró año y medio de paz a la U.R.S.S., ¿no significa acaso que la U.R.S.S. colocaba por encima de todo sus intereses nacionales, sin importarle en ese momento la suerte de los demás pueblos en lucha contra el fascismo alemán?

Y si en ese año y medio se logró preparar las fuerzas para rechazar la agresión ¿por qué en ese año y medio no se acercaron a la frontera, principalmente, cuando ya se sabía que el imperialismo japonés, por mucho tiempo, no estaría en condiciones de lanzarse contra la U.R.S.S., ya que su primer objetivo estratégico consistía en arrojar del Pacífico a americanos e ingleses?

Y si en verdad se habían preparado dichas fuerzas y teníamos trescientas divisiones, ¿cómo se explica que retrocedamos ante los golpes de ciento setenta divisiones alemanas?

Stalin sigue hablando.

Yo dialogo con mis dudas, Y al final dudo más que al principio. Hace año y medio no me hubiera atrevido a dudar de nada de lo que dijera Stalin, pero desde entonces, ha llovido mucho... El discurso de Stalin del 3 de julio de 1941 es el esfuerzo de un hombre endiosado, que quiere aprovechar su prestigio e influencia para ocultar el fracaso de una política de varios años.

Sí... Estoy convencido de ello.

¿Qué piensa, mientras tanto, el pueblo soviético?

Durante todo el día, Radio Moscú transmite el discurso de Stalin... Los comités del Partido en todos los lugares organizan reuniones en las que el secretario lee el discurso y luego pregunta a los asistentes: «¿Algún camarada tiene alguna duda?».

Y nadie tiene dudas.

Ciento ochenta millones de ciudadanos están conformes. Miles de resoluciones llegan al Kremlin.

Las dudas se esconden dentro de muchos hombres, se dejan ver en las innumerables «colas» y campean libremente, aunque en voz baja, en muchas habitaciones previamente cerradas.

En la Komintern también nos han reunido. Ha presidido Vilkov. Y ha leído el informe Mirov. Y hemos escuchado por la tarde lo que habíamos escuchado por la mañana.

Termina Mirov.

Empieza Vilkov.

–¿Algún camarada quiere pedir la palabra?

Silencio.

–Se levanta la reunión.

Y hemos vuelto a nuestros despachos. Y ya sentado ante la mesa, me he preguntado: ¿En qué pensaría la gente cuando Mirov leía? Sí, la gente estaba muy seria; todos los ojos miraban a Mirov... Pero era una mirada perdida, como si cada una de las personas cuyos ojos miraban en la dirección del hombre que leía, estuviera pensando en otra cosa. Y es que desde hace dos semanas lo más importante para la gente son los partes de guerra: en ellos está la verdad, a pesar de que en cada uno de ellos haya algo de mentira.

Termina la jornada de trabajo.

Como todos los días, el autobús nos lleva a Kunsevo. Como todos los días, Vidiella me espera en el balconcillo. Antes de que me pregunte nada, le entrego el boletín en español, en el que viene íntegro el discurso de Stalin.

Mientras Vidiella lee, yo pienso que los alemanes han cruzado el río Beresina, en el sector Berisov–Bobruisk.

Termina la jornada de trabajo.

–Formidable discurso, Castro.

Vidiella ha dicho lo que ciento ochenta millones de ciudadanos han dicho al comentar públicamente el discurso. Yo he dicho lo que ciento ochenta millones de ciudadanos han dicho cuando alguien ha calificado de «fantástico» el discurso de Stalin.

Pero Vidiella ha debido percibir algo en el tono con que he dicho «sí». Me mira. Yo miro a otro lado. Creo que el discurso no ha sido una inyección para nadie.

La consigna de «tierra quemada» da una perspectiva dolorosa a millones de ciudadanos soviéticos, que llevan años y años trabajando agotadoramente y mal comiendo para levantar lo que ahora hay que destruir: los resultados de los primeros planes quinquenales en el occidente soviético.

Comprendo la tristeza del pueblo ruso.

Pero aquí nadie es capaz de preguntar al gobierno.

Ni un ciudadano cualquiera.

Ni un periódico cualquiera.

Ni un diputado cualquiera.

Es una democracia sin democracia.

VI

Rusia y Gran Bretaña han firmado un pacto de asistencia mutua y se comprometen a no hacer la paz por separado.

Es un acontecimiento.

El mariscal Vorochilov es el encargado de la defensa del sector norte; el mariscal Timochenko, del sector central, y el mariscal Budiony, del sector sur.

Es otro acontecimiento.

El mariscal Budiony se retira del sector Novograd–Volinsk a Zitomir. Entra en su octavo día la gigantesca batalla de Smolensk, cuya defensa dirige el mariscal Timochenko. Los alemanes están a cuarenta y dos kilómetros de Leningrado, cuya defensa se ha encargado a Vorochilov y Zdhanov.

En Inglaterra se firma un pacto soviético–polaco, por el cual la U.R.S.S. renuncia al territorio polaco anexionado en 1939, de acuerdo con los alemanes.

Otro acontecimiento más.

Llevamos un mes de guerra.

Desde el punto de vista militar, toda mi atención se concentra en Smolensk, en Timochenko. Timochenko quiere realizar una batalla de desgaste en donde no la quiso o no le dejaron dar a Barclay a la «Grande Armée». Creo que Timochenko está más en lo cierto que lo estuvo Barclay. Sin embargo, Timochenko no es popular en la U.R.S.S.

¿Por qué?

Hay sus razones. A Timochenko no se le perdona haber desplazado a Vorochilov, previa la demostración de su incapacidad, ni tampoco haber obligado a los militares a dejar de estudiar tanto la historia del Partido Bolchevique de la U.R.S.S. y estudiar un poco más los problemas de la defensa del país, cuando era más fácil hacer carrera con la Historia... que con los reglamentos; no se le perdona haber quitado tantas prerrogativas a los comisarios hasta acabar por suprimirlos, suprimiendo con ello lo que había dejado de ser desde hacía tiempo el complemento del mando militar para convertirse en una poderosa casta en el seno de las fuerzas armadas; tampoco se le perdona el haber rebajado a los altos jefes un grado, después del estrepitoso fracaso inicial de la guerra con Finlandia... Ni al parecer que tenga criterio propio. Como no se le ha perdonado al coronel–general Stern el haber demostrado que el comandante en jefe del Primer Ejército Especial del Extremo Oriente, el general de Ejército, Blucher, era un mal militar, a pesar de haber sido uno de los héroes de la guerra civil.

La situación es grave.

No tenemos trescientas divisiones, como afirmó Stalin, sino ciento cincuenta distribuidas así: 70 divisiones en el frente occidental; 50 divisiones en el Extremo Oriente; 10 en la zona militar del Cáucaso y 20 como reservas generales, de las cuales se han utilizado unas cuantas para alimentar la batalla defensiva de Smolensk.

Tanques tenemos muy pocos. Los más y los mejores constituían el ejército especial, mandado por el jefe de las fuerzas blindadas, general Pablov, y destrozado en los primeros días. Dicho jefe ha sido fusilado y la noticia de su fusilamiento se ha dado a conocer al ejército por medio de una orden confidencial. Del mariscal Kulik, jefe del ejército de cobertura en las primeras semanas de la guerra, no se sabe nada. Nuestra aviación se reduce a grupos aislados. Las repercusiones de todos estos acontecimientos no puedo percibirlos más que en la Komintern y en el «Lux»... Y sólo de vez en cuando en la calle. Pero esto no es frecuente, ya que nuestro aislamiento del pueblo ruso es casi absoluto.

La gente se ha vuelto taciturna.

Reírse no está bien visto.

En la Komintern sólo trabaja la sección de Información, que dirige Friedrich.

Los demás...

Los demás leemos el parte, miramos el mapa de la U.R.S.S., vamos a comer a las dos, regresamos a las dos y media, esperamos que den las seis, tomamos el autobús y unos a

Kunsevo, otros al «Lux», otros a la casa inmediata al Instituto Agrario, unos cuantos a unas cuantas casas distribuidas por todo Moscú.

Ahora es fácil encontrarse con los jefes y que no le saluden a uno. Ahora es casi imposible hablar con ellos.

Nadie quiere hablar. Todos tienen miedo de hablar... Todos... Los del sexto piso, los del quinto, los del cuarto, los del tercero, los del segundo, los del primero y ni que decir de nuestros guardianes...

Ahora la Komintern ya no se llama Komintern: se llama Instituto Científico 301. Ahora nosotros no somos colaboradores políticos de la Komintern: somos colaboradores científicos del Instituto Científico 301. Nos han cambiado el «propus». Ya no es rojo, ahora es sepia oscuro. Las medidas conspirativas se han hecho más rígidas que nunca: los centinelas miran con más detenimiento los «propus»; las visitas de los emigrados a la Komintern se han reducido al mínimo y para entrar necesitan que Bielov o Blagoeva hablen por teléfono con la guardia para que les den «propus»; a la sección de Friedrich está rigurosamente prohibido entrar; la sección de Prensa controla no sólo a los que leen periódicos extranjeros, sino que anota también cuántas horas o días los tienen en su poder... Y en la calle es peligroso hablar en un idioma extranjero. Nadie tiene confianza en nadie.

En el «Lux» también se han acentuado las medidas de precaución. Pero los maridos hablan a sus mujeres y las mujeres comentan en la cocina lo que les han dicho los

maridos. Las cocinas del «Lux» son los centros mejor informados de la U.R.S.S. Lo que yo no sé en la Komintern, lo sabe Esperanza en la cocina. Y en el «Lux» no se disimula tan bien como en el Instituto Científico 301: aquí la inquietud, la desconfianza e incluso el pánico, se manifiestan abiertamente. Cierto que no a través de palabras, pero sí a través de gestos...

La comida comienza a escasear. Las «colas» a las puertas de los establecimientos se hacen más largas y duran más tiempo cada día. El pan negro, a las veinticuatro horas, se pone verde... Miles de hombres vestidos de paisano hacen la instrucción en las grandes arterias del Moscú moderno... Entre los funcionarios extranjeros de la Komintern no faltan los que todo les parece bien.

Si ven «colas» en las puertas de los establecimientos, exclaman: «¡Qué magnífica organización!... Cada ciudadano sabe el establecimiento que le corresponde, qué día debe recoger su ración y llega, se pone a la «cola» y con una paciencia ejemplar espera...».

Sí, yo también creía eso. Habían pasado tantos años de racionamiento en la U.R.S.S., que consideraba a los soviéticos unos verdaderos especialistas en la organización del problema. Pero ahora he cambiado de opinión. Cierto que cada ciudadano tiene asignado un lugar en donde adquirir las raciones; cierto también, que tiene una cartilla en la que figuran las cantidades que le corresponden mensualmente de cada producto... Pero... Cada día hay que ir a ver si dan lo que tienen que dar y cada mes dan menos de lo que el mismo gobierno asignó a cada ciudadano... Yo no sé si es una elevada conciencia lo que

domina en estas filas interminables de gente... No lo sé... Pero a veces tengo la impresión de que un fatalismo colectivo domina a este pueblo y le hace conformarse con todo.

Fatalismo y miedo.

A los franceses les entusiasma ver formaciones de hombres en traje civil haciendo la instrucción militar... Cuando los ven, me hablan de la Comuna, de la revolución proletaria, de la clase obrera en el poder. Yo les contesto, pero no me siento contento. Estos batallones de obreros por las calles haciendo la instrucción, no me recuerdan a la clase obrera en el poder, ni la revolución proletaria..., me recuerdan aquellos días en que en España no teníamos nada y había que improvisarlo todo...

Nuestros compañeros de las fábricas van perdiendo peso. En estos momentos no es ni por el excesivo calor ni por el excesivo frío.

Es la guerra.

Se han aumentado las normas y las horas de trabajo; se han reducido las cantidades de comida que daban en los comedores de las fábricas; la inseguridad de los transportes les exige a los obreros salir de sus casas mucho antes de lo acostumbrado, ante el peligro de que falte el transporte y tengan que ir andando... Porque ahora no se puede llegar tarde ni faltar al trabajo, a menos que uno quiera conocer los tribunales de guerra. Ni incluso los enfermos pueden faltar antes de que el médico los autorice para ello. La baja no se da si la fiebre no pasa de 38 grados. Y el único médico que puede dar la baja es el médico de la fábrica, que no va a la domicilios

de los enfermos sino que hay que ir a verle aunque se tengan 40 grados, para que certifique que se tienen más de 38.

La vida se ha hecho terriblemente dura. Se come poco. Se trabaja mucho. No se puede preguntar nada. No se puede hablar de la guerra más de lo que dice el parte del Buró de Información. En la calle no se puede hablar en voz alta un idioma extranjero ante el peligro de ser detenido.

¿Y por qué todo esto? ¿No es un pueblo totalmente identificado con el régimen? ¿No es un pueblo totalmente identificado con el gobierno? ¿No han llegado las votaciones en favor del régimen y del gobierno a un 98,8 por ciento?

Entonces...

¿No será que vivo en el país de la Gran Mentira?

Hemos perdido Smolensk. La gente habla con rencor de Timochenko. Pero Timochenko ha hecho lo único que podía hacer: detener el avance alemán en la dirección principal durante unas semanas y dar tiempo para que se acercaran las reservas. Para mí, la batalla de Smolensk ha sido el Marne ruso. Timochenko empieza a caer en desgracia. Sí... Porque cuando comienzan los rumores...

Las fuerzas de Budiony han pasado a la parte oriental del Dnieper. La artillería alemana ha comenzado a bombardear Leningrado. Y, por último, con el corte del ferrocarril Leningrado–Moscú, se ha establecido el cerco a la ciudad de Lenin...

Hoy me he enterado de algo que el parte de guerra no dice: de la batalla del Cáucaso. Al Cáucaso no habían llegado los alemanes. Cierto. Pero allí cerca había una pequeña República: la República Alemana del Volga. En ella existía naturalmente el régimen soviético, calles que se llamaban «Calle de Marx», «Calle de Engels», «Calle de Rosa Luxemburg», etcétera... Unos dicen que los alemanes habían hecho descender paracaidistas y que la población les había dado su apoyo; otros, no sé si los más enterados, afirman que quien había hecho descender los paracaidistas había sido la N.K.V.D. Lo cierto es que varios Cuerpos de Ejército de la N.K.V.D. llegaron a la República Alemana del Volga y dieron a su millón de habitantes un plazo de veinticuatro horas para que abandonaran la región; les dieron también el permiso para que llevaran una tonelada de cosas por cabeza... Y un millón de personas han salido de las orillas del Volga hacia una región de Siberia. Han cambiado sus casas por la estepa. Y allí han quedado miles de casas abandonadas, cosechas sin recoger y millares de cabezas de ganado y animales domésticos vagando por la en otros tiempos floreciente República Alemana del Volga.

Y los alemanes ya no tienen República: ni la de Weimar ni la del Volga...

Hoy, en el «Lux», también ha habido revuelo. A las once de la mañana varios automóviles han llegado y se han detenido ante la puerta principal del «Lux». Un grupo de hombres ha entrado en el hotel, si necesidad de «propus», ha subido a diferentes pisos, ha entrado en varias habitaciones y al final se ha llevado a varios alemanes con sus familias, incluso a alemanes que eran miembros del Comité Central de su partido...

Y en el «Lux» hay pánico... Pánico por el avance de los alemanes. Pánico por las incursiones de la N.K.V.D.

Ha comenzado la evacuación. Esperanza y su hermano Alejandro han evacuado con la escuela de Tarasovka. Van a la antigua República Alemana del Volga; mi madre y mi hermana han salido con otro grupo de españoles, con destino a Taskhent. En voz baja se habla de que habrá nuevas evacuaciones.

29 de septiembre. Molotov declara inaugurada la conferencia tripartita de Moscú. 10 de octubre. Molotov clausura la conferencia tripartita de Moscú. Rusia tendrá todo lo que pueda necesitar para hacer frente a la agresión alemana. He lanzado un suspiro de alivio al conocer la noticia. Rusia entera ha lanzado un suspiro de alivio.

2 de octubre. Con una fuerza calculada en dos millones de hombres, 5.000 tanques y más de 5.000 aviones, los alemanes han lanzado su gran ofensiva contra Moscú en un frente de 650 kilómetros. Los alemanes a doscientos cincuenta kilómetros de Moscú. Los alemanes a ciento cincuenta kilómetros de Moscú...

Y yo cada mañana del hotel «Lux» al Instituto Científico 301. Y yo todas las tardes del Instituto Científico 301 al hotel «Lux». Y viendo Moscú en detalle. Porque ahora no hay autobús que nos lleve y nos traiga. Y yo mirando todo lo que pasa. Y pensando en todo lo que veo. Ahora Moscú sí es Moscú: la guerra ha suprimido el decorado. Ya nadie se preocupa de ocultar nada. Y la verdad y yo frente a frente. No sé por cuanto tiempo, pero es una gran oportunidad de ver la verdad

soviética, de ver a los hombres soviéticos, de ver la moral soviética. No soy un combatiente. Si fuera un combatiente cometería un delito al detenerme a mirar las cosas. Soy solamente un espectador en presencia de un espectáculo sangriento.

VII

La situación de la emigración española se ha hecho tan difícil que Hernández ha propuesto la creación de una Brigada de infantería integrada por todos los que puedan formar parte de ella. Hernández hace con esto un intento de salvar a nuestros camaradas del hambre, que muchas veces es bastante peor que la muerte.

¿Logrará salvarlos de las dos cosas?

No lo sé.

Una brigada, integrada en su mayor parte por españoles, se entrena en los alrededores de Moscú. Su jefe es Hungría, un viejo camarada de Valencia, que como guerrillero ha probado su valor e iniciativa. El representante del partido en la unidad es Ortega, un antiguo campesino que pasó por la escuela leninista y después por la escuela política especial y en las que al parecer no aprendió otra cosa que a ser un perfecto hipócrita. Fusimaña representa al P.S.U. de Cataluña.

Se entrena todos los días.

Y algunos domingos sus componentes aparecen por Moscú y nos cuentan su nueva vida: comen y hacen ejercicios y, según

parece, cada uno de ellos cobra el salario correspondiente a la categoría que tenían en España. Por el momento comen ellos y comen sus familiares.

Al parecer, Hernández ha tenido éxito en sus propósitos.

Mientras tanto... Allá lejos, a veinticuatro kilómetros de Moscú, Kunsevo se ha quedado abandonado y triste, con sus empleados siempre mirando hacia occidente por donde el parte de guerra dice que los alemanes avanzan.

Aquí, a veinticuatro kilómetros de Kunsevo, está Moscú. ¿El Moscú real o el Moscú de propaganda?... No lo sé. Todavía no sé cuál es la verdad y cuál la mentira. Cierto que voy avanzando. Muy poco a poco. Y con grandes sufrimientos. Pero...

Ya no soy un revolucionario sin trabajo. Desde hace unos días soy el responsable del sector español de escuchas. No trabajo de día, sino de noche. Y escucho el parte de guerra ruso y el parte de guerra alemán. Los dos dicen algo de verdad, los dos dicen algo de mentira. Pero sé más que antes.

Cada día, a las seis de la tarde, salgo del hotel «Lux», me encamino hacia la Plaza de Puskhin y allí espero unos minutos hasta que llega un tranvía que me deja en las inmediaciones del Instituto Científico 301... Y todos los días, cuando me falta poco para llegar al término de mi viaje, suena la alarma aérea. Se detiene el tranvía, nos hacen bajar a todos y a todos pretenden empujarnos hacia los refugios; pequeñas casitas de madera en cuyo interior hay una pequeña cueva. Y todos los días, en ese crítico momento, comienzo a violar las leyes

soviéticas. Si voy al refugio, no escucho la radio, no cumplo con mi tarea... Y para cumplir con mi tarea, en cuanto suena la alarma y se detiene el tranvía salgo corriendo como un loco en dirección de la Komintern. Los milicianos tocan y tocan sus silbatos para que me detenga. Yo les maldigo mientras corro. Y corro en zigzag, pues sé que los milicianos tienen orden de disparar contra aquel o aquellos que no les obedezcan. Después de diez minutos de una carrera loca, en la que a veces tengo la impresión de que mi corazón va a estallar, llego hasta la puerta de la Komintern, enseño el «propus» y entro. Y en uno de los escalones que hay en la puerta principal del edificio me siento, saco un cigarro y fumo. Fumo y toso; después de esta carrera perseguido por los silbatos de los milicianos, no puedo tragarme el humo. Luego, lentamente llego hasta el ascensor, dos pisos y el pasillo que conduce al cuarto en que están instalados los dos aparatos de radio. Conmigo trabajan Segis Álvarez, Moncho, Vicente Pertegás, Echenique y Marina Sendín. No hablamos de lo que escuchamos; nos limitamos a escuchar y escribir por turno y a dictar por turno a Marina Sendín lo que hemos escrito, para que después pase al Boletín secreto del Instituto Científico 301, que llega a todas las direcciones principales del Ejército, de la diplomacia y del partido.

Hacia las cinco de la mañana terminamos nuestro trabajo. Salimos agotados. Son muchas horas sometidos a una enorme tensión nerviosa, sincronizando los aparatos para no perder ni una sola palabra, escribiendo con un ritmo de vértigo y atormentados al mismo tiempo por todo lo que oímos.

Un tranvía que tomamos delante de la exposición Agrícola nos lleva hasta la Plaza de Puskhin, desde ésta, andando al «Lux». Me suelo levantar a las doce. Unas veces solo y otras acompañado por Cimorra, que se ha venido a vivir conmigo, vamos a comprar comida o tabaco al Mercado Central, situado al lado del Circo. Yo no sé si este mercado es la inmensa Rusia en pequeño. No lo sé. Delante del mercado, milicianos y vendedores confundidos. Los milicianos mirando al que pasa, al que vende y al que compra... Los vendedores ofrecen su mercancía acercando su boca al oído de los transeúntes, posibles compradores, y diciendo en voz baja:

«Kasbet». «Volga». «Metro».

El mercado tiene dos puertas estrechas. De estas dos puertas parten dos estrechos callejones, con barracas a los lados y decenas de vendedores ambulantes que conducen a una gran plazoleta en cuyo centro hay una gran nave. El mercado, decenas de puestecillos y cientos de vendedores con gestos de truhanes. El mercado propiamente dicho no me ha interesado nunca. Es como todos los mercados rusos: mucha gente, muchos puestos, muchas moscas y un olor insoportable. Aquí se venden carnes, frutas, legumbres; pero el tabaco y muchas otras cosas más, se venden fuera de esta nave donde la atmósfera es irrespirable.

Y siempre damos la espalda al mercado oficial. Porque en el mercado oficial no hay lo que buscamos. Y nos fundimos en el mercado negro. Aquí hay de todo. Unos hombres jóvenes, con las manos cubiertas de callos, nos ofrecen infiernillos eléctricos: son obreros de una fábrica de material eléctrico;

aquí un señor de unos sesenta años, con sombrero hongo, gabán negro, camisa blanca que ya es casi negra no sé si por el sol o por la falta de agua, y cuello duro, restos de otra época, nos ofrece una cucharilla de plata, de metal blanco; aquí es una mujer joven, prematuramente envejecida, que pretende vendernos tres caramelos sin envoltura, que descansan en una mano ennegrecida; aquí un chiquillo envuelto en un montón de harapos mete la mano en el bolsillo de una ciudadana bien vestida; ahora es un horrible mendigo que nos pide por San Nicolás unos copeks. Aquí se venden cerraduras; aquí vodka del mejor; en este otro lugar, relojes de todas las marcas, y medias de seda, y uniformes de soldado. Y botones viejos... tres agujas oxidadas... varios clavos torcidos... una taza a la que falta el asa... botellas... tacones de goma usados... cartillas de racionamiento... linternas... piedras para los mecheros... mecheros... cordones para los zapatos... y por fin encontramos lo que buscábamos: tabaco. Compramos cada uno un paquete «Volga». Cada paquete, treinta rublos; los dos paquetes, el salario medio semanal de cualquier obrero soviético. Damos otra vuelta: ya no queremos comprar más, sólo queremos ver. Aquí se encuentran todos los tipos que se quieran: todas las especies de delincuentes confundidos con los restos del ayer y con el hoy; funcionarios del nuevo Estado, no menos delincuentes que los otros; obreros que venden lo que roban donde trabajan, para poder vivir; mujeres que venden los objetos más inverosímiles; el hombre con hongo, que fue un alto funcionario del zar. Y a milicianos de todos los tipos y todas las edades, paseando por entre este pequeño mundo de una Rusia eterna.

De regreso del mercado como o comemos.

Mientras preparo el café suele llegar Sánchez Arcas, destacado arquitecto español, que dirigió la construcción de los edificios del Hospital Clínico de Madrid, que se hizo famoso en nuestra guerra, que viene a pasar un rato de tertulia.

No quiero comer nunca delante de él. Sufro. Sus ojos miran el movimiento de mí mano... Y mira y mira de una manera extraña, fija, muy fijamente, como si fuera contando las veces que aún tengo que bajar o subir la mano, como si fuera calculando lo que puede admitir mi estómago... No, no es su cara la que refleja el hambre, son sus ojos que no pueden apartarse del plato.

Acostumbro a ofrecerle.

Pero cuando por olvido o porque tengo poco no lo hago, Sánchez Arcas, todo correcto, con un tono suave y acariciador, suele decirme:

–¿Me dejas probarlo? Tengo la impresión de que debe de estar bonísimo...

–¿Cómo no?

Y se lleva a la boca, lentamente, lo que sea; y mastica despacito, como con miedo a tragárselo demasiado pronto. Luego toma una o dos tazas de café y le acerco la cajetilla.

Es un colaborador de la Academia de Arquitectura de la U.R.S.S. En su deseo de hacer algo útil ha escrito una «Historia de la arquitectura española». En la Academia produjo una gran impresión. La elogiaron mucho y prometieron publicársela.

Después le dijeron que la guerra no permitía la edición de libros de elevado costo. Y al poco tiempo, sus ideas y los materiales que figuraban en su «historia...» comenzaron a aparecer en las revistas de arquitectura soviéticas, en largos trabajos con carácter más de tesis que de historia. Y no los firmaba Sánchez Arcas; las firmas eran de sus compañeros soviéticos de la Academia de Arquitectura. Ha hecho también el proyecto de un refugio antiaéreo, que le ha valido muchas felicitaciones del jefe de la sección correspondiente, funcionario a las órdenes del jefe de la defensa de Moscú... Sánchez Arcas estaba contentísimo. Creía haber hecho algo útil y sentía la alegría y el legítimo orgullo de haber contribuido a la defensa del primer país socialista. A las pocas semanas comenzó a construirse el refugio, pero firmando no como autor del proyecto nuestro buen Sánchez Arcas, sino el jefe de esa sección dependiente del comandante jefe de la defensa de Moscú. Sánchez Arcas no comentó nada. Y va todos los días a la Academia, estudia todos los días ruso, asiste a todas las reuniones a que le invitan y cumple todos los acuerdos que se toman. Y adelgaza. Es una sombra gris. Y siempre sonrío... Y siempre que uno come, le mira con la misma mirada... Y siempre que uno, por olvido, no le ofrece, se oye su voz suave y agradable: –«¿Me dejas probarlo? Tengo la impresión de que debe de estar bonísimo...». Después de este rato de tertulia, Sánchez Arcas se va a su casa o baja a la habitación del doctor Bonifacio, donde repite lo que ha hecho en mi habitación... Y yo recojo los cacharros, si tengo tiempo los friego, barro un poco y salgo hacia el Instituto Científico 301. Y a la mitad del camino la alarma... Y yo corriendo en zigzag... Y los silbatos de los milicianos a mis espaldas... Y la llegada por inercia ante el centinela... Y la presentación por costumbre del «propus»... Y el

cigarrillo, allí en las escaleras de la entrada principal... Y a escuchar Berlín, Londres, Roma...

He vuelto a caer enfermo. Desde hace unos días no escucho las transmisiones extranjeras ni tampoco los silbatos de los milicianos.

Hoy he recibido dos cartas: una de mi madre y hermana, hablándome de un viaje de siete mil kilómetros y de su llegada a Taskhent. No sé si es la separación o el ambiente que dejaron en Moscú al salir, pero en la carta se deja ver una gran inquietud y no poca amargura. La carta de Esperanza también es breve: un relato del viaje, más de mil kilómetros por el Volga, una impresión desoladora del lugar en donde deben vivir y la advertencia de que no le envíe dinero. Con el grupo de niños de la escuela de Tarasovka han ido a parar a uno de los pueblos de la antigua República del Volga. Los únicos habitantes son ellos. Lo demás... Lo demás, casas abandonadas, animales abandonados, cosechas abandonadas... Y entre todo este abandono, ellos... Me dice que Alejandro vive en la escuela y ella en la misma casa de Laín Entralgo y su mujer. Refleja una gran preocupación: las autoridades de la región les han prohibido matar a cualquier clase de animales, a pesar de que cada día mueren decenas de ellos por abandono; no les permiten recoger la cosecha, a pesar de que si no la recogen pronto las próximas nieves la destruirán... Y ante ellos se plantea este dilema: o violar las leyes soviéticas o limitarse a comer, solamente cocido, el trigo que los alemanes del Volga no pudieron llevarse a Siberia...

He contestado a ambas cartas. Y después... He permanecido mucho tiempo mirando a la calle y a las gentes, a través de los cristales del mirador. La gente camina rápidamente y, a pesar de ello, con aire de cansancio. Apenas levantan los pies del suelo, hasta podría decirse que no los levantan, que los arrastran... Y es que ya son muchos días de alarma, muchos días durmiendo solamente unas horas. Y la gente ya no puede con su alma: se duerme en los tranvías, en los autobuses, en los trolebuses, en el metro y hasta en las colas he visto a la gente dormirse de pie. Y la producción ha bajado en proporciones alarmantes. Las noches en Moscú son de angustia: la gente camina todo lo de prisa que puede, para llegar adonde va antes de que las sirenas suenen... Y a estas horas la calle de Gorki comienza a quedarse desierta. Y las casas de cuyos balcones y ventanas no sale ni el más leve rayo de luz, parecen monstruos en reposo. Y los faroles, luz reducida al mínimo, rojiza y vacilante, parecen enormes candelabros en agonía.

La noche ha llegado. De un momento a otro aullarán las sirenas. Cierro cuidadosamente la ventana, enciendo la luz y me siento en el sillón; me encuentro mal. Al dolor de cabeza hay que agregar esta vez una enorme debilidad que hace que muchas veces al día todo dé vueltas a mi alrededor. Los médicos no dicen nada. Yo tampoco a ellos. Ellos no tienen tiempo de pensar en mí y yo me siento incapaz de pensar en ellos.

Desde hace varios días no hago más que pensar en la situación general de la guerra y en sus perspectivas; en el

Partido Comunista de España y en sus tareas en relación con la guerra y la lucha contra Franco.

Sí...

No creo que debamos esperar a que la victoria de las fuerzas democráticas sobre Alemania e Italia nos dé a nosotros, españoles, la victoria. Es cierto que tal cosa podría ocurrir, pero hay que pensar en que tal cosa también puede no ocurrir.

Es una idea que me tortura: si no aprovechamos la situación actual para crear las condiciones de nuestra propia victoria y termina la guerra y Franco sigue en el poder y surgen las contradicciones naturales en el campo de la coalición democrática ¿cómo podremos liberar a España?

No sé si los demás piensan en esto.

Moscú está en silencio.

El «Lux» está en silencio.

Las sirenas otra vez.

También en el «Lux» se ha roto el silencio... Por los pasillos se oyen pasos precipitados, puertas que se abren y se cierran violentamente, niños que lloran y mujeres que gritan...

Sigo escuchando.

Abren la puerta de mi habitación. El vigilante del piso entra... Es un hombre cualquiera, pero con el mismo gesto de los

demás hombres. Me mira fijamente, como alarmado de mi olvido del deber.

–Camarada Castro, debe bajar al refugio.

–Estoy enfermo, camarada.

–A pesar de todo debe bajar.

Le miro...

Él espera a que salga de la habitación.

Me levanto.

Metó en mi bolsillo los cigarros y las cerillas y salgo lentamente, con rabia.

Pero sé que es inútil toda discusión.

Un río de gente se ha concentrado en la escalera interior que conduce a los refugios. Dejo pasar a la gente. Y la gente pasa lo más de prisa que puede, mientras las sirenas aúllan y aúllan aumentando el espanto de esta muchedumbre que tiritita y grita.

Sabemos que todavía están lejos.

Y la gente baja y baja.

Al fin me incorporo a la fila. Y cuando entro en el refugio ya encuentro colchones y mantas extendidos en el suelo y niños y mujeres acostados. En un rincón del refugio está un grupo de

españoles: hablan y ríen. En otro rincón está Palmiro Togliatti. Ni habla ni ríe.

Me voy con los españoles.

Fuera se oye el ruido de los cañones y de las ametralladoras antiaéreas y el ruido de los motores de los aviones de caza.

En el grupo de españoles se protesta.

–Al refugio, al refugio... ¿y cuándo dormimos?

–Además, ¿de qué sirve este refugio? Una bomba y la historia ha concluido.

–Yo no bajo más...

–¿Y el vigilante?

–No será difícil.

Togliatti nos mira.

Cada vez se oye más cerca el ruido de los aviones de bombardeo. Ahora es una bomba, otra, y otra más.

Una mujer se acerca a nosotros y nos pregunta.

–¿Son bombas, camaradas?

–Sí, son bombas.

Regresa a su colchón, se mete debajo de la manta, se tapa la cabeza y se encoge cuanto puede. Los españoles seguimos hablando en voz alta. Togliatti sigue mirándonos... Todos nos miran. Quizás les irrita que hablemos en voz alta.

Quizás la costumbre de no interrumpir les hace mirarnos con rabia por mezclar nuestras voces o nuestros gritos con ese ruido sordo, próximo o lejano.

Ha entrado Shina.

Trae en la mano «Pravda».

–Camaradas, un poco de silencio. Vamos a leer el editorial de «Pravda» y algunas otras noticias importantes.

La gente se levanta de mantas y colchones, se coloca en la actitud más resignada y se dispone a escuchar.

Nosotros seguimos hablando.

–Camaradas españoles, ¿quieren hacer el favor de callarse?

–¿Por qué? –pregunta uno.

–Voy a leer «Pravda»...

He mirado a Shina y comprobado cuanto me hablan dicho. Shina está borracha, pero Shina es un trabajador político, además de agente de la N.K.V.D. y de fiscal, que aun estando borracha quiere cumplir con su «deber».

Comienzo a hablar en voz alta.

–Camarada Castro...

–¿Qué?

–¿Quiere callarse?

–No.

–¿Por qué, camarada?

–Porque el noventa por ciento de los que estamos aquí hemos leído o nos han leído esta mañana el editorial de «Pravda»... ¡Déjenos en paz, Shina!

La gente me ha mirado asombrada. Los españoles no. Togliatti ha mirado a Shina. Y Shina se ha guardado el periódico. Después se ha sentado y no sé si ha cerrado los ojos por comodidad o es que se ha dormido. Fuera sigue oyéndose el ruido.

Más lejos... más cerca... silencio.

Se oye la voz del locutor de Radio Moscú.

–La alarma ha terminado.

Y el río de gente sube. Dejo que pasen. Por fin me incorporo a la corriente. Ya estoy en el cuarto... Caliento el agua, hago té y me tomo dos vasos seguidos.

Tengo frío y sueño.

A los diez minutos de estar en la cama llega Cimorra.

–¿Qué hay, Castro?

–Nada...

Se sienta en el sillón y durante unos minutos lo único que hace es lanzar bocanadas de humo al espacio. Rápidamente la habitación es invadida por ese olor detestable que caracteriza a la pipa de Cimorra, que toda la emigración, y no pocos rusos, conocen. Después se levanta y pone la tetera a calentar.

Le miro atentamente.

Sí... Cimorra está hoy más preocupado que ayer.

–¿Qué dice el parte de guerra, Cimorra?

–Los alemanes siguen avanzando.

–¿Y la B.B.C. de Londres?

–Confirma el avance alemán.

–¿Y Radio Berlín?

–Ya habla de Moscú.

–¿Y en Radio Moscú?

–Un ambiente de pánico que da asco.

Nos callamos. Le observo... Echa en el vaso un poco de esencia, luego el agua hirviendo, después dos cucharadas de

azúcar... Da unos sorbos y vuelve a dejar el vaso sobre la mesa... Ahora enciende de nuevo su pipa.

Humo y humo... Y el maldito olor que produce náuseas. Enciendo un cigarro.

–¿Quieres té, Castro?

–Bueno.

Cimorra se acerca al lavabo y prepara un vaso... Apenas oigo el ruido del agua.

–Cimorra, por favor, limpia bien el vaso.

Cimorra suelta una carcajada.

–Hasta con jabón lo estoy lavando...

Sale y se acerca a mí.

–¿Y cómo has hecho para no mojarte las manos?

Vuelve a reír. Y yo renuncio a tomar el té en un vaso limpio. Bebe su té y bebo el mío. En el hotel, un silencio absoluto. En la calle, más y más silencio.

Da la impresión de que el mundo se reduce a esta pequeña habitación y a dos hombres.

–¿Qué opinas, Castro, de la situación?

–No creo que Moscú pueda perderse. Moscú, hoy, es Madrid en 1936: el mismo valor político y militar... No puede perderse.

Me callo. Cimorra me mira... Comprendo.

–Ni los alemanes tienen ya alientos para conquistarle, ni los rusos pueden hoy abandonarlo.

–¿Pero no hay paralelo entre hoy y 1808?

–En cierta medida sí, pero sólo en cierta medida. Los alemanes, como Napoleón, han elegido como dirección principal la de Moscú. Los alemanes, como Napoleón, han tenido una enorme superioridad inicial y éxitos importantes. Pero a pesar de todo la situación es distinta, muy distinta. Y no me refiero solamente a las condiciones político–sociales actuales. Me limito a señalar el panorama militar: las reservas rusas, al parecer, no han entrado en juego; una gran coalición militar democrática está formándose; la ayuda norteamericana tengo entendido que comenzará a llegar muy pronto... Y los alemanes están cansados. Y mira Moscú: agua, nieve y frío. ¿Te figuras lo que será esto en los frentes?

Cimorra sigue mirándome.

–Sí, Cimorra, para mí los alemanes han perdido ya la guerra: en occidente y en oriente.

–Entonces...

–No, yo no afirmo que nosotros ya hayamos conseguido la victoria, solamente digo que los alemanes ya no pueden lograrla.

Cimorra vuelve a llenar su pipa. La enciende. De nuevo, humo y humo y un terrible olor... Ahora sacude la pipa contra la mesa del despacho... Un montón de ceniza se forma en el suelo.

–Cimorra...

–No tiene importancia, Castro, me toca barrer a mí.

Se desnuda y se mete en la cama. Ahora se quita las gafas y se cubre con una mano el ojo de cristal.

–Hasta mañana.

–Hasta mañana.

Apago la luz. Comienzo a oír el ruido de algunos camiones que pasan rápidos.

Miro el reloj: las cinco de la mañana. Cierro los ojos y pienso que voy a dormirme...

Suena el teléfono.

Me tiro de la cama y descuelgo.

Hernández habla desde la Komintern.

–¿Cómo te encuentras?

–Ya voy mejor.

–Luego pasaré a verte.

Cuelgo el auricular y me vuelvo a la cama. Pero ya es imposible dormir. La vida vuelve al «Lux»: son las nueve de la mañana... Allá, en su pequeña cama, Cimorra duerme cubriéndose un ojo con su mano izquierda. En el pasillo hablan unas mujeres. Un poco más lejos un niño llora y de la calle llega hasta mí el ruido de coches y camiones que pasan y pasan sin tregua...

Me levanto y toco el radiador de calefacción: está frío. Enciendo el hornillo y pongo la tetera con agua. Tomo un cigarro y voy al retrete. En el pasillo las mujeres siguen cuchicheando. Entro en el retrete y salgo sin detenerme. La propiedad socialista está cubierta de mierda... Prefiero el olor de la asquerosa pipa de Cimorra. Cuando entro en la habitación, el agua de la tetera hierve y la pipa de Cimorra humea.

–¿Qué hay, Castro?

–Nada, que te levantes.

–Si es tempranísimo...

–Sí, pero hoy te toca fregar y barrer.

Una carcajada, y otra y otra más... Cimorra se ha puesto rojo... Uno de sus ojos se ha llenado de agua. El otro continúa impasible...

–¿Pero no te tocaba a ti?

–No.

Sigue riéndose. Al fin se levanta, se pone su viejo albornoz, que él cree que está impecable, y se dirige al lavabo... Oigo ruido del agua...

–Está helada.

–Ponte guantes.

Vuelve a reírse; yo también me río. Algo ha chocado violentamente contra el suelo. La voz de Cimorra se eleva en una maldición.

–¿Qué te ha pasado?

–Un vaso.

–¿El penúltimo?

–Sí, el penúltimo.

Me acerco al lavabo. Cimorra está inclinado sobre un reducido montón de cacharros. No sé en qué piensa o si piensa algo... Con su vieja pipa en la boca, con su elevada estatura y su deshilachado albornoz, me da la impresión de una estampa antigua...

–¿Cuál se ha roto, Cimorra?

–El tuyo.

Los dos soltamos la carcajada.

Tomo el único vaso que nos queda y me sirvo té. Cimorra se sienta enfrente de mí y me mira...

–Egoísta, no te da lástima.

Yo apuro mi té sin prisas. El pierde la paciencia y se levanta. Vuelve con una botella, echa en ella un poco de esencia de té, después el agua hirviendo, por último dos cucharadas de azúcar, tapa con el dedo la boca de la botella y la agita violentamente.

Nos reímos.

Ha terminado el desayuno. Ahora se levanta y sale al retrete. A los pocos segundos vuelve precipitadamente. Entra y como un loco comienza a dar grandes chupadas a la pipa. El humo nos envuelve... Me mira... Yo le miro y me sonrío...

Opto por no contestar.

–Se han llevado la tabla, la lámpara, la llave de la luz y han ensuciado todos los rincones... ¿Otro té, Castro?

Volvemos a «desayunar». Él vuelve a encender su pipa.

–¿Por qué no la limpias, aunque sólo sea una vez?

–Todavía tira.

Cimorra ha terminado de vestirse. Anda de un lado para otro sin saber qué hacer. Le miro. Quisiera decirle que se marchara... Pero no es necesario.

–Hasta luego, Castro.

–Hasta luego.

Un portazo hace estremecer los cristales de la puerta y ventanas. De Cimorra sólo queda su viejo albornoz tirado sobre la cama, y el insoportable olor de su pipa. Estoy sólo, sin tener que dialogar, sin nada que me distraiga. Las cuatro de la tarde.

En Moscú comienza a anochecer.

Como todos los días, cierro las ventanas cuidadosamente. Como tantas veces al día pongo la tetera con agua en el hornillo.

Y una taza de té, otra...

¿Qué dirá Cimorra cuando vea que he consumido tanto azúcar?

Unos golpes en la puerta: es Jesús Hernández.

Comenzamos a hablar de todo: los alemanes continúan avanzando; nuestros camaradas siguen haciendo la instrucción; en la Komintern silencio y espera.

Fumamos.

–¿Y tu salud, Castro?

–Ya va mejor.

–¿Irás pronto?

–Creo que dentro de dos o tres días.

Seguimos fumando.

Una noche más envuelve a Moscú.

Hernández se levanta. Un fuerte apretón de manos y otra vez el silencio y yo.

Los funcionarios de la Komintern han terminado su jornada. En el pasillo se oyen pasos... Y voces... Y minutos más tarde muchas mujeres en la cocina que guisan precipitadamente.

Unos minutos más.

Los funcionarios de la Komintern comen.

La habitación está fría, lo está el radiador, el ambiente.

Enchufó el altavoz... Y, como siempre, Radio Moscú repite lo que «Pravda» dijo por la mañana. Quizás dentro de un rato nos diga que los aviones alemanes se acercan.

Desenchufó el altavoz.

Sé que el hotel «Lux» se estremecerá; que el vigilante del piso abrirá la puerta, se detendrá ante mí, y que me dirá lo de siempre: «Camarada Castro, hay que bajar al refugio». Y sé más: que le contestaré como siempre: «Estoy enfermo,

camarada». Y que él repetirá: «A pesar de todo debe bajar». Y sé de antemano que volveré abajar a ese refugio que detesto.

Sentado en el viejo sillón pienso en todo esto y en muchísimas otras cosas.

¿Qué pasará en el frente?

¿Qué pasará en Taskhent?

¿Qué pasará en aquel pueblecito de la república alemana del Volga?

12 de octubre.

Un autobús cuarenta minutos... en la Komintern.

La Komintern está aprisionada por el silencio. Sus funcionarios por la conspiración. Yo por el no saber qué hacer.

Todo sigue igual. Solamente una pequeña novedad: Ibárruri considera como derrotismo el señalar la necesidad del segundo frente como condición indispensable para ganar la guerra. Para ella es dudar de la Unión Soviética y de sus fuerzas, de Stalin y del socialismo.

Cuatro días más.

Los alemanes prosiguen su lucha por la posesión de Moscú desde Kalinin a Kaluga.

Mientras tanto los hombres pasan como sombras por los pasillos de la ciudadela; las mujeres pasan como sombras por los pasillos del «Lux».

Nadie habla.

Sólo Radio Moscú.

Stalin ha llamado a Dimitrov y Manuilski. En el despacho de Dimitrov una importantísima reunión del Comité Ejecutivo de la Komintern. En el pasillo me encuentro a Togliatti.

–Hola, Ercoli.

–Hola, Castro... A propósito, creo que dentro de unos días saldrás de Moscú con Dolores para realizar un trabajo importantísimo...

–De acuerdo.

Él sigue hacia su despacho. Yo entro en el mío. Y me detengo delante del mapa de la U.R.S.S. El parte de guerra soviético dice que no están lejos. El parte alemán que están muy cerca. Dudo de los dos: ni están muy lejos ni están muy cerca: están cerca solamente.

El teléfono. Habla Dolores Ibárruri.

–Castro, ¿puedes venir a mi despacho?

Voy a su despacho.

–Castro, hay orden de recoger todos los materiales, de empaquetarlos y entregarlos.

–¿Se agrava la situación?

–No, solamente una medida de precaución.

–Claro...

Comienzo a sacar los papeles de los cajones; comienzo a hacer paquetes; los mandaderos suben y bajan sin tregua... Y varios camiones comienzan a llevarse miles de bultos.

¿Adónde? No sé. Sólo sé que es una medida de precaución.

¿Predominará la estrategia de Kutusov? No sé. Hernández tampoco sabe.

El Estado Mayor de la Revolución Mundial permanece encerrado en sus despachos; los colaboradores del Estado Mayor de la Revolución Mundial permanecemos encerrados en nuestros despachos.

Sobre Moscú nieva. Sobre la nieve, agua. Moscú está sucio. Los alemanes están cerca de Moscú. Y nosotros...

VIII

Las horas transcurren lentamente... Demasiado lentamente. Hernández y yo permanecemos horas y más horas encerrados en su despacho. Nos miramos.

Miramos el mapa. Volvemos a mirarnos. Volvemos a mirar el mapa... Y así una vez... Y así otra vez. Y muchas veces más uno y otro toma el teléfono y contesta a docenas de camaradas.

Siempre la misma pregunta...

–¿Qué hay, camaradas?

Y siempre la misma respuesta.

–Nada de nuevo. Cuando haya algo, ya os avisaremos.

–Salud.

–Salud, camarada.

19 de octubre. El parte de guerra del Buró de Información Soviético ha sido más explícito que otras veces... «las tropas alemanas han roto nuestras defensas». La sorpresa y el pánico han penetrado en la capital del nuevo mundo. En la Komintern, la conspiración se encarga de ocultar el miedo. En las fábricas,

el temor ha desencajado las caras. En la calle, el pánico camina del brazo de los transeúntes.

Y nadie dice nada, nadie sabe nada. Yo tampoco sé nada.

En mi habitación del hotel paseo de un lado para otro sin saber qué hacer. Cuento los pasos. Once. Veintidós. Cien. Mil pasos... La misma aritmética que en una cárcel.

Las diez de la noche... Se abre la puerta de la habitación y entra Pretel, miembro del comité central del Partido Comunista de España y diputado, creo que por Murcia.

–¿Qué hay, Castro?

–Nada, Pretel.

–Sin embargo...

–Pero Moscú no puede perderse.

–¿Continúan avanzando los alemanes?

–Al parecer, sí; pero creo que pronto se detendrán... Moscú no puede perderse.

Se va.

No sé si convencido o no.

El teléfono suena. Los compañeros de la fábrica «Stalin» me hablan. La dirección de la fábrica ha dado un mes de permiso a todos los trabajadores; los trabajadores han asaltado la clínica

de la fábrica y han comenzado a llevarse el instrumental. En algunos barrios extremos han comenzado los asaltos de los establecimientos de víveres...

En Radio Moscú, música de Tchaikowsky.

–Tened confianza... No pasará nada.

Y cuelgo el auricular.

Y descuelgo el auricular...

–Tened confianza... No pasará nada... Acordaos de Madrid. Me acuesto.

Y en la mesita que está al lado de mi cama, los cigarros y una taza de té. Y al lado de ella, la tetera. Y junto a ella, un cacillo de cobre con la esencia. Me dispongo a fumar. Y a tomar té... Y si puedo, a dormir.

A las once llega Cimorra. Me sorprende tanto su llegada, que sin saludarle le pregunto:

–¿Qué pasa?... ¿Cómo a estas horas?

–No hay nada que hacer.

–¿Qué dice el parte alemán?

–Que ya ven a Moscú desde sus observatorios. Suena el teléfono. Habla Hernández.

–¿Qué pasa por ahí, Castro?

–Nada, chico.

–¿Nada?

–Nada... Yo en la cama y Cimorra tomándose una taza de té.

–Hasta mañana, entonces.

–Hasta mañana, Jesús.

Cuelgo y vuelve a sonar el teléfono.

–¿Quién habla?

–Soy yo, Kety.

–¿Qué hay?

–Que prepares tus cosas... Sólo un maletín de mano...

–¿Cómo?

–Sí... Y dentro de diez minutos en la puerta del «Lux», en donde un autobús esperará.

–¿Quién da la orden?

–¡Dimitrov!

–¿Dimitrov?

–Dimitrov te digo, Castro.

–¿Seguro?

–Segurísimo... Dolores sale en este momento de Puskhin.

–De acuerdo.

–No te retrases, Castro.

Cuelgo y miro a Cimorra. Cimorra está más pálido que de costumbre. Ha comprendido.

–Sí, Cimorra, que prepare las cosas y baje a la puerta del hotel inmediatamente.

–¿De quién es la orden?

–De Dimitrov.

–¿Quién te la ha dado?

–Kety Rodríguez.

Nos miramos.

–¿Qué hago, Castro?

–Mi consejo es que salgas inmediatamente para la Radio y esperes. Son momentos de confusión y cualquier actitud precipitada, podría mañana acarrearle un serio disgusto. Me gustaría que vinieras conmigo, pero no me atrevo a proponértelo.

–Comprendo, Castro.

Comienzo a preparar mi maletín. No es un problema: tengo muy pocas cosas que llevar... Y las pocas que tengo, las voy guardando despacio, muy despacio. No quiero que Cimirra tenga la idea de que huimos. Un abrazo. Otro.

Y allí se queda Cimirra en medio del desconcierto. Empujado por el desconcierto bajo las escaleras. Y tropiezo con gente que corre. Me aturde el ruido de puertas que se abren y se cierran... Y ya envuelto por la noche..., ruido de aviones..., el estampido de los antiaéreos..., y una lluvia que va derritiendo la nieve.

Me acerco al autobús. La puerta se abre. Hoy no se pide el «propus». Y el autobús, lleno. Arranca... ¿Me esperaban a mí?... Y en seguida la ciudad en sombras: no funcionan los tranvías, ni los autobuses, ni los trolebuses...

No sé adónde voy.

¿Veinte o treinta minutos?

El autobús penetra en un mar de automóviles, de faros que se encienden y se apagan, de claxons, de gente que corre de un lado para otro con un gesto de angustia... Y maletas, bultos, baúles. Y encima de mí, nubes bajas a las que iluminan los reflectores de la defensa antiaérea. Y una lluvia menuda que cae sin interrupción. Y delante mismo de mí, una estación de ferrocarril.

–Camarada Castro, salga...

Salgo.

Y detrás de mí comienzan a descender hombres y mujeres, bultos y maletas...

Miller rompe la marcha. Vamos abriéndonos paso con enormes esfuerzos. Y en la sala de espera una multitud que se agita, que grita, que corre sin saber adónde: el mundo socialista se ha vuelto loco. Nosotros pasamos. Miller parece el espolón de un rompehielos. Una pequeña salita.

–Aguarden aquí, camaradas.

Aguardamos.

Comienza a llegar más gente: los de ayer, los de mañana, los de siempre. Y yo sentado sobre mi pequeño maletín, fumando y fumando. En torno a mí, gentes. Y por todos los lados, maletas, baúles, bultos atados precipitadamente con cuerdas nuevas.

Otra vez la voz de Miller.

–Que los hombres vengan conmigo para transportar los equipajes. Sigo sentado sobre mi maletín. Le miro sin dejar de fumar.

–¿Camarada Castro?

–¿Camarada Miller?

–Hay que traer los equipajes.

–¿No era la orden de que un maletín por persona?

–Sí, pero...

–Estoy sentado sobre mi maletín.

Miller se va. Y al poco rato comienzan a llegar gentes cargadas con bultos y respirando ruidosamente.

Las miro sin moverme... Al parecer, están todos y todas las cosas. La voz de Miller se oye ordenar de nuevo.

–¡Vamos, camaradas!

En fila llegamos hasta el andén. En cada ramal, un tren. Gente que busca y grita. Gente que corre... Miller se ha detenido. Recorre los trenes con la mirada. Se vuelve y nos mira.

–¡Vamos, camaradas!

Y todos delante de un tren. Me salgo de la fila: en una mano, el maletín, en la otra, el último cigarro.

¡Los nervios del estado mayor se han roto! Se empujan unos a otros... Pero los primeros llegaron hace mucho tiempo.

Miller me mira.

Le miro.

–Espere un momento, camarada Castro.

El recuerdo de Madrid ha venido hasta mí. Al principio lo he remedado con una sonrisa. Recordando no me he dado cuenta que el cigarro empezaba a quemar mis guantes.

Nubes bajas. Lluvia. Círculos de luz en las nubes. Ruido de aviones. Estampidos.

Voces y gritos.

Y una mano en el bolsillo de mi pesado abrigo. Y otra mano sosteniendo mi pequeño maletín.

Han entrado todos...

–Camarada Castro, puede entrar.

–Gracias, camarada Miller.

El vagón está a oscuras. Voy avanzando poco a poco. Mi pequeño maletín va golpeando gente y cosas...

Busco un asiento... Me río... España es la cola de Europa... Ahora oigo hablar en español...

–¡Hernández!

–¡Castro!

–¡Aquí estoy!

–¿Dónde? ¡Me c... en...!

–¡Aquí!

Tropezamos. Detrás de él, Pilar; detrás de Pilar, los hijos de Dolores; y detrás de los hijos de Dolores, Antón... Nos agolpamos en medio del pasillo.

–Por favor, camaradas, dejen pasar.

–¡Mierda!

–Camaradas españoles, aquí tienen un sitio.

Es Blagoeva. Miramos. No vemos nada. Avanzarnos hacia donde ha sonado la voz. A nuestro paso, la gente protesta en todos los idiomas...

–Camaradas españoles...

Su voz ha sonado a nuestro lado.

–Estamos aquí.

En este momento, una empleada del ferrocarril enciende unos farolillos de petróleo. Era más agradable la oscuridad; ahora todo son sombras que se mueven de un lado para otro, que se agitan, que se doblan, que aparecen y desaparecen, que se reducen y se agigantan. Y ahí, un poco más lejos de donde estamos nosotros, Blagoeva, Bielov con su familia... Hay unos asientos vacíos que antes aguantaban el voluminoso equipaje de no sé qué opulento revolucionario ni de qué país. Y por fin nos dejamos caer en unos asientos de madera... Y un poco apretados, nos damos cuenta que cabemos los seis.

–¿Quién tiene tabaco?

Hernández saca una caja de cigarros. Fumamos y miramos al andén en donde la gente corre y grita.

–¿Cómo has llegado hasta aquí?

–Cuando tú dejaste de hablar, me llamó Kety. Orden de Dimitrov.

–¿Y tú? –le pregunto.

–Por casualidad.

Noto que Hernández no quiere hablar, que está irritado, y me abstengo de preguntar. La presencia de Antón es la causa del silencio de Hernández. Pero quiero saber...

–¿Y Dolores?...

–Salió a las diez de la noche... Con Dimitrov...

Comprendo todo. La precipitada llegada de Hernández con los demás, lo reducido de su equipaje, indican que no faltaron las anomalías en su salida de Puskhin, pero no quiero insistir, prefiero aguardar a que Hernández me lo cuente.

–¿Cuándo saldremos? –pregunto a Rubén, el hijo de Dolores.

–Nadie sabe nada.

Nos callamos. La gente, sin la inquietud ya de perder el tren, sin la inquietud de no encontrar asiento, se ha tranquilizado. Algunos han comenzado a desenvolver paquetes, otros han

abierto maletines y todos comienzan a comer. En el andén, millares de gentes que corren y gritan...

–Si queréis –dice Pilar–, podemos tomar un poco de leche condensada... A última hora pude conseguir cuatro botes.

–Sería mejor esperar –responde Hernández.

Y esperamos.

Habituado a esta semioscuridad, comienzo a ver sin trabajo. Sí, el vagón es uno de los trenes eléctricos que hacían el recorrido desde la ciudad a los pueblos cercanos. Es un vagón corrido, con asientos de madera. Su cabida normal parece ser que es de unas cien personas: creo que ahora vamos unas doscientas y baúles, maletas y muchos bultos. Sólo los españoles llevamos maletines. Sin duda, seguimos siendo los últimos románticos de la Revolución Mundial. Hago un esfuerzo por sonreír...

Ha cesado la alarma.

En el andén, la gente se ha sentado sobre los equipajes y sobre ellos cae una lluvia menuda... Y una enorme tristeza en esta madrugada de octubre envuelve todo.

«... los alemanes han roto nuestras defensas...».

No sé lo que pasará en Moscú, pero el hecho de hacer pública una noticia de tal gravedad, de que en las principales fábricas hayan dado permisos a los trabajadores y de que se hayan producido no pocos asaltos a los establecimientos de

viveres, me hacen suponer que algo grave está fallando en lo que parecía inconmovible.

En el vagón, la luz macilenta de los dos faroles de petróleo. Alguna que otra sombra. El ruido de gente que mastica. Y nuestro gran aislamiento. ¿Qué pasa?

Lo sabremos después... Ahora sólo puede saberse una pequeña parte de lo que pasa.

—¿Tienes otro cigarro, Hernández?

—Toma.

Vuelvo a fumar. En nuestro grupo nadie habla: cada cual dialoga consigo mismo. Y las horas van pasando lentamente y el asiento de madera empieza a martirizarnos... Y los seis, sentados y rígidos y sin casi poder movernos. Y oyendo masticar a los funcionarios del Estado Mayor.

Las cinco de la mañana.

Un violento estremecimiento ha sacudido el tren.

Y van pasando gentes, luego casas, ahora árboles... Y Moscú, cubierto de barro y de miedo, queda allí... Allí... Más lejos aún... Mientras el estado mayor de la revolución mundial avanza hacia los Urales.

Comienza a amanecer. Hernández y yo nos levantamos de los asientos y salimos hacia la plataforma delantera. Ha sido un

movimiento instintivo: ¿Estirar las piernas?... No... Hernández quiere hablar... Yo quiero hablar sin testigos.

–¿Qué ha ocurrido, Hernández?

–Una vergüenza, Castro. La vieja tomó su automóvil, cargado de maletas y baúles, y salió de Puskhin como una loca, dejándonos allí tirados, sin saber lo que pasaba y sin medios de comunicación.

–¿Y cómo pudisteis salir?

–Andando era imposible abandonar Puskhin. Nieve, barro, frío y sin conocer los caminos. En estas condiciones, cualquier intento hubiera sido una locura... Logré, al fin, comunicarme con «el Tenebroso» y le expliqué nuestra situación. Envió un coche, que nos trajo hasta la estación... De otra manera, todavía estaríamos en Puskhin.

–Lo que para mí es incomprensible es este derrumbe, esta fuga...

–Cierto.

–Peor que Barcelona.

–Sí, bastante peor.

Hernández calla. Fuma y fuma y ambos miramos el triste paisaje que ante nosotros desfila.

–La vieja es capaz de elegir entre sus hijos y sus cosas... Es capaz de todo...

–¡Qué asco!

Callamos. La gente comienza a acudir al lavabo. Nosotros, pegados al cristal de la portezuela, miramos los campos cubiertos de nieve. Es más agradable que mirar al interior.

Regresamos a nuestros asientos.

El contacto con el agua ha abierto a las gentes las ganas de comer. Y comienzan a desenvolverse paquetes... Un austríaco gordo, que está a nuestra izquierda, ha abierto un maletín. Nuestros ojos se han abierto más de lo normal. En el interior del maletín, como el muestrario de un representante de una fábrica de conservas, numerosas cajas de todas clases y de todos los tamaños, colocadas cuidadosamente. Frente al austríaco, una alemana, joven y guapa, mira...

El hombre gordo contempla su despensa. Luego toma una de las latas y la mira cariñosamente. Nosotros también la miramos cariñosamente; la alemana también la mira cariñosamente... Ahora pone la lata en las manos de la muchacha. La muchacha está emocionadísima. El austríaco, mientras tanto, ha cerrado cuidadosamente el maletín y con una gran delicadeza lo ha colocado debajo de su asiento. Ahora quita de las manos de la muchacha la lata. De su bolsillo saca una de esas navajas alemanas que tiene de todo y va abriéndola con mucho cuidado. Un olor a salmón llega hasta nosotros... Tengo seca la boca y me duelen los ojos de mirar tan fijamente... Ahora se la acerca a su nariz y aspira el olor con verdadero deleite... Ahora

saca pan y parte dos grandes rebanadas... Primero se sirve él; ahora sirve a la muchacha...

Y comen.

Él la mira sin dejar de masticar, ella, sin dejar de masticar, le mira y le sonrío cariñosamente.

Es linda la muchacha...

Mastican y mastican... Yo trago saliva y para mis adentros maldigo muchas cosas. Dejo de mirarlos. Miro hacia otro lado. Bielov reparte entre sus familiares grandes pedazos de pan blanco... Ahora embutido... Ahora la familia Bielov mastica con el mismo ritmo que he visto moverse a los hombres en la Plaza Roja.

Al otro lado también comen.

Todos comen.

Los españoles, mientras tanto, meditamos: somos un pueblo de pensadores hambrientos... Hasta ahora sólo hemos tomado agua: los botes de leche condensada los guardamos como un tesoro: se habla de que el viaje durará, como mínimo, siete días...

Segundo día de viaje.

El austríaco come. La alemana come. El austríaco da de comer regularmente a la alemana joven y guapa y la alemana guapa y joven le sonrío mimosamente, se deja tocar

groseramente los muslos, y cuando él quiere dormir, ella coloca la enorme cabeza de pelo enmarañado sobre su regazo.

La familia Bielov come.

Blagoeva y su hermana comen.

Pero...

Sí, además de comer, Blagoeva mira: es el único funcionario de la Komintern que está de servicio... Y al fin ha visto... Y ahora se acerca lentamente hacia nosotros.

–¿No comen, camaradas?

–Sólo tenemos cuatro botes de leche condensada, que hay que conservar para los días que nos restan: cuatro botes, seis personas, y se dice que siete días de viaje... No es mucho...

Blagoeva se ha quedado pensativa. Un buen funcionario siempre que oye algo, debe quedarse un momento pensativo. Ha regresado hacia su asiento. Ahora se levanta otra vez y habla con Bielov. Y viene hacia nosotros. Y en sus manos trae un enorme pedazo de pan...

–Coman, camaradas, coman...

Pilar reparte el pan. Cuando cada uno de nosotros tiene en sus manos la ración correspondiente, saca un bote de leche condensada, le hace dos pequeños agujeros y en el pan que cada uno sostenemos va dejando caer un poco de crema... Seis dedos extienden el líquido sobre seis pedazos de pan... Seis

dedos entran en seis bocas... Y seis bocas muerden afanosamente seis pedazos de pan...

Y ahora fumamos.

Tercer día de viaje.

Hemos llegado a la estación ferroviaria de Kasan. Los aviones alemanes han dejado en esqueleto las casas de ladrillo; las de madera, convertidas en un montón de astillas. A pesar de todo, la gente ha respirado: muchos pensaban que una de las puntas de la tenaza alemana sobre Moscú podía muy bien haber llegado a esta pequeña estación...

He encendido un cigarro.

Mucha gente, en varios idiomas, me grita violentamente.

–Estamos en guerra.

–Una luz cualquiera puede atraer a los aviones alemanes.

–¡Qué gente más indisciplinada son estos españoles!

Sigo fumando. Ahora miro hacia los restos de la vieja estación. Una pequeña lámpara eléctrica ilumina un montón de ruinas y a unos hombres muy abrigados que dan golpes en los ejes de los vagones.

Sigo fumando. Cuatrocientos ojos me miran con rencor. Yo miro el humo que se eleva lentamente en este vagón que huele a tantas cosas.

Cuarto día de viaje.

Mis cinco compañeros de asiento están pálidos; yo debo estarlo también. Los seis llevamos cuatro días viajando rígidos, tocándonos constantemente las piernas, pidiéndonos unos a otros permiso para estirarlas un poco... A Rubén, el hijo de Dolores, herido gravemente en un hombro los primeros días de la guerra, le han hecho hoy la primera cura: agua caliente y un trozo de gasa de su misma venda..., y otra vez a vendarle. Por la noche, él y su hermana, incapaces de resistir más en esta postura que se prolonga durante cuatro días, se han acostado en el suelo, debajo de los pies de un viejo terrateniente rumano convertido hace tiempo en un revolucionario rumano, es el representante en la Komintern del Partido Comunista de su país.

Durante la noche he oído varias veces quejarse al muchacho y protestar violentamente al viejo.

Comenzamos a comer un poco mejor: en algunas estaciones, los campesinos bajan a vender sus productos. Venden pollos cocidos, leche y frutas secas. Lo cobran diez veces más caro de su valor normal, y si pueden cobrar por anticipado y dejar que parta el tren sin haber dado la mercancía, lo hacen gozosos... La guerra es la guerra... Y en la guerra, los que no combaten, sueñan con no combatir y hacer negocios: ocurre en Inglaterra, en Estados Unidos de Norteamérica... Y ocurre aquí, en el llamado país del socialismo... En los otros países parece ser que se hacen millonarios; aquí, al parecer, millonarios no, pero ricos sí... Y estos campesinos realizan su comercio delante de los milicianos con la misma tranquilidad que un millonario

pueda hacer sus transacciones en la bolsa de Londres o en la de Nueva York.

Antón es el que compra y el que paga. Yo sólo tengo cuarenta rublos, que quiero conservar; no sé lo que llevará Hernández...

Llevamos seis días de viaje. Blagoeva me ha dicho que tardaremos cinco días más en llegar... Creo que el viaje está volviendo loca a esta pobre vieja... Mientras tanto, no sabemos qué pasa en el mundo, a pesar de que sabemos que algo grande está pasando; no sabemos qué pasa en los alrededores de Moscú... Sólo sabemos que marchamos y marchamos hacia Ufa, la nueva residencia de la Komintern; que los campesinos elevan cada día más los precios y que cada vez nos duele más el cuerpo.

Siete días de viaje.

Y cada día, veintidós horas sentado.

Ocho días de viaje.

Me acuerdo del «Lux», de mi habitación, de Cimorra... Y de vez en cuando pienso que aún nos quedan varios días de viaje.

El vagón parece ya una casa de locos. Kronner, que después había de ser alcalde de Praga, pero que ahora sólo es el representante del Partido Checoslovaco en el Socorro Rojo Internacional, ha tenido una breve, pero violenta discusión con Hernández... No sé el motivo... A lo mejor ni ha existido un motivo... Ellos llegaron de los últimos y sólo encontraron el

suelo de una de las plataformas a la que constantemente acude la gente... El hijo de un famoso abogado checo, que intervino en el proceso de Dimitrov, en Alemania, sufre constantemente ataques epilépticos y se agita con violencia en el suelo; el famoso abogado mete sus dedos en la boca de su hijo para evitar que se muerda la lengua o que la lengua le ahogue; la madre llora en silencio mirando una vez al hijo y otra al padre. Blagoeva parece un monstruo; su hermana, un cadáver; el austríaco gordo, un cerdo, y la muchacha alemana, menos guapa que otros días. La gente casi no se lava; nadie se peina. Unos aprovechan las paradas para bajar y hacer sus necesidades; otros ante el temor de que el tren pueda partir sin ellos, aprovechan las noches para ir a llenar de porquerías la plataforma posterior.

Todos estamos nerviosos.

Nadie aguanta a nadie.

Nadie somos nadie.

Por las noches, en este vagón da espanto, la gente ronca brutalmente, grita en sueños y en sueños habla; Rubén se queja y su hermana le empuja para tener más espacio. El hombre gordo trasnocha; la alemana joven y guapa, trasnocha. Cuando creen que la gente está dormida, les oigo hablar en voz baja; luego él se levanta y se va hasta la plataforma que la mayoría de los viajeros ha convertido en retrete público; luego sale ella. Cuando regresan, él respira con dificultad, ella respira con dificultad; ambos restriegan una y otra vez la suela de sus zapatos contra el suelo y hasta mí llega un penetrante olor a

sudor y excrementos. Cuando la fatiga de ambos desaparece, él abre su maletín, saca una nueva lata de conservas, la abre, reparte y comen... Y al olor de sudor y excrementos, sucede un agradable olor a salmón.

A estas horas de la noche la muchacha ya no le paga con sonrisas ni deja sus muslos al alcance de las manos austríacas. Parece ser que esta última comida el austríaco se la cobra por adelantado. Sin embargo, él deja reposar su cabeza sobre el pecho de ella y ronca durante varias horas seguidas... Y ella duerme con la boca abierta y de vez en cuando, al sentir el peso de la cabeza de él sobre uno de sus senos, se escurre delicadamente.

Diez días de viaje: Kuibishev.

Nos falta poco para llegar a Ufa... Ya nos es lo mismo... La gente ya no habla, ya no grita... Las salidas nocturnas del austríaco y la alemana a la plataforma trasera ya no son tan frecuentes.

Todos estamos cansados.

Los que comen mucho y los que comemos poco.

Pilar sigue administrando cuidadosamente la leche condensada. Según mis cálculos, queda bote y medio; Hernández sigue sacando cigarro tras cigarro. Cuando saca un nuevo paquete y le miro, sonrío. Sin ellos dos el viaje hubiera sido un tormento.

Once días de viaje. De un momento a otro llegaremos a Ufa. La gente mira y mira por las ventanillas con la esperanza de ver las primeras luces de la ciudad. Yo ya ni miro. El tiempo ha perdido su valor; el cuerpo, la sensibilidad. Llegar o no llegar es lo mismo. Me he convencido de que no somos nada, de que no hacemos nada. ¿Qué más da entonces vivir aquí, en el vagón, o en una ciudad cualquiera de los Urales?

¡Luces! ¡Luces! Sí... ¡Luces!

Doscientas cabezas intentan pegarse a los cristales de las ventanillas... ¡Ufa!... ¡Ufa!... ¡Ufa!...

Una estación en las faldas de un pequeño monte. Y por el monte, desperdigadas, cien, doscientas, trescientas luces en la noche, no sé cuántas... Y las cien, doscientas, trescientas luces en la noche, no sé cuántas, se convierten en cien, doscientas, trescientas casitas, no sé cuántas, de madera, cuyas chimeneas apenas echan humo.

–Hay que esperar, camaradas –dice Bielov.

Y esperamos.

IX

España sigue siendo la cola de Europa.

Al fin abandonamos el tren. Son las siete de la tarde. En la estación, como en todas las estaciones rusas, cientos de gentes echadas sobre sus bultos o en el suelo. Y como toda la gente que he visto esperar en la U.R.S.S., con una quietud que haría creer que están muertas si de vez en cuando no abrieran los ojos o no se metieran una mano entre las ropas para rascarse furiosamente. Y como en todas las estaciones rusas, un gran retrato de Lenin y otro de Stalin. Y como en todas las estaciones rusas, unas cuantas banderas rojas desteñidas...

Y como siempre, en caravana. En caravana por un mar de lodo, en caravana hacia un tranvía. Y el tranvía por la calle de Lenin.

Sí... Aquí es... Nos bajamos delante de un edificio de ladrillo rojo, de un piso: es una escuela. Esto será nuestro lugar de trabajo, nuestro «hotel», será todo para nosotros no sé por cuanto tiempo... Dentro los de ayer, los de hoy, los de mañana... Y España, como siempre, la cola de Europa... El espíritu de conquista se ha impuesto a los principios de la solidaridad humana, de la igualdad, del internacionalismo proletario. Los que han llegado primero han elegido el mayor y

mejor espacio... Maletas y bultos indican los lugares que ya tienen propietario en el país donde la propiedad privada ha sido abolida...

De los seis españoles que hemos llegado, sólo yo viviré aquí. Dolores, que llegó varios días antes que nosotros, tiene dos habitaciones en el «Hotel Baskiria». Sus hijos y Antón, naturalmente, irán a vivir con ella. Hernández y su mujer pasarán la noche en este hotel, para salir al otro día para Kuivichev, en donde Dimitrov ha instalado sus oficinas.

Primero recorro la planta; luego subo al primero y único piso que tiene el edificio. Vuelvo a bajar, vuelvo a subir, paso de una habitación a otra, miro a unos y otros y de vez en cuando, cuando me canso, dejo el maletín en el suelo y me recuesto en la pared.

Veo pasar a Wasmatter, un suizo que estuvo en España como instructor de la Komintern allá por el año 1932. Su presencia despierta en mí enormes deseos de saber lo que está pasando...

Pregunto.

Responde.

–Ha sido contenido el avance alemán sobre Moscú; ha comenzado a reclamarse a Inglaterra la apertura de un segundo frente en Europa; Timochenko ha sido sustituido por Zhutcov; Vorochilov y Budiony han sido enviados a la retaguardia, a organizar las reservas; los alemanes han ocupado Jarkov, De otras noticias, no me acuerdo.

–¿Todo?

–Sí, todo lo que yo sé.

–Gracias, camarada.

Sigo paseando de un lado para otro, con mi maletín en la mano. No sé qué hacer ni con quién hablar. Tengo ganas de poderme echar, pero ¿adónde?... Sigo paseando, sigo recostándome de vez en cuando en cualquier pared... Sigo y sigo... El maletín pesa cada vez más... El abrigo pesa más que nunca... ¿Hasta cuándo así?

No lo sé.

Sólo sé que la Komintern es esto: doscientas personas concentradas en una escuela de la ciudad de Ufa; muchas maletas, muchos bultos, muy pocos maletines y muchos espacios acotados.

¿La guerra?... Aquí no importa la guerra. ¿El socialismo?... Aquí no importa el socialismo. ¿La revolución?... Aquí nadie se acuerda de la revolución. Aquí sólo preocupa conseguir una habitación en el hotel «Baskiria» y, si esto no es posible, lograr al menos un lugar espacioso en esta espaciosa escuela...

Una mano me ha cogido del brazo: es Vilkov.

–¿Tiene usted lugar?

–No.

–Venga conmigo.

Hemos caminado hasta el final del pasillo. Ha abierto una puerta y hemos entrado en una gran habitación: en el suelo muchos colchones, lujosos edredones, mantas y blanquísimas sábanas y muchas personas moviéndose de un lado para otro; y voces en muchos idiomas...

–Aquí dormirá usted, camarada.

–¿Ahí?

Vilkov me ha señalado un rincón. No hay colchón, ni edredón, ni sábanas, ni manta...

Sólo el suelo.

–¿Ahí? –insisto.

–Sí.

–¿Y algo de eso?... –le digo señalando todo lo que está extendido en el suelo.

–¿No ha traído usted nada?

–Dijeron que sólo un maletín.

Vilkov ha sonreído. Luego me ha mirado y señalándome el suelo y el rincón me ha dicho suavemente.

–Ahí, camarada... Ahí.

No he querido discutir más. He puesto el maletín en el suelo a modo de almohada y sin quitarme el abrigo me he acostado.

No tengo colchón. Ni manta. Ni tabaco. Sólo cuarenta rublos.

Miro al techo. Ahora a mis compañeros de hospedaje. Ellas se desnudan: las veo desnudas. Ellas se ponen pijamas y camisones de seda. Ellos se desnudan: los veo desnudos. Ellos se ponen pijamas de corte inglés, francés, alemán o ruso. Los veo con pijamas. Hablan, ríen y se van acostando lentamente.

Y una lámpara alumbra todo.

Desde hoy podré explicar cómo son las mujeres y los hombres de casi toda Europa.

Estoy entre la muchacha alemana y la pared. La muchacha alemana está al lado del hombre austríaco.

Se abre la puerta y entran Hernández y su mujer. Vienen a despedirse. De madrugada saldrán para Kuivichev. Me dejan una manta nueva que lograron sacar de Puskhin. Hernández me regala un montón de cigarrillos suecos que al romperse el paquete en que venían se han mezclado con polvos de jabón para lavar la ropa.

Nos despedimos. Se van.

La alemana joven se levanta y apaga la luz.

Por la rendija de la puerta entra un indiscreto fulgor que alumbra débilmente nuestro recinto. Yo fumo. Fumo y escupo

violentemente contra la pared. El tabaco sabe a jabón. La lengua me pica. Vuelvo a escupir.

El austríaco se ha arrimado a la alemana. Otros se han arrimado a otras. Y sigo fumando. Las conversaciones han ido sustituidas por los cuchicheos. Oigo besarse y reír... Enciendo otro cigarro. La alemana abraza al austríaco... Más lejos, oigo suspirar.

Enfrente de mí veo agitarse dos sombras. De buena gana me levantaría a encender la luz. Sería un gran espectáculo.

Me acuerdo de Barbusse. No me refiero a aquella magnífica definición: cabeza de sabio, rostro de obrero y traje de soldado. No me refiero a eso. Me acuerdo de «El Infierno». Él le vio por un agujero. Yo le estoy sintiendo por todos lados, por todas las partes de mi cuerpo...

Al fin comienzan a terminar.

La muchacha alemana sale... No ha debido encontrar el retrete porque la oigo orinar con violencia muy cerca de la puerta de la habitación. Cuando regresa y abre la puerta, una ráfaga de luz ilumina todo...

Otra vez la oscuridad.

Y otra vez la impresión de que treinta asmáticos me rodean.

Al fin llega el sueño.

Me despierto.

Fuera comienza a amanecer.

Fumo y miro.

El austríaco ronca sobre un seno alemán. La hija de Pieck besa violentamente a su chófer. Una mecanógrafa suspira dulcemente, abrazada a un subalterno de Blagoeva. Una finlandesa los contempla sin pestañear. Y una muchacha judía, muy jovencita, se queja dulcemente de las caricias de un joven alemán.

Me levanto. Me duelen el cuello y la espalda. Salgo. Y comienzo a pasear por el largo pasillo mientras fumo y escupo. Mi primera noche en Ufa ha terminado.

X

¡Ufa!...

¿Por qué me acuerdo de Chapaiev?... Mi angustia quiere esconderse en el ayer. Quiere encontrar otra ilusión. Y muchas veces, con la frente pegada a los cristales de cualquiera de las ventanas que dan a la calle de Lenin, evoco el período de la guerra civil... Me atrae el ayer. Me atrae con una insistencia torturante. Y es que el hoy me dice menos. El ayer era un pueblo en lucha: un fantasma había dejado de serlo y Europa se estremecía bajo las notas de «La Internacional». Se hacía la revolución en un país inmenso. Se hablaba de la revolución en todos los países del mundo. Mientras que hoy... Ufa...

Hoy he caminado por la calle de Lenin. Es larga. Tan larga como la ciudad. Y a un lado y otro, casas de madera. Una monotonía de casas de madera que sólo rompen dos o tres edificios modernos: el «Hotel Baskiria», la Casa de Correos y el edificio del Consejo de Comisarios del Pueblo... Tres o cuatro tranvías, que parece van a desarmarse de un momento a otro, recorren durante todo el día la calle de Lenin. Y la calle de Lenin cortada por numerosas calles que parten de la misma estepa y van a morir en el río. Y sólo una pequeñísima parte de la calle de Lenin y el comienzo de la calle en donde está el edificio del gobierno, asfaltadas; y otra pequeñísima parte

empedrada. Y el resto con la rodada profunda de carros y carros que pasaron y enormes baches que disimula el barro y otros que disimula el agua.

Estoy en la República de Baskiria.

Hombres y mujeres muy bajitos, en cuyos rostros hay tanto de árabe como de asiático.

He regresado a «nuestro» edificio. Doscientas personas andan de un lado para otro. Unos cuantos hombres del país descargan de varios camiones y carros, planchas de madera... Muchas mujeres se peinan en los pasillos. Los hombres pasan de un lado para otro muy despacio, mirándolas de arriba abajo y hablando en voz baja con muchas de ellas. Yo permanezco horas y horas sentado sobre el maletín. Cuando la gente se recluye en las habitaciones, bajo al patio y lavo mi ropa. La frialdad del agua se clava en mis manos. Y otras veces coso y recoso mis únicos pares de calcetines.

Vilkov ha pegado un pequeño cartel a la entrada de la puerta principal: a las siete tendremos reunión en una gran habitación que hay en el primer piso.

Todos en la gran habitación. Y Togliatti en una improvisada tribuna. Vilkov leyendo una interminable lista de personas que han de construir los dos presidiums obligatorios. Y más aplausos que nunca cuando se pronuncia el nombre de Stalin; más aplausos que nunca cuando se pronuncian los nombres de los demás miembros del Buró Político del Partido Bolchevique; más aplausos que nunca cuando se pronuncian los nombres de Dimitrov y Manuilski...

Y todos escuchando.

Y Togliatti... Un Togliatti más concentrado que nunca. Que mira a todos. Que comienza a hablar...

Y todos que miramos al que habla, que escuchamos lo que dice. Y dice:

«Camaradas: el espectáculo dado por los trabajadores de la Komintern a su salida de Moscú ha sido una verdadera vergüenza. Hemos de reconocer que hemos estado muy lejos de imitar al pueblo de Madrid en sus heroicas jornadas del 7 de noviembre de 1936... Ni cuando la evacuación de Cataluña, a pesar de que los aviones ametrallaban las carreteras, he podido ver escenas como las que hemos podido presenciar en el aparato de la Komintern. Una vergüenza, camaradas, una verdadera vergüenza...».

En los ojos de todos una expresión de miedo.

En la voz de Togliatti, monotonía.

Y en mí, ganas de que la reunión termine.

«Camaradas: quiero comunicaros también que en la nueva situación la Komintern se verá obligada a reducir su aparato. Claro es que la Komintern no dejará abandonados a sus antiguos colaboradores, que ahora no necesita: les buscaremos trabajo en la ciudad o en las aldeas próximas hasta que de nuevo necesitemos sus servicios».

En los ojos de todos, una expresión de espanto.

Y termina la reunión.

En los pasillos, corrillos, que discuten en voz baja; en las habitaciones, grupos que hablan en voz baja, algunas mujeres que lloran adivinando lo que las espera.

Y algunos hombres que pasean silenciosos, temiendo lo que pueda venir. Aquí el mañana es siempre una incógnita.

Nos vamos recluyendo en nuestras habitaciones. Extiendo mi manta en el suelo y me siento sobre ella. Me entretengo, mientras llega la hora de acostarme, en deshacer los cigarros que me diera Hernández y en procurar quitarles el polvo de jabón que casi impide fumarlos... Echenique y su mujer, que vienen a verme, interrumpen mi trabajo. Echenique, el hombre que estudió en Francia para cura, es como casi la mayoría de los vascos: alto y delgado y de afilada nariz. Habla muy rápido, salpicando al que tiene enfrente, si éste no ha tenido antes la preocupación de apartarse un poco, y agita los brazos como si fueran las aspas de un viejo molino. Su mujer es rusa. Tan alta como él y muy linda. Sin embargo, es un poco hombruna. Ha seguido a Echenique desde Moscú, a pesar de la orden de movilización. Y Echenique me pide consejo para evitar que los separen. Es demasiado pronto para que pueda decirle algo concreto: ni yo mismo sé cuál será mi próximo destino. Se marchan.

Yo sigo intentando separar el polvo de jabón del tabaco. Y llega la segunda noche.

La habitación ha vuelto a convertirse en un gran dormitorio. De nuevo se han extendido los colchones... Y se desnudan ellas.

Y se desnudan ellos... Y salen y entran ellas... Y salen y entran ellos... Pero hay algunos cambios. Con las mismas gentes de ayer se han formado nuevas parejas... Y mientras que ayer esperaron a que la luz fuera apagada para pasarse unos a las camas de otros, hoy cada cual sabe de antemano su destino.

Yo estoy solo. El austríaco está solo. Nadie más está solo.

Se han olvidado de Togliatti y de sus palabras. La inquietud del mañana aumenta los deseos en todos. Y...

Hoy estamos de mudanza. La escuela será el Instituto Científico 205. En ella trabajará la Komintern. Y un poco más lejos, a unos cincuenta metros, en una antigua escuela técnica, se ha comenzado a instalar una vivienda colectiva. Sus tres pisos se han llenado de gente. Las pocas habitaciones independientes han sido ocupadas por esos funcionarios que tienen la ventaja sobre los demás de saber antes que nadie lo que va a ocurrir.

Me han instalado en una habitación inmensa. A mi lado está colocado Brandao. Hemos barrido un poco el suelo y ambos hemos extendido nuestras mantas y colocado como almohadas, yo mi maletín, él, un bulto de ropa. Sobre nuestras cabezas hay una gran ventana que da a la calle de Lenin; enfrente de nosotros, la puerta. Van entrando muchos hombres. Sí, esta habitación será para treinta hombres solamente. Dos estamos instalados ya. Veintiocho se están instalando, sacando de sus maletas numerosas cosas.

Es imposible dormir: nos limitamos a mirar cómo entra y sale la gente; cómo unos y otros van organizando su espacio. No hacemos comentarios, por lo menos comentarios en voz alta.

Regreso al Instituto Científico 205. Ya se han distribuido las habitaciones: en el primer piso, a la derecha de la escalera, están situados los despachos de Manuilski, de Togliatti y de Marty. En la habitación que hay enfrente de la escalera estaremos los españoles, algunos italianos, algunos checos y dos o tres alemanes. Pieck y Florín se instalarán en la planta baja, la sección de cuadros también. No sé todavía dónde colocarán a los demás.

En una pequeña habitación están montando un pequeño buffet. Y en los sótanos, varios hombres sucios y mal vestidos pintan una gran sala, mientras otros acuchillan el piso de madera: parece ser que aquí instalarán el comedor. No sé todavía qué es lo que tengo que hacer, si es que tengo que hacer algo. No he visto ni a Dolores, ni a Antón, ni a los hijos de aquélla.

Ya de noche regreso a «nuestra» vivienda.

Se han abierto definitivamente los equipajes: hay de todo. Las mujeres no sólo están bien peinadas sino que es difícil que alguna de ellas carezca de pintura de labios... Y huele a perfumes... Y sobre unas pequeñas mesas hay infiernillos en los que hierve el agua... Y van pasándose vasos de té o de café, de un lado para otro.

Y entran y salen mujeres. Y entran y salen hombres. El ajeteo parece no tener fin.

Sólo yo no entro ni salgo. Permanezco sentado sobre mi manta, apoyando mi codo sobre el maletín y contemplando este ir y venir; viendo a las mujeres y a los hombres, dialogando conmigo mismo y a veces sonriéndome de lo que veo y de lo que pienso.

A veces esta casa me parece una gran casa de citas. A veces un inmenso estercolero. A veces nada.

Brandao llega.

–¿Camarada Castro?

–¿Qué hay, Brandao?

–Mucho frío, un frío terrible.

–Sí, mucho frío.

Ha extendido su manta y se ha echado. Con el abrigo se ha tapado el cuerpo, encogiéndose todo lo posible para poder cubrirse la cabeza. No sé si duerme o piensa. Brandao, que insistentemente me ha dicho que es indio, guarda para sí sus mejores pensamientos.

Yo intento dormirme. Pero es difícil. Hay muchas gentes y hablan todas. A los hombres se han unido muchas mujeres; a unos, sus propias mujeres, a otros, otras. Y a otros las mujeres de otros. Hasta ahora permanecen sentadas sobre el borde de los camastros, fumando o tomando café o té. No sé cuánto durará esta tranquilidad.

Poco.

Muy poco.

Un alemán joven, hijo de no sé quién, se ha levantado y ha apagado las luces. Sólo una pequeña lámpara situada a la entrada ha quedado encendida. Luego ha regresado a su colchón y se ha tumbado...

Se ha hecho el silencio.

Las mujeres se han ido metiendo debajo de las ropas. Han llegado otras y han repetido la operación. Ha sido un desfile de cuerpos y sedas. Y luego otro desfile de cuerpos lacios y sedas arrugadas... Y hombres que se levantan y rehacen sus camas.

Ya son varios días así.

La moral en el mundo socialista tiene un nuevo aspecto: la prostitución está prohibida; el adulterio no existe. Ciento noventa millones de personas han cerrado los ojos para no ver estas pequeñas cosas que yo estoy viendo aquí y que otros verán en otros lugares.

La muchacha alemana ha abandonado definitivamente al austríaco gordo; Colette, prueba una nueva nacionalidad; la finlandesa besa en silencio a un finlandés que duerme con un cuchillo debajo de la almohada. Una checoslovaca muy linda, cuyo marido duerme en el tercer piso, pasa una parte de la noche en el nuestro: en el primero. No existen fronteras. Ni pudor. Ni higiene.

XI

Han llegado nuevos españoles: los militares de la Academia de Estado Mayor y con ellos Manuel Sánchez Arcas, su mujer y su hija mayor. Unos han sido instalados en el hotel «Baskiria»; Cordón, su mujer y los Sánchez Arcas, en una casa de apartamentos.

A la Komintern han llegado Segis Álvarez, Moncho, Pertegaz, Marina Sendin y Baudelio. Han sido instalados en el tercer piso de la casa en donde yo vivo. Y aquí, en esta gran colmena, han empezado a colocar unas camas de matrimonio, que no son más que unas tablas clavadas entre sí y descansando sobre cuatro toscos maderos.

Ya no duermo en el suelo.

Cada mañana, a las nueve, llego a la Komintern; entro en una habitación, me siento delante de una mesa y espero. A los pocos minutos llega Antón, se sienta enfrente de mí, saca un paquete de cigarros que coloca sobre la mesa, luego enciende uno y, mientras fuma, piensa. Cuando ha pensado un rato me dice lo que ha pensado y entonces, en silencio, comenzamos a escribir. Escribimos hasta la una de la tarde. Después entregamos a Echenique las cuartillas y Echenique se las lleva.

Luego Echenique las transmite.

Somos «Radio España Independiente. Estación Pirenaica»... Y los italianos también escriben y transmiten: son «Radio Milano–Libertad»... Y Anna Pauker también escribe: es la emisora «Rumania Libre». Y los alemanes escriben... Y los franceses escriben... Y los polacos... Y los finlandeses...

Y sigo lavándome la ropa, cosiéndome los calcetines, viendo cohabitar a todas las razas de Europa, viendo casas de madera, barro, y la cara de Antón durante doce horas seguidas.

Sabiendo que los alemanes aún avanzan. Y sin saber de mi madre y de mi hermana, de Esperanza y de su hermano. Con temperaturas de cincuenta grados bajo cero, y durmiendo en una cama de madera, sin colchón, sin sábanas y sin almohada. Y pensando en el segundo frente. Y sabiendo que Dolores califica de derrotistas a los que piensan en esto.

Y un día se parece a otro... Y así...

6 de noviembre. Esperamos que hable Stalin. Los electricistas han revisado los altavoces del Instituto Científico 205. Yo espero a que llegue la noche para escucharle.

Stalin habla.

«Una de las causas de los reveses del Ejército Rojo reside en la falta en Europa de un segundo frente contra las tropas fascistas alemanas»... He mirado a Dolores.

Stalin sigue hablando.

«...Otra de las causas de los reveses circunstanciales de nuestro ejército consiste en la escasez de tanques y, en parte, de aviones...».

Chapiro sigue traduciendo.

Stalin continúa hablando.

Habla de las condiciones fundamentales para la derrota definitiva del fascismo alemán... «En primer término, es la falta de solidez de la retaguardia europea de la Alemania imperialista, la falta de solidez del «nuevo orden» en Europa...». «En segundo lugar, es la falta de solidez de la retaguardia alemana de los conquistadores hitlerianos»... «Por último, es la coalición de la U.R.S.S., la Gran Bretaña y los EE.UU. contra los imperialistas fascistas alemanes»... «Tales son los factores que determinan el hundimiento irremisible del imperialismo fascista alemán».

Stalin ha terminado.

Aplaudimos.

Pasa la noche y otro día de trabajo comienza. Hoy hemos escrito todos sobre el discurso de Stalin. Hoy los controles han leído con más detenimiento. Pero no ha habido enmiendas. A pesar de la distancia a «que nos encontramos», hemos escuchado perfectamente Radio Moscú y les hemos dado a los españoles una síntesis completísima del discurso de Stalin.

Cada noche, después de terminar mi trabajo, subo al tercer piso. En torno a un infiernillo eléctrico que está colocado entre

dos camas, me siento. A un lado y a otro, Pertegaz, Segis, Marina Sendin y Moncho. Charlamos de todo mientras el agua hierve y unos y otros repasamos la ropa. Luego, con unas hierbas que Segis ha encontrado y que muchas veces le sirven para llenar su vieja pipa, hacemos algo que nuestra fantasía llama café. Y hasta nos parece que al conjuro de esta palabra, tomamos, en efecto, café...

Y los días pasan.

He tenido carta de Esperanza: me pide que la saque de allí como pueda. He hablado con Togliatti.

–He recibido este telegrama de Galka.

–¿Qué ocurre?

–Están mal.

–Pero hay orden de que no vengán aquí los familiares.

–Sí... Existe esa orden... Pero aquí se están muriendo de hambre...

–¿Sí?

–Llevan más de dos meses comiendo solamente trigo cocido... Y no todo el que quieren.

–Hablaré con Dimitrov.

–De acuerdo.

Dimitrov ha aprobado mi petición... Esperanza y Alejandro y con ellos Maruchi, la hija pequeña de Sánchez Arcas, vendrán pronto... Espero. De mi madre y de mi hermana no sé nada.

He adelgazado veinte kilos. Cuando camino siento el abrigo sobre mis hombros como una terrible carga. Y camino inclinado. Y al subir las escaleras me fatigo. Y de nuevo comienza a dolerme la cabeza. Estoy cansado. Cansado de pensar en el socialismo, de pensar en la guerra, de escribir.

7 de diciembre: los japoneses han atacado Pearl Harbor. Paralelamente, el Japón declara la guerra a los Estados Unidos de Norteamérica. 8 de diciembre: los Estados Unidos de Norteamérica declaran la guerra al Japón. 11 de diciembre: Alemania e Italia declaran la guerra a los Estados Unidos de Norteamérica.

Ya todos estamos en guerra.

Los Estados Unidos de Norteamérica tendrán que hacer la guerra en dos frentes; Inglaterra tendrá que hacer la guerra en dos frentes; Alemania e Italia tendrán que hacer la guerra en dos frentes. El Japón tendrá que hacer la guerra en dos frentes...

La Unión Soviética sólo tendrá que hacerla en uno.

No dejan de preocuparme seriamente los hechos del Extremo Oriente: ellos retrasarán sin duda el golpe de Inglaterra y los Estados Unidos de Norteamérica sobre Europa.

31 de diciembre: nos hemos reunido como todas las noches.
Hoy hemos tomado té.

Y hemos hablado de España: más que otras noches.

¿Qué pasará en Tashkent?... ¿Qué pasará en Galka?...

Hace frío.

Tanto, que bajo mi pesado abrigo tiritito.

Y así termino 1941.

1942. CUARTO AÑO: LA MUERTE SOVIÉTICA

Hoy no he podido levantarme.

No tengo fuerzas para hacerlo.

Tengo frío, fiebre y un dolor punzante en el costado izquierdo. No he dormido en toda la noche.

A las once de la mañana ha venido a visitarme una médica húngara. Me ha puesto el termómetro. Después lo ha mirado y me lo ha enseñado: tengo cuarenta grados de fiebre. Y debajo de mí, la manta. Y debajo de mi cabeza, el maletín. Y encima de mí, el abrigo...

Después se ha separado de mi cama; ha comenzado a hablar precipitadamente con el responsable de la casa y me han llevado a otra habitación: en esta habitación chiquita hay una cama de hierro, colchón, sábanas, almohada y mantas. Después de treinta días me desnudo. Tiemblo...

A la una, ha llegado Dolores. Con ella, Lolita, la mujer del italiano Bertoni, una española que vino a casarse con un alto funcionario ruso, y que cuando llegó había «muerto»...

–¿Cómo te encuentras, Castro?

–Mal, Dolores.

–¿Qué sientes?

–Un gran dolor en el costado izquierdo... Y mucha fiebre.

–Hay que atenderte rápidamente... Aquí no puedes estar... He hablado con Manuiski y te vamos a llevar a un hospital donde te cuidarán muy bien...

–Me da igual.

–¿Por qué, Castro?

–Por nada.

Se ha marchado. Todos los españoles han venido a verme. Debo estar bastante mal: me han dejado en la mesilla de noche un paquete de cigarrros y no siento ningún deseo de fumar.

Quisiera dormir, pero me duele el costado izquierdo con bastante dificultad. Estoy empapado en sudor... Y frente a mí Pertegaz y la médica húngara... ¿Qué esperan?

–Castro, debes vestirte –me dice Pertegaz–. Vamos a llevarte a un hospital próximo.

Me he incorporado con bastante trabajo. Pertegaz me ayuda a vestirme... Ya estoy... ¡Cuánto pesa ese maldito abrigo!... ¡Cuánto trabajo me cuesta arrastrar los pies!... Me ayudan a bajar las escaleras... En la calle, la noche. A la puerta, un

automóvil... Y el automóvil marcha lentamente. A mi derecha, Pertegaz; a mi izquierda, la médica húngara... Y dentro de mí, un dolor que cada vez se clava más hondo. ¡Ya! El coche se ha detenido ante una puerta que hay en una tapia que no sé qué rodea. Entramos: casas pequeñas y montones de nieve; y un perro que nos contempla con desconfianza; y bultos con batas blancas que cruzan de un lado para otro... Nosotros caminamos lentamente. Algo no me deja respirar...

¡Ya! Tres escalones. Y una puerta.

Entramos... Un pasillo... Delante de mí, un hombre con una bata blanca y unas gafas. A la derecha y a la izquierda del pasillo hombres tumbados en el suelo, que se quejan constantemente. He mirado a Pertegaz. Él también me ha mirado. Y me hundo en este infierno de dolor acompañado de un hombre cubierto con una bata blanca y sobre cuya nariz descansan unas pesadas gafas. Y una habitación con doce camas. Y una cama que me espera. Me desnudo. Me acuesto. Comienzo a tiritar. El hombre de la bata y las gafas me mira. Luego se va. Y veo perderse sus espaldas al mismo tiempo que oigo el golpe de una puerta que se cierra violentamente...

Doce camas. Doce hombres. Doce mesitas de noche. Tres ventanas. Una puerta. Y una lámpara sucia que nos alumbraba de mala gana. Y once caras que me miran. Y yo que voy mirando a las once... ¿Quiénes serán?... ¿Qué tendrán?... Me duele el costado. Las sábanas comienzan a empaparse de sudor. Y abro la boca cuanto puedo. Quiero respirar... sí... Aire... Aire...

Doce camas. Doce hombres. Doce mesitas de noche. Tres ventanas. Una puerta.

¿Nadie ni nada más?

Y en Asia, mi madre y mi hermana... Y en la ex república del Volga, Esperanza y su hermano. Veinte años de mi vida comienzan a desfilan lentamente. Un chiquillo muy parecido a mí trabajando en un torno al que hace girar dando y dando a un pedal. Un muchacho, muy parecido a mí, que lima bronce. Y la calle de Leganitos con su cuesta a un lado y a otro. Y una casita en Alberto Aguilera con tres habitaciones y una anciana cosiendo. Y ahora una celda y otra y otra más. Y en cada celda siempre lo mismo: una ventana muy alta y barrotes a la parte de afuera, una cama de hierro empotrada en la pared, un jergón de paja, con tantos chinches como paja, una mesa, una fuente y el retrete... Y el «Centinela alerta»... Y ruido de pasos en la galería. Y correr de cerrojos... Y ahora ruido de disparos: Madrid, Valencia, Aragón, Cataluña, Francia, la U.R.S.S... Maldita sea, otra vez la guerra...

El dolor corta la visión.

Tengo ganas de llorar... ¿De llorar?... ¿Y por qué no?... No; no es el dolor del costado, eso ya no importa... Hago un esfuerzo para llorar, pero la falta de costumbre hace que sólo se humedezcan mis ojos ligeramente... ¡No puedo llorar!... ¿Por qué España se me aparecerá tan pequeña?... ¡Mamá!... ¡Mamá!... Y ella allá lejos, en Asia... Y ella allá lejos, en Galka. Ellas pensando en que trabajo y lucho... Y yo aquí...

Aquí con mi angustia, tan ajena a mi dolor físico.

El hombre que está a mi derecha se queja. No es un gemido. Es un aullido que me hace estremecer... Y otro. Y otro más... Y once le miramos...

Ahora se tuerce... Y él cada vez aullando más... Ahora casi no grita, casi no se mueve y cada vez se mueve menos. Ya no se queja. Ya no se mueve. Once hombres le miramos... Y una lámpara sucia nos alumbraba de mala gana. El de la cama de enfrente se levanta, se acerca, le mira. Ahora le toca. Ahora nos mira a los demás... Diez hombres comienzan a levantarse, pero el primero es el primero: ha cogido precipitadamente el vaso de té que estaba sobre la mesilla de noche y se lo ha bebido de un trago; después ha abierto el cajón de la mesita y sus manos han buscado y buscado...

Los demás se vuelven lentamente a sus camas. El otro regresa también. Y la lámpara sigue alumbrando de mala gana... Doce camas. Once hombres. Y uno que lo fue.

Son las diez de la noche. Yo esperando a que venga algo. Y los otros quizás también esperando... La muerte no es lo peor. Lo peor es la forma de morir, es morir por nada.

Sobre las sábanas, el cuerpo va tomando rigidez... Tiene los ojos y la boca abiertos como si algo le hubiera sorprendido... Porquería y una carne amarilla... No, no quiero seguir viéndole y, sin embargo, hay algo que me empuja a mirarle con curiosidad: la muerte es así.

Y al lado de la muerte un vaso de té vacío y un cajón abierto.

Me siento mal. No sé si los demás se dan cuenta, pero me miran, nos miramos todos... Y a pesar de ello siento ganas de reír; sin ganas me tomo el té que no sé quién puso sobre mi mesa de noche; sin ganas saco de uno de los bolsillos de mi chaqueta mi capital, seis pastillas de piramidón, y me las voy tomando lentamente, mientras miro unas veces a los diez que me miran y otras al muerto que mira hacia el techo; sin ganas saco los tres únicos cigarros que tengo y comienzo a fumármelos: uno... dos... tres... La habitación empieza a llenarse de humo... Y dejo el cajón de la mesita de noche abierto y saco los bolsillos de mi traje para afuera... Y ahora los voy mirando uno a uno.

Era todo lo que tenía: un vaso de té, seis pastillas de piramidón y tres cigarros que no sé ni quién me dio. Y he querido llevarme conmigo todo lo que el socialismo me había dado...

¿Por qué se queja ese otro?

Se ha incorporado sobre sus dos manos, ha dejado descansar la cabeza sobre los barrotes de la cama y ha comenzado a hablar... ¿Habla o reza?... Y cada vez habla más bajo... Casi no le oigo... Sólo veo que sus labios se mueven y que sus manos se crispan...

Otro que se levanta. No había té. Registra los bolsillos del traje del hombre que hablaba o rezaba... Y luego, al no encontrar nada, ha mirado durante unos segundos al hombre que yace con la cabeza descansando sobre los hierros de la

cama... Y ha sonado una terrible bofetada... Y el muerto se ha desplomado sobre un costado.

Ya sólo nos miramos diez.

Las once de la noche.

Siento sueño. Miro a los nueve que me miran y me tapo la cabeza con la manta. No quiero que vean nada. No quiero verlos tampoco.

He dormido mucho. Cuando abro los ojos, el día comienza a llegar. No debo tener mucha fiebre. Me siento mejor. Ahora sí me fumaría de buena gana un cigarro. Me siento en la cama y miro.

Los demás comienzan a alzarse un poco sobre sus brazos y a mirar. En total sólo nos miramos ocho.

Fuera de nuestra habitación, ruido de pasos. Una enfermera entra, apaga la luz que el día hace inútil y comienza a ponernos el termómetro. Tengo sólo treinta y siete grados.

Se va. Al poco rato vuelve acompañada de un hombre viejo al que llama constantemente profesor. El profesor tiene una flamante barba y con un aparatito va auscultando lentamente a los que quedamos...

—¿Quién es Luis García?

—Yo.

–¿Cómo se encuentra, camarada?

–Bien.

–Vamos a verlo... Vamos a verlo.

–¡No!

–¿Qué dice usted, camarada?

–Que no quiero que me reconozca, quiero marcharme de aquí ahora mismo.

–¿Está usted nervioso?

–No, pero quiero marcharme.

–Camarada –dice el profesor dirigiéndose a la enfermera–, llame al Instituto 205 y diga que el camarada Luis no quiere continuar en el hospital.

–Bien, profesor.

Se va ella... Al poco tiempo sale él.

XII

Espero...

Y mientras llegan o no llegan sigo mirando a mis compañeros de sala: a los vivos y a los muertos. Si los vivos dejaran por un momento de moverse sería imposible diferenciarlos: hay una palidez común, un gesto común. Al fin y al cabo todo es cuestión de horas.

El sol penetra por la ventana. Es un sol tímido. Da la impresión de que tiene más respeto por los muertos que los hombres. Mas a pesar de su timidez me hace ver mejor las cosas y los hombres que esa lámpara cubierta de polvo y cansada, que alumbró durante una noche nuestra agonía colectiva. Las sábanas no son blancas, lo fueron. Conservan la señal de grandes manchas... ¿Sangre?... ¿Porquería?... No lo sé... ¿Serán las mismas sábanas en que otros hombres murieron?... Tampoco lo sé... Pero, ¿por qué cambiar las sábanas si quienes fueron tendidos encima de ellas estaban condenados a muerte?

Las diez de la mañana. No llega nadie. Los muertos continúan muertos y los vivos agonizando. ¿El socialismo? ¿La guerra? ¿La revolución mundial? ¡Quién se acuerda de esto ahora! Para los que estamos aquí sólo existen dos cosas: la vida y la muerte. Lo

demás no importa. Sin embargo, no puedo dejar de pensar de vez en cuando en la guerra. Llevamos tan sólo unos meses, varios meses de una guerra para la cual nos habíamos estado preparando durante muchos años y el país se ha convertido en una inmensidad de hambrientos, de haraposos, no sé si de desesperados. Y la convicción, que no la duda, de que una gran parte de lo que nos habían contado era mentira. El socialismo no era una realidad ayer como no lo es hoy tampoco: era una ilusión, si queréis un poquito más: un objetivo.

He visto Moscú.

Lo he visto bien.

El miedo a los alemanes hizo perder el miedo a los funcionarios; el miedo a la muerte nos enseñó sin camuflaje la vida de este pueblo encerrado en sus chozas. El Moscú de la última noche que estuve en él era una ciudad estremecida que arroja de sus entrañas a la superficie un mundo de gente mal vestida, de caras famélicas, de expresiones de odio contenidas durante mucho tiempo... Yo no sé si en la mirada de cientos de miles de ciudadanos soviéticos, de cientos de miles o de millones se maldecía lo que para millones de hombres de otros países es una esperanza... No lo sé... Pero eran torrentes de carne humana que marchaban por una ciudad de sombras, orientándose por el olor: por ese olor agrio que sale de todas las panaderías del país del socialismo...

Pero sólo hubo tres días de libertad de expresión. Luego Moscú volvió a ser Moscú. Hombres de traje caqui y pistola al

cinto devolvieron a la capital del país del socialismo su vieja fisonomía.

Fue así: se acercaban a los grupos de gente que hablaba y...

–¿De qué hablan, ciudadanos?

Silencio...

–¿De qué hablaban?

–De la guerra, camarada.

–¿Qué decían?

Silencio.

–¿Qué decían?... ¡Pronto!

–Que la situación es grave, camarada.

–¿Quién decía eso?

Silencio.

–¿Quién?

–Yo, camarada.

El grupo quedaba disuelto. Como recuerdo, un hombre caído en el suelo... Y en el suelo un charco de sangre... Y al poco rato la sirena de una ambulancia. Sólo entonces he visto Moscú de verdad... Sólo entonces. Luego desde Moscú a Ufa.

No sé cuántos pueblos habrán desfilado ante mis ojos pegados durante muchas horas a los cristales de una ventanilla, fríos, terriblemente fríos... Pero cuantos pueblos he visto no eran otra cosa que montones de casas de madera de aspecto miserable, de hombres y mujeres de aspecto miserable, de niños y ancianos de aspecto miserable... Y piojos sobre sus carnes... Y piojos sobre sus ropas...

Y así un pueblo. Y otro. Y otro más.

¿Cientos y cientos?... No lo sé... Sólo sé que ha sido una visión de cientos de kilómetros.

De Ufa me habían hablado como de una ciudad en pleno desarrollo. De una República que por sus riquezas petroleras (en el XVIII Congreso del Partido Bolchevique se la llamó el «segundo Baku») progresaba a pasos agigantados. Pero Ufa, fuera de diez o doce grandes edificios modernos, es la misma que conociera Chapaiev. Es lo mismo, aunque mucho más grande, que los pueblecitos que he visto en el camino hacia los Urales, en ese largo camino de once días.

¿Por qué no cerrar los ojos? ¿Por qué cerrarlos?

Yo he soñado para España esto, creyendo que esto, el socialismo soviético, podría ser su felicidad... Podría cerrar los ojos y seguir soñando y mañana, no sé qué mañana, seguir contando a las gentes mis sueños. Podría hacerlo... ¿Por qué no?... Pero, ¿y luego?... ¿Y España después?... Me la figuro... Sí. Trasplanto mentalmente todo esto allí y... No... Prefiero abrir los ojos... Abrirlos más y más... Porque una nueva maldición

caería sobre mi patria, asolaría España entera si esta «felicidad» llegara hasta ella.

Y sin embargo, quiero el socialismo, ese socialismo que dignifica al hombre en vez de convertirle en una bestia de carga.

La puerta de la sala se ha abierto y no es posible seguir pensando. Y entran Pertegaz y la médica húngara. Y detrás de ellos el profesor. Y detrás del profesor la enfermera.

–Aquí estamos, Castro.

–Me alegro.

–Venimos para llevarte con nosotros.

–Cuanto antes mejor.

Comienzo a vestirme. El dolor en el costado sigue existiendo y al inclinarme la respiración se hace difícil.

–¿Qué tal noche has pasado?

–Mira a tu alrededor.

Pertegaz ha mirado y ha visto al hombre de la boca y los ojos abiertos. Y ha visto al otro, al que una bofetada hizo perder el equilibrio. Y a un tercero que parece que duerme. Y a un cuarto con la cabeza fuera de la cama, colgando.

Me ha mirado. Y le he mirado. Un gesto de él. Un gesto mío.

Ahora el abrigo... El gorro... Comienzo a caminar... Salgo de la sala sin mirar a nadie, sin despedirme de nadie... Y...

Un pasillo con hombres echados en el suelo a un lado y otro. Una puerta que se abre, y tres escalones, por los que descendemos. Casas de madera y montones de nieve. Y el perro de la noche anterior. Y una tapia, una puerta, la calle y un automóvil que nos espera.

Me siento cansado: el dolor del costado es más fuerte que nunca.

–¿Cómo te sientes, Castro?

–Bien...

Me ayudan a subir al coche y me dejo caer en el asiento. Y detrás la tapia blanca, el portón de madera, la sala con doce camas, con doce mesillas de noche, con una puerta, con tres ventanas y una lámpara sucia y cansada que nos alumbró...

–¿Adónde vamos? –pregunto a Pertegaz.

–A la clínica de la N.K.V.D. Cuando Manuilski se enteró en dónde estabas, dio órdenes de trasladarte.

–Más vale así.

Cruzamos la calle de Lenin. Cruzamos varias calles más. Y al fin nos detenemos ante una casa blanca. Entramos. No hay trámites. Me suben al primer piso. Y en el primer piso una habitación con tres camas: una de ellas está preparada para mí.

Me acuesto.

Minutos después llega un comandante médico. Me reconoce minuciosamente mientras me habla de España. Después de reconocermelo me arroja y me mira.

–Una pleuresía seca.

–¿Grave?

–Ha hecho crisis.

–¿Mucho tiempo aquí?

–No mucho, camarada; lo necesario.

–¿Puedo fumar?

–Si no es mucho, sí.

Me da un fuerte apretón de manos y se va. La enfermera que ha entrado me pone el termómetro y apunta. Sale. Al poco rato regresa y me hace tomar unos polvos de sabor amargo.

–¿Quiere usted tomar algo, camarada Luis?

–No sé si es posible, camarada: un poco de café con leche..., unos cigarrillos... ¿Es posible?

–¡Cómo no!

Sale.

Pertegaz me mira. Yo miro a Pertegaz. Un gesto de él. Otro gesto mío.

–Me tengo que ir, Castro.

–Cuando quieras, Pertegaz. Sólo te ruego que si se recibe alguna carta para mí, me la envíes.

Se va.

Y entra la enfermera. En una mano, una bandeja con un vaso grande de café con leche; en la otra, un paquete de cigarrillos.

–Gracias, camarada enfermera; muchas gracias.

Tomo el café, me hundo entre las sábanas y fumo.

Y comienzo a mirar... Y comienzo a pensar.

A mi derecha hay una cama, en la cama un hombre que constantemente se limpia el sudor y escupe en un recipiente. Al lado de la cama una mesita de noche y una silla. En la mesita de noche, una botella de agua y un vaso; en la silla una guerrera de militar y en el lado izquierdo de la guerrera los distintivos de muchas condecoraciones; y en las hombreras de la guerrera las tres estrellas de coronel. Enfrente de mí hay otra cama. En la cama un hombre de rostro delgado que está casi siempre con ambas manos debajo de la nuca y mirando al techo. Tiene su mesilla de noche, su botella y su vaso. En la silla, «Pravda» y un libro de Lermontov. La habitación está pintada de blanco. El piso cubierto con linóleoum.

Y no se ve polvo por ningún lado. Ni he visto hombres tumbados en los pasillos. Los médicos, cuando entran, nos sonríen a todos. Y la enfermera, cuando entra, nos sonrío a todos.

Y nosotros les sonreímos.

En la Komintern había categorías.

A.B.C.

En el «Lux» había categorías.

A.B.C.

En los hospitales hay categorías.

A.B.C.

¿Por qué habrán llamado a esto la sociedad sin clases?

A las nueve y media de la noche ha vuelto a entrar el comandante médico acompañado de un coronel médico. Los dos me han reconocido. Después han hablado entre ellos unos minutos. Y, por último, el coronel, director de la clínica, me ha mirado sonriendo y me ha dicho:

–Esto va bien, camarada Luis.

Y se han ido.

Y me he quedado solo, con los dos hombres que no hablan... Y sin querer he pensado en la habitación de las doce camas... ¿Cuántos quedarán?...

Me he despertado mejor que el día anterior. La enfermera, sonrisa al entrar y sonrisa al marcharse. Cuando me ha puesto el termómetro, me ha dicho, mirándome:

–Treinta y seis y medio, camarada.

Por la tarde han venido a visitar a mi compañero de habitación que suda constantemente y escupe casi sin interrupción. Ha sido una mujer joven, como de unos treinta años. Cuando ha entrado sólo he visto un abrigo de petit gris y el olor de un perfume penetrante. Le ha besado y se ha sentado al borde de la cama. Me ha mirado muchas veces: soy más joven que el hombre que suda y escupe; y durante todo el tiempo he estado contemplando unas maravillosas piernas enfundadas en unas medias de seda, no sé si lituanas: es comprensible, el hombre que suda y tose le da la espalda, mientras que yo ante la novedad abro los ojos un poco más de lo normal.

Los días pasan y cada día me siento un poco mejor. Además, estoy contento. Hoy ha venido un diputado de la República de Baskiria a visitar la clínica. En el recorrido ha sido acompañado por el director y varios médicos; en la comitiva no podían faltar el secretario del Partido y el secretario del Sindicato de la clínica. El director y los dos secretarios se han desvivido por explicar al diputado inspector el funcionamiento, el inmejorable servicio, etc...

Al entrar en nuestra habitación nos ha ido dando la mano a todos. Sobre el pecho, en el lado izquierdo, lleva la Orden de Lenin... Durante los minutos que ha estado junto a nosotros ha preguntado constantemente, le han contestado, y me ha estado mirando durante algún tiempo.

De buena gana le hubiera preguntado por la otra clínica.

No me he atrevido.

Además, ¿para qué?

Él sabe mejor que yo la clasificación humana existente: allí, en aquella clínica en la que había hombres tumbados en los pasillos y una sala con doce camas, ocho vivos y cuatro muertos, existe un reglamento; aquí no existe otro reglamento. Allá, el reglamento se cumple inexorablemente; aquí el reglamento se cumple militarmente. Posiblemente sea reglamentario que en aquella clínica se mueran varios hombres cada noche y que durante toda la noche la enfermera no aparezca para no molestar a los muertos con su presencia; aquí, es posible también que sea reglamentario que no se muera nadie, que la enfermera nos visite cada hora y que al entrar y al salir nos sonría.

Ni allí ni aquí hay nada casual.

Para los bolcheviques no hay nada imprevisto: ni la vida ni la muerte.

Sigo viendo en cada minuto de mi vida en la Unión Soviética la enorme escala de categorías sociales. Y la veo a través de mi

propia vida, contra mi propia voluntad, que muchas veces preferiría ignorar todo: porque es mejor creer que no creer.

Y todo esto, presidido por dos retratos: Lenin y Stalin. Y ornamentado con banderas rojas, desteñidas ya por el tiempo, para que la gente no olvide que allá por el año 1917, hubo en la Rusia zarista una revolución burguesa primero y proletaria después.

Pero...

Ayer vivía con la esperanza del socialismo.

Hoy vivo con la esperanza.

Pero sólo yo lo sé... Sólo yo... Y sé más: que así no se puede vivir, que es necesario creer en algo, en un algo que justifique la propia existencia. Y busco algo en que creer.

Algo que no sea aquel mundo en el que viví hasta 1939; algo que no sea lo que vivo desde 1939.

¿Seré yo el único o habrá españoles que piensen como yo?... Es difícil saberlo... Pero es muy posible que entre esos hombres que parecen contemplar con asombro este mundo en el que vivimos; que entre esos hombres que parecen interesadísimos en conocer todos los aspectos del «socialismo»; que entre esos hombres que parecen una pieza más de esta inmensa fábrica en cadena y de encadenados, haya, como en mí, la desesperación, el desengaño y el intento de encontrar otra cosa en la cual creer y por la cual luchar. Pero no podemos buscarnos. Ni encontrarnos. Hasta el aire es desconfianza.

El instinto de conservación, en ellos y en mí, hace que el desengaño, la desesperación, la desconfianza y la búsqueda, la escondamos en lo más hondo de nosotros mismos; y que para evitar que se vea la encubramos con la sonrisa de una falsa alegría, con el gesto de un falso entusiasmo, con la pasión de una falsa pasión.

Y así un día. Y otro. Y otro más.

Pero en un intento más de defenderme de la desilusión me pregunto muchas veces, como justificación a mí mismo, si no será una visión equivocada la que tengo yo del mundo socialista.

¡No!

Estoy seguro de que antes que yo, la vieron otros: los antiguos estudiantes de la escuela leninista; los delegados a los distintos congresos de la Internacional Comunista; los delegados fraternales a la conmemoración anual de la revolución rusa, el 7 de noviembre.

Y si lo vieron, ¿por qué no hablaron?

¿Fanatismo?... ¿Soborno?... ¿Ignorancia?... Sí, creo que las tres cosas. Ellos vieron, como yo, porque era, como es, imposible la ocultación de todo esto: millones de seres cubiertos por harapos, millones de casas de madera que en cualquier país se llaman chozas, un desprecio absoluto hacia el hombre, una falta total de libertad... Lo vieron con más facilidad que yo porque eran tiempos en que el fulgor de la revolución rusa no hacía necesarias muchas limitaciones;

porque, además, todos los delegados admitían que la Rusia zarista vivía un atraso de cien años en relación con el resto del mundo; admitían también que la existencia de un poderoso cerco capitalista distraía muchos esfuerzos en la construcción del socialismo; de que había igualmente que dar tiempo a que las generaciones soviéticas impusieran su influencia en la vida política, social y económica del nuevo mundo.

Vieron todo.

Y se creyeron todas las «justificaciones».

O no se las creyeron.

Pero las aceptaron.

Yo no creo en nada.

Ni admito el socialismo a largo plazo, para otras generaciones, porque no es más que repetir con otras palabras el ofrecimiento que durante siglos nos ha hecho la Iglesia católica.

El mundo del mañana, para los hombres de hoy, no importa.

La vida de hoy es nuestra vida.

Para los hombres que nos sucedan la vida de entonces será propiamente su vida.

¿Qué ilusión puede ofrecerme un socialismo que tardará en llegar años y años, un comunismo que no sé cuándo llegará?

Me duele la cabeza y un poco el costado. Mis compañeros de habitación duermen y yo empiezo a sentir sueño... ¿Dormir o seguir pensando?... ¡Dormir!...

XIII

Ya no tengo fiebre. Ya no siento el dolor en el costado. Quiero irme... El comandante médico ha llegado como todas las mañanas. Me ha estrechado la mano y sin dejar de sonreír me ha reconocido. Cuando ha terminado me ha ofrecido un cigarro y él ha tomado otro... Encendemos y fumamos... Después se ha sentado al borde de la cama y me ha mirado durante un gran rato...

–De ésta ha salido usted, camarada Luis.

–Entonces ¿podré irme pronto?

–Puede irse cuando quiera, pero también puede quedarse unos días más.

–Prefiero irme...

–¿Cuándo?

–Hoy mismo.

–De acuerdo, camarada.

Me sonrío, me da la mano y se vuelve hacia los otros enfermos. Los reconoce mientras habla y ríe.

Sí, saldré hoy.

Después de comer he preparado mis cosas. Luego he visitado al director para exponerle mi deseo. Me ha escuchado, luego me ha reconocido atentamente.

–Puede irse, camarada Luis.

Cuando abandono la clínica es de noche. No sé bien el camino. Durante unos momentos permanezco parado en la puerta; luego tuerzo hacia la derecha y comienzo a caminar en busca de la calle de Lenin. Hace un frío temible. Camino inclinado y con la boca cerrada. El suelo está cubierto de una capa de grueso hielo y sobre ella nieve y más nieve que continúa cayendo en enormes copos.

Camino lentamente.

En la calle casi nadie, y las pocas personas que me encuentro caminan como yo: encogidas, con la boca cerrada y lentamente.

A lo lejos veo las luces de la calle de Lenin... Ahora el edificio de Correos... No puedo caminar más de prisa: estoy más débil de lo que pensaba y tengo miedo de resbalar y caerme... Al fin la calle de Lenin... Y la casa que antes fue una escuela técnica... Subo las escaleras lentamente y entro en la pequeña habitación que me dieran gracias a la pleuresía y en la que están instalados Segis Álvarez y Alard.

Abrazos. Al poco rato varios españoles. Durante varios minutos una animada conversación. Después el silencio.

Alard me invita a una taza de café negro. Luego me acuesto. Estoy cansado, tan cansado que a veces tengo la impresión de que la enfermedad sigue existiendo allá dentro, escondida, en espera de una nueva oportunidad. Cuando me despierto, ni Segis ni Alard están en la habitación. Comienzo a vestirme. Salgo a la calle y camino acompañado por un sol magnífico y un frío de cuarenta y dos grados. Hacia la Komintern. Con Antón en el despacho de Dolores... Y un apretón de manos.

–¿Cómo te encuentras, Castro?

–Ya estoy bien.

–¿Con ganas de trabajar?

–Sí.

–Sin embargo, debes reponerte. Es mejor que no trabajes durante diez días. Ahora podrás descansar mejor. El camarada Manuilski, antes de salir para Moscú, consiguió que te dieran una habitación independiente en el hotel «Baskiria».

–Bien.

He abandonado la Komintern. En la pequeña habitación de esa gran colmena en donde viví hasta caer enfermo he recogido el maletín y la manta que me diera Hernández y me he dirigido al hotel. Cincuenta metros. Un edificio de varios pisos. Ahora un gran hall, mucha gente hablando y una puertecita en la que hay un pequeño tablero en el que se lee «Director». Abro la puerta y entro.

Una mesa. Una calva inmensa. Y debajo un hombre.

Un hombre que primero me mira a mí; después al maletín; por último, a la manta.

–Soy Luis García.

Coma si le hubiera dicho: soy Gengis Khan.

–Del Instituto Científico 205, camarada director.

Ha marcado un número de teléfono, el de la Komintern, y ha comenzado a hablar. Ahora vuelve a mirarme... Mira el maletín... Mira la manta... Al fin abre uno de los cajones de la mesa y saca unas llaves.

–Segundo piso. Habitación 97.

–Gracias.

Subo dos pisos. A un lado de la escalera, un pasillo; al otro lado, otro pasillo; enfrente, un vestíbulo, y en un rincón, un piano; y alrededor varios sillones y algún que otro sofá forrado de cuero. Y en cada pasillo penumbra y muchas puertas, en las que apenas si se ven sus números... ¿Dónde estará la habitación 97?... ¿A la izquierda?... ¿A la derecha?... Comencemos por la derecha.

No... Aquí no... Regreso... Ahora camino por el pasillo de la izquierda. Una muchacha toca el piano. Tengo la impresión de que toca bien, mas para mí lo único importante es la habitación

97... Sí... Aquí es. Meto la llave en la cerradura. Dos vueltas. Y entro.

Todo está a oscuras. Dejo el maletín y la manta en el suelo y enciendo una cerilla. Encuentro la llave de la luz... Luz... Cierro la puerta, dejo el maletín y la manta sobre una silla y comienzo a conocer mi nueva residencia: una puerta, un pasillo de un metro de largo; a la izquierda, en el pasillo, otra puerta: el W. C. y la ducha; continúo: una pequeña habitación cuadrada, un balcón, dos camas pequeñas, una mesa con manchas de cera y de grasa, a la cabecera de una de las camas, una silla con dos teléfonos y otra silla, en la que dejo el maletín y la manta; ahora una lámpara y..., es todo.

¿Está fría la habitación o estoy frío yo? No me atrevo a quitarme el abrigo. Con él puesto, me siento en el borde de la cama que está a la izquierda y pienso un poco: en la U.R.S.S., cada nueva residencia es el comienzo de una nueva vida.

Me levanto y reviso las camas: dos mantas, dos sábanas y una almohada en cada una: es una intranquilidad menos. Miro al balcón: sus cristales están cubiertos de hielo. Miro y no logro encontrar la rendija por donde entra el frío de la calle.

Descuelgo el auricular de uno de los teléfonos y espero la señal. Nada. Descuelgo el otro. Cuando oigo la señal, marco el número del cuarto de Ciutat.

–Habla Castro.

–¿Dónde estás?

–Aquí, en la habitación 97.

–Voy en seguida.

Espero... No sé si Ciutat ha tardado mucho o poco... El tiempo, este tiempo en que uno no es nada, en que no hago nada, tiene para mí tan poco valor, que no tengo interés por él.

Unos golpes en la puerta.

Ciutat.

–¿Vas a vivir aquí?

–Sí.

–Magnífico.

–Sí, todo lo magnífico que es el poder durante unas horas del día hacer lo que me dé la gana...

Unos golpes en la puerta.

Stepanov.

Entra. Mira. Sonríe. Y mientras sonrío, estrecha mi mano, luego la de Ciutat. Y como si con su primera mirada no hubiera podido mirar todo, vuelve a mirar: su cabeza va girando... A un lado... A otro... A un tercero... Ahora el cuarto. Ahora sus ojos se clavan en la mesa, en las sillas, en las camas, en el maletín y la manta. Ahora me mira a mí. Después a Ciutat. Y yo no dejo de mirarle.

–¿Cómo te encuentras?

–Bien.

–Me alegro.

–Yo también.

Ahora levanta uno después de otro los auriculares de los dos teléfonos y escucha... Enciende un cigarro y vuelve a mirarme. Yo sigo mirándole, queriendo acuciarle con mi mirada para que termine pronto.

–Te traigo una tarjeta... Con ella puedes comprar en un pequeño almacén que hay en la habitación 100, para los funcionarios de la Komintern que viven en el hotel... ¿Claro?

–Clarísimo, Stepanov.

Se va. Yo escupo por primera vez en la habitación 97 del hotel «Baskiria». Miro la tarjeta. Se la alargo a Ciutat.

–¿Qué hora tienes?

–Las ocho y media.

Me quito el abrigo y el gorro, saco el dinero que tengo en el bolsillo y cuento. En total setenta rublos.

–Vamos, Ciutat, quiero probar suerte.

En el pasillo hay dos luces: la de una pequeña lámpara y la que sale de una habitación que está al final. Y de la habitación de donde sale la segunda luz, sale también ruido de voces.

Camino hacia ella.

Detrás de mí, Ciutat.

Es una habitación más o menos como la mía, pero sin retrete ni ducha. A la derecha, según se entra, hay un pequeño mostrador. Delante de él, unas mujeres: Dolores Ibárruri y las mujeres de Gottwald y Florín. Detrás del mostrador, otra mujer: la que vende. Detrás de ella, una estantería que llega hasta el techo. Y en el mostrador y la estantería, cosas, muchas cosas que no había visto desde el día que comenzó la guerra.

–Buenas noches.

–Buenas noches.

Y ya no hablo más: miro. Encima del mostrador hay pasteles, una gran cesta de mimbre y en ella muchos huevos. Un poco más lejos, queso. Al lado del queso, bombones, manteca, azúcar, caramelos... Y en la estantería, tabaco picado, bebidas de todas las clases, embutidos, caviar... ¡De todo!... Y de todo se puede comprar sin limitaciones. ¡En qué pequeños y escondidos lugares suele encontrarse el «socialismo»!

No hablo con nadie: miro, miro y me impaciento... ¡Cuánto tarda en despachar esta maldita mujer del pañuelo a la cabeza.! Saco la mano del bolsillo... Y en la mano, los rublos... ¿Setenta rublos de todo?... No, siento esa vergüenza española

que nos hace disimular el hambre..., y la vergüenza frena mis deseos, unos deseos que nacen del estómago, de los ojos, del cerebro, del corazón... Todo yo quiere comida... Pero me contengo y con voz suave y bajita y tono un tanto indiferente, comienzo...

–¿Puede darme cien gramos de azúcar?

Un paquete.

–Ahora cuatro pasteles.

Otro paquete.

–¿Tiene café molido?

–Sí.

–Deme cien gramos.

Otro paquete.

–¿Y té?

–¡Cómo no, camarada! Aquí tenemos de todo. Otro paquete.

Tengo la inquietud de no tener bastante dinero, cuando aún no tengo satisfechas las ansias de comprar.

–¿Quiere echar la cuenta, camarada?

La mujer que vende hace números... Moja y moja la punta del lápiz sacando la lengua exageradamente. Ahora hace

números... Ahora suma... Ahora rectifica con el ábaco... Y vuelve a comprobar la suma...

–Dieciséis rublos, camarada.

Respiro, aún me queda mucho dinero. La miro. Me mira y espera. Ciutat mientras tanto, pasea de un lado para otro silbando una vieja canción rusa.

–Dame seis huevos.

Una pausa.

–Dame un paquete de tabaco.

Otra pausa.

–Dame una botella de cacao.

Otra pausa.

Y al ver que no pido más, la mujer comienza la operación anterior. Medio lápiz se mete en su boca; ahora hace números... Y los suma... Y consulta el ábaco... Y vuelve a comprobar la suma.

Yo la miro.

Ciutat silba.

–Veinticuatro rublos, camarada. Pago.

–Muchas gracias, camarada, muchas gracias.

Y salimos. Llevo mis paquetes con angustia, camino más de prisa que otras veces, entro en la habitación. Y dejo los paquetes con extraordinario cuidado sobre la cama y miro a Ciutat... Me río... Él se ríe de verme reír... Y sigo riéndome.

¿Por dónde empezar?... Doy un pastel a Ciutat y tomo otro para mí... Vuelvo a dar otro pastel a Ciutat y comienzo a comerme el segundo... Abro la botella y se la ofrezco; ahora bebo yo.

–¿Hacemos café?

–En mi cuarto será mejor... Tengo un infiernillo, tazas...

La habitación de Ciutat es más o menos como la mía, pero tiene algo que falta a la habitación 97: calor, vida. En esta habitación se alberga la ilusión de un hombre que todavía cree... El agua hierve... Ciutat echa el café. Me sirve y se sirve.

Ahora un cigarro...

Otro cigarro.

Me levanto. Tomo el paquete de café y salgo... El pasillo está oscuro... Varias sombras cruzan de una habitación a otra... Ahora es un militar quien toca el piano mientras que unos niños corren y gritan... Me tumbo en la cama sin preocuparme más de los paquetes... ¿Qué pasará en Galka?... ¿Qué pasará en Tashkent?... Allí trigo cocido... Aquí no sé...

Siento frío. Cierro los ojos... Y me parece ver millones de hombres que intentan detener los avances de los ejércitos de

Hitler... Y me parece ver que un río de sangre se convierte en un torrente... niños que lloran... Mujeres que lentamente van cambiando sus ropas de colores por ropas negras... Ciudades que arden... Y nubes de aviones que hacen una gran sombra sobre la tierra.

Luchan. Sufren. Mueren. Luchan, sufren y mueren para que el fascismo no acabe con las libertades humanas... ¿Luchan sólo por eso?... Tengo mis dudas... Pienso que algunos de esos millones de hombres que combaten contra los ejércitos alemanes no piensan en el socialismo...

Abro los ojos. Allí los paquetes... Aquí, cerca de mí, el maletín y la manta... Y los dos teléfonos. Y el balcón con los cristales cubiertos de hielo... Y yo... Me tiro de la cama y doy un manotazo a todos los paquetes... Y en el suelo el azúcar. Y en el suelo los huevos... Y caída en un rincón la botella de cacao que compré con tanta ilusión.

Abro la cama y comienzo a desnudarme. Enciendo un cigarro. Fumo. Tiro el cigarro, meto la cabeza debajo de la ropa y me encojo cuanto puedo.

Un nuevo día. Y una carta de Esperanza en la que me dice que si no voy por ella le será imposible salir por sus propios medios: la estación de ferrocarril más próxima está a treinta kilómetros; el único medio de locomoción es el trineo, pero nadie quiere aventurarse a llevarla.

He hablado con Ciutat de esto. Estoy tan preocupado que necesito hablar con alguien de mis propios problemas. Me preocupan dos cosas: que ella no pueda salir de allí y que los

alemanes, en la imposibilidad de poder ya conquistar el objetivo máximo, derrota militar de la U.R.S.S., pretendan lograr el objetivo mínimo, la conquista del petróleo, para poder proseguir la guerra; y el petróleo está en el Cáucaso... Y Galka está tan sólo a doscientos kilómetros de Stalingrado.

Ciutat también se ha quedado pensativo. Paz y las dos niñas están en las inmediaciones de Saratov. Ciutat ha pedido permiso en la Academia de Estado Mayor para ir a recoger a su familia; yo he obtenido un documento de la Komintern para que las autoridades le den toda clase de facilidades. Saldrá mañana a Saratov. Me ha prometido llegar a Galka.

Ciutat ha vendido su reloj.

Yo no he podido vender nada.

Espero... Un día. Dos días. Quince.

No sé nada de Ciutat... Ciutat está en Kiubychev. Tengo la idea de que con él sólo vienen sus familiares.

Estoy en la habitación de Ciutat. Con él su mujer y sus hijas. No pudo llegar a Galka...

Ellos ríen. Tienen razón para reír...

Trabajo sin levantar la cabeza. Escribo y escribo. No sé si los españoles nos escucharán, pero yo me esfuerzo porque si algo de lo que escribo llega hasta ellos constituya una ayuda práctica: su liberación será también mi liberación. Cada día escucho algunas de las transmisiones de Echenique. Cada día

leo con la mayor atención los boletines informativos de la sección de escuchas. Hemos ampliado las emisiones. Desde hoy haremos emisiones especiales para el Ejército, los guerrilleros, los obreros y una emisión especial, los domingos, para los campesinos. Echenique es un gran locutor. ¿Le oirán?... Hay que pensar que sí...

Segis Álvarez ha recibido orden de salir inmediatamente a visitar las escuelas de niños españoles de la región de Saratov. Las noticias de ellas son graves: el hambre y la tuberculosis están minando a nuestros niños. Y a este grave problema hay que agregar otro no menos grave: el hambre les ha empujado a robar. Y Saratov se ve azotada por una banda de ladrones integrada por niños españoles que constituye una calamidad... ¡Es triste!... Preferiría a veces no leer las cartas que de allí llegan: son un grito de desesperación, lanzado con la esperanza de no tener que repetirlo, ante la inseguridad de no saber si podrían gritarnos su tragedia otra vez. Y cada día muere alguien. Y cada día se reciben menos cartas.

Segis lleva el encargo de Dimitrov de traer a Esperanza y a su hermano. En su viaje le acompañan dos rusos: un representante de la Komintern y otro del Kim (Internacional Juvenil Comunista). Tiene esperanza de tener éxito. Yo también.

Se han marchado.

He puesto un telegrama a Esperanza anunciándole la llegada de Segis... Después de varios días, Esperanza me ha telegrafiado que no tienen noticias de Segis Álvarez. Otro

telegrama mío a ella. Otro telegrama mío a Segis. Nuevos telegramas de Esperanza. Ningún telegrama de Segis... Y los días van pasando. Tampoco pudo llegar a Galka... Habrá que esperar el deshielo. El Volga es el camino de salvación: el único camino, a pesar de que las estadísticas nos vienen hablando desde hace muchos años de la ampliación de las redes ferroviarias. Y espero. ¿Qué otra cosa puedo hacer ya?

XIV

La guerra continúa implacable. Los alemanes refuerzan sus posiciones políticas en Noruega; ampliar su dominación en el territorio soviético; los japoneses prosiguen su ofensiva; Churchill ha reorganizado su gabinete de guerra con la incorporación de Attlee, Crips, Anderson, Eden, Littleton y Bevin.

En la Komintern hemos recibido la directiva de reforzar nuestros llamamientos a la lucha en todos los países dominados por los alemanes; no debemos limitarnos a señalar la necesidad del sabotaje en la producción de guerra: la consigna no podía ser otra que la de insurrección armada contra los invasores o los gobiernos peleles...

¿Hacia la insurrección?

Sí...

Estamos próximos a la primavera y se teme que los alemanes reanuden la ofensiva.

La situación sigue siendo grave.

Los alimentos escasean cada vez más, cada vez la gente va peor vestida; cada día la movilización abarca a más personas y no hay día en que no se obligue a los obreros a aumentar sus normas.

La emigración española también sufre. Muchos de los colectivos que salieron de Ucrania en los primeros días de la guerra, han estado dos meses y medio en el tren, viviendo en plataformas, en plena intemperie, con temperaturas de más de treinta grados de frío. Así, sobre las plataformas, han cruzado Siberia para llegar hasta Asia... Muchos no han llegado al final del viaje... En Asia la situación es de espanto: el «Campesino» se dedica a matar perros y vender la carne a la población de Tashkent; otros cazan ranas y venden las ancas. Otros se dejan morir poco a poco, dedicando sus ratos perdidos a obtener madera para hacerse el ataúd.

Antón saldrá dentro de unos días para Tashkent. Antón está en Asia; Dolores encerrada en su despacho. Mis jornadas de trabajo han aumentado. Me ayudan Mateu, Pertegaz, Moncho y Segis, pues tenemos que hacer varias emisiones al día; los que me ayudan, además de escribir, tienen que escuchar durante la noche las emisiones de Londres, de Berlín, de Roma... El cansancio nos encadena. Después de terminar el trabajo me encierro en mi habitación del hotel. Pero ni aquí puedo aislarme.

Sí.

El hotel es una casa de p...

Aquí no sólo vivimos los funcionarios de la Komintern, viven los familiares de muchos comisarios de las repúblicas invadidas por los alemanes, artistas, mujeres de generales que se encuentran en los frentes... y un equipo completo de la N.K.V.D.

El ochenta por ciento son mujeres.

Mujeres bien vestidas, jóvenes, solteras y casadas; de todas las nacionalidades de la U.R.S.S. y de no pocos países de Europa. Para unas, la vida es demasiado difícil; para otras, la vida es demasiado fácil. Las primeras quieren comer, las segundas no aburrirse. Y por la noche caminan de prisa por los pasillos y entran rápidamente en ésta o la otra habitación.

De fuera del hotel también llegan mujeres. Las que llegan de la calle no necesitan de preámbulos. Las del hotel los suelen comenzar en una habitación que hay en mi piso, creo que en todos los pisos, en la que hay una gran caldera de la que casi durante todo el día se abastece de agua caliente a los huéspedes. La habitación, por lo general, o está alumbrada por una pequeña lámpara o por el resplandor de la propia caldera. Y hacia el atardecer, cuando la gente llega del trabajo, esta habitación se llena completamente de gente, en una cola que se retuerce y que a veces sale hasta el pasillo. Son cuarenta o cincuenta personas, hombres y mujeres, que permanecen durante cierto tiempo pegados unos a otros en espera de que les llegue el turno... Y van llegando ellas lo mejor arregladas posible.

Aquí casi todo es igual que allá. El nuevo mundo se parece en mucho al viejo. El hotel es también visitado por no pocas funcionarias de la Komintern, que habitan en la vivienda colectiva; aquí llega una señora checoslovaca, mujer de uno de los dirigentes del partido comunista checo, a la que espera un joven alemán; a visitar a este joven alemán suele venir también la hija de esta mujer, una muchachita de dieciocho años. A la habitación de Togliatti, cuya mujer está en Kuibychev, llega una muchacha francesa, que antes de ser mecanógrafa fue monja, y que pasa muchas horas y no pocas noches en la habitación del jefe del partido italiano. Una alemana gorda, de unos cuarenta y cinco años, visita las habitaciones de los funcionarios más viejos, en todos los sentidos, de la Komintern.

He tenido verdaderas sorpresas.

Y los días se diferencian poco.

Me he levantado completamente helado. Creo que no hay una sola articulación que no me duela. He intentado mirar hacia la calle, pero el hielo que cubre los cristales es impenetrable. He entrado al cuarto de aseo. La frialdad del agua quema. Es el martirio de todos los días. Pero prefiero sufrirlo. Lo prefiero antes que dejarme derrotar por la desesperación de una vida oscura y triste...

Paz, la mujer de Ciutat, me llama. Desayuno en su cuarto. Cuando salgo a la calle, me encuentro con un día que hace estremecer; nubes bajas, plomizas, un frío que rompe todas las defensas y por suelo un cristal de hielo que me obliga a caminar lentamente y sin levantar la cabeza. En la Komintern

una sola novedad: en la primera página de «Pravda» la orden número 55 del Comisariado del Pueblo de la Defensa, con motivo del veinticuatro aniversario del Ejército Rojo.

A las diez de la mañana, Pertegaz me trae la traducción de la orden y del parte de guerra del Buró de Información Soviético.

Comienzo a leer.

La leo una y otra vez.

Al fin me detengo en uno de sus párrafos. Lo leo atentamente, haciendo uso de todos mis conocimientos sobre las formas de expresarse de los dirigentes soviéticos, que utilizan también los dirigentes de la Komintern, los funcionarios de la Komintern, los secretarios generales de todos los partidos comunistas del mundo.

«En la Prensa extranjera se dice a veces que el Ejército Rojo se propone exterminar al pueblo alemán y destruir al Estado alemán. Esto, desde luego, es una mentira estúpida y una calumnia necia contra el Ejército Rojo. El Ejército Rojo no abriga ni puede abrigar propósitos tan idiotas. El Ejército Rojo se propone expulsar de nuestro país a los invasores alemanes y liberar de los usurpadores alemanes el territorio soviético. Es muy probable que la guerra por la liberación del suelo soviético conduzca a la expulsión o liquidación de la camarilla de Hitler. Nosotros celebraríamos un desenlace semejante. Pero sería ridículo identificar a la camarilla hitleriana con el pueblo alemán, con el Estado alemán. La experiencia histórica nos dice que los Hitler vienen y se van, mientras que el pueblo alemán y el Estado alemán quedan».

He meditado mucho sobre este párrafo. Si Stepanov me hubiera visto hubiera sonreído satisfecho, pensando que me he vuelto un hombre extraordinariamente estudioso, que soy un buen discípulo suyo. Sí, he leído cuidadosamente el párrafo. ¿Una maniobra para intentar dividir las fuerzas de Alemania separando al pueblo de Hitler para facilitar la derrota del fascismo, o una perspectiva en la que se prevé y se prepara una alianza de la U.R.S.S. con la Alemania vencida o la transformación de la Alemania vencida en un satélite de la U.R.S.S.? Las dos cosas. Con la primera, estoy de acuerdo: es un problema de táctica elemental. Con la segunda, discrepo. No es posible diferenciar a Hitler del Estado alemán ni al Estado alemán del pueblo alemán. Comienzo a ver claro. La U.R.S.S. necesita para sus planes de mañana la fuerza humana e industrial de Alemania. Ayer, hoy y mañana el problema de la relación de fuerzas es determinante. Con Alemania bajo su influencia, la U.R.S.S. puede dominar el occidente de Europa.

Si fuera por el socialismo...

Si fuera por el socialismo me hubiera sentido alegre al leer la orden número 55 del Comisariado del Pueblo y de la Defensa. Pero si no es por y para el socialismo, puesto que el socialismo no existe, sino para extender al resto de Europa un régimen que niega los valores humanos y desconoce los derechos más elementales del hombre, ¿por qué he de alegrarme?

Hoy he trabajado sin entusiasmo.

Por la tarde, después de terminar nuestro trabajo, se ha celebrado una reunión en mi despacho. Ha presidido Stepanov;

hemos asistido Alard, Antón, Segis Álvarez, Echenique, Moncho, Pertegaz, «Irene Toboso», su hermana y yo. El motivo era estudiar la orden de Stalin. Han ido interviniendo todos. Y cuando me ha llegado el turno a mí, he preguntado lentamente, fríamente, a Stepanov...

–¿Tú crees, camarada Stepanov, que en el párrafo de la orden en la que se habla de que el Ejército Rojo no tiene nada contra el pueblo alemán, se dibuja la perspectiva de un perdón para todo el pueblo alemán y el respeto a la existencia del Estado alemán?... ¿Crees que tal cosa esté en íntima relación con un futuro en que la U.R.S.S., para organizar su victoria y extender su influencia, necesite llegar a un acuerdo con los alemanes?

Stepanov me ha mirado. Yo no he dejado de mirarle. Se ha quedado pensativo durante unos segundos... Después ha sonreído...

–Camarada Castro, ¿renunciarías a hacer cualquier concesión de palabra a tus enemigos si con ella debilitabas su fuerza y facilitabas tu victoria?

Me mira. Me miran todos.

–No, camarada Stepanov. Pero quería saber si ése era todo el alcance de este párrafo, que no dudo que tendrá una enorme repercusión entre nuestros aliados y posiblemente entre los pueblos sojuzgados por el fascismo alemán.

–¿Por qué había de tener otro?

Ha terminado la reunión.

Caminando hacia el hotel, he meditado sobre ella. Ni yo he engañado a Stepanov ni él me ha engañado a mí... Recuerdo que en los días difíciles de la defensa de Madrid, Gorev, consejero soviético del general Miaja, me dijo ante ciertos escrúpulos míos: «Camarada Castro, hay que ser práctico. Con tal de triunfar, hasta con el diablo es preciso aliarse»... Sí, la guerra podrá eliminar el fascismo, pero nada más y, para lo que tenga que venir después, Alemania es necesaria a la Unión Soviética, como podrá ser también necesaria a los otros...

La venganza de los pueblos contra el pueblo que los atormentó, ya está descartada.

Stalin ha anunciado la amnistía.

¿Qué habrá ocurrido o qué podrá ocurrir en la perspectiva, en la posguerra, cuando Stalin, el hombre que jamás perdona, ha otorgado este sorprendente perdón?... Hay algo extraño que nos va acercando al asco.

Una vez he visto a Stalin.

Veinte metros; en una punta él, en la otra yo. Hoy... Hoy hay más de veinte metros que nos separan. Muchos. Más. Muchos más.

Pasan los días... Y llega marzo... Faltan sólo dos meses para el deshielo... Unos ratos pienso en mi madre y en mi hermana; otros, en Esperanza; los que me sobran me dedico a pensar en la guerra o a hablar de la guerra con Ciutat.

No siento muchas inquietudes.

Espero, solamente, a que la máquina de guerra americana llegue al máximo de su rendimiento. Cuando esto ocurra, habrá llegado el comienzo del ocaso del fascismo. Porque noventa millones de alemanes son muy pocos. Porque setenta millones de japoneses son muy pocos.

Espero tranquilo.

19 de marzo: he regresado al hotel lentamente. No tengo nada que leer. No quiero hablar con nadie.

Decido ponerme a lavar la ropa que se encuentra arrinconada en el cuarto de aseo... No es mucha... Unos calcetines, dos pañuelos, una camisa y unos calzoncillos. Con lo que llevo puesto, es todo cuanto poseo.

El agua está helada, me duelen las manos, pero me molestan más los piojos. Venzo el dolor y continúo.

Suena el teléfono.

–¿Quién llama?

–Soy yo, Kety, ¿estás acostado?

–No.

–Entonces ven rápidamente. Dolores te espera.

Me seco las manos. Me pongo el abrigo, el gorro y los chanclos y salgo del hotel. Ufa parece una ciudad abandonada.

No me he tropezado con nadie en el trayecto que hay desde el hotel a la Komintern. En el vestíbulo me sacudo la nieve y subo. Cuando entro en el despacho de Dolores, la encuentro más pálida que nunca. A un lado y otro de ella, «Irene Toboso» y Kety L. Rodríguez. Sobre la mesa, unas cuartillas.

–¿Qué hay, Dolores?

–¡Pepe Díaz ha muerto!

He sentido como si algo me hubiera sacudido de pies a cabeza. Durante algún tiempo no he hablado. Pensaba sólo en él... Cuando las miro, las tres me miran.

–¿Cómo ha sido?

–No sé nada. Me ha llamado Dimitrov desde Moscú y me ha dicho que Pepe había muerto esta mañana. Nada más.

–¿Qué piensas hacer?

–He hecho un comunicado que firmarán los miembros del Comité Central que se encuentran en Moscú y los miembros del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista... Lee...

Me da las cuartillas que al entrar vi sobre la mesa. Nada nuevo. Lo mismo que se ha dicho siempre que ha muerto una figura destacada del movimiento comunista: lugares comunes; adjetivos mastodónticos, promesas solemnes de una fidelidad que no hubo en vida...

La costumbre es la costumbre.

–Pero, ¿alguien deberá ir a los funerales?

–Yo no me atrevo en estos momentos a pedir al Gobierno soviético un avión.

–Sin embargo, debería irse.

Nos hemos mirado fijamente. Entre nosotros no hay posibilidad de engaño.

–¿Nada más, Dolores?

–Nada más.

He salido del despacho... Otra vez en la calle... Otra vez en mi habitación. Desde hace dos meses no sabíamos nada de él. Entonces hubo una carta suya llena de desesperación: «...no olvidaros de este pobre enfermo» «...escribidme». «Ella» no quiso que ninguno le escribiéramos por nuestra propia cuenta; escribió una carta fría, protocolaria, invitándome a que pusiera en ella unas líneas. Le envié un saludo breve. Y fue todo hasta hoy.

Salgo por agua caliente y hago té. Cuando estoy tomando la segunda taza suena el teléfono.

«Ella».

–Castro, a las cinco de la mañana salgo para Tbilisi en avión. Viene conmigo Irene...

–Bien.

Hemos colgado los auriculares al mismo tiempo. Ni ella ni yo acostumbramos a disimular nuestros sentimientos. Me he acostado y durante mucho tiempo, no sé hasta qué hora, he estado pensando en José Díaz.

Me despierto más temprano que de costumbre.

¡Pepe Díaz ha muerto!

Antón está en Asia; Dolores vuela hacia el Cáucaso; Hernández sigue en Moscú... Y aquí estoy yo... Cuando llego a la Komintern no hay casi gente. Entro en el comedor y pido un té. Subo al despacho y comienzo a pensar en las emisiones de hoy... Hago el plan... La única novedad es un comentario sobre José Díaz. A las once, Togliatti me llama a su despacho. Togliatti trabaja en el despacho que antes ocupó Manuilski. Es grande: al fondo una mesa grande, delante una mesa estrecha y larga, la T de siempre. Y detrás de la mesa de despacho, Togliatti.

Avanzo.

Nos estrechamos las manos. La suya está fría. Sólo sus ojos, detrás de las gafas, me recuerdan que la mano que estreché pertenece a un ser vivo. Me siento y le miro. Él se entretiene con la pipa. Luego mira hacia los balcones desde los que se ven los tejados de las casas cubiertos de nieve y permanece inmóvil...

¿Un minuto? ¿Dos?

—¿Qué piensan decir en las emisiones de hoy sobre José Díaz?

–Nada más que una nota con la noticia. Ten en cuenta que murió ayer y sólo hoy por la mañana Radio Moscú ha dado la noticia... Oficialmente estamos en los Pirineos...

–No importa, Castro. Convendría hacer un comentario editorial. Podría hacerse, además, una resolución del Comité Central del Partido Comunista de España.

–«Radio España Independiente» no figura como una emisora comunista.

–No importa.

–Bien.

–Cuando lo hayas escrito quiero verlo.

–De acuerdo.

He abandonado su despacho. Ya en el mío, he encendido un cigarro y mirando las cuartillas me he puesto a pensar. No dispongo de mucho tiempo y comienzo a escribir.

He terminado el editorial. Sigo escribiendo. Termino el comunicado del Comité Central. Tomo las cuartillas y me dirijo hacia el despacho de Togliatti. Deja las cuartillas delante de él, enciendo un cigarro y me dirijo hacia uno de los balcones y hago como que miro las casas.

–Castro.

Me vuelvo y camino lentamente hacia él.

–Estoy de acuerdo.

–Yo no, Ercoli. Creo que las emisiones van a resultar demasiado comunistas.

–No importa.

–Tampoco a mí.

Y salgo. Y cuando llego a mi despacho llamo a los compañeros que trabajan conmigo y les doy a leer lo que he escrito. Están de acuerdo. La costumbre es estar de acuerdo siempre.

La muerte de José Díaz me obsesiona. No, no es el problema de su sustitución a pesar de la gravedad que entraña. Me obsesiona el hecho de que no hayamos tenido noticias de la agravación de su enfermedad.

Todo sigue igual.

Hoy ha habido en la Komintern una reunión necrológica en memoria de José Díaz: hemos hablado André Marty y yo y ha presidido Togliatti. No ha habido aplausos.

Han llegado Dolores e «Irene Toboso». Con ellas han venido Teresa, la mujer de Pepe, y Termita, su hija. Cuando he llegado a la Komintern, Dolores ya estaba en su despacho. Me ha llamado. Durante mucho tiempo me ha estado hablando de la imponente manifestación de duelo habida en la capital de Georgia.

–Se paralizó el trabajo en las fábricas... Desfilaron los obreros, el Ejército... El féretro fue llevado por los miembros del Gobierno... Incluso se hizo un corto cinematográfico para que el Partido tuviera un recuerdo de los funerales de su jefe...

–¿Y cómo se produjo la muerte?

–Estaba muy enfermo, Castro, tú lo sabes.

–Sí...

–Te he traído un poco de tabaco de Georgia... Es como el tabaco turco... Luego te lo mandaré...

–Gracias, Dolores.

Antón está de camino... Antón ha llegado a Ufa... Dolores, Antón y Togliatti han permanecido varias horas reunidos. No se ha vuelto a hablar de José Díaz. El único recuerdo de él, en Ufa, es una mujer menudita, que habla con acento andaluz y una niña delgada, que viven en el primer piso del «Hotel Baskiria».

Nada más.

Pasado el tiempo el misterio dejó de serlo. Un día cualquiera, ya en Moscú, el doctor Bonifaci, antiguo médico de José Díaz, vino a verme a mi habitación del hotel. Hablamos de todo. Surgió el nombre de José Díaz. Y creyéndome en el secreto, habló...

–¿Qué motivos impulsarían a José Díaz a arrojarse por el balcón de su casa?

No he podido dominarme. Le he mirado fijamente. Él ha palidecido.

–¿Se mató?

–Sí, Castro... Yo tampoco sabía cómo había muerto. Creí, realmente, que había sido por enfermedad crónica. Pero hace unos días me contaron todo: allá por febrero de 1942 salieron para Tbilisi varios médicos especialistas de la Clínica del Kremlin. Se trataba de una nueva consulta para determinar qué podía y debía hacerse con José Díaz. Durante algunas semanas estuvieron reconociéndole. Terminado este período, se reunieron para determinar la conveniencia o no de una nueva operación. Mientras ellos discutían, un hombre se lanzaba desde el cuarto piso de una lujosa casa de apartamentos... El golpe de un cuerpo al estrellarse contra el suelo y el grito de espanto de una mujer fue todo... Después, unos grandiosos funerales... Después, nada.

–¿Murió instantáneamente?

–Sí.

–¿Crees que fue un momento de desesperación?

–No. Era un propósito... La prueba es que dejó cinco cartas escritas; una de ellas para el Comité central del Partido Comunista de España.

–¿Quién recogió las cartas?

–La N.K.V.D.

Me he callado. El me mira a los ojos fijamente. Es una mirada que expresa miedo. Dejo de mirarle. Sí, ahora comprendo todo: el viaje de Dolores, el cierre de fábricas, la parada militar, el «film»... Quizá quería ocultarse con un gigantesco homenaje póstumo una gran tragedia.

¿Qué impulsó a José Díaz a este acto desesperado?... ¿La enfermedad?... No... José Díaz no ignoraba que su vida sería corta; tan convencido estaba de ello, que por su iniciativa se celebró la consulta de médicos; quería que le hicieran una nueva operación, que le garantizara por lo menos dos o tres años de trabajo activo.

Me lo había dicho muchas veces: «...lo peor, Castro, es no hacer nada. Sentirse cada hora y cada día inútil... Quiero que me operen otra vez; que me dejen en condiciones de trabajar activamente dos o tres años... Después... Lo que pase después, ya no importa».

Él no era un cobarde. Ni ante la vida ni ante la muerte. ¿Por qué se mató, entonces? He recordado a Barneto... Sí... Entre Barneto y José Díaz había mucho en común: una enfermedad que les iba mimando poco a poco; un desplazamiento político ininterrumpido. A Barneto, la muerte le llegó antes de que se diera cuenta de toda su tragedia. A José Díaz, no. Vivía una doble agonía: la física y la política. Lo que no supo ver en Barneto, lo tuvo que ver en sí mismo... Ya no interesaba... Ya no podía dar nada... Ya era un huésped que costaba demasiado caro... Llevaba meses que no se le enviaba ni un solo informe, que no se le hacía una sola consulta... «El dirigente maravilloso de temple estaliniano», como dijera Manuilski en el XVIII

Congreso del Partido Bolchevique, era una pesada carga... Lo que en él se empleara, no produciría beneficio a la patria del proletariado... Mientras que ella... Había sido desplazado en vida... Ella sola no hubiera podido hacerlo... Pero el Gobierno soviético, a través de la Komintern, quitaba y ponía rey: lo recluyó en una linda casita de Tíblisis. Primero con Bonifaci y su mujer. Luego, solo con su familia y sus dos escoltas.

¿Fue la desesperación producida por su enfermedad la que lo impulsó a matarse?... ¿Fue el dolor de verse desplazado?... ¿Fue su propia agonía física lo que le hizo despojarse de falsas ilusiones y mirar las cosas con el realismo de un moribundo que no quiere continuar engañándose?

No lo sé.

Pero si hubiera sido la desesperación de su propia enfermedad, lo hubiera dicho en las cartas que dejó escritas y no hubiera existido razón alguna para que dichas cartas desaparecieran.

¿Qué decía en sus cartas? No he podido preguntar. Y aunque hubiera podido...

Pepe Díaz murió de enfermedad. Así se lo obligaron a decir hasta a los niños españoles que estudiaban en las escuelas de Georgia y que aún tuvieron tiempo de llegar antes que el cadáver se quedara frío.

Sólo el recuerdo.

Y una mujer menudita, que habla con acento andaluz... Y una niña delgadita.

Eso es todo.

Pero todo esto lo supe después... Dos años después.

Marzo no me dice nada. Sólo conozco la inquietud de los dirigentes soviéticos: los alemanes se preparan para otra gran ofensiva.

¿Dirección de su ofensiva? El Cáucaso.

¡El petróleo!

Y los míos allí, junto al Volga, cerca de Stalingrado, bloqueados por la nieve y minados por el hambre.

XV

La nieve comienza a derretirse.

Desde el balcón de mi despacho veo el negro y el rojo de los tejados de las pequeñas casitas de Ufa.

Ufa comienza a cubrirse de barro. Yo espero dos cosas: la llegada de Esperanza y el comienzo de la nueva ofensiva alemana.

Mientras tanto... Sigo escribiendo para los españoles que están en España; sigo sufriendo la presencia de Antón durante doce horas diarias: sigo oyendo las carcajadas y gritos de Dolores en la habitación vecina... Y sabiendo que en Tashkent, Arrarás ha muerto de hambre; que Parga ha muerto de hambre; sabiendo que muchos preparan con antelación sus féretros, robando cada noche un poco de madera; sabiendo que al que muere, si tiene algún diente de oro, sus propios familiares se lo arrancan con los procedimientos más primitivos; sabiendo que así lo hizo Carmen Manzano con su marido; sabiendo que Isidoro R. Mendieta caminó horas y horas con el cadáver de su hijo debajo del brazo en busca de una botella de vodka, que era el precio que exigían los enterradores; sabiendo que muchos murieron en las plataformas de los vagones en su viaje hacia Asia; sabiendo que

el capitán del «Cabo San Agustín», arrastrado por su antiguo maquinista, pudo llegar hasta Tashkent, para morir como un perro, tirado en la estación, antes de que los españoles pudieran llevar algo de comida que detuviera su agonía.

Sé mucho más.

Que nuestros camaradas de la brigada que formó Hernández para salvarlos del hambre, están siendo lanzados a la retaguardia enemiga. Y que cada día mueren algunos. Y que ya van siendo muchos los que mueren.

Esperanza, Alejandro y la hija de Sánchez Arcas están en Kuibychev: llegarán mañana a Ufa.

Hoy escribo con más entusiasmo.

A las once de la mañana de este nuevo día, el centinela de la puerta me ha avisado que baje, que me esperan.

Bajo...

¡Esperanza!

Es un encuentro difícil: la gente nos mira y nos escucha. Hablamos lo menos posible. Con la mujer de Ciutat van a la estación a recoger a Alejandro, Maruchi y el equipaje. Cuando llegan al hotel, me avisan. Dejo de escribir y me marchó: estoy libre hasta el día siguiente.

La habitación 97 está llena de paquetes, de gentes, de voces. No parece la habitación 97. Miro todo. Esperanza está

excesivamente delgada. Su hermano, también. Esperanza mira la habitación; abre el balcón y mira la ciudad, a la que un sol ardiente da un nuevo aspecto. Yo le enseño mis pequeñas reservas de azúcar, de café, de té... Le hablo del pequeño almacén en donde hay de todo y sonrío. No hablamos de Galka. A las ocho y media vamos a la habitación 100... Esperanza mira todo... Recuerdo aquel día en que yo también miré todo... Compra algunas cosas. Durante la cena los contemplo. El hambre deja sus huellas. Impone sus ritmos.

Han pasado dos días.

Esperanza ha comenzado a hablar de Galka.

Yo escucho.

Galka... En sí, un pequeño pueblecito de las llamadas «ricas regiones del Volga»... Pero Galka es algo más que un hombre, que unas casas... Es una tragedia inédita hasta ahora.

XVI

Nos acostamos... Alejandro duerme... Esperanza sigue hablando en voz baja. He aquí su relato:

«¡Un pueblo!

Un desembarcadero y un montón de casas.

Y una caravana de niños, con las correas de sus mochilas haciendo surcos en sus hombros, que comienzan a descender del «Alejandro Neski», que comienzan a mirar a un lado y a otro, ahora a sus profesores, ahora a preguntar...

–Camaradas, ¿cómo se llama este pueblo?

–Dobrinka.

Algunos encogen los hombros, otros ni siquiera eso... ¡Qué les importa!... Hace tiempo que a estos niños les importan muy pocas cosas.

–¿Vamos a quedarnos aquí, camarada Laín?

–No, «riviata».

Durante dos o tres horas, los niños esperan... El sol se clava en las espaldas de todos, las gargantas comienzan a secarse por el calor y el polvo, mientras que el director de la escuela, camarada Abramson, habla con las autoridades de la localidad.

Regresa el director.

Ciento noventa ojos le miran. Y el director habla con los maestros. Los maestros dan órdenes y los niños se cargan las mochilas sobre sus cansados hombros. Una caravana de cien personas comienza a marchar por un viejo camino, en cuyo polvo se hunden los pies... El sol sigue quemando las espaldas de todos y las gargantas de todos están un poco más secas que antes. Y ante nosotros, el viejo camino sin fin...

Un kilómetro, sol, polvo. Y sed.

Otro kilómetro... Una caravana silenciosa envuelta en una nube de polvo, que cada vez se alarga más. Maestros que intentan empujar a los rezagados, niños que quieren sentarse, gentes que maldicen en voz alta. Tres kilómetros... Allá lejos, unas cuantas casas de madera y la silueta de una vieja iglesia que parece vigilar la marcha de esta gente, que cada vez camina más encorvada... La iglesia más cerca, las casas más cerca. De la cabeza de la columna a las primeras casas, un kilómetro... Ochocientos metros... Menos... Menos aún... Sólo se oye el ruido de los pies que baten el polvo de este viejo camino... ¡Quinientos metros!... Ojos irritados..., gargantas secas... ¡Cuatrocientos metros!... Menos... Menos aún... Y treinta casas, una iglesia y gallinas, cerdos y vacas que caminan lentamente de un lado para otro. Y nadie más.

¡Es Galka!

La caravana se detiene en medio de las treinta casas; los niños descargan las mochilas de sus cansados hombros y miran a un grupo, el director y los maestros, los cuales hablan mientras miran, una a una, las treinta casas y la iglesia.

¿Por qué todas las casas tienen las puertas y las ventanas abiertas de par en par? ¿Por qué no se oye una sola voz, fuera de las cien voces nuestras? ¿Por qué todos los animales nos miran extrañados y huyen precipitadamente cuando nos acercamos a ellos?

Galka ha sabido de la guerra.

Fue uno de los tantos y tantos pueblos envueltos por lo que se dio en llamar la «batalla del Cáucaso», batalla en la que más de doscientos mil soldados de la N.K.V.D. acabaron para siempre con la República Alemana del Volga, de la que tanto habló la propaganda rusa.

Treinta casas. Una iglesia. El Volga corre en silencio. El sol comienza a hundirse en el horizonte. Unos cuantos árboles en el cementerio cubren con una sombra, que ya casi no es sombra, el descanso de los muertos. Son los únicos árboles que veo. Luego... Luego tierra y tierra: un mar de tierra que se pierde en todos los horizontes de mis miradas.

El director habla. Habla mucho, demasiado. Escuchamos nosotros y los niños esperan sentados sobre sus pequeñas mochilas de lona verde». La voz de Esperanza se va extinguiendo.

–Tengo sueño, Enrique.

–Duerme.

Otro día... Y la misma voz prosigue el mismo relato:

«Me habían hablado de las ricas regiones del Volga. De la floreciente República Alemana del Volga... ¡Qué gran imaginación la de estos rusos!... ¿O será que este sol de infierno ha quemado la rica vegetación de que tanto nos hablaban en la revista «La U.R.S.S. en construcción»?... ¿O será que los bosques y los pastos han huido a otras regiones ante el temor de tener que sufrir la presencia de los alemanes? No comprendo nada. Solamente sé que en una llanura sin fin hay treinta casas y una iglesia. Y que aquí tendremos que vivir. ¿Cómo? ¿Hasta cuándo?... Es mi primer día en Galka. Y ya en mi primer día en este pueblo de la ex República Alemana del Volga he sentido ganas de llorar. Pero no he llorado. Toda mi desesperación la he ido descargando en mirar y mirar estas casas con las puertas y las ventanas abiertas de par en par; en mirar y mirar esa iglesia de ladrillo que se eleva por encima de las treinta casas de madera, y que parece decimos que, a pesar de todo, algo no ha muerto en el país del «socialismo»; en mirar y mirar esos animales que vagan de un lado para otro; en mirar la estepa... Y cuando mis ojos han comenzado a no ver, he sentido ganas de elevar mi voz en este desierto y así poder gritar a los cuatro vientos: «Gracias, camarada Stalin, gracias»...».

–Tengo sueño, Enrique.

–Duerme.

Otro día... La misma voz prosigue el mismo relato:

«...Instalamos la escuela en la casa más grande..., y en la casa más próxima a ella, la enfermería. De unas casas fuimos sacando lo poco que había para acomodar aquéllas en las que chicos y grandes íbamos a vivir no sabíamos por cuánto tiempo.

Vivo con Mercedes y Emilia.

La nueva vida ha dado comienzo».

–Tengo sueño, Enrique.

–Duerme.

Me habló de doscientos y tantos días... Me habló durante muchas noches. Pero es una historia demasiado larga para que la cuente toda. Y es demasiado amarga para que quien no la vivió, pueda contarla en todos sus detalles. Ella, Esperanza, deberá contarla día por día; ella, Esperanza; deberá escribirla en nombre de una verdad que ambos buscamos después de haber vivido años y años con la ilusión de que era verdad una gran mentira.

No...

No hablaré del primer día ni del segundo, no hablaré de este o aquel día. Hablaré de algo de lo que pasó... Y si algún curioso quiere saber todo, o al menos figurárselo, que multiplique lo que cuento por los días que quiera. La aritmética también sirve para analizar el «socialismo».

«...Comienza a ser de día a las ocho de la mañana. La ropa que eché anoche sobre la cama, no ha sido capaz de impedir que tenga frío, un frío que produce dolor en los huesos. Cerré todas las puertas, apreté las fallebas de todas las ventanas, pero las rendijas que hay en este maldito piso de madera han hecho inútiles mis esfuerzos. Este viento de huracán, que en invierno y en verano azota Galka, entra y sale como quiere en esta pequeña habitación en donde vivo. Quiero levantarme. Hago un esfuerzo. Logro incorporarme un poco y comienzo a toser. Al otro lado de la habitación, la hijita de Emilio llora; conozco ese llanto demasiado: ¡hambre! Otro esfuerzo. Me visto rápidamente y salgo a la pequeña sala que hace de «comedor». Mercedes anda de un lado a otro precipitadamente. Emilia, sentada, con su hija en su regazo, mira a no sé dónde. Un seno blanco y vacío descansa sobre la cabeza de «eso» que no se sabe si vive o muere. La niña mama. Un rato después vomitará sangre y pus, que es lo único que contienen esos pechos atormentados de la pobre Emilia.

Ahora Mercedes, delante de un brasero que hay en el centro de la habitación, amontona pedazos de madera. Acercó un poco más de leña y espero a que las llamas envuelvan el pequeño montoncito... Luz y sombras sobre nosotras... Luz y sombras que nos hacen vernos unas veces como somos y otras como terribles monstruos que hablan castellano. Emilia, no sé si es por la luz o por las sombras, parece un cadáver que habla y se mueve; Merced, una sombra gigantesca; yo no debo parecer nada... Nada... Siento calor en la cara y frío en la espalda. Nuestras ropas comienzan a echar humo. No hay agua para desayunar. Me pongo el abrigo, tomo una vasija de barro, la única que tenemos, y salgo. El viento de la noche, de muchas

noches, de muchas saches y muchos días, ha acumulado una enorme cantidad de nieve ante la puerta de nuestra vivienda. Lleno el cacharro de nieve y entro. El cacharro de barro sobre el fuego y nosotras esperando. El agua comienza a echar humo. Ahora a hervir...

Total, una taza de agua.

Mercedes la toma y comienza a beber en pequeños sorbos, mordiendo, de vez en cuando, un pequeño pedazo de pan negro y duro.

Vuelvo a tomar el cacharro y a salir. El barro sobre el fuego y Emilia y yo esperando. La nieve comienza a derretirse. El agua comienza a echar humo. Ahora a hervir...

Total, una taza de agua.

Emilia toma la taza y comienza a beber en pequeños sorbos, mordiendo de vez en cuando un pequeño pedazo de pan negro y duro.

Vuelvo a tomar el cacharro. Vuelvo a salir.

Barro sobre el fuego y yo esperando. La nieve comienza a derretirse. El agua comienza a echar humo. Ahora a hervir...

Total, una taza de agua.

La tomo y comienzo a beber en pequeños sorbos, mientras muerdo de vez en cuando un pequeño trozo de pan negro y duro.

La hija de Emilia sigue mamando sangre y pus. Emilia ha vuelto a mirar fijamente no sé dónde. La lumbre comienza a agonizar. Mercedes se va a la escuela. Nosotras dos nos miramos. Todos los días comienzan así: no hay leña, no hay agua. Y la comida tardará mucho tiempo en llegar aún.

Miro el pequeño plato que está sobre la mesa. Sí, hoy será como ayer, como todos los días: sonará una campana que golpea un viejo ucraniano, tomaré mi plato, saldré y llegaré hasta la escuela. Una vez dentro, me sentaré delante de una vieja y sucia mesa de madera y esperaré silenciosamente, con esa paciencia de los animales viejos, que aquí ha comenzado a ser la paciencia de las gentes.

Unos minutos más tarde llegará una mujer con un perol y tan cazo y dejará caer en mi plato un montoncito de patatas cocidas, sin nada de grasa, que fue necesario arrancar de la tierra ya helada; llegará otra mujer y pondrá a mi derecha un pedazo de pan negro que debe durarme hasta el otro día; llegará una tercera mujer y echará agua caliente en el vaso que siempre colocan delante de mí... Y habré comido...

Faltan muchas horas. Y no hay leña. Ni agua. Ni luz eléctrica, a pesar de la electrificación.

Alejandro en la enfermería. Enrique en Ufa. Emilia mirándome. Y su hijita durmiendo. Y yo pensando y mirando a las dos.

–No tenemos leña, Esperanza.

–Lo sé.

Me hundo en mi desaliento. Tengo que hacer un gran esfuerzo para no llorar.

–Voy a la enfermería.

–Si puedes, roba un poco de leña.

Salgo. El viento pretende meterme otra vez en la casa. Me empuja y le empujo. Y comienzo a avanzar poco a poco. Llego a la puerta de la casita que hay cerca de la escuela. Una salita con unas cuantas camas. Y en una de ellas, Alejandro. Está más pálido y más delgado que nunca...

–¿Cómo estás?

–Bien.

–¿Te duele algo?

–No.

Del bolsillo de mi abrigo saco un pedacito de pan negro y duro, y lo pongo delante de la cama. Su mano avanza sobre el pan; sus ojos brillan un poco más que cuando entré. Y lentamente lo va humedeciendo con su saliva. Y luego, va partiéndole en pedacitos muy pequeños. Y por último comienza a masticar durante mucho tiempo.

–¿Quieres que te traiga algo? –le digo sin saber qué podría traerle.

–No, Esperanza –me dice convencido de que no le traería nada.

Y salgo.

El viento vuelve a golpearme. Y mientras avanzo, miro a todos los lados: busco leña.

Pero sólo veo treinta casas de madera y una iglesia de ladrillo. Y unos cuantos arbolitos en el cementerio y otro pequeño arbolito delante de una casita destartalada. Es la única madera que hay en este inmenso desierto.

Hielo y nieve... Un viento que araña la cara... Y sólo yo en la calle... Me aparto del camino y entro en una de estas casas sin gente, en donde dicen que se estaban minando los cimientos del poder soviético, cuyas ventanas y puertas el viento mueve violenta e ininterrumpidamente.

Espero. Escucho. Miro.

En la calle, sólo nieve y un viento que juega con ella, que la levanta a veces hasta convertirla en una inmensa columna de humo blanco, que la estrella, otras, contra el suelo o contra estas treinta casas y una iglesia en un juego interminable y cruel... Nadie... A pesar de todo, tengo miedo de que me vean. No tenemos leña en casa y no hay más leña en Galka que la que pueda hacerse de las puertas y ventanas o de estas casas en las que no vive nadie. Sin embargo, las autoridades de Dobrinka nos han advertido que hacer leña de las puertas o ventanas o destruyendo alguna de estas casas, es un delito contra la propiedad socialista. No tenemos carne ni grasa y no

hay más posibilidades de obtenerlas que sacrificando el ganado que se muere de hambre y de frío en esta pequeña aldea del Volga. Sin embargo, las autoridades de Dobrinka nos han advertido que el matar ganado constituye un atentado contra la propiedad socialista. Lo único, al parecer, que no constituye un atentado contra nada ni contra nadie es morir de hambre y de frío en cualquiera de estas treinta casas de madera...

Dejo de pensar en esto y miro a una de las ventanas.

El viento me ha ayudado. Sus golpes han ido aflojando las bisagras. Me acerco a ella, me acerco lentamente, cuidando de no hacer ruido al pisar sobre estas tablas que parecen divertirse al crujir bajo mi peso; cuidando de no hacer ruido para que el viento que entra y sale no pueda llevar ni tan siquiera el eco de mi respiración... Por la ventana miro a la calle. Nada. Sólo nieve y viento. Levanto despacito mi mano derecha.

Crispo mis dedos sobre la parte superior de la ventana...; levanto despacito mi mano izquierda y crispo mis dedos sobre la parte superior de la ventana... Espero unos segundos... Tomo alientos... ¡Un tirón!... ¡Otro!... Tengo la idea, una idea nacida del dolor, de que mis brazos van a desprenderse de mi cuerpo. Ruido. Miro a la calle: viento y nieve. Otro tirón. La madera parece quejarse. Yo tiemblo. Y tiro y tiro. Quisiera gritarle, suplicarle para que de una vez se desprendiera de ese marco maldito que estos descendientes del Rin colocaron a conciencia en esta maldita casa de las orillas del Volga... Va cediendo... Y van cediendo mis fuerzas.

¿Y si me vieran?

Sé que el director de la escuela, que el secretario del Partido, que el secretario del sindicato que también roban madera, que también sacrifican muchas noches una parte del ganado que agoniza en esta aldea en agonía, que roban lo que sólo es para los niños, me denunciarían al soviet de Dobrinka... Y sería una ladrona en el país del socialismo... Y ellos, ellos serían celosos guardianes de la propiedad socialista.

Tomo alientos. ¡Otro tirón! La ventana y yo en el suelo... Escucho... Sólo mi respiración y el ruido del viento. Me levanto y muy despacio llevo la ventana hasta una de las paredes del fondo, la coloco inclinada sobre ella y comienzo a dar patadas y más patadas. Y se va haciendo pedacitos lo que quizá fuera orgullo de algún carpintero de la ex República Alemana del Volga, descendientes de aquellos que abandonaron las tierras del Rin o del Oder para acampar en las orillas de este viejo río...

No puedo llevármela toda; una parte la escondo en un rincón. Y la otra voy ocultándola cuidadosamente debajo de mi pesado abrigo de invierno... Salgo a la calle: viento y nieve. Avanzo hacia nuestra casa: en mí y sobre mí la impresión de que el viento me grita algo que no logro oír bien y de que alguien hace esfuerzos inauditos para alcanzarme...

Y cuando llego y entro en la casa, descargo la leña y mi angustia.

–¿Cómo está Alejandro?

–¡Quién sabe!

–¿De dónde la cogiste?

–¡Qué más da!...

Emilia tiene frío. La niña tiene frío. Tenemos frío y hambre. Pero... hacer lumbre ahora... Gastar la leña ahora... ¿Y después?... Después, otra vez allá, a la casa abandonada por todos, menos por el ruido, mirando y mirando con el dolor de mis ojos, oyendo el ruido del viento que entra y sale y que parece el de gente que entra, que mira a ver si me ve y que se marcha...

–¿Encendemos, Esperanza?

–¡No!

Y pasa el tiempo. Y seguimos arrinconadas frente a la «pietka» en que sólo hay cenizas.

Tenemos frío.

–¿Encendemos?

–¡No!

Inmóviles. Sin hablar. Y delante de nosotros la «pietka». Y delante de ella unos cuantos pedazos de madera.

–¿Encendemos?

Quisiera gritar «¡no!», pero tengo frío y una gran tristeza.

–Sí, vamos a encender, Emilia.

Siento calor. Miro las llamas y cada vez que una astilla se derrumba para convertirse en brasas y muy pronto en cenizas, quisiera llorar.

Un montoncito de leña, brasas, cenizas...

Ahora otra vez frío. Frío y hambre. Y las tres delante de la «pietka». Y delante de ella, nada. Y así, muchos días...

...Mercedes ha regresado de la escuela. Toda su energía se ha convertido en desesperación.

–¿Qué te pasa?

–Nada, Esperanza.

–Algo te ocurrirá.

–Lo de todos los días, Esperanza: cada noche los niños abandonan sus camas para robar... En la iglesia han notado huellas de gente que cada noche se lleva un poco de trigo. En algunas casas han encontrado sangre, que demuestra que cada noche alguien mata algún animal cuya vida quieren conservar los dirigentes de Dobrinka. Y cada mañana, cuando llego a la escuela, el director que nos reúne, que nos habla de la propiedad socialista; que nos habla de que se roba trigo, de que se mata ganado, de la disciplina... Y después, frente a decenas de caras hambrientas, hay que gritar. Y decenas de caras hambrientas y ateridas que por la noche, empujadas por el hambre y azotadas por el viento, recorren el suelo helado de Galka, entran en la iglesia y roban trigo o hunden sus afilados hierros en el vientre de cualquier animal. Y por la mañana,

como el día anterior, huellas de pasos en la iglesia, manchas de sangre y el rescoldo de cualquier hoguera en donde se tostó trigo y se quemó carne...

Conozco la historia.

Sé que también Alejandro es un pequeño ladrón. A la fuerza, es cierto, pero un ladrón al fin y al cabo. Él no quería salir por la noche; él no quería robar. Hundido en la cama, miraba a los otros muchachos que le hablaban...

–¡Levántate!

–No quiero.

–Estúpido, ¿qué quieres, que nosotros salgamos y robamos para ti?

–No, no quiero nada.

–Cabrón.

–Levántate.

–No.

–¿Te levantas?

–He dicho que no.

Y sé que entonces diez muchachos se lanzaron contra él y que sobre él, no sé durante cuánto tiempo, estuvieron descargando puñetazos y patadas. Y desde entonces está

enfermo. No odio a los que le pegaron: yo también salgo de día y de noche y robo...

Pienso escribir a Enrique y contarle todo esto para que sepa el infierno en que vivimos. Mas para escribir, hay que esperar hasta que llegue el día: nuestro viejo candil de petróleo sólo alumbra para que no tropecemos entre nosotras o con las pocas cosas que constituyen nuestro miserable ajuar; para escribir nuestras desdichas no alumbra bastante.

–¿Vas a dar de mamar otra vez a la niña?

–¿Qué quieres que haga?

–¿No te dieron leche?

–¡No!

He mirado a Mercedes. Ella me miraba desde antes. No hemos proferido una sola palabra. En ella hay un gesto de renunciación. En mí creo que también. Hemos dejado de mirarnos para mirar a Emilia: con un pedazo de tela blanca, ya no muy blanca, se limpia cuidadosamente sus senos. En la tela hay manchas de sangre. Ahora deja caer el trapo al suelo. Ahora acerca el pecho a la boca de su hija. Y la niña mama. Mama pus y sangre... Pero no llora.

El viejo candil sigue alumbrándonos.

Fuera, el viento aúlla. No sé si Moscú ha caído en poder de los alemanes o no, no sé si los alemanes están lejos o cerca... No quiero pensar en esto... Sé que no hay agua, siento el viento

y la nieve estrellarse contra nuestra vieja choza, y, sin embargo, tengo unas ganas enormes de llegar hasta el río, de traer el agua suficiente, de encender fuego y de tomarme una, dos, tres tazas de agua caliente.

Miro a Mercedes.

–No hay agua, Mercedes.

No me contesta.

–¿Quieres que vayamos al río?

Sin decir una palabra, se pone el abrigo, cubre su cabeza con un pedazo de manta y me mira. Me levanto, me pongo el abrigo, me cubro la cabeza con un pedazo de manta y la miro... Y las dos nos dirigimos hacia el rincón en el que hay una tabla, y atadas a ella, unas cuerdas para poder tirar: es nuestro «trineo». Ella saca el «trineo» a la calle. Yo arrastro hasta la calle una vieja tina de madera que trabajosamente coloco sobre el «trineo» y dentro de la tina un cacharro para tomar el agua del río. Y enganchadas a la tabla por esas cuerdas delgadas que se clavan en la carne, nosotras. Comenzamos a caminar..., parece que subimos una empinada cuesta, y, sin embargo, descendemos por una suave pendiente hacia el río.

No hablamos, marchamos inclinadas. Llegamos al río. Buscamos los hoyos hechos en la gruesa capa de hielo... ¡Uno!... En el fondo de este pequeño pozo, una capa de cristal cubre el agua. Cogemos la tina y la colocamos al borde del pequeño pozo, ahora tomamos el cacharro sujeto de una asa por unas cuerdas y lo dejamos caer con fuerza: el delgado

cristal se ha hecho pedazos y los pedazos navegan por el Volga... La corriente intenta arrastrar nuestro cacharro; nosotras hacemos esfuerzos desesperados para impedirlo, las cuerdas se clavan en nuestras manos y nuestros pies se clavan en la nieve...

–Más, Esperanza.

–¡Arriba!

Una, dos, no sé cuántas veces el cacharro baja y sube. Y cuando la tina está casi llena, Mercedes se engancha rápidamente al «trineo»... Y ella tirando y yo empujando, comenzamos a subir la suave pendiente que conduce al pueblecito, a nuestra casa... No sé si empujo o me agarro con desesperación a la tina... No sé... Sólo siento que la fatiga me ahoga; que toso y que algo me araña en los pulmones... Y Mercedes, nuestra buena Mercedes, tira... Y el agua va saliéndose por las rendijas de esta tina, compañera de tantas generaciones.

Quiero gritar a Mercedes que corra más. Que corra para llegar antes que el agua se pierda en el camino o se hiele. Pero no puedo gritar... Y ella sigue tirando como una bestia joven. Y yo no sé si empujo o me agarro desesperadamente a los bordes de la tina para no quedarme tirada por el camino.

Ella tira. Yo me hago la ilusión de que empujo. No hablamos. Las bestias no hablan.

Mercedes mira el camino. Yo miro unas veces mis pies que se clavan o se escurren; otras veces miro, intentando medir en la

oscuridad, el agua que todavía queda en la tina... Ya falta menos... Allá lejos veo la lucecita de nuestra casa... Quiero empujar más fuerte, pero no sé si empujo o tiran de mí... Marcho con la boca abierta y siento que el frío me llega hasta las entrañas. Y tengo un miedo terrible a que el frío o el dolor abran mis dedos crispados sobre el borde helado de esta vieja tina.

La casa... Cerca de nosotras... Muy cerquita... Mercedes se detiene en seco; y yo me dejo caer sobre la tina en la que echo mi aliento y mi fatiga.

–¡Esperanza, pronto!

–Sí.

Ya es tarde. La tina y el trineo son una sola pieza. Mercedes da una fuerte patada a la puerta, que hace estremecer la casa, y Emilia abre. «Trineo» y tina llegan hasta la habitación que sirve de «comedor».

Las tres miramos a la tina. Las tres quisiéramos llorar. En el fondo de la tina, hielo. Una capa de hielo de no sé cuántos centímetros de espesor. Me dejo caer en una silla. Emilio mira a Mercedes. Mercedes mira el hielo. Y las dos golpean. Y en el cacharro que está sobre el brasero van depositando rápidamente pedazos y más pedazos. Y el agua comienza a echar humo. Ahora a hervir.

Total: siete tazas.

Emilia, dos.

Mercedes, dos.

Yo, dos.

Y la niña una, en la que la madre ha deshecho un pedacito de pan negro.

Y así, desde el 12 de octubre de 1941 hasta el 15 de abril de 1942. Pero ¿quién que no lo haya vivido sabe el valor de cada hora y de cada día en esta inmensa estepa?...

Y... Esperanza sigue:

«...peso cuarenta y un kilos. Alejandro no sé si pesa algo. La niña de Emilia es un cadáver que sigue mamando pus y sangre o sangre y pus y tomándose por la noche un vaso de agua caliente en el que la madre ha desmigado un pedacito de pan negro. ¿Saldremos de aquí alguna vez?

Los días siguen su curso. No sé nada de nada. Sólo he recibido una carta de Enrique, desde Ufa, en la que me dice que las cosas marchan bien. He leído la carta varias veces buscando una moral que no poseo.

Sigo robando leña. Bajando con Mercedes por agua al río. Comiendo en la escuela el mismo menú de siempre. Por la noche, tostando el trigo que robamos en la vieja iglesia y mascando y mascando alumbradas por el viejo candil. Sigo también visitando la enfermería y, de vez en cuando, una pequeña casita que han habilitado para los que empiezan a no tener nada que hacer en este mundo.

Hoy he hablado con Abramson. Le he pedido que me deje un trineo para marchar a Dobrinka e intentar desde este lugar llegar a la estación ferroviaria de Kamousin y tomar un tren que me lleve hasta Kuybichev primero y Ufa después. Abramson me ha mirado fijamente. Luego me ha pedido los documentos con el pretexto de solicitar de las milicias el permiso de salida.

¡Abramson me ha engañado!

No me devuelve los documentos y sin ellos es imposible ponerse en camino.

Hoy he ido a verle de nuevo.

–Camarada director, con documentos o sin ellos quiero salir.

–No es posible, camarada Esperanza.

–¿Por qué?

–Porque no quiero asumir la responsabilidad de un viaje que jamás la conduciría a Ufa.

He regresado a casa. ¡Hay que esperar el deshielo!... Y todavía faltan tres meses... ¿Resistiré?... ¿Resistiría Alejandro?...

Hoy la pequeña casita adonde llevan a los que no tienen casi nada que hacer en el mundo está más concurrida que de costumbre. Nuestro pequeño amigo Julio ha muerto. Era el encargado de traer el agua del río en un pesado trineo sobre el que descansaban dos enormes cubas de madera. Había baches

en el camino que disimulaban la nieve y que el viejo caballo no era capaz de adivinar. Y en un bache se hundió el trineo. Y una de las tinas cayó sobre trece años de vida. Se perdió el agua y se perdió un niño: una doble desgracia. Uno más. ¿Cuántos? Hoy será el entierro.

A las cuatro de la tarde, delante de la pequeña casita, se ha concentrado toda la población de Galka: alumnos y maestros y unos cuantos empleados de la escuela. Mientras esperamos a que la marcha se inicie, miro allá lejos, una pequeña elevación en la que está el cementerio y en la que se recorta la figura del judío Isaac, que desde hace muchas horas abre la fosa en una tierra que parece hierro blanco. Ya sacan el cadáver. Cuatro muchachos lo depositan sobre el trineo en el que diariamente van las dos cubas de madera. Y otros cuantos muchachos empiezan a tirar de las cuerdas: es mejor que se cansen los niños a que se fatigue el caballo. Al fin y al cabo niños aún quedan muchos y caballos sólo tenemos uno.

El cortejo avanza y llora, la nieve se estrella contra el muerto y los vivos, y la fila negra que avanza y llora va marcando sus huellas sobre este desierto de nieve.

Unos cuantos árboles. Un hoyo en la tierra, un discurso que comienza...

No escucho. Miro fijamente ese pequeño cajón de tierra helada. Miro fijamente la cara helada del que se ha hermanado para siempre con la estepa. Lloro y tiemblo.

Julio se hunde, paletadas de nieve le cubren. Cerca de cien personas que lloran; y un viento huracanado que ayuda a que

las lágrimas salgan de los ojos; y las huellas de un cortejo que regresa en silencio... Y hundida entre los niños y en mi propia amargura, siento ganas de detenerme en medio de este desierto en el que hasta la muerte es distinta y gritar a los cuatro vientos mi maldición: Gracias, camarada Stalin, gracias».

Otra vez en la casa. Mercedes silenciosa, Emilia en silencio, y la niña dormida. Y yo pensando en la felicidad soviética; pensando en si tendré vida suficiente para salir de aquí y hundirme en ese otro mundo en el que tantos viven con la ilusión y la esperanza del socialismo soviético.

Y el viejo candil alumbrando».

Ella deberá contarlo todo. Escribirlo en nombre de una verdad que ambos buscamos después de haber vivido muchos años con la ilusión de que era verdad una gran mentira...

XVII

A pesar de los éxitos de los japoneses en el Pacífico, de los éxitos alemanes en Sebastopol y de su llegada en un amplio frente al río Don, el Alto Mando alemán no se hace ilusiones. Sabe muy bien su enorme desgaste en el frente ruso. Y sabe lo que este enorme desgaste representa.

Sabe muy bien que el Japón conquista islas, pero pierde barcos que jamás su industria podrá reponer; sabe más, sabe que una poderosa fuerza militar en formación amenaza sus conquistas en Europa y sus planes de dominar el mundo.

No, no se hace ilusiones.

Está convencido de que en el terreno militar le es imposible conquistar la victoria. Y mientras mantiene la lucha en Rusia y en África, realiza una verdadera ofensiva en el terreno político, con el objetivo de romper la coalición democrática e impedir que la fuerza humana e industrial de los Estados Unidos se vuelque sobre los campos de batalla. El teniente general Dittmar y el doctor Goebbels son los encargados de dirigir esta gran ofensiva política. El primero desde Radio Berlín; el segundo desde las columnas del órgano de las S.S. En los Estados Unidos de Norteamérica los aislacionistas escuchan Radio Berlín. En Inglaterra muchos conservadores y no pocos

liberales escuchan Radio Berlín. Y la escuchan con gusto. En determinados círculos americanos se habla ya del peligro de una revolución comunista en Europa; y en determinados círculos británicos se recuerda que después de la primera Guerra Mundial estalló la revolución en Rusia y no pocas insurrecciones en otros países de Europa. Y al calor de todos estos pensamientos que avivan Dittmar y Goebbels el espíritu de Múnich florece.

Florece tímidamente. Pero... florece.

En la Komintern la campaña sistemática de Dittmar y Goebbels preocupa. Si Estados Unidos e Inglaterra llegaran a creerse que después de la derrota política y militar del fascismo alemán e italiano una revolución comunista iba a abatirse sobre el continente europeo, la coalición democrática habría entrado en su periodo de agonía y moriría mucho antes que la derrota del fascismo se hubiera producido. No hay duda de que la ofensiva es peligrosa. La orden para nosotros es no perder detalle de cuanto digan o escriban Dittmar o Goebbels. Otra orden es no dejar sin réplica cuantas afirmaciones hagan sobre la perspectiva de una revolución comunista. Y para facilitarnos el trabajo, cada semana llegan a todas las redacciones la charla de Dittmar y el artículo de Goebbels. Un rompimiento de la coalición, aun sin llegar a una paz por separado de parte de Estados Unidos e Inglaterra con Alemania e Italia, tendría todas las características de una gran catástrofe para la Unión Soviética. La Unión Soviética no sólo necesita que unas cuantas o muchas divisiones angloamericanas desembarquen en Europa; la Unión Soviética necesita, además, transporte automóvil, transporte ferroviario, aviones, tanques, materias

primas, vestuario y alimentos... Las viejas estadísticas son una cosa y la realidad es otra. Nuestra emisora ha cambiado de lenguaje. Hemos substituido la palabra «comunista» por la de «patriota»; no hablamos de revolución; sino de democracia, sin precisar la clase de democracia que deseamos; no hablamos de las contradicciones de clase ni de la lucha de clases, sino de la convivencia racional; no hablamos de las contradicciones entre el Estado soviético y los Estados capitalistas, sino de la cooperación fraternal de todos los amantes de la paz y la libertad. De nuestra emisora no se ataca a Gil Robles; desde nuestra emisora no atacamos a todos los generales del ejército de Franco, a pesar de que todos ellos se sublevaron contra la República; atacamos solamente a Muñoz Grandes, a Yagüe y algún otro que consideramos un germanizado ciento por ciento; desde nuestra emisora no atacamos a todos los falangistas; atacamos solamente a los falangistas «germanizados» y hacemos llamamientos melosos a los que hemos dado en llamar «falangistas arrepentidos». Dolores Ibárruri, en una emisión especial para los católicos, que se radia los domingos y que escribe sólo y exclusivamente ella, habla de la justicia social cristiana, del amor entre los hombres de buena voluntad, del sentido humano del cristianismo... Los trabajos de todos los redactores y de todas las redacciones los supervisa Togliatti, el Maquiavelo rojo, que dirige todas las redacciones, suave pero inflexiblemente. Imitamos a San Pedro. Le imitamos y le superamos; él negó tres veces; nosotros negamos trescientas cada día.

Ahora ya no leemos la Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.; ahora no leemos las *Cuestiones del Leninismo*; ahora no leemos *Qué hacer*... Ahora leemos... los

Episodios Nacionales, de Galdós; la *Historia de España*, de Lafuente, de la que Dolores es una gran admiradora... Y hablamos de «El Empecinado», del cura Santa Cruz, del alcalde de Móstoles, de Daoiz y Velarde, del general Palafox... De todos menos del comunismo. Hay que evitar que en Londres y Washington crean que esperamos la oportunidad para realizar nuestros objetivos particulares; hay que evitar que Churchill, nuestro buen amigo Churchill, o Roosevelt, puedan irritarse con nosotros. Y lo hacemos con la misma escrupulosidad con que evitamos en otros tiempos que Hitler o Ribbentrop pudieran sentirse descontentos de su gran aliado del Este.

Estoy convencido de que esto no es bastante. De que habrá, no tardando mucho, nuevas consignas. Pero no me atrevo a preguntar a nadie sobre mis preocupaciones: una pregunta, aunque sólo fuera diez minutos antes de que oficialmente se diera la consigna, podría significar una acusación de oportunismo de derecha, muy peligrosa a pesar de que estamos nadando en el más grosero de los oportunismos. Cuando escucho la voz de Echenique lanzar al espacio todo cuanto hemos escrito precipitadamente durante todo el día, sonrío procurando que nadie me vea, y pienso que el Teatro de Arte de Moscú tiene una prolongación que la gente no sabe, la Komintern.

La ofensiva alemana desde Voronezh hasta Rostov prosigue. Sin embargo, en el sector de Voronezh el golpe alemán ha rebotado y las fuerzas atacantes han tenido que escurrirse hacia el Sur, convirtiendo esta dirección secundaria en el golpe principal. Cierto que con esto aumenta el peligro sobre nuestras bases petroleras, pero no es menos cierto que este

cambio forzoso del mando alemán indica que el peligro de un envolvimiento cercano de Moscú ha pasado.

Hoy he hablado de la situación con dos de nuestros militares que estudian en la Academia de Estado Mayor. Están pesimistas. La amenaza sobre el Cáucaso, de consumarse, podría provocar una grave situación al Ejército Rojo. El petróleo es decisivo. Y el petróleo viene del Cáucaso a través del Volga, en verano, y por ferrocarril, en invierno, dando una inmensa vuelta hasta llegar a los frentes.

Desde hace días la aviación alemana ha paralizado casi toda la navegación por el Volga. La reducción de la gasolina en la retaguardia ha alcanzado su límite. A pesar de todo, no soy tan pesimista como ellos. Sigo pensando que los rusos aún no han metido en la batalla sus reservas generales.

Hoy, nada más llegar a la Komintern, me ha llamado Dolores.

–Castro, Antón y yo vamos a salir rápidamente para Moscú. Dimitrov nos llama.

–¿Cuándo salís?

–Mañana. Sabemos que esto multiplicará tu trabajo, pero el hecho de llamarnos con tanta urgencia significa que va a tratarse algo importante.

Yo sigo hablando de lo mismo que hablo desde que se nos dio la orden de contrarrestar la campaña política de Dittmar y Goebbels. Y ha pasado un mes. Dolores Ibárruri y Francisco Antón han regresado de Moscú con un importante documento.

Se han hecho inmediatamente varias copias y me han dado una para que la estudie y dé una opinión.

Ya en la habitación 97 he leído una y otra vez el documento.

¡Es demasiado!

Renunciamos a todo...

En el referido documento no se menciona ni una sola vez la palabra «república» y se renuncia definitivamente a la Constitución republicana de 1931, cuando se afirma la necesidad de «que designemos una asamblea constituyente ante la que rinda cuentas el gobierno de Unión Nacional y que promulgue una Carta Constituyente de libertad, independencia y prosperidad»... Y de esta Unión Nacional que preconizamos, no excluimos a nadie más que a Franco y a los falangistas «germanizados»... Con todos los demás no hay nada que impida nuestra unión.

¡Es triste!

Vuelvo y vuelvo a leer... ¿Adónde nos llevan?... ¿Qué es lo que pretenden hacer de nosotros?... ¿Qué nuevo camino quieren que abramos?...

Sólo Franco y los «germanizados»...

Bien... Admitamos que Kindelán, por su carácter de monárquico a ultranza, no sea un «germanizado». Pero, ¿acaso no ha sido Kindelán el hombre que ha dirigido los bombardeos aéreos de nuestras ciudades?... Admitamos que el general

Varela no es un germanizado por su carácter monárquico que le hace ver con más simpatía a la Corte inglesa que al Partido Nacionalsocialista. Pero, ¿acaso Varela no ha sido uno de los generales que en nuestra guerra dirigió la ofensiva desde Sevilla hasta Madrid, asolando con sus moros y legionarios los pueblos que encontraba a su paso?... Supongamos también que las fuerzas conservadoras españolas no simpatizan con el fascismo alemán y sí mucho más con Inglaterra. Pero, ¿acaso estas fuerzas no han sido las que apoyaron económicamente a Franco y quienes lo han sostenido frente al descontento popular?... Supongamos, también, que el clero español es anti-nazi en las nuevas circunstancias. Pero, ¿acaso el clero ha sido neutral en nuestros treinta y dos meses de guerra y después?

Estoy preocupado.

Tengo la impresión de que somos una pequeña pelota de goma con la que se entretienen los dirigentes soviéticos. Tengo la impresión de que también podemos ser conejos de indias, aptos para toda clase de experimentos.

Me han citado para una reunión a las cuatro en el despacho de Dolores. Mientras llega la hora pienso en el documento traído de Moscú.

Las cuatro.

«Ella», «él», «Irene Toboso» y Julio Mateu están conformes con el documento. Los dos primeros porque con Hernández lo aceptaron en Moscú, después, parece ser, de toda una lección de estrategia y táctica de Dimitrov, el hombre que más

derrotas ha sufrido en el terreno de la táctica y la estrategia; los dos segundos porque han sido colocados donde están para decir que sí a todo lo que diga Dolores.

–¿Qué opinas, Castro? –me pregunta «ella».

–Creo, Dolores, que en el documento se hacen tantas concesiones a las derechas que se crea el peligro de que perdamos a nuestros aliados naturales: las izquierdas.

–¿Por qué, Castro? –vuelve a preguntar.

–Porque renunciamos a la República. Primero, no mencionándola una sola vez en todo el documento; segundo, proponiendo la formación de una asamblea constituyente que elabore una carta constitucional. ¿Te parece poco?... ¿Qué pensarán los socialistas?... ¿Qué pensarán los republicanos?... ¿Qué pensará el pueblo español al ver que nosotros nos permitimos suprimir caprichosamente cuanto él ha conquistado en muchos años de lucha?

–Pero ésa es una interpretación estrecha del documento, Castro.

–Puede ser todo lo limitada que quieras, pero es mi opinión, una opinión que me habéis pedido... Pero, en fin, quiero haceros una última pregunta.

–Di...

–¿Me podéis asegurar que con este documento podremos conquistar aliados en el campo de las derechas sin perder

ninguno de los que tenemos en el campo democrático?... Si podéis darme tal seguridad, no me resisto a dar mi apoyo absoluto a este documento.

–Eso no se puede asegurar nunca, Castro.

–Bien, entonces mantengo mis objeciones.

–Pero se trata de un documento aprobado por Dimitrov.

–Eso quiere decir, Dolores, que ya no se puede modificar y también que se podría haber empezado la reunión haciendo esa «pequeña» advertencia.

La reunión ha terminado.

Cuando llego a mi habitación profundizo el análisis del documento... Sí, no hay duda: la Unión Soviética quiere desmontar la campaña política de Radio Berlín y para ello ha elegido, para sacrificarlo en un viraje hacia el oportunismo más vergonzoso, al Partido Comunista de España, que por su pasada lucha constituye en realidad un alto ejemplo para los demás partidos comunistas del mundo.

Mientras hablamos cada día por la radio del nuevo método Olendorff, espero los acontecimientos. Y los acontecimientos comienzan a producirse: en Méjico se ha roto la Unión Democrática Española; Negrín, desde Londres, y a través del embajador soviético Maiski, ha respondido a nuestras preguntas de cuál era su opinión sobre el documento de una manera brutal: considera la política de Unión Nacional como una aberración de la que tendremos que arrepentimos; nos

anuncia que si queremos dirigirnos a él como jefe del gobierno republicano en el exilio, lo hagamos a través del ministro comunista Uribe; que si por el contrario, queremos dirigirnos a él como socialista, lo hagamos a través de la directiva del Partido Socialista Obrero Español...

Todo un éxito.

Y las derechas sin hacernos caso.

¡Otro éxito!

¿Y en España?... De España no sabemos todavía nada. Esperamos. Puede producirse un milagro. Y mientras espero a que el milagro se produzca, recuerdo párrafos de este desdichado documento.

¿Un abrazo de Vergara? Cada cual puede llamarlo como quiera. Para mí, el nombre es lo de menos. Lo más importante para mí es que la Komintern, una vez más, ha vuelto a sacrificarnos en beneficio de la Unión Soviética y que esta línea de sacrificios de todos en beneficio del país socialista sin socialismo, tiene su punto de partida en 1921.

Años después a mi llegada a Méjico, pude confirmar sobre la base de los hechos, el tremendo fracaso del documento de septiembre de 1942, a pesar de que en España Popular, en Nuestra Bandera y otras publicaciones análogas hablaban de la existencia de la Junta Suprema, de la incorporación de los partidarios de Gil Robles y de los sindicatos católicos.

Mucho tiempo después, cuando el fracaso de tal política había agudizado la crisis interna del Partido, tuve ocasión de ver también el esfuerzo desesperado de Dolores Ibárruri y sus cortesanos por salvarse achacando todo el fracaso de la política de Unión Nacional, tomada como plataforma política por los capituladores, a Jesús Monzón, condenado a treinta años de prisión por la justicia franquista, y Gabriel Trilla, al parecer asesinado por orden del «centro» de París...

La historia es la historia.

Y no todas las historias han de ser como la Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.

La batalla de Stalingrado ha comenzado y se desarrolla sin cesar. La síntesis de este momento difícil de la lucha contra las fuerzas alemanas en Rusia puede ser la siguiente: Los alemanes conducidos por Von Bock llegan al Volga, al norte de Stalingrado; las tropas alemanas y rumanas, después de conquistar Crimea, cruzan el estrecho de Kerch; Novorossisk, la base más importante que quedaba a la flota rusa en el mar Negro, es tomada por los alemanes; los rusos se retiran a nuevas líneas de defensa al oeste de Stalingrado, las fuerzas alemanas comienzan a abrirse paso a través de las fortificaciones rusas de esta gran ciudad rusa de las orillas del Volga; en Stalingrado los alemanes se abren paso hacia los barrios septentrionales de la ciudad. Así termina septiembre.

Octubre. La batalla de Stalingrado continúa.

Ufa ha amanecido triste. Es uno de esos días en que el cielo tiene casi el mismo color que la tierra; uno de esos días en que

la gente mira con preocupación y más veces de lo corriente hacia arriba. En muchos países a esto se le suele llamar otoño y no faltan gentes para las cuales el ver caer las hojas de los árboles, el ver arrastrar una de estas hojas por el viento tiene cierto encanto.

El otoño aquí no tiene nada de romántico. Ni el caer de las hojas produce una melancolía dulce. No... Produce espanto. Aquí el otoño es el comienzo de una lucha a vida o muerte que se prolonga hasta mayo.

El primer invierno perdí diez kilos. El segundo invierno perdí treinta kilos. No sé los kilos que perderé en este tercer invierno en el país del socialismo. Pero Ufa me ha parecido hoy tan triste o quizá mucho más que cuando llegué a ella el año pasado, diez o doce días antes de que cayera la primera nevada. A las doce del mediodía ha comenzado a nevar. A las cuatro de la tarde tengo la impresión de que me encuentro en otro país. Ha cambiado todo: el suelo, los tejados, las gentes. Hasta ayer tenía muchas dificultades. Desde hoy las dificultades serán muchas más. Ante la perspectiva de que mi salario tenga que soportar más cargas que las que ya soporta, impuestos que lo reducen en un cincuenta por ciento, he aceptado la proposición que me ha hecho Kumarian de escribir dos comentarios semanales para la Radio de Kuybichev. Kumarian me pagará por ellos quinientos rublos; la administración de la Komintern me descontará por ellos doscientos cincuenta rublos. A pesar de todo, he aceptado. Hubiera preferido no hacerlo. Me hubiera gustado más, al terminar mi jornada «normal» de trabajo, guardar la «Parker» que me regaló Sánchez Arcas, hasta el otro día; también para

mí hubiera sido mejor, al dar las ocho de la noche, guardar los papeles, guardar todo e irme a casa a comer algo, si es que tenía la suerte de que hubiera algo que comer, cerrar los ojos y dormir hasta el otro día.

Pero... Yo tenía una tarjeta que me dio Stepanov para con ella poder comprar de «nuestro» almacén de la Komintern un suplemento de víveres para tres personas. Pero un día, hace muy pocos días, Stepanov me cambió esta tarjeta por otra. No hay diferencia en el tamaño, en general: sólo una pequeña diferencia: que aquélla era para tres personas y ésta solamente es para una. Y con lo de una persona, debemos comer tres. Porque el racionamiento de Esperanza y Alejandro sólo tiene como seguridad permanente: 400 gramos de pan negro cada uno. El resto: aceite, manteca, carne, leche, patatas, verduras... es un derecho que se olvida con desgraciada frecuencia.

Para comenzar a alimentar a Alejandro, Esperanza ha tenido que vender mi abrigo de España, que primero fue mío y después se lo arregló para ella. Es el comienzo de una crisis económica de tipo soviético.

Era, además, lo único que podíamos vender.

Yo sé que hay gentes para las que vender es una diversión y un negocio: los comerciantes. Pero hay gentes también para las que vender sin saber cuándo podrán reponer lo que venden, es una tragedia. Y a esta gente pertenecemos nosotros tres. Me he enterado con cierta tristeza del hecho.

–He vendido el abrigo, Enrique.

–¿Por qué?

–No por gusto, como puedes figurarte. El médico ha sido claro en su diagnóstico: o le alimentamos bien o no responde de lo que pueda pasar.

–¿Cuánto te han dado por él?

–Mil cuatrocientos rublos.

Nos hemos mirado. Estoy seguro de que ella ha pensado lo mismo que yo: en leche, catorce litros de leche en total; en patatas, cuarenta kilos de patatas en total; en manteca, un kilo y tres cuartos de manteca en total... Hay veces que es difícil proseguir una conversación. Y me he dedicado a mirar a un lado y a otro en busca de un detalle que de verdad me distrajera.

Sobre la mesa, dos botellas de leche. En dinero, ellas han representado doscientos rublos. En el maletín, por tanto, sólo mil doscientos rublos. Pensando y pensando en lo que se ha gastado y en lo que queda, me he preguntado: ¿podrá curarse una lesión de pulmón en una semana más o menos?... El no conocer bien los progresos de la ciencia médica soviética le sume a uno con frecuencia en un mar de confusiones... Me han dicho que cerca de Ufa hay un gran sanatorio en el que se cura la tuberculosis a base de una gran alimentación consistente en leche de yeguas. En los primeros momentos la noticia me abrió una esperanza. Pero luego, otra vez volvió la duda. Quien tal noticia me dio fue Herraiz, un combatiente español enfermo de tuberculosis.

Cuando llegó tenía dos pulmones.

Comenzó tomando la leche de yeguas. Sigue tomando periódicamente leche de yeguas. Pero ahora sólo tiene un pulmón. Sin embargo, no he querido decepcionarle. Sobre todo cuando está en vísperas de hacer el tercer viaje al sanatorio en el que curan la tuberculosis a base de leche de yeguas soviéticas.

Hoy, exactamente a los tres días de haber vendido el abrigo, hemos celebrado un pequeño consejo económico. De los mil cuatrocientos rublos sólo quedan quinientos y Alejandro continúa igual. Para los que no somos especialistas en economía, estas reuniones son muy simples...

–¿Qué vamos a hacer, Enrique?

–No sé, Esperanza.

–Pero, algo tendremos que hacer...

–Sí, yo también creo eso.

–¿Qué se te ocurre a ti?

–A mí nada, ¿y a ti?

–La única solución es que cambiemos una parte del pan negro por leche.

–¿En el mercado negro?

–En el mercado negro.

Cada día, Esperanza mete en un cesto de paja las tres cuartas partes del pan negro que recibimos y se va al mercado negro que está en las proximidades del «Hotel Baskiria». Al regreso, la cesta contiene una botella de leche, cinco o seis patatas, cuatro o cinco zanahorias y una o dos cebollas.

Algunos días, ni eso.

Los campesinos, cuando el frío se hace más intenso, aumentan los precios. Y son los mismos campesinos que envían cartas a Stalin llamándole «nuestro padre» y dándole las gracias por todo lo que ha hecho por ellos. Son los mismos campesinos que regalan un tanque o un avión que hemos pagado nosotros, pero que lleva su nombre en uno de los costados. Son los mismos campesinos en cuyas casas es normal ver un gran retrato de Stalin y otro no menos grande del santo de su devoción. Son los campesinos que pertenecen al partido bolchevique o a los que se llaman bolcheviques sin partido.

Son campesinos soviéticos.

Porque los kulaks, según los bolcheviques, ya no existen. Estos campesinos no sólo compran nuestro pan. Compran también una parte del pan de la mujer y la hija de José Díaz, que tienen necesidad de adquirir, al precio que sea, jabón, leche o patatas. Compran el pan de los que no son campesinos, de los que no son altos funcionarios del Partido, de los que no son altos funcionarios del Gobierno, de los que no son secretarios de la Komintern, de los que no son miembros de la N.K.V.D.

¿Y por qué compran tanto pan?

He sabido que los campesinos sólo reciben de parte del gobierno aquello que no produce la tierra y que de lo que produce la tierra les recoge una gran parte. Esto explica, quizás, el porqué de la existencia de tantos y tantos mercados negros en todas las ciudades de la Rusia «socialista», ante la presencia y la indiferencia de las propias autoridades soviéticas. Y así fue antes de la guerra. Y así es en la guerra. Y así continuó siendo en la paz.

La situación se nos ha hecho tan difícil que hoy he dirigido un escrito al jefe administrativo de la Komintern, pidiéndole una ración especial para Alejandro... No me ha hecho caso... Hoy he vuelto a dirigir otro escrito al jefe administrativo de la Komintern pidiéndole una ración para Alejandro... No me ha hecho caso...

Mis comentarios han llegado a oídos de Dolores.

–¿Qué te ocurre, Castro? Me han dicho que estás muy disgustado.

–No te han engañado.

–¿Por qué?

–Es muy simple la causa: Alejandro está enfermo, los médicos han dicho que necesita una sobrealimentación, yo no puedo dársela y cuando he pedido un suplemento de comida al jefe administrativo de la Komintern, ni tan siquiera se ha molestado en contestarme que no: simplemente no ha contestado. No creo que todo esto sea para sentirse muy contento...

–Tú sabes, Castro... la situación es grave.

–Cierto, Dolores, ¿pero, es grave para todos?

Nos hemos mirado fijamente. Ella ha comprendido todo cuanto he querido decir. Ahora mira hacia la ventana que da a la calle de Lenin. Ahora vuelve a mirarme.

–Bien, yo hablaré con los camaradas.

La gestión de Dolores ha tenido éxito. Me han llamado del almacén de la Komintern y me han entregado un paquete de comida previo el pago de su importe. Frente a mi mirada asombrada una voz.

–Semanal, camarada Luis.

–De acuerdo.

He llegado a casa y he colocado el paquete cuidadosamente sobre la mesa que sigue teniendo manchas de grasa y de cera; he comenzado a deshacer el paquete. Alejandro me mira. Esperanza me mira. Ahora los dos miran fijamente lo que voy sacando de entre un montón de papeles: Dos huevos, cien gramos de azúcar, cien gramos de caviar rojo, doscientos gramos de mantequilla, cien gramos de queso y cien gramos de chocolate.

–Está muy bien –me dice Esperanza.

–¿Cada cuánto tiempo te lo darán? –Me han dicho que será semanalmente.

Hemos sonreído los dos. Hoy estamos contentos. Desde hoy comeremos un poco más de pan negro.

Hemos vuelto a caer en las redes del mercado negro. Con seguridad que cuando el jefe administrativo me entregó el paquete, yo debí oír mal: debió decir «anualmente» y yo debí entender «semanalmente». Sí, es muy posible que yo no entendiera bien. Son demasiado serias estas gentes para engañarme. Esto no tiene nada que ver con que todos estemos convencidos de que la sección administrativa de la Komintern es una cueva de ladrones. De ladrones que viven bien. De ladrones que comen varias veces al día; de ladrones que pueden obtener por un pedazo de pan blanco, una mujer; de ladrones que a cambio de víveres compran a sus mujeres o a sus hijas, medias de seda, zapatos de lujo, alguno que otro abrigo de piel. De ladrones que tienen el carnet del glorioso Partido de Lenin y Stalin.

Tenemos muy poco que comer. Pero lo poco que tenemos hay que repartirlo no pocas veces con los que tienen menos que nosotros: con los Sánchez Arcas. Mejor dicho, con Manuel Sánchez Arcas. Cierto que nosotros tenemos hambre, pero no es menos cierto que él tiene bastante más que nosotros. Pero Sánchez Arcas no pide.

Solamente mira. Mira y mira al que come. Y viene casi todas las noches a casa. Y casi siempre que comemos algo lo hacemos bajo la pesadilla, la tremenda pesadilla, de sus miradas. Hoy ha llegado a casa cuando el médico de la N.K.V.D. estaba reconociendo a Alejandro. No queriendo interrumpir, se

ha quedado en el pequeño pasillo que separa nuestra habitación de la puerta.

Esperanza estaba pendiente del médico. Yo estaba pendiente del médico. Y el médico estaba pendiente de Alejandro. De pronto hemos oído un golpe seco contra el suelo. He mirado hacia el pasillo. Y Esperanza también. Y el médico también. He empujado la puerta seguido de la mirada de ellos. Y allí, contra la puerta del W. C., caído y lívido, Sánchez Arcas. Casi a rastras le he llevado hasta mi cama y le he tendido sobre ella. He mirado al médico. Éste se ha acercado a la cama y le ha reconocido... Luego... Luego nos ha mirado. En su mirada no hay nada anormal: los desvanecimientos por hambre es una característica nacional.

–Hambre.

No ha dicho más. Ni con la mirada nos hemos atrevido a preguntarle más, tampoco. Y ha dado la espalda a Sánchez Arcas para continuar reconociendo a Alejandro. Mientras tanto, Esperanza prepara una taza de té muy caliente. Yo sigo mirándolo. Y siento una gran angustia en la garganta. Esperanza coloca la taza de té en la mesilla de noche. Y espera. Y él abre los ojos y nos va mirando uno a uno, como si nunca nos hubiera visto.

–¿Te sientes mejor, Manolo?

–Sí... No ha sido nada.

Noto en él cierta vergüenza. Quizás para él en estos momentos lo más importante no sea el tener hambre, sino el no saber disimularla, el no poder aguantársela.

–Tómate esta taza de té. Te reanimará.

Bebe el té en pequeños sorbos, es muy posible que con la misma delicadeza que cuando lo tomaba en las grandes fiestas de la U.R.S.S., cuando la visitó como turista y no era más que un «simpatizante» de este «grandioso acontecimiento». Ha llegado su hija Merche. Esperanza le cuenta lo ocurrido y la hija llora... Manuel Sánchez Arcas sigue tomándose el té, lentamente.

–¿Qué te ha pasado, papá?

–Nada, hija, ha debido ser el cigarro que me ha mareado. Ahora otra taza de té.

Le doy unos cuantos cigarros... Y al poco rato se van. El médico, Esperanza y yo los hemos visto perderse detrás de la puerta.

–¡Hambre! –dice el médico, el médico de la N.K.V.D.

–¿No habrá sido efectivamente que el cigarro le ha mareado?

–¡Hambre!, camarada Luis.

He hecho un gesto que no quiere decir nada. Él me ha mirado. Le he vuelto a hacer otro gesto que tampoco dice

nada. Y él ha cogido sus cosas y se ha marchado... Podía haberle dicho muy bien: la «guerra, camarada».

Pero... A pesar de la guerra hay tanta abundancia como escasez; hay gente que se desmaya de no comer y gente a la que de tanto comer y beber, le amenaza el peligro de una indigestión mortal. Hay poderosos y menesterosos. Hay poseedores y desposeídos. Sí. ¡Aquí!... En Rusia. Sí...

¡Aquí!... En la U.R.S.S.

Para unos, cada día es un día más. Para otros, cada día es la prolongación de una tragedia a la que no sabemos qué o quién pondrá fin. Un día se parece a otro día. Y uno a otro. Y si no hubiera esa mutación del día que es la noche, podríamos decir que nuestra vida es un sólo día: un día inmensamente largo, inmensamente torturante, pero... al fin y al cabo, un día en el país del socialismo.

Noviembre.

Los acontecimientos comienzan a variar su curso. En el Pacífico, las fuerzas angloamericanas han iniciado sus primeras acciones ofensivas. En el Pacífico se ha producido el gran viraje.

Día 6.— En la Komintern se hacen los preparativos del año anterior. Y casi los mismos que el año anterior escuchamos la voz grave y cansada de un hombre que hace pausas; escuchamos también el ruido del agua al caer en el vaso... Escuchamos a Stalin.

Día 7.– He leído la traducción del discurso de Stalin. Mi intención se ha concentrado preferentemente en dos aspectos: 1.º En el llamamiento a los aliados para que abran el segundo frente. Lo esperaba. En los dirigentes soviéticos existe desde el comienzo de la guerra una gran preocupación: que ésta se transforme en una cadena de sucesivas batallas de desgaste entre la Unión Soviética y Alemania, que impida más tarde ser lo suficientemente fuertes como para influir en la organización de la paz. Junto a este llamamiento, Stalin se ha esforzado en convencer a cuantos le hemos escuchado que la Unión Soviética con su solo esfuerzo es la que está terminando el curso de la guerra. 2.º El otro aspecto interesante del discurso de Stalin ha sido la definición de los fines de guerra de las Naciones Unidas. Al hablar ayer de esto su voz se hizo más pausada, más grave: «Supresión del exclusivismo racial, igualdad de derechos entre las naciones e inviolabilidad de su territorio, liberación de las naciones sojuzgadas y restablecimiento de sus derechos soberanos, derecho de cada nación a organizarse según su voluntad, ayuda económica a las naciones damnificadas y asistencia a ellas, para que puedan alcanzar el bienestar económico, restablecimiento de las libertades democráticas, aniquilamiento del régimen hitleriano».

¡Gran programa!

Pero, ¿cuál es la verdad de lo que piensan en el Kremlin? Sigue siendo muy difícil saber todo lo que es verdad y lo que es mentira. Mas, por el momento, he decidido creer en este importante párrafo del discurso de Stalin: en algo tengo que fundamentar mi pequeña esperanza de que para los españoles

el futuro no será más o menos la mismo que el pasado; de que España no seguirá siendo la nación traicionada por todos...

El día culmina con una gran noticia. Fuerzas de las Naciones Unidas, bajo el mando del general norteamericano Eisenhower, han iniciado un desembarco en gran escala en el Norte de África. La guerra en el frente europeo también ha cambiado fundamentalmente su curso: Alemania ya no podrá limitarse a luchar en el Este y a defender las costas del occidente europeo: las penínsulas mediterráneas tienden a convertirse en nuevos frentes de guerra.

Día 19.– En el sector de Stalingrado el Ejército Rojo ha iniciado una gran ofensiva. Radio Moscú nos ha despertado después de medianoche, para comunicarnos la noticia. «Leviatan», el locutor de las grandes ocasiones, ha comenzado así «Última hora...». Y durante unos segundos hemos oído el abrir y cerrar de puertas con una violencia inusitada; el ruido de innumerables altavoces gritando y gritando. Después otra vez el silencio.

–¿Será verdad? –me pregunta Esperanza.

–Sí, tiene que ser verdad. De alguna manera había que contrarrestar la impresión producida en el mundo por el desembarco aliado en el Norte de África.

Y nos hemos callado. Y en la oscuridad de nuestra pequeña habitación, he sonreído: desde hoy, nuestras noches serán menos tristes. Ciertamente que seguiremos teniendo muchas dificultades, que seguiremos visitando el mercado negro, que seguiremos acostándonos con un «poco» de hambre, pero la

idea de que pueda acabar rápidamente este gran tormento moral y material, hará nuestras noches menos sombrías.

Día 20.— En el Instituto Científico 205 ha cambiado el ambiente: la gente ríe o sonríe, pero ya no está seria. Los jefes vuelven a caminar con su viejo porte que habían abandonado hace meses. Y Dolores Ibárruri, Marty, Gottwald, Pieck, Togliatti y Stepanov suelen intercalar en las conversaciones entre ellos o con sus subordinados lo que hasta ahora no habíamos oído: «...el invencible Ejército Rojo...» «...la estrategia militar estaliniana...».

Yo...

Yo no soy nadie. Y en mi comentario sobre la situación militar, que firmo con el seudónimo de «Coronel X», me he limitado a escribir: «el cambio operado en la relación de fuerzas ha comenzado a variar el curso de los acontecimientos. Desde hoy, Alemania tendrá que dividir sus fuerzas en un inmenso frente que va desde el Cáucaso hasta el mar de Barentz. Y será débil en todos los lugares fundamentales del frente de guerra más grande que ha conocido la historia, en cualquiera de los cinco continentes. El paso de la iniciativa a manos de las Naciones Unidas marca la iniciación del ocaso del fascismo en Europa».

No he hablado de la estrategia militar estaliniana. Como tampoco he hablado de la estrategia militar hitleriana.

«Leviatan» sigue hablando cada noche. Nosotros, seguimos escuchándole. Somos unos hambrientos y desesperados, que gozan cada noche de diez minutos de alegría.

Los días pasan y entramos en diciembre. Y diciembre comienza con una ofensiva de la burocracia soviética: el administrador del «Hotel Lux» nos ha comunicado que para tener derecho a nuestro regreso a la misma habitación que teníamos tendremos que pagar el cincuenta por ciento de su importe mensual desde que salimos de Moscú en octubre de 1941. Tendremos que pagarlo, a pesar de que sé que mi habitación está ocupada y que el nuevo inquilino, un alemán de las Brigadas Internacionales, paga completa y puntualmente la mensualidad que yo pagaba. Muchos funcionarios han enviado giros a Moscú. Yo, como no tengo dinero, he dejado rápidamente de preocuparme del problema.

Ufa sigue siendo gris. Y por las calles de Ufa siguen pasando largas filas de gentes harapientas: unas con bultos a la espalda; otras, sin bultos, pero con soldados con bayoneta calada, delante, a la izquierda y a la derecha de ellas. Las primeras son movilizados; los segundos son presos que cada mañana abandonan sus recintos alambrados para ir a trabajar. Exteriormente no existen diferencias: los primeros parecen mendigos, los segundos lo son. Y va transcurriendo diciembre. Se habla de que pronto comenzará el regreso a Moscú. No sé nada en concreto, pero algo debe de haber. Los que tienen dinero, han encargado al carpintero cajones con asas a los lados. Y hay cajones en la puerta de la habitación de Gottwald, de Dolores Ibárruri, de Pieck, de André Marty, de Anna Pauker, de Rakosi y de Stepanov... Y en casi todas las puertas de los que son secretarios de la Komintern o altos funcionarios. Y toda esta gente compra y compra en el pequeño almacén que hay en nuestro piso. Tienen dinero y tienen bula. Nosotros no acaparamos víveres. Acumulamos solamente desengaños. Uno

y otro y otro más... Muchos... A pesar de todo lo que nos rodea hay fanáticos. Hay también, naturalmente, escépticos. Los primeros exhiben su fanatismo; los segundos ocultan su escepticismo como un terrible pecado que puede condenarlos a muerte.

A los dos, los desprecio por igual. Al primero, porque padece un tipo de locura combativa que es al mismo tiempo un tremendo obstáculo para que la verdad pueda ser siempre verdad; al segundo, porque representa un tipo de enfermedad tan grave como la primera: la negación de todo, incluso de la verdad misma. El hombre no debe ser un fanático. Tampoco debe ser un escéptico. Debe ser simplemente un hombre que quiere que el hombre sea la razón suprema del hombre. El fanático es incapaz de ello; el escéptico también. El fanático se limita a creer ciegamente. El escéptico se limita a no creer en nada. Ambos son dos desesperados. El uno porque cree ciegamente en la colectividad y en los semidioses, por incapacidad para creer en sí mismo. El otro, porque no creyendo en nada se niega a sí mismo. Para el primero, es libertad incluso lo que no es libertad, es democracia lo que no es democracia, es socialismo lo que no es socialismo. El otro no cree en la libertad, ni en la democracia ni en el socialismo, que es la expresión absoluta de aquellos dos. Ni en él mismo cree. El fanático nace de la ignorancia, el escéptico sude ser, en muchos casos, un fanático desfanatizado. Y ambos una peligrosa plaga social.

Y en este pequeño o gran mundo de locos, me muevo días y semanas, meses y años, alimentando con no pocos esfuerzos la sola ilusión de abandonarlo.

No quiero pensar más en ellos. Prefiero pensar en las tres fórmulas que ante mí se ofrecen en estos días tristes de Ufa, unas veces encerrado y escribiendo en el pequeño despacho de la Komintern, y otras, también encerrado en mi pequeña habitación del hotel en la que sólo estando inmóvil no se tropieza con nada ni con nadie. Sé lo que es la democracia liberal: una «solución» sin solución. Sé lo que es el fascismo: otra «solución» sin solución. Sé lo que es el socialismo soviético: una tercera «solución» sin solución.

En total:

Tres «soluciones» sin solución para el hombre.

No me es posible aceptar ninguna de las tres «soluciones». Pero tampoco me es posible renunciar al derecho de elegir alguna solución. Y si las tres existentes no le devuelven al hombre toda su majestad, hay que buscar otra. Comenzar la búsqueda, continuar la búsqueda hasta lograr la libertad, hasta alcanzar la felicidad.

Es el viejo y siempre nuevo destino del hombre.

He hablado con timidez, en voz baja para sólo nosotros escucharnos. Y cuando Esperanza me ha mirado fijamente, como queriendo saber algo más para comprender mejor lo que pienso, me he limitado a decirle:

–No creo en nada de lo vivido... Busco y busco algo en que creer... Continúa la ofensiva en la región de Stalingrado. Continúa la ofensiva aliada en África del Norte. Y termina 1942.

Y Ufa, en este último de año, es como ayer: gris, triste. Clima y régimen dan la tónica.

1943. QUINTO AÑO: LA KOMINTERN SE PREPARA PARA LA POSGUERRA

XVIII

¿Qué es la Komintern?

Muchas veces, influido por el ambiente, he creído que la Komintern era un fantasma que se agitaba constantemente por la Unión Soviética para conseguir mayores ventajas en sus relaciones internacionales. Es decir, creía que era un edificio, un grupo de hombres de todos los países azotados por la derrota, una revista teórica y mucha propaganda. Y nada más. Pero me he equivocado.

La Komintern no es un fantasma. La Komintern no es un gran edificio a las afueras de Moscú con dos mil o dos mil quinientos funcionarios que vegetan en espera de que nuevos aires en el mundo de la política puedan devolverlos a sus países de origen. La Komintern es algo más. Algo más, aunque los que trabajemos en ella no seamos nada. La Komintern es un instrumento poderosísimo integrado por hombres de todos los países en representación de todos los partidos comunistas del mundo, manejado por el Comité Central del Partido Comunista

(b) de la U.R.S.S. y al servicio del Estado Soviético, al que todavía millones de hombres que no lo conocen por dentro acostumbran llamar el «primer país socialista». Su estructura interior no es muy complicada: un Comité Ejecutivo integrado por representantes de los partidos comunistas de todo el mundo; un Secretariado integrado por los representantes de los principales partidos comunistas y, luego, un importante aparato que se divide en dos partes: la que todos conocemos, y la que sólo una pequeña parte conoce.

El aparato que todos conocemos no tiene nada de particular: una sección de cuadros encargada de recopilar los datos de todos los dirigentes y cuadros principales del movimiento comunista; una sección de información y Prensa, con la misión de recopilar toda información extranjera y hacer síntesis de ella para tenernos al corriente de lo que pasa en el mundo; una sección de escuelas, con la misión de organizar los cursos para la educación política e ideológica de los cuadros de los partidos comunistas extranjeros; un archivo; una biblioteca con su departamento secreto en el que están los libros cuya circulación está prohibida en la U.R.S.S., y la sección técnica, que aparentemente está encargada tan sólo de la organización de los viajes al extranjero. Esto es lo que todos conocemos. Lo que es menos conocido se compone de lo siguiente: de un control exacto de la sección de cuadros, control que se lleva a cabo por funcionarios de la N.K.V.D.; una pequeña sección, dentro de la sección de información y Prensa, que se encarga, utilizando toda una serie de agencias fantasmas, de lanzar noticias sensacionales para provocar determinadas situaciones que no podrían lograrse dándolas desde la misma Unión Soviética, y un aparato secreto, al que muchos creen tan sólo

una agencia de viajes, integrado por ciudadanos soviéticos, miembros todos de la N.K.V.D., que es el encargado de mantener, por medio de los procedimientos más modernos, el contacto con todos los países o con los delegados de la Komintern en dichos países. En sus funciones entra, también, el recibo o envío de materiales secretos, el envío al extranjero o el traslado a la Unión Soviética de los agentes secretos de la Komintern, del envío de dinero a los diferentes partidos, del contacto con gentes que, sin figurar abiertamente dentro del movimiento comunista internacional, le sirven. Este aparato lo dirige Shorkin, que depende directamente de la N.K.V.D. y, aparentemente, lo dirige Dimitrov.

Los demás secretarios son los responsables de las diferentes secciones en que está dividido el movimiento comunista internacional. Por ejemplo, Kolatov, que había de ser después presidente provisional de la República «Popular» Búlgara, está encargado del sector balcánico; Pieck, el jefe del Partido Comunista Alemán, responsable del sector que integran Alemania, Checoslovaquia y Austria; Florín, miembro del Buró político del Partido Comunista Alemán, responde del sector escandinavo; Togliatti, del sector franco-italiano; André Marty, de Inglaterra y los Estados Unidos de Norteamérica; Dolores Ibárruri, de España, América Latina y la India; un japonés, cuyo nombre nunca pude saber, es el responsable de Asia; Gottwald, que después había de permitir a Checoslovaquia tener un presidente alcohólico, es el encargado de la dirección de la revista de la Komintern: «La Internacional Comunista».

Pero, en realidad...

En realidad quien dirige todo esto es Manuilski, en nombre del Comité Central del Partido Bolchevique. Por una razón muy simple: porque es al Partido Bolchevique a quién está obligada a servir la Komintern.

Cierto que Manuilski sabe hacer ver a todos que quien manda es Dimitrov, pero no suele pasar desapercibido que Dimitrov, cuando habla en las reuniones del Secretariado, constantemente mira a Manuilski y que éste va aprobando con movimientos de cabeza casi imperceptibles lo que el otro dice; y cuando Manuilski no está de acuerdo es corriente verle cómo escribe rápidamente unas líneas en un papel cualquiera, cómo dobla éste varias veces y cómo lo hace llegar a Dimitrov. Dimitrov sigue hablando al mismo tiempo que lee y... es entonces, después que ha terminado de leer, cuando se suele observar cómo va cambiando el curso de su intervención hasta acabar por decir cosas que la mayoría de las veces suelen ser distintas a las que comenzó diciendo. Es frecuente, también, observar que cuando hay que nombrar una comisión para la redacción de un documento importante, Dimitrov propone, en primer término, a Manuilski; que cuando Manuilski hace en el curso de una discusión la más ligera observación, Dimitrov la recoge y sujeta a ella todas las intervenciones de él y de todos los demás.

Dimitrov es un muñeco cuyos hilos mueve Manuilski. Manuilski es un muñeco cuyos hilos mueve Shdanov. Y nosotros somos muñecos cuyos hilos mueven los numerosos jefes y jefecillos que constituyen la plana mayor del «Estado Mayor de la Revolución Mundial».

En muchos casos los jefes de diferentes secciones del aparato técnico de la Komintern son extranjeros, pero no es difícil comprobar que las secciones fundamentales están en manos de los rusos. Por ejemplo, la Sección de Cuadros tiene por jefe principal a un ruso que muchas veces suele ir con uniforme de la N.K.V.D., y como subjefes a Bielov y Blagoeva; el jefe del aparato secreto es Shorkin, también miembro de la N.K.V.D.; el jefe de la sección administrativa es otro ruso, que también es miembro de la N.K.V.D.

La Komintern es la autoridad suprema para los partidos comunistas extranjeros. El Comité Central del Partido Comunista de la U.R.S.S. es la autoridad suprema para la Komintern. Todo lo recibimos del Comité Central del Partido Bolchevique: el dinero y las órdenes. Y los Partidos Comunistas extranjeros no tienen ni independencia económica ni independencia política. Es una verdad que sólo los estúpidos o los interesados se atreven a negar. Las pruebas son evidentes: ¿Hay algún Partido Comunista que pueda demostrar con números que su vida económica depende de los ingresos que le proporcionan sus militantes?

¡Ninguno!

¿Hay algún Partido Comunista que pueda demostrarnos que es totalmente independiente; que él traza su línea política; que él corrige sus errores y que tiene libertad para criticar, supongamos por caso, al Partido Comunista Bolchevique de la U.R.S.S.?

¡Ninguno!

¿Quién traza la línea estratégica de los Partidos Comunistas?... Recordemos solamente algunos hechos: ¿No fue Manuilski quien lanzó la consigna de «¡Por los Soviets!», después de la subida de Hitler al poder? ¿No era claro que si los comunistas alemanes no habían sido capaces de evitar la subida de Hitler al poder les sería mucho más difícil echarle y colocarse ellos? Pero, ¿a quién favorecía, en aquellos momentos, el que en Alemania o en otros países se produjeran una cadena de hechos «revolucionarios» que obligaran a Hitler y a otros jefes políticos fascistas o semifascistas a dedicar sus esfuerzos al frente interior? Solamente a la U.R.S.S., ya que cada movimiento que se produjera en cada país, en condiciones objetivas y subjetivas desfavorables, era perjudicial para el movimiento comunista y obrero de dicho país. Aparte de que la consigna de «¡Por los Soviets!» intentaba ocultar el tremendo fracaso de la Internacional Comunista y del Partido Comunista Alemán, dando la impresión de que aún era posible conquistar el poder.

¿Quién da después la consigna del Frente Popular?... Dimitrov. ¿Fue acaso una consigna que nos diera victorias de tipo estratégico? No. Sólo en Francia y en España dio algunas victorias iniciales, pero fue incapaz de lograr victorias de tipo decisivo como se buscaban. Es claro que lo que se perseguía en esto era introducir al caballo de Troya entre las fuerzas de la pequeña burguesía y burguesía liberal, penetrar en los órganos del Estado para influir en la política general del país, de acuerdo con los directivos de la Komintern. Al menos ésta era la finalidad estratégica marcada, aunque no es menos cierto que en muchos países no se daban las condiciones indispensables para ello. Pero, a pesar de todo, la U.R.S.S.

seguía viéndose favorecida. Cada estado de inquietud o de lucha, en cualquier país de Europa, era una dificultad extraordinaria que surgía ante los gobiernos para concentrar el esfuerzo contra la Unión Soviética, aunque esta dificultad representara una derrota para el Partido Comunista y la clase obrera del referido país.

¿Quién dio la consigna de Unión Nacional?... Dimitrov!... Dimitrov, llamando a su despacho de Moscú a todos los representantes de los partidos comunistas.

¿Era posible una unidad nacional, por ejemplo, tal y como la plantearon los diferentes partidos comunistas por orden de la Komintern? La mejor respuesta son los hechos. Los hechos nos han demostrado que no era posible. Pero, ¿qué ganaba con tal consigna la Unión Soviética? Es claro que el hecho de que los comunistas limitaran sus objetivos a la expulsión de los alemanes, a la reconstrucción del país, al restablecimiento de la democracia y su consolidación, ocultando sus eternos propósitos, facilitaba la cooperación de las democracias capitalistas con la U.R.S.S. y la U.R.S.S. evitaba tener que cargar sobre sus propios recursos humanos y materiales todo el peso del aplastamiento de los alemanes. Ciertamente que al calor de la Unión Nacional los partidos comunistas sufrían derrota tras derrota, viéndose abandonados por sus aliados naturales, pero ¿qué importa eso a la U.R.S.S.?, ¿qué le importa que la política de Unión Nacional, por ejemplo, haya dado lugar a que los comunistas hayan servido de trampolín al general De Gaulle para ocupar la posición política que hoy ocupa en Francia? ¿Qué le importa que al calor de la Unión Nacional los capituladores de Prieto hayan encontrado una plataforma de

compromiso con las fuerzas reaccionarias tradicionales, plataforma que se la han dado los comunistas? ¿Qué le importa que al calor de la Unión Nacional en muchos países hayan subido al poder gentes que una vez en él se han dedicado a aplastar el movimiento democrático popular?

Cada viraje estratégico de la Komintern, impuesto a ella por las necesidades de la política exterior de la U.R.S.S., ha provocado tremendas derrotas a los diferentes partidos comunistas del mundo; al mismo tiempo, cada viraje ha sido la expresión de un fracaso anterior de la Internacional Comunista como «Estado Mayor de la Revolución Mundial». Veinticinco años hemos estado sirviendo a la Unión Soviética con el pretexto de que era el primer país socialista del mundo, de que era la defensa natural de la democracia en todos los continentes, de que era el punto de partida para la revolución socialista en el mundo. ¿Y ahora qué? ¿Qué? Cuando es una realidad que no existe el socialismo; cuando es una realidad que la Unión Soviética no es la defensa natural de la democracia, por el mismo carácter de su régimen de castas y de explotación brutal del hombre por estas mismas castas; cuando se ha demostrado que la Unión Soviética no es el punto de partida para la revolución socialista en el mundo, por el hecho de que ella no es el socialismo convertido en realidad.

¿Por qué pelear y morir por Moscú, si éste no representa el socialismo, ni la independencia de los pueblos, ni el bienestar de los hombres? Esto me pregunto en mis últimos días en Ufa, cuando ya unos han salido para Moscú y otros estamos en vísperas de salir. No, no merece la pena luchar y morir por Moscú.

Antes que yo, Esperanza había llegado a tal conclusión: «La U.R.S.S. es un inmenso campo de concentración con tranvías, metro y trolebuses». Sí, ella no tuvo necesidad de ahondar mucho. Lo que dijeran los documentos y discursos de los dirigentes soviéticos no importaba; la Unión Soviética nos decía cada día la verdad. Y la verdad era simple. «Un inmenso campo de concentración con tranvías, metro y trolebuses».

Pero... ¿Qué hacer? En medio de este gran silencio que nos rodea y que sólo interrumpen con grandes intervalos, los diez o doce automóviles y los cuatro o cinco tranvías que hay en Ufa, en la capital de Baskiria, pienso y pienso. Pero lo que pienso ni a Esperanza se lo digo. No es desconfianza. Pero quiero ocultarle la gran tragedia en que nos vemos envueltos. Cada período tiene un objetivo... Y ahora se trata de ver cómo salvar la vida. No es fácil, pero es posible. Al menos, creo que es posible.

Si hubiera democracia yo diría que no estoy de acuerdo. Si hubiera democracia yo diría que no quiero estar ni un día más en este país. Si hubiera democracia yo podría gritar el engaño de que he sido objeto, de que hemos sido objeto millones y millones de hombres de todos los países, de todas las razas... Pero... ¿Acaso la mayoría de los condenados a muerte aquí, no lo fueron, quizás, por decir que no estaban de acuerdo? Voy mirando pasar los días: unas veces, desde la ventana de mi despacho de la Komintern; otras, desde el balcón de nuestro cuarto del hotel «Brzkiria». Y procurando cada día rehuir cuantas conversaciones se refieren al socialismo, la libertad, la democracia. Quiero salvarme. Quiero salvar a los míos. Y tácitamente no me queda otro remedio que esperar...

solamente esperar. Procurando que nadie pueda ver lo que hay dentro de mí: la ilusión de un socialismo en el que el hombre sea la razón suprema del hombre; y la desilusión en este socialismo soviético en el que millones de hombres son los pilares y esclavos de unas castas surgidas al calor de una revolución que en sus principios hizo estremecer al mundo.

Abril.

XIX

Domingo.

Mi último domingo en Ufa. Estoy solo en el despacho que fuera de Dolores Ibárruri hasta su marcha a Moscú, en compañía de algunos redactores y de un locutor. Por las dos grandes ventanas entra el sol de abril, sol de deshielo, que da en un ángulo de mi mesa de trabajo y, también, en la mesa en la que dentro de media hora trabajará Lolita, nuestra mecanógrafa.

No tengo muchas ganas de trabajar. Me gustaría que hoy no hubiera emisiones, que hoy no viniera nadie para estar solo hasta que el sol se fuera, hasta que Ufa se convirtiera en una inmensidad negra con unas cuantas lucecitas para recordarnos que una ciudad y un pueblo viven. Pero sé que no será así. Sé que dentro de unos minutos llegará Lolita, que con ella vendrá el olor de un viejo perfume francés, que me saludará, que se sentará ante la vieja Remington y que comenzará a escribir hasta las dos. Durante estas cuatro horas estaré viendo su pelo lacio, su cara sin encanto, un pañuelo de seda en torno a su cuello, una chaqueta roja de punto, una falda verde, sus piernas enfundadas en unas medias de seda extranjeras y como final unos zapatos de sport, traídos también de Francia. Sé que durante cuatro horas todo será igual que el día

anterior... Vendrá hasta mi mesa para recoger las cuartillas, se las llevará hasta la máquina y comenzará a escribir rápidamente, mirando a la calle o a mí, para después de un rato levantarse y poner sobre mi mesa el original y tres copias para los tres controles respectivos. Casi nunca hablo con ella. Y, sin embargo, pienso que quizás esté tan harta como yo de todo esto.

Es posible que conserve todavía el rescoldo de un rencor oculto, pero inextinguible, contra quienes mataron su primer amor, al eliminar a quien debía ser su marido, su primer marido, y que fuera uno de los consejeros «militares» en nuestra heroica y desdichada guerra. No está descartado que ella sea otra de las personas que esperan un día cualquiera, que se convertirá en un gran día, para salir de aquí y marchar a cualquier lugar del mundo, de ese viejo mundo, en el que todavía se es, por lo menos en un cincuenta por ciento, dueño de uno mismo. Pero esto no quita para que cada vez que la vea me dé un poco de pena. He observado que a su desilusión va unido el miedo. Se le ve en su manera de hablar, de reír, de mirar... Él, no sé quién, fue condenado por «enemigo del pueblo»; su hermano, antiguo miembro de las Juventudes Socialistas Unificadas de España, escribiendo de arte en «Arriba», el órgano de Falange; y ella, sin más raíces en el movimiento revolucionario que las que pudiera echar sirviendo de traductora en el «Hotel Metropol» de Valencia al ruso que iba a ser su marido. Desilusión y miedo. Dos cosas que la hacen caminar siempre un poco inclinada como si dialogara consigo misma; que le hacen escuchar todo, como si de lo que escuchara pudiera salir algo que le mostrara su futuro. Inquietud y miedo que le han hecho casarse con Bertoni, con el

italiano Bertoni, en busca de una seguridad no encontrada. Bertoni tiene un pasado poco recomendable. Era amigo de muchos de los que cayeron en la purga de 1937. Se salvó por una de esas casualidades que también aquí se producen y por el hecho de haber comenzado a trabajar con Togliatti desde los primeros momentos de la agresión alemana. Lolita creyó que Bertoni era un buen asidero. Es muy posible que Bertoni se lo hiciera creer. Y, a cambio de lo que ella creyó o él le hizo creer, se ha convertido en la esclava de este italiano cojo, tuberculoso y cínico que va viviendo, más que de lo que él gana, de lo que ella obtiene vendiendo en el mercado negro lo que era su equipo de novia. Él vive a costa de ella. Ella ha comenzado a toser como él.

Sí...

Sólo faltan unos minutos para que llegue. Y cuando llegue ya no podré seguir viendo las casas de Ufa, cuyos tejados han comenzado a librarse de la nieve, ni podré mirar un poco más allá de los tejados, donde comienza un bosque que se pierde en la lejanía... Comenzaré a escribir... Comenzará a escribir ella... Y pasará una hora, dos, tres o cuatro y se habrá acabado la jornada y el sol comenzará a hundirse en el horizonte y el día se irá retirando, empujado por la noche. Se acabará el domingo. Mi último domingo en Ufa. Ella... Sí, ya no podía tardar. Y comienzo nuestra última jornada de trabajo en la capital de Baskiria... Escribo yo... Escribe ella... La vieja Remington es incansable. Su ruido, en esta casa en la que cada ruido tiene su eco, me distrae unas veces y me turba otras. Pero sigo escribiendo. Y sigue escribiendo... Las once. Las doce. La una. Las dos. Lolita ha dejado de escribir. ¡Qué agradable es

el silencio! Mientras repaso lo que ha puesto en máquina, se pasa un peine por sus lacios cabellos, se mira en un pequeño espejo de bolsillo, se estira las medias y acercándose a la ventana y casi pegando su cara al cristal mira esa perspectiva de casas que se extiende hasta los linderos del bosque... Yo, corrijo y fumo. Ella, con olor de un viejo perfume francés, tose. Y se va.

–Salud, Castro.

–Salud, Lolita.

Y nos quedamos solos el silencio y yo: él como siempre, y yo, viendo alejarse de mi mesa, viendo huir por la ventana el sol, este sol de abril, sol de deshielo.

Se ha ido.

Yo, el silencio y las sombras encerrados en este despacho. Y el domingo va tomando el aire de tristeza de esos domingos en los que uno no mira la vida sino que se hunde en sí mismo para hurgar en su angustia. Miro. El hule de mi mesa está roto por muchos sitios. Su color verde es un verde en agonía. Sigo mirando. Los bordes de mi mesa tienen huellas de cigarros olvidados. Y esas dieciséis cuartillas, que comienzan, como todos los domingos: «Comentario semanal...». Angustia en mí y domingo de agonía. Mala compañía para sentirse tranquilo en esta pequeña prisión de delgados tabiques de madera, que no impide que nuestras voces salgan y lleguen hasta... quién sabe hasta dónde... En esta soledad, a la que quiero y odio, me gustaría pensar en voz alta, para escuchar mis dudas y oír mis propios razonamientos; para oír también qué es lo que

comienza a ser mi gran ilusión. Pensar en voz alta. Y caminar, cruzando una y otra vez esta pequeña habitación. Preguntarme y contestarme; y maldecir a gritos, que es como mejor se maldice. Pero no. Ni pienso en voz alta ni paseo; ni pregunto en voz alta ni me contesto; ni maldigo en silencio ni a gritos, sigo sentado aquí, ante mi mesa, y cuento las heridas que el hule tiene y las quemaduras de la mesa... Ni a mí mismo me oigo. Las cinco y la noche. Abandono la Komintern. Y camino lentamente, como si todavía no conociera este camino que durante muchos meses he recorrido tantas veces. Miro el cielo y las casas, el suelo y las gentes, como si en cualquiera de estas cuatro cosas pudiera encontrar la ilusión que busco. Pero Ufa es en el mapa un puntito negro, en mis diecisiete meses una tortura y, para otros, la última ciudad antes de hundirse en Siberia. Nada más.

El hotel. Gente que sube y baja. Un piano que no sé quién toca. Niños que corren y gritan por los pasillos. Y yo subiendo pesadamente los dos pisos.

–¿Qué hay? –me dice Esperanza.

–Lo que todos los días.

Y, como todos los días, me siento en el borde de la cama y junto a la mesa espero a que Esperanza me ponga la comida: un plato de sopa de pasta muy caliente, un pedazo de pan negro y un vaso de té. Como. Termino. Y continúo sentado en el borde de la cama. Y Esperanza, sentada también en el borde de la otra cama. No hablamos. Fuera oyéndose el piano, siguen

corriendo y gritando los niños. Y pasan las horas. Y llega el fin de mi último domingo en Ufa.

Mejor dicho, nuestro último domingo.

14 de abril.

En un rincón dos maletas y un maletín. Encima de la mesa una cesta de mimbre en la que está la comida que nos han dado para el viaje. Con nosotros, Sánchez Arcas y su familia. Y una empleada del hotel que cuenta todo una, dos, tres, no sé en total cuántas veces lo habrá contado ya, ni cuántas veces lo tendrá que contar todavía. Ahora entra en el W. C. Debe estar comprobando si existen el retrete, el lavabo y la ducha. Ahora sale y mira las camas: sí, están las dos camas, también dos sillas, dos teléfonos, una mesa y dos lámparas; sí, también están el balcón y las cuatro paredes. ¡Todo está! Pero se sienta y espera. Y no se marchará hasta que todos nosotros nos hayamos marchado. Es la vigilancia socialista...

Las diez de la noche. Nos avisan que un automóvil espera a la puerta del hotel para llevarnos a la estación. Pocos bultos, mucha gente y un descenso rápido de los dos pisos. Cruzamos el hall de prisa sin mirar a nadie, y creo que también sin que nadie nos mire. Nos despedimos de los Sánchez Arcas. Y el coche rueda por la calle de Lenin, que, como cuando llegué, es un mar de barro. La estación. Y delante de ella, como ayer y como siempre, gente tirada en el suelo o sentada sobre sus bultos, que darían la impresión de que ya no respiran, de que ya no viven, si de vez en cuando no abrieran los ojos para ver si es de noche o es de día, o si de vez en cuando también no

hundieran las manos entre sus ropas y sus carnes para rascarse furiosamente. Y dos grandes retratos de Lenin y Stalin, los mismos que cuando llegué; y unas cuantas banderas que fueron rojas, puestas quizá para recordar que hubo una revolución y que la clase obrera «está» en el poder. Y un empleado de la sección de cuadros que nos recoge y nos hace entrar en una pequeña habitación.

Tenemos los billetes. Tenemos reservado un vagón. Pero nuestro tren está lejos. Nos han dicho que sólo a ochocientos metros de distancia. Y una caravana de gentes y bultos, comenzarnos a caminar por entre las vías, a tropezar con ellas, a maldecir en idiomas distintos y a calcular, cada diez pasos, cuántos metros nos faltarán aún. Luces rojas y verdes. Llamadas que se pierden en el espacio. Hombres enfundados en largos capotes que van de un lado para otro golpeando en los ejes. Fatiga en nosotros. De pronto, una larga sombra a nuestra derecha, que no sé quién dice que es el tren que ha de llevarnos a Moscú. Seguimos caminando... La cabeza de nuestra pequeña columna se detiene delante de la entrada de un vagón, en cuyas escalerillas hay una mujer con un farolillo en la mano. Es nuestro vagón. Llegamos todos y esperamos a que esta mujer vaya mirando uno por uno nuestros billetes y una por una nuestras caras. Entramos, al fin. Tenemos por compañera de departamento a Irene Toboso.

Esperamos a que el tren arranque. Y mientras esperamos, contemplo por última vez las cien, las doscientas o trescientas lucecitas, no sé cuántas, que también viera al llegar. Escucho el ruido de topes que chocan. Y penetrantes silbidos con algo de gemido y siento que el tren se estremece, que todos nos

estremecemos y que comienza a rodar suavemente. Hacia Moscú. Fumo y miro sin ver nada, sabiendo solamente que detrás de esa oscuridad, que parece una gran montaña que llegara hasta el cielo, está Ufa, está la capital de la que me dijeron floreciente República de Baskiria, y en la que parecen haberse concentrado, no sé si para que yo los viera, 400.000 mendigos. Hacia Moscú. Hemos tendido unos jergones sobre los asientos y nos hemos acostado. No hablamos ninguno de los cuatro: nosotros tres porque no queremos hablar delante de esta mujer que todo lo retiene y todo lo cuenta, y porque tampoco queremos hablar con ella. Ella, seguramente porque tampoco quiere hablar con nosotros. Nos conocemos demasiado bien. Dormitamos. Un nuevo día y en la lejanía las primeras casas de Kuybichev. Sol y campos sin nieve. Nuestro tren comienza a entrar lentamente en la estación de la que fuera residencia oficial del gobierno soviético en los días en que tantos pensaban que Hitler, como Napoleón, entraría en la capital del «nuevo mundo». Müller, convertido en ayudante de Dimitrov, nos viene a saludar. Luego manda que nos traigan unas botellas de cerveza. Y al fin nos despedimos y el tren comienza de nuevo a avanzar hacia Moscú. Noche y día. Moscú envuelto en la noche nos recibe. Y un autobús de la Komintern nos lleva hasta nuestra vieja residencia: el «Hotel Lux». Maletas y maletines y no pocos cajones con víveres y bultos, envueltos en mantas de todos los colores, se van amontonando en el vestíbulo. Comienza a funcionar el teléfono. Y comienzan a bajar gentes a recoger sus cajones, sus bultos o maletas que quizás les pareció exagerado traerse con ellos, que tanto traían. No esperamos más. El ascensor. Un piso. Otro. Y avanzamos por el viejo pasillo. ¿Seguirán viviendo en él los mismos de antes?... Aquí vivía el sastre del hotel... Aquí los

últimos restos de la familia de la mujer de Mainski, el embajador soviético en Londres... Más allá, esa alemana del marido casi ciego, que nunca se sabe cuándo descansa, y allí, al final del pasillo, la traductora Kravchenko, la dueña del más importante «almacén» de ropas y calzado españoles de este viejo edificio...

¡Nuestra habitación!

Todo en el mismo sitio. Pero mi mesa de trabajo tiene un triste aspecto: alguno de estos hombres que aspiran a transformar el mundo la ha utilizado como pesebre; y el viejo sillón, donde tanto me gustaba sentarme, reclinar la cabeza y pensar, da la impresión de que alguien se ha estado entreteniéndolo irle arrancando trozos y más trozos de esa antigua tela de borrados dibujos que le guarnecía. La mujer de bronce no ha sido afectada por la guerra: sigue sin un brazo, olvidada en un rincón y cubierta de polvo. ¡Nuestra habitación! Mientras miro todo lo que constituye una fuente inagotable de recuerdos, Esperanza observa el closet. No ha debido tener mucho qué mirar, puesto que sale rápida de detrás de la cortina que oculta el lavabo y el closet.

–No hay nada de lo que dejamos.

–¿Qué extraño, verdad?

–No sé por qué te extraña.

Me he acercado al closet. No es que dudara de lo que me había dicho. Es que a veces, el alejarse haciendo creer que uno está interesado en comprobar personalmente cualquier cosa,

es un buen pretexto para cortar una conversación desagradable.

–No hay nada.

Nos miramos sin hacer más comentarios, volvemos a sentarnos y a mirar a un lado y a otro. Nos interrumpe el ruido de una llave en la cerradura y la entrada de un hombre en el cuarto. Él nos mira asombrado. Nosotros también a él.

–Perdón, camaradas, soy el inquilino de esta habitación.

–Que era la nuestra y que al volver de Ufa nos han vuelto a dar.

Nos mira. Mira a todos los lados. Está nervioso y no sabe en realidad cómo cortar esta situación embarazosa. Al fin me mira fijamente y me pregunta:

–¿Usted es el camarada Castro?

–Sí.

–Cierto, la habitación es de ustedes, pero lo menos que podía haber hecho el director del hotel era avisarme y darme otro lugar en donde poder dormir. ¿No cree usted, camarada Castro?

–Sí, tiene usted toda la razón. ¿Por qué no habla con el director?

–Es lo más prudente.

Se acerca al teléfono, pide a la telefonista que le comunique con el director y comienza a explicarle que al llegar a su habitación, que paga puntualmente, se la ha encontrado ocupada por los antiguos inquilinos. Se lamenta de esta falta de consideración y pregunta al director en dónde podrá dormir esta noche.

Ahora escucha... Escucha varios minutos, ya que es una costumbre de todos estos burócratas empedernidos hacer un discurso con el más leve pretexto. Varias veces intenta interrumpir al dueño y señor de este gran edificio, pero, al parecer, es inútil.

–Es inútil discutir, camaradas.

–De acuerdo.

–Sólo les ruego que me permitan tener mis cosas hasta mañana.

Se marcha. Le veo marcharse y pienso en los derechos que la revolución ha concedido a cada ciudadano soviético, que la constitución estaliniana garantiza a cada ciudadano soviético. Nada. El hombre aquí no es nada. Él, este hombre que durante unos minutos ha permanecido ante nosotros, irritado y confuso, pagaba el alquiler regularmente, ya que sino hubiera sido arrojado del mismo. Ciertamente que era un alquiler provisional, pero, ¿acaso esto justifica que no se le avise, que no se le dé una habitación y que se encuentre a su regreso del trabajo con que no tiene dónde dormir? En cualquier otro lugar, me refiero a esos países donde la democracia, con todos sus defectos, aún sigue rigiendo la vida de los hombres, este ciudadano

desalojado hubiera podido protestar, hacer valer sus derechos, hacer algo. Aquí... Aquí el derecho de protestar no existe. Me acerco al teléfono y pido a la telefonista que me comunique con la habitación 222.

–¿Quién habla?

–Castro.

–¿Cuándo habéis llegado?

–Acabamos de llegar.

–Me alegro, me alegro mucho... ¿Por qué no subís a cenar con nosotros?... Con seguridad que no tendréis nada...

–Nada...

–Os esperamos.

Abandonamos nuestra habitación y subimos los dos pisos que nos separan de Hernández. Muchos abrazos. Y sentados frente a frente, mientras Pilar prepara la cena y habla y habla con Esperanza, Hernández y yo comenzamos a hablar: hablo de meses y meses, desde aquel día que me dejó la manta y unos cuantos cigarrillos suecos cubiertos de jabón en polvo hasta el día 14 de abril que abandonamos Ufa. Me escucha. Y ni cuando Pilar pone la mesa y cenamos, dejo de hablar y él de escucharme. Y termino mi largo relato con estas tres preguntas. ¿Cómo fue posible que se hiciera un documento en el que renunciáramos a todo? ¿Cuál es la situación de nuestros compañeros? ¿En qué estado se encuentra el Partido después

de la muerte de José Díaz? Son las tres de la mañana, en nuestras manos se consume el último cigarro. Le miro esperando sus tres respuestas...

–Tendremos tiempo de hablar, Castro.

–Tienes razón. Hoy hemos hablado demasiado.

Nuevos abrazos y otra vez en la habitación 39. Esperanza ha dejado sobre la mesa algunos víveres que le ha dado Pilar. Yo también dejo sobre la mesa un paquete de cigarros que me ha dado Hernández. Y sin hablar más nos acostamos.

Tanto ir y venir, tanto hacer y deshacer casas, nos ha dado una gran experiencia. Ya estamos instalados. Ya casi parece que no hemos abandonado nunca Moscú. Que ha sido un sueño Galka; que ha sido otro sueño Ufa. He comenzado a trabajar. Y cada noche subimos a las habitaciones de Hernández: pregunto y me contesta y contesto a mi vez a todas sus preguntas. Y después de algunas noches de largas conversaciones, sentados frente a frente, entre humo y café, he podido conocer algo de lo ocurrido fuera de aquel pequeño círculo en el que viví tantos meses.

1.– La política de la Unión Nacional fue una consigna general dada por Dimitrov a todos los partidos comunistas, justificándola en el caso español con el socorrido argumento de que había que evitar, al precio que fuese, la entrada de España en la guerra. ¿Para qué nos había servido y nos había de servir nuestra famosa previsión del futuro, nuestro famoso conocimiento del desarrollo natural de los acontecimientos? Salvar a España de la guerra... Pero, ¿acaso antes de que el

desgraciado documento de septiembre de 1942 se hiciera público no estaban madurando rápidamente los factores que unas semanas después habrían de provocar un viraje general de la guerra y no se habían producido también ciertos cambios en la política exterior de Franco?

2.– La situación de nuestros compañeros es trágica. La evacuación fue un tormento inconcebible para los que no la hayan vivido. Y después, ya instalados en Asia, el tormento adquirió nuevas formas, pero no dejó de seguir siendo un gran tormento. Hambrientos y desesperados, ésta es la única caracterización que corresponde al noventa por ciento de nuestros compañeros, sin excluir a los niños, que salieron de España para salvarse de la guerra. La gente aquí son sombras que se arrastran...

3.– La situación del Partido es difícil. La mayoría de los españoles que se encuentran en la U.R.S.S. están frente a la pareja Dolores–Antón. De Tashkent, la gran mayoría está en franca sublevación, sublevación encabezada por Líster y Modesto, que incluso han enviado un informe brutal contra Antón con motivo de la visita que éste les hizo. En la brigada de la N.K.V.D., cuya formación aconsejara Hernández para salvar a los que se pudiera del hambre y la desesperación, la situación no es distinta. Es decir, el Partido está dividido. A un lado diez o doce, encabezados por Dolores y Antón; al otro lado seiscientos o setecientos encabezados unos por Líster y Modesto, otros por Ortega, otros... como yo, sin encabezar a nadie.

No es una gran perspectiva.

Mientras pasan los días, voy mirando Moscú y comparándolo con el Moscú que dejé aquella noche de pánico en que los alemanes rompieron nuestras defensas.

¿Qué ocurre en la Komintern? He preguntado a Hernández y no sabe nada. He preguntado a Antón y se ha encogido de hombros. El que más sabe, sabe que se están celebrando importantes reuniones del Secretariado, que a dichas reuniones no han sido invitados ni los representantes de los partidos ni los colaboradores políticos principales del «Estado Mayor». Nada más. Llevan dos días reuniéndose. Llevamos dos días esperando saber qué es lo que se está discutiendo. Pienso en Londres. Pienso en Washington. Es la reunión del Secretariado de la Komintern que de más secreto se ha rodeado. Termina mi jornada. Abandono el despacho y salgo. Desde lo que en tiempos de paz fuera jardín, miro el edificio magnífico y sombrío... Es posible que allí, en el último piso, estén en estos momentos reunidos todos los que integran el Secretariado de la Internacional Comunista... Es muy posible... Y, de ser así, ahí estará Dimitrov presidiendo. A su izquierda, Manuilski, el viejo zorro ucraniano. A su derecha, Togliatti. Uno de los tres estará hablando. Si es Dimitrov, presentando el problema. Si es Manuilski, apoyando a Dimitrov. Si es Togliatti, apoyando a los dos. El resto de los asistentes hará que toma notas y si uno de los tres grandes insiste en que todos deben dar su opinión, por la importancia del problema a tratar, entonces irán hablando unos uno para ir repitiendo los mismos argumentos que hayan expuesto Dimitrov, Manuilski y Togliatti. Y después de la discusión se nombrará una comisión. Dimitrov propondrá a Manuilski. Manuilski propondrá a Togliatti. Togliatti, para cubrir las apariencias, propondrá a dos

o tres de los presentes. El documento lo harán Manuilski y Togliatti. Después de redactarlo se lo presentarán a Dimitrov. Aprobado por Dimitrov, hay que guardar las formas, convocarán al resto de la comisión, que dará su conformidad sin discusión ni enmienda. Cumplido este trámite, Dimitrov convocará al Secretariado. Y cada secretario dará su asentimiento: si habla un alemán, hará una introducción de una hora elogiando el documento; si habla un francés, será mucho más breve, pero sin excluir ninguno de los elogios de rigor; si habla por los españoles Dolores Ibárruri, se pondrá de pie, mirará a un lado y a otro, levantará una mano con gesto dramático y dirá con tono solemne: «Personalmente y en nombre de mi partido, apruebo el documento elaborado bajo la dirección de nuestro gran camarada Dimitrov, que expresa con claridad y justeza la discusión y acuerdos tomados en esta trascendental reunión. Si le toca intervenir a Gottwald, lo aprobará con un gruñido. Rakosi lo hará poniéndose de pie, pasándose nerviosamente la mano por su pelada cabeza, moviéndose con gestos de mono y gritando como si diera la orden del asalto al poder: «¡De acuerdo, camaradas, de acuerdo!». Anna Pauker, inclinada sobre la mesa y, como siempre, despeinada, hará solamente un gesto afirmativo con la cabeza... Los secretarios darán a conocer el documento a las delegaciones de sus respectivos partidos en la Komintern, que dirán que sí. El documento llegará a las direcciones de todos los partidos comunistas, El Buró Político lo aprobará por unanimidad. El «teórico» de cada partido escribirá un pesado artículo de «popularización» de la histórica resolución de la Komintern,... Y... Y todos los demás hablarán de la «histórica resolución» de una «trascendencia incalculable para el futuro del movimiento comunista y de la clase obrera del mundo

entero». Así ha sido siempre. ¿Por qué no ha de ser ahora como siempre? ¿Por qué? Pero, ¿de qué estarán tratando? Enseño el «propus» y salgo. Y comienzo a caminar por una estrecha acera de asfalto. Y voy mirando las casitas que hay a mi izquierda y los pequeños huertos con la tierra recientemente removida que hay a mi derecha. Espero el tranvía. Ocho kilómetros de ciudad desfilan a mis costados. Pero hoy no miro la ciudad. Hoy mi preocupación es otra que Moscú. Pienso que el «Estado Mayor» está reunido. Ya en el hotel, queriendo encontrar algo que me diga qué problemas se han complicado o surgido en las últimas semanas para exigir una reunión tan importante como la que se está celebrando en la Komintern, leo detenidamente el manifiesto del Primero de Mayo de la Internacional Comunista. Nada. Leo detenidamente la orden de Stalin con el mismo motivo. Nada tampoco. Releo los boletines de la prensa extranjera buscando en ellos algún indicio de que algo grave ha surgido en la coalición. Fracaso en la búsqueda. Lo único que encuentro de cierto interés en los boletines de Alemania, es la insistencia del teniente general Dittmar y de Goebbels en advertir a Inglaterra y Estados Unidos que en caso de una derrota de Alemania, el bolchevismo se apoderaría de Europa entera y pondría en peligro la existencia de Inglaterra y la seguridad de Norteamérica. Nada nuevo tampoco. Decido esperar a que ellos hablen. Es tanta mi conformidad, que en mi conversación de hoy con Hernández no he mencionado ni una sola vez a la Komintern. Hemos hablado de muchas cosas, preferentemente de la actividad del Partido en España y América. De España no sabemos casi nada. De América, cosas desagradables: según informes muy confidenciales llegados a Dimitrov, Uribe está hecho un imbécil y Mije un provocador y un Creso. A las ocho de la mañana de

hoy tomo el tranvía. De la Komintern, sólo yo en él. El resto es gente mal o regularmente vestida que no sé si son obreros o empleados: aquí es muy difícil catalogados por la ropa. Pasamos por delante del mercado central. Como siempre, milicianos, vendedores y compradores. La única novedad son los mutilados que se arrastran por el suelo sobre un pedazo de hule, o mueven las mangas de sus capotes sin nada dentro, o descansan sobre unas muletas de fabricación casera o... ¡El cuadro es horrible!... No sólo por las tremendas mutilaciones que sufren, sino porque en muchos casos estas mutilaciones no tienen ni tan siquiera harapos que las cubran. Ellos también venden. Son los héroes–mendigos del país del socialismo. Ahora un pequeño parque y gentes sentadas en sus bancos, muchas de ellas durmiendo. Y el puente. Y la Exposición Agrícola a un lado... Y la Academia Cinematográfica a otro. Y un poco más allá, la inmensa mole blanca de la Komintern... El «propus». Y ya en la despacho espero a que vayan llegando los demás. Mateu, Pertegaz, Segis Álvarez, otro más: las mismas caras con su gesto eterno de cansancio y de...

Llega «Pravda», que pasa a Pertegaz, que es nuestro traductor oficial.

Los demás preparamos nuestras cosas para comenzar rápidamente a trabajar.

–¡Mirad!

–¿Qué es? –pregunto.

–¡La Komintern se ha disuelto!

Lo miramos todos. Y todos pensamos que es una broma de Pertegaz. Una broma demasiado peligrosa. Pero él sigue alargándonos el periódico, mientras repite y repite: «¡La Komintern se ha disuelto!». Nos vamos acercando a él, que comienza a leer en voz alta. Escuchamos y esperamos con cierta impaciencia a que llegue a la enunciación de los motivos que han determinado que la revolución mundial se quede sin «Estado Mayor». Y Pertegaz nos va leyendo los motivos... Uno: la maduración política e ideológica de los partidos comunistas. Otro: el crecimiento y consolidación del movimiento comunista en el mundo entero.

–Tradúcelo íntegro y saca varias copias –le digo a Pertegaz.

Y se va seguido de Marina Sendin, que ahora trabaja de mecanógrafa con él. Los que quedamos nos miramos unos a otros, pero antes de que puedan surgir los comentarios nos avisan para que acudamos a una reunión. Nos vamos concentrando en el pequeño salón que hay detrás del gran salón de sesiones. Nadie habla. Todos esperamos la explicación oficial que nos diga lo que posiblemente no ha sido oportuno decir en el comunicado. Y llegan Vilkov, Mirov, Geroe y Stepanov. Entran muy serios: al fin y al cabo es una velada necrológica. Y se sientan detrás de una larga mesa colocada precipitadamente para que puedan colocar sus papeles y brazos los que van a explicarnos tan sensacional decisión.

Nos miran fijamente.

Les miramos fijamente.

Vilkov, en funciones de presidente, abre la reunión.

–Camaradas, todos ustedes han leído el Comunicado sobre la disolución de la Internacional Comunista. Aparte de ello, el camarada Mirov, por encargo del camarada Dimitrov, les va a informar ampliamente.

Dejamos de mirar a Vilkov.

Miramos al otro.

Y Mirov, el tétrico Mirov, que saluda a la gente casi igual que Geroe, toma «Pravda» de encima de la mesa y comienza a leer el Comunicado. Al terminar bebe un poco de agua, saca un cigarrillo, se entretiene unos segundos en colocarlo correctamente en su boquilla, lo enciende, lanza una bocanada de humo hacia el techo y nos mira.

No hemos dejado de mirarle.

Vilkov vuelve a tomar la palabra.

–Por la intervención del camarada Mirov habrán podido comprobar que la disolución de la Komintern es un hecho. Nadie tiene el derecho a creer que es una maniobra táctica para engañar a nuestros enemigos o a nuestros aliados circunstanciales y que la Komintern continuará viviendo en la clandestinidad. Recalco esto porque cometería un grosero error quien tal pensase. La Komintern se ha disuelto como consecuencia del crecimiento y maduración política e ideológica del movimiento comunista, que la hacía ya innecesaria.

Y se ha sentado. Silencio. Mirov sigue fundando. Stepanov nos va mirando uno a otro, como si quisiera ver a través de cualquier gesto lo que cada cual piensa. Geroe, soñoliento, no mira a ningún lado. Nosotros miramos a todos ellos. Otra vez Vilkov.

–¿Algún camarada quiere pedir la palabra?

Nadie.

–La reunión ha terminado.

Salen. Y salimos. Cada cual regresa a su despacho. A mi lado camina Antón con el gesto de un hombre que estaba y está en el secreto de todo. Mateu se adelanta a abrirnos la puerta. Me siento ante mi mesa y comienzo a escribir como si nada hubiera pasado. Antón se pasea solemnemente de un lado a otro con una mano en el bolsillo del pantalón y la otra acariciándose la barbilla.

Entra «Irene Toboso».

Ella, Antón y Mateu comienzan a comentar el hecho. Yo sigo escribiendo. Sé el propósito, cuyo resultado espera Dolores en el despacho inmediato. Siguen hablando. Sigo escribiendo. Y a la hora de comer salimos hacia el comedor. Hoy la gente come con un gesto de honda preocupación. No, la disolución de la Komintern no es lo principal: lo importante para ellos es lo que pueda pasar con todos los que pertenecemos al aparato. Como sin mayores preocupaciones. En mi mesa, en la que todos somos españoles, se gastan bromas sobre el acontecimiento: se habla de revolucionarios en paro; se habla de dedicarse a las

labores del campo (aluden al llamado «agorod», pequeño huerto individual que cada uno tenemos en lo que antes fuera jardín de la Komintern). Yo no me río escuchándoles, pero no hablo. Tengo la triste experiencia de que cuanto hablo llega demasiado rápidamente a oídos de los jefes. Las horas transcurren lentas. La presencia de Antón me irrita. La de Mateu babeando en torno suyo me da asco. Por ello en cuanto dan las cinco, terminada ya mi tarea, hago lo que todos los días: me voy a la biblioteca. No siempre voy por un libro: la mayoría de las veces hago que busco en una y otra estantería, en espera de que sean las seis...

La viejecita encargada de la sección española me pregunta siempre, en su deseo de ayudarme, qué libro quiero. Y siempre le respondo lo mismo. «Busco unos datos, camarada, muchas gracias». Así puedo andar de un lado para otro matando el tiempo, sin que a nadie le sorprenda el que después de tanto «buscar» no me lleve nada. Las seis. Subo a mi despacho, tomo la cartera y salgo. Salgo solo. No es que me guste excesivamente la soledad, pero quiero evitar que Dolores y Antón emprendan la guerra contra quienes vean a menudo conmigo al creer que, además de compañeros de trabajo, son amigos personales. No quiero comprometer a nadie. Es una guerra sorda y demasiado desagradable. Una guerra sucia y mezquina. No es una lucha que enerva, es una lucha que deprime. Sé muy bien hasta qué grado me odia Dolores Ibárruri y cómo este odio lo hace extensivo a todos los que cree que están ligados a mí por vínculos familiares o de amistad. Yo no la odio. La desprecio. Por lo único que podía respetarla era por sus años y los ha enlodado bastante junto con sus canas para que me pueda inspirar alguna consideración. Ella lo sabe y sino

se lo figura. Se figura, además, y creo que no le falta razón, que pienso mucho peor de «él». Para mí, «él» es un miserable sin escrúpulos y sin otra cualidad que saber aprovecharse de los últimos momentos de mujer de una mujer, para hacer carrera. Éstos son los que yo llamaría motivos personales de su odio contra mí. Pero hay motivos políticos también. Mis ambiciones. Sí, porque yo tengo ambiciones. No ambiciones inconfesables, no. Unas ambiciones perfectamente lícitas. Yo no ambiciono ser secretario general del Partido Comunista de España porque no creo que valiera y porque he podido comprobar qué condiciones se exigen aquí para serlo. Desde este punto de vista, por tanto, no soy un peligro para ella. Yo no ambiciono tampoco ser secretario de organización del Partido Comunista de España que supone al mismo tiempo ser un confidente de la N.K.V.D. Luego no soy una amenaza para «él». Mis ambiciones son más simples: defender la democracia y luchar por su desarrollo para que mi país encuentre en un socialismo auténtico la paz y el bienestar a que tiene derecho. Sí, tiene razón para odiarme, porque pensándolo bien, estas ambiciones personales mías son un peligro para ambos y también para alguien más que para ellos dos. Un socialismo auténtico representa la oposición a ese falso socialismo del que ellos y otros se han erigido en profetas. Un socialismo auténtico representa la imposibilidad de que surjan esas castas que viven a costa de la miseria del pueblo. Un socialismo auténtico presupone un nacionalismo sano, que no anula el internacionalismo y que impide que el país de uno pierda soberanía para convertirse en una provincia o en una colonia de cualquier federación llamada socialista. Me alegra que me odien. Pero quiero evitar que su odio destruya a aquellos que

me aprecian, que viven o conviven conmigo. Nunca he sido partidario de pérdidas inútiles.

Camino hacia la parada del tranvía. Subo y desciendo media hora más tarde en la Plaza de Pushkin y bajo por la calle de Gorki hasta llegar al hotel. En la puerta del «Lux» las mujeres de algunos funcionarios charlan animadamente mientras mueven los cochecitos, que contienen los productos más puros del comunismo internacional. Hay un español también, que espera. Es un hombre bajito y grueso, con más pelo blanco que negro y con un gesto de tristeza que impresiona. Fue un modesto, pero magnífico combatiente en nuestra guerra...

Me acerco a él.

–¡Camarada Castro!... ¿Qué tal estás?

–Muy bien... ¿Y tú?

–Marchando, chico, marchando... ¿Ya sabes lo que me pasó?

–No.

–Murió mi mujer y me he quedado con los chavales...

–¿Cuándo murió?

–En la evacuación... Bajó en una de las estaciones a tomar agua para el niño pequeño, que hacía cuatro meses que había nacido, y mientras llenaba a tetera el tren arrancó... Desesperada, sin duda pensando qué sería del niño sin ella y con la esperanza de que el tren pararía un poco más lejos, tú

sabes que paraban horas y horas en las estaciones, comenzó a marchar por la vía... El tren esta vez no se detuvo... Y después de andar cerca de veinte kilómetros, el frío la agotó y cuatro días después la encontraron helada entre las vías...

–Lo siento, camarada.

En los ojos de este hombre curtido por tantas cosas he visto lágrimas... No he sabido qué decirle: primero he sacado una cajetilla y le he dado un cigarro que estruja nerviosamente entre sus dedos; después le he dado unas palmadas en el hombro.

Y durante un rato, no sé cuánto tiempo en minutos, él ha permanecido con la cabeza inclinada como si no quisiera que le viera llorar...

–Salud, Castro, algún día subiré por tu casa.

–Cuando quieras...

Nos hemos estrechado fuertemente las manos y él se ha quedado ahí, junto a esas mujeres que hablan y ríen y mueven suavemente unos cochecitos que contienen cápsulas humanas de comunismo puro. Y yo he subido andando los dos pisos y cuando he llegado a mi cuarto me he dejado caer en el sillón y me he limitado a decir en voz baja: «¡Salir!... ¡Salir!... Tener la libertad de poder alejarse del dolor, de este dolor contra el cual no se puede hacer nada, ni siquiera protestar».

Hoy la tertulia en casa de Hernández ha sido un poco amarga. Hemos hablado del compañero que se encontraba en la puerta

del «Lux». Hemos dado más importancia a este hecho que a la disolución de la Komintern. Entre lo humano y lo político hemos preferido lo primero.

XX

Yo no sabía que existiera un señor que se llama King y que es corresponsal de la Agencia Reuter en Moscú. Como también ignoraba que existiera otro señor que se llama Cassidy y que es corresponsal, en Moscú, de la Agencia Americana Associated Press. No es que ignoraba que tales agencias existieran. Es que no he acertado nunca a comprender el porqué a todas estas agencias les es necesario tener corresponsales en la Unión Soviética, cuando es del dominio público que no pueden hacer otra cosa que transmitir las informaciones que unas veces da el Buró de Información Soviética a través de «Pravda», «Izvestia», y «Trud», o del señor Lozostki, vicecomisario de Relaciones Exteriores y segundo jefe del Buró de Información Soviético, o de la Agencia Tass, cuando se quiere que la noticia tenga alguna repercusión. Por lo mismo me he sorprendido que aquí, en Moscú, existieran dos señores, uno de los cuales se llama King y el otro Cassidy. No sé si son altos o bajos, delgados o gruesos, si fuman cigarrillos o si para acentuar su personalidad fuman en cachimba; no sé tampoco si cada uno de ellos tiene una secretaria de cabello oxigenado, a la que, además del sueldo, debe surtir de medias de seda, de cazado y de alguna ropa íntima, encargadas de llevar los telegramas a la central de telégrafos y de hablar mal de la Unión Soviética para que nadie sospeche que son empleadas de la N.K.V.D. No sé tampoco si

míster King y míster Cassidy son comunistas o anticomunistas o simpatizantes de los anticomunistas. No sé nada de ellos.

Sin embargo, no creo que míster King pueda ser amigo de Harry Pollit, salvo cuando se trate de defender el imperio británico, en lo que estoy seguro que Harry Pollit no es menos inglés que míster King; como dudo también de que míster Cassidy y Earl Browder puedan ser «camaradas». Y es esto lo que me ha hecho pensar mal de ambos. No es que yo tenga prejuicios contra los americanos por el hecho histórico de haber acabado con los restos de «nuestro» imperio, que nos permitía, siendo mendigos, presumir de señores y poder recordar de vez en cuando, para consolarnos, que en los dominios de nuestros antepasados no se ponía el sol. Por este hecho tengo que estar agradecido a los americanos: es una cuestión de principio. Ciertamente que contra los ingleses sí tengo prejuicios. Odio su excesivo amor a la tradición, no por la tradición en sí sino por las consecuencias que dicha tradición tiene sobre el presente de muchos pueblos y sobre nuestro presente como españoles. Un antepasado de los ingleses nos robó Gibraltar. Quizás no lo hizo por privarnos de un pedazo de nuestro territorio; quizás el pillaje era entonces uno de los deportes más en boga en la corte inglesa. Pero los ingleses de hoy posiblemente, por respeto a la tradición, a esa tradición que dio a Inglaterra lo que no tenía, siguen conservando esta punta de España como una cosa de su propiedad: tradición y estrategia se confunden en esta hora que llaman crucial para la historia de los pueblos. También la Gran Bretaña, no sé si por un estado de alergia permanente hacia la independencia de los pueblos, siempre que España ha querido conquistar la suya en el terreno político y económico, un inglés, en nombre de todos

o casi todos los ingleses del mundo, se ha cruzado en nuestro camino para impedirlo y hasta ahora, desgraciadamente, con bastante éxito. El último inglés que cumplió la voluntad de todos o de casi todos los ingleses del mundo se llamó Chamberlain. Mas en este caso no han influido para nada los hechos históricos. Me ha hecho pensar mal de ellos el que ambos, el señor Cassidy en octubre y noviembre de 1942 y el señor King en mayo de 1943, no tuvieran inconveniente era aparecer como divulgadores de las opiniones oficiales soviéticas en los medios americano, inglés y latinoamericano.

Antes de haber visto la realidad soviética, cuando todavía era un fanático, estos tres servicios prestados por los señores Cassidy y King me hubieran agradado mucho. Hoy, después de haber visto el «socialismo» soviético y de haberme desfanatizado, estos tres valiosos servicios me han desagradado bastante, a pesar de no ser ni americano ni inglés. ¿Los motivos? He aquí los motivos. El 3 de octubre y el 13 de noviembre, al divulgar las respuestas de Stalin a sus preguntas, el señor Cassidy se apuntaba un gran éxito periodístico, es cierto, pero al mismo tiempo se convertía en un introductor de la propaganda oficial soviética en su país y en otros países, enmascarándola un poco con la etiqueta informativa, bastante acreditada, de la Associated Press. Lo que Stalin dijo a máster Cassidy era más o menos lo que venían diciendo hacía mucho tiempo «Pravda» e «Izvestia» y, sin embargo, apenas había encontrado eco en la Prensa y la opinión pública extranjera. Esto era una experiencia desagradable para el aparato de propaganda soviético. Mientras que lo dicho por la Associated Press, avalado por la firma de míster Cassidy, lo leyeron millones de lectores americanos y de otros países, a pesar de

que Stalin exigía el segundo frente sin tener en cuenta que si ellos se habían estado preparando durante veinticuatro años y no habían podido conservar el territorio occidental de la Unión Soviética, los americanos e ingleses tenían derecho por lo menos a veinticuatro meses para no fracasar en un intento que podía representar y había de representar la salvación de Europa, incluyendo una gran parte de Rusia; a pesar de que se acusaba a Estados Unidos de Norteamérica e Inglaterra de no cumplir sus compromisos y se desarrollaba la teoría de «la Unión Soviética el Estado más fuerte de todos los Estados».

Míster Cassidy se habrá sentido satisfecho desde el punto de vista profesional... ¡Stalin ha contestado a mis preguntas!... No era una pequeña cosa cuando es demasiado conocido que Stalin deja sin respuesta a millares y hasta millones de preguntas que se le hacen no sólo desde los más apartados rincones de su país, sino también de casi todos los países del mundo. Pero míster Cassidy, borracho por este triunfo, quizás no se haya podido dar cuenta que desde hace tiempo el aparato de propaganda soviética anda en busca de un procedimiento que le permitiera divulgar las opiniones oficiales con bastante más amplitud que la Agenda Tass... Y míster Cassidy fue el medio... De haber continuado siendo un fanático, hubiera dicho a míster Cassidy, en voz baja para que nadie se enterara que tenía relaciones con un corresponsal extranjero y con un tono cordial, extraordinariamente cordial: «Es usted un gran periodista». Pero siendo ya, como soy, algo más que un desfanatizado no me queda otro remedio que exclamar, también en voz baja para que no me oigan los que aquí están para escuchar todo lo que se dice: «¡Imbécil!». Agregando por pura cortesía: «Perdóneme usted, míster Cassidy, por la

confianza y la franqueza con que le doy mis opiniones». Sin duda que los éxitos de míster Cassidy preocuparon a los demás corresponsales extranjeros en Moscú. Sin hablar del señor Parker, citaré a míster King. Lo de míster King ha sido bastante más grave que lo de su colega de la Reuter. Se le ocurrió preguntar a Stalin, a raíz de la «disolución» de la Komintern, lo siguiente: «Los comentarios británicos con motivo de la decisión de liquidar la Internacional Comunista han sido muy favorables. ¿Cuál es el punto de vista soviético en esta cuestión y en cuanto a su influencia sobre el futuro de las relaciones internacionales?». Stalin se habrá reído. Estoy seguro. Porque en el Kremlin, los tontos y los ingenuos, en política, producen siempre risa.

Sin embargo, la ocasión era magnífica para aprovecharla. Y Stalin, que sabe aprovechar todas las oportunidades, ha aprovechado ésta para ayudar a Dimitrov a que la gente crea que es verdad lo que sólo es una solemne mentira.

Y Stalin contestó.

Y míster King se apresuró a transmitir a Londres las respuestas de Stalin. Y la Agencia Reuter las ha divulgado con la conocida y concienzuda tenacidad británica. ¡Pobre míster King!... Para él, el haber conseguido que Stalin haya contestado a sus preguntas, quizá sea el más grande éxito de su larga vida profesional; para mí, como para todo el que esté en el secreto de las cosas, y cierto tipo de periodistas están en la obligación de estarlo, lo hecho por míster King es la mayor tontería de su carrera periodística.

El porqué es claro.

Dividamos el problema en partes para que a míster King, si algún día se entera, no le quede duda de la tontería cometida.

Primera parte. ¿Podía creer míster King en la sinceridad del Comunicado del Secretariado de la Internacional Comunista? No. Y la razón es obvia. En el referido comunicado se da como razón fundamental para la «auto-disolución» de la Komintern, la maduración política e ideológica de los partidos comunistas. ¿Es verdad esto o es mentira? ¡Es mentira! Cualquiera que conozca un poco la vida interna de los partidos comunistas sabe que esto no es así. Si tomamos como ejemplo el Partido Comunista (b) de la U.R.S.S. nos basta recordar toda su historia y principalmente el periodo de 1937, para comprender que no existe tal maduración y si analizamos a partir de esta fecha los cambios frecuentemente ocurridos, cambios hechos sin escándalo, pero hechos al fin, llegaremos a la conclusión de que existe una lucha ideológica constante, que aquí no adquiere mayor volumen por la eficacia de los métodos que se emplean para lograr lo que en el argot comunista se llama «unidad monolítica». Míster King tiene razones para conocer también que tal unidad no existe en el Partido Comunista inglés. No está muy lejano el periodo en que Harry Pollit fue sustituido por Dutt; no es un secreto tampoco que cuando Pollit rectificó quitaron a Dutt para volver a colocar a Pollit. En el Partido francés son también conocidas las graves divergencias surgidas a partir de 1934, la destitución del secretario de organización en 1939 y su muerte después, a pretexto de que era un colaboracionista; y es muy conocida en el interior de dicho Partido la pugna entre Marty y Thorez. No

hace mucho tiempo que el Partido Comunista de México, por medio de Codovila y Mije, cambió su dirección nacional calificando a sus integrantes de traidores y «colocó» una nueva dirección. El Partido Comunista alemán no se libra tampoco de esta enfermedad: no hablemos ya de las pugnas que se sucedieron a raíz del nombramiento de Thaelman, que, qué extraño, jamás se ha dicho que murió heroicamente, sino de los actuales momentos y veremos que Pieck ya no es más que una figura simbólica, pero que es Ulbricht, a través de una lucha sin principios, quien está creando las bases para un golpe de «Estado», cierto que con el apoyo de los soviéticos de los que Ulbricht es un incondicional. En el Partido rumano hay una intensa lucha entre Anna Pauker, candidato de los soviéticos a la secretaría general del Partido, y las organizaciones del Partido en el interior que mantienen como jefe al hombre que no ha abandonado el país. En el Partido Comunista de España la lucha no ha terminado con la muerte violenta de José Díaz. ¿Y acaso en el Partido Comunista Americano no existe la vieja lucha entre Brawder y Foster? Esta gran lucha interior en todos los partidos comunistas, que para ocultar su verdadero carácter se califica por los «teóricos» como «crisis de crecimiento», se manifiesta unas veces a través de «desviaciones de izquierda», otras como «desviaciones de derecha», en algunos casos como «brotes de nacionalismo pequeño burgués»; no faltan casos en que se la titule «reminiscencias de carácter pequeño burgués» en determinados elementos, en otros casos de «tendencias socialdemócratas», etc.

Pero la conclusión es clara: no existe tal maduración política e ideológica en los Partidos Comunistas y, por tanto, es falso el

«argumento» utilizado para justificar la «disolución» de la Komintern.

Segunda parte. El doble error de míster King consiste no sólo en haberse creído lo que decía el Comunicado de la Komintern sino en haberse dirigido a Stalin, como si la «parte soviética» hubiera estado al margen de esta decisión. ¿Puede haber creído míster King que un día cualquiera uno de los secretarios de la Komintern, pasando por el laboratorio en el que se registra el grado de «maduración política e ideológica» de los Partidos Comunistas, lanzara un grito de asombro al ver que se había llegado al punto más alto de la curva de maduración y que, loco de alegría, comunicara a Dimitrov su descubrimiento y que Dimitrov convocara al Secretariado para conocer la buena nueva y que el Secretariado, en vista del gran hecho histórico, declarara a los Partidos Comunistas mayores de edad y decidiera dejar a la revolución mundial sin estado mayor, considerando que a partir de este momento la revolución mundial se desarrollaría a través de revoluciones nacionales que haría cada partido cuando y como quisiera? Es posible que míster King, no le conozco, sea un niño con bigote y gafas, con una enorme cachimba en la boca, tres plumas fuente y cuatro o cinco lapiceros de varios colores en el bolsillo izquierdo del chaleco. Sólo así se comprende que haya podido creer que Stalin se levantó una mañana, que tomó «Pravda» y que lanzó una exclamación de asombro al leer el comunicado de la Komintern. Sólo así se explica también que haya querido conocer la opinión de la figura de más relieve de la «parte soviética». Esto supondría, lógicamente, considerar a la Komintern por encima del Partido Bolchevique; considerar a la Komintern como una organización por encima de los partidos,

mejor dicho, por encima del Partido Comunista de la U.R.S.S. ¿Y quién sino un ingenuo, no me atrevo a llamarle de nuevo tonto, como míster King, podría creer tal cosa?

Tercera parte. Queda por responder a otros aspectos del problema para poner fin al análisis de los errores de míster King. ¿Por qué la Komintern se ha disuelto sin disolverse? ¿Cuáles han sido las causas reales para una tal maniobra? ¿Ha obedecido a razones o conveniencias soviéticas o a la necesidad de dejar en libertad a los partidos por haber alcanzado su mayoría de edad? Veamos. ¿Era o no era un obstáculo en las relaciones de la Unión Soviética con los demás Estados la existencia de la Komintern? Sobre esto, no hay duda. Todos los Estados acusaban, desde hacía muchos años, a la Unión Soviética de realizar una doble política: la oficial del Estado Soviético y la que aplicaba a través de la Komintern. Luego era un obstáculo en este período en el que unas buenas relaciones de la U.R.S.S. con Inglaterra y Estados Unidos de Norteamérica, principalmente, eran la base fundamental para salir en buenas condiciones de la situación creada por la agresión alemana. ¿Era una dificultad para los partidos comunistas en sus relaciones con las demás fuerzas democráticas nacionales la existencia de la Komintern? Nadie puede dudarlo. La acusación más grande que se hacía y se hace a los partidos comunistas es su dependencia de la U.R.S.S. a través de la Internacional Comunista. La acusación de no ser Partidos Nacionales ha sido una de las mayores trabas encontradas por el comunismo en cada país para aumentar su influencia. Y la última cuestión para completar el problema es esta: ¿Podía la Unión Soviética dejar a su libre albedrío a los partidos comunistas de todo el mundo, dándoles una

independencia absoluta, en este período en que, por la misma lucha contra los alemanes, el sentimiento nacional de los pueblos ha adquirido un volumen desconocido, sentimiento del que no están libres los mismos comunistas? ¿Podía la Unión Soviética dejar libres a los partidos comunistas, cuando le era más necesario que nunca, con vistas a la posguerra y a la conquista de posiciones el que los Partidos Comunistas mantuvieran una independencia absoluta?: ¿podía consentir la U.R.S.S., en víspera de un nuevo período en el que iban a surgir no pocas contradicciones entre la política exterior de la U.R.S.S. y la política nacional de los Partidos Comunistas, si se decidían a hacerla, dejarlos solos, sujetos sólo a la voluntad de sus propios pueblos, dedicados exclusivamente a la defensa de sus intereses nacionales? ¡No!... ¿Hay alguna duda, entonces, del por qué la Komintern se ha disuelto sin disolverse?

Pero aparte de todas estas razones, que a un periodista sagaz y conocedor de su oficio no le hubieran podido pasar desapercibidas, hay otra razón más importante aún: la de que la Komintern subsiste. Es cierto que no todo conserva sus viejas formas, pero no es menos cierto que la Komintern sigue siendo el instrumento exterior del Comité Central del Partido Comunista (b) de la U.R.S.S. Dimitrov ya no tiene su despacho en el gran edificio que hay a la derecha de la Exposición Agrícola, sede oficial de la Komintern mientras «vivió», pero tiene un despacho en el tercer piso de uno de los edificios, creo que es el edificio B., del Comité Central del Partido Bolchevique. Es cierto que los demás secretarios, mejor dicho «ex» secretarios de la Komintern, tampoco tienen sus despachos donde los tenían. Por ejemplo Dolores Ibárruri, Rakosi y Anna Pauker los tienen ahora en la plaza del Soviet,

enfrente del edificio del Soviet de Moscú. Otros «ex secretarios» tienen sus oficinas en otro lado. Pero ninguno ha dejado de tener su oficina. Igual que antes.

Nosotros, me refiero a las redacciones de las emisoras clandestinas, no tenemos ahora a Togliatti como control. Tenemos a Friedrich, que envía a Togliatti las copias de las emisiones diarias, quien a su vez se las transmite a Dimitrov. Igual que antes.

Los jefes de las delegaciones, o sea los «ex», siguen consultando a Dimitrov, reuniéndose con él o recibiendo sus instrucciones a través de Stepanov, que en la nueva situación ha aumentado de categoría. Igual que antes.

La sección de cuadros sigue conservando sus oficinas, su gran archivo de biografías, que aumenta cada vez que se produce algún cambio en las direcciones de los partidos comunistas. Igual que antes.

Los corresponsales de Prensa que tenía la Komintern en el extranjero siguen enviando a la sección de información y Prensa de la «disuelta» Komintern sus informaciones periódicas de cuanto pasa en los diferentes países del mundo. Igual que antes.

El aparato secreto de la «disuelta» Komintern sigue teniendo su sede en las antiguas oficinas de la planta baja de lo que fuera la sede de la Komintern hasta 1940. Y sigue recibiendo los informes confidenciales de los Partidos, de los que envía una copia a Dimitrov y otra a la sección extranjera del Comité Central del Partido Comunista (b) de la U.R.S.S., que depende

de Shdanov. Sigue enviando las instrucciones de Dimitrov a los diferentes Partidos Comunistas extranjeros. Sigue encargado de arreglar los viajes de la gente que tiene que llegar a la U.R.S.S. o salir de ella. Igual que antes.

Sigue funcionando la sección de escuelas, que dirige el cuñado de Dimitrov, Valko Chevenkov²⁰, y continúan estudiando en ella más de ciento cincuenta alumnos. Igual que antes.

Siguen existiendo los delegados de la Komintern en el extranjero. Por ejemplo, en América del Sur es Codovila; en América del Norte, es Browder. Y de toda América, Browder es el jefe supremo. Igual que antes.

A pesar de que Dimitrov ha «disuelto la Komintern». A pesar de que Stalin ha confirmado su «disolución». A pesar de que míster King ha difundido por todo el mundo la «gran» noticia.

Qué distinto hubiera sido todo para míster King si cuando apareció el Comunicado de la «disolución» de la Komintern en «Pravda», lo hubiera recortado y dejado en su mesa de despacho; si después de recibir las respuestas de Stalin las hubiera colocado junto al comunicado y si, por último, se hubiera sentado tranquilamente ante su mesa de despacho y meditado sobre todo lo que tenía que ver y transmitir al resto del mundo. Seguro que unas horas de meditación le hubieran servido para evitar un fracaso y conquistar un auténtico gran triunfo como periodista inteligente y sagaz.

20 Valko Chevenkov: cuñado de Dimitrov y hombre fuerte a la muerte de éste. Después de la muerte de Stalin fue «purgado».

Con estos dos documentos delante de sus ojos, con los antecedentes del movimiento comunista internacional, como un factor indispensable para un análisis profundo, con la «separación» del Partido Comunista Americano de la Internacional Comunista como prueba excepcional, con los boletines de la campaña política de Dittmar y Goebbels y con los elementos de desconfianza de Inglaterra y EE.UU. de Norteamérica, hacia su aliada la U.R.S.S., qué buena información hubiera podido hacer...

Hubiera podido comenzar así su información: «¿HA SIDO DISUELTA LA INTERNACIONAL COMUNISTA?» La Prensa de Moscú ha publicado hoy un Comunicado del secretario de la Komintern por el cual ésta se disuelve como resultado de la «maduración política e ideológica de los Partidos Comunistas, que la hacen innecesaria». Ante la importancia de la noticia me he permitido enviar unas preguntas al generalísimo Stalin, para conocer la opinión de la «parte soviética» sobre tal hecho. ¡Stalin me ha contestado ampliamente! (y dar las respuestas íntegras). La importancia de la noticia me ha obligado a retrasar su divulgación con el fin de tener tiempo para pensar un poco sobre ella y dar mi opinión, lo más seria y fundamentada posible, a mis lectores. Y haber añadido los elementos que yo he utilizado para demostrar los errores del «buenazo» de mister King. Y haber terminado su información con la pregunta: «Si no se ha disuelto la Komintern, a pesar de todas las comunicaciones oficiales que se han dado sobre su disolución, ¿qué es lo que se pretende?».

Estoy seguro que en telégrafos no hubieran transmitido el telegrama de mister King a Londres. Estoy igualmente seguro

que a los pocos días hubieran comunicado a míster King que su presencia no era grata en la U.R.S.S. por su malévolas interpretación de los hechos. Y míster King hubiera tenido que salir de la U.R.S.S.

La noticia hubiera aparecido con una o dos semanas de retraso, pero qué diferencia entre noticia y «noticia».

Y mientras los ingenuos respiran tranquilos por la noticia transmitida por míster King, yo sigo encadenado al viejo «Estado Mayor de la Revolución Mundial», Y la Komintern, de acuerdo como siempre con el Comité Central del Partido Bolchevique de la U.R.S.S., preparando sus equipos para aquellos países en los que se tiene la seguridad de que entrará antes el Ejército Rojo que los ejércitos aliados... Polonia, Hungría, Checoslovaquia, Rumania, Bulgaria.

Y no se olvidan de Alemania. Desde hace varias semanas un teniente general y un general mayor de la N.K.V.D. visitan Planiernaia, en donde estuvo la escuela leninista y ahora están concentrados los altos jefes alemanes prisioneros, y hablan con Von Paulus y otros generales nazis.

Pobre míster Cassidy. Y pobre míster King. ¿No habrán sido víctimas de alguna mala jugada?... ¿No habrá ocurrido que un día cualquiera y en un lugar cualquiera alguien haya dicho a su lado, no muy alto para que no lo escuchara mucha gente, pero no tan bajo que no pudieran oírlo estos dos corresponsales, «qué gran éxito periodístico sería preguntar a Stalin sobre...»?

Y que lo hubiera oído dos veces míster Cassidy. Y una vez míster Parket. Y otra vez míster King. Sí, es muy posible. La

agencia Reuter, la Associated Press y el «New York Times» como divulgadores fuera de la Unión Soviética de la opinión soviética son mucho más importantes que la Agencia Tass o la nueva agencia soviética camuflada «Oripres» y que todos los periódicos de los partidos comunistas...

XXI

¿Quién no ha conocido a Segis Álvarez en el movimiento revolucionario de la juventud española? Creo que le ha conocido toda la juventud. Creo también que no hay ciudad, ni pueblo, ni camino de nuestra España que no lo haya visto, sentido su voz y sus pasos. Viejo desde joven, con esa vejez prematura que da el sentir hondo la tragedia española, hijo de una pobre familia castellana de Valladolid, bajo, de piel y pelos negros, descuidado hasta parecer sucio y con una vieja cachimba en la boca, que pareciera haber nacido con él, es el prototipo de esa generación angustiada por una España que agoniza y a la que quieren salvar para salvarse ellos también. ¿Cuándo empezó en el movimiento revolucionario? ¿Acaso no nacería siendo ya una parte de ese movimiento revolucionario que tiene sus raíces en otros siglos de nuestra historia? Yo no sé. Sólo sé que lo conocí en Valladolid en el verano de 1932, trabajando como mecánico en la delegación de la fábrica de máquinas de escribir Hispano-Olivetti. Y después lo volví a ver en Madrid, para no dejar de verlo hasta el 19 de octubre de 1945, en que abandoné la Unión Soviética. Fue uno de los dirigentes principales de las Juventudes Comunistas de España, más tarde secretario de organización de las Juventudes Socialistas Unificadas, miembro del Comité Central del Partido

Comunista, miembro del Comité Ejecutivo de la Internacional Juvenil Comunista y, por último, delegado de la J.S.U. en ella.

Fue...

Ahora es... cargador en la biblioteca de la «disuelta» Komintern y la única víctima de esta maniobra de querer hacer creer a la gente que se ha disuelto una «cosa» que no se ha disuelto.

La Internacional Juvenil Comunista estaba muerta hacía mucho tiempo. Desde que la Komintern dio la consigna al movimiento juvenil comunista de que se fundiera, como en España, con las organizaciones juveniles socialistas. En los últimos tiempos de Moscú sólo tenía unas cuantas habitaciones y varios secretarios, Raymond Guyot, Mijail Wolf, Segis Álvarez, dos rusos, uno de los cuales fue nombrado más tarde secretario de Molotov, y un inglés, que al estallar la guerra salió para su país; tenía algunos traductores entre los que se encontraba el italiano Bertoni y algunas mecanógrafas, una de las cuales era Lolita Azcoaga, una anciana escondida bajo unos pocos años.

En Ufa sólo había una habitación y Segis Álvarez y un húngaro que salió de la cárcel de Hungría con Rakosi y con el cual no sabían qué hacer. Y al regreso de Moscú, ya definitivamente, nada: ni habitación, ni secretarios. Raymond Guyot se marchó a Francia, Mijail Volf trabaja con Manuilski, los rusos fueron incorporados al trabajo de las juventudes leninistas–estalinistas de la U.R.S.S., el húngaro trabaja en la emisora de su «país y Segis venía vegetando humildemente en

torno a nuestra redacción. Pero en la administración de la Komintern, Segis Álvarez seguía figurando como uno de los secretarios de la I.J.C.

La «disolución» de la Komintern acabó con la nómina. Dolores se negó a que Segis se incorporara a la redacción española. Y como algo había que hacer con él, se le envió como mozo a la biblioteca de la «disuelta» Komintern, de la que nada había sido alterado. Y el viejo revolucionario español, el viejo dirigente del movimiento juvenil, dejó de ser lo que era para convertirse en un hombre declinado a llevar sacos de libros desde un sótano hasta la biblioteca y a colocar éstos cuidadosamente, por tamaños y no por idiomas ni temas, en las numerosas estanterías que ocultan tantas paredes. ¿Una condena política? ¿Y quién sabe aquí cuándo es un condenado o un funcionario en auge? Uno es uno porque no puede ser cero, pero nunca sabe qué es realmente en este complicado engranaje donde juegan tantos factores ajenos a la voluntad de uno mismo. En el grupo español, excluyendo a Dolores y los suyos, se ha producido un movimiento de indignación y de vergüenza. España es algo más que la cola de Europa; Dolores la ha convertido en la escoria del viejo continente. Segis Álvarez no ha protestado. Aquí está prohibido protestar. He presionado para que le incorporen a nuestra redacción, pero sólo he podido conseguir que Dolores consienta en que no trabaje en la biblioteca los sábados, para que pueda ayudarnos a hacer la emisión juvenil para España. Los demás días carga sacos. Los demás días coloca libros en las estanterías. Los demás días pasea su vergüenza y su dolor por las oscuras habitaciones y pasillos de la biblioteca.

En mis visitas diarias a la biblioteca, en busca de algún libro que me haga menos penosas las horas de descanso o para hacer tiempo hasta que lleguen las seis y abandonar esta pequeña ciudad de todos los tormentos, suelo verle enfundado en una bata negra, el uniforme de los subalternos, cargando o colocando libros, mordiendo su vieja cachimba y con una barba de tres o cuatro o cinco días. Hablamos poco. Y entre lo poco que hablarnos figura principalmente alguna indicación suya sobre algún buen libro encontrado. Hablamos poco a propósito.

Él no quiere hablar de su nueva función en el «movimiento revolucionario internacional». Yo no quiero hablarle de lo que me figuro que le duele profundamente. En los días que es cargador de libros sólo sonrío. El día que trabaja con nosotros, escribiendo la misión especial de la juventud, ríe con su vieja risa. Y no sé si es una coincidencia, pero los sábados está cuidadosamente afeitado. He hablado con Hernández de esto. Pero es inútil cualquier nuevo intento: el triunvirato Dolores–Antón–«Toboso» quiere hundir a este hombre. ¿Por qué todo esto?

No es fácil encontrar una explicación lógica. Segis Álvarez no es un hombre políticamente acabado; en cuanto a disciplina, es un alto ejemplo de esta maldita disciplina prusiana que nos envuelve a todos; en su larga vida política no hay un acto de cobardía ni una debilidad en la aplicación de la línea política. La línea política para él ha sido y es una ley inexorable. ¿Por qué entonces esta condena? Estamos en presencia de un cambio de equipo. Dolores, el nuevo «jefe», necesita gente nueva, que sólo conozca el presente, que acepte el presente sin discusión.

El nuevo equipo que rodee al «jefe» debe ser incondicional, ciegamente incondicional, compuesto de gentes que deban cuanto sean en el Partido o en la J.S.U. a «ella», que dependan en todo de «ella». De esta manera queda excluido el peligro de resistencias, de una sublevación; de esta forma se asegura una disciplina de cadáver... Y para el puesto que Segis Álvarez ocupaba en el Partido, y más concretamente, en la Juventud, Dolores Ibárruri, «ella», ya tiene un candidato. ¿Quién es este hombre? ¡Ignacio Gallego! ¿Qué características tiene este hombre? Sé de él muy poco: lo que me contara Ortega. Y Ortega lo retrató como un intrigante, como un cobarde, como un hombre que sólo tiene de nombre el exterior. Puedo agregar a esto lo que comprobé por mí mismo: medianamente inteligente, adulator y frío. Un segundo Francisco Antón. Podría decirse su doble. Y tan podría decirse, sin faltar a la verdad, que si Antón, para llegar, le hizo el amor a la madre, Gallego hace el amor a la hija para ver si llega. Y Dolores lo sabe. Y Dolores lo apoya. Y lo está elevando con prudencia, pero elevándole cada día un poco, para convertirle en el hombre del Partido en las Juventudes Socialistas Unificadas, ante la necesidad de incorporar a Santiago Carrillo a su equipo en la dirección del Partido. De salir bien el plan de Dolores, y nada dice hasta ahora que pueda salirle mal, dentro de poco tiempo se encontrará no sólo con la dirección del Partido, que ya tiene, sino con la secretaría de organización para la que prepara a su consorte y con la presencia de Carrillo, Un trío demasiado fuerte ante la cobardía tradicional de los demás miembros del Buró Político. En la J.S.U. tendrá a Ignacio Gallego y a su propia hija, a la que prepara para convertirla, si le es posible, en su segunda edición corregida y aumentada. Y en el movimiento femenino, a «Irene Toboso»... Es decir,

tendrá todos los puestos clave. Y a través de este equipo la Komintern poseerá la garantía absoluta de que en el Partido Comunista de España no se producirán corrientes de independencia o desviaciones «nacionalistas pequeño-burguesas».

Todo esto explica el porqué Segis Álvarez no es ya un colaborador político y sí un modesto cargador de libros en la biblioteca de la «desaparecida» Komintern. Explica también por qué estamos viviendo desde hace tiempo una guerra sorda, cuya iniciativa tiene Dolores en sus manos. Cuántas veces he oído decir que «el material más precioso es el hombre». Dicen que lo dijo Stalin; dicen también que esto constituye una norma inflexible de conducta de los dirigentes comunistas; dicen... ¿y los hechos? Barneto murió por abandono. José Díaz de desesperación. Arrarás de hambre. Hablo de tres dirigentes a los que se consideró acabados. Pero, ¿y los que no han sido ni son dirigentes?... Un imbécil, José Antonio Uribe, dijo un día que el diez por ciento de mortandad no era una cifra exagerada y sí por el contrario normal. Era en los tiempos de diez por ciento. ¿Pero hasta qué tanto por ciento hemos llegado hoy?... ¿Y qué tanto por ciento de hombres, mujeres y niños en agonía hay que sumar a los muertos?

«El material más precioso es el hombre»...

Sí. Lo mismo que el socialismo soviético. Lo mismo que la libertad soviética. Lo mismo que el bienestar soviético.

¿Quién no ha conocido en el movimiento revolucionario español a Segis Álvarez? ¿Quién de los que quedan en España o

que están en América, y que lo saben en la U.R.S.S., no se lo figuran en plena actividad política, defendiendo el «socialismo» o luchando por el restablecimiento de la democracia en España?... ¡Todos! Y, sin embargo, aquí lo tenemos, enfundado en su bata negra, el uniforme de los que no son nada, con una barba de cuatro o cinco días y su vieja pipa en la boca, caminando cuatrocientos pasos en una dirección, cuatrocientos pasos en otra, casi los mismos pasos que daba en el patio de la quinta galería de la Cárcel Modelo de Madrid, con la agravante de que aquí los tiene que dar con un saco de libros sobre sus espaldas y allí lo hacía con las manos en los bolsillos del pantalón. Allí era un preso. Aquí... Aquí, según dicen, un hombre libre, más libre que todos los hombres libres de los demás países del mundo.

Sábado. Hoy Segis Álvarez no lleva la bata negra. Hoy está cuidadosamente afeitado. Hoy, en vez de sonreír como otros días, ríe franca, abiertamente. Está aquí. Delante de mi mesa. Y hablamos de lo que diremos hoy a la juventud de España que nos escuche.

Ahora está allí. Delante de una vieja Smith, escribiendo, sin levantar la cabeza, sin dejar la pipa un solo momento y frotándose las manos violentamente cada vez que deja de escribir para pensar... Yo lo miro de vez en cuando. Pero no hablo. Prefiero hablar con él lo menos posible. Prefiero que viva solo su desgracia: prefiero vivir solo la mía. Hablar de ellas, si es que él y yo quisiéramos hablar, sería peligroso para ambos.

XXII

Esperanza no acaba de estar bien y el médico del hotel nos ha aconsejado que nos traslademos a una habitación más alta. Después de numerosas gestiones nos hemos trasladado a la habitación 224, casi al lado de las de Hernández.

Es una habitación mucho más pequeña que la que teníamos en el segundo piso, pero tiene la ventaja de que está en el cuarto piso, que tiene mucha luz y que los días que sale el sol entra en ella durante unas cuantas horas.

Por esta causa, mis conversaciones con Hernández son más frecuentes. No hablamos mucho de la guerra. El viraje dado en los últimos meses del año pasado fue definitivo. Las únicas dudas que podían quedarnos en cuanto a la duración de la guerra, han sido anuladas por el desembarco aliado en las costas S. y E. de Sicilia. La ofensiva rusa prosigue. El Ejército Rojo ha reconquistado Jarkov y llegado por otro lado hasta el mar de Azov. La guerra ya ha dejado de ser mi gran preocupación.

Pero sigo preocupado. Hernández insiste en salir rápidamente para América. Los descalabros del núcleo dirigente en México y Cuba son motivos sobrados para aconsejar una reorganización incorporando nuevos

elementos... Temo que Hernández logre salir y dejar esto en una situación en la que Dolores tenga todas las posibilidades de aplastar el descontento... Estoy seguro de que si este golpe se produce, la primera víctima seré yo, no sé cómo ni de qué manera, pero no tengo ninguna base para hacerme ilusiones.

Hernández sigue preparando su viaje. Sus dos argumentos principales me son conocidos: la situación del Partido en América y la inutilidad de su estancia aquí. Sé que han llegado a Dimitrov y que éste los ha encontrado razonables. Esto significa que ha salvado la dificultad principal. Dolores ha comprendido que le será muy difícil evitar la salida a Hernández y ha comenzado a maniobrar en dos sentidos: en querer dejar aquí a la familia de Hernández como rehenes para tener asegurada su adhesión, y en «sacrificarse» enviando también a América a Francisco Antón.

El «jefe» tiene miedo.

Pero el «jefe» es astuto.

No hay que olvidar que San Ignacio de Loyola fue un gran táctico y no peor estratega. Y que hasta la pequeña casa del minero Ruiz llegaba la influencia de los jesuitas de Deusto; y que cuando no llegaba, «ella» iba a buscarla a la iglesia más cercana, alternando esto con las denuncias a la Guardia Civil de las actividades del que era su marido y uno de los mejores militantes del movimiento revolucionario de Euzkadi.

Una buena escuela.

Una magnífica escuela. Que hizo posible y fácil el salto, ese tremendo salto que había de convertir a esta mujer en un «dirigente de temple estaliniano», en discípulo de ese dirigente que, más o menos, comenzó como ella adorando a Dios.

Durante unas semanas se han cruzado telegramas de Moscú a México y de México a Moscú. Hernández pide a Mije que gestione rápidamente su entrada en los Estados Unidos Mexicanos, Mije responde que no hay día que no haga alguna gestión para obtenerla. Pero...

Mije huele el peligro. Uribe no, es demasiado engreído para que piense que algo amenaza sus posiciones. Él es el «único teórico». Y cuando se es el «único», puede uno permitirse beber coñac excesivamente y llevar al partido de catástrofe en catástrofe. Hernández no quiere esperar más. Ha comenzado las gestiones con el embajador de México en Moscú, Luis Quintanilla. No hay dificultad. México sigue siendo generoso. México sigue abriendo sus puertas a los apestados del mundo. Las gestiones para obtener la autorización de tránsito por Estados Unidos de Norteamérica son más problemáticas. No dicen que no, pero nunca llegan. El aparato secreto de la Komintern ha preparado los pasaportes. Hernández sigue inquieto. Aquí nunca sabemos lo que pasará al otro día. Teme dos cosas: que el descontento general reinante en la emigración pueda provocar un choque entre Dolores y él o entre él y la Komintern o que «ella» logre convencer a Dimitrov de que debe continuar en Moscú... Sería una catástrofe para él, cuyo volumen sólo él es capaz de figurarse.

La noticia de que Hernández se prepara a abandonar Moscú está provocando una gran indignación entre todos nuestros compañeros. Tenían confianza en Hernández. Creían que Hernández había ligado su suerte política y personal a ellos. Y el anuncio de la marcha les ha indicado cuán equivocados estaban. La consideran como una huida, como una deserción, como una traición que les entrega en manos de Dolores y de sus secuaces, sin ninguna posibilidad de defenderse.

La gente comienza a perder la confianza en todos. Y en todo.

Hernández se esfuerza por contener la explosión, por restablecer la calma con todos los medios a su alcance, en busca del tiempo necesario para tomar el tren.

Pienso mucho en todo esto.

Es claro que sobre las conclusiones a que he llegado no hablo con Hernández, pero me doy cuenta de que yo, de que toda la emigración, ha sido en sus manos un medio. Él ha alentado el descontento, se ha puesto a la cabeza para utilizarle según sus conveniencias, con vistas a una batalla por su resurgimiento político, que en cierta época veía muy difícil. Pero cuando se ha dado cuenta de que existía una posibilidad de salir y, por otro lado, de que Dolores estaba apoyada por los soviéticos y que cualquier batalla contra ella aquí estaba perdida de antemano, ha dejado a todos en la pendiente y se ha precipitado a organizar el viaje.

Es humano.

Pero es criminal.

¿Volverse atrás? ¿Claudicar ante Dolores? Sería su muerte política... «Ella» no perdona... Él no se atreve a provocar la batalla. Sabe por experiencia que otras emigraciones, en mejores condiciones que la nuestra, han sido aplastadas. Ve la solución de su problema en la salida, en la huida, en el abandono de todos, huida que encubre con la promesa de que desde fuera podrá ayudarnos... Nuestra gente no es tonta. Ha interpretado justamente el viaje y comienza a situarse a la defensiva; José Antonio Uribe se esfuerza por agradar a Dolores; los militares visitan con más frecuencia que de costumbre el despacho del «jefe»; entre la gente de la brigada y de los colectivos se habla mucho menos que antes y con mucha más prudencia que nunca; los soplones que estaban acurrucados en espera de tiempos mejores, han comenzado a salir de sus madrigueras.

Presienten la tormenta.

Yo también la presiento... Pero en mí hay algo más hondo que el descontento hacia ella, que mi disconformidad con la línea política adoptada; en mí, hay la desilusión. Para mí, Dolores Ibárruri, Francisco Antón, «Irene Toboso», sus cortesanos, no son nada o casi nada; para mí, lo fundamental está fuera y por encima de ellos. Lo fundamental es lo que he buscado y no he encontrado... ¡El socialismo! Hernández tampoco representa mucho. Él, jamás llegará a la conclusión de que hemos sido engañados, de que el socialismo no existe, de que un régimen de castas ha suplantado a lo que se llama «la clase obrera en el poder». Pero, ¿con quién hablar de esto?...

Hoy me han visitado, en mi habitación del hotel, Líster y Modesto. Aunque tarde, creo que se han dado cuenta de lo que supone la marcha de Hernández. Están nerviosos, para ser más justos yo diría que descompuestos.

–¿Qué opinas, Castro, de la marcha de Hernández? –me pregunta Líster.

–Que es una catástrofe –me he apresurado a responder–. Fuera él de aquí, desaparecerá toda esperanza en los compañeros, vendrá el desfonde y comenzará, sin duda, el aplastamiento del descontento.

–¿Solución, Castro? –es Modesto quien pregunta.

–La única solución es plantear abiertamente el problema antes de que Hernández se marche. Y el problema para mí es claro: la emigración aquí se descompone cada día más y llegará a perderse si no se toman medidas drásticas. Es necesario ver en la nueva situación que se está creando qué posibilidades hay de sacarlos de la U.R.S.S. y mientras esto llega adoptar hacia ellos una actitud más comprensiva, más humana, aunque sé muy bien que una actitud más comprensiva y humana no es compatible con los métodos que emplea Dolores, de incomprensión, de desprecio, de despotismo, de corrupción política, de indiferencia ante todos los problemas de los compañeros.

–Pero, ¿no crees que Hernández querrá librar esta batalla?

–No creo.

–Podemos provocarla –insiste Modesto.

–Por mí –respondo– no hay inconveniente. Pero hablar con Hernández antes, para que no pueda decir que no le tenemos en cuenta.

Se han marchado. No sé si estarán dispuestos a hablar con él o no, pero la situación es clara: Hernández ha echado un jarro de agua fría sobre la gente. El repliegue ha comenzado. Uribe se conforma con que le dejen de representante del Partido en la «disuelta» Komintern; los militares sólo quieren que les sigan permitiendo el disfrute de sus beneficios actuales y también el que no los obliguen a participar en la guerra; la gente de los colectivos ha comenzado a odiarnos a todos: a unos por el daño que les han hecho; a otros por las ilusiones que hemos despertado. ¡La batalla está perdida! Está perdida antes de darla. Otra vez, cuántas veces más, el interés personal se ha impuesto. El instinto de conservación, en unos, ha hecho que en otros los sufrimientos y el descontento se hayan transformado en desesperación. Los Estados Unidos de Norteamérica no dan la autorización de tránsito. A pesar de ello, Hernández, Pilar, Antón y Luisito saldrán un día de éstos. Dimitrov y Manuilski están dispuestos a que salgan, a pesar del acuerdo entre los Estados Unidos de Norteamérica y la Unión Soviética de no aceptar en sus barcos pasajeros para uno u otro país sin la correspondiente autorización de entrada o tránsito. No les importa esto.

Creo que Dimitrov y Manuilski también desean que salga Hernández. Nadie quiere la batalla aquí.

Hoy no he ido a trabajar. Un ataque de lumbago me tiene postrado en la cama. Han venido a verme Hernández y Uribe. Sentados en el borde de la cama que tengo a mi derecha, no hacen más que mirarme. La situación es violenta...

–¿Cómo te encuentras, Castro?

–Muy molesto.

Hernández saca unos cigarros y fumamos.

–¿Cuándo sales? –le pregunto.

–Creo que el lunes.

–¿Cómo quedan las cosas?

–Bien. Uribe quedará como representante para todos los problemas de la emigración. Tú, como responsable de la emisora. A la Delegación, además de Uribe, irá Ignacio Gallego.

–¿Yo quedo fuera de la Delegación?

–En realidad, no, por tu función de responsable de la emisora. Le he mirado fijamente durante unos segundos...

–¿Crees que así se resuelve todo, Hernández?

–Creo que sí...

–Mi opinión, Hernández, es que hables con Dolores para que se celebre una reunión en la que por lo menos se intente arreglar lo que de ninguna manera está arreglado. ¿Qué va a

ser de la emigración?... ¿Va a continuar como hasta ahora?... ¿Cómo va a funcionar la Delegación? ¿Va a funcionar como hasta ahora?... Creo que es fundamental plantear estos problemas antes de tu marcha. De otra manera, todo quedará a merced de ella y sufriremos los resultados, todos los que nos quedemos aquí.

–No creo que tengas razón. Tú no quedas eliminado, puesto que en realidad el único trabajo político importante es el de la emisora y quedas como responsable de él. Segundo: Uribe queda al frente de los problemas de la emigración. Y entre tú y Uribe siempre ha habido cordialidad y puede seguir habiéndola. ¿Qué puede hacer Dolores si vosotros trabajáis de acuerdo?...

–A pesar de todo, creo lo más conveniente una reunión.

–No creo que haga falta, Castro –interviene Uribe–. Ten la seguridad de que todo marchará bien...

–Insisto...

Hernández no quiere dar la batalla y, a cambio de que le apoye para quedarse como representante, Uribe tampoco está dispuesto a comenzarla. La rabia y la náusea me han estremecido por unos segundos.

El repliegue es un hecho.

Estoy solo... Solo por muchas razones... No sólo por mis divergencias políticas con Dolores... Sólo porque a nadie puedo decirle mi enorme decepción de todo lo de aquí, a pesar de

que la decepción envuelve a casi todos. No... No daremos la batalla. Nos la darán. Estoy tan seguro de ello que mi única preocupación es cuánto durará esta tensión nerviosa producida al saber que una tormenta me amenaza e ignorar qué día y cómo me veré envuelto en ella.

Cuando se han ido, Esperanza me ha mirado.

–¿No tendrás dudas?

–Ninguna.

Nos hemos vuelto a callar. Pero yo he seguido pensando y pensando. Y mis pensamientos me han llevado a 1937. Sí, a lo que se dio en llamar «Los Procesos de Moscú»... Preveo que yo también voy a sentarme en el banquillo de los acusados. Solo, además. Completamente solo. No tengo miedo, sólo la desesperación de saber que es una batalla perdida de antemano, que soy un condenado a priori, que no me queda ni la posibilidad de retirarme, de salir de aquí antes de que los golpes del rencor y del odio comiencen a descargarse sobre mí... ¿Con quién hablar?... ¿Con «ella»? Hay cosas que la dignidad personal prohíbe. ¿Con Dimitrov?... ¿Por qué sentar con ello cátedra de imbécil? ¿Con Manuilski? Manuilski nos estuvo empujando a Hernández y a mí a dar la batalla en 1940 y luego nos dejó abandonados, aconsejándome más «politesse»... ¿Con Esperanza? No tengo el derecho de atormentar a nadie. No me queda más remedio que hablar conmigo mismo. Aquí no hay engaño ni hago ningún mal a nadie. Yo sé bien hasta dónde puedo llegar, conozco mis fuerzas y su límite. Y sé que si llegara al límite de ellas, que si ya

no pudiera aguantar más, que si estuviera al borde de hundirme en el lodo de la indignidad, de la renunciación, de la claudicación, siempre queda una salida desesperada, pero digna... Es mi decisión. Mía y para mí solo... Porque a pesar de todo, aún sigo siendo dueño y señor de mi vida y de mi muerte.

Hoy, en las primeras horas de la tarde, Hernández y Antón han venido a la Komintern a despedirse de nosotros. Nos han abrazado y Hernández me ha dicho aparte que lleva una carta para las hermanas de Esperanza y que tenga confianza en él, que me sacará de aquí... Les he visto partir, sin rencor, sin odio... Pero sí con una profunda amargura que araña en mi interior.

La tarde ha sido pesada. No he aguardado siquiera a que el reloj marcara las seis. Un poco antes he tomado la cartera y he salido. He abandonado el tranvía en la Plaza del Trabajo y he comenzado a subir hacia la de Pushkin, caminando muy despacio... muy despacio... fijándome en todo. En las casas. En los árboles. En las gentes. Me he detenido un momento frente al edificio de la Radio Moscú y he dudado si subir un momento a ver a Cimorra. No me he atrevido. Y he seguido caminando hasta llegar a la esquina de la Plaza de Pushkin y la calle de Gorki. Me he detenido sin ninguna preocupación por el tiempo que pueda perder: cuando más de prisa pasen los días más pronto llegará esa tempestad inevitable... Ahí está Pushkin en bronce. En la cúpula de la casa de enfrente una mujer de escayola que no sé qué representa. En la otra esquina una cervecera que cada diez minutos vomita violentamente un borracho. Enfrente de mí el cine «Central». Y dentro de él, sin duda, mucha gente masticando sin descanso pepitas de girasol

e intercambiándose sin tregua sus piojos. Y el sol hundiéndose. Y dentro de muy pocos minutos, unos minutos de crepúsculo y la noche. Dejo todo: la estatua de Pushkin, la de esa mujer que no sé qué simboliza, el cine, la cervecería... Todo. Y desciendo por la calle de Gorki. Y mujeres en la puerta del hotel. Y dentro del mismo, el hombre de siempre que, como siempre, me pide el «propus». Y unos momentos de soledad en el ascensor. Y como un sonámbulo subo cuatro escalones y comienzo a caminar por el pasillo... Aquí vivían... En la puerta unos montones de papeles viejos... Aquí vivo... Esperanza sentada en el borde de una de las camas, ve llegar la noche.

Dejo la cartera donde siempre.

Me acerco a ella.

–¿Se fueron? –pregunto, sabiendo que se fueron.

–Sí.

–¿Fue cordial la despedida?

–Sí, muy cariñosa... Creo que a Jesús se le saltaron las lágrimas... No son malos, Enrique, es que con tal de salir de aquí. ¡todo!

–¿Todo?

–Compréndelo. ¿Por qué iba a provocar Jesús una batalla que sabía perdida?

–Por los de aquí... Por los que han confiado en él durante meses y años.

–Para hundirse todos... No olvides este viejo refrán: «Mal de muchos consuelo de tontos»... Además, ¿quién quita que él crea honradamente que puede hacer más desde fuera?

–¿Tú crees?

–¿Por qué no?

–Ten en cuenta, Esperanza, que para todos nosotros estos años de desdichas, de desilusión y de horror han sido años perdidos. Años que habrá que olvidar para poder comenzar de nuevo a vivir. Y comenzando a vivir de nuevo ¿tú crees que se acordarán de los que aquí vivimos? ¿Tú crees que serán capaces de alzar su voz contra un coloso al que temen porque le creen capaz de poder seguir disponiendo, aun fuera de aquí, de sus vidas?... ¿Lo crees realmente?

–¡Quiero creerlo!

–Yo no... A todos justificaría que me engañan, menos a mí mismo.

–¿Por qué te torturas?

–Gracias, Esperanza... Gracias por querer ayudarme haciéndome creer que sufro porque me torturo yo mismo...

La noche entra por el balcón abierto de par en par...

Y un día. Y una semana. Y un mes.

¿Por qué no estalla la tempestad?... ¡Qué coincidencia!... Lo mismo me dije en aquellos días en que los temporales retrasaban la ofensiva franquista sobre Cataluña, en aquellos días en que iba a comenzar una batalla en la que, por la traición de tantos, las fuerzas de los Ejércitos del Ebro y del Este estaban condenadas a la derrota... Y es que es mejor la más amarga de las realidades que mirar y mirar y no ver absolutamente nada, que esperar y esperar...

Sé que Hernández, su familia y Antón están en Vladivostok en espera de que llegue la autorización de tránsito de los Estados Unidos. Sé que llegue o no llegue, saldrán de un momento a otro. Manuiski les ha autorizado a que paguen la multa que les impondrán las autoridades norteamericanas e incluso ha dado la orden de que se les envíen urgentemente unos cuantos dólares más. Y aquí, invierno. Nieve, nieve y nieve... Y la desilusión y la incertidumbre por compañeras.

Y...

Diciembre.

Roosevelt, Churchill y Stalin se han reunido en Teherán.

Y el «Comunicado».

«Expresamos nuestra decisión de que nuestros países trabajarán de mutuo acuerdo, tanto en la guerra como en la paz que habrá de seguir».

¿Una ilusión?

«Por lo que hace a la guerra, los representantes de nuestros Estados Mayores Militares han participado en nuestras deliberaciones de la mesa redonda y hemos concertado nuestros planes para la destrucción de las fuerzas alemanas. Hemos llegado a un completo acuerdo en lo referente al volumen y a los plazos de las operaciones que serán emprendidas por el Este, el Oeste y el Sur. El común entendimiento al que hemos llegado aquí garantiza la victoria, que será nuestra».

Una verdad.

«En cuanto a la paz, estamos seguros de que nuestra concordia habrá de hacerla estable. Reconocemos íntegramente la suprema responsabilidad que descansa sobre nosotros y sobre todas las Naciones Unidas, para concertar una paz que reciba la aprobación de la abrumadora mayoría de los pueblos del mundo y logre ahuyentar el terror de la guerra durante muchas generaciones».

Una mentira.

«Junto con nuestros consejeros diplomáticos hemos estudiado los problemas del futuro. Buscaremos la cooperación y la activa participación de todas las naciones, grandes y pequeñas, cuyos pueblos están dedicados en cuerpo y alma, como están los de nuestras naciones, a la eliminación de la tiranía, de la esclavitud, de la opresión y de la intolerancia. Les daremos la bienvenida cuando tengan a bien ingresar en la familia de las naciones democráticas del mundo».

Y esto ¿qué?

«Venimos aquí con grandes esperanzas y resolución. Nos marchamos como verdaderos amigos en el espíritu y en los propósitos».

Un final protocolario...

Y vuelvo a leer la «Declaración». Y me detengo nuevamente en este párrafo que habla de la eliminación de la tiranía, de la esclavitud, de la opresión y de la intolerancia.

Y si no tuviera delante de mí a los escuchas de Dolores Ibárruri, soltaría una gran carcajada...

Me figuro a Stalin, cabeza de sabio, rostro de obrero y traje de soldado, meditando un momento y después proponiendo:

–¿No creen ustedes que deberíamos incluir la eliminación de la tiranía? No sobraría hacer una alusión a la libertad de pensamiento.

Me lo vuelvo a figurar diciendo:

–Y no estaría mal añadir la palabra esclavitud.

Y un gesto asombroso de míster Roosevelt, y una mirada desconfiada de míster Churchill. Y la voz de Stalin, de nuevo, que alentado por el éxito de sus «generosas» proposiciones anteriores, vuelve a proponer...

–Incluyamos de una vez, si no tienen ustedes nada en contra, sólo dos palabras más: opresión e intolerancia.

Una aprobación general. Y sonrisas. Y una sonrisa más profunda que la de los demás en el hombre de cabeza de sabio, rostro de obrero y traje de soldado...

Todos los periódicos soviéticos han publicado la «Declaración». Millones de ciudadanos soviéticos han leído a estas horas lo que acordaron en Teherán los jefes de la gran coalición.

¿Qué pensarán?

¿O es que no pensarán?

Y pienso... y me sonrío... Y Mateu, alentado por mi sonrisa, que comienza a hablar:

–Es fantástico, Castro.

–Sí, realmente fantástico.

–¿Vamos a transmitirla íntegra?

–¡Íntegra!

–¿Con algún comentario, camarada Castro?

–El editorial, Mateu. Pero a partir de hoy es preciso hablar constantemente de la «Declaración de Teherán».

–Es mucho mejor que la Declaración de los Derechos del Hombre. –...que los Derechos del Hombre– respondo lentamente, como si fuera su propio eco.

Y vuelve a su mesa y comienza a decir en voz alta lo que está escribiendo. Su saliva empieza a resbalar por el cigarro que no se quita de la boca. Hace gestos. Y se aparta violentamente un mechón de pelo que un minuto después le volverá a caer sobre la frente... Y yo, sin dejar de mirarlo pienso... Tiranía. Esclavitud... Opresión... Intolerancia...

¡Magnífico!

¡Mil veces magnífico!

Y todo esto mientras espero que me lleven al banquillo de los acusados los que, a través de Stalin, propusieron en la conferencia de Teherán la eliminación de la tiranía, de la esclavitud, de la opresión y de la intolerancia.

Ellos de acusadores. Y yo de acusado, por creer que el hombre es la razón suprema del hombre; que el hombre mientras vive es hombre y no cero; y que sólo deja de ser hombre para convertirse en cero cuando muere, y deja de ser cero para convertirse en nada cuando los que quedan cubren su memoria con el olvido.

Hernández, Pilar, Antón y Luisito parece ser que todavía navegan por el Pacífico. El Ejército Rojo ha emprendido su acostumbrada ofensiva de invierno. Yo sigo aquí, sentado ante mi mesa de trabajo, teniendo a mi izquierda a Uribe que escribe; enfrente de mí a Mateu que escribe; a mi derecha a

Moncho que escribe; y llegando de la otra habitación, mezcladas con el ruido ininterrumpido de una máquina de escribir, voces y más voces: habla Echenique, habla y escribe Baudelio Sánchez...

Y va hacia el ocaso el 31 de diciembre de 1943.

Sin otra diferencia con los otros días que una pregunta que me hago constantemente...

¿Cuándo?

Y mientras me pregunto, mis recuerdos me llevan hasta 1937; hasta la casa que tenía el consejero soviético, general Gorev, en Bilbao. Y me parece estarle viendo cuando dejó por un momento de comer, cuando se levantó un poco más pálido que de costumbre y mirándonos a todos, a mí, y a los rusos, dijo en un tono de cansancio o de angustia: «En Moscú han fusilado a un grupo de enemigos del pueblo».

Y no dejo de preguntarme:

¿Cuándo?

TERCERA PARTE

LA CONDENA

1944. SEXTO AÑO: EL CERCO DEL HAMBRE

I

–¿Esperanza, no podrías coserme...?

Es una pregunta de muchos días. Mi viejo traje de Francia ha sido vencido por el tiempo. La chaqueta está zurcida por tantos sitios, que a veces me pregunto si habrá en ella algún sitio sin algún zurcido. El cuello, las mangas, la parte superior de los bolsillos, los bordes de los delanteros... Creo que hay en ella más hilo ruso que algodón francés.

El pantalón es la segunda víctima. La parte de atrás ya no resistirá por mucho tiempo. Esperanza ha intentado prolongar su vida poniéndole unos remiendos interiores. Pero es inútil. Cada día, por la mañana y por la noche, al ponérmelos y al quitármelos, los miro al trasluz y siento la angustia de una miseria que por dignidad personal hay que ocultar.

Mis zapatos no tienen mejor porte. Lo que ocurre es que el invierno me permite llevar puestos siempre los chanclos de goma y ocultar de esta manera su derrumbamiento. Sólo hay una parte decorosa: la parte superior, que nunca roza contra

nada. Lo demás... No hay suela apenas y sí dos enormes agujeros por los que se ve el calcetín y primorosos zurcidos de Esperanza. La piel está también cortada por los lados y... Hace meses que no me he quitado los chanclos. Sé que los rusos consideran esto como una falta de urbanidad. Pero sería muy difícil y muy largo el convencerles de las razones que me impulsan a ser conscientemente una persona mal educada. Difícil, largo y peligroso: dos agujeros en las suelas de los zapatos podrían ser la base de una gran acusación...

La situación de Esperanza y de Alejandro no es mejor. Alejandro lleva el mismo abrigo que le dieron al llegar. Él ha crecido y el abrigo no. Y, además de su porte ruinoso, remiendos y zurcidos, el abrigo no cubre más de la mitad de lo que debiera cubrir: las mangas llegan un poquito más abajo de los codos; a lo largo no pasa de la mitad de los muslos; y a lo ancho ninguno de los tres botones pueden abrocharse. Los pantalones no se han salvado de la catástrofe: el desarrollo de su dueño. Son casi tan estrechos como los que se usaban a finales del siglo pasado y le quedan a la mitad de la pierna: a una cuarta de las rodillas y a una cuarta también de los tobillos. Su calzado está a tono. De unas botas con patines se cortaron los patines. Y de esto hace tanto tiempo que ya casi han dejado de ser botas las botas. Y un gorro de invierno, no sé quién sería su dueño anterior, que apenas le entra en la cabeza.

Esperanza...

Un gorro de soldado; un abrigo de hombre y unas botas de esquiar que nos sacara Márquez del almacén de la Academia de Estado Mayor.

Y con frecuencia mi voz que dice: Esperanza, ¿no podrías coserme esto? O la voz de Alejandro: se me ha vuelto a romper, Esperanza. O la voz de Esperanza en una larga queja: siempre cosiendo y zurciendo para ir siempre como mendigos... Unas veces, el vernos unos a otros nos produce desesperación, otras veces, para no estar siempre desesperados, nos reímos. Suele ser entretenido bromear a costa de la propia miseria. Entretenido y práctico: nos reímos durante unos minutos y dejamos de maldecir por el mismo tiempo.

En cualquier país pareceríamos mendigos. Aquí no. Parecemos solamente unos ciudadanos soviéticos más de este noventa por ciento de ciudadanos que jamás pertenecerán a las castas superiores de la nueva sociedad. Yo no diré que uno no sufra al verse así. Pero sí afirmo que de tanto mirarse y verse se llega uno a creer que no va ni mal ni bien: solamente que voy o vamos de acuerdo con la moda más popular de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas: la miseria. Hay miseria y orgullo en nosotros. El suficiente orgullo de ser mendigos por nuestra pobreza, por nuestras ropas, pero de no mendigar a esta burocracia ensoberbecida que viste bien y come mejor.

Yo sé que si un día... que si otro día, y otro más... y no sé cuántos días en total, visitara al jefe administrativo de la Komintern y le saludara con la más agradable de mis sonrisas, y le mirara con la mayor humildad posible, y le hablara con tono de sumisión y miedo, y le dijera que sí a todo lo que dijera, y le pidiera perdón si me gritaba por haberle interrumpido en sus importantes labores y...

Sé que entonces sería muy posible que algún día me diera algo.

Pero...

¿Se puede cambiar la dignidad por un abrigo, por un traje, por unos zapatos, por la indignidad en sí?... ¿No es mejor parecer mendigo?... ¿No es mejor ir cubierto de zurcidos y remiendos?... Existe todavía en uno la dignidad que le impide inclinarse y también la angustia diaria de un esfuerzo sobrehumano para no doblarse.

Sé que doblarse es para muchos solamente un ejercicio físico. Pero...

Lo importante soy yo. Yo y los míos.

No pedir, no mendigar. Que si algún día quieren que no se vean nuestros harapos, que hagan al menos lo que hacía y hace la aristocracia: vestimos de librea. Que también los amos tienen sus obligaciones.

Uno puede consolarse si quiere. Puede uno mirar los escaparates de los grandes almacenes o de los almacenes privados o leer el discurso de Mikoyan en el XVIII Congreso del Partido Bolchevique sobre el desarrollo de las industrias del vestido y del calzado. Verá unos trajes de corte inglés y abrigos forrados con las mejores pieles de la península de Kamchatka. Puede uno verlo y hacerse la ilusión de que puede comprarlo. Sólo la ilusión. Pues en unos casos, si ha de comprárselo en los grandes almacenes, tendrá que disponer de 2.000 rublos y no es posible estar sin comer dos meses y medio para ahorrar

íntegro lo que uno gana y lo que cuesta un traje. En otros casos, si hemos de comprarnos el traje en los almacenes privados, tendremos necesidad solamente de setecientos rublos, pero necesitaremos un «propus» que sólo tiene cierta gente que se esfuerza día y noche en hacernos creer que el pueblo soviético vive feliz en un mundo nuevo: en el mundo socialista.

Pasan los días. Ni despacio ni de prisa.

Y nosotros pasamos por ellos como siempre. Ellos y nosotros, en este mundo en que vivimos, somos iguales. Para ser distintos unos de otros sería necesario un decreto del Consejo de Comisarios del Pueblo y que fuera aprobado después por el Soviet Supremo de la Unión...

Hoy no hemos discutido de lo que hay que coser y de cómo coserlo. Estamos amenazados de desahucio. El director del «Hotel Lux», que yo creí que no se acordaba jamás de nosotros, se ha acordado hace dos días. Como él ve las gentes y las cosas a través de los números, nos ha visto así: Luis García: un uno y un seis; Esperanza: un cero; Alejandro: otro cero. Yo soy un colaborador del Instituto Científico 205. Ella y él, sólo los familiares de un colaborador «científico» del Instituto Científico. Esto explica las diferencias en la valorización. Un uno y un seis y un cero y otro cero, colocándolos en línea recta, significan 1.600... Y como nuestro director, además de ver a los hombres y a sus familiares a través de números se los representa siempre en rublos, resulta pues, que la familia «García» es, en números y en rublos, 1.600.

¡1.600 rublos!

Esto es lo que quiere que paguemos por la habitación 39 por el tiempo que no la ocupamos y por cuyo tiempo de alquiler un emigrado alemán pagó exactamente 1.600 rublos.

Si uno roba al Estado es un traidor al pueblo. Si uno se deja robar por el Estado es un ciudadano ejemplar. No hay otra salida.

Mas como no tengo 1.600 rublos y no me es muy agradable que me echen del hotel, cuando en la calle hace un frío de veinticinco grados bajo cero, he intentado buscar una solución antes de que se cumpla el plazo de tres días que me han dado para pagar o para irme.

He hablado con Müller.

–Camarada Müller, vengo a verle porque el director del «Lux» si no pago en tres días 1.600 rublos me echará del hotel.

–¿Cómo es que debe usted tal cantidad?... Usted gana 1.400 rublos mensuales. No tiene derecho a contraer tales deudas...

–¿Camarada Müller?

–Dígame, camarada Castro, dígame...

–Yo abandoné el hotel «Lux» por orden de la Komintern. Mi habitación del «Lux» estuvo alquilada mientras yo estuve ausente: En Ufa yo tuve que pagar el alquiler de la habitación que ocupaba en el «Hotel Baskiria». Ésta es la primera

aclaración que quería hacerle. La segunda aclaración es la siguiente: es cierto que yo gano 1.400 rublos mensuales, pero no es menos cierto que mensualmente tengo que pagar por concepto de impuestos de 500 a 600 rublos...

–Sí, pero a usted le han reservado su habitación.

–Cierto. Y pago el alquiler de ella puntualmente.

–¿Qué quiere usted de mí entonces?

–Que hable al director del hotel.

–¿Para?

–Para que no insista en que pague lo que en verdadera justicia no debo pagar.

Me ha mirado durante unos minutos. Luego ha traído hacia sí el aparato telefónico, ha marcado un número y después de unos segundos ha comenzado a hablar.

Habla dos minutos. Escucha dos minutos.

Müller cuelga. Se vuelve hacia mí y me mira fijamente. Noto en él cierto embarazo. Al fin y al cabo es un alumno aventajado de la Escuela Política del Comité Central del Partido Bolchevique...

–¿Camarada Castro?

–Dígame, Müller.

–Tiene usted que pagar. El hotel ha tenido que hacer ciertos arreglos y tiene un déficit que debe cubrir.

–¿Debernos pagar los inquilinos el déficit?

–¿Y cuando hay superávit?

–Sí.

–No sé.

–Gracias, camarada Müller, muchas gracias.

De regreso al hotel he entrado al despacho del director. Para llegar hasta él hay que atravesar una pequeña salita donde una muchacha bizca hace cuentas que comprueba más tarde en el ábaco.

Llego hasta él.

Está sentado detrás de una elegante mesa de despacho. Tiene puesto el abrigo y el gorro. A pesar del ruido de la puerta, a pesar del ruido de mis pasos, él sigue imperturbable mirando unos papeles.

–¿Camarada director?

Ahora sí levanta la cabeza. La levanta trabajosamente, pero la levanta. Y me mira como si no me hubiera visto en su vida, con la misma mirada que me figuro estaba mirando los papeles.

–¿Qué desea?

–Soy el camarada Castro.

–Bien, usted dirá, camarada Castro.

–Al parecer tengo que pagar el alquiler de la habitación 39 durante los meses que no la he ocupado ¿no es cierto?

–Exactamente, camarada.

–Eso quiere decir, por tanto, que a pesar de no haber estado en ella yo era el inquilino, ¿no es cierto?

–Exactamente, camarada.

–¿Quiere usted decirme, camarada director, si durante todo el tiempo que yo he estado ausente la administración del hotel estaba encargada de defender mis derechos de inquilino y de cuidar la habitación?

–Así ha sido, camarada.

–¿Entonces, camarada director, si yo pago los 1.600 rublos que según usted estoy en el derecho de pagar, le extrañará a usted, camarada director, que yo exija a la administración que cumpla con sus derechos también?

–Lógicamente.

–Bien. Entonces yo le pagaré a usted los 1.600 rublos, pero de acuerdo con ello la administración del hotel deberá pagarme 500 rublos que es el importe de lo que me han robado durante el tiempo que ustedes tenían la

responsabilidad de cuidar de mis intereses como inquilino de la habitación 39.

–¿Qué dice usted?

–¿No me ha oído?

–Sí, pero no le he entendido.

Repito otra vez lo dicho. Lo vuelvo a repetir. Pasan diez minutos. Pasan otros diez minutos. Y cuando abandono el despacho del director del «Hotel Lux» sé que no me queda otro remedio que pagar. ¡Es una orden de la administración del hotel que representa los intereses del Estado Socialista! O pago yo o la administración de la Komintern pagará con mi sueldo.

Cuento a Esperanza lo sucedido.

–Ladrones...

¡Hemos pagado!... He pedido al coronel Márquez, que fuera jefe del XXIII Cuerpo de Ejército durante nuestra guerra, un préstamo, sin saber cómo ni cuándo podré devolverlo.

Como yo... ¿cuántos?

La administración del hotel ha cubierto su déficit. Mi economía doméstica está en quiebra.

El hombre al servicio de la colectividad; la colectividad al servicio de las castas... El socialismo soviético es difícil de entender, pero una vez que se comprende, todo es simple.

Existe una Constitución Política que concede muchos derechos a todos los hombres que integran la sociedad socialista. Stalin fue el autor de ella. Existe una realidad que niega todos los derechos que dicha Constitución concede. Stalin es el creador de esta realidad. ¡Gran sistema! Que el Estado tiene déficit, aumenta los impuestos. Que la administración del «Lux» tiene déficit, cobra dos veces el alquiler de las habitaciones. Que los ciudadanos soviéticos o los que vivimos en la Unión Soviética, aunque sin ciudadanía, tenemos déficit... nos queda el recurso de hacemos stajanovistas; cierto que a los pocos días de serio el Estado aumentará las normas manteniendo los viejos precios, pero... no hay situación sin salida: quedará siempre la posibilidad de volver a hacerse stajanovista... ¿Qué dirían los comunistas si tal cosa ocurriera en un país que no fuera el «primer país socialista»?

Pero, aquí es la Unión Soviética... Cierto... Aquí es la Unión Soviética...

* * *

No. Hoy no es igual que ayer. Hoy he recibido un telegrama de México, firmado por Pilar Boves, la mujer de Hernández, en el que me dice lo siguiente: «Familia dividida Stop Mayoría absoluta conmigo Stop Saludos Stop».

¿Para qué me habrá enviado Hernández este telegrama?... ¿Para que sepa que él ha comenzado allí la batalla que debía haber librado aquí...? ¿Para animarme?... Para que yo dé aquí el grito insurreccional contra Dolores, para reforzar sus

posiciones en México?... ¿Para que yo me ponga a la cabeza de esta muchedumbre de españoles hambrientos, desesperados?

¿Para qué?

Sólo sé que a estas horas la N.K.V.D. conocerá el telegrama de Hernández; que supondrá la existencia de una conspiración; y que en la imposibilidad de descargar sus golpes contra él, buscará entre los que estamos aquí la víctima más fácil. Y de todos quizás la víctima más codiciada sea yo.

¿Y por qué?

Tengo en mis manos el telegrama. Le doy vueltas y más vueltas... Stop... Stop... Stop... Tres puntos... No es una gran cosa, pero es que a esos tres puntos están ligadas cuatro letras: N.K.V.D...

Continúan las sorpresas.

Hoy «Pravda» ha publicado una larga lista de miembros del ejército ascendidos. Entre los ascendidos a generales figuran Enrique Líster, Modesto Guilloto y Antonio Cordón.

¿Por qué estos ascensos? ¿Por sus méritos en la defensa de la Unión Soviética de la invasión nazi? No lo creo. Hasta octubre de 1941, todos los militares españoles estuvieron en las Academias Militares de Moscú; después, cuando los ejércitos alemanes amenazaron la capital rusa, todos los militares españoles fueron evacuados: unos a Ufa, los de la Academia de Estado Mayor, y otros a Tashkent. Los de la Academia Frunzé siguen en la Academia Frunzé, y los de la

Academia de Estado Mayor siguen en la Academia de Estado Mayor. No, por sus acciones militares no ha podido ser.

¿Será por la brillantez con que han realizado sus estudios militares? No lo creo tampoco. En la Academia Frunzé, Líster y Modesto son de los alumnos más atrasados del curso. En la Academia de Estado Mayor, Cordón es un detestable estudiante. No, no puede ser tampoco por su amor al estudio.

¿Por qué será? ¿Por su vida ejemplar? En el caso de Antonio Cordón, es posible. El que abandonara a su mujer y a sus numerosos hijos y se haya vuelto a casar, no es un problema muy grave aquí. Es, además, la única acusación que en este sentido puede hacersele. También Modesto abandonó a su mujer y a sus dos hijas y se volvió a casar para tener otros dos hijos. Y también Líster abandonó a su mujer... Son viejos «pecadillos»... Sin embargo, ahora Cordón es un buen marido. Lo dice su mujer y basta. La mujer de Líster no puede decir lo mismo: lo impiden tres cruces que con seguridad habrá heredado su segunda hija. De Modesto no sé mucho... El pegar a la mujer no significa en ciertos casos una falta grave.

Cordón no bebe. Los otros no dejan de beber. No; tampoco han debido ser ascendidos por la ejemplaridad de su vida privada.

Pero...

Los nuevos y flamantes generales han sido muy felicitados: por los de arriba y por los de abajo. Y los tres generales se han apresurado a hacerse los uniformes. Y he podido apreciar que

son los tres únicos generales «soviéticos» que no tienen ninguna condecoración.

Un día. Otro día. He comunicado a Líster y Modesto el contenido del telegrama enviado por Hernández y firmado por su mujer. Me han escuchado. No han hecho más que escucharme. Los generales no hacen comentarios.

Estoy invitado a una cena en Kunsevo.

Manuilski, otro general soviético, quiere celebrar los ascensos de Líster, Modesto y Cordón. No sé quiénes serán los invitados...

Comienzo a saberlo.

A la puerta del «Lux» se han concentrado tres autobuses de la «disuelta» Komintern, para llevarnos a lo que en otros tiempos fuera la residencia veraniega del Estado Mayor de la Revolución Mundial. El invierno sigue siendo invierno. Hielo. Nieve. Frío. Y la noche sobre Moscú. Y gente que se va concentrando, que se saluda como si hiciera años que no se ha visto, que habla en voz alta y que de vez en cuando grita.

Son los invitados. Todos los militares españoles y todos los españoles que constituyen el grupo político selecto de nuestra emigración. Se habla mucho. Se ríe mucho. La perspectiva de una buena cena es un gran aliciente.

Un autobús... Dos... Tres... Los tres autobuses de la Komintern hacia Kunsevo... Kunsevo no puede quedar al margen de la historia, no sé de cuál historia, que registre esta noche

memorable en que a veinticuatro kilómetros de Moscú tres genios del arte militar estaliniano van a celebrar públicamente un nombramiento de generales del «más grande ejército que ha conocido la historia». No es una pequeña cosa. Mientras marchamos por la carretera tantas veces recorrida, hablo con los que me hablan y sonrío a los que ríen. Para ellos todo se reduce a una cena, para mí el saber el significado de ella... Y... Los autobuses entran en la finca. El centinela, como siempre, ha abierto la puerta, se ha colocado a un lado y ha saludado militarmente. Siento que subimos la suave cuesta que muere en la «Casa Roja». El hall y el salón de billar se han llenado de gente. Se habla en grupos y se juega a gritos. Hasta ahora no veo ni a Líster ni a Modesto, ni a Dolores ni al anfitrión Manuilski.

Unos juegan. Otros hablan. Otros gritan.

Yo paseo con mis preocupaciones. Manuel Márquez y José María Galán se han acercado a mí y han comenzado a hablarme de la guerra. Hablamos en el mismo lugar en que, un día, ocho personas escuchamos a Churchill por la B.B.C. de Londres. Hay más alegría que entonces. Mucha más. Y hablan y hablan: de la ofensiva soviética y sus perspectivas, de la ofensiva aliada en Italia, del cambio de situación en el Pacífico. Me hablan de todo lo que sé. Me hablan de todo lo que precisamente en este momento no me interesa.

Y... Por la escalera, por la misma escalera que aquel día bajara Togliatti, descienden por este orden cuatro personas: Líster, Modesto, Ibárruri y Manuilski.

No sé si Márquez sigue hablando... No sé si Galán sigue hablando... No sé si en el salón de billar siguen jugando y gritando... No escucho...

Miro... En estos años me he acostumbrado a ver más que a escuchar. Es una difícil escuela en la que todo depende de uno mismo: en la que uno es maestro y alumno; en la que no hay ni un Stepanov cualquiera ni un pequeño libro de texto, que aun sin tener la importancia que la Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S., sirva para hacer más difícil el aprendizaje. Difícil escuela en la que sólo hay ojos y cerebro para ver y juzgar... Sé que Líster, cuando se pasa una y otra vez la lengua por los labios, es que está preocupado o borracho. Para esto último es demasiado pronto. Líster está preocupado. Sé que cuando Modesto se clava la uña del dedo meñique en el labio superior es que está preocupado o borracho. Para esto último es aún demasiado pronto. Modesto está preocupado.

Dolores no. Manuilski tampoco. Dolores está hoy más segura que nunca de sí misma y de su posición. Aunque intenta aparecer natural, le es difícil ocultar su alegría. Delante de ella bajaban los vencidos. Detrás de ella bajaba el verdadero vencedor. He visto sonreír a este hombre muchas veces durante varios años, pero pocas veces como hoy: el viejo zorro ucraniano, el catedrático de gramática parda y futuro diplomático de Ucrania, sonrío abiertamente. Él sabe por qué.

Los generales españoles se acercan a mí. El general ruso y «ella» se alejan.

–¿Qué hay, viejo? –me dice Modesto.

Líster se limita a estrecharme la mano.

–¿Contentos? –les pregunto.

Sonríen. Disimula mejor Líster que Modesto. Pero los dos sonríen al mismo tiempo. Yo sonrío con ellos. José María Galán hace esfuerzos para continuar su conversación sobre la guerra. Márquez nos mira: una vez a los generales, otra a mí. No sé si se ha dado cuenta de algo, pero lo veo más hundido en sí mismo que nunca.

–¿Vamos al salón de billar? –propone Márquez.

Abandonamos el hall. A mis lados, Líster y Modesto caminan en silencio. Detrás, Márquez y José María Galán hablan en voz baja. En el salón siguen jugando. Otros invitados continúan hablando demasiado alto.

–¿Qué hay, Castro? –me dice Dolores.

–Ya lo ves, de fiesta.

Sonríe. Sonrío.

En un rincón, dos generales soviéticos y una anciana conversan animadamente: Manuilski, Leonid²¹ y Blagoeva. Leonid me saluda; Blagoeva me dirige una sonrisa; Manuilski no me ha visto... Fumo. Estoy nervioso. No mucho, pero lo suficiente para que me sea difícil disimular. Me cuesta trabajo

21 Leonid: general soviético de la. N.K.V.D. Él fue el encargado de organizar el asesinato de Trotski en Méjico, y allí estuvo hasta que cumplió su tarea. Más tarde fue «purgado».

hablar, me cuesta trabajo reír... ¡Estoy cercado!... No sé por qué, pero me doy cuenta que un cerco de hielo se ha cerrado en torno a mí. Sigo fumando. Y pensando en el telegrama de Hernández. Y en los tres generales, en los tres nuevos generales «soviéticos».

–Al comedor, camaradas –grita Manuilski.

Se adelanta y se coloca a la entrada del comedor. Según van entrando los invitados les va dando la mano... Llego yo... Le miro... Él mira hacia otro lado... El que viene detrás de mí, no sé quién es, impaciente por estrechar la mano de Manuilski, me empuja. Sigo andando. Manuilski sigue estrechando manos. Creo que debo de estar pálido. Hago un enorme esfuerzo. De pie, con Dolores mirándome y viendo entrar a todos, enciendo un cigarrillo. Separo el cigarrillo de mi boca y le acerco la cerilla. No me importa encender o no encender: miro solamente mis manos para ver si tiemblan. Ella. Los generales «rusos». Los demás invitados. ¿Qué me importan?... No me preocupa más que una cosa: no ver temblar mis manos... Y las miro... Y no tiemblan... Miro... Una mesa larga y detrás de ella, de izquierda a derecha, Cordón, Modesto, Dolores, Líster, Leonid, Manuilski y Blagoeva: es la presidencia del banquete... Los otros, los que están repartidos en pequeñas mesitas y que ríen hablan y miran a la presidencia, son la masa... Yo... Yo soy yo: el condenado. Voy mirando a todos. No faltan ojos que me miran como preguntándome, no faltan los que miran para otro lado cuando los miro. Pero ni una sola vez he logrado que mi mirada se encontrara con la mirada de Manuilski, a pesar de que desde hace tiempo la busco para en ese momento, ese

momento de segundos, decirle con una sola mirada todo cuanto pienso...

–Brindemos por los nuevos generales, por los camaradas Modesto, Líster y Cordón.

Se alzan manos y copas. Miro. Me miran. Lentamente levanto mi cabeza y mi copa y me detengo sin llevármela a los labios. Estoy pendiente de quién vencerá dentro de mí... ¿El instinto de conservación?... ¿La dignidad?... Y sin beber he dejado la copa sobre la mesa... Y sin mirar a nadie, mirando a mis manos, he sonreído. Ni aunque hubieran visto todo lo que he hecho en unos segundos, ni aunque me hubieran visto sonreír después, habrían podido darse cuenta de qué es lo que ha pasado por mí en esos momentos en que sin llevármela a los labios he vuelto a dejar la copa sobre el blanco mantel... Modesto se levanta perezosamente. Es la hora de los discursos, esa hora en la que tantos negocios se han ultimado y tanta gente honrada ha dejado de serlo. Todos lo miran. Él mira a Dolores. Y yo me pregunto: ¿qué vas a decir, después de que te han hecho general?... Comienza... Modesto es un detestable orador: ni dice nada ni sabe decirlo. Espero que esta vez le hayan dado la línea en la breve entrevista del primer piso...

–Camaradas: doy las gracias al Partido Bolchevique, al Ejército Rojo y a nuestro padre, maestro y jefe el gran camarada Stalin. –Aplausos–. Doy las gracias por el honor que me han hecho al hacerme general del glorioso Ejército Rojo. –Aplausos–. Ante el camarada Manuilski, representante del Partido y del Ejército, ante nuestra gran Dolores, declaro que haré honor al uniforme que llevo.

Uno.

Líster se levanta. Todos le miran y él mira a todos. Se humedece ligeramente los labios: Líster sigue preocupado. Yo le miro, le miro fijamente, con la misma fijeza con que los ojos de Dolores y Manuilski me están mirando... Líster sí sabe hablar. Líster suele también decir cosas.

–Yo, hijo de una campesina y de un obrero cantero; yo, obrero cantero, jamás podía pensar que alguna vez pudiera llevar el uniforme que hoy visto; jamás pude soñar con que llegaría un día en que yo, el antiguo obrero cantero, sería general del gran Ejército Rojo. –Aplausos–. Prometo solemnemente que lo llevaré con honor.

Líster es interrumpido por los aplausos.

Se ha dejado caer sobre la silla... Dolores ha bajado la cabeza y ha hecho un gesto de rabia. Manuilski ha mirado a Líster primero y a Dolores después. ¿Habrás dicho lo que le dijeron que dijera?

Otro ha hablado.

Y se levanta el tercero: Antonio Cerdón.

–Yo, un militar profesional, un militante nuevo en las filas del Partido de José Díaz y Dolores Ibárruri, jamás pude pensar que llegaría a ser general del Ejército Rojo... No encuentro palabras con qué expresarme, camaradas... Yo... Camaradas, gracias, muchas gracias, camaradas.

Dos cínicos y un imbécil. Y una incógnita que ha dejado de serlo: ya sé por qué han ascendido a tres españoles a generales del Ejército Rojo. La batalla ha comenzado así: telegrama de Hernández y posible telegrama de Antón; ofensiva de Dolores y Manuiski para romper aquí el posible bloque de descontentos, ascenso de los tres más sobornables, una cena principesca, tres discursos y una perspectiva no muy agradable para mí.

El soborno ha comenzado.

El repliegue continúa.

La «parte soviética» bebe y ríe. Los demás beben y ríen. Me cuesta trabajo tragar... Pero... Hago un esfuerzo... Como y bebo como los demás... Sonrío y río como los demás... Y fumo... «Escápate, Castro», parece decirme mi dignidad (mi angustia no dice nada), pero mi instinto de conservación polemiza con esa dignidad que me pareció que hablaba. Y el instinto egoísta y práctico me grita al oído: «Espera, Castro, ahora sería peligroso marcharte».

Las camareras, blanco y hambre, sirven y sonríen. Quiero irme. Sé que mi marcha tendrá un significado político; sé que la presidencia me mira y que verá con quién hablo y con quién me marcho. Pero quiero marcharme. No quisiera vomitar delante de ellos.

Sé que es una imprudencia marcharme... Pero, ¿y la dignidad?... ¿Y la náusea?... La cena ha terminado y salimos al hall. El general Leonid, Stepanov y una invitada alta, de pelo blanco y acento catalán, hace preparativos para marcharse... ¡Me iré con ellos!... Allí se quedan todos: «ella», un general

ruso, tres españoles hechos generales rusos y la masa... Y encima de las mesas vinos de todas las marcas, toda clase de manjares y cigarros de todas clases...

No me despido de nadie. Salgo. Nieve y noche. Un automóvil. A mi derecha, Stepanov; a mi izquierda, la mujer alta, de pelo blanco y acento catalán²²; delante de mí, el chófer y el general mayor Leonid y delante de ellos la carretera, luego unos controles y, por último, Moscú. Me dejan delante del hotel. Pongo sobre la mesa unas naranjas y unos bombones que la mujer de pelo blanco y acento catalán me metió en el bolsillo para que Esperanza probara algo de lo que se había comido en el banquete de los tres coroneles españoles convertidos en generales soviéticos. Me acuesto. La batalla ha comenzado. Allá, en Méjico, Hernández quizá sueñe con la victoria; aquí, en Moscú, Dolores la ha festejado ya.

No sé si Esperanza duerme o me mira a través de la oscuridad. Intento dormirme. Pero entre el sueño y yo se interponen tres cosas: la dignidad, la angustia y la idea de que en lo que fuera la residencia veraniega de la Internacional Comunista se piensa que Castro ha muerto. Dignidad. Angustia. Y la sensación de que la muerte está arrinconada junto a mí. Siento sueño. Y los tres problemas con los que se enfrenta el hombre desde que nace hasta que se convierte en cero se van alejando lentamente de mis pensamientos, mejor dicho, van siendo envueltos por una pesada niebla que cada vez me hace más difícil el verlos. Moscú duerme. Maldigo... Vuelvo a

22 Se trata de Caridad Mercader, madre del llamado Jacques Mornard, que con el general ruso Leonid, consumaron en Méjico el asesinato del organizador del Ejército Rojo.

maldecir. Estaría maldiciendo toda la noche si mis ojos no fueran cerrándose para morirme por unas cuantas horas.

Otro día. Tengo la impresión de que me encuentro en la falda de una montaña que se eleva hasta el cielo y de la que se ha desprendido una enorme piedra que desciende y desciende y al final de cuya vertical estoy yo. Siento miedo. Y quisiera correr y buscar algún sitio en el que poder hundirme y taparme los oídos para no escuchar ese terrible aullido que me recuerda la guerra. Pero no puedo moverme. No, no tengo grilletes en los pies como los viejos condenados, pero los tengo clavados en una tierra negra cubierta de nieve... ¡No puedo moverme! El «Lux» está en la vertical. La Komintern está en la vertical. Y miro hacia las cumbres. Miro la piedra que desciende. Y espero. Mi impotencia se resume en esto: esperar.

Soy un aprendiz en dialéctica, pero sé que los acontecimientos tienen su desarrollo natural. Y por lo mismo sé que esa enorme piedra que desde hace tiempo se está hundiendo en el espacio y al final de cuya vertical estoy yo, no se detendrá hasta estrellarse contra mí y contra esta tierra negra que oculta una gruesa capa de hielo y nieve. Nada ni nadie podrá detenerla en el espacio, ni tan siquiera para darme el tiempo necesario para huir si es que pudiera huir. Y la piedra es «ella». Ella con su rencor, con su odio y su ambición. Y la enorme montaña a cuyos pies me encuentro, el bolchevismo: el bolchevismo que me contempla implacable, que mira cómo la piedra con figura de mujer se precipita sobre mí, situado por ellos en la vertical. Y con esta idea un dilema: ¿hundirme en la tierra para no verla llegar y que no me vean enloquecido por el miedo si el miedo llegara a enloquecerme o erguirme y mirar a

la piedra descender sobre mí y si posible fuera sonreír y sonreír, haciendo que la dignidad se imponga sobre la angustia, para no temblar ante la muerte si la muerte llega? ¿Es posible esto? ¿Será posible para mí? No lo sé... Porque por vez primera en mi vida, desde que comencé a ser hasta que he dejado de serlo, he sentido la angustia y con ella el temor a la amenaza que hoy me amenaza. Un proceso político. Comienzo a recordar... El proceso del Reichstag... Allí, en torno al acusado, se concentraron dos poderosas fuerzas que impidieron el silencio, la soledad, que despertaron en el acusado la esperanza de poder salvarse, que pusieron en tensión todas sus fuerzas morales. Y un clamor internacional y los mejores hombres de leyes del mundo como testigos o como defensores... Los procesos de Moscú... Aquí una acusación, una autocrítica y una condena implacable basada en esa autocrítica hecha bajo la promesa de un perdón que engañó a los testigos y que les hizo creer que también aquí existía la justicia... Cuando lo único que existe es esa enorme piedra desprendida de las cumbres de una inmensa montaña que se eleva del cielo y al final de cuya vertical, ayer, colocaran a unos cuantos hombres que creyeron todavía prestar su «último servicio al Partido», o que se dejaron engañar por una promesa; y al final de cuya vertical, mañana, colocarán a un hombre, a un hombre solo... Pero esta vez todo será exactamente igual. Cuatro paredes, un grupo de hombres presididos por «ella» que acusan y que no escuchan al acusado, una presión intensa para que el acusado haga por escrito una autocrítica «sincera» en la que confiese que, «objetivamente», estaba ayudando a los enemigos del poder soviético, del socialismo y que sea el acta de acusación fundamental y un condenado político: «un

enemigo del pueblo» descubierto por la vigilancia revolucionaria que «se» confiesa a sí mismo culpable.

La noche.

La montaña.

La piedra.

La vertical.

Y al final de ella, yo...

Con esta impresión del futuro sobre mis espaldas camino desde el «Lux» hasta la Komintern y desde la Komintern hasta el «Lux». Con ella como compañera inseparable escribo cada día doce horas a los encadenados de España, hablándoles de que debemos luchar todos para acabar con la esclavitud, con la tiranía, con la opresión y la intolerancia. Con ella sobre mí hablo y río. Y no tengo ni la posibilidad de hablar a nadie de ello: a los emigrados porque huirían de mí, espantados; a Esperanza, porque provocaría en ella mi misma angustia... La noche. La montaña. La piedra. La vertical. Y al final de ella, yo...

Y el recuerdo del proceso del Reichstag... Y el recuerdo de los procesos de Moscú... Y viendo la enorme piedra acercarse a mí, pero sin saber cuándo llegará... Y mi angustia, la dignidad, el temor de morir y unas enormes ganas de vivir, de vivir fuera de aquí para vivir...

II

Debo luchar contra la obsesión. Y mirar fuera de mí con mucha más intensidad que ayer, con mucha más intensidad que mañana. Hoy todavía puedo hacerlo.

¿Qué pasa fuera de mí?

¡Nuestros tres generales marchan hacia la gloria!... Ya no son tres generales «soviéticos»; ahora son tres generales «polacos». Se han quitado los uniformes del glorioso Ejército Rojo y los tres uniformes han sido vendidos en el mercado negro por los tres generales, que saben de economía socialista bastante más que el conocido economista checoslovaco E. Verga; después se han puesto el uniforme de generales del Ejército polaco y se han dedicado a pasear por las calles más céntricas de la capital soviética. Y después... Después han salido para el frente.

La emigración española al conocer la noticia ha contenido el aliento: escucha cada día Radio Moscú y también lee cada día «Pravda»... ¿Dónde están los tres generales polacos, dos de los cuales nacieron en Andalucía y otro en Galicia? Cada cual se los figura en un lugar distinto y en la más complicada de las situaciones. Pero todos piensan que ya pisan tierra polaca y que hasta la martirizada Varsovia llega el eco liberador de su

incontenible avance... ¿Dónde están nuestros generales? No falta quien se los figure al frente de sus tropas, formando un gran arco que comienza a envolver Varsovia: a la izquierda, el general Modesto; a la derecha, el general Cerdón, y en el centro, el general Líster...

Varsovia, tus horas de martirio están contadas.

¿No sientes sobre tu cuerpo herido el eco acariciador de la libertad que llega? ¿No sientes como un murmullo que recuerda tierra de olivares, cante jondo, vino y mujeres de ojos negros? ¿No sientes algo así como la dulce melodía de una gaita?... Nuestros tres generales te tienden los brazos. ¡Varsovia!... Ellos llegan hasta ti...

La emigración española ha dejado de contener el aliento, de escuchar Radio Moscú y de leer «Pravda». Los tres generales han vuelto la tranquilidad a sus espíritus. Varsovia ha dejado caer su cabeza con desesperanza... No avanzan nuestros generales... No están en el frente. No mandan nada. No dirigen a nadie. Están en las proximidades de la residencia del general Walter, que fuera jefe de la 35 División Internacional en nuestra guerra, y que prepara sus fuerzas para entrar en Varsovia, detrás de las unidades del Ejército Rojo, para que nadie tenga duda de que es una guerra liberadora. Comen con el general Walter. Beben con el general Walter. Y observan lo que hace el general Walter...

La emigración está desilusionada. No en balde había dado a los patriotas polacos sus tres mejores generales, sus únicos generales... ¿Será acaso que los patriotas polacos no tengan

mucha prisa en liberar Varsovia? ¿O será que los patriotas polacos no quieren poner en peligro las tres preciosas vidas de nuestros generales, caudillos de la futura liberación de nuestra patria? ¿Que será, ¿Por qué será?... ¿Es posible que Walter tenga miedo de que nuestros generales le cierren el camino hacia la gloria, hacia la inmortalidad? ¿O será que Walter recuerda a los tres generales «polacos» cuando sólo eran coroneles y tenientes coroneles españoles y jefes del Ejército del Ebro y del V Cuerpo de Ejército? ¡Qué desilusión! ¡Con el valor político que hubiera tenido el hacer regresar a nuestros tres generales cargados de condecoraciones y habiendo pagado la deuda a los polacos que murieron en la defensa de Madrid! La gloria les ha vuelto las espaldas. Ninguna condecoración como generales «soviéticos»; ninguna condecoración como generales «polacos». Decididamente, no tenemos suerte.

Sigo mirando fuera de mí.

Thorez y Marty están empeñados en una nueva batalla. Marty quiere salir de la U.R.S.S. Thorez no quiere que salga. Se explica la actitud de ambos: Marty sabe que Argel será, durante algún tiempo, el centro político dirigente de la resistencia francesa. Llegar pronto a Argel significa hacer olvidar a la gente que el período difícil lo pasó en la U.R.S.S.; significa también adelantarse a Thorez, que quiere regresar pronto para ocultar su gran desertión en los momentos en que Francia más necesitaba de sus «mejores hijos» y por temor a que una ausencia demasiado larga acabe por derrumbar su dinastía; significa igualmente para Marty adelantarse a Duclos y Franchon que, por el hecho de no haber podido salir de

Francia a tiempo, aspiran a ser el Héroe N.º 1 y el Héroe N.º 2 de la resistencia francesa y de los comunistas franceses. Sí, porque Duclos y Franchon odian lo mismo al camarada Thorez–Ivanov, convertido en agricultor en las zonas tranquilas de la Rusia soviética, que al camarada Marty, héroe del mar Negro. A pesar de que Thorez es el único agricultor francés en la Rusia soviética y Marty el único héroe francés en el mar Negro. A pesar del respeto tradicional de los franceses por sus héroes y sus jefes, Thorez sabe lo que significa la marcha de Marty y se ha acordado, para impedirlo, de que una de las cualidades principales de un jefe comunista es saber valorar exactamente el material humano. Al fin y al cabo es discípulo de Stalin. Y ¿qué dirían de él si por dejar salir a Marty del gran refugio de los derrotados ocurriera una desgracia que privara al pueblo francés de una de sus grandes figuras, del héroe del mar Negro y de Albacete? Marty ha ganado. Ha convencido a Dimitrov. Ha convencido a De Gaulle. Al primero para que le deje salir de la Unión Soviética. Al segundo, para que le deje entrar en Argel. Y Marty ha salido.

Otro telegrama de Méjico. Otra vez a mirar hacia mí. «Pleito de familia decidióse a favor de ella Stop Jesús Hernández Stop». Sólo hace unos meses que Hernández ha salido de aquí y ya son dos veces que sus noticias me hacen palidecer. ¿Cómo es posible que este hombre haga esto? ¿Se habrá vuelto loco? ¿Quiere hundirnos definitivamente presentándonos como aliados en una causa que no sabemos si es nuestra causa, si es mi causa? ¿Qué pretende este hombre, sabiendo como sabe tan bien o mejor que nosotros, que de cada uno de sus telegramas ya tienen copias Dolores Ibárruri, Dimitrov y la N.K.V.D.? ¿Qué ha pasado en América? No lo sé. Me figuro

solamente que ha perdido definitivamente, aunque no sé de qué batalla se trata. ¿Contra Dolores para sustituirla? ¿Contra Dolores–Antón para sanear el Partido? ¿Contra el grupo dirigente de América para acabar con la deshonestidad y la incapacidad? No lo sé tampoco. Sólo sé que la derrota le ha hecho perder la cabeza y que no quiere hundirse solo, o que cree que los que estamos aquí todavía podemos salvarle, sublevándonos y recorriendo Moscú al grito de «¡Viva Hernández!». Siguen pasando los días. Jueves. Viernes. Sábado. Domingo.

Moscú se vuelve noche. Esperanza cose. Yo leo a Valle Inclán en su maravilloso Tirano Banderas. Hace mucho tiempo que ni ella ni yo pronunciamos una sola palabra: coser calcetines que casi no lo son, exige una gran concentración; leer Tirano Banderas, cuando el tiempo le ha convertido en un tirano de opereta, distrae tanto que no deja mucho tiempo para hablar... Y, además, ¿de qué hablar? De pronto suena el teléfono. Esperanza y yo nos miramos. Sigue sonando.

–¿Quién habla?

–Soy yo, Dolores, para darte una gran noticia. Acabo de recibir el texto en francés de una declaración en la que se da cuenta de la creación de la Junta Suprema de Unión Nacional... ¡Es magnífico, Castro!... La línea del Partido, el programa que propuso el Partido en septiembre de 1942... ¡Un gran documento!...

Pienso un momento y pregunto:

–¿Cómo es que viene en francés?

–Es que lo recibió Marty en Argel y lo mandó traducir para dar conocimiento al Partido Comunista de Francia.

–¡Ah!

–Mañana tendrás una traducción completa.

Colgamos.

Esperanza me mira. Yo la miro en silencio.

–¿Qué era?

–Dolores... Ha recibido un documento de España, por medio de Marty, que da cuenta de la creación de la Junta Suprema de Unión Nacional.

–¡Estará loca de alegría!

La miro en silencio otra vez. Vuelvo a tomar Tirano Banderas y me dispongo a continuar leyendo, deseoso de conocer las diferencias entre el ayer y el hoy y deseoso también de no hablar más de esto.

–¿Qué piensas del documento?

–¡Que es mentira!

–¿Por qué?... ¿Es que ya no le concedes ni por segunda vez que pueda ser sincera?... ¿Qué ganaría con engañaran y engañarnos?...

–¿Me quieres escuchar?...

–Te escucho.

–Tú sabes bien que el manifiesto del Comité Central sobre la Unión Nacional llegó a Ufaa hacia mediados de septiembre; sabes también que dicho documento en la emigración lo único que ha conseguido ha sido romper la unidad democrática y aislar a los comunistas. ¿Me quieres decir qué significaría para el Partido el que como único balance de su manifiesto de septiembre después de año y medio no hubiera más que los hechos que conocemos de América?

–¿Que había fracasado su política de la Unión Nacional?

–¿Sería un fracaso solamente del Partido español?

–No; sería, lógicamente, un fracaso de la Internacional Comunista, de Dimitrov y, en última instancia del Comité del Partido Bolchevique, puesto que él fue quien marcó la necesidad de dicho viraje.

–De acuerdo... ¿Recuerdas ahora la marcha de Marty?

–Sí.

–¿No crees posible que Marty llevara el encargo de lanzar la gran noticia de la creación de la Junta Suprema de Unión Nacional, declarando que la había recibido de España?

–¿Es posible?

–¿Y qué significado tendría hacer creer a la emigración que en España había triunfado la política de Unión Nacional?

–Fortalecer la posición del Partido Comunista de España y favorecer el esfuerzo de la Unión Soviética para liquidar las dudas de sus aliados en cuanto al futuro.

–De acuerdo, Esperanza... Ahora tú sigues cosiendo y yo leyendo a Valle Inclán... ¿No te parece?...

Nos hemos echado a reír.

–¿Se puede llamar a esto audacia política? –me pregunta.

–Sería más justo llamarlo aventurerismo político.

–No hables tan alto, Enrique.

Dejo de hablar. En la habitación contigua a la nuestra vive Vlasov, el representante del Partido Comunista de Yugoslavia, que estuvo en nuestra guerra, que perdió una pierna y que habla perfectamente el español. No sé si habrá escuchado o no; no sé tampoco si será capaz, en el caso de haber escuchado, de informar de nuestra conversación, pero me callo. Me callo y escucho. Una pequeña puerta de cristales que comunicaba antes las dos habitaciones es un buen vehículo. Cierto que nosotros hemos puesto una cortina; es probable que Vlasov haya puesto otra, pero cuando Vlasov camina noto el golpe seco de su pierna artificial al chocar contra el suelo; cuando el hijo de Vlasov llora, aunque llore muy bajito, le oímos llorar; y cuando Vlasov discute con su mujer, y discute muy frecuentemente, oímos con toda claridad lo que dicen uno y otro.

Leo.

Esperanza cose.

Y pienso en lo que hubiera escrito Valle Inclán, el manco genial, aunque bastante menos genial que el otro manco, si en verdad hubiera conocido la U.R.S.S.

El domingo agoniza.

Mañana, en la Komintern, todos los secuaces de Dolores me mirarán. Es posible también que alguno de ellos se atreva a decirme: «La creación de la Junta Suprema es un golpe de muerte a todos aquellos que desconfiaban de la justeza de la línea trazada por nuestra camarada Dolores». Es posible. Como no está descartado tampoco que los que como yo han dudado hundan sus dudas en el fondo de su alma.

Mi mundo comienza a reducirse. El «Lux». La Komintern. Y la casa negra que está frente al edificio del Soviet de Moscú. ¿Más allá...? Quién sabe... Que importa... Para mí, todo se resolverá o no se resolverá en estos tres lugares que Moscú envuelve... La piedra sigue descendiendo, se va acercando más y más; la montaña se ha hecho más sombría que nunca y aquí, donde estoy y donde estaré no sé por cuánto tiempo, una noche sin límites previsibles ha comenzado, una noche interminable de angustia y miedo, de maldiciones y dudas.

¿La gente? ¿El miedo? Miedo y gente son la misma cosa en este pequeño círculo en donde vivo, si es que vivo, y trabajo. Y miro a la gente. Y veo el miedo. Y le veo así.

Cada mañana la gente que trabaja conmigo llega a la Komintern con la incertidumbre auestas. Saben que ayer,

como todos los días, después de salir de la Komintern, «Irene Toboso» marchó a la casa negra, que está enfrente del edificio del Soviet de Moscú, en la que tiene Dolores Ibárruri sus oficinas, y que durante algún tiempo, nadie sabe cuánto, estuvo informando al «jefe» minuciosamente. El tono de voz, una sonrisa, una mirada, un comentario sin importancia, incluso el silencio, ha tenido una interpretación política. Por eso cada mañana la gente llega con la incertidumbre a cuestas. Después de cada información de «Irene Toboso», el jefe piensa y toma sus decisiones.

Ésta es la razón de la incertidumbre de cada día en cuantas gentes trabajan en la sección española de la Komintern ¿hablarían de él la noche anterior? Y si hablaron ¿cuál fue la decisión adoptada por el secretario general del Partido Comunista de España, camaradas Dolores Ibárruri, «Pasionaria»?

La primera hora de cada una de nuestras jornadas de trabajo, la gente sólo vive para «Irene Toboso». No importa que el Buró de Información Soviético hable de los avances incontenibles del Ejército Rojo; no importa tampoco que la B.B.C. de Londres nos diga que el rey Víctor Manuel ha anunciado que el día que las tropas aliadas entren en Roma, él delegará sus funciones o poderes en el príncipe Humberto. No importa nada. Durante sesenta minutos sólo importa ella. Ella lo sabe. Y cuando entra, mira a todos. Y todos la miran. Todos quisieran preguntarle algo. Porque todos pretender saber, a través del tono con que ella les conteste, si han caído en desgracia. Si a uno cualquiera no le contesta con un tono cordial, se puede ver al instante cómo el miedo hace aparición en su mirada y verle también

cómo deja de preguntar, cómo baja la cabeza hasta que la barbilla así se le clava en el pecho, cómo se deja caer sobre la silla de su mesa de trabajo, cómo saca unos cuantos papeles de un cajón cualquiera y cómo hace que lee o que piensa para comenzar a escribir.

Vivo la angustia de toda esta gente. La vivo casi con la misma intensidad que la mía.

Y todos los días son así. Y cada día viendo cómo los amigos son menos amigos, cómo los compañeros son menos compañeros. Y es que «ella» es tan «humana», que ha querido reducir al mínimo las víctimas: me aisló de los militares; me aisló de los colectivos; me está aislando de los que trabajan conmigo. La única víctima seré yo. La víctima visible, el condenado público... Pero, ¿y éstos que piensan que alejándose de mí se salvan? La angustia en ellos será inacabable. Vivirán cada día con el temor de que ella, disgustada, junte los pecados de hoy con los de ayer y que actúe implacablemente. He conocido muchos casos así.

Sé que sobre ellos pesará siempre y para siempre la desconfianza. Y que para seguir viviendo, si a esto se le puede llamar vivir, tendrán que ser siempre los primeros en gritar: «¡Viva Dolores, nuestra madre, nuestro jefe y maestro!»; tendrán que ser los primeros en estar de acuerdo con todo; tendrán que ser los primeros en aplaudir los discursos del «jefe»; tendrán que ser los primeros en reír las gracias del «jefe», los primeros también en felicitar al jefe el día de su cumpleaños, deseándole mucha salud «para el bien de la clase obrera y de su pueblo».

III

Definitivamente estoy solo. Es cierto que nunca falta gente a mi lado, que son muchos los que cada día me saludan y muchos con los que cada día hablo. Pero, ¿acaso esto significa que no estoy solo, aislado de todos y de todo?

Sé que a ninguno de los que me rodean puedo hablarle con franqueza, que no puedo decirle la verdad de cuanto pienso. Sé que ninguno de los que me rodean hoy estará a mi lado mañana, no sé cuándo, cuando «ella» me condene en nombre de los «principios marxistas–leninistas–estalinistas», en «nombre de la unidad inquebrantable del Partido, del glorioso Partido de José Díaz y Dolores Ibárruri», en «nombre de los intereses de la patria del proletariado, del primer país socialista del mundo», en «nombre de los intereses del pueblo español, ligado a los intereses generales de la gran Unión Soviética, garantía del socialismo en el mundo». Sé que ninguno de ellos será capaz mañana, no sé qué mañana, cuando ella lance el veredicto, ni de defenderme a mí ni de defender su verdad, que en muchos aspectos coincide con la mía, pues son pocos los que se han salvado de la desilusión de este socialismo harapiento, uniformado y hambriento.

Definitivamente estoy solo.

Y la enorme piedra que desprendieron de la inmensa montaña cuyas cumbres se clavan en el cielo, más cerca de mí que nunca. No sé cuánto tardará en llegar. No sé si contando por semanas serán una, dos o veinte. No sé si contando por días serán uno, tres o cinco. Pero cada vez está más cerca.

Mi soledad la noto cada día y en cada uno. Dolores Ibárruri «Pasionaria», cuando me ve, me saluda sonriente. Pero la conozco demasiado para engañarme: se sabe cerca de lo que ella considera su primera gran batalla y su primera gran victoria contra «los enemigos del pueblo» y no oculta su alegría. Los demás me saludan también, pero... En esta semana transcurrida he podido observar muchas cosas: uno de nuestros militares, que por su condición conoce mejor que yo la opinión y actitudes de los generales Líster y Modesto, me ha hablado como sin darle importancia de lo beneficiosa que sería para todos la reconciliación con Dolores Ibárruri. Mateu, por naturaleza servil, comienza a estar insolente: no es una insolencia desafiante, porque también es cobarde por naturaleza, pero no deja de ser insolente. Josefina López me habla poco y cada tarde visita a Dolores Ibárruri; desde que ha comenzado a visitar al jefe en sus oficinas de la Plaza del Soviet, ha logrado lo que no había conseguido en muchos meses: que le dieran una habitación en la misma Komintern para ella y para su hijo y que autorizaran al marido de turno a entrar en ella. José Antonio Uribe, demasiado tonto para disimular, está muy preocupado. Viene poco a la Komintern y cuando lo hace procura hablar lo menos posible conmigo o hablar de cosas sin importancia, a pesar de que es el segundo miembro de la Delegación del Partido Comunista en la «disuelta» Komintern. A Rafael Vidiella, que ha llegado de

Tashkent y que venía en plan de oposición furibunda, le han dado una covacha en el «Lux» y unas botas del almacén de la Komintern y ha comenzado a hablarme de virtudes y cualidades políticas que no había encontrado antes en Dolores Ibárruri. Moncho está nervioso. Los demás, taciturnos. Sólo Segis Álvarez sigue como siempre: como una sombra enlutada que camina durante algunas horas por la ciudadela del «ex Estado Mayor de la Revolución Mundial».

Lo decisivo está próximo. Sí. Lo presiento... Más aún... Lo siento. Un principio fundamental que escuché muchas veces de muchos y muchos escucharon de mí, parece haberse grabado en mi cerebro o que alguien que no quisiera bien y gozara con ponerme nervioso estuviera gritando en mis oídos, día y noche: «¡Vale más equivocarse con el Partido que tener razón contra el Partido!». Una ley. Una ley brutal. Una ley férrea contra la verdad. Pero una ley en vigor.

¿Qué les importa a los demás si yo tengo razón?... ¿Qué les importa a ellos si el socialismo no existe?... ¿Qué les importa a ellos si la democracia no existe?... ¿Qué les importa a ellos si la libertad no existe?... ¿Qué les importa a ellos si el bienestar no existe? El Partido afirma que el socialismo existe. El Partido afirma que la democracia existe. El Partido afirma que la libertad existe. El Partido afirma que el bienestar existe.

Sí.

«¡Vale más equivocarse con el Partido que tener razón contra el Partido!». Lo escuché mil veces. Y se lo dije a otros casi tantas veces como a mí me lo dijeron. Lo acepté entonces. Lo

acepté ciegamente, como se exige que se acepten las cosas entre los aspirantes a creadores de una nueva sociedad. ¿Qué importa que ahora, cuando me he convencido de que era mentira lo que creí que era verdad, pretenda alzarme contra esta ley bárbara?... Miles de gentes siguen obedeciéndola; algunas decenas se siguen sirviendo de ella... La verdad, ¿qué importa? El hombre, ¿qué importa? Importa el Partido... Sí... Importa el Partido... ¿El socialismo? ¡No! El Partido. ¿La democracia? ¡No! El Partido. ¿La libertad? ¡No! El Partido. ¿El bienestar? ¡No! El Partido.

Me lo dijeron y lo dije.

Abril termina. Dentro de tres o cuatro semanas comenzará el deshielo. La gente se aglomerará sobre los puentes para ver cómo se rompe el hielo, cómo la corriente arrastra en medio de un ruido de tempestad miles y millones de trozos grandes y pequeños. Correrá el agua bajo los puentes sin ocultarse bajo una capa de hielo. El sol volverá a calentar a Moscú. Brillarán las estrellas del Kremlin. Pero la piedra seguirá descendiendo. Y al final de su vertical, continuaré estando yo.

Y...

Y para mí, la primavera seguirá siendo invierno.

Mayo.

Cinco de mayo.

He salido del hotel con una impresión de angustia como nunca había tenido. ¿Por qué? No lo sé. Todo es igual que otras

veces. Moscú no ha dejado todavía, a pesar de estar ya en mayo, de ser gris. La gente sigue siendo como era: el sol aún no ha cambiado el color de su piel, que es lo único que puede cambiar. Todo sigue igual: el Pushkin de bronce sigue como siempre; sobre su pedestal de piedra; esa mujer de escayola sigue encaramada en una detestable cúpula, un poco más sucia que antes... ¿Por qué entonces mi angustia? No sabría decirlo. Intento averiguarlo mientras camino como un sonámbulo. Han pasado tres tranvías que me hubieran podido llevar hasta la Exposición Agrícola, pero no he hecho un solo movimiento hacia ellos. Veo a la gente leer los periódicos de la mañana y ni me he acercado como otras veces, aunque sólo fuera para ver las fotografías de la primera plana. Miro el paseo que va desde la Plaza de Pushkin hasta la de Nikiski y observo que la hierba ha sustituido a la nieve. En el pequeño cine que hay frente de la parada del tranvía, la misma cartelera del día anterior.

¿Por qué entonces esta inquietud?

Las ocho y media. Subo a un tranvía y me siento. El mismo panorama de meses y de años. Es posible que mucha de la gente que veo en el tranvía y por la calle, la haya visto miles de veces: aquí la monotonía es eterna.

Mi angustia... ¿Por qué? ¿A qué altura estará la piedra?

Desciendo del tranvía y comienzo a caminar. Marcho lentamente, como si un miedo interior a encerrarme en este edificio de gigantescas columnas y cientos de cristales, frenara mi marcha... Pero voy llegando. Llego. En las oficinas de la guardia, el mismo estrecho pasillo; en el centro, un centinela al

que enseñó mi «propus». Y unos pasos, una puerta que empujo y el jardín y sus caminos de asfalto que me recuerdan, no sé por qué, El Escorial.

Un escalón. Otro. Varios escalones. La gran puerta con pesados cuarterones de madera. Humedad y eco. Paso delante del ascensor y comienzo a subir por las escaleras. Humedad y el eco de mis pasos.

Llego al cuarto piso.

No ha llegado nadie. Me siento ante mi mesa de despacho y espero. Mientras espero, miro: dos ventanas, dos retratos, cuatro mesas, cuatro sillas, dos máquinas de escribir, un teléfono, un mapa de España y una lámpara... Y mi angustia.

Y ellos. Los mismos de siempre. Hablan y fuman. Humo y gente. Yo y mi angustia... ¡Qué asco!... ¿Por qué no podría estar solo para mirar hacia arriba, para mirar a la piedra y medir a ojo de buen cubero qué distancia hay entre ella y yo?

Ella, que mira a todos. Ellos, que miran los ojos de ella.

Preguntan y responde; pregunta y responden: Ella está hoy más cordial que nunca. En ellos no hay ni la incertidumbre ni el miedo de otros días. Hoy no puedo vivir su angustia. Vivo la mía solamente. Ella sale. Hoy no hay el desfile de costumbre a su despacho. Se han suprimido los sesenta minutos de incertidumbre y miedo. Y, sin embargo, a la incertidumbre y al miedo los ha sustituido la preocupación. Cada vez que miro a uno, me mira. Y cuando les hablo y me hablan, noto en todos, menos en Mateu, un tono distinto al de los demás días. Son lo

mismo de cordiales que ayer y que otros días, pero el tono... En el tono de cada uno de ellos hay algo extraño, nuevo. ¿Preguntar? El teléfono suena. Dolores, que habla.

–Castro, procura que hoy se termine el trabajo pronto. Vamos a celebrar una reunión importante.

–De acuerdo, Dolores.

–¿Terminaréis a las siete?

–Creo que sí.

Cuelgo. Me están mirando todos... ¡Todos!... ¿Por qué?... ¿Por qué?... Mi angustia otra vez... Cada vez mayor...

Escribimos. Yo dejo de escribir muchas veces para pensar en la reunión de esta noche. ¿Otro viraje? No lo creo posible. Según otra comunicación de Argel, los monárquicos están ansiosos por ingresar en la Unión Nacional. ¿Errores de interpretación de la línea política? Tampoco. Dolores Ibárruri está contenta con las emisiones. ¿Cambios en la redacción? Lo dudo, hace dos días, Dolores Ibárruri nos ha felicitado efusivamente por nuestro trabajo personal y colectivo. Según ella, la opinión de «arriba» es que nuestras emisiones son de las mejores.

La gente habla hoy menos que otros días. Las dos de la tarde. Faltan cinco horas.

¿Cuál será el orden del día? Es extraño que sobre esto no me haya dicho nada. Miro a Mateu. Mateu conoce el orden del día.

Miro a «Irene Toboso», que entra en la redacción. «Irene Toboso» conoce el orden del día. Mucho mejor que Mateu. Tan bien como «ella». Todos la conocen bien. Todos menos yo.

Las cinco de la tarde. Bajo a la biblioteca. Pasillos y penumbra. Sombras que andan de un lado para otro. Y de entre unas estanterías, humo y un olor detestable: Segis Álvarez sigue colocando libros, mientras fuma, enfundado en la bata de los que aquí no son nada.

–¿Qué hay, Segis?

–Lo de siempre, Castro.

–¿Has encontrado algo nuevo?

–Blasco Ibáñez, si se le puede llamar nuevo.

–Renuncio.

–Haces bien.

Y regreso. El tiempo pasa rápido. Cuando llego al despacho, son las seis.

Todos están preparados y esperan. No se habla. La gente fuma, se limpia las uñas, se rasca la cabeza y mira el reloj.

¿Un problema político? ¿Un problema teórico? ¿Táctica o estrategia?

Será o no será algo de esto, pero de lo que sí estoy seguro es de que no es una reunión normal. Una reunión normal no es

capaz de cambiar la fisonomía de toda esta gente, que ha asistido en su vida a cientos y miles de reuniones normales.

Entra «Irene Toboso».

–Nos iremos en el coche de Dolores –me dice.

Esperamos... Se abre la puerta de la redacción y entra el chófer de «ella».

–A sus órdenes, camaradas.

Y todos, creo que un poco nerviosos, nos hemos puesto en pie y comenzado a salir. Hoy, Mateu no ha respetado las categorías: ha salido el primero. Y en el coche de «ella» casi todos los que estábamos arriba: «Irene Toboso», Mateu, Moncho, Josefina López, Segis Álvarez y yo. Y nadie habla. Ni tan siquiera el chófer, al que no he visto ni una sola vez que permaneciera en silencio durante el trayecto.

Me acuerdo de la montaña. De la piedra. De la vertical. ¿Será hoy?... ¿Será esta noche?

«Que sea ya de una vez», pienso mientras veo cómo el coche tuerce a su izquierda para enfilarse hacia la calle de Gorki; y ahora otra vez tuerce a la izquierda para entrar en la Plaza del Soviet. Y se detiene delante de la casa negra en cuyo tercer piso dos ventanas están iluminadas.

«Propus».

Tres pisos. Entramos. Dentro, mucha gente... Creo y no creo que faltan minutos para que la piedra se estrelle contra mí... Mucha gente: Vidiella, Pretel, Uribe, Gallego, Ortega, Stepanov y nosotros. Detrás de un delgado tabique de madera la voz de ella y otras voces que no sé de quién son. «Irene Toboso» entra rápidamente en el despacho de ella. Esperamos. Y mientras esperamos, voy contando los que me han saludado y a los que al parecer no han notado mi presencia.

Sale «Irene Toboso».

–Podéis pasar, camaradas.

Entramos. Sentada delante de su pulida mesa de despacho, «ella». A su izquierda y a su derecha, dos generales; el general «polaco» Líster y el otro general «polaco» Modesto.

–Salud –digo al entrar.

Me ha parecido oír un «salud» lejano y tímido. Avanzo hacia la pulida mesa detrás de la que está ella y a cuyos lados, como la guardia negra de un emperador, hacen guardia ellos: los dos «generales polacos».

Líster me estrecha la mano sin pronunciar una palabra.

«Ella» y el otro general continúan hablando en voz baja.

–Sentaos, camaradas –dice quien puede decirlo.

Nos vamos sentando. Cada uno sacamos de nuestra inseparable cartera unas cuartillas y del bolsillo de nuestras

chaquetas las no menos inseparables plumas fuente que vamos colocando casi al mismo tiempo delante de nosotros, cuidadosa, delicadamente. Luego nos miramos unos a otros. Ahora la miramos a «ella», que sigue hablando con el mismo general que hablaba cuando entramos. Detrás de mí, en uno de los rincones de este elegante despacho, está sentada «la parte soviética»: Stepanov. En el rincón opuesto, detrás de una pequeña mesita está sentada Esperanza González y delante de ella un grueso montón de cuartillas y una verdadera escuadra de lapiceros. Detrás de «ella», un gran retrato de Dimitrov que, desde cualquier ángulo que se le mire, parece mirarlo a uno fijamente. Y nada más. «Ella» nos ha mirado. Después ha ordenado tres o cuatro papeles que tenía desperdigados por la mesa, ha contraído el gesto y...

«Camaradas: no se trata de una reunión simple, sino de una reunión muy importante, determinada por una serie de hechos que ponen en peligro la unidad del Partido. Quiero que los hechos a que me refiero sean conocidos por todos vosotros y que juntos adoptemos aquellas medidas, por graves que sean, que nos permitan defender al Partido de sus enemigos».

Pausa.

Las manos de «ella» han tomado el pequeño montón de papeles.

«Los camaradas de México han enviado un informe, en el que dan cuenta de que Hernández ha sido separado de la dirección del Partido, por sus intentos de apoderarse de él y de alzarse contra la dirección y contra la Unión Soviética.

Silencio. Nadie mira a nadie. Todos miran los papeles que «ella» tiene entre las manos.

«Hernández, desde su llegada a México y aprovechándose de las relaciones personales de Antón y mías, pensó ganarse a los camaradas Uribe y Mije para luchar contra mí y contra Francisco Antón. Tomando como base las dificultades por que ha atravesado y atraviesa nuestra emigración en la U.R.S.S. ha pretendido también convencer a los camaradas Uribe y Mije de la necesidad de sacar de la Unión Soviética a la emigración española, lo que hubiera significado un gran escándalo y un no menos desprestigio para el primer país socialista».

Otra vez silencio.

Sin mover la cabeza miro a todos los que puedo mirar: Modesto está pálido; Ortega, lívido; «Irene Toboso», sonriente; Julio Mateu, tranquilo; Josefina López, nerviosa; Segis Álvarez, no sé, tiene inclinada la cabeza y no puedo verle la cara; Rafael Vidiella, parece dormir; Esperanza González la mira a «ella» fijamente y espera a que hable para continuar escribiendo; los demás están al margen de mis miradas...

«Afortunadamente nuestros camaradas de América comprendieron los propósitos criminales de Hernández; reaccionaron rápida y enérgicamente. El Partido en América, en bloque, ha secundado la actitud de los camaradas Uribe y Mije, que una vez más han probado su inquebrantable fidelidad al Partido. Y Hernández se ha quedado solo. La primera batalla contra esta nueva ofensiva de los enemigos de

nuestro Partido, de nuestro pueblo y de la Unión Soviética, ha sido ganada».

Un suspiro colectivo. En muchos, un falso suspiro de satisfacción.

«Pero sería un error, camaradas, dejarse adormecer por los éxitos. La lucha por la unidad de nuestro glorioso Partido y en defensa de la Unión Soviética está muy lejos de haberse terminado con lo hecho por los camaradas Uribe y Mije... ¡Hernández no estaba solo!... Hernández tenía y tiene aquí, en la Unión Soviética, su corifeo: Enrique Castro».

La piedra ha llegado a su destino. Silencio. Todos me han mirado bajo la mirada de «ella». Yo he mirado a todos los que he podido mirar. «Yo os propongo, camaradas, que Enrique Castro sea separado del Comité Central del Partido y del trabajo que en la actualidad realiza en el Instituto, hasta tanto nos demuestre con hechos y de una manera categórica que se ha vuelto a hacer merecedor de la confianza del Partido».

Silencio otra vez.

De la otra habitación llega hasta mí el tictac de un reloj.

Miro.

Miro a todos los que puedo ver... Son gentes desconocidas. Miran en una sola dirección: «El Ángel Exterminador» atrae todas las miradas. Mirarme a mí puede ser peligroso. Y tengo la impresión de que estoy delante de una jauría de perros

salvajes, que sólo esperan la señal del amo para lanzarse sobre su presa...

Perros. A veces los hombres son mil veces peores que los perros. La voz de antes atrae nuestras miradas.

Ella otra vez.

«En estos momentos, camaradas, hay que olvidarse de muchas cosas, Cuando la unidad del Partido está en peligro hay que sacrificar la amistad, el mismo cariño nacido a través de años y años de lucha común, de privaciones y sacrificios. Hay que ser implacables... ¡El Partido, camaradas, por encima de todo!... Con este espíritu de Partido quiero que enjuiciéis los hechos. No basta decir que sí, que se está de acuerdo: hay que decir por qué».

La fiera excita a sus fieras.

Pero nadie quiere tomar la iniciativa.

Comienzo a pensar en Hernández. No sé cómo será América. Pero sé muy bien que él no estará, como yo, sitiado por el odio, por la ambición, por la cobardía. El podrá defenderse, si quiere defenderse; podrá atacar, si quiere atacar; podrá huir si no quiere defenderse o atacar. Yo no puedo hacer ninguna de las tres cosas: si intentara defenderme, nadie me escucharía; si intentara atacar, nadie me haría caso; y, huir... ¿adónde?

La piedra ha llegado a su destino.

Miro mis papeles, en donde he apuntado: «Hernández tenía y tiene aquí, en la Unión Soviética, su corifeo: Enrique Castro». Noto sobre mí la mirada de «ella»; creo que también «la parte soviética» me está mirando. Creo que dentro de mí el instinto de conservación y la dignidad discuten violentamente. ¿Por qué discuten? La piedra ha llegado a su destino... Son las diez de la noche... Esperanza me habrá dejado la cena sobre la mesa y se habrá acostado en espera de que llegue, esperando, como siempre, buenas noticias. Allá lejos, en Tashkent, mi madre y mi hermana quizás cuenten los días, los pocos días, que faltan para reunirse conmigo...

Y yo aquí. Hundiéndome empujado por el odio y la cobardía. La angustia produce un sabor amargo en la boca. Quisiera beber agua, pero la jarra y los vasos están lejos de mí y no tengo la seguridad de que haya suficiente valentía como para acercármelos si los pidiera... ¡A los enemigos, ni agua!

Uno.

Un general polaco habla: «El caso de Hernández es típico: es el de un fracasado lleno de ambiciones, que ha esperado el momento oportuno para iniciar la lucha contra nuestra camarada Dolores, contra el Partido y la gloriosa Unión Soviética».

¿La habitación 222 en que vivía Hernández?... ¿Quién se acuerda de ella?... ¿Quién se acuerda de cuanto comió, bebió, fumó y habló en ella?

«Creo que ha sido justísima la decisión tomada por los camaradas de América. En cuanto al caso de Castro, si bien es

distinto, no por ello es menos peligroso. Por ello estoy de acuerdo con las medidas que propone la camarada Dolores y espero que el camarada Castro sepa corregir sus graves errores y volver a ser un hombre digno de militar en el Partido Comunista de España».

Todos miran a este general polaco.

Las miradas de todos le han animado: «¡Camarada, el Partido por encima de todo!».

Le ha llegado el turno al segundo general polaco.

«Hernández no es otra cosa que un aventurero político. Su ambición le hizo creer que le sería posible sustituir a José Díaz. De aquí su odio contra la camarada Dolores. Hoy vemos claro que su defensa de la emigración no era más que un medio en su camino hacia la dirección del Partido. Él quiso hacer creer que la culpa de cuanto pasaba a la emigración la tenía la camarada Dolores. De esta manera la desacreditaba frente a los cuadros más destacados del Partido y preparaba su candidatura. Sin embargo, le dio miedo dar la batalla aquí. Sabía que el Partido Bolchevique defendería a la camarada Dolores. Y buscó América, a la que creyó campo fácil para su lucha contra nuestro secretario general. Pero Hernández olvidó que nuestro Partido es igual en todos los lugares donde se encuentre. Que el Partido siempre está en guardia contra sus enemigos, llámense Jesús Hernández o como se quiera. Que para el Partido no sirve para engañarle un buen pasado de éste o el otro militante. Yo también coincidí con Modesto en que el caso Castro es distinto. Castro se dejó influir por Hernández,

pero Castro es un hombre honrado, trabajador, inteligente y no dudo que sabrá reconocer su error, romper abiertamente con Hernández y trabajar modesta y abnegadamente bajo la dirección de nuestra camarada Dolores. Yo espero, Castro, que veas en mis palabras el deseo de ayudarte».

Se humedece los labios y concluye:

«Castro es un equivocado; Hernández un traidor. Ésta es mi opinión frente a los problemas planteados por nuestra camarada Dolores».

Estoy seguro de que en uno de los cajones de esa pulida mesa de despacho está archivado el informe que Líster y Modesto enviaron al Comité Central del Partido Bolchevique contra Dolores Ibárruri y Antón; estoy seguro también que junto a él estará el otro informe que Jaime Cañameras hiciera a Dolores Ibárruri, informándola del complot de Líster y Modesto; no descarto tampoco que también se encuentran las cartas que Líster y Modesto enviaron a los diferentes colectivos, llamando al odio sagrado contra «ella» y contra «él». Pero ahora no se trata de eso: se trata, en primer término de Hernández; en segundo término de Castro; en tercer término, con el pretexto de Hernández y Castro, de asustar a la emigración, de acobardarla, de obligarla a capitular ante «ella», y ante esta gran mentira a la que llaman socialismo.

Los generales han terminado.

¿Quién hablará ahora?

«Estoy de acuerdo –es «Irene Toboso» quien habla– con lo dicho por la camarada Dolores. Pero quiero insistir sobre el caso de Castro. Aquí se he dicho que Castro es un hombre equivocado, pero honrado. Camaradas, nosotros, los comunistas, sólo conocemos una honradez: la del militante para con el Partido. Fuera de ésa, ninguna. Creo, por tanto, que los camaradas Modesto y Líster se han dejado influir por su vieja amistad con Castro. Castro ha luchado contra la camarada Dolores y el camarada Antón. Castro ha luchado contra el camarada José Díaz. Castro ha luchado contra la política de Unión Nacional. Castro, haciendo toda clase de chistes y críticas contra la Unión Soviética, ha mantenido durante años una actitud antisoviética. Castro ha apoyado a Hernández en sus maniobras para conquistar la dirección del Partido y luchar contra la U.R.S.S. Como muy bien ha dicho la camarada Dolores, en estos momentos no debe haber lugar para sentimentalismos...».

La víbora ha vuelto a enroscarse.

Yo miro mis papeles.

Ignacio Gallego pide la palabra.

«Creo que es necesario señalar, porque lo han olvidado los camaradas que han hablado antes que yo, que Castro ha luchado también contra la Unidad de la J.S.U. No se trata ahora de citar hechos, pero es claro que los enemigos del Partido habían de estar muy interesados, para lograr sus propósitos, en acabar con la unidad de la J.S.U., defensora abnegada de su jefe y maestro: el Partido».

Otro.

Han terminado los cínicos y los canallas. Ha llegado el turno a los tontos e imbéciles.

Vidiella hace un gesto. Dolores le responde con otro. Y Vidiella comienza a hablar, pero el recuerdo de la habitación y las botas que le dieron a su regreso de Tashkent le hace ser breve y diplomático.

«Yo no he oído hablar a Castro de todo cuanto se está diciendo aquí. Claro que con esto no quiero decir que no lo haya dicho, solamente que yo no lo he oído. Quiero decir también que al llegar a Tashkent y hablar con Castro de la situación creada por la muerte de José Díaz, nunca hizo alusión a Hernández como el probable sustituto; recuerdo bien que a una pregunta mía sobre esa cuestión, me respondió categóricamente: Dolores no es posible, es una mujer de reacciones genitales; Hernández es demasiado frívolo; sin duda que el candidato menos malo es Uribe. Conozco sus defectos: es cazurro, grosero, poco diplomático, pero si sigue siendo un hombre honrado y firme, es bastante. Quiero decir con esto que dudo de que Castro fuera el propagador de la candidatura de Jesús Hernández».

Uribe mira a Dolores.

«Camaradas: quiero señalar ante todo una conclusión fundamental que se desprende de los hechos que nos han reunido hoy aquí: la vigilancia revolucionaria. Hemos convivido con Hernández y Castro durante mucho tiempo y sólo cuando Hernández ha comenzado la batalla en América y nos han

informado de ello, es cuando hemos caído en la cuenta de que en los lugares más importantes del Partido en la U.R.S.S. se hallaban incrustados los enemigos del Partido y de la Unión Soviética. ¡Hay que estar vigilantes, camaradas, como nos enseñan el camarada Stalin y la camarada Dolores!».

Segis levanta la cabeza.

Deja su vieja pipa sobre la mesa y habla.

«Yo estoy de acuerdo con las decisiones tomadas por los camaradas de América y con las que aquí se tomen. Pero como el camarada Gallego ha hablado de que Castro ha luchado contra la unidad de la Juventud y yo soy el único miembro de la J.S.U. que como tal ha trabajado con él, quiero aclarar esto para que no haya lugar a falsas interpretaciones. Castro ha trabajado conmigo durante mucho tiempo y yo con él, en la elaboración de las emisiones de la Juventud. Y tengo que decir que su ayuda constante facilitó extraordinariamente mi trabajo».

Josefina López o «el amor libre» interviene.

«Yo estoy de acuerdo con todo lo que los camaradas han dicho. Quisiera haber intervenido más ampliamente, pero llevo poco tiempo trabajando en el Instituto Científico y, además, trabajo en otra habitación, por lo que no he podido darme cuenta de la política de Castro».

Pretel.

«Yo no tengo más noticias de las actividades de Hernández y Castro que las que vosotros me dais ahora. Si son ciertas, estoy de acuerdo con las medidas que se adopten».

Sé que ahora hablará Ortega.

No quiero escucharle.

Comienzo a pensar en lo que debo decir yo, puesto que es inevitable que después de este imbécil me hagan hablar a mí. Sé que dispongo aún de cinco minutos para pensar: Ortega es lento hablando, irá repitiendo un poco de lo que ha dicho cada uno de los que han hablado y si Dolores no le mira enérgicamente es capaz de darme un plazo de tiempo mayor para preparar mi intervención. Pienso en lo que puedo hacer y decir. La conclusión es demasiado amarga.

Frente a mí, un solo grupo: «ella», «la parte soviética», los cortesanos de «ella» y los ex conspiradores. Éstas son las fuerzas en presencia, hablando a «la manera marxista».

Entonces ¿qué conseguiría iniciando un ataque brutal contra los «ex»? Nada. Mejor dicho, nada bueno para mí: empujarlos más y más en los brazos de «ella»; hacer más compacto el grupo de los «Ibárruristas», de los mercenarios. Y no tengo el menor deseo de hacerle un favor. No puedo atacar. ¿Decir en medio de tanta mentira mi verdad? Sería un suicidio. Tampoco puedo decir mi verdad. ¿Qué puedo hacer entonces? ¿Hacerme «una autocrítica sincera», «a la manera bolchevique», afirmando que «objetivamente» estaba ayudando a los enemigos del pueblo español, del Partido y de la Unión Soviética? Sé que elogiarían mi «sinceridad

revolucionaria», que hablarían elogiosamente de «mi último servicio al Partido», pero no haría más que quemar mis últimas posibilidades de salvarme físicamente, ya que no políticamente, y no diría la verdad. Mis divergencias políticas con Dolores Ibárruri no son una ayuda a Franco, a pesar de que se emplee para demostrarlo toda la «dialéctica marxista». Creo por el contrario que es la pareja Dolores–Antón en la dirección del Partido la mejor ayuda con que cuenta Franco, aparte de la que signifiquen sus propias fuerzas. Lógicamente, pues, mis divergencias políticas con Dolores no pueden ser consideradas como una traición a mi pueblo. Renuncio a la autocrítica. Ortega se ha callado. Todos me miran.

–Pido la palabra.

–Puedes hablar –contesta «ella».

Y comienzo.

«Hay dos problemas que quiero tratar por separado: el de Hernández y el mío. ¿Era Hernández un enemigo cuando salió de la U.R.S.S.? Si hubiera sido un enemigo no hubiera salido, como tampoco se le hubiera dado por Dimitrov una misión de confianza para sanear el Partido en América. Entonces, mis relaciones con él, en aquella época, no pueden constituir un motivo de acusación hoy, porque entonces habría que acusar a todos. Ahora decís que Hernández ha intentado «un golpe de Estado» para apoderarse de la dirección del Partido y luchar contra la Unión Soviética. Si es verdad, tenéis razón para acusarle de ello; si no es verdad, no tenéis razón. Pero suponiendo que sea verdad ¿qué tengo yo que ver con lo que

Hernández haya hecho o haga en México? Yo tengo relaciones políticas y personales con Hernández cuando éste es un hombre en la dirección del Partido y un hombre de confianza de Dimitrov y Manuilski. Mis relaciones políticas y personales con Hernández quedan cortadas desde el momento que él sale de Moscú. Y quedan cortadas por una razón muy simple: porque no existen desde ese momento más relaciones con Hernández que las que se tienen a través del aparato secreto. Creo haber contestado a la acusación de corifeo de Hernández que me ha lanzado Dolores.

Ahora sobre mi problema.

¿Que yo he mostrado mi disconformidad con Dolores Ibárruri y Francisco Antón por la entronización en los métodos de dirección del Partido del sistema familiar? Evidente. ¿Que yo he discrepado de la política de Unión Nacional? Cierto. ¿Que he dudado de que fuera verdad la creación de la Junta Suprema de Unión Nacional? No lo niego. ¿Que he criticado a la burocracia soviética y algunas otras cosas más? Si comparamos mis críticas con las hechas, por ejemplo, en el XVIII Congreso y en la XVIII Conferencia del Partido Bolchevique, estaremos conformes en que lo dicho por mí no tiene importancia. ¿Que he luchado contra Pepe Díaz? ¿Queréis decirme entonces por qué fui su hombre de confianza hasta el momento en que dejó la dirección de los asuntos del Partido? ¿Queréis decirme por qué cuando se me quiso separar de él con el pretexto de enviarme a un curso superior de filosofía, se opuso rotundamente? ¿Queréis decirme también por qué esta acusación se ha dejado hasta ahora y no se me hizo en vida de él? Conclusiones que saco de cuanto he escuchado: la

acusación de corifeo de Hernández carece de base; muchas de las acusaciones que se me han hecho son ciertas, otras son falsas. Creo entonces que de lo que se trata es de ver si mis divergencias son justas o no, pero no de juzgar a priori limitándose a aceptar unas sanciones que, propuestas al comenzar la reunión, constituyen un elemento de coacción.

No entro más a fondo en los problemas porque para mí ha sido una sorpresa esta reunión. Porque creo también, e insisto sobre ello, que no se pretende discutir, sino condenar. Ello hace inútil por tanto una acusación prolongada y en consecuencia una intervención mucho más amplia de mi parte.

Nada más».

Noto sorpresa. Pero no tengo tiempo de observar. La «parte soviética», sin pedir permiso a «la parte española», ha comenzado a hablar.

«Camarada Castro –comienza Stepanov–, ¿por qué pretendes defender a Hernández cuando Hernández se ha portado tan mal contigo? Hernández te robó varias partes de tu libro para utilizarlas en el suyo; Hernández, en México, te acusa afirmando que tú estás completamente de acuerdo con él, que tú representas en Moscú su posición política. ¿Por qué te agarras a lo que se hunde?».

Mi antiguo profesor de marxismo quiere completar el golpe.

«Quiero contestarte, camarada Stepanov, para que las cosas queden en su verdadero lugar. Hernández no me robó ninguna parte de mi libro sobre la guerra española para utilizarla en el

suyo. Hernández me pidió una serie de datos y yo se los di. Su libro, y tú bien lo sabes, era un encargo de la Internacional Comunista. ¿Me quieres decir qué se hubiera dicho de mí si me hubiera negado a proporcionarle aquellos datos que se creían útiles para esclarecer las causas de nuestra derrota? Se hubiera hablado de sabotaje y de muchas cosas más. Conclusión: Hernández no me robó nada, y yo voluntariamente le entregué los datos que me pedía. ¿Que Hernández me ha acusado? ¿Que ha declarado que yo soy en Moscú el representante de su línea política? Se trata solamente de saber si es verdad o no lo que ha dicho sobre mí. ¿Por qué, camarada Stepanov, sólo se cree de Hernández lo que puede perjudicarme a mí? Debo decir que si Hernández en México ha considerado nefasto para el Partido el sistema familiar de dirección de Dolores–Antón, coincido con él; si Hernández ha criticado la actuación de Uribe y Mije, que mucho antes se había criticado aquí, coincido con él; si Hernández ha señalado como mala la situación de la emigración aquí, lo que nadie puede negar, coincido con él; si Hernández ha intentado apoderarse de la dirección del Partido, no coincido con él; si Hernández afirma que yo soy su representante aquí, no coincido con él. Todo esto no es defender a Hernández; es, simplemente, defenderme de una serie de acusaciones que considero falsas y exponer mis opiniones sobre determinados hechos, opiniones que hoy pueden ser las de Hernández, pero que ayer eran casi generales aquí».

Unos momentos de silencio.

«Ella».

«Camaradas, creo que el problema está suficientemente discutido, Se trata ahora de aprobar o no aprobar mis proposiciones referentes a Castro, de que sea separado del Comité Central y de responsable de la redacción de «Radio España Independiente». ¿Estáis de acuerdo, camaradas?

–¡Sí!

Me he puesto en pie y he comenzado a recoger mis papeles.

–¿Estáis de acuerdo en que enviemos un telegrama a los camaradas de México?

–¡Sí!

La he mirado fijamente.

Y cuando me ha mirado me he limitado a decirle:

–¿Debo ir mañana a trabajar?

–No, es preferible que no vayas más.

–Salud.

Nadie me ha contestado. He comenzado a caminar. Salgo del lujoso despacho. En el despacho de Esperanza González suena el tictac de un reloj; son las 2.30 de la mañana. Atravieso el vestíbulo y comienzo a bajar por las escaleras. Tengo la impresión de que me voy hundiendo en un abismo sin fin.

¡La piedra ha llegado a su destino!

Cruzo el hall y salgo a la calle. ¡Nadie! Comienzo a atravesar el jardincillo y Pretel me alcanza. Durante unos segundos caminamos en silencio. Luego se vuelve hacia mí y habla:

–Castro, siempre que estés de acuerdo con el Partido cuenta con mi ayuda.

–Gracias, Pretel.

–No te desesperes, Castro. Es mejor que medites sobre tus errores y que los corrijas. Es mi mejor consejo.

–Gracias, Pretel.

Seguimos caminando. El «Lux». Delante del ascensor el hombre que pide el «propus». Subimos andando. Al llegar al primer piso, Pretel se despide.

–Buenas noches, Castro.

–Buenas noches, Pretel.

Ahora mis nervios han cedido; mi cuerpo se ha inclinado un poco más hacia delante; cada peldaño es un esfuerzo y cada esfuerzo un paso más hacia el agotamiento. Cuando llego a «nuestro» piso arrastro los pies. ¡Políticamente muerto! Es la primera etapa. Llego hasta la puerta de la habitación y me detengo unos segundos... La segunda víctima está en ella... Entro... Al entrar, Esperanza se ha despertado.

–¿Qué tal la reunión?

La miro.

Ella ha visto algo extraño en mi mirada; algo más, además del cansancio.

–¿Qué ha pasado?

–He sido separado del Comité Central y expulsado de la Komintern.

–¿Por qué?

–Me acusan de ser en Moscú el representante de Hernández, que ha sido separado de la dirección del Partido bajo la acusación de luchar contra ella y contra la Unión Soviética.

–¿Y qué has respondido?

–Lo que he dicho, lo que aún pudiera decir no importa, Esperanza. Había sido condenado de antemano.

He comenzado a desnudarme.

–¿No cenas?

–No.

Esperanza se ha cubierto la cabeza con las ropas de la cama. He apagado la luz y me he acostado. ¡La piedra ha llegado a su destino! He entrado en un mundo de soledad, de desesperación. He entrado casi solo: con mi angustia y mi dignidad a cuestas; con Esperanza a mi lado; es posible que dentro de unos días, con mi madre y mi hermana, que llegarán

de Tashkent; y detrás de nosotros, arrastrándose, como nosotros, Alejandro y Estrellita, la pequeña hija de mi hermana. Nadie más. Tengo sed, es posible que también fiebre. Me levanto, enciendo la luz, y me acerco a la mesa. Esperanza levanta la cabeza y me mira.

–¿Qué haces?

–Beber agua.

–Procura dormirte, Enrique.

–Sí.

Apago la luz y vuelvo a la cama. Pienso. Creo que en unos minutos he revisado mi vida con la precipitación de quien no tiene la seguridad de que puede disponer de mucho tiempo. He recorrido aquella carta que escribí en los primeros días de mi estancia en la U.R.S.S. a un compatriota viejo residente en Francia: «Al fin estoy en el país del socialismo, en el mundo de la felicidad... ¡Qué alegría!... Sólo quisiera poder llegar hasta tu viejo París, hasta nuestro amado Madrid, hasta Londres o Nueva York, llevando en la palma de la mano un Moscú chiquito para gritar: ¡Camaradas, mirad nuestra patria, la capital del país donde no hay explotados ni explotadores, donde no hay paro ni miseria!... ¡Mirad, camaradas, mirad!... Pero tengo que conformarme con contarte lo que he visto».

Si hoy pudiera escribir...

Le podría hablar con cierta ironía de Monsieur Guillotin, como de un hombre que ignoraba en absoluto la ciencia de

liquidar al hombre; como de un hombre que en un momento de convulsión social pudo asombrar a las gentes con un procedimiento que no era otra cosa que la mecanización del oficio de carnicero; incapaz por lo tanto de aprovechar al máximo la muerte del hombre, realizándola por etapas, para sacar el mayor beneficio político de ella en beneficio «de la humanidad avanzada y progresiva». Podría hablarle de las tres etapas de la eliminación del hombre: la muerte política, la muerte civil y la muerte física. Ofrecería con ello una nueva oportunidad de poder apreciar los progresos de la ciencia soviética «al servicio del hombre...».

Dejo de pensar en esto.

Pienso en mí.

¿Mañana?... ¿Puedo saber acaso cómo será mi mañana?... Desde hoy, mi mañana les pertenece a «ellos». Esperanza tiene razón: debo dormir... Las tres de la mañana... Quiero dormir... Comienzo a tener sueño... Ayer era cinco de mayo... Enfrente de mí, la puerta que da al pasillo. Recuerdo que la he cerrado con llave, pero recuerdo también que en la dirección del hotel hay una llave doble de cada una de las innumerables puertas que hay en este viejo edificio... Todas las entradas hasta mí están abiertas de par en par... Detrás de mí está el balcón que da a la calle de Gorki y desde el cual veo todas las cosas: gentes y vehículos, al fin todos son cosas aquí, a la mitad de su tamaño... «Su muerte es la mejor prueba de su crimen contra el Partido y contra el país del socialismo». Sí... Así hablaría «ella»... Y muchos de los que nacieron en España escupirían para indicar con ello su conformidad. Renuncio a darles esta

oportunidad. Es preferible dormir y esperar. Quizás mañana, en este cerco impenetrable que me rodea, pueda abrirse una pequeña grieta por la que pueda salir, aunque sea despacio y en silencio y dejando trozos de ropa y de carne en las alambradas que marcan los límites del país del «socialismo», de la «libertad» y del «bienestar»... «Procura dormirte, Enrique». Esperanza tiene razón una vez más. Es preciso descansar, no dejar que el cansancio abra el camino al derrumbamiento interior. Cierto que han muerto en mí los últimos restos de una vieja ilusión, pero aún queda el hombre con el deseo de vivir y de encontrar una razón por la cual luchar. ¿Qué importa que «ellos», en donde decía Enrique Castro hayan puesto un cero, para reafirmar que el país soviético es el mundo de los ceros y de unos cuantos unos?... ¿Qué importa que «ellos» piensen que el hombre no es nada y que su «socialismo» lo es todo? Por encima de todo y de «ellos» está el hombre... ¡EL HOMBRE!

No sé si son las ocho o las nueve de la mañana, sólo sé que hoy, 6 de mayo de 1944, es mi primer día de condenado político. No sé si he dormido o no, pero tengo la impresión de haber vivido una terrible pesadilla en la que, durante horas y horas, millones de gentes haraposas y hambrientas me han estado gritando, sin cesar, traidor... Abro los ojos y miro. El sol ha comenzado a entrar en nuestro cuarto. Esperanza, ya vestida, permanece inmóvil, sentada sobre el borde de su cama y con el rostro hundido entre las manos. Alejandro duerme. No era yo solo quien estaba en la vertical. Me levanto, me calzo y me acerco al lavabo. No tengo ganas de hacer nada: ni de afeitarme, ni de lavarme... Pero Esperanza me está mirando. Y a pesar de que hoy es distinto a los demás días, me esfuerzo

para dar la impresión de que hoy es lo mismo que ayer... En un viejo vaso de cristal afilo una vieja hoja de afeitar. Y comienzo; pero hoy no tengo prisa. Y cuando termino salgo del lavabo y me dejo caer sobre el sillón, con el deseo de pensar. Es difícil. No me encuentro en disposición de pensar en el socialismo, ni en la guerra, ni en los «jueces» de anoche. Y sin embargo, tengo que pensar; no puedo dejar de pensar. ¿Habrá terminado ya el proceso? Lo ocurrido anoche ¿sería solamente el comienzo?

Esperanza ha interrumpido mis pensamientos: «El café se te va a quedar frío, Enrique». Me he tomado el café y he intentado continuar pensando. El ayer ya no me importa. Lo importante desde ayer será hoy y con el hoy, el mañana: la incertidumbre ha entrado a formar parte de la familia.

Sí, hoy seré el tema de actualidad en todos los colectivos españoles de Moscú y mañana de todos los demás. Desde cada uno de ellos, al caer la tarde, comenzará a llegar el eco de cientos de voces españolas que gritarán lo mismo que me pareció que me gritaban millones de gentes haraposas y hambrientas: ¡Traidor!... ¡Traidor!... ¿Y después? Definitivamente no puedo pensar. Y miro. Voy mirando lentamente todo lo que hay en esa pequeña habitación convertida en «confortable» celda: enfrente de mí, en una pequeña estantería, está un grueso libro con el relato oficial de los procesos de Moscú; a su lado el lomo rojo de lo que fuera en otros tiempos «mi» Biblia: «Cuestiones de leninismo» y en ellas la polémica de Stalin con la oposición. Pero nada de esto me dice nada. Sí, allí está el libro que contiene todos los discursos del XVIII Congreso del Partido Bolchevique: «El

socialismo de hoy y mañana». Pero ¿por qué mirar y mirar a esa estantería convertida en almacén de grandes mentiras?... ¿Por qué? Ahora miro a Esperanza, que anda de un lado para otro preparándose para marchar al mercado negro, con nuestro pan negro, a cambiarlo por lo que pueda y por lo que sea...

–Hasta luego, Enrique...

–Hasta luego, Esperanza.

Y minutos después que ella, sale Alejandro. Y me quedo solo, sin necesidad de disimular, frente a una realidad que, por encima de mi voluntad, me hace estremecer. Me he levantado del viejo sillón y me he detenido frente al mapa de la U.R.S.S., en el que está anotada día por día, con trazos gruesos de varios colores, la historia de esta terrible guerra, con sus derrotas y sus victorias. Pero hoy no me detengo a señalar lo que está ocurriendo en Sebastopol y en el resto de este inmenso frente. No me preocupa mucho el hecho de que Inglaterra y los Estados Unidos de Norteamérica hayan acordado dar petróleo a Franco, a cambio de que éste ponga en libertad algunos barcos italianos. El mapa de la U.R.S.S. hoy, es para mí distinto a ayer. Hoy no busco en él las rutas de los ejércitos soviéticos que avanzan: soy un preso que busca solamente los probables caminos de huida. ¿Vladivostok? ¿Murmansk? ¿Tiflis? Pero ¿cómo llegar a cualquiera de estas tres ciudades soviéticas?... ¿Y cómo salir de ellas si es que me fuera posible llegar a alguna? Ni defenderme. Ni atacar. Ni huir. Regreso al viejo sillón y otra vez vuelvo a hundirme en él. Y vuelvo a pensar en la huida. Y vuelvo a pensar en la imposibilidad de huir. Y vuelvo

a preguntarme una y otra vez. ¿Qué hacer?... ¿Qué puedo hacer?... ¿Se puede hacer algo?... Tengo sobre mí la impresión de haber olvidado todo lo que en mi larga vida de revolucionario aprendí. Voy repasando lentamente todo lo que constituye la escuela de mi vida. Voy recordando cómo actué en la ilegalidad, en los sindicatos, entre las gentes de la ciudad y del campo. Voy acumulando recuerdos y más recuerdos. Pero no me siento contento ni optimista: frente a mí están los maestros de la táctica y la estrategia más tenebrosa que ha conocido la historia. Con la ventaja, además, de tenerme aprisionado, encerrado en esta pequeña habitación, de la que cada frontera está a miles de kilómetros. Y, sin embargo, no debo renunciar, no puedo renunciar a salvarme... Es preciso trazarse una línea de conducta. ¿Regular? ¿Buena? ¡Qué importa!... Lo importante, es tener una línea determinada, un plan de conducta y de acción, si es que aquí es posible la acción... Y pienso... ¿Claudicar frente a las condiciones que ellos sin duda van a imponerme como colofón a sus medidas de «organización»?... ¡No es posible!... Me hundiría ante ellos, ante todos los demás y, fundamentalmente, ante mí mismo. Y a cambio de eso ¿qué?... ¿Atacar?... Sería, más que una locura política, un suicidio político, civil y físico. Les daría todas las posibilidades para que pudieran volver a experimentar, esta vez sobre un español, su famosa técnica de la eliminación del hombre en beneficio del «régimen soviético y de la revolución mundial». No; no es posible atacar. La cuestión es ganar tiempo, sin renunciar a nada; ganar tiempo y aprovecharlo para poder salir de este infierno que fuera de aquí se conoce por el «primer país socialista», por «la sociedad sin clases», por «el único lugar en el mundo en el que ha sido abolida la explotación del hombre por el hombre». Los medios no

importan. Lo importante es el fin. Es decir, combatir contra ellos con sus propios medios. Éste es el único camino.

Podría reírme, siento incluso ganas de reírme, pero ¿y si me viera alguien reír o sonreír? No; es mucho mejor dar la impresión de abatimiento, de derrota, de hundimiento moral y físico. Necesito engañar para salvarme. Para salvarme y salvar a los míos. Para huir de aquí y volver a comenzar.

Alguien anda en la cerradura de la puerta. Mis nervios escapan al control de mi voluntad. Me estremezco. Siento miedo. Mis ojos se clavan en la estrecha puerta por la que pueden entrar todos... ¡Es Esperanza! Hago un esfuerzo para tranquilizarme. Ella se deja caer en el borde de una de las camas y me mira. La miro fijamente. Comienza a hablar... «Me he encontrado en el mercado a... y me ha dicho que Dolores ha convocado una importante reunión para esta noche; que a la reunión concurrirán los militantes más destacados del Partido, que se encuentran en Moscú; y se prevé que en ella, Dolores, tomando como motivo tu caso y el de Hernández, va a intentar el golpe definitivo contra la oposición, contra el descontento, contra... Me ha dicho también que en los compañeros hay un pánico terrible...».

–¿Nada más? –la pregunto.

–Sí... Se ha dado orden a todos los españoles de que no te dirijan la palabra.

–¿Nada más, Esperanza?

–No sé más, Enrique.

Los dos nos hundimos en el silencio. Miro a Esperanza y siento una inmensa pena por ella. Dejo de mirarla. No quiero que el dolor de los demás me ablande; no quiero que el miedo de los demás me envuelva. Y para evitarlo recurro a mi soberbia, a mi orgullo. Y me figuro a «ella» sentada detrás de su pulida mesa de despacho; y me veo delante de ella: «Dolores, yo comprendo que me he equivocado y que con ello he puesto en peligro la unidad del Partido y la adhesión de nuestros camaradas a la Unión Soviética. Pero te prometo que desde hoy seré un militante incondicional del Partido y de ti, que no sólo eres el símbolo del comunismo español, sino su jefe. Te prometo que jamás saldrá de mis labios una crítica hacia ti, ni hacia la dirección del Partido, ni hacia la Unión Soviética. Sólo te pido, camarada Dolores, que me ayudes a encontrar de nuevo el camino...».

La veo sonreír.

Yo también sonrío figurándome la escena.

M...

Las horas transcurren con una lentitud de agonía. La costumbre de comer me obliga a comer. Después, otra vez al sillón mientras que Esperanza, enfrente de mí, cose y cose. De vez en cuando levanta la cabeza y me mira. Yo comprendo que siente la necesidad de que hable, de que le diga qué pienso, de que le dé una esperanza, por pequeña que sea. Pero no estoy dispuesto a hablar, no estoy dispuesto a decir a nadie, ni a ella misma: la línea que me he trazado en un intento desesperado por salvarme y por salvarlos. Tengo miedo de despertar en ella

una ilusión y de que esta ilusión pueda reflejarse en su cara, ante aquellos que desde mi «proceso» mirarán todo con el deseo de descubrir algo que pueda interesarle a «ella»... No. Es mejor que sufra, que su cara refleje una angustia terrible, una enorme desesperación. ¡Que crean que estamos hundidos!...

Las cinco de la tarde... Ya habrán terminado de escribir las emisiones de hoy. Mateu hablará con «Irene Toboso» en voz alta para que todos los demás lo oigan; y hablarán de mí, de mi «traición», de la necesidad de terminar con el «castrismo»; y los demás escucharán en silencio y atormentados por el miedo de que la terminación del «castrismo» represente también su liquidación política; y allí, en la pared de enfrente, mi mesa aún sin dueño y montones y montones de papeles tirados en el suelo como demostración de una búsqueda salvaje de nuevas «pruebas» de mi «traición».

Suena el teléfono.

Nos hemos estremecido al mismo tiempo.

–Habla tú, Esperanza.

Ha tomado el auricular y ha preguntado:

–¿Quién habla?

–... ..

–Sí, soy yo, Esperanza.

–... ..

–¿Para qué?

–... ..

–Bueno, iré.

Ha dejado el auricular y me ha mirado. En su cara hay un gesto extraño, pero indescifrable para mí.

–¿Quién era?

–Es la mujer de Tagüeña que quiere hablarme.

–¿Para qué?

–No lo sé, Enrique; me espera en la estación del Metro de Ojotni–Riad.

Se ha marchado y otra vez me he vuelto a quedar solo. Sigo dándole vueltas a la línea elegida para salvarme y salvar a los míos. La línea general la he dividido en etapas, las etapas en partes, las partes en detalles. Ha vuelto a renacer la esperanza. Y por primera vez desde hace cuarenta y ocho horas, la confianza en mí mismo ha vuelto a ser una realidad.

Suena el teléfono... Dudo un momento si tomarlo o no y, al fin, me levanto y lo tomo.

–¿Quién habla?

–Yo, Uribe.

–Dime.

–Te llamaba para decirte que sería necesario que hicieras una declaración sobre tu actitud.

–¿No fue clara mi posición de la otra noche?

–No es eso, Castro. Tú sabes que es norma del Partido que, cuando contra un militante se toma una resolución, éste haga una declaración.

–Una rectificación pública ¿no es eso?

–Exactamente, Castro.

–Bien, haré una declaración.

–¿Cuándo crees que la terminarás?... Tú sabes que sobre todo para ti es muy importante hacerla. Una declaración sincera, una autocrítica bolchevique, puede ayudarte mucho, Castro.

–Lo sé, Uribe. Pero dame tiempo. Debéis figuraros cuál es mi estado moral después de lo ocurrido. Pero te prometo que la haré lo antes posible.

–De acuerdo, Castro.

He colgado el teléfono y he sonreído. Estoy seguro de que este imbécil habrá corrido a comunicar a Dolores mi respuesta, sin olvidarse de repetirle mis palabras: «Debéis figuraros cuál es mi estado moral después de lo ocurrido...». Y ella se habrá sonreído... Y él habrá sonreído... Y yo, pensando en las dos sonrisas, he sonreído también. Pero rápidamente la

preocupación se ha apoderado de mí. Los acontecimientos van más de prisa de lo conveniente. No quieren darme ni la más pequeña tregua. Quieren precipitar las cosas. Hundirme definitivamente lo antes posible, para asegurarse la victoria antes de que pueda producirse una reacción de los españoles, que no se producirá, estoy seguro. Pero el problema es grave. Puedo retrasar tres o cuatro días la entrega de mi declaración, pero ni un día más. Es decir, dentro de cuatro días ellos sabrán qué es lo que pienso, sabrán que no rectifico, que no claudico, que sigo sosteniendo mis posiciones.

Dentro de cuatro días ellos sabrán cuál es mi posición; y después de esto, vendrá un nuevo ataque. La muerte política aquí es un hecho. La muerte civil, el segundo hecho importante. ¿Será la muerte física el tercer hecho destacado de este «proceso» contra los «enemigos del pueblo español», «contra los agentes enemigos incrustados en las filas del glorioso Partido de José Díaz y Dolores Ibárruri»?

¡Cuatro días!

Han transcurrido algunas horas, no sé cuántas. No quisiera escribir y sé que no tengo más remedio que hacerlo; quería ocultar mis posiciones y mis propósitos y ganar tiempo, y no es posible. Ésta es la conclusión a que he llegado, después de pensar mucho.

Se abre la puerta. ¡Esperanza!

—¿Qué?

–Nada o casi nada, Enrique. Era para explicarme su situación: desde hoy no podrán venir a vernos. Dolores está llamando uno por uno a todos aquellos que fueron tus amigos o que nos visitaron con frecuencia... Los tiene ante ella horas y horas, les lanza con todo el veneno que tiene, la acusación de su amistad contigo, de sus visitas a este cuarto y, fríamente, los va acorralando hasta hacerles declarar sus «culpas». Y cuando los tiene aterrorizados, segura ya de que no serán capaces de la más leve reacción, los «perdona»...

–El terror.

–El miedo ha penetrado hasta la medula en todos los españoles.

Nos callamos. Esperanza me mira, después mira a las cuartillas y vuelve a mirarme.

–Me ha llamado Uribe para pedirme que haga por escrito una declaración, mejor dicho, una rectificación de mis «errores», una «autocrítica bolchevique», para hacerla pública... y que sirva de ejemplo y enseñanza a todos los militantes.

–¿La vas a hacer?

–No tengo más remedio que hacerla.

–¿Vas a rectificar?

–¡No!

Otra vez el silencio. La puerta vuelve a abrirse y entra Alejandro. Quizás no comprenda toda la importancia de lo ocurrido. Pero el miedo ha calado en él. Los hijos de los demás españoles que habitan en el «Lux» han dejado de hablarle. No soy yo solo: hemos sido condenados todos.

–Acércate.

Se acerca y se detiene delante de mí. Esperanza nos mira a los dos. Le miro fijamente.

–Tú sabes que me han expulsado del Comité Central del Partido; tú sabes, también, que me han echado del trabajo; tú sabes que Dolores ha dado la orden de que nadie me dirija la palabra... Tú te das cuenta de que algo muy grave nos está pasando, ¿no es cierto?

–Sí.

–Pues bien, desde hoy, escúchame bien, cuanto oigas en este cuarto no debe salir de tu boca, ¿me entiendes? Es posible que te pregunten cariñosamente qué es lo que hace tu cuñado, qué es lo que dice... ¡Ni una palabra!... ¿Me entiendes?... ¡Ni una palabra!... Tú no sabes nada... ¿Me entiendes?

–Sí.

Si te preguntan qué hago, puedes responder: «Lee». Si te preguntan cómo estoy, puedes contestar: «Bien». Si te preguntan qué hablo, puedes decirles: «No habla»... ¿Me entiendes?

–Sí.

Interviene Esperanza.

–Ni una palabra, Alejandro, de lo que veas u oigas aquí. Ten presente que cualquier cosa que digas pueden utilizarla contra nosotros... Y sería espantoso, Alejandro.

El miedo se ha hecho más evidente en sus ojos. Pero es necesario que tema, que esté bajo la impresión de que cualquier palabra suya puede perdernos a todos. Esperanza prepara la cena. Alejandro permanece sentado sobre una de las camas. Yo miro de vez en cuando a uno y otro y después más detenidamente las cuartillas que coloqué delante de mí. Tomo la pluma y vuelvo a dejarla. Hago un esquema y lo rompo. Comienzo a escribir «A la Delegación del Partido Comunista de España en la U.R.S.S.» y lo tacho; no quiero escribir y sé que antes de cuatro días tendré que haber escrito dos, tres o cuatro cuartillas...

Cenamos.

Esperanza y Alejandro se acuestan. Yo permanezco por algún tiempo sentado en el sillón y, al fin, decido también acostarme. ¡Aún quedan cuatro días! Cuatro días... Después de ellos la lucha se reanudará con más violencia que nunca... Y sin poder huir... Aprisionado aquí, entre estas cuatro paredes, con una puerta abierta a todos ellos... Y con un balcón desde el cual todo lo que pasa por la calle de Gorki se ve a la mitad de su tamaño... Y «ella», desde el lujoso despacho de la casa negra, azuzando a sus perros y sus perros deseando hacer presa en mí para sentir más tarde la caricia de su ama... Apago la luz y me

hundo en la cama. Mañana será un día menos... Pasado mañana sólo me quedarán dos días... Acabará el plazo. Y allí, en la casa negra, esperando que llegue un montón de cuartillas al final de las cuales estará mi firma.

¿Claudicar? ¿Mantener mis posiciones? Vuelvo a figurarme la escena... «Dolores, yo comprendo que me he equivocado...».

M...

Cierro los ojos e intento dormirme... Dentro de dos horas comenzará un nuevo día... Y mientras llega el sueño, pienso en lo que mañana deberé comenzar a escribir...

Otro día. Otro día que comienza como todos los días transcurridos desde el día cinco de mayo. Otra vez sentado en el viejo sillón; otra vez, como ayer, teniendo delante de mí un montón de cuartillas y la pluma fuente; otra vez con la misma preocupación del día anterior: ¿cómo empezar, qué decir? Esperanza me mira, ella sabe bien cuánto representa el hacer esta declaración, el hacer, como ellos quieren, «una autocrítica bolchevique». Y está preocupada. Yo también lo estoy. Pero no puedo rehuir el problema. La única forma de rehuirlo sería huir. ¿Y quién puede huir? Hay que empezar, canto antes mejor. Y comienzo.

No quiero negar mis divergencias con Dolores Ibárruri–Antón; ni tampoco mi disconformidad con la política de Unión Nacional; ni las críticas que me he permitido hacer en otros tiempos al régimen soviético o a la burocracia soviética. Y hablo de ello. Con las mismas palabras de siempre. Rechazo totalmente las acusaciones que se me hicieron y que son falsas

y reconozco aquellas otras que se me hicieron y que son verdad. Acepto, ¡qué remedio me queda!, las sanciones impuestas. Y nada más. Y en todo ello destaca con extraordinaria fuerza mi decisión de no renunciar a nada de lo que creí y creo todavía que fue justo; ni renuncio a la libertad de expresión ni de crítica...

Ellos esperan que mi declaración les sirva para reforzar sus posiciones entre el resto de la emigración. Al no ser así, al no poder presentar a los colectivos una declaración en la que yo mismo me presente como culpable, introduciré en mis «jueces» cierto desconcierto; haré llegar al resto de la emigración la idea de que no me considero culpable, de que no me declaro culpable. Llevaré a la emigración la duda sobre la justeza de las sanciones tomadas conmigo y ellos, mis «jueces», tendrán que buscar nuevas formas para convencer a los emigrados que ellos tenían razón para adoptar las medidas que adoptaron contra mí. Pero hasta que tal cosa logren es muy posible que pasen más de veinte días y que si se deciden a dar nuevos golpes tengan que ser golpes desesperados, a los que la gente no encuentre una explicación lógica. Debo obligarlos a marchar lentamente, en zigzag, a meditar mucho cualquier medida que quieran tomar contra mí, a mantener en la emigración la idea de que tienen la fuerza pero no la razón. En conclusión: ganar tiempo, reduciendo la rapidez de sus ataques, debilitando la intensidad de sus golpes, impidiendo que puedan atemorizar a toda la emigración y, sobre todo, convencerla. Creo que mi declaración responde perfectamente a este propósito. Es breve: cuatro cuartillas escritas a mano. Y en todas ellas un sistema de defensa sutil, que sin duda no les

facilitará, de ninguna manera, mi aplastamiento definitivo. Miro a Esperanza. Ella me mira también.

–¿Quieres escuchar mi declaración?

Se acerca hasta mí y se sienta en el borde de la cama que está a mi derecha. Comienzo a leer lentamente, subrayando aquellos párrafos que creo fundamentales, haciendo pequeñas pausas para darle tiempo a que me haga cualquier observación.

Termino.

–¿Quieres leerla otra vez?

Vuelvo a comenzar. Y lo hago lo mismo que la primera vez.

–Estoy de acuerdo... ¿Cuándo la vas a entregar?

–Intentaré retrasar su entrega lo más posible. Hay que ganar días. Y sé que durante unos cuantos, ellos esperarán. Me harán concesiones de tiempo, con la esperanza que yo les haga concesiones de principio.

Otro día.

Tengo ganas de salir a la calle, de andar de un lado para otro, viendo todo lo que se pueda ver y que tantas veces he visto. Pero domino mis deseos. Durante unos cuantos días nadie debe verme; todos deben pensar que estoy escribiendo. Hoy la amistad ha vuelto a resucitar: Carlos Díez me ha ofrecido su casa y su ayuda; la mujer alta, de pelo blanco y acento catalán,

me ha ofrecido su casa. Han sido unos momentos de alegría. Unos momentos solamente. Pero unos momentos de alegría que para mí han tenido un valor incalculable. La amistad no ha podido ser exterminada totalmente en el «país del socialismo».

Después otra vez un transcurrir de horas en silencio; de pensar otra vez en lo mismo que vengo pensando desde hace días; de asomarme de vez en cuando al balcón para ver durante unos minutos la calle de Gorki de abajo arriba y de arriba abajo; de mirar las torres del Kremlin camufladas de gris, del color que no es nada desde lejos, para pasar desapercibidas, ellas, que durante años y años brillaron noche y día para que las gente las vieran y fuera del país constituyeran el motivo de millones de comentarios; para acabar hundiéndose otra vez en el sillón de siempre, en el único sillón que tengo, y volver a leer la «declaración» y volver a cambiar una palabra o precisar una formulación, o.

El teléfono.

–¿Quién habla?

–Soy yo, Uribe.

–Dime...

–¿Cómo llevas la declaración?

–Bien, creo que pronto podré enviártela.

–Salud.

–Salud.

Otro día.

El teléfono. Llama el único que puede llamar.

–¿Quién habla?

–Soy yo, Uribe.

–Dime, Uribe.

–¿Te falta mucho, Castro?

–Procura terminarla rápidamente.

–Bien, Uribe.

–Salud, Castro.

–Hasta mañana, Uribe.

Quando deajo el auricular, siento ganas de blasfemar. Me contengo y me limito a pasear lentamente, con la misma lentitud que he paseado por otras celdas de otros países, contando los pasos en una dirección, contando los pasos en la dirección contraria, procurando dominar mis nervios, intentando muchas veces apartar mis pensamientos de lo que me angustia desde hace días y de llevarlos a épocas en que no era nadie, en que en mi vida no pasaba nada...

Esperanza regresa del mercado.

–¿Llamó Uribe?

–Llamó.

–¿Qué te ha dicho?

–Lo mismo que ayer.

Noto en Esperanza una gran preocupación, que quizás naciera aquella noche en que fui «condenado».

Nos miramos.

–Dime, Esperanza.

–Ganar tiempo... Ganar tiempo, Enrique... ¿Para qué? La única salvación está en salir de aquí y ¿quieres decirme quién podrá ayudarnos a salir de este infierno?

Preferiría no hablar, pero comprendo que si bien necesito que yo y los míos demos una impresión de amargura y hundimiento absolutos, no dejo de comprender por ello que no es conveniente que se hundan de verdad en la desesperanza...

–Es muy posible, Esperanza –le contesto–, que lo ocurrido aquí lo sepan ya en México o, al menos, se lo figuren. Es muy posible también que Hernández dijera a tus hermanas, al llegar, cuál era nuestra situación y cuáles son nuestros deseos...

–Sí, todo es posible.

–¿Y quién dice que tus hermanas no hayan comenzado ya las gestiones?

–Sí, todo es posible.

–Pero aunque no fuera así, ¿por qué hemos de perder la esperanza en que todo no será siempre igual?

–Sí, pero...

–Sin «peros», Esperanza. Yo sé que la situación es difícil, terriblemente difícil, que estamos en sus manos y que harán todo lo posible por no soltarnos, pero ¿vamos a renunciar por ello a salir de aquí? Ten en cuenta que para mantenerse frente a ellos, como es preciso mantenerse, es necesario tener una esperanza, por pequeña que sea, de que algún día, no sé cómo ni de qué manera, podremos abandonarlos.

–Quizás tengas razón.

–La tengo, Esperanza. No olvides que en estos momentos están frente a frente dos voluntades o dos grupos de voluntades mejor dicho: el de ellos y el nuestro. De no aniquilarnos físicamente, y por el momento no lo creo, la voluntad más fuerte acabará por triunfar...

Esperanza ha sonreído.

–Sé lo que has pensado, Esperanza. No, no estoy loco. Sé que ellos son más fuertes que nosotros, que ellos tienen todo en sus manos y que nosotros somos sólo nosotros y que no tenemos nada en qué apoyarnos, salvo nuestra voluntad. Lo sé todo. Sé que a cualquiera que le dijera que estaba dispuesto a luchar contra todos ellos hasta conseguir salir de la U.R.S.S., se reiría de mí...

–Me quieres decir Enrique, ¿quién en condiciones parecidas a las tuyas ha conseguido abandonar el país?

–A partir del año treinta, no recuerdo ningún ejemplo...

–¿Entonces...?

–Eso, Esperanza, o renunciar.

–No es posible renunciar.

–¡Estamos de acuerdo entonces!

Horas. Más horas. La noche otra vez. Cada uno en su cama y la angustia con cada uno.

Otro día. El teléfono. Lo toma Esperanza.

–¿Quién llama?

–... ..

–Un momento, por favor.

Cuando tomo el teléfono, sé ya quién está al otro lado. A pesar de ello, pregunto:

–¿Quién habla?

–Soy yo, Uribe.

–La estoy terminando. Una vez que la pase en limpio te la enviaré.

–De acuerdo.

Los plazos se han terminado. Intentaré ganar dos días más. Es lo único que puedo intentar por ahora.

Otro día.

Espero la llamada del imbécil que me llama todos los días. Espero con la declaración encima de la mesa, como si de antemano estuviera convencido de que no hay posibilidad de nuevos plazos, como si estuviera seguro de que cuando tome el teléfono y le pregunte me fuera a decir: «Ahora paso a recogerla, Castro». Y pasan las horas. Y durante horas y horas mi mirada está clavada en el teléfono ¿Ahora?... No... todavía no... Sigo mirando el teléfono. Es un aparato moderno, de fabricación lituana.

Llegó a Moscú cuando la libertad murió en ese pequeño país del Báltico. ¡El teléfono!

–¿Uribe?

–Sí.

–La he terminado. En estos momentos la estoy pasando en limpio. Es posible que mañana por la mañana te la envíe.

–Procura que sea mañana, Castro.

–Haré lo que pueda.

–Salud.

–Salud –respondo al mismo tiempo que me dejo caer en el borde de la cama.

Sí, mañana la tendréis en vuestras manos. Mañana podréis decir a Esperanza González que escriba rápidamente para distribuir lo antes posible las copias. Mañana podréis anunciar a los colectivos españoles que ha llegado la declaración de Castro.

–Se acabaron los plazos, Esperanza.

–Me lo figuraba.

Me levanto y me detengo delante del mapa de la U.R.S.S... Vladivostok... Murmansk... Tiflis... Me siento otra vez en el sillón. Esperanza enchufa el altavoz: Radio Moscú no entretiene, fatiga. Alejandro, sentado en su cama, no sé qué lee. Cenamos. Mañana entregaré la declaración... ¿Veinte días de tregua...? Puede que sí y puede que no... Pero ya es imposible retener por más tiempo lo que he escrito... ¡Lo quieren!... ¡Lo necesitan! 12 de mayo. Meto la declaración en un sobre que cierro cuidadosamente. En él escribo: «Para la Delegación del Partido Comunista de España en la U.R.S.S.».

–¡Alejandro!

–¿Qué quieres?

–Lleva este sobre a casa de Uribe. Si te preguntan algo, no sabes nada de nada... ¿De acuerdo?

–Sí.

Sale. Oigo el ruido de sus pasos por el pasillo... Cada vez el ruido es más débil... Ya no oigo nada... Unos minutos... Sí, ya habrá llegado. Es posible que Uribe haya abierto el sobre con un gesto nervioso. Quizá se haya acercado su mujer y probablemente sus hijos. Uribe habrá leído en silencio, su mujer habrá leído en silencio por encima de sus hombros. Se abre la puerta y entra Alejandro.

–¿La entregaste?

–Sí.

–¿A Uribe mismo?

–Sí.

–¿Te dijo algo?

–Nada.

¡Veinte días!... ¿Veinte días?... Ya no es posible volver atrás. Me alegro de que así sea. Ahora, a esperar todo lo que me dejen esperar. ¿Después?... Después ya veremos. Siento ganas de salir a la calle. Siete días encerrado son muchos días. Me pongo la chaqueta. Dentro de mi nerviosidad ante un mañana incierto, me siento con ánimo sereno y resuelto.

–¿Vas a salir? –me pregunta Esperanza.

–Sí.

–Si preguntan por ti, ¿dónde digo que estás?

–Di que no lo sabes.

Y salgo. Avanzo por el oscuro pasillo mientras miro de reojo a todas las puertas. Tengo la impresión de que muchos ojos me miran; aunque es posible que no me mire nadie. Bajo las escaleras lentamente. Al cruzarme con el hombre de siempre, con el hombre que pide el «propus», le miro y me mira. ¡Está en el secreto!... En la calle, delante de la puerta del hotel, varias mujeres hablan al mismo tiempo que mueven lentamente unos cochecitos de los que salen cabecitas muy rubias o muy morenas... Me miran. Aquí las mujeres saben todo lo que saben sus maridos. Las miro. Y comienzo a caminar hacia la Plaza de Pushkin. Son las once de la mañana. Sigo caminando. Llego a la plaza de Maiakoiski... Vuelvo. Sol y gente. Camino despacio y tranquilo. Otra vez en la Plaza de Pushkin. El «Lux». Continúo. Ahora la Plaza del Soviet. A mi izquierda, la casa negra. A mi derecha, el Palacio del Soviet de Moscú: blanco y rojo. Miro a mi izquierda. Están abiertas las ventanas, pero no veo gente. Miro a mi derecha: una fila de automóviles «Six» delante de la puerta. Y sigo. Entro en una librería de nuevo y viejo. No llevo dinero, pero sólo yo lo sé. Y me entretengo mirando libros y más libros. Los he visto muchas veces. Pero no importa, hoy no me interesan los libros, me preocupa el tiempo. Salgo y bajo hasta el «Hotel Moscú». Mucha gente y muchos policías. Regreso. Llego a la Plaza del Soviet. A mi derecha, la casa negra, a mi izquierda, el Palacio del Soviet.

No miro.

Sigo.

El restaurante «Lux», la panadería del «Lux», con el mismo olor agrio de siempre, con la cola de siempre, con los mendigos de siempre que gritan y gritan: «un poco de pan, ciudadano». Y el «Lux». Enseño el «propus» y entro en el ascensor. Una mujer vieja me mira. Es la encargada de la limpieza de nuestro piso; Natacha, que arrastra sus setenta años durante horas y horas por nuestro piso, y que como un perro hambriento husmea en las basuras de todos los cuartos en espera de algo, aunque ese «algo» esté podrido. Me mira como siempre, sin curiosidad. Para ella lo único importante en la vida es su hambre y sus años, dos terribles cargas con las que casi no puede. Nuestro piso. Me cruzo con unas cuantas mujeres. Sólo una me saluda: la madre de Alard, que fuera miembro del Comité Central del Partido Francés y al que ahora Togliatti ha hecho recobrar su verdadero nombre, Sarreti, y le ha incorporado al Partido Italiano, que al parecer está escaso de «cuadros». Nuestra habitación. Esperanza cose. Alejandro lee. Me quito la chaqueta y me siento.

–¿Viste a alguien?

–A nadie.

–Mejor.

–Sí, mucho mejor.

Quisiera leer un poco, pero tengo poco que leer... *¿Los procesos de Moscú?... ¿Las Cuestiones del Leninismo?... ¿El Socialismo, Hoy y Mañana?...* Prefiero leer *El Don Apacible*. Cuando Sholojov escribió esta novela aún era independiente, aún era Sholojov. Comienzo a leer lo tantas veces leído. Leo

con gusto: la verdad, aunque no nos agrade, siempre es la verdad. Esperanza pone la mesa: tres platos, tres cucharas, tres pedazos de pan y tres vasos con agua. Ahora una sopa de macarrones. Comemos en silencio. Ahora nuestro segundo plato: patatas cocidas. El pan y el té lo dejamos para lo último: es el postre. Esperanza recoge los cacharros.

Sigo leyendo. Suena el teléfono. Un estremecimiento colectivo.

–Cógelo tú, Esperanza.

–¿Quién habla?

–... ..

Gracias.

Se vuelve hacia nosotros.

–¡Un telegrama, Enrique!

Nos miramos los tres. Creo que en los tres hay una misma interrogación: ¿de quién?...

–Baja por él, Alejandro.

Desde que sale hasta que llega han transcurrido unos minutos de angustia. Esperanza toma el telegrama en sus manos y lo abre. Lee. Se ha puesto pálida, terriblemente pálida. Me alarga el telegrama. Lo tomo y leo: «Concedido permiso de entrada. Visitar al embajador de México. Quintanilla. Aurora».

Ahora es Alejandro quien lee. Ninguno de nosotros se atreve a romper el silencio.

–¿Qué habrá sido? –me pregunta Esperanza.

–No sé.

–¿Qué piensas hacer?

–Primero, comunicarle al Partido la noticia. Segundo, visitar al embajador de México.

–¿No serán peligrosas ambas cosas?

–No. El hecho de que el Partido sepa que hemos sido reclamados por nuestros familiares de América, le hará ver que no estamos solos. La visita a Quintanilla reforzará esta idea.

–¿Estás seguro, Enrique?

–Seguro, Esperanza. No quiero con esto decir que no aumenten su rabia y su odio contra mí. Pero esto es lo menos importante. Lo importante es que no nos crean solos, que no piensen que estamos a merced de sus caprichos, que tengan la impresión de que nuestro aniquilamiento no puede ser ya un secreto... Por el momento, mientras dure la situación internacional actual, es posible que las cosas se produzcan de una manera distinta a como se produjeron para los extranjeros de 1937.

–Quizás tengas razón.

Me siento tan contento que he abandonado el sillón y he comenzado a pasear más rápidamente que de costumbre de un extremo a otro de la habitación. Pero esta vez no cuento los pasos. Pienso solamente en el telegrama; en la carta que escribiré a Dolores comunicándoselo; en la visita que haré a Quintanilla para confirmarlo.

Sigo pensando. Comienzo a sentirme mareado. Me siento. Esperanza me mira. Alejandro me mira.

–¿Cuándo piensas escribir a Dolores?

–¡Ahora mismo!

–¿Y visitar a Quintanilla?

–¡Mañana!

La cena es lo mismo que la comida; aquí los menús son eternos. Pero en todos nosotros hay más alegría que antes. Sí, desde ahora hay que reflejar todo lo contrario de lo que hemos venido reflejando. Desde hoy, hay que dar la impresión de tranquilidad, de cierta alegría. Y si alguien nos pregunta algo, que nadie nos preguntará, decirle que estamos preparando nuestra marcha a México. Es preciso que a la emigración llegue la noticia; de que en la emigración surja la idea de que, aun «condenado», es posible salir de aquí. Una vez que Esperanza ha limpiado la mesa, escribo a Dolores. Es una carta breve, en la que lo más importante es: «...he recibido un telegrama de mis familiares dándome la noticia de que el gobierno de México me ha concedido la entrada en su país. Con este motivo tengo que presentarme al embajador de México...».

–Esperanza, creo que deberías plancharme un poco el traje.

–¿Para qué?

–Mañana visitaré a Quintanilla.

El traje sobre el sillón y la carta sobre la mesa. Nos acostamos. Vlasov camina lentamente por su habitación. El choque de su pierna artificial contra el suelo produce un ruido seco, casi metálico. Ahora discute en voz alta, no sé con quién. Radio Moscú habla. Rumania, Hungría, Bulgaria y Finlandia son conminadas por los aliados a que abandonen la contienda. En el frente italiano, los ejércitos aliados han emprendido una ofensiva general. Dejo de ocuparme de Vlasov. Dejo de ocuparme de la guerra. La batalla contra «ellos» es para mí más importante en estos momentos que todas las batallas que puedan producirse en el frente italiano, en el frente ruso–alemán, en el frente del Pacífico. Aquellas batallas estoy seguro que las ganarán los aliados; la de aquí no sé aún si la ganaré yo. ¿Cómo reaccionará Dolores ante mi carta? ¿Cómo reaccionará la N.K.V.D. ante mi visita a la embajada de México? No me lo figuro. Pero estoy decidido a que mañana, Alejandro lleve la carta a la casa negra; estoy decidido igualmente a visitar mañana al embajador de México, Quintanilla. En cuanto a lo primero, no podrán decir que les engaño; sobre lo segundo, no podrán decir lo que acostumbran decir siempre de todos los condenados: «...tenía relaciones con la embajada de una potencia enemiga».

Por primera vez en estos siete días tengo ganas de dormir. Cierro los ojos y espero a que el sueño llegue. El «Lux» está en

silencio. Moscú está en silencio. A veces la noche y el silencio atraen al miedo. Tengo la impresión de que alguien anda cerca de nosotros, de que la puerta se abre y se cierra, de que...

Cuando abro los ojos, Moscú vive todavía en sombras. Espero. Fumo mientras tanto. Y comienzo a pensar en lo que debo hacer en este nuevo día. La carta a Dolores está hecha y Alejandro la llevará a la Casa Negra. Me preocupa más que cualquiera otra cosa la visita a la embajada de México. ¿Quién será Luis Quintanilla?... ¿Cómo será?... ¿Deberé hablarle claro o deberé limitarme a que me dé la confirmación del telegrama de Aurora? Lo mejor es esperar. Esperar a estar delante de él. Y entonces... en unos segundos, procurar llegar a lo más hondo del hombre. Si no fuera posible esto, si después de verle el hombre siguiera siendo una incógnita, lo mejor está dejarle hablar hasta ver cuál es el mejor camino para llegar hasta donde quiero llegar. Radio Moscú comienza su jornada. Me levanto y desenchufo el altavoz. Me vuelvo a la cama: sigo fumando y pensando. ¿Un comunista? ¿Un comunistoide? ¿Un demócrata? La respuesta sólo podré obtenerla cuando esté delante de él; cuando, a través de la conversación, él, aun sin quererlo, vaya reflejándose a sí mismo. Sí, es conveniente esperar. Una idea prematura y falsa de él podría acarrearle algún contratiempo serio. Me levanto. Esperanza y Alejandro todavía duermen. Vuelvo a leer la carta a Dolores. Ahora miro el viejo traje gris, que comprara en Francia: Está bien planchado, pero los zurcidos son demasiado grandes para que puedan pasar desapercibidos. Me preocupa esto. No por el traje en sí, no por mi orgullo, que no entra en juego; me preocupa porque ni ante el embajador de México quiero dar la impresión de miseria y derrota. Me afeito cuidadosamente.

Después me dedico afanosamente a limpiarme los zapatos. Grasa y más grasa. Y una y otra vez el cepillo. Al fin brillan. La miseria sonríe. Esperanza se despierta. Son las ocho de la mañana. El «Lux» comienza a vivir. Moscú hace largo rato que ha sacudido su modorra y que se estremece al entrar en actividad todo lo que alberga.

–¿Qué hora es? –me pregunta Esperanza.

–Las ocho en Radio Moscú.

Pongo la tetera en el infiernillo eléctrico y espero. Esperanza, mientras tanto, raciona el pan que nos quedó del día anterior. Me asomo al balcón y miro a Moscú. El sol comienza a entrar en él. Miro el Kremlin. ¿Por qué esta obsesión? Y, como siempre, me da la impresión de una ciudad encadenada y sombría a la que envuelve el misterio.

–Vamos a desayunar, Enrique.

Un vaso de té. Un pedazo de pan negro. Un cigarro. Aún es temprano para ponerme el traje: podría arrugarse. Comienzo a pasear por la habitación. Esperanza, de vez en cuando, me mira. Sigo paseando sin mirarla.

–¿Estás nervioso?

–No.

–¿Impaciente?

–Sí.

Ella vuelve a sus quehaceres y yo continué mis paseos. Pensando y pensando sonríó con amargura: quién iba a decirme que yo, Enrique Castro, el viejo comunista, tendría que acudir a una embajada para salir del «país del socialismo». Las nueve. Las nueve y media. Alejandro se ha levantado. Toma su vaso de té y su pedazo de pan negro. Y espera.

–Alejandro.

–Dime.

–Toma esta carta y llévasela a la oficina de Dolores. No te dejará subir la guardia, pero desde el teléfono que hay a la izquierda, según entras, llamas a Esperanza González para que baje a recogerla...

–Está bien.

–No olvides que no sabes nada de nada.

Se va.

Me pongo el traje y me dispongo a salir.

–¿Te vas ya?

–Sí, son las diez.

Salgo al pasillo y comienzo a caminar lentamente y erguido. Si me miran, que me vean bien y que no noten ni decaimiento ni temor. Si nadie me mira, no pierdo nada con marchar de esta manera. La calle. Sol y gente. Comienzo a caminar hacia la

Plaza de Pushkin. Llego hasta la Plaza de Maiakoiski y tomo el Metro que ha de dejarme en la Estación de Bielorrusia. Una estación, otra, no sé cuántas. Abandono el Metro y comienzo a caminar por la carretera de Leningrado. Un amigo me ha dicho que la embajada está en la acera izquierda, que es un hotel con un jardín delante y un miliciano a la puerta. Camino. Un miliciano delante de la verja. Sigo caminando. Ya estoy muy cerca de este hombre de uniforme azul. Ya veo perfectamente la verja. Sigo caminando como si no fuera a entrar en la embajada. Paso por delante del miliciano y tuerzo bruscamente. Comienzo a caminar por un camino asfaltado que llega hasta la puerta del edificio. Siento impulsos de correr ante el temor de que el miliciano pueda alcanzarme... Cuando tuerzo a la izquierda y me detengo ante la puerta principal veo al miliciano que me mira... Busco el timbre... Llamo... Un minuto. ¿Cuántas horas llevaré esperando a que respondan?... Renuncio al timbre y golpeo con el puño... Espero... Oigo voces y pasos y el ruido del pestillo al correrse. Abren. Una doncella delante de mí.

–¿Señor Quintanilla?

–¿De parte de quién?

–De un emigrado español: Enrique Castro.

–Un momento.

Me deja en la sala de espera y sube una escalera. Mientras espero, miro. Unos sillones de época y un gran espejo. Me miro al espejo. Un zurcido... Otro... Otro más... Oigo pasos y vuelvo a sentarme... La doncella. Detrás de ella un hombre. Por una

puerta entornada, la nariz aguileña de una mujer vieja que observa. Avanzo hacia él.

–¿El señor Quintanilla?

–Sí.

–Soy Enrique Castro.

Un fuerte apretón de manos.

–Por favor, sígame.

Le sigo. Subimos una amplia escalera. Desde distintos lugares, el personal ruso de la embajada me contempla: la N.K.V.D. se ha puesto en movimiento. Avanzamos por un estrecho pasillo y penetramos en un modesto, pero confortable despacho. En un lado, el Águila Azteca; en otro, un retrato del Presidente Ávila Camacho. Sobre la mesa de despacho una colección de cachimbas de todas las marcas y de todos los países.

–Siéntese aquí, amigo Castro.

Nos sentamos frente a frente, en un rincón. En medio de nosotros una pequeña mesita y sobre ella una caja de madera labrada, llena de cigarrillos americanos.

–Yo era muy amigo de la familia Hernández.

–Lo sabía, señor Quintanilla.

–Magnífica gente.

–Cierto.

–¿Un cigarrillo, amigo Castro?

–Muy agradecido.

Durante unos segundos le miro fijamente a los ojos. Sí. Puedo hablar. Me acerca su mechero y enciendo. Él me mira y sonríe. Yo sigo mirándole fijamente.

–Cómo no, amigo Castro. Hable usted cuanto quiera.

«Cuanto quiera». No me he equivocado. Tengo ante mí un hombre. No tengo miedo a hablar. Si me equivoco sería una doble desilusión.

–He recibido un telegrama de una de mis cuñadas, Aurora Abascal. Me comunica que su gobierno me ha concedido a mí, a mi esposa y a mi cuñado, la entrada en su país... Desearía confirmar oficialmente la noticia...

–Efectivamente. Están ustedes autorizados para residir en México. Solamente que tendrán ustedes que gestionar el visado de tránsito por los Estados Unidos de América... No creo que sea fácil...

–¿Pero cree usted que es posible?

–Sí.

Le vuelvo a mirar. Hay en su mirada una invitación a que hable.

–Mi situación aquí es difícil...

–Lo sé.

–¿Sí?

–Sí, amigo Castro. El caso de usted ha roto el marco de la migración española.

–Entonces no tengo que explicarle nada. Con lo que usted sabe es suficiente para comprender mis preocupaciones.

–Todas sus preocupaciones.

–Mi agradecimiento entonces a su gobierno y a usted, personalmente, por su acogida.

–La embajada de México es su embajada; el embajador de México es su embajador. No lo olvide usted, Castro.

Me levanto.

–Con su permiso, señor embajador.

Me acompaña hasta la puerta de la casa. Y al estrecharme la mano escucho nuevas palabras de aliento.

–Ésta es su casa...

–No lo olvidaré.

Oigo el ruido de la puerta al cerrarse detrás de mí. Comienzo a caminar. Desde la entrada del jardín, el miliciano me mira. Al

lado del miliciano, un hombre de paisano me mira también. Continúo mi camino... Detrás de mí unos pasos que parecen el eco de mis pasos... Tengo prisa por llegar al Metro... Prisa y la esperanza de que pueda «despegarme» de este hombre con traje y gorra del mismo color... Entro en el Metro. Saco el billete. Paseo de un lado para otro en espera de que llegue el tren. Cuando llega entro en uno de los vagones. Él entra en el mismo vagón que yo. Se ha colocado al lado de una de las puertas; yo junto a otra. Mi pie izquierdo se aprieta con toda la fuerza que puedo contra ella para impedir que se cierre cuando se cierran todas. Oigo el silbato del jefe de estación. Se cierran todas las puertas menos la mía. Salto al andén y miro. El tren se pierde en el túnel... Salgo de la estación y tomo un autobús de los que van por la calle de Gorki. Mientras avanzamos pienso en el hombre que desde la embajada se convirtió en mi sombra. Sabe quién soy; sabe dónde vivo; sé que es inútil hacer lo que hice... Pero, es muy desagradable sentir clavadas en nuestras espaldas las miradas de un hombre, aunque este hombre pertenezca a la guardia selecta del «Estado Socialista». Desciendo delante del hotel. En la puerta, el hombre que estaba en la puerta de la embajada. Nos miramos. Enseño el «propus, y me hundo en el ascensor. Esperanza me recibe con la impaciencia reflejada en los ojos.

–¿Qué?

–Una conversación muy cordial. Confirmación del telegrama de Aurora. Problemática obtención del visado de tránsito por los Estados Unidos de Norteamérica y un buen amigo de los españoles y, por tanto, nuestro.

–¿Todo?

–Sí.

–¿Te habrá seguido la N.K.V.D.?

–Desde la embajada hasta el hotel.

–¿No te ha dicho nada?

–Por hoy se han limitado a mirarme de pies a cabeza, de frente y de espaldas, a anotar la hora en que entré y salí de la embajada.

Me quito el traje y lo doblo cuidadosamente. Me pongo el otro y me siento en el sillón.

–¿Llevó Alejandro la carta?

–Sí.

–¿No crees que deberíamos poner un telegrama a Aurora pidiéndole que acelerara los trámites para la obtención del visado norteamericano?

–Sí.

Mientras redacto el telegrama, llega Alejandro. Esperanza pone la mesa. Comemos. A las ocho de la noche salimos y nos dirigimos hacia la Central de Correos y Telégrafos. Hay poca gente. Nos acercamos a una ventanilla en la que se lee: «Extranjero» y entregamos el telegrama. La empleada cuenta varias veces las palabras. Luego, entre dos hojas de un sucio

talonario, pone un pedazo de papel carbón y escribe. Nos da un resguardo al mismo tiempo que nos dice: «Cuarenta y cuatro rublos». Pagamos. Ya en la calle, Esperanza no puede dominar sus dudas. Durante unos instantes parece luchar con ellas. Luego habla.

–¿Crees que llegará?

–Creo que sí –respondo a pesar de que también dudo.

Seguimos andando en silencio. En la puerta del hotel un grupo de gente habla acaloradamente. Son españoles. Continuamos hasta la Plaza de Pushkin con la esperanza de que al regreso ya no estén. Regresamos. En la puerta la misma gente de antes. Pasamos por entre ellos. Nos miran y les miramos... Ha sido un momento amargo. El ascensor. La gente nos mira, pero no nos habla. Abandonamos el ascensor y caminamos por el largo pasillo en penumbra. Detrás de nosotros, dos alemanas que hablan en voz baja. Al abrir la puerta de nuestra habitación pasan ante nosotros, dejan de hablar y nos miran. Otro día que acaba. Otro día. Y sin poder hacer más de lo que he hecho. Y condenado a esperar: a esperar la reacción de Dolores; a esperar la reacción de la N.K.V.D.; a esperar noticias de México; a esperar casi sin dinero y sin trabajo...

Un día. Otro. Otro. Y a primera hora una carta. En el sobre solamente tres palabras: «Para Enrique Castro». Rompo el sobre bajo las miradas de Esperanza y Alejandro.

–¿De quién es?

Miro la firma y respondo.

–De «ella».

Leo: «...antes de marcharte a México será necesario discutir mucho sobre tu lucha de años contra la dirección del Partido y sobre muchas cosas que al Partido le interesa saber...».

La vuelvo a leer. Hay dos cosas que me llaman la atención; que se haya suprimido el tratamiento obligado de «camarada», ya que si bien he sido expulsado de la Komintern y separado del Comité Central no he sido expulsado del Partido y que Dolores no haya puesto como antefirma su flamante título de Secretario General del Partido Comunista de España. Doy la carta a Esperanza, que la lee.

–No puede ocultar su rabia.

–Era de esperar.

Guardo la carta en mi cartera y comienzo a pensar en la anunciada discusión. Sí, el proceso no ha terminado. Y ya no se trata de chapotear sobre las acusaciones que se me hicieron el día cinco: se trata de presentarme como un hombre que viene luchando contra la dirección del Partido desde hace muchos años. Mal síntoma. Mas a pesar de todo, no me hace caer en el desaliento. El hecho de que anden buscando nuevos motivos de acusación me hace pensar que los que han utilizado hasta ahora no les han dado los resultados que esperaban.

20 de mayo.

Hemos enviado a Uribe las «standarnaias spravkas» para recibir las cartillas de racionamiento del mes de julio. Por la tarde nos las han devuelto con una nota del mismo Uribe que dice así: «Como no trabajas en el Instituto no podemos dártelas. Deben dártelas en el lugar en que trabajes». El golpe me ha impresionado. Me han arrojado del trabajo; saben muy bien que por mi propio esfuerzo no puedo encontrar trabajo en toda la Unión Soviética, ¿quién, entonces, debe darme las cartillas de racionamiento si no me las dan ellos?

–Es el cerco del hambre –dice Esperanza.

–Es una canallada –digo yo.

–¿Qué vamos a hacer?

–No lo sé.

Y dejándome llevar por la rabia y un poco por la desesperación, he comenzado a gritar contra ellos y contra todo. ¿Qué me importa si lo que he dicho lo ha oído Vlasov y si Vlasov se lo cuenta a ella?

–¡Pero algo tendrás que hacer! –insiste Esperanza.

–Sí.

–¿Por qué no le hablas por teléfono a Uribe?

–Eso es lo que ellos esperan: que les hable, que les pida, que les suplique.

–Pero sin comer no es posible vivir.

–Desgraciadamente.

Me hundo en el sillón. Me irrita que Esperanza y Alejandro me miren... ¿Qué quieren que haga? Me pongo la chaqueta y salgo dando un portazo. El reloj de Correos y Telégrafos marca las nueve de la noche. Sigo andando y entro en la Plaza Roja. En la acera de enfrente el Kremlin. Delante de él, el Mausoleo de Lenin. Y enfrente de ellos, yo: el condenado político, el condenado al hambre. Sigo caminando. Y escupo una vez. Y otra. Y sigo escupiendo hasta que ya no tengo nada que escupir... ¿Un sacrilegio ante el Palacio y la tumba de los dioses?... No... Solamente rabia... Solamente asco... Solamente odio. Llego hasta la antigua catedral de San Basilio. Regreso. Suenan las campanas del reloj del Kremlin. Relevan la guardia del Mausoleo. Los ejércitos rusos «combaten por la libertad y el bienestar del mundo». Pero mis preocupaciones están lejos de todo esto. Pienso en el pan negro, en las patatas, en el azúcar, en la grasa... Cada época del hombre tiene su mística. Subo por la calle de Gorki... Escaparates... Escaparates... Más escaparates... Mikoyan es un artífice. No llena los estómagos, pero recrea la vista: jamones de cartón, barras de pan de cartón, latas de conservas de cartón, botellas de cartón, pescados de cartón... Cuando entro en el cuarto Esperanza me mira.

–¿Dónde has ido?

Cenamos: sopa de macarrones, patatas cocidas, un pedazo de pan negro y una taza de té con la menor cantidad posible de

azúcar. El socialismo ha acabado con las indigestiones. Se acuestan. Enchufo el altavoz y espero. ¿Qué? ¿A que los Estados Unidos anuncien que nos han concedido el visado de tránsito? ¿A que el gobierno soviético afirme una vez más que todos los hombres y mujeres que viven en la Unión Soviética tienen derecho a trabajar y a comer? Desenchufo el altavoz y sigo esperando... ¿Qué?... A que se abra la puerta y entren dos hombres uniformados y que uno de ellos me diga: «Está usted detenido, ciudadano». Espero y no sé lo que espero. Me canso de esperar. Y me acuesto.

Me duermo sin haber encontrado una solución que nos permita seguir comiendo, seguir viviendo.

21 de mayo.

Dentro de diez días se nos habrá acabado el dinero; dentro de diez días se nos habrá acabado el racionamiento; dentro de diez días mi plan de esperar, de ganar tiempo, se habrá venido abajo estrepitosamente. Podré aguantar un día. ¿Dos? ¿Tres? Supongamos que pueda, que podamos aguantar tres días... ¿Y después?... Después nos acostaremos cada uno en nuestro camastro y a esperar a que la muerte llegue... Todo antes que terminar así. Sí. Luchar. No hay otro camino. Me siento ante la mesa y comienzo a escribir: «Camarada Molotov. Comisario de Relaciones Exteriores y miembro del Buró Político del Partido Comunista (b) de la U.R.S.S.».

Y ahora, ¿qué?

Lo que sea.

«...el hecho de que el Partido Comunista de España haya tomado determinadas medidas de organización contra mí, no da derecho a quitarme las cartillas de racionamiento condenándome al hambre a mí y a los míos. Independientemente de ser miembro del Partido Comunista de España soy un refugiado español al que el gobierno soviético dio asilo y con ello las posibilidades de vivir...».

¿Nada más?

«...Estoy preparando mi marcha a México, en donde tengo familiares, cuyo gobierno me ha concedido la entrada en su país. Hasta que llegue el momento de mi marcha no me niego a trabajar, pero pido a usted que no se nos niegue el derecho de comer y que en el momento oportuno se nos conceda la ayuda necesaria para salir...».

He llevado la carta al Comisariado del Exterior. Y otra vez a esperar. Un día. Otro. Varios días. 29 de mayo. Ha sonado el teléfono. Se ha puesto Esperanza.

—¿Quién habla?

—... ..

—Sí.

—... ..

—De acuerdo.

—... ..

–Ahora mismo.

Deja el aparato y me mira. Su gesto es distinto al de unos momentos antes: al abatimiento lo ha sustituido la alegría: una alegría tímida; una alegría triste, pero...

–Era Esperanza González... Que les enviemos las «standarnaias spravkas»... Que ha de haber sido un error... Que cómo nos iban a negar las cartillas de racionamiento.

–Imbéciles.

30 de mayo.

Hemos recibido un sobre. Dentro de él, las cartillas de racionamiento de los tres y una convocatoria para una reunión hoy a las cinco en la casa negra.

–¿Para qué será? –me pregunta.

–No sé.

–¿Crees que preparan un nuevo golpe?

–Me lo temo.

Hemos comido en silencio. Después me he sentado y durante mucho tiempo me he esforzado en adivinar lo que se proponen. Las cinco. Me pongo la chaqueta y salgo. En el jardín que hay delante de la casa negra, decenas de niños juegan mientras sus madres y sus niñeras hablan. La casa negra. Me

acercó a la ventanilla del «propus» y entrego mi documento de identidad. Mientras me hacen el «propus», llega Ortega.

–Salud, Castro.

–Salud, Ortega.

Subimos en silencio. Entramos. Me detengo en el vestíbulo y espero. Ortega entra en el despacho donde trabajan Uribe y Gallego... Se asoma Ortega.

–Puedes pasar...

Entro.

–Siéntate –me dice Modesto.

Me siento y miro. Modesto otra vez de general «soviético»; Líster otra vez de general «soviético»; Vidiella, como siempre, de cínico; Pretel; Mateu con un gesto entre napoleónico y esquizofrénico; Gallego, disfrazado de San Ignacio de Loyola; y Ortega con el uniforme de la N.K.V.D. Desde la habitación de Esperanza González llega el ruido ininterrumpido de una máquina de escribir. Del despacho de Dolores, nada.

–¿Comenzamos? –pregunta Modesto mirando a Líster.

–Sí.

–Te hemos llamado, Castro –comienza Modesto–, para darte a conocer los acuerdos tomados ayer en una reunión de todos

los miembros del Comité Central que nos encontramos en Moscú.

Le miro. Continúa.

–Las conclusiones fueron las siguientes: primera, hemos tenido conocimiento de que te has dirigido a Molotov pidiéndole las cartillas de racionamiento y la ayuda necesaria para marcharte a México. En cuanto al problema de las cartillas ya está resuelto. Segundo: en lo que se refiere a tu marcha a México, los miembros del Comité Central, en nuestra reunión de ayer, hemos decidido estar en contra. Tercero: nuestro criterio es que continúes en la U.R.S.S. y que te incorpores a trabajar a una fábrica fuera de Moscú. Cuarto: los miembros del Comité Central hemos considerado tu declaración como un insulto a la Dirección del Partido y creernos que debes hacer una nueva declaración, una verdadera autocrítica en la que, además de reconocer tus errores, expliques detalladamente de qué procedimientos te has valido para influir en los camaradas que han trabajado cerca de ti... ¿Qué opinas de todo esto?

Pienso unos segundos antes de hablar.

–Sobre mi declaración, creo que ha sido una declaración sincera. He aceptado las acusaciones que eran justas y he rechazado aquellas que eran falsas; he mantenido aquellas posiciones políticas y personales que he creído correctas... ¿Qué más queréis?... ¿O es que esperabais que dijera lo contrario de lo que pensaba y que aceptara como bueno cuantas acusaciones lanzasteis contra mí y que carecían de base? ¿Sobre los «procedimientos» que he empleado para

influir a los demás compañeros? Tú y Líster y Ortega también, que me habéis visitado con frecuencia y que muchas de vuestras posiciones coincidían con las mías, podéis decirlo tan bien como yo. ¿Acaso os ha molestado que me dirigiera a Molotov pidiéndole las cartillas de racionamiento y la ayuda necesaria para salir de la U.R.S.S.? Lo siento, pero no me queda otro camino. El Partido español se desentiende de mi problema, del grave problema de mi existencia. Así lo expresaba claramente la nota de Uribe. Dolores, en su carta de hace unos días, da a entender que se opondrá a mi marcha a México. No se opone abiertamente, pero me dice que hay mucho que discutir antes de mi salida, aunque sin precisar, como siempre, ni cuándo ni cómo vamos a discutir. Pero, además, quien determina aquí, lógicamente, es el gobierno soviético y el Partido Bolchevique. ¿A quién dirigirme sino a Molotov, miembro destacado del gobierno y uno de los dirigentes principales del Partido? Sobre que renuncie a mi marcha a México y me marche fuera de Moscú a trabajar a una fábrica, siento comunicaros que me es imposible renunciar por la simple razón de que se me ha hecho imposible la estancia aquí...

Nos miramos.

–¿Es una opinión definitiva? –pregunta Modesto.

–Sí.

–Por lo que se ve, va a ser necesario volver a discutir contigo.

–Eso es lo que piensa Dolores –respondo.

–No –interviene Líster–. El período de discusión ha terminado. Nuestra misión hoy es comunicarte los acuerdos a que llegamos en nuestra reunión de ayer. El no aceptarlos significa tu expulsión del Partido. Y en cuanto a tu marcha, si bien nosotros no podemos impedirla, tú bien sabes que no faltan organismos «técnicos» encargados de hacerlo.

–¿Nada más? –pregunto.

–Nada más –responde Líster–. Solamente que firmes aquí dándote por enterado de los acuerdos de ayer.

Leo.

Firmo.

–Salud.

–Un momento, Castro –dice Gallego–. Como necesitarás papel para la nueva declaración, sería conveniente que te llevaras estas cuartillas. Me dan un montón de cuartillas.

–Gracias.

Fuera, sol. Niños que juegan. Madres y niñeras que hablan. Cruzo el jardín lentamente. Siento unas enormes ganas de tirar al suelo las cuartillas. Me contengo. ¿A qué conduciría este gesto? Es posible, además, que las necesite. Ando y pienso. La situación se ha complicado. He llegado contra mi voluntad al choque definitivo. Y no puedo evitarlo porque todavía me es imposible huir. ¿Qué hacer?... No sé... Y esto me angustia, porque sé muy bien que el no hacer nada es perder la batalla.

–¿Para qué era? –me pregunta Esperanza.

Le cuento todo. Y a medida que voy hablando va inclinando su cabeza. Y dejo de mirarla y comienzo a pensar, a pensar otra vez. A pensar en lo de siempre: en cómo huir de la «libertad» soviética.

Julio.

Tres días de pensar y de tormento.

Sobre mí golpea sin cesar la decisión adoptada por los miembros del Comité Central en su reunión del día 29: «En lo que se refiere a tu marcha a México, los miembros del C.C., en nuestra reunión de ayer, hemos decidido estar en contra»... «Nuestro criterio es que continúes en la U.R.S.S. y que te incorpores a trabajar a una fábrica fuera de Moscú».

Supieron elegir el medio.

Condenarme a muerte, asesinarme por los procedimientos «naturales» era, en cierta medida, arriesgado: tarde o temprano se sabría; tarde o temprano algunos de los españoles que están aquí lograrían salir y no faltaría quien al saber lo ocurrido les lanzara a la cara la acusación de un nuevo crimen. Pero ¿quién se atrevería a acusarlos de asesinato por haberme enviado a trabajar a una fábrica «socialista»? Y, sin embargo... Si yo tuviera que elegir entre el paredón y una fábrica soviética elegiría sin vacilar aquella «solución». Prefiero unas horas de angustia y unos minutos o segundos de dolor a meses y años de agonía espantosa: 14 horas de trabajo; tres platos diarios de agua caliente con algunos trozos de berzas; ritmos de trabajo

que hacen pensar que Ford y Citroen («10 HP») eran unas buenas personas, que montaron sus fábricas no para explotar a unos cuantos millares de obreros americanos y franceses, sino para que algunos millares de trabajadores americanos y franceses se entretuvieran durante algunas horas del día; 10 rublos diarios de jornal; un 30 por ciento de descuentos por diferentes conceptos; una vigilancia odiosa de seis ojos educados durante años para ver todo lo que pasa e interpretarlo: los ojos del secretario del Partido, los ojos del secretario del sindicato y los ojos del jefe de la sección de cuadros (N.K.V.D.), es decir, expuesto en cada momento a una acusación política o a ser acusado de producción escasa y deficiente o de sabotaje al esfuerzo de guerra del «país del socialismo»; teniendo que vivir en barracas que hacen que el hombre envidie a las bestias; teniendo que vivir agonizando y viendo agonizar a los suyos sin protestar, sin poder luchar, sin poder huir y teniendo que responder cuantas veces se lo pregunten a uno: «soy un ciudadano del país de la felicidad».

¡No!

¡No!

En cualquier país democrático se puede ser obrero, en cualquier país menos en el «país del socialismo».

Aquí ser obrero es lo último.

He visto la fábrica «Stalin» de Moscú; la fábrica «Molotov» de Gorki; la fábrica «Hoz y Martillo» de Jarkov; la fábrica de locomotoras de Varochilgrado y la fábrica metalúrgica de Krematorsk. En total: unos ciento cincuenta mil obreros. Y a

muchos de ellos los he visto trabajar y vivir. A los rusos y a los españoles que trabajaban en estos cinco lugares. Y después de verlo fue cuando en mí comenzó a morir la fe, cuando en mí surgió la desilusión y con la desilusión la angustia. ¿Qué importa que muchos que vinieron aquí como «turistas» sigan hablando en sus respectivos países de «la clase obrera en el poder», o «de la única clase obrera en el mundo que vive feliz», si ellos no vieron más que lo que quisieron enseñarles o llegaron dispuestos a decir lo que quisieran aquí que dijeran al retornar a sus países?... ¿Qué importa que el «Boletín de Información» de las embajadas soviéticas siga publicando artículos y fotografías hechos de encargo para hacer creer que «su» mundo es el sueño de todos los explotados del mundo socialista convertido en realidad?... Yo he visto a esta clase obrera. He visto su comida. He visto sus ropas. He visto sus casas. Y he visto cómo trabajan. Y estoy seguro de que si estas condiciones de vida y de trabajo se trasplantaran a muchos países del mundo, el mundo se estremecería en sus cimientos por profundas y tremendas convulsiones sociales...

¿Que la U.R.S.S. es un país en pleno desarrollo industrial? ¿Y qué? La importancia de todo esto reside, para mí, en la medida en que ese desarrollo industrial labra la felicidad o la desgracia del hombre; libera o esclaviza al hombre; ensalza o hunde al hombre en la categoría de las bestias.

No. No quiero ser obrero en la Unión Soviética. He visto muchos. Y el noventa por ciento de ellos representan quince años más de los que tenían. Los he visto trabajar, vivir y caminar en silencio, con una tristeza en el semblante como no las había visto nunca y con tal miseria sobre ellos que en

cualquier país los hubieran tomado por mendigos... No, no decirme que soy un hombre de origen burgués o pequeño-burgués que desconoce el medio: he sido obrero; desciendo de una familia de obreros y he vivido entre la clase obrera de mi país desde que nací hasta que salí de España en 1939... Pedirme otra cosa. Pero no que acepte la esclavitud con una sonrisa en los labios y gritando a los cuatro vientos: «Esto que aquí veis es el país de la felicidad»... Decirlo vosotros si queréis, que yo lo vengo diciendo desde hace tantos años, engañándome a mí mismo y conmigo a tantos, que ya me he cansado. Las cinco de la tarde. Una llamada de teléfono corta mis pensamientos. Durante unos segundos he retrasado el contestar. Al fin me decido.

–¿Quién habla?

–De aquí, del despacho del director del hotel. El camarada Bielov quisiera hablar con usted.

–Bien, ahora bajo.

Cuando llego a la antesala del despacho del director me sale a recibir una mujer como de unos treinta y cinco años, que estuvo en nuestro país como traductora, que después, a su regreso, trabajó en la sección de cuadros de la Komintern y que actualmente trabaja en la Sección Extranjera del Partido Bolchevique, que es como se llama ahora a la Komintern.

–El camarada Bielov le espera.

–Gracias, camarada.

Entro en el despacho del director del «Lux». Bielov, el segundo jefe de la sección de cuadros de la «disuelta» Komintern, se levanta y me estrecha la mano.

–¿Qué tal, camarada Castro?

–Bien, camarada Bielov, muchas gracias.

Una pausa. Es un hombre tosco, que fue alcalde de un pueblecito de Bulgaria, de unos tres mil habitantes, y al que un día se le ocurrió constituir un soviet y autoelegirse presidente de él. Esto y el ser de la misma nacionalidad que Dimitrov, le han convertido en un personaje. La primera impresión que da es la de un conserje elevado a jefe de sección. La segunda impresión es la de un jefe de sección que antes fue conserje...

Le miro. Él hace que piensa.

–Siéntese, camarada Castro.

Me siento. A mi lado se sienta la traductora. Durante unos segundos más Bielov hace que sigue pensando lo que va a decir, a pesar de que estoy seguro de que nada de lo que vaya a decir o hacer en esta entrevista es de su propia cosecha. Comienza.

–Camarada Castro... El camarada Manuilski me ha encargado que le visitara a usted para ver en qué medida le podemos ayudar a liquidar sus dificultades actuales con la dirección de su Partido.

–Muy agradecido.

–Según tengo entendido, usted ha pedido al camarada Molotov ayuda para marchar a México... Sin embargo, debo decirle que el Partido Bolchevique sólo podría ayudarle a marchar en el caso de que su Partido estuviera de acuerdo... ¡Y su Partido está en contra de su marcha!...

–¿Qué más, camarada?

–El criterio de su Partido, camarada Castro, es el de que usted se incorpore a la producción socialista. Si está de acuerdo con dicho criterio, el Partido Bolchevique le ayudará gustoso.

–Muy agradecido.

–Otra cosa importante es...

–¿Más importante que las otras, camarada Bielov?

–Sí, más importante.

–Le escucho.

–El Partido Bolchevique, en su deseo de ayudarle, no tendría inconveniente, siempre que usted lo pidiera, de intervenir para restablecer la armonía entre usted y la camarada Dolores, entre usted y los miembros del Comité Central del Partido Comunista de España, entre usted y la emigración española.

–¿Es todo?

–Sí.

Me quedo pensando. Bielov ha debido interpretarlo como una buena señal porque se ha apresurado a añadir: «En cuanto a sus actuales dificultades económicas, el camarada Manuilski me ha encargado le diga a usted que deje de estar preocupado. Hasta que se incorpore al trabajo recibirá usted el mismo salario que recibía cuando trabajaba en el Instituto y, como es lógico, también las mismas cartillas de racionamiento».

–Muchas gracias al camarada Manuilski.

Bielov me mira fijamente. Yo miro fijamente un retrato de Stalin que está a sus espaldas y por encima de él. Dejo de mirar a Stalin para mirar a Bielov. Y en su mirada me parece ver una orden: «Conteste, camarada Castro, conteste de una vez». Y contesto.

–Primeramente, mi agradecimiento al Partido Bolchevique, al camarada Manuilski y a usted por el interés que se toman por mí... Créame que lo agradezco mucho... Pero esto no quita para que le conteste con toda franqueza. Me atrevería a decir que con una franqueza casi bolchevique...

–Así debe ser, camarada Castro.

–Yo deploro que el Partido Bolchevique esté contra mi marcha a México por el hecho de que lo esté la dirección del Partido... Pero no me es posible renunciar, camarada Bielov, y le ruego que se lo comuniqué así al camarada Manuilski. Sobre la decisión de mi Partido de que me incorpore a una fábrica y del deseo del Partido Bolchevique de ayudarme en este sentido, también lamento no estar de acuerdo con lo primero y no poder aceptar, por tanto, la segunda. El aceptar las primeras

sanciones que se me impusieron no significa que estuviera de acuerdo con ellas. Si no estaba de acuerdo con aquellas que se circunscribían solamente a mi vida política, no puedo estar de acuerdo con estas otras que tienden ya a despojarme del derecho de hacer de mi vida lo que yo quiera... ¿No lo cree usted así?

–No.

–¿Por qué?

–Porque, para mí, lo único es el Partido.

–Sigamos entonces... Por su conducto el Partido Bolchevique me ofrece, si yo la solicito, su ayuda para restablecer la armonía entre Dolores y yo, entre los miembros del Comité Central y yo. ¿No es así, camarada Bielov?

–Sí.

–Es muy difícil restablecer la armonía. Se me ha juzgado injustamente. Se me ha juzgado por sorpresa. Se ha impedido a la emigración que me dirigiera la palabra mientras que ellos le están hablando cada día para decir de mí lo que quieren. Se me ha separado del Comité Central. Se me ha expulsado del trabajo. Se me han negado las cartillas de racionamiento. Se me quiere impedir marchar a México y se pretende que me marche de Moscú a trabajar a una fábrica... En estas condiciones ¿cree usted posible restablecer la armonía?... ¿Sobre qué bases?... ¿Sobre las bases de una rectificación de la conducta de todos ellos?

–¡No!

–¿Sobre las bases de aceptar yo todo lo que ellos decidan sobre mí?

–¡Sí!

–Es imposible la armonía.

–Entonces ¿rechaza usted el ofrecimiento del Partido Bolchevique?

–Camarada Bielov, seamos dialécticos. Si la armonía es imposible sobre las bases expuestas, lógicamente no existe la razón para que el Partido Bolchevique intervenga.

–¿Usted sabe adónde conduce la persistencia en el error?

–He oído decir siempre, camarada Bielov, que al campo de la contrarrevolución.

–Exacto.

–Sin embargo, no creo en el fatalismo.

–Sería usted una excepción.

–Todo es posible.

Se hace el silencio. La traductora nos mira a uno y a otro. Bielov mientras tanto se pasa una y otra vez la mano por la cabeza. Me canso de mirarle y vuelvo a mirar el retrato de Stalin.

Bielov se levanta. Me pongo en pie.

–En fin, camarada Castro, piense en cuanto le he dicho. Y no olvide que en cualquier momento puede comunicarse conmigo, en la seguridad de que haré cuanto sea posible para ayudarle en el sentido expuesto.

–Gracias, camarada Bielov.

–Espero de todas formas que me tenga al corriente de lo que piensa hacer.

–Lo tendré al corriente.

He abandonado el despacho del director del «Lux». A estas horas los pasillos del hotel están muy concurridos. No hablo a nadie ni nadie me habla. Pero el ruido de los pies al girar me indica que todos se vuelven a mirarme. ¡Están sorprendidos!... Ningún sancionado ha durado tanto tiempo en el «Lux»... Cuando llego a la habitación estoy bastante más nervioso que durante mi conversación con Bielov. Cuento a Esperanza la entrevista. Esperanza es un buen barómetro político: su preocupación se ha ido acentuando a medida que yo hablaba. Tiene razón para ello: la entrevista con Bielov ha sido el ultimátum del Partido Bolchevique para que acepte los acuerdos que «ellos» tomaron el día 29.

Día 4.

Hemos puesto otro telegrama a Aurora, para que acelere las gestiones para la obtención del visado americano. He visitado a Luis Quintanilla. Después, durante todo el día, mis

pensamientos han permanecido unidos al recuerdo de mi entrevista con Bielov. No. Es imposible dar marcha atrás. Hacer una declaración como ellos quieren sería tanto como envolverme yo mismo en la técnica procesal de la N.K.V.D., que hiciera famoso a Vichinsky durante los procesos de Moscú. Renunciar a salir de la U.R.S.S. y aceptar mi incorporación a una fábrica de Moscú, significaría mi muerte física y la de mis familiares: la tercera etapa del método científico soviético de la eliminación del hombre. ¿Maniobrar? ¿En qué sentido? ¿Aceptando los «buenos oficios» del Partido Bolchevique?... ¡Imposible!... Este «generoso» ofrecimiento de Manuilski es una verdadera encerrona. Sobre esto no tengo dudas: el día 3 de mayo, dos días antes de mi «proceso», Dolores Ibárruri se reunió con Dimitrov y Manuilski. Los tres determinaron la línea a seguir en la reunión del día 5; a la reunión del día 5 asistió Stepanov, que sustentó el criterio de los tres. Es decir, el criterio del Partido Bolchevique (Manuilski); el criterio de la «disuelta» Komintern (Dimitrov); y el criterio de ella (Dolores Ibárruri).

No.

No es posible.

Aceptar los «buenos oficios» del Partido Bolchevique sería tanto como tener que aceptar de antemano el fallo de este tribunal pedido por mí, que por el hecho de pedirlo consideraba imparcial. Dicho tribunal «imparcial» estaría compuesto, sin duda, por: Manuilski, Stepanov y Bielov. ¡Por los tres hombres que con Dimitrov y Dolores se han esforzado por liquidarme! «Acepta, camarada Castro», diría, Manuilski...

«Acepta, camarada Castro», diría Stepanov... «Acepta, camarada Castro», diría Bielov. No. No es posible. Pero ¿qué hacer?

–Vamos a cenar, Enrique.

Nos sentamos en torno a la mesa. Pero sólo Alejandro come. Esperanza ha apartado su plato y se ha hundido en su angustia. Y yo la miro y la miro. Y voy viendo cómo lentamente su cabeza va inclinándose hasta descansar sobre sus brazos. No soy capaz de hablar. Lleno el vaso de agua y lo apuro de un sorbo. Por unos segundos he vencido al calor que me quemaba la boca, la frente y las manos. Sin pronunciar palabra nos hemos levantado los tres y comenzado a desnudarnos. Momentos después Alejandro duerme. Esperanza tiene la mirada fija en el techo. Yo miro. A Alejandro, a Esperanza, a la puerta, al balcón... Me levanto y apago la luz. ¡El miedo! El miedo otra vez, que nace del ruido de unos pasos en el pasillo; del ruido de un automóvil que continúa su marcha por la calle de Gorki, pero que me parece que se ha detenido ante la puerta del hotel; del recuerdo de 1937 en que la medianoche era la hora elegida... El miedo que nace de mi propia impotencia. De la habitación de Vlasov llegan risas, brindis y el sonido del cristal al chocar; el mariscal Tito ha dado la orden de iniciar una ofensiva de liberación nacional; las tropas del V ejército americano han entrado en Roma; el rey Víctor Manuel ha delegado sus poderes en su hijo Humberto de Saboya... También es posible que en las habitaciones de los italianos, haya risas, brindis y el ruido del cristal al chocar. Aquí. En la habitación 224, angustia, miedo y fiebre. Mis ropas están

empapadas por el sudor y tengo frío; del rincón opuesto llegan los suspiros de Esperanza.

–¿Duermes?

–No.

Radio Moscú da las últimas noticias de la guerra. Nuevas risas y nuevos brindis en la habitación 223... El hijo de Vlasov comienza a llorar. El no entiende nada de lo que está pasando; ni por qué su padre grita, ríe y bebe; ni por qué otros hombres que están con su padre beben, ríen y cantan. Radio Moscú calla. Vlasov grita. Esperanza suspira. El hijo de Vlasov continúa llorando. Yo comienzo a pensar de nuevo en qué hacer... Una hora... Otra... Vlasov ronca. Esperanza duerme. Alejandro sueña en voz alta. En el resto del «Lux» silencio. En la calle silencio... Una hora... Otra... Comienzo a hablar conmigo mismo: «¿Qué puedes hacer?... No sé qué hacer. Moscú es para mí un gran presidio y yo para Moscú un preso más». Comienza a amanecer. No tengo sueño. Sólo la esperanza de que con el día acabe esta angustia que la noche agudiza; de que acabe este temor a que de un momento a otro puedan sonar unos golpes en la puerta y la voz de un hombre que grite: «¡Abra!». Y de que nadie vuelva a saber de mí. Y de que ante los ojos de todos los que están al margen de estos secretos, pueda aparecer como un traidor al que mataron justamente. Y de que sea uno más de esa interminable lista de los desaparecidos en el «mundo del socialismo».

¡Stalin!

¿Por qué no escribir a Stalin? Tengo miedo de haberlo pensado... Stalin es la última carta. Si falla... Si falla en contra es posible que deje de ser un sueño mío la llegada de unos hombres a la puerta de la habitación, que abrirán con la doble llave que posee el director del «Lux» y que me arrastrarán de aquí para perderme donde tantos se han perdido. Lo sé. Pero hay dos cosas que me impulsan a hacerlo: una, mi resistencia a sentirme derrotado, a renunciar definitivamente a salvarme; la otra, mi decisión de no dejar ni la más pequeña posibilidad sin ser aprovechada. Sí. Escribiré a Stalin. Sé que a ello no se han atrevido millares de hombres; sé que a él sólo se dirigen para felicitarle, para llamarle padre y maestro, para llamarle el jefe genial del pueblo soviético, para llamarle el constructor del socialismo en un solo país, para... Sé todo esto. Pero estoy dispuesto a golpear en la cúspide de la montaña misma. Al fin, todo está perdido. ¡A él! ¿Podré convencerle? ¿Lograré engañarle? Cuando el día se ha hecho noche y el silencio envuelve todo, he hablado a Esperanza sobre mis propósitos.

–¿Es lo único que te queda por hacer? –me ha respondido.

–Sí.

–¿Y después?

–O la salida de la Unión Soviética o el aniquilamiento definitivo.

Nos hemos vuelto a hundir en el silencio... Esperanza se ha cubierto la cabeza con el embozo de la cama y no sé si piensa, si llora o duerme... Yo espero, como todas las noches, a que el miedo llegue.

Y llega.

He conocido muchas épocas de angustia en mi vida.

He vivido durante mi vida muchas noches pensando en que la muerte podía llegar en cualquier momento, pero el miedo a que ese momento pudiera llegar no producía nunca este miedo que aquí empieza a producirme todo. Un miedo a morir sin ninguna razón vital para mí que justifique esta muerte, miedo de que la muerte acabe con mi razón, al mismo tiempo que extiende el miedo a los demás, para imponer a tantos y tantos desilusionados el silencio, ese gran silencio que tanto se parece al silencio de los muertos, aunque aquí este silencio y los muertos de silencio sigan viviendo en una agonía escondida para que el silencio de todos y cada uno de ellos no se convierta en un silencio para siempre. ¿Por qué este miedo es tanto miedo? Es posible que obedezca a que aquí el miedo es a todo y a nada. Es un miedo que nace de la inseguridad de cuándo llegará el momento y del convencimiento de la impotencia ante esa muerte que puede llegar hundiéndole en la ignominia fabricada por el «socialismo».

¿Qué hacer para sacudirme este miedo que empieza a envolverme? He comenzado a escribir la carta de Stalin. Escribo y tacho; termino de escribir y rompo lo escrito. No sé cuántas veces he repetido estas operaciones, pero han debido de ser muchas; el montón de cuartillas que me diera Gallego ha quedado reducido a la mitad.

5 de junio. 6 de junio. 7 de junio. El borrador está hecho. La carta es larga.

8 de junio.

Comienzo a pasar la carta en limpio. Por la tarde he ido a ver a unos conocidos, que a pesar de lo ocurrido siguen siendo fieles a la amistad, para que me la traduzcan al ruso.

9 de junio.

Tengo la carta traducida en mi poder. Con ella entre mis manos pienso y pienso... Pienso y vacilo... y vuelvo a leerla: «...Salir de Moscú y pasar trabajar a una fábrica son para mí problemas extraordinariamente graves y cuyas consecuencias alcanzarían también, e inevitablemente, a mi familia.

«Muchos camaradas españoles fueron incorporados en 1939–1940 a la producción. La situación normal de entonces permitió que tuvieran la posibilidad de un largo proceso de adaptación. A pesar de todo ha sido necesario irlos sacando por no poder resistir el clima y las condiciones de vida y de trabajo y hoy se encuentran la mayoría en la Brigada de la N.K.V.D. ¿Cómo voy yo a poder resistir las condiciones de vida y de trabajo de hoy en una fábrica y fuera de Moscú? Las condiciones son hoy bien diferentes a las de 1939–1940 y sobre todo para mí. Condiciones de trabajo más difíciles. Sancionado y por ello visto, lógicamente, con desconfianza. Sin conocer el idioma. Con bastantes años sin realizar ningún trabajo manual. Sin existencia de colectivos españoles. Enfermo y enfermos también mis familiares.

»Es claro para mí que esto representa la probable liquidación mía y de mis familiares.

»Yo deseo marchar a México, camarada Stalin, lo deseaba antes de que la sanción existiera. Ahora lo deseo aún más porque después de la sanción se me ha creado una situación política y moral angustiosa: la emigración me ha hecho el vacío y si a esto se añade la situación económica y física que se me crearía con mi salida de Moscú y mi marcha a una fábrica, se hace más comprensible mi deseo».

Se la leo a Esperanza. Estamos de acuerdo con que la envíe tal y como está. 10 de junio. A las diez de la mañana he abandonado el hotel. En el bolsillo interior de mi chaqueta llevo la carta. No me he dirigido directamente al Kremlin. He llegado hasta la Plaza de Nikiski. He descendido después por la misma calle en que está la Clínica del Kremlin. He llegado frente a una de las puertas principales de esta gran fortaleza; ante la puerta que está frente a lo que antaño fueran unas grandes caballerizas. Ha sido un recorrido penoso. Un recorrido cargado con la duda de si entregarla o no entregarla; cargado con la duda de si mejoraré mi situación o la agravaré; con la duda de si esta carta se considerará como un reto a Dimitrov, a Manuiski, a Dolores Ibárruri. Pero el tiempo de pensar ya pasó. «Serás un cobarde si no la entregas», me digo a mí mismo. Y avanzo. Y llego ante la puerta. Y a mi izquierda veo una casa de planta baja de ladrillos. Entro. A la izquierda del pasillo veo tres o cuatro ventanillas. Me acerco a una de ellas. Un oficial de la N.K.V.D. se acerca y le entrego la carta. Y en un grueso libro apunta el nombre y domicilio del remitente; la hora de entrega; a quién va dirigida. Me mira. Le miro fijamente. «Jarashó». Y abandono la pequeña casita. Y comienzo a caminar en dirección al hotel. Y cuando llego tengo la impresión de que todos los que se cruzan conmigo saben lo

que acabo de hacer. Y que unos me compadecen. Y que otros se alegran. Yo intento animarme repitiéndome sin cesar: «Pero has golpeado hasta en la cúspide de la montaña misma».

–¿Ya? –me dice Esperanza.

–Ya –le respondo.

–¿Y ahora a esperar?

–Sí, a esperar... Es lo único que nos queda por hacer...

Me he acercado al balcón y me he puesto a mirar todo lo que es la calle de Gorki; todo lo que pasa por ella. Después de un rato mi vista se ha dirigido instintivamente hacia las torres del Kremlin... ¿Cuándo?... ¿Cuándo?... Ahora miro mi vertical, ¿veinte metros?... ¿treinta metros?... No lo sé; jamás he sabido calcular la altura... Un golpe seco... Un grupo de curiosos que se acercan... Un miliciano que llama a la ambulancia... El aullido de una sirena que no es capaz de romper la indiferencia de la gente. La ambulancia que se detiene. Unos cuantos hombres que bajan de ella. Ocho brazos que cogen dos brazos y dos piernas. Cuatro hombres que dejan caer el cadáver sobre el piso de la ambulancia... Y otra vez el aullido de la sirena. ¡Da asco morir así! Abandono el balcón... Sentado sobre el borde de mi cama pienso en estos días de espera... Pienso en que hay que estar preparado para lo peor... Y llego a la conclusión de que es preciso no dejarse abatir. ¿Cuánto tardará la carta en llegar a su destino?... ¿Llegará?... ¿Contestará?... ¿Y que contestará? Como. Ceno. Me acuesto. Si golpean en la puerta, que golpeen. Si abren la puerta, que la abran. Si entran, que

entren. ¿Stalin? M... ¿Dimitrov? M... ¿Dolores Ibárruri? M... ¿El «socialismo»? M... Comienzo a tener sueño... Me duermo...

18 de junio. Han pasado días y días. En nuestra habitación no cabe la angustia. Yo salgo y entro. Ando por las calles como un vagabundo. Ni miro ni me miran... Ya, casi no soy nadie. La última carta ha fallado. Mi paseo de hoy ha durado horas. Cuando llego al hotel son cerca de las ocho de la noche.

Entro en la habitación.

–¡Han llamado, Enrique! –me grita Esperanza.

–¿Quién?

–Del Comité Central del Partido Bolchevique. Dejaron el recado de que llamaras en seguida... Aquí está el número del teléfono.

No me decido a llamar. Pienso en qué podrá ser. Mis nervios comienzan a ceder. Sí, la carta llegó. En el Comité Central del Partido Bolchevique está la respuesta.

–Hemos obtenido una pequeña victoria, Esperanza.

–¿Lo crees así?

–Sí... Vamos a llamar.

Marco. Unos segundos después la voz de la mujer que me sirvió de traductora en mi entrevista con Bielov.

–Habla el camarada Castro.

–Camarada Castro, el camarada Dimitrov le espera a usted esta noche a las diez.

–¿Dónde?

–Aquí, en el local del Comité Central del Partido Bolchevique.

–¿Podré entrar con la documentación que tengo?

–Sí, camarada Castro. No tiene usted más que dar su nombre a la guardia... Le esperan, camarada Castro, le esperan.

–Gracias, camarada.

He colgado el teléfono y me he dejado caer sobre una de las camas. «A las diez de la noche»... «El camarada Dimitrov»... «Le esperan, camarada Castro, le esperan». Dentro de poco tiempo la incógnita habrá dejado de serlo. Miro a Esperanza. Ella me está mirando desde hace tiempo. Pero no quiero decir más de lo que he dicho: «una pequeña victoria». Nada más.

Las nueve y media.

–Ya, Esperanza.

–Te acompañamos.

Preferiría que se quedaran, pero comprendo toda la inquietud de esta hora.

–Como quieras.

Salimos. Hay poca gente en las calles. El alumbrado parece que agoniza. Descendemos en silencio por la calle de Gorki. El «Hotel Moscú». El «Hotel Metropol». El Metro de la Plaza de Zserhinski. Y una casa gris con centinelas en las puertas y patrullas que caminan y caminan en torno a ella: el Ministerio del Interior, la N.K.V.D. Y dentro de ella la historia de un régimen. Allí los jardines. Y a un lado la sede del Comité Central del Partido Bolchevique...

–Te esperamos en esta esquina.

–Bueno.

Los dejo allí arrinconados, como dos sombras más en esta ciudad en sombras. No vuelvo la cabeza. ¡El cuerpo B! La puerta. El hall.

Un oficial de la N.K.V.D. avanza hacia mí.

–¿Dígame?

–Soy el camarada Castro.

Me ha saludado y me ha conducido hasta el ascensor. «Tercer piso», ha dicho al soldado que hace funcionar el aparato. ¡Tercer piso! Otro oficial de la N.K.V.D. en el centro del descansillo. A la derecha, un pasillo; a la izquierda, otro pasillo. Me dirijo a él. Se levanta y espera a que llegue.

–Soy el camarada Castro.

Me indica una puerta del pasillo de la izquierda.

–Allí es, camarada Castro.

Avanzo por un pasillo con puertas a derecha e izquierda. De algunas de las habitaciones llega hasta mí el ruido de las máquinas de escribir. Avanzo hundiendo mis pies en una mullida alfombra. Avanzo sin ver a nadie; sabiendo que tengo clavada en mis espaldas las miradas del oficial de la N.K.V.D., que hace guardia en el descansillo. ¡Aquí es! Golpeo suavemente... Se abre la puerta y un secretario de Dimitrov me saluda.

–¿Qué tal, camarada Castro?

–Muy bien, camarada.

–Pase usted. Dentro de unos momentos llegará el camarada Dimitrov. Me siento. Enfrente de mí, dos grandes balcones. A la derecha, una mesa de despacho y un hombre sentado detrás de ella; a la izquierda, otra mesa de despacho y otro hombre sentado detrás de ella. A la derecha de cada uno de estos dos hombres, varios teléfonos de distintos colores. A sus espaldas, dos grandes cuadros de Lenin y Stalin. A mi izquierda, un gran mapa de la U.R.S.S. A mi derecha, una enorme puerta. Los dos hombres fuman en silencio.

–¿Un cigarro, camarada Castro? –me dice uno de ellos.

Fumo. Me acuerdo de las dos sombras. El reloj del Kremlin da las diez. Los dos hombres comprueban sus dos relojes. Vuelven a fumar en silencio. Continúo fumando en silencio. Siento un golpe rítmico en el interior de mi cabeza: ¿me estarán grabando a cincel la silueta de las dos sombras que dejé

arrinconadas en la esquina? Me olvido de Dimitrov. Yo, el recuerdo de las dos sombras y mi pena. Se abre la puerta. Entra un hombre... Se levantan los dos hombres... El hombre me mira... Yo le miro.

–Salud.

–Salud.

Le abren la puerta que está a mi derecha y entra. Vuelven a cerrar la puerta. Los dos hombres se sientan. Un minuto... Dos... Tres... Suena un timbre. Uno de los hombres se levanta y entra en la habitación en que entró el hombre que me miró y me dijo: «Salud». Sale.

–El camarada Dimitrov le espera.

Me abre la puerta y entro. En la pared fronteriza dos retratos: Lenin y Stalin. En los laterales, muchos retratos. Al fondo, una inmensa mesa de despacho y algunos teléfonos de varios colores. Delante de esta mesa otra estrecha y larga, la T de siempre, y a la cabecera de ella, él: Dimitrov. Avanzo. Le miro. Me mira mientras avanzo. Cuando nos separan dos o tres metros, se levanta y me abre los brazos: nos abrazarnos.

–¿Qué tal, camarada Castro?

–Bien, camarada Dimitrov.

–Siéntese.

Me siento. Me mira y le miro. Mientras nos miramos, él mete un pedazo de un cigarro puro en su cachimba. Lo aprieta bien y luego lo enciende. Una bocanada de humo, otra, otra más... ¿A qué espera?

–¿En qué idioma quiere que hablemos?

–Preferiría hablar en mi idioma.

Toca un timbre y entra uno de los hombres. Le habla lentamente. El otro escucha rígido. Sale. Él, mientras tanto, fuma. Yo mientras tanto, recuerdo a los míos que esperan en la esquina... Entran Geroe y Mirov. Nos estrechamos las manos y se sientan. El viejo sigue fumando. Mirov y Geroe miran a Dimitrov. Yo miro a Dimitrov, que deja la cachimba en un lado de la mesa y me mira.

–Usted, camarada Castro, ha escrito una carta al jefe, ¿no es cierto?

–Sí, camarada Dimitrov.

Vuelve a tomar su pipa y a dar dos o tres chupadas. Mirov y Geroe nos miran a uno y a otro.

–¿Por qué no se dirigió usted a mí?

–Había perdido la confianza en usted.

Silencio otra vez. Dos o tres chupadas a la pipa otra vez. Las miradas de Geroe y Mirov sobre los dos otra vez.

–¿Cómo se encuentra usted y su familia?... ¿Bien?

–Bien, camarada Dimitrov.

–¿No sería conveniente que se fueran ustedes a descansar dos o tres meses al Cáucaso?... Sin duda les sentaría bien... ¿No querrían irse dos o tres meses? Nunca está de más descansar.

–Lo agradezco mucho, camarada Dimitrov, pero no es necesario... Estamos bien... Yo creo que hasta demasiado bien.

Geroe traduce. Dimitrov se sonríe.

–Camarada Castro. No sé lo que le diría usted al jefe, pero tengo el encargo de ofrecerle un descanso por todo el tiempo que sea necesario; de comunicarle que no hay nada que impida su salida de Moscú para México... De ofrecerle cuanto necesite.

–Gracias, camarada Dimitrov.

–¿Tiene usted ya el visado americano?

–No.

–¿Qué quiere usted hacer hasta que llegue el momento de marcharse?

–Trabajar.

–¿Dónde?

–Puedo trabajar aquí, en Moscú, en las Ediciones en Lenguas Extranjeras.

–De acuerdo. Mañana preséntese usted al camarada director, para que le dé trabajo.

–¿No será necesario volver a escribir sobre todo lo que ha pasado?

–No.

–Gracias.

–Además, camarada Castro, yo hablaré con la camarada Dolores para que haya una entrevista con usted, con el fin de restablecer las relaciones que debe haber entre camaradas...

–Dudo que tal reunión pueda celebrarse.

–¿Por qué?

–Conozco bien a Dolores.

–Si arreglo la entrevista, ¿irá usted a verla?

–Iré.

–Además, debe continuar escribiendo para Radio Moscú.

–Dudo que Dolores me deje escribir en la sección española.

–¿Por qué?

–Conozco bien a Dolores.

–Si le dan la posibilidad de escribir, ¿escribirá?

–Escribiré.

–Bien... Bien... Supongo, camarada Castro, que si de nuevo tuviera usted necesidad de algo, esta vez se dirigiría a mí...

–Sí, esta vez sí.

–Bien... Bien...

Ha vuelto a encender la pipa... Se ha levantado y ha comenzado a pasear de un lado para otro. Geroe y Mirov fuman en silencio. Deja la pipa sobre la mesa.

–¿Estamos de acuerdo?

Me tiende su mano. La estrecho... Y salgo... Detrás de mí, queda Dimitrov fumando... Geroe y Mirov, viéndole fumar... Al abrir la puerta, los dos hombres se levantan. Uno de ellos me abre la puerta. Otra vez en el pasillo. Cuando paso por delante del oficial de la N.K.V.D., se levanta y me saluda. Cuando paso por delante de la guardia de la puerta, me saludan... La calle. Allí, en la esquina, las dos sombras... Quisiera llegar pronto hasta ellas, pero nadie que me viera correr pensaría que quiero poner fin a una angustia de semanas. Llego hasta ellos.

–¿Qué? –me dice Esperanza.

Comienzo a hablar mientras caminamos. Frente a la inmensa silueta de la casa gris, me callo. Otra vez vuelvo a hablar. El «Lux. La habitación 224. Nos sentamos en medio de un gran silencio. Cada cual está interpretando la entrevista a su manera.

–¿Crees que Stalin les habrá quitado la razón en lo que se refiere al problema político?

–No.

–Yo tampoco.

Otra vez el silencio. Y otra vez ahondando en el recuerdo de estas entrevistas, buscando encontrar la verdad de todo; queriendo saber qué es lo que hay en el fondo de «esta marcha atrás», para evitar ser sorprendido por nuevos acontecimientos.

–No hemos cenado, ¿verdad?

–No.

Se levanta y coloca tres vasos y tres pedazos de pan negro. Unos momentos después el té humea. Hemos cenado. Y por primera vez en muchos días nos acostamos sin angustia... No quiero pensar hoy en nada más... ¡Dormir!... Sólo dormir... Radio Moscú da el parte del Buró de Información Soviético... Después otra vez el silencio... Ha terminado el 18 de junio de 1944.

Uribe me ha citado para mañana a las cuatro de la tarde en la Casa Negra. Mientras tanto el sol quema a Moscú. Y la gente piensa en el final de la guerra. Ceno. Hago el balance del día. A las once de la mañana he ido con Lydia Kuper a «Ediciones en Lenguas Extranjeras». Es un edificio gris de varios pisos, unos cien metros de la estación ferroviaria de Kasán. Subimos en un ascensor circular, que me da la impresión de una noria.

Llegamos al piso en que tiene su despacho el director. Avanza Lydia por un estrecho pasillo con habitaciones a derecha e izquierda. La sigo. Entramos en una habitación: es el antedespacho del jefe. Una mujer, delgada y consumida que intenta ocultar su derrumbamiento físico a base de pintura, nos recibe. Lydia le explica que el director nos espera. Unos minutos. Entramos. Mesas, sillones, retratos, teléfonos y detrás de la mesa un hombre que se levanta sonriente y nos saluda.

–El camarada Castro –me presenta Lydia.

Nos miramos.

–Siéntese, camarada Castro.

Me siento. Enciendo un cigarro y espero.

–¿Qué trabajo puede usted hacer, camarada Castro?

–Puede trabajar como corrector de estilo –responde Lydia.

–Dónde querría trabajar, ¿aquí o en su casa?

–En mi casa –me apresuro a responder.

–De acuerdo... Le pagaré a usted la tarifa más alta y le garantizaré trabajo suficiente para que pueda cubrir sus necesidades... La camarada Kuper le presentará a la jefe del sector latino y a la sección administrativa para que le den a usted las cartillas de racionamiento... ¿Contento, camarada Castro?

–Sí.

–Cualquier cosa que usted necesite, puede acudir a mí.

–Muchas gracias, camarada director.

Salimos. Durante unos minutos delante de la jefe del sector latino. Es una mujer vieja, extraordinariamente temperamental. Habla Lydia. Yo escucho. Al final salgo con un trabajo de Simonov y los pliegos de las memorias de Repin. Con el jefe de la sección administrativa. Un hombre gordo y calvo y lleno de desprecio para todo el mundo: para él lo más importante es él. Salimos. Respiro.

–Es necesario, Castro, que subamos a ver a los camaradas españoles. Vas a trabajar con ellos y conviene que haya relaciones lo más cordiales posibles. ¿No te parece?

–No me parece, pero... vamos a ver a los «camaradas españoles». Subimos y entramos en una pequeña habitación, con varias mesas juntas en el centro y varias personas en torno a ellas.

–Salud.

–Salud –me responden no sé cuántos de los que están.

–Castro va a trabajar con nosotros –explica Lydia.

Miro. En unos hay un gesto de odio y superioridad. En otros una actitud cordial. Dejo de mirarlos y me dedico a contemplar un mapa de la U.R.S.S. Lydia Kuper habla y ríe. Y salimos. Y voy

mirando a las gentes con las que nos cruzamos en los pasillos y en la escalera: un tratado de psicología. Con ellos se podría hacer un estudio anatómico del «socialismo». Y mirándolos y pensando me he acordado sin querer de lo que se dio en llamar el «vientre de París». Algunos de los que he visto trabajaron antes en la Komintern, al parecer se desviaron. Y fueron enviados a las Ediciones en Lenguas Extranjeras, que viene a ser algo así como la «redención de penas por el trabajo». Respiro con fuerza el aire de la calle.

Y mientras caminamos hacia el Metro se va quedando cada vez más lejos ese edificio gris en el que tanta gente arrastra su agonía. Las cuatro de la tarde. Pido el «propus» en la oficina de la Casa Negra... Tengo delante de mí a Uribe. Con el mismo gesto de siempre. El gesto y la idiotez suelen ser crónicos.

–Sabemos, Castro, de tu carta al jefe y de tu entrevista con el camarada Dimitrov... Tus problemas al fin se han resuelto... Sin embargo, es preciso que pongas de tu parte todo lo que puedas para mejorar tus relaciones con el Partido.

–¿Lo crees así?

–Sí.

–Entonces permíteme que te saque de un error... Yo no tengo que hacer nada para reconciliarme con el Partido... Sois vosotros, considerándoos como Partido, los que habéis llevado las cosas al terreno en que hoy están... Sois vosotros, por tanto, los que tenéis que volver las aguas a su cauce y no yo... ¡Quiero que esto quede claro, todo lo claro que sea posible, para que no haya lugar a engaño!

Se ha quedado desconcertado. Me ha ofrecido un cigarro. Fumamos. Interiormente me sonrío viéndole nervioso, sin saber cómo poner fin a esta entrevista en la que sustituye a Dolores.

–Cualquier cosa que necesites, Castro, ya sabes mi teléfono.

–Descuida, Uribe, no creo que te moleste.

Nos levantamos y me tiende la mano. Salgo y desciendo por la calle de Gorki. Hace sol y el sol me gusta. Además, soy un obrero que trabaja a destajo. No perjudico a nadie, a excepción de a mí mismo, con no trabajar hoy. Y he paseado durante dos horas. Estoy tranquilo, pero en el fondo de mi tranquilidad hay el temor que nace de no comprender nada de cuanto ha pasado en estos dos últimos días. Regreso al «Lux». Comienzo a leer las cuartillas de Simonov: es la historia de un campo de concentración. Termino. Y comienzo a hojear la historia de Repin... Repin explica cómo hizo su famoso cuadro «Los segadores del Volga»... Me entretengo leyendo los detalles... Quién iba a decir a Repin que con este cuadro trazaba el futuro país del socialismo... Y sin embargo, así es: millones de hombres arrastran una grave nave, millones de hombres cantan, ahora en silencio, sus angustias... Ayer caminaban inclinados. Hoy caminan inclinados. No soy capaz de enjuiciar la obra de Repin como pintor. Me han dicho que fue un mal pintor. Es posible que así sea, no lo sé. Pero estoy en el deber de defender a Repin como a un hombre que tuvo una gran visión del futuro de su patria. «Los segadores del Volga», ayer, definen el país del socialismo, hoy... Los días pasan y junio va acabando. Hoy han llegado mi madre, mi hermana y mi sobrina

de Tashkent. Las reclamó mi cuñado, pero antes de que llegaran fue enviado a Austria como jefe de un grupo de guerrilleros. Y aquí están, sin él y sin casa... Todo un problema. Las Milicias de Moscú no las dejan residir aquí; el director del «Lux» no las deja habitar en el hotel.

–¿Y dónde vamos a vivir, Enrique? –me pregunta mi madre.

–¡Aquí!

–Pero nos han dicho que está prohibido –me responde mi hermana Concha.

–¡Eso faltaba, Enrique! –grita mi madre.

–Entonces preparen todas sus cosas... Hasta que no les den casa vivirán aquí... Es la única solución.

Concha dormirá con su hija. Mi madre con Alejandro. Yo con Esperanza. Los seis en tres camas pequeñas, tan pequeñas que es casi imposible darse la vuelta. Y todos en una habitación de dos metros y medio de ancho por seis de largo. Y seis personas viviendo con el salario de una y con las cartillas de racionamiento de Esperanza, Alejandro y yo. ¡Cuesta arriba! ¡Siempre cuesta arriba! Un día. Otro. Hoy he hablado con mi madre de problemas políticos. Ha sido ella quien ha comenzado.

–No te dejes abatir, Enrique. Sois jóvenes, podéis luchar todavía, salir de aquí y rehacer vuestra vida...

–Sí, mamá.

–De nosotros no te preocupes... Saldremos de aquí o nos moriremos aquí... ¡Qué más da...! No transijas, Enrique. Han cometido una canallada contigo. Y a los canallas, ni el saludo.

–¿Un traidor, tú...? ¿Acaso los que te acusan pueden mostrar su vida como tú, día a día...? Siempre, siempre el trabajo y el Partido... Y cuando para toda esta canalla se acabaron las miserias, cuando la guerra los convirtió en nuevos ricos, tú y tu familia, tú y tu madre vivíamos tan modestamente como habíamos vivido siempre: con estrecheces, hasta con miseria a veces... Pero eso sí, con la cabeza bien alta...

–Es cierto, mamá.

–¿Te acuerdas cuando me enviabas a Arenys de Mar, durante la guerra, un poco de azúcar, de café y de aceite?

–Sí, me acuerdo...

–Yo estoy convencida de que tienes razón... Y tu madre te conoce mejor que ellos... No transijas... Cuando se tiene razón no se cede... Cuando a uno le dan una bofetada no se pone el otro carrillo para que le den la segunda...

–Tiene razón, mamá.

Han llegado los demás y la conversación ha quedado cortada. Sentada en la cama, mi pobre vieja dialoga consigo misma. De vez en cuando la veo mover los labios. Sigue aconsejándome: «No transijas... Cuando se tiene razón no se cede...». Agosto. Ossola, mi cuñado, ha regresado de Austria. Viene con una pierna rota, pero orgulloso de haber cumplido con su deber.

Uno de los ferrocarriles más importantes de Austria, por el que abastecían al ejército alemán del frente sur del teatro de operaciones soviético, supo de sus golpes... Pero el héroe no tiene casa. Él es un hombre disciplinado y espera. Concha ha tenido que comenzar a hacer ropa de punto y a venderla a quien puede y como puede.

Esperanza ha tenido que comenzar a trabajar. Los polacos, que ahora están de moda, han montado un taller de sastrería y ropa de punto. Se dice que es para los combatientes del Ejército polaco. La realidad es distinta; los jefes y las señoras de los jefes del Partido Comunista polaco son la única clientela de este taller integrado en casi su totalidad por judíos. Esperanza, trabajando desde las nueve de la mañana hasta las diez de la noche, gana unos doscientos rublos al mes. De ellos el cuarenta por ciento se va en descuentos. La única ventaja es que podemos comprar en el almacén polaco. Con ello tenemos asegurado el racionamiento completo y todo él compuesto de productos americanos. Ossola espera. Las Milicias de Moscú presionan para que salgan de la capital. El director del hotel presiona para que salgan del «Lux». Cada cual encubrimos nuestra hambre como podemos. Pero nadie engaña a nadie.

–Comer más pan... Yo no tengo ganas.

Esto lo dice mi madre. Lo dice Esperanza. Lo dice Ossola. Lo dice Concha. Lo digo yo. Pero cuando ya se ha «comido», cada uno de nosotros, aparentando una gran distracción, va recogiendo las migas que han quedado sobre la mesa y llevándoselas lentamente a la boca... Y de postre un vaso de

agua... Otro vaso de agua... Otro... Con algo hay que llenar el estómago...

Hemos alquilado la casa de un compañero italiano que trabaja en Radio Moscú. Está a treinta kilómetros de la capital. Y se han ido los cuatro. Y la N.K.V.D. al fin, se ha acordado de que Ossola es un herido de guerra; y ha comenzado a pagarle su salario de oficial; y a darle cartillas de racionamiento; y han comenzado a comer un poco más que antes...

Septiembre. Las primeras nieves. En la pequeña casa de ese pueblecito de los alrededores de Moscú no tienen leña. El Gobierno soviético ha prohibido cortarla.

Y el frío que ha comenzado a penetrar por todas las rendijas de esta casita de verano arrincona a los míos... La N.K.V.D. no da leña. El soviet del pueblo no deja cortar leña... Y el miedo a morir de frío se ha apoderado de mi madre, de Concha, de Ossola. He escrito a Dimitrov. De la «disuelta» Komintern me han concedido tres metros cúbicos de leña para todo el invierno. He tenido que ir por ella a quince kilómetros de distancia de donde mis familiares viven.

Octubre.

Domingo.

Hemos salido temprano a visitarlos. Cuando hemos llegado el cuadro ha sido de verdadero espanto. Mi cuñado Ossola está hundido en la cama, quejándose de agudos dolores en la pierna que le rompieron en Austria, mi hermana, con toda la

ropa puesta, está acurrucada en un rincón, esperando que la muerte llegue.

–¿Qué pasa? –digo al entrar.

–Hace cuatro días que se nos acabó la leña.

–¿Y mamá?

–Se fue con la niña a Moscú.

He sentido que la angustia me ahogaba. Me he figurado a mi pobre madre con la niña en brazos, hundidos sus pies en la nieve, buscando el calor y la vida. Miro a mi hermana que llora en su rincón y a Ossola que guarda silencio.

–Preparaos, que salimos inmediatamente para Moscú.

–¿Y las Milicias? –me pregunta mi hermana.

–A la m... las Milicias.

–¿Y el director del hotel?

–A la m... también el director del hotel... ¡Vamos...!

Y hemos abandonado este pueblecito. Le hemos abandonado casi a rastras, marchando al paso de Ossola que camina penosamente. Hemos llegado al «Lux» y he pedido los «propus» para ellos. Cuando llegamos a nuestro cuarto encontramos a mi madre sentada sobre una cama y hundida en no sé qué pensamientos... No, no llora... Es Castilla enlutada

que no quiere llorar... Son sesenta y seis años de vida, de dolor y miseria que no claudican...

–Era imposible vivir allí, hijo.

–Ha hecho bien, mamá.

Esperanza prepara té para todos. Estrellita, mi sobrina, juega y ríe, un poco al margen de nuestra tragedia... La noche. Nos acostamos. A las once suena el teléfono.

–¿Camarada Castro?

Es la responsable de la oficina de «propus» del hotel.

–Sí, el camarada Castro.

–¿Ya sabe usted que no puede permanecer ninguna visita en el hotel después de las once de la noche?

–Sí, lo sé.

–Entonces deben salir ahora mismo...

–No pueden salir.

–¿Por qué?

–Porque no.

–Camarada Castro...

–Hablabremos con el director del hotel... ¡No tienen donde vivir y no es posible echarlos a la calle. ¿Me entiende, camarada?

Y he colgado el teléfono.

Los días transcurren en medio de una angustia tremenda... ¡Todo es poco para todos...! Y todos debemos hacer esfuerzos para que el odio no pueda florecer, para que ni la más pequeña grieta se abra entre nosotros... Mi madre es una sombra en pie... Concha, la amargura... Esperanza, la desesperación... Ossola, el hombre que no habla... Y yo... Yo encerrado en mi trabajo, intentando aislarme de los gritos de Estrellita, de la desesperación de todos... Pero eso sí, rodeados de «socialismo» por todas partes. Ossola sale de Moscú. Va de Comisario a un campo de prisioneros en Vladimirski... Una vez allí, preparado todo, saldrán mi madre, mi hermana y mi sobrina. Ossola ha partido. La lucha contra las Milicias de Moscú continúa; la lucha contra la dirección del hotel prosigue cada vez con más violencia. ¡Fuera del hotel...! ¡Fuera de Moscú!, es la consigna general que cada día oímos por un conducto u otro en nuestra habitación 224, convertida en asilo. Y vamos adelgazando. Y va penetrando cada vez más honda la amargura en cada uno de nosotros; cada vez se habla menos; cada vez hay más violencia en lo poco que se habla; cada vez más rencor contra los causantes de este cerco que nos va consumiendo día a día. Una o dos veces por semana voy a la editorial. Es una visita breve; entregar y recoger material. Pero aún en esta brevedad no puedo prescindir de ver y que me vean dos o tres personas a las que el peso del odio las hace permanecer encogidas siempre. Son Velasco, un maestro con

todas las características de un jesuita; la ex mujer de Giorla, María Carrasco, a la que la sífilis que la corroe, regalo de bodas de su ex marido, la hace odiar a todos y encerrarse en un fanatismo bestial; y la mujer de otro Velasco, amargada por mil fracasos sentimentales y casi tantos políticos y que jamás mira de frente. Cuando entro levantan la cabeza, me miran y se miran. Tengo la impresión de que sus seis orejas se agrandan y se agrandan hasta recordarme un viejo cartel de nuestra guerra en el que en el fondo había una oreja enorme y delante de ella una boca y un dedo cruzándola de arriba abajo y una consigna que decía: «¡Silencio!». Y guardo silencio. Todo el que puedo. Tengo miedo a los «jesuitas rojos», como los llamara con gran acierto Ernesto Navarro. Y luego otra vez a encerrarme en la habitación 224. Otra vez a hundirme en ese cerco espinoso de la desesperación.

Luis Quintanilla, el embajador de Méjico, me ha comunicado que mi familia me ha remitido 200 dólares para que compremos ropa y comida... Me he sonreído al enterarme del destino que daban a su dinero... ¡Ropa y comida...! ¡200 dólares para ropa y comida...! Sé que aproximadamente con eso viven, y no viven mal, muchos trabajadores americanos durante un mes; pera mi familia no sabe que con esa cantidad no podría ni comprarme unos zapatos. Dejo el dinero en la Embajada como depósito y seguimos manteniendo una dieta rigurosa y vistiendo como mendigos.

Noviembre.

Stalin ha hablado. Ha hablado de los diez golpes asestados a los ejércitos alemanes por el Ejército Rojo. «La tarea consiste

en seguir manteniendo a Alemania atenazada entre los dos frentes. En esto reside la clave de la victoria». Mañana se habrá olvidado esto. Mañana se hablará de que el Ejército Rojo fue la clave de la derrota del fascismo alemán. Dejo de acordarme de lo que ha dicho Stalin. Malinovsky ha entrado en los suburbios de Budapest. La U.R.S.S. necesita petróleo y el petróleo está en Ploesti. No es éste el único objetivo de las fuerzas del Ejército Rojo que penetra en los Balcanes: en voz baja se habla del bloque eslavo; en voz baja también se habla de una zona de seguridad de la Unión Soviética; que abarque a todos los países fronterizos; en voz baja comienzan a llegar hasta nosotros los rasgos especiales de la estrategia guerrera de posguerra. Los enterados hablan de las nuevas repúblicas populares que surgirán de la derrota del fascismo alemán; los teóricos explican que es una etapa de transición hacia el socialismo. ¡Yo sólo pienso en salir! En alejarme del «socialismo».

Mi madre ha caído enferma. Los médicos hablan de un amago de derrame cerebral. Concha y su hija tienen que salir para Vladimirski.

Las he acompañado hasta la estación de Gorki. Hace una noche espantosa. Un vendaval de nieve envuelve Moscú y golpea las caras de los que se aventuran a salir a la calle. Inclínados, cortando el viento y la nieve que parece formar una verdadera muralla, hemos cruzado Moscú. En la estación, muchedumbres demacradas y andrajosas que también esperan. En el andén unas lucecitas en agonía y gente que corre de un lado para otro. Las encargadas de cada vagón nos mandan de aquí para allá. Yo, arrastro los equipajes. Concha arrastra a su hija. Y una vez, muchas veces, hemos ido de una

punta a otra del convoy... Suena la campana de salida. Todavía están en el andén. Comienza a marchar el tren... La nieve y la desesperación nos azotan... Subo a la niña a una de las plataformas; ayudo a subir a Concha...

–Llegar, llegar como sea –le digo por toda despedida.

El tren se pierde en un recodo. Yo me hundo en este huracán de nieve que presenta a Moscú como una ciudad de espanto. Llego al hotel.

–¿No hubo dificultades? –me pregunta mi madre.

–Ninguna, mamá.

–Ojalá lleguen bien.

Y otra vez se encierra en el silencio. Y sin que ella me vea la miro. Tengo la impresión que la nieve ha entrado en el cuarto y ha cubierto su cabeza.

–¿Cómo se siente?

–Bien, hijo, bien.

Pienso hasta cuánto podremos continuar dándole leche... Cuarenta rublos por un litro de leche cada día comienza a ser superior a nuestras posibilidades... Dejo de mirarla ante el temor de no poder contener las lágrimas... «¡Es un sentimental!», dirían los ortodoxos si me vieran... «Un sentimental pequeño burgués», agregarían para completar la definición. Y sonreirían satisfechos. Recordar con la mayor

frecuencia posible la Escuela Leninista siempre es un placer, un placer y un mérito para los que son esclavos de la ortodoxia.

Los días pasan. De vez en cuando visito a Quintanilla. Otras veces al cónsul americano. En los dos lugares, la misma pregunta: «¿Se sabe algo del visado de tránsito?». Y en los dos lugares la misma respuesta: «Nada». Llega diciembre. Mi madre espera a ponerse bien para reunirse con mi hermana; nosotros esperamos el visado de tránsito para marcharnos de donde nunca volveremos. Tenemos esperanza. ¿Qué sería de nosotros si no la tuviéramos? Esperanza y Alejandro han salido a recoger las patatas del racionamiento. Nos hemos quedado mi madre y yo. No hemos hablado ni una sola palabra. Ella sólo mueve de vez en cuando una mano para pasársela por la cabeza, como si quisiera precisar dónde está lo que amenaza su vida; yo trabajo sobre una especie de biografía de Suvorov, por la que me entero que no fue el carnicero de los campesinos polacos, sino un héroe nacional que dio gloria a las armas rusas. Pasa el tiempo.

Cerca de las nueve de la noche, después de tres o cuatro horas hacienda cola, llegan Esperanza y Alejandro. Cada cual trae un saco a las espaldas y una fatiga que le ahoga.

–Un telegrama, Enrique –me dice Esperanza al entrar.

Golpean los sacos al chocar contra el suelo. Se sienta mi madre sobre la cama. Y me acerco a Esperanza, que comienza a abrirlo. Lee. Se ha puesto pálida. Y se ha dejado caer sobre una de las camas bajo el peso de la desesperación. Tomo el telegrama de sus manos y leo: «Visado de tránsito por los

Estados Unidos denegado. Decirnos otros caminos. Aurora Abascal».

La leo en voz alta. Mi madre ha vuelto a dejar descansar su cabeza sobre la almohada. Esperanza creo que está llorando. Alejandro no sé si piensa o no piensa. Yo doy vueltas entre mis manos a este telegrama que ha multiplicado nuestra desesperación... Ya lo sabrá la N.K.V.D. Ya habrá transmitido la noticia a Dimitrov, a Dolores. Otra vez la angustia. Cuando nos acostamos y apago la luz siento que nadie duerme. Me he levantado más temprano que de costumbre. A las diez de la mañana ya estoy en el consulado americano. He atravesado una paralela de policías que va desde el «Hotel Nacional» hasta la Embajada Americana. He llegado hasta la secretaria del cónsul y me he anunciado. A los pocos momentos he sido recibido...

–Quería saber, señor cónsul, si hay algo de mi visado de tránsito.

–Se lo han negado, señor Castro.

–¿No sabe usted la causa?

–Por ser comunista... A los comunistas les está prohibida la entrada en mi país.

Me he sonreído.

Después he abandonado la Embajada americana y me he dirigido a la Embajada de México.

–¿Qué hay, amigo Castro? –me pregunta el embajador.

–Me ha sido negado el visado de tránsito por los Estados Unidos... Anoche recibí un telegrama de mis familiares, notificándomelo... Por comunista, me ha dicho el cónsul...

–Me lo temía.

–¿No cree usted, amigo Quintanilla, que Francia me pudiera dar la autorización de entrada en África, para desde allí tomar cualquier barco que me condujera a México?

–No sé, pero vamos a preguntarlo.

Ha llamado por teléfono al embajador francés. Durante unos minutos Quintanilla le ha estado hablando de mí, intercediendo para que me den la entrada en África. Ha colgado el teléfono.

–Nada, Castro.

No he querido disimular mi desaliento. Durante unos segundos he estado mirándole fijamente. Él ha comprendido. Y con un tono más humano que nunca, ha comenzado a hablar.

–Telegrafíe usted a su familia. Dígales que insistan. Y que al mismo tiempo gestionen el tránsito por Suecia. Que no dejen nada por hacer. Sé que nada de lo que estoy diciendo es fácil, pero tampoco imposible... ¡Que insistan!... ¡Que insistan una y otra vez!

–Gracias, Quintanilla.

Al salir, los dos policías que hacen guardia en la puerta me han mirado y han consultado sus relojes. Llego a casa. Redacto un telegrama. Me acerco a Correos y lo pongo. Cuarenta y cuatro rublos, sin la seguridad de que llegue.

31 de diciembre.

1945. SÉPTIMO Y ÚLTIMO AÑO

Los días pasan.

Pasan como una procesión de atormentados... Se me figuran una empinada cuesta de lodo en el que me hundo y me escurro; en el que me caigo y sobre el que me levanto. Y por techo un cielo gris que parece descansar sobre las cabezas de ciento noventa millones de hombres y mujeres.

IV

La negativa de los Estados Unidos a nuestra petición de tránsito ha sido uno de los golpes más duros recibidos desde el cinco de mayo de 1944. Era el camino más fácil para salir: los barcos americanos llegan a todos los puertos de la U.R.S.S., a excepción de los del Báltico y del Mar Negro. Anulada esta posibilidad, de nuevo, sobre nuestro horizonte de libertad, ha caído la noche. Y lo más terrible de todo es que no sé qué hacer... ¿Rogar a la embajada americana?... ¿Por qué rogar a los americanos si no he rogado a los soviéticos?... ¿Gestionar el tránsito por otros países?... ¿Por cuáles?... Podría llegar hasta

Suecia, pero en Suecia tendría que depender de nuevo de los americanos. Podría llegar posiblemente hasta Turquía, pero en Turquía tendría que pasar a depender de los americanos. ¡Por hoy todos los caminos están cerrados! Sin embargo, he decidido seguir visitando tanto al embajador de México, como al cónsul de los Estados Unidos. Por otra parte intentaré, si es posible, ponerme en contacto con algunos embajadores de otras repúblicas latinoamericanas. ¿Y para qué todo esto? Ciertamente que el único punto de apoyo sólido lo constituye la embajada mexicana; pero es conveniente que la N.K.V.D. sepa que visito con frecuencia al cónsul de los Estados Unidos; que sepa, si me es posible lograrlo, que también visito a otros embajadores. Dar la impresión de que no estoy aislado. Con cierta regularidad visito a Luis Quintanilla. Son visitas breves y cordiales, que constituyen para mí un gran alivio moral: contra México y sus representantes aquí, no se puede lanzar ninguna acusación que sirva de base para después acusarme a mí de estar en relación con los enemigos de la democracia. Cualquier acusación provocaría carcajadas. Y, además, México es un país que no recibe órdenes de nadie. En cuanto a mis visitas al cónsul americano, constituyen, más que nada, un «movimiento de diversión». Los agentes de la N.K.V.D. me miran minuciosamente cada vez que entro y salgo de este gran edificio. Lo que no saben es que cada vez que llego ante el cónsul éste me mira con un gesto de sorpresa.

–¿Qué desea usted?

–Saber simplemente si hay alguna noticia nueva.

–Después de la que hubo, ¿qué otra puede haber?

–Mi familia me ha comunicado que se han reanudado las gestiones y que parece ser que con bastante éxito.

–Lo dudo.

–Pero ¿no le molesta a usted que venga de vez en cuando a saber si ha habido algo?

–No, ninguna molestia. Pero puede usted ahorrarse el paseo: en el caso de que hubiera algo nosotros le avisaríamos.

Creo que esto venimos a decirnos más o menos en todos nuestros encuentros. Y cuando salgo y veo que me miran todos estos hombres con «uniforme civil», procuro dar no sólo la impresión de tranquilidad sino de satisfacción, para que cuando informen puedan decir: «Entró a las once de la mañana y salió a las doce menos cuarto. Daba la impresión de salir contento: se detuvo un momento en la puerta, encendió un cigarro y comenzó a caminar lentamente en dirección al «Hotel Lux». Luego miró la cartelera del «Pequeño Teatro» y después continuó su camino moviendo los labios como si tarareara una canción».

Hoy he visitado al embajador de Colombia. Es un hombre correctísimo que se desvive invitándome a tomar café. He tomado varias tazas y hemos conversado de la guerra, de la política y, por último, del motivo de mi visita.

–No puedo hacer nada, señor Castro. Para darle a usted un documento como ciudadano colombiano tendría que solicitarlo de mi gobierno y esto, en el caso de que pudiera lograrlo, llevaría muchos meses... Y no estoy muy convencido de que

después de esto el gobierno de los Estados Unidos no volviera a repetir su negativa.

–Comprendo... Comprendo, señor embajador.

Y he salido tan tranquilo como he entrado, ya que lo único que buscaba con esta visita es que los agentes de la N.K.V.D. en el «Hotel Nacional» pudieran informar al final de su jornada: «Castro visitó al embajador de Colombia a las cuatro de la tarde. Salió a las cinco y media. La impresión que nos produjo es que su entrevista había sido altamente positiva».

¡Engañar! ¡Engañar! ¡Engañar! ¿No me han estado engañando ellos desde hace veintidós años?...

He conocido a dos miembros de la embajada del Uruguay: Lauro Cruz y Mario Janvarena. A los dos los he conocido en casa de Carlos Díez. El primero es un hombre muy conocido en su país como médico y por sus ideas progresivas. En algunos tiempos fue, en realidad, y quizá sin saberlo, un instrumento de los comunistas. Vino aquí como médico, a estudiar los problemas de su especialidad, pero en el fondo para contrarrestar el carácter «reaccionario», según decía, de la delegación diplomática uruguaya. El segundo es miembro del Partido Socialista de Uruguay, del que es jefe el actual embajador. El embajador es un socialista «teórico» que se ha limitado a buscar en los archivos de Moscú materiales para su libro Los Orígenes del Socialismo. Tanto Lauro como Mario son dos magníficas personas. Conocían mi caso por Carlos Díez y desde el primer momento se han ofrecido para ayudarme, aunque me han adelantado que pueden hacer muy poco. No

importa. Refuerzan mi «movimiento de diversión». Lauro Cruz era un viejo simpatizante de la Unión Soviética; hoy es un decepcionado. Mario Janvarena era otro simpatizante; hoy es otro decepcionado. Cada cual ha visto la U.R.S.S. desde un punto de vista distinto: el primero como médico; el segundo como militante socialista. Y cuando se les habla del socialismo soviético ambos son discretos. Salvo los momentos que visito las embajadas o a Carlos Díez, el resto del tiempo lo paso en casa trabajando y leyendo. Aparte de mi trabajo como corrector de estilo me he convertido en el mecanógrafo de Lydia Kuper: me paga un rublo por cada página y un día con otro vengo a hacerme de catorce a dieciséis. A fin de mes son unos cientos de rublos que atenúan un poco nuestra miseria. Desde mi entrevista con Dimitrov algo ha cambiado en la emigración. Muchos, cuando no los ve nadie, me saludan cariñosamente. Uribe, dos o tres veces que me lo he encontrado en el «Lux», me ha repetido el viejo ofrecimiento. En las «Ediciones», Velasco, la Carrasco y la mujer del otro Velasco han suavizado un poco su actitud hacia mí. Claro está, que sin descuidar la «vigilancia revolucionaria»; es decir, estando pendiente de mis palabras en busca de una «desviación» que les permita correr a la casa negra y recibir como premio unas palmaditas en el hombro... ¡Imbéciles!... ¿Creen acaso que he olvidado todo lo pasado?... Me invitan con frecuencia a las reuniones del grupo comunista español en las «Ediciones». Unas veces voy y otras no. Cuando voy me limito a escuchar muy en serio y a responder cuando Velasco se dirige a mí diciendo: «Camarada Castro, ¿quieres decir algo?», «No, camarada Velasco, no tengo nada que decir». Cuantas veces oyen esta respuesta noto en los tres el mismo gesto de rabia.

¡Son tres enfermos! ¡Son ciudadanos del mundo de los «ex»! Anulada la posibilidad de salir hacia los Estados Unidos, mi atención se ha concentrado en la guerra: la terminación de la guerra puede abrir, si no todos los caminos sí algunos más de los que hoy están abiertos para los desplazados. Leo con atención el parte de guerra y calculo sobre los posibles plazos de su terminación. Los crecientes bombardeos de los centros industriales japoneses, el desembarco de Mac Arthur en la isla de Luzón, la ofensiva soviética en la región de Sandomierz, el enlace de los ejércitos de Montgomery y de Patton en Saint Hubert, en la saliente alemana de Bélgica, la entrada de las fuerzas de Zhukov y del ejército polaco en Varsovia, el armisticio entre Hungría y las Naciones Unidas, la creación de una cabeza de puente por los soviéticos en la margen occidental del Oder, la entrada en Budapest, la ruptura de la línea Sigfrido, son hechos que me van indicando, día a día, que el fin está próximo, que es preciso no perder la cabeza y saber esperar...

Y espero. Espero poniendo telegramas y más telegramas a Aurora, insistiendo en que multiplique sus gestiones cerca de los Estados Unidos. Sé que terminada la guerra habrá un pequeño plazo en el que se podrá salir, que luego empezarán a manifestarse las contradicciones que hoy duermen y que de nuevo volverán a cerrarse todos los caminos... De vez en cuando Esperanza me acosa con sus preguntas.

–¿Y si de ninguna manera fuera posible a través de los Estados Unidos?

–Buscaríamos otro camino.

–¿Crees que encontraríamos otro camino?

–Creo que sí.

Sé que no la dejo conforme. Pero hemos llegado todos a la conclusión, sin ponernos de acuerdo previamente, de que no debemos violentar nuestras conversaciones. Y nos convencemos o no nos convencemos, pero mantenemos el mayor tono de cordialidad en nuestras relaciones, a pesar de que muchas veces yo y ellas quisiéramos gritar, chocar, para desahogarnos.

Termina febrero.

Dentro de dos meses no habrá nieve... Dentro de dos meses habrá sol...

La marcha de la guerra ha cambiado la fisonomía de una gran parte de la gente que habita en el «Lux». El «Lux» ya no es un asilo. El «Lux» es la antesala de muchos ministerios de Europa. Ulbricht, el representante del Partido alemán, camina por los pasillos del «Lux» como un nuevo Führer: en su pecho luce la medalla de la «Guerra Patria», que ganara sirviendo de traductor entre el mariscal Voronov y Von Paulus. Yo no sé cómo caminan los generales del Reich. Tengo solamente una ligera idea por lo que han escrito de ellos muchos de los que les han visto; pero no creo que caminen con más marcialidad y soberbia que este mediocre representante del «proletariado alemán». El viejo Pieck, que un día asustara a todos los inquilinos del cuarto piso con sus gritos de «¡Llegan los alemanes!... ¡Llegan los alemanes!», ha vuelto a su caminar pausado y a su eterna sonrisa. Después de los alemanes siguen

los húngaros: Rakosi está inaguantable; Geroe parece una estatua de bronce; Revai un genio en miniatura. Los polacos más o menos siguen lo mismo, aunque ¡eso sí! un poco mejor vestidos, gracias al conocido taller de la calle de Gorki. Los checos un poco más sonrientes y su jefe un poco más alcohólico que de costumbre. Anna Pauker sonríe mucho menos que antes: un futuro ministro debe ser serio, muy serio. Thorez (¿un patriota ciento por ciento?) se ha quitado la barba y ha dejado de ser el ciudadano Ivanov para ser solamente el camarada Mauricio Thorez. Los finlandeses son momias. Los austríacos, con Koplénig a la cabeza, son gente demasiado silenciosa, muchos de ellos con aires de viejos comerciantes. De los italianos, Togliatti es el jefe y el símbolo, pero es indescifrable. Al jefe de los búlgaros no lo veo. Al segundo jefe, Kolarov, tampoco. Sólo veo al cuñado del jefe, otro Antón, un poco más grande, que ríe a todas horas. Los españoles somos, como siempre, la cola de Europa. Se compra de todo. Se compra en los almacenes especiales del gobierno, puesto que todos estos futuros ministros de muchos países de Europa son funcionarios del gobierno ruso; se compra en los almacenes especiales de la N.K.V.D., puesto que todos estos futuros ministros de muchos países de Europa son empleados de la N.K.V.D. Se compra en el mercado negro porque el mercado negro es una honorable institución soviética y todos estos futuros ministros de muchos países de Europa son ciudadanos soviéticos.

¡Todo un museo de «socialismo»!

Quienes mejor reflejan la perspectiva son las mujeres. Ya no hay camaradas: sólo grandes señoras. Grandes señoras a las

que se puede identificar por sus abrigo de pieles, por sus magníficos chanclos de goma forrados de piel, por sus preciosos gorros de piel de las mejores clases... Pieles... Pieles... Pieles... Y el gobierno soviético no pone límite, a pesar de lo riguroso del racionamiento de comida y de ropas para el 90 por ciento de los habitantes del país. Los gastos de todos estos futuros ministros y futuras ministras quizá se carguen al capítulo de reparaciones. Posiblemente cada equipo de piel de cada una de estas señoras se canjee por una máquina o por varias máquinas o por una fábrica entera. No estoy de acuerdo, pero parece ser que el tiempo en que los ministros revolucionarios vestían más o menos como un obrero calificado, ha pasado a la historia. Reconozco también que es un insulto a la miseria de Europa este derroche de lujo, pero soy un desviado. Mis juicios no son la «verdad revolucionaria». Mi moral no es la «moral proletaria». Los Quislings se preparan a partir a los países en que nacieron. Y los que no pueden ser Quislings, porque la hora no ha llegado para ellos, se ven corroídos por la envidia.

La sociedad sin clases... ¡Miradla!... ¡Miradla bien!... ¿Merece la pena cambiar esto por lo otro...? ¡No! Tan malo es lo uno como lo otro... El problema es buscar el tercer camino: no el de una democracia sin democracia ni el de un socialismo sin socialismo, sino el de una auténtica democracia socialista.

La historia había registrado, hace años, el fracaso de la democracia capitalista; la historia ha vuelto a reflejar otro gran fracaso: el del socialismo soviético.

–¡El tercer camino!

O el hombre seguirá recibiendo tres mil calorías o mil quinientas calorías; vistiendo como un señorito o como un mendigo; siendo un «demócrata» o un «socialista», pero sin ser LIBRE...

V

Marzo ha terminado.

De México no llegan telegramas. Quintanilla me anima para que no pierda la esperanza; el cónsul americano intenta «ayudarme» para que la pierda definitivamente. Yo espero.

Abril ha terminado. Mi madre espera a marcharse de un momento a otro con mi hermana. Esperanza sigue trabajando con los polacos que visten a los jefes y las mujeres de los jefes polacos; Alejandro, sin el abrigo ya, parece un niño ruso de los que nos hablaba Makarencó en su famoso *Poema Pedagógico*. Yo sigo trabajando en las «Ediciones en Lenguas Extranjeras». Del «Lux» han salido algunos de sus huéspedes más famosos y más viejos. Mi madre se va. La he visto partir una tarde de sol y polvo, con su cabeza blanca al aire y su tristeza clavada hasta los huesos. Nos hemos abrazado en silencio. Ella ha llorado. Cuando se ha perdido en un recodo del pasillo, solo y hundida la cabeza entre mis manos, he llorado también. Tengo la impresión de que es la última vez que nos vemos. Y he llorado su muerte antes de morir. Y entre lágrimas he maldecido todo esto que separa y acaba por romper la familia. ¡Pobre vieja! Se irá hacia allá a una aldea de la región de Gorki; a morir allí o quién sabe dónde. He dejado de trabajar... Y durante mucho tiempo, hasta que ha llegado Esperanza, he permanecido

hundido en mi viejo sillón recordando veinticinco años de mi vida; recordando veinticinco años de su vida. Y permanecerá allí. Hundiendo sus penas en el cariño a su nieta. Viendo un horizonte de árboles como una barrera insalvable y sin poder ir a morir adonde quiso morir siempre: a España; y sin poder ser enterrada en donde siempre quiso que la enterraran: en Castilla. Ella ha sido entre nosotros la voz de la tierra, ella seguirá siéndole. Y cuando muera seguirá siendo en mí la voz de mi vieja España.

«No te olvides nunca de nosotros, hijo».

«No, mamá».

«Salir de aquí como podáis y si algún día podéis, sacarnos de aquí para vivir o morir con vosotros».

«Sí, mamá».

Esperanza llega. Como todos los días, se deja caer sobre una cama y descansa en silencio. La miro. Ella comprende todo lo que está pasando por mí.

–¿Se fue?

–Sí, se fue.

Y no hemos hablado más. Creo que no he vuelto a pronunciar una palabra hasta el otro día. Y durante la noche, mientras Esperanza y Alejandro duermen, he estado pensando horas y horas en ella... Y he vuelto a llorar... No sé a qué hora me habré dormido; sólo sé que cuando me desperté, la cabeza me dolía

terriblemente y que al mismo tiempo odiaba un poco más que el día anterior.

* * *

La Radio nazi anuncia que Hitler ha muerto.

La capitulación de las fuerzas alemanas ha comenzado. Las Naciones Unidas comunican que la rendición incondicional de los alemanes será hecha efectiva a las 18 y 1 minuto, hora de guerra del Este de Europa. Los rusos anuncian que Praga ha sido ocupada. Quisling y algunos de sus secuaces son hechos prisioneros. Tropas americanas hacen prisioneros a los mariscales Goering y Kesselring. En Berlín, el mariscal Keitel, el almirante Friedenburg y el coronel general Strumpf firman el acto de la rendición incondicional. Los restos de la escuadra alemana se entregan a los británicos en Copenhague. La guerra en Europa ha terminado.

Suena el teléfono. Esperanza lo toma y pregunta.

–¿Quién llama?

–... ..

–Un telegrama, Enrique.

Baja a recogerlo. Espero su llegada sin ninguna impaciencia. El escepticismo ha hecho progresos en estas últimas semanas. Esperanza llega, también sin impaciencias y sin ilusiones.

Lo abre.

Lee.

Y grita.

–¡El tránsito!... ¡El tránsito!

Le arranco de las manos el pedazo de papel y leo: «Permiso de tránsito por Estados Unidos concedido. Presentaros embajada americana. Giramos doscientos cincuenta dólares. Abrazos. Aurora Abascal».

¡Al fin!

Miro a Esperanza. Y nuestras miradas se encuentran.

–Mañana a primera hora tenemos que ir a la embajada americana, Enrique.

–Sí, mañana a primera hora.

Noche de impaciencia. Y un nuevo día. A las diez en punto estamos en las oficinas del cónsul americano. Es demasiado temprano. Esperamos. A las diez y media nos hacen pasar ante él...

–¿Qué desean? –la conversación comienza como siempre.

–Hemos recibido este telegrama de México.

Lee.

–Pero aquí no ha llegado nada.

–¿Pero llegará? –le pregunto.

–Si le han concedido el tránsito, llegará... Nosotros les avisaremos.

Salimos.

Treinta «inkabedes» nos miran. Esta vez nos inspiran menos temor que otras veces. Cuando hemos doblado la esquina del «Hotel Nacional» y hemos enfilado la calle de Gorki nos hemos mirado...

–¿Crees que llegará?

–Si lo han concedido tiene que llegar –respondo.

–¿No será una noticia con el propósito de animarnos?

–No creo.

Y hemos continuado en silencio hasta el «Hotel Lux». Ya en la puerta he dudado unos momentos sobre si dirigirme o no a la embajada mexicana. He decidido no ir. Desde la marcha de Luis Quintanilla han variado mucho las cosas: el hombre ha sido sustituido por el funcionario; el demócrata, a secas, por el simpatizante de «esta gran experiencia histórica». Y las cosas comienzan a ponerse mal para mí en ésta que antes fuera casi como mi propia casa.

Los diletantes son peor que las víboras.

Los días transcurren en una espera angustiosa. En ocho días he visitado siete veces al cónsul americano... ¡Nada!... ¡Nada!... No hablo de lo que pienso a Esperanza, pero me siento intranquilo. Ella, por su parte, me habla constantemente de las gestiones que debemos hacer una vez que en la embajada americana se reciba la comunicación de que ha sido autorizado nuestro tránsito por los Estados Unidos de Norteamérica. Yo respondo que sí a todo. Sin embargo, hoy Esperanza ha aumentado mis preocupaciones.

–¿Crees que los soviéticos no nos pondrán dificultades?

–¿Por qué han de ponerlas?

–Hasta ahora, Enrique, les ha sido muy fácil decir que sí. Sabían tan bien como nosotros que no teníamos el tránsito por los Estados Unidos de Norteamérica. ¿Por qué ponerse en evidencia? Pero ahora es distinto. Ahora ya no pueden escudarse en los americanos. ¿Comprendes?... Para ellos tú eres un enemigo. Y aquí no se suele practicar ese adagio que dice: «A enemigo que huye, puente de plata»... Debemos estar preparados para lo peor.

–¿Por qué han de ponerlas?

–Tengo miedo... Mucho miedo. No salir sería la muerte...

–Saldremos.

He cortado el diálogo. Sus dudas son mis dudas y en estas condiciones me era muy difícil hacer que abandonara sus tristes augurios. De todas maneras sé que el próximo momento

decisivo será aquél en que deba pedir la autorización de salida. Ese momento y yo marchamos al encuentro. Y nos encontraremos. Porque por nada ni por nadie estoy dispuesto a renunciar a salir.

Otro día.

18 de julio.

Hoy hace años que comenzó nuestra guerra. Ha sido un día lleno de recuerdos. De amargos recuerdos. Me he acordado de los que cayeron y he pensado durante mucho tiempo por quién cayeron. Sí, nuestra guerra tuvo un doble carácter: nacional e internacional. Nuestra guerra era la «causa de la humanidad avanzada y progresiva». También estoy de acuerdo. Lo malo de esto es que la mayoría de la humanidad avanzada y progresiva no se dio cuenta de ello. O no quiso darse cuenta, que para el caso es igual. De la U.R.S.S. recibimos armas. No las suficientes para vencer, pero sí las bastantes como para quedarnos sin el oro que constituía nuestra reserva nacional. De México recibimos los primeros fusiles, los fusiles que sirvieron para defender Madrid. Pero México no podía darnos más. No podía darnos lo que necesitábamos, porque no se puede dar lo que no se tiene. Pero lo que nos dio, tenía un sentido fraternal. De haber sido pan se podría haber dicho, sin faltar a la verdad, que pasó hambre para que nosotros no la pasáramos.

Es grande, trágica y a veces gloriosa la historia de mi patria; pero qué historia más triste y más sangrienta; qué historia más llena de sacrificios y de fracasos; de cien veces empezar la misma tarea y nunca poder terminarla...

Muchos «historiadores» han achacado todos estos terribles conflictos interiores al carácter pasional de los españoles; como han achacado los fracasos de las fuerzas liberales y democráticas al sentido conservador y religioso del pueblo español... ¡Estúpidos!... No han querido, o no han sabido ver como la causa de esta prolongada y casi ininterrumpida guerra civil la realidad económico–político–social en que España vive desde hace siglos; como no han querido, o no han sabido ver, tampoco, como determinante de los repetidos fracasos de liberales y demócratas no el supuesto carácter conservador y religioso del pueblo ni la fuerza e influencia de las llamadas fuerzas conservadoras, sino la incapacidad de los partidos y organizaciones liberales y demócratas y de sus hombres dirigentes de dar una solución española al problema español: la revolución francesa en una época determinada, y la revolución rusa, en otra, si bien sirvieron para entusiasmar y movilizar a nuestro pueblo, sirvieron también para atrofiar a nuestros políticos, haciéndoles caer en el pantano de las «adaptaciones», de las «soluciones por correspondencia», como si la solución del problema de la transformación de España pudiera encontrarse en la historia de la revolución francesa o en la «Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.», dándose el caso de tener eruditos, como don Álvaro de Albornoz, o aprendices de eruditos, como Dolores Ibárruri, etc., etc., que pueden hablarnos durante mucho tiempo de esas dos revoluciones, pero que son incapaces de explicarnos modestamente los orígenes, desarrollo y perspectivas de la revolución española si antes no consultan lo que Carlos Marx escribiera sobre ella.

Doblemente encadenados por los restos de un pasado que se aferra desesperadamente a la vida y por la frivolidad e incapacidad de los llamados dirigentes demócratas y de sus partidos y organizaciones.

Todos estos pensamientos me han hecho vivir horas de dolor, de un dolor íntimo que araña corazón y cerebro, me han llevado a la conclusión de que la tragedia de España reside fundamentalmente en la falta de una dirección capaz de encontrar todos los motivos, todos los medios y todos los caminos para poner fin a esta historia de luchas y desesperanzas.

Arrastrado por estos pensamientos he vuelto a hojear mi libro *La guerra fue así...*, que quise que fuera un estudio histórico–militar de una época de la revolución española. Estoy en desacuerdo con el sesenta por ciento de lo que escribí en sus seiscientas páginas: la conducción de nuestra guerra en su aspecto militar, político y económico no fue una consecuencia, en lo general, de este o aquel hombre. Era el reflejo de una incapacidad colectiva –de partidos y dirigentes– que venimos arrastrando desde los comienzos mismos de la revolución española.

Cuando nuestra juventud de hoy ahonde y ahonde en nuestra historia; cuando sepa encontrar en ella el destino lógico de España; cuando encuentre las causas de todos estos fracasos que han hecho de nuestra patria el país de la guerra civil permanente; cuando se decida a jugar su papel histórico arrinconando todo lo que ha impedido el desarrollo de España, entonces sí, entonces sí habrá comenzado una nueva etapa de

nuestra historia como pueblo y como hombres. Hasta que esto ocurra, continuará la trágica rotación, el vivir muriendo la terrible agonía que comenzó hace siglos... Guardo otra vez *La guerra fue así...* Vuelvo a pensar en lo que se ha convertido en nuestra gran obsesión. Carmen Brufau está gestionando su marcha a México. Al parecer le han concedido ya la entrada en dicho país y el cónsul americano le ha prometido que no habrá dificultades; también Carlos Díez y su esposa quieren abandonar la U.R.S.S. En la medida que me es posible sigo de cerca sus gestiones. ¡Simple curiosidad!...

He comenzado a trabajar en un libro titulado *Entrevistas con Stalin*. Artistas de teatro, constructores de aviones, directores de fábricas, ingenieros agrónomos, stajanovistas famosos, aviadores, cuentan su primer encuentro con el jefe del Partido y del Gobierno. Tomé este trabajo con un poco más de interés que el estrictamente profesional: con interés político. Dieciocho o veinte entrevistas con un hombre, contadas por los mismos que las tuvieron, gentes de cierta cultura, podían permitirme conocer no al político, ni al estratega, ni al «teórico», sino al hombre. Declaro que me he sentido decepcionado. El constructor de aviones pretende darme a entender que Stalin sabe más de aviones que él; el ingeniero agrónomo que Stalin es más agrónomo que él; el director de fábrica que Stalin sabe dirigir una fábrica mejor que él. Cada uno de ellos pretende demostrarnos que él pudo llegar a lo que es en la actualidad gracias a que tuvo la oportunidad de hablar con Stalin... Un stajanovista cuenta la oposición que encontraba su método entre los dirigentes de la fábrica; la lucha sorda que se le hacía; pero un día pudo hablar a Stalin y desde que comenzó a explicar su sistema, Stalin comprendió y

le ayudó a ponerlo en práctica. El constructor de aviones explica que al terminar los primeros vuelos de prueba, Stalin se dirigió a él y le preguntó si había pensado si en un caso de emergencia la puerta de la cabina del piloto era lo bastante amplia para que éste pudiera salir rápidamente y sin dificultades. Otro ingeniero cuenta que estando redactando una orden, Stalin se acercó y, observando lo que escribía, le señaló que el sujeto de la oración no estaba en el lugar correspondiente. La artista de teatro nos dice que, en una recepción en el Kremlin, Stalin se la quedó mirando fijamente y le dijo: «El poder soviético tiene que vestir mejor a sus artistas». El ingeniero agrónomo pudo aplicar su sistema porque en una exposición agrícola tuvo la oportunidad de obtener personalmente la ayuda de Stalin... Es posible que sea un pecado reírse de cosas tan serias, pero no he podido contenerme. De este libro se desprenden muchas cosas: que un famoso constructor de aviones se olvida el tamaño que debe tener la puerta de la cabina para garantizar la salida del piloto sin dificultad; que un famoso ingeniero no sabe gramática; que para introducir una innovación en la industria o en la agricultura es preciso una lucha tremenda y la suerte de poder explicarle a Stalin el procedimiento; que el éxito del vuelo sin escalas Moscú–Nueva York se debió a Stalin; que el éxito de la expedición al Ártico se debió a Stalin; que el que los artistas vistan bien se debe a Stalin; que...

Entre las entrevistas me ha llamado la atención la del director de la fábrica de automóviles, que cuenta cómo de su viaje a los Estados Unidos de Norteamérica sacó experiencia para su trabajo. La más importante de sus experiencias es, sin duda, la de cómo explotar más y más al hombre. ¡Curiosa!, pero así es.

Y lo cuenta y se siente satisfecho, no sé si con satisfacción estaliniana, de haber podido aprender en su viaje a cómo convertir al hombre en una cosa.

He hecho algunas observaciones a la jefe de la sección española: suprimir aquello que da a entender que la mayoría de los que entrevistaron a Stalin son tontos y que Stalin es el genio de la humanidad; el hombre que sabe de todo más que todos; suprimir, también, aquella otra parte en la que el director de la fábrica de automóviles explica cómo copió de Ford el sistema de explotar al hombre y cómo mejoro el sistema.

Me ha pedido mis observaciones por escrito. Y he dejado de preocuparme del problema. Pero, eso sí, reafirmandome en mi criterio de que para endiosar a un hombre otros hombres no tienen inconveniente en dar fe de que son idiotas.

Voy y vengo a la embajada americana. Mis nervios no admiten el disimulo.

Han pasado más de dos semanas desde que Aurora nos envió su telegrama y el cónsul sigue afirmando que no ha recibido ninguna comunicación.

A veces pienso que me engaña. Cuando salgo de su despacho lo hago con la desilusión reflejada en la cara. Cuando paso por delante de los agentes de la N.K.V.D. cambio... No sé si les engaño o me engaño.

¿Llegará?

¿O será, como dijo Esperanza, una noticia dada con el pronóstico de elevar nuestro estado de ánimo?

No lo sé.

VI

Dentro de unas cuantas semanas, dos meses lo más, el cielo se cubrirá de gris, se cerrarán por ocho meses todas las ventanas, se enfundará la gente hasta casi no parecer gente y Moscú volverá a mostrar su fisonomía, su auténtica fisonomía: la de un infierno en el que viven hombres.

Sí. Llegará el invierno.

¿Otro invierno más aquí?... La idea de que pueda ocurrir me empuja a descender por la calle de Gorki y a volver a entrar en este edificio de fachada amarillenta... Y de preguntar como siempre.

–Sí, ya ha llegado –me dice el cónsul.

Durante unos momentos he permanecido en silencio bajo la mirada fría del cónsul. Sin dejar de mirarme me ofrece un cigarrillo. Lo tomo y lo enciendo. Fumamos. Y él continúa mirándome.

–¿Cree usted que le dejarán salir?

He sentido el mismo estremecimiento que cuando me lo dijo Esperanza.

–Creo que sí.

Me mira. Yo miro la agonía del cigarro que me diera.

–Debe usted solicitar inmediatamente la autorización de salida... ¡Inmediatamente! Por mi parte lo único que puedo hacer es lo que hago con todos: darle una carta para las Milicias de Moscú, comunicándoles que tiene usted concedida la residencia en México y el tránsito por los Estados Unidos de Norteamérica y rogándoles le faciliten, antes de que se cumpla el plazo que le ha concedido mi gobierno, la autorización de salida.

Durante unos minutos ha dictado a la mecanógrafa, una muchacha pelirroja, fea y simpática, llena de alegría. Después he oído durante otros cuantos minutos el ruido de la máquina de escribir. Firma. Me entrega la carta y salgo. Cuando llego al «Lux» es la hora de comer. Doy a Esperanza la noticia y por un momento la alegría nos envuelve, luego vuelve de nuevo la preocupación. Ella pone la mesa y piensa. Yo veo poner la mesa y pienso también. Estoy seguro de que los dos pensamos lo mismo: ¿nos dejarán salir?

–¿Irás mañana? –me pregunta.

–Sí, mañana.

Que tarde y que noche más largas. Y todo el tiempo pensando en lo que me dijo Esperanza y me repitió el cónsul americano. La desconfianza se ha apoderado de mí. ¿Creyeron realmente que llegaría un día en que obtendría el tránsito por los Estados Unidos de Norteamérica?... ¿Creyeron alguna vez

que podría reunir los dólares necesarios para el viaje de los tres?... ¿Pensaron que después de la «tregua», impuesta por Stalin, yo desearía la idea de marcharme, que me colocaría en plan de «arrepentido» y que comenzaría de nuevo a hacer «méritos» para obtener el perdón?... Es posible... Es posible que pensarán en estas tres variantes y que, por ello, con su diplomacia de siempre, me dijeran que «no había ningún inconveniente para mi salida»... Horas y horas. Amanece. Quisiera vestirme, salir a la calle, llegar hasta Petrovtka y esperar delante de la puerta de las Milicias a que den las diez, para ser el primero en entrar, en dirigirme hasta el pequeño mostrador, en hablar con esa empleada taciturna y orgullosa, en pasar después al despacho del oficial de turno, entregarle la carta del cónsul americano y solicitar la autorización de salida.

Pero... ¡Hay que esperar! Las siete. Las ocho. Las nueve. Las diez.

A mi izquierda, el Parque del «Hermitage»...; a mi derecha la casita blanca. Entro. Tropezco inmediatamente con un miliciano viejo que me recuerda a los guardias de «La Verbena de la Paloma». Camina de un lado para otro lentamente. De vez en cuando se detiene, se moja con saliva los dedos de las dos manos y se atusa el bigote con la misma solemnidad con que suenan en la noche las campanas del Kremlin. Avanzo. Gentes de todos los países de Europa y de algunos de Asia esperan sentadas a que les llegue el turno.

Diez pasos.

Me detengo ante la empleada taciturna y orgullosa. Me mira. Le enseño mis papeles, la carta del cónsul americano y solicito la autorización de salida. Me escucha sin mirarme. Toma los papeles y entra en el despacho del oficial.

Sale.

–Ciudadano, para poderle dar a usted y su familia la autorización de salida, es imprescindible que presenten un documento de identidad personal en el cual pueda ponerse dicho requisito.

–¿No valen los documentos soviéticos?

–No. Los documentos soviéticos que ustedes poseen sólo sirven para el interior de la Unión Soviética.

–¿Sabe usted quién puede y debe hacerme tal documento de identidad?

–No.

–¿Cree usted que una carta de identidad hecha por la embajada mexicana serviría?

–No lo sé.

Tomo los documentos y salgo. Me dirijo al hotel. Por el camino pienso si esto será un trámite obligatorio o un pretexto. Cuando hablo a Esperanza de lo ocurrido su cara se ensombrece.

–Iré a ver al embajador de México –concluyo.

He vuelto a abandonar el hotel y me he dirigido hacia la Embajada Mexicana. Unos minutos de espera y me recibe don Narciso Bassola, Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de México en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Con ésta son cuatro las veces que creo que lo he visto. Siempre igual: una enorme cabeza, unas enormes gafas, un traje oscuro y un gesto indescifrable. Es todo. Nos estrechamos las manos.

–Siéntese, por favor.

Me siento. Nos miramos. Nos seguimos mirando, como si no nos conociéramos, a pesar de que él sabe muy bien quién soy yo y yo muy bien quién es él.

–Usted me dirá, Castro.

–He recibido la autorización de tránsito por los Estados Unidos de Norteamérica y he acudido inmediatamente a las Milicias a solicitar la autorización de salida...

–¿Y...?

–¿Y... me han comunicado que necesito un documento, una carta de identidad, en la que puedan poner el visado de salida, ya que, según ellos, los documentos soviéticos que poseemos no valen para el extranjero.

–¿No tiene usted pasaporte español?

–No.

–¿Entonces?

–Quería pedírselo a usted, ya que es su país quien me da asilo.

–Pero ¿no le han negado la salida?

–No.

Guardamos silencio. Él piensa. Yo lo observo.

–Yo no puedo darle esos documentos, Castro... Lo mejor será que solicitara de las autoridades soviéticas que le cambiaran sus documentos actuales por otros que sirvieran para el extranjero.

Siento el deseo de repetirle palabra por palabra lo que me dijeron en las Milicias. Y de decírselo lentamente, lo más lentamente posible. Y de preguntarle después: «¿Me ha entendido usted?». Pero me contengo y me limito a contestar a su sugerencia:

–Puedo solicitarlo...

–Creo que es lo mejor.

–Y pueden decirme lo que me han dicho hace unas horas.

–No pierde usted nada con hacerlo.

–Sólo un día.

Nos hemos estrechado las manos y he abandonado la Embajada. He tomado el Metro y he descendido en Ojotni–Riad. He entrado en la Embajada americana, he llegado al despacho del cónsul y le he referido lo de las Milicias y mi conversación con Narciso Bassols.

Habla él.

–Si mi país le hubiera dado a usted asilo, yo le proporcionaría dichas cartas de identidad, pero en la situación actual no puedo hacerlo. Debe dárselas la Embajada de México.

Otra vez en la calle.

Tomo de nuevo el Metro y desciendo en la Plaza de Kurskaia. Llego hasta el sanatorio donde trabaja Carlos Díez. Carlos Díez es el médico de don Narciso. Además, con su mujer y Carmen Brufau preparan su salida. Llego hasta su consultorio y le cuento lo ocurrido. Me escucha en silencio, fumando nerviosamente y dejando que sus miradas se pierdan en un horizonte de viejos árboles y muros en ruinas. Piensa un buen rato antes de contestarme. Después, habla...

–Yo tengo pasaporte español.

–Eres más afortunado que yo.

–Sí.

–Pero, ¿la Brufau está en mi misma situación?

–Sí.

–¿Qué opinas de todo esto, Carlos?

–Es muy posible que no quieran dejarte salir y lo del documento sea un pretexto.

De regreso al hotel pienso seriamente en todo lo ocurrido. Me es difícil ver el problema fríamente. Recuerdo antecedentes. Si, a los españoles que salieron de Francia para México, el representante mexicano les proporcionó los documentos necesarios para embarcar. No estoy muy seguro si dicho representante de México no fue, como en este caso, don Narciso... Si esto fue así ¿por qué ahora no? La política de México con los republicanos españoles no ha variado. Cierto que aquí, en Moscú, don Narciso Bassols ha sucedido a don Luis Quintanilla. Aparte de esto ¿qué otra cosa ha cambiado?... ¡Ah! Sí. He cambiado yo... Comienzo a comprender... El resultado de mis gestiones ha aumentado el pesimismo en todos nosotros. Otro día. He vuelto a las Milicias. Delante de mí, odio.

–Necesita usted las cartas de identidad.

–Pero...

–Necesita usted las cartas de identidad.

–¿Y no podrían dármelas ustedes?

–Usted no es ciudadano soviético.

–Pero...

–Es todo, ciudadano.

Vuelvo a ver a don Narciso. Le cuento lo ocurrido. Él escucha sin hacer un comentario, sin hacer un gesto. Da la impresión de que está extraordinariamente interesado en cuanto estoy diciendo; de que, a medida que voy hablando, él está haciendo cálculos, midiendo las posibilidades, quizás intentando recordar si en sus funciones de Embajador Extraordinario y Plenipotenciario entra la de dar cartas de identidad a agentes que no son mexicanos, aunque el gobierno mexicano les haya dado asilo. Pero no me dejó engañar. Los hombres políticos con los que he tratado aquí son verdaderos maestros en el arte de expresar en sus gestos, en sus ojos, todo lo distinto de lo que piensan. Ha sido un largo aprendizaje para mí. Pero muy útil para cuando tengo que tratar con gentes que en este difícil arte son solamente unos principiantes. Terminó de hablar.

–Bien, pida usted a las Milicias un documento en el que digan que no hay ninguna dificultad para que usted y sus familiares salgan. Con ese documento a la vista yo le hago las cartas de identidad.

Me sonrió. Él ve mi sonrisa y debe figurarse lo que pienso.

–Iré a pedir ese documento, señor Bassols.

Salgo y me dirijo a las Milicias. Estoy dispuesto a no dejar nada por hacer, a pesar de que no ignoro la inutilidad de mi nueva visita, porque quiero, además de salir, conocer todos los detalles de esta asquerosa conspiración. Llego.

El guardia de la puerta me mira; la empleada me espera con una mirada cargada de insolencia.

–¿Qué quiere usted?

–El embajador mexicano me acaba de decir que si ustedes me dan un oficio en el que se diga que por parte de las autoridades soviéticas no hay inconvenientes para mi salida, él no tendría nada en contra de darme las cartas de identidad.

Me mira. Yo también a ella. Entra en el despacho del oficial de turno y sale.

–¿Qué, ciudadana?

–Nosotros no tenemos por qué notificar al embajador de México tal cosa.

–Gracias.

Salgo y pienso. La maniobra es clara. Yo no sé si ha sido preparada de antemano o se ha fraguado, independientemente de las personas, por una identificación de criterios en impedir mi salida de la Unión Soviética... El problema está planteado así: los soviéticos exigen las cartas de identidad; don Narciso, antes de darlas, exige a su vez una declaración de los soviéticos de que no hay nada que impida mi salida; los soviéticos se niegan a hacer tal declaración; don Narciso se niega a darme las cartas de identidad. Conclusión: no puedo salir.

Sin embargo, he sabido que a Carmen Brufau sí se le ha dado la carta de identidad. Sin necesidad de que los soviéticos hicieran una declaración por escrito. Es cierto que entre la Brufau y yo hay ciertas diferencias: ella no es condenado político y yo sí; ella es una mujer bien vista por la N.K.V.D. y yo no. Quizás todos estos antecedentes hayan sido una garantía. Decido por el momento prescindir de don Narciso. Me oriento a hacer que todas estas cosas extrañas que están ocurriendo lleguen a saberse en México. He perdido la confianza en el señor Bassols; mi única esperanza es el gobierno mexicano. Dos cosas bien distintas. Cuando llego al hotel preparo una carta para mi cuñada Aurora. Es muy breve: «Narciso Bassols me niega las cartas de identidad que son indispensables para poder salir de aquí. Es necesario hacer gestiones urgentemente». Entrego la carta a Lauro Cruz, el médico uruguayo, que prepara con urgencia su salida. Y otra vez a esperar.

VII

En la Plaza del Soviet han inaugurado un lujoso restaurante llamado «Árabe».

Según me han contado, se puede comer de todo y beber cualquier clase de vino nacional o extranjero. Sus paredes están decoradas con grandes pinturas. Hay música sin tregua, a cargo de renombradas orquestas, camareros elegantemente vestidos y... Hoy he visto entrar en él a Elya Ehrenburg. Marchaba encorvado, con el pelo revuelto, con un traje gris que recordaba Manchester y sobresaliendo del bolsillo de su americana las puntas de varios cigarros puros. No me ha visto. No sé si de haberme visto me hubiera saludado.

Lo conocí en España, en vísperas de la batalla de Brunete. Estaba sentado al borde de la carretera con la mirada perdida en el horizonte y un gesto que muy bien hubiera podido ser el de Napoleón ante las pirámides de Egipto. Nos presentó Carlos Contreras o Vittorio Vidali. Nos estrechamos las manos y nos miramos fijamente. Quizás fuera en ambos una vieja costumbre. No me fue agradable a pesar de que sentía por él una gran admiración por algunos de sus grandes reportajes.

–¿Pronto? –me preguntó refiriéndose al comienzo de nuestra ofensiva de la que esperábamos que alejara al enemigo de las mismas puertas de Madrid.

–Pronto –respondí deseoso de no dar más explicaciones.

Siguió tumbado al borde de la carretera. Continué mi camino hasta el puesto de observación del general ruso Stern, consejero general por entonces.

Lo vi la segunda vez en Barcelona, a mi regreso de Bilbao y días después de la sublevación del Partido Obrero de Unificación Marxista y de algunos contingentes de la Federación Anarquista Ibérica. Los camiones de los Guardias de Asalto oteaban los balcones y ventanas. Ehrenburg no salió a la calle por estos días. Con el eco de los disparos tenía bastante para su próximo reportaje. ¡Llegué a la conclusión de que era un cobarde y así se lo comuniqué a mi compañero, conocido periodista ruso, que fuera redactor–jefe de «Pravda» y que terminara pocos meses después en un campo de concentración en Siberia! No lo volví a ver hasta hoy, a pesar de que el «escritor» Kellin me invitó varias veces a visitarle en el «Hotel Moscú», para darle a conocer mi libro sobre la guerra de España.

Cuando llegó a Moscú, caía Francia en poder de los alemanes, no era bien visto. Para los ortodoxos era casi un «ruso blanco». Comenzó a escribir en «Troud», órgano de los sindicatos soviéticos, y a difundir en los medios literarios del país la noticia de que estaba terminando un libro antialemán titulado «La Caída de París». En el Kremlin había surgido la

necesidad de cambiar la propaganda colaboracionista con Alemania que se hacía para mantener el pacto. La noticia llegó a Stalin. Stalin habló con Ehrenburg por teléfono. Al otro día un automóvil «Six» se detenía ante las puertas del «Hotel Moscú» y se ponía a disposición del conocido escritor. Ese mismo día Ehrenburg recibió la invitación para escribir en «Izvestia» y «Pravda». Apareció su libro, por el que poco tiempo más tarde le dieron el Premio Stalin. André Marty, Ramette y Alard, dirigentes del Partido Comunista Francés, lo criticaron en público y en privado. A pesar de ello los rusos se reconciliaron definitivamente con el ex «ruso blanco». El comienzo de la agresión le convirtió en corresponsal de guerra desde la capital soviética. Predicó la guerra santa contra los alemanes. Comenzó a escribir dos o tres artículos diarios de los que su mujer y su hija, cambiándolos un poco, hacían otros tantos para revistas y periódicos de segundo y tercer orden. La familia Ehrenburg se convirtió en el «Trust Periodístico Ehrenburg». El pobre y bohemio Ehrenburg comenzó a convertirse en el millonario soviético Ehrenburg. Cada mañana, antes de comenzar la jornada de trabajo, paseaba sus famosos perros por la acera del «Hotel Moscú». Por las tardes, después de terminado su «plan de producción», reunía en su casa a escritores y artistas. Era el escritor de moda, con cuentas corrientes en Moscú, Londres y Nueva York. Y los demás le escuchaban embelesados aunque dijera cosas como éstas: «Si en vez de invadirnos los alemanes que son unos pordioseros con aire de señores, nos invaden los americanos repartiendo mecheros y medias de nylon, no hubiera habido nada que hacer».

Era el escritor de moda. Era «Premio Stalin». Todo fue bien durante mucho tiempo. Hasta que una mañana «Pravda» lo despertó de su realidad dorada. Un artículo de Alexandrov, jefe de propaganda del Comité Central del Partido Bolchevique y uno de los grandes genios en el arte de copiar lo que los grandes teóricos escribieron, le criticaba violentamente su tesis de: «Hay que acabar con todos los alemanes». Era la hora del gran viraje. La derrota militar de Alemania era un hecho a corto plazo. La lucha de Oriente y de Occidente por atraérsela había comenzado. Ya no se podía tratar, por tanto, a todos los alemanes de bandidos y asesinos. Había que olvidar muchas cosas para despertar en ellos ciertas simpatías hacia la U.R.S.S. Alemania no podía ser siempre un enemigo, debía convertirse en un satélite. De esto no se enteró el sagaz periodista hasta que no le llevaron un ejemplar de «Pravda» a su lujosa recámara.

Ese día, Ehrenburg no paseó sus famosos perros. Ese día, Ehrenburg no pudo hacer la tertulia acostumbrada. Esperó él. Esperó su mujer. Esperó su hija. Esperaron los perros a que llegaran los que cada día acariciaban sus lomos y elogiaban su raza. No llegó nadie. Entre los corresponsales de guerra cundió la alegría. Cada uno de ellos comenzó a hacer méritos para ocupar el puesto del hombre que no supo ver los cambios. Esperó. Un día le llamaron de «Pravda». Otro día de «Izvestia». «Siga escribiendo, camarada Ehrenburg». Ehrenburg comenzó a escribir con el artículo de Alexandrov delante de sus ojos: el negocio es el negocio. Volvió a pasear sus perros; volvieron a su casa los escritores y artistas más destacados. Y cuando se inauguró el «Árabe», se convirtió al parecer en uno de sus más asiduos concurrentes. No estoy seguro si de haberme visto me

hubiera saludado. Me es igual. Lo aprecié como periodista cuando escribió la verdad sobre Rusia y sobre Francia, sobre España y América. Lo he visto entrar.

Inclinado, con el pelo revuelto, con un traje gris que recordaba Manchester, con un bolsillo lleno de cigarros puros, posiblemente con la cartera llena de billetes. ¿Qué importa lo demás? El negocio es el negocio. Así lo entendieron «Ford» y «Citroen». Y a pesar de su crítica, algo aprendió Ehrenburg. Se ha hundido en los lujosos salones del «Árabe». ¿Llegará Solojov? ¿Llegará Tijonov? ¿Llegará Simonov? ¿Llegará Radeiev? ¿Llegará el Tolstoi falsificado? ¿Llegará...? Y qué importa si no llegan... Elya Ehrenburg puede representar dignamente a todos ellos. ¡Es un escritor soviético!

He continuado mi camino con mi miseria a cuestas. Y me he acordado de don Francisco de Quevedo y Villegas:

¿Miras este gigante corpulento,

que con soberbia y gravedad camina?

Pues por dentro es trapos y fajina,

y un ganapán le sirve de cimientto.

Que murió viejo y achacoso después de estar cuatro años en prisión por aquel memorial que empieza: «Católica, sacra, real Majestad».

* * *

La lucha por las cartas de identidad ha sufrido una tregua, a pesar mío: don Narciso está fuera de la U.R.S.S. y en su ausencia nadie se atreve a asumir la responsabilidad de darme los documentos. No me queda otro remedio que esperar. Con la esperanza de que mi cuñada Aurora aproveche la estancia de don Narciso en México para vencer las resistencias insuperables hasta este momento. Los días pasan frente a mi impotencia.

VIII

Desde hace algunas semanas grandes contingentes de tropas soviéticas están pasando de Occidente a Oriente. No es un secreto para nadie que Potsdam ha sido quien ha dado a los soviéticos un formidable pretexto para intervenir en el Pacífico, cuando la guerra en dicho teatro de operaciones ha entrado en su período de decadencia. Tres mariscales soviéticos han establecido sus cuarteles generales frente a Manchuria. Las fuerzas soviéticas concentradas en Extremo Oriente se calculan en un millón de hombres. La gente no está alarmada. Sabe que las operaciones en Extremo Oriente no serán más que un problema de ocupación militar. Truman ha anunciado que ha sido lanzada, por primera vez, desde un avión «B-29», sobre Hiroshima, Japón, una bomba atómica. El terror, preámbulo de la derrota, ha invadido al Japón. La Unión Soviética manifiesta que, de acuerdo con sus compromisos con las Naciones Unidas, se encontrará, a partir del 9 de agosto, en guerra con el Japón. Las fuerzas rusas avanzan por Manchuria.

14 de agosto. –El Japón capitula.

He descolgado los mapas de la U.R.S.S., de Europa y de Asia y los he enrollado cuidadosamente. Hemos terminado la segunda Guerra Mundial. Lo que a través de mil voces llega hasta mí, me hace pensar que viviremos la tercera: «La guerra

por el socialismo», como dicen aquí los enterados. En las casas y en la calle, hay alegría. He abandonado el hotel y he comenzado a caminar por el corazón de Moscú. Y Moscú me ha descubierto un nuevo secreto. Las gentes no dan las gradas a Stalin, hoy. Las gentes elevan sus plegarias a Dios por la terminación de la guerra. Pero... La venda ha caído de mis ojos. Muchas iglesias. Y gentes jóvenes y viejas que entran y salen envueltas por el rumor de cientos de voces que rezan. Me he detenido ante una de ellas. No, para rezar, no. Mi religión era y es el socialismo. No éste, que dicen que existe aquí: el socialismo... el socialismo... el socialismo... Y he visto... Sí, he visto gentes encanecidas y andrajosas entrar con sus velas de cera en las manos y un murmullo en los labios: el ayer. Los que morirán como nacieron. Pero he visto más: he visto cientos de jóvenes que nacieron y se educaron bajo el signo de una revolución, bajo un régimen que declara solemnemente que «La religión es el opio de los pueblos», entrar también con sus velas en la mano y murmurando una oración.

¿Por qué?

Frente a estos muros desconchados, y cúpulas en ruinas, he pensado durante mucho tiempo. Durante veinticinco años la iglesia rusa vivió encadenada. No es una calumnia: es historia. El poder soviético pensó que la iglesia no podría soportar tan larga agonía; pensó más: que las nuevas generaciones se convertirían en los enterradores del «opio del pueblo». ¡Veinticinco años! Viejos y jóvenes enviaron durante más de veinte años resoluciones y más resoluciones de adhesión y cariño a Stalin. Millones y millones de firmas llegaron hasta el Kremlin. El Kremlin gritaba al mundo que el pueblo ruso había

dejado de mirar el cielo del que durante siglos esperara el milagro, porque el régimen soviético había realizado el sueño de muchas generaciones. Nosotros lo creíamos. Como creímos en la existencia de la democracia. Como creímos en la existencia del socialismo. La guerra. Millones de campesinos tienen que ser movilizados... Millones de campesinos se resisten... Millones de madres, esposas e hijas acompañan con sus gemidos durante mucho tiempo las caravanas de hombres encorvados que marchan por caminos que hielan o queman...

La fuerza de la realidad es más fuerte que la fuerza de la propaganda... «¡Dios y Rusia!»... «¡Dios y Rusia!»... «¡Dios y Rusia!»... Sólo un pequeño tanto por ciento grita: «¡Por Stalin!». La N.K.V.D. informa. El Buró Político medita. Millones de gentes rezan. Se aflojan las cadenas. El cadáver de Lenin no está en Moscú; no está en el Mausoleo de la Plaza Roja. Está en la lejana Siberia, ¡qué paradoja!, bajo la mirada del doctor Svarski. El doctor Svarski bajo la mirada de la N.K.V.D. Lenin está lejos. Sus discípulos no se acuerdan de él. Un tratado de paz y de ayuda mutua se establece entre la iglesia ortodoxa rusa y el poder soviético. La iglesia apoyará a los bolcheviques; los bolcheviques dejarán en libertad a la iglesia rusa. Los popes proclaman la guerra santa. Los bolcheviques sonrían agradecidos a los popes. Yo medito frente a esta corriente humana que penetra en estas iglesias de muros desconchados y cúpulas en ruinas. Sí, era mentira que todo un pueblo había dejado de mirar al cielo en espera del milagro: pan y calor, libertad y alegría.

¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!

Ayer lo decían en voz baja...

¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!

Hoy lo dicen en voz alta.

En el «Hotel Moscú» se han reunido las más altas dignidades de la iglesia ortodoxa rusa. En el mismo hotel se alojan el patriarca Alexei y el ateo Ehrenburg. El ateo Ehrenburg lleva un gran abrigo forrado de pieles. El patriarca Alexei lleva un abrigo igual al del «camarada» Ehrenburg. En los tranvías, hombres y mujeres ceden sus asientos a los popes. Los popes sonrían y ocupan los asientos. Cada llamamiento del Comité Central es seguido de otro del patriarca Alexei. En la escuela a la que asiste la hija de Manuel Sánchez Arcas, el profesor ha preguntado quiénes son religiosos y quiénes no: las únicas personas sin religión entre cien personas han sido el profesor y la hija de Sánchez Arcas. Desde entonces, en la escuela de Arquitectura no han vuelto a hacerse más plebiscitos. También en esto nos habían engañado. Una mentira más. He sonreído. He dirigido una mirada a esta vieja iglesia en ruinas; a toda esta gente que entra y sale; que reza y sigue rezando fuera; que tiene sus iconos en las casas junto a los retratos de Lenin y Stalin; que a unos les reza empujada por su angustia que arranca de siglos; a los otros por la opresión permanente de la N.K.V.D... Y he continuado vagabundeando por el corazón de Moscú. Dos poderes. Dos místicas. Y un pueblo que sigue esperando.

Que sigue esperando.

Regreso.

La Plaza Roja. La catedral de San Basilio. El Mausoleo de Lenin. El Kremlin. Los bolcheviques nos hablan de la libertad religiosa en la U.R.S.S.; los comunistas de todo el mundo, de la libertad de creencias en el «país del socialismo». Pero silencian una derrota. La de una represión de veinticinco años. Silencian otra derrota: que un pueblo ha vuelto a esperar del cielo lo que los comunistas habían prometido darle en la tierra: «¡El socialismo!». La fe en Dios nació de la miseria y el dolor. La fe en el socialismo tiene que nacer de la abundancia y la felicidad. Así me he explicado el porqué millones de gentes viejas y jóvenes siguen entrando en las iglesias en ruinas, encorvadas y miserables, llevando en sus manos velas y murmurando una oración. ¿De qué otra manera podía explicármelo?

IX

Septiembre. Mi vida es esperar y trabajar. Y continuar viendo pasar la vida en estos días cada vez más cortos y en estas noches cada vez más largas. En nuestra lucha contra la desesperación solemos abandonar todas las tardes el hotel y caminar durante una o dos horas, sin rumbo fijo, por esta ciudad a la que ni el fin de la guerra ha cambiado la fisonomía. Hemos ido dos o tres veces al Teatro de Arte y al Stanislavski. Hemos visto Los Alegres Comadres de Windsor, Las Campanas del Kremlin y no sé qué otra cosa más. Hemos ido alguna que otra vez al cine y hemos visto El Ladrón de Bagdad y Bambi. Hemos visto lo único que nos han dejado ver. Pero ni aun esto nos ha distraído mucho. Nuestros pensamientos están al margen de todas estas cosas, aunque nuestros ojos hayan estado fijos, no sé por cuántas horas, en el escenario o en la pantalla. No vivimos, aunque intentemos hacer la ilusión de que sí. Agonizamos simplemente. Es una agonía cuyo único origen es la desesperación. Una desesperación que ni tan siquiera puede gritarse. He recibido un telegrama de Aurora, comunicándome que recibieron mi carta. Pero no me dice nada más. He respondido con otro telegrama. He vuelto a visitar a Bassols, que ha regresado de su país. No nos somos simpáticos. Él, al parecer, es un marxista más que un embajador; yo al parecer, he dejado de serlo. No es extraño, por tanto, que

estas visitas sean frías, extraordinariamente frías. A veces, cuando le contemplo en sus innumerables poses de hombre sesudo, de viejo revolucionario y sobre todo de marxista ciento por ciento, me acuerdo de Lenin cuando habla de esos «marxistas» que «viven acostados sobre el marxismo» y renuncio a superar esta magnífica definición.

–Mi familia me ha escrito e insiste en que le pida a usted las cartas de identidad.

–Pero ¿eso no quiere decir que debo dárselas?

–¿No cree usted, señor Bassols, que antes de aconsejarme tal cosa es muy posible que hayan hecho gestiones con su Gobierno?

–No lo sé.

–¿Espera usted una comunicación oficial?

–No.

Hemos guardado silencio, y permanecido durante algún tiempo contemplándonos mutuamente.

–¿Por qué no desiste usted... –es él quien habla– en vista de tantas y tantas dificultades que se cruzan en su camino?

Le he mirado fijamente. Creo que no he podido ocultar mi desprecio. Me levanto y salgo. Desde la Embajada me voy a Correos y Telégrafos y pongo un nuevo telegrama a Aurora. Cuando llego a casa preparo una nueva carta que enviaré con

Janvarena, el socialista uruguayo. «... no sé realmente si Narciso Bassols está de acuerdo con los soviéticos o no en impedir mi salida, pero realmente lo parece. Haz gestiones como sea y con quien sea para acabar con esta situación. No te detengas ante nada: habla con los organismos oficiales, visita la Embajada de la U.R.S.S., recurre a la Prensa si es necesario. No soy yo quien provoca el escándalo...». La carta ha salido de la U.R.S.S. He vuelto a visitar a Bassols.

–Señor Bassols, para mí son imprescindibles las cartas de identidad. Sin ellas, según me han comunicado, no me pueden dar el visado de salida. Esto me obliga a insistir ante usted, como embajador de México, cuyo Gobierno me ha admitido en su país, para que me las proporcione.

He hablado fríamente, mirándole a los ojos, procurando que ni uno solo de sus gestos me pasara desapercibido.

–Usted sabe –he proseguido– que mi deseo de salir de la U.R.S.S. se lo planteé a Stalin en mi carta. Usted sabe también, aquí ciertas cosas se saben muy bien, que en mi entrevista con Dimitrov éste afirmó que nada había en contra de mi salida... ¿Por qué lo que ellos no me niegan me lo niega usted?

–Lo único que no quiero –me responde– es que yo le dé a usted las cartas de identidad y luego le nieguen la salida. Sería para mí una posición incómoda.

–¿Por qué...? Más incómodo sería para mí... De todas formas, y para no crearle a usted ninguna «situación incómoda», voy a insistir de nuevo ante Dimitrov. Le comunicaré los resultados.

Otra vez en la calle. Ya en casa comienzo a escribir una carta: «Es para mí incomprensible, camarada Dimitrov, que sea yo el único que tropiece con tan extraordinarias dificultades para salir. De la U.R.S.S. han salido para Francia, Dolores Ibárruri, Líster, Modesto y Cordón. También que salgan para México Carlos Díez y Carmen Brufau. Y, a pesar de carecer de documentos españoles, a ninguno de ellos le han puesto ninguna dificultad. Es para mí tan extraño todo esto que no he dudado en dirigirme a usted para recordarle dos cosas: Primera, que usted se me ofreció para cuando necesitara algo; segunda, que usted me declaró personalmente que no había ningún inconveniente por parte de las autoridades soviéticas para mi salida. Quiero preguntarle, como conclusión, si lo que usted me dijo entonces sigue todavía en pie hoy».

–¿No crees que la carta es violentísima? –me ha preguntado Esperanza a mi regreso.

–Sí, pero quiero salir de dudas.

Un día. Otro. De la Embajada mexicana me han pedido los retratos de todos para hacer las cartas de identidad. Se los he entregado al secretario de la Embajada, señor Espinosa, y he salido sin intentar ver a Bassols. ¿Ha sido la carta a Dimitrov la causa? ¿Ha sido el Gobierno mexicano quien ha vencido las resistencias? No sé. No intento tampoco aclararlo. Además, las dos cosas son posibles.

26 de septiembre.

Hemos acudido a las once de la mañana a la Embajada de México. Espinosa, el secretario de la Embajada, es el encargado

de preparar todo para la firma. Durante mucho tiempo escribe, sale y consulta, vuelve, continúa escribiendo y por fin nos presenta a la firma nuestras cartas de identidad. Firmamos. Las toma y sale con ellas. Cuando vuelve ya traen la firma de Bassols. Salimos. Ya es tarde para acudir a las Milicias, a que nos pongan la autorización de salida.

Hoy me ha llamado por teléfono Ivanova. Trabaja con Dimitrov en la Sección Extranjera del Comité Central del Partido Bolchevique.

–Camarada Castro, le llamo para comunicarle que el camarada Dimitrov recibió su carta. Me ordenó que le comunicara que no hay ninguna dificultad para su salida, como asimismo que desde hoy yo esté en contacto permanente con usted para todo lo que necesite.

–Gracias, camarada Ivanova.

Otro día. A las diez de la mañana estoy en la oficina de las Milicias.

–Debe usted traer un certificado del lugar de trabajo en el que se notifique que ha sido usted autorizado para abandonarlo y otro del director del «Lux».

A las cinco de la tarde tengo el certificado del director de las «Ediciones». A las ocho recibo el certificado del director del «Lux». Otro día. Entrego los documentos. Los mira detenidamente. Me mira.

–Está bien, ciudadano.

–¿Cuántos días cree usted que tardará?

–Ocho días, ciudadano.

Convencidos de que ya no habrá ninguna dificultad hemos comenzado a hacer los preparativos.

X

He comenzado a pensar intensamente en mi madre. ¿Podrá salir? ¿Podré dejarle algún dinero para que no tenga agobios hasta su marcha? Sólo tengo 750 dólares en la Embajada de México: el importe del viaje desde Odessa hasta Baltimore.

Para el tiempo que nos queda de estar aquí, sólo disponemos de dos mil rublos: mi última liquidación mensual de las «Ediciones en Lenguas Extranjeras». ¿Cómo ayudarla?

He hablado con Esperanza. Hemos decidido vender todo lo que tenemos. Terminada la conversación, comenzamos a preparar todo lo que es vendible: nuestros abrigos; algunas ropas que Esperanza conservaba todavía de España: los cacharros de cocina; el infiernillo eléctrico; el altavoz; dos mantas... Cada dos días hacemos un viaje al mercado negro. Vamos a un pueblecito en las cercanías de Moscú. A las afueras, pero pegados a las viejas casas de madera, una inmensa multitud de gentes de todas las clases y raleas se agitan constantemente mostrando sus mercancías. Y por entre ellas caminan los compradores: muchos de ellos son tipos con gesto patibulario, pero con los bolsillos llenos de billetes con las huellas digitales de todas las razas que pueblan la U.R.S.S. Compran aquí y llevan sus mercancías a las aldeas y allí las venden por dinero o por productos, que luego revenden en las

ciudades. Es un pillaje organizado, que forma parte del sistema económico del régimen soviético.

Sol, polvo y sed. Esperanza y yo caminamos de un lado para otro, con los tres abrigos de invierno. Llevamos cuatro horas. Hemos ofrecido y nos han ofrecido cientos de veces. Mi brazo izquierdo está dormido, mi boca seca, mis ojos irritados, pero sigo mostrando a todo el que pasa mi mercancía. Las tres de la tarde. Esperanza está agotada. Un traficante se acerca. Mira mi abrigo detenidamente.

–¿Cuánto?

–Tres mil quinientos...

–¡Tres mil!

–¡Hecho!

Bajo el sol y entre el polvo, cuenta los billetes. Bajo el mismo sol y entre el mismo polvo, cuento los billetes... Sí... ¡Tres mil rublos!...

–Basta por hoy, Enrique.

–Sí, vámonos.

Hemos tomado el tren de regreso. De pie y casi sin poder movernos avanzamos hacia Moscú. De vez en cuando Esperanza me mira. Yo aprieto los billetes contra mi pecho y la miro para tranquilizarla. Son treinta minutos de tren.

Tengo la impresión de que debajo de mis pies, el piso arde. Respiro con dificultad y cuento mentalmente los minutos que faltan para llegar. En cada estación sube gente y más gente con sacos y cestos cargados de cosas. Y cada vez la presión es más brutal. Sobre las mismas caras de unos y de otros se respira, se tose, se estornuda. Un ciego rifa una caja de caramelos. Otro ciego canta lastimosamente. La gente duerme o come pepinos agrios, pan negro, pepitas de girasol... Y el tren avanza hacia Moscú. ¡Moscú! Ya en el hotel nos dejamos caer sobre las camas, mientras miramos el montón de billetes. Un día. Otro. Otra vez al mercado. Otra vez sol, polvo y sed. Otra vez horas y horas caminando de un lado para otro. Ofreciendo y ofreciéndonos. Regresamos. Tenemos siete mil rublos. Decidimos hacer el primer envío a mi madre: giramos tres mil quinientos. Ivanova me ha llamado por teléfono para que vayamos al Socorro Rojo Internacional a que nos den algo para el viaje. Hemos visitado al Presidente del Socorro Rojo, quien nos ha entregado una orden para su almacén. Nos han dado lo siguiente: a Alejandro, un par de zapatos y un traje; a Esperanza, solamente un corte de traje para que se lo haga; a mí, un traje y unos zapatos. Sólo nos son útiles los zapatos. Los trajes no nos sirven y no podemos utilizar el corte de traje de Esperanza, ya que no estamos en condiciones de pagar por la hechura mil o mil quinientos rublos.

–Esto no nos sirve, ciudadano –le decimos al empleado del Socorro señalando los trajes y la tela.

–Yo tengo orden de entregárselo.

–¿Y qué hacemos con ello?

–Eso es cosa de ustedes.

Seguimos visitando el mercado negro. Nuestro capital se eleva a diez mil rublos. Me siento contento: creo que podré asegurar a mi madre la tranquilidad económica durante algún tiempo. A las ocho de la noche ha sonado el teléfono: conferencia con Vladimirski, nos ha dicho la telefonista.

¡Es mi madre!

–Hijo, hemos recibido un giro tuyo de tres mil quinientos rublos... ¿Es que os vais?

–Todavía no, mamá... Nos faltan aún muchas cosas.

–¿Pero estáis bien?

–Sí, ¿y ustedes?

–Muy bien, hijo... Cuidaros... Y gracias por haberte acordado de tu madre.

–No la olvido, mamá.

–Me retiro... Tu cuñado quiere hablar contigo... Adiós, hijo...

–Adiós, mamá... Cuídese mucho...

Silencio. Tengo la impresión que sus últimas palabras las ha dicho entre lágrimas. Está segura de que nos marchamos. Pero no he querido hacer más dolorosa la conversación confirmándosele...

–Enrique –se oye la voz de mi cuñado como un murmullo.

–Ossola... Escucha... Contesta a lo que yo te diga sí o no solamente, para que mi madre no se dé cuenta de lo que hablamos... ¿Entendido?...

–Entendido.

–Nos vamos, Ossola... Creo que será pronto... Pero antes de decidir quiero preguntarte algo... ¿Crees que podréis salir todos?

–Sí.

–¿Me prometes que también sacarás a mi madre?

–Sí.

–¿Me lo prometes, Ossola?

–Sí.

–Gracias, Ossola... Cuida a todos mucho... Yo te mandaré uno de estos días más dinero... ¡Todo el que pueda!... Que no les falte nada hasta que salgan... ¿De acuerdo, Ossola?

–De acuerdo, Enrique.

Hemos cortado la comunicación y me he dejado caer sobre mi cama. Me parece estar oyendo aún la voz de mi madre, con su angustia contenida; me parece estar viendo sus ojos cansados de sufrir y ver sufrir, llenos de lágrimas... He hecho un esfuerzo para contenerme... Un gran esfuerzo porque grandes

son también mis ganas de llorar. Comienzan mis visitas a las Milicias. «Mañana, ciudadano». Hemos vendido todo y hemos enviado un nuevo giro de cuatro mil rublos a mi madre.

«Mañana, ciudadano».

«Mañana, ciudadano».

«Mañana, ciudadano».

El sol se ha despedido de Moscú hasta mayo de 1946. Moscú se ha quedado triste. La gente ha comenzado a sentirse envuelta por el frío y a hundirse en sus casas en busca de calor. Nuestro frío es más frío que nunca... La gente, cuando voy por la calle, me mira con curiosidad... Camino sin abrigo, con el cuerpo inclinado hacia delante y las manos en el bolsillo. «Mañana, ciudadano»... «Mañana, ciudadano»... «Mañana, ciudadano»... La nieve azota las casas y las gentes. El invierno parece mirarnos y sonreír. Nosotros tiritamos. Y cada noche nos preguntamos unos a otros: «¿que dirán mañana?...». Y el eco de lo tantas veces oído parece resonar en esta pequeña habitación llena de tristeza:

«Mañana, ciudadano».

«Mañana, ciudadano».

XI

6 de octubre.

«Mañana, ciudadano».

Hemos recibido los documentos con los visados de salida. Hemos abandonado las Milicias llenos de alegría. Nos hemos dirigido rápidamente al Consulado americano.

El vicecónsul, S. Roger Tyler, Jr., mira nuestros documentos. Después sale. Cuando regresa su gesto ha cambiado.

–Pero ¿a usted no le negaron la visa de tránsito por los Estados Unidos por comunista?

–Cierto... Pero fue la otra vez.

Mira a la secretaria, la muchacha fea y pelirroja, que después nos mira a nosotros, enciende un cigarro y fuma pensativo. Pide el expediente nuestro y cuando se lo traen lo revisa minuciosamente. Pasan minutos y minutos. Nosotros no apartamos la vista de él y del expediente. Mister Tyler, Jr., está preocupado. Nosotros también. En el reloj del despacho dan las doce. La muchacha fea y pelirroja nos mira y sonrío. Nosotros la miramos sin sonreír.

–Bien –dice al fin míster Tyler, Jr–... Si el gobierno americano les ha concedido la autorización de tránsito, yo no tengo derecho a negársela.

–Gracias, míster Tyler –respondo por decir algo.

Ha abierto un cajón de su mesa de despacho y ha sacado un libro: la Biblia. Lo ha abierto por no sé dónde y me ha mirado. He comprendido y le agradezco su delicadeza.

–¿Promete usted, señor Castro, decir la verdad?

–Sí.

–¿Es usted miembro del Partido Comunista de España?

–Lo era.

–¿Cómo es eso?

–El Partido Comunista está en España y yo estoy aquí.

–Comprendo... ¿Es usted miembro del Partido Comunista Ruso?

–No.

–¿Por qué?

–Porque soy extranjero.

–También Dimitrov.

–No... Dimitrov adquirió en 1934 la ciudadanía soviética.

Se ha sonreído. Ha sonreído también la muchacha pelirroja. Hemos acabado por sonreír nosotros. Ahora pregunta a Esperanza. Por último, a Alejandro. Y nos da a cada uno una certificación de tránsito. Y abandonamos la Embajada de Estados Unidos llenos de alegría... ¡Al fin!... Esperanza y Alejandro, se dirigen al hotel; yo, a la Embajada Mexicana. Me recibe don Narciso.

–¿Qué hay de nuevo, amigo Castro?

–Todo arreglado. Sólo quería solicitar una carta para el Intourist con el fin de que me den los billetes rápidamente.

Me ha mirado. Yo le estoy mirando desde que comienza a hablar. Espinosa hace la carta. La firma Bassols. Después me da otra carta para el Banco de la U.R.S.S., para que me den un cheque por los setecientos cincuenta dólares que Bassols recibió de mi familia. Llevo la carta al Intourist. Después recojo en el Banco el cheque. Esperamos tan sólo los billetes.

Hoy, mirando y mirando nuestros documentos, hemos observado que en el mío en vez de poner Enrique Castro Delgado, han puesto Enrique Castro Olgado. Al principio no le he dado importancia. Mas Esperanza ha insistido en la necesidad de que regresara a las Milicias a que corrijan la falta.

–Es posible que de esta forma no lleguemos a Odessa.

He temido una última estratagema para sacarme de Moscú e impedir que llegue a Odessa. Otra vez en las Milicias. Hablo con

la funcionaria y la explico el error. No dice nada. Toma los documentos y me dice:

–Vuelva usted dentro de dos o tres días.

–¿No es posible antes?

–No.

Pasaron los tres días. Y cuando regreso a las Milicias me encuentro con un gesto más hostil que nunca, una mirada llena de odio que se clava en mí desde que entro hasta que llego ante ella: la de esta funcionaria gris y fría, que vengo viendo desde que llegué a Moscú.

–¿Está mi documento, ciudadana?

–No.

–¿Quiere usted preguntar al «nachalni»?

–No están en su poder sus documentos. Vuelva dentro de unos días.

Hemos tenido que devolver los billetes del tren, perdiendo el veinte por ciento de su importe. He ido a ver a Ivanova a un edificio que hay detrás de la casa central de la N.K.V.D. Ivanova me ha presentado a Vilkov, el que fuera en tiempos secretario de la organización del Partido Bolchevique en la Komintern. Vilkov me ha llevado hasta un teniente coronel de marina lleno de condecoraciones.

Me ha mirado fijamente.

–¿Qué le pasa a usted, camarada Castro?

Le informo de todo lo ocurrido con mis documentos.

–Bien, camarada Castro, yo me informaré.

Acudo a las Milicias mañana y tarde. Unas veces me dicen: «dentro de dos horas»; otras: «venga usted mañana». Y pasan los días y aumenta nuestra desesperación. Hablamos una y otra vez de qué es lo que podemos hacer, pero no hay ninguna iniciativa original y que garantice el éxito. Hoy he ido a ver al presidente del Socorro Rojo. Me ha recibido con una gran cordialidad y me ha preguntado cuál era el motivo de mi visita. Le informo y le ruego que intervenga para acelerar los trámites. Me sonrío y toma el teléfono.

Marca un número y comienza a hablar. Le veo palidecer y palidezco también.

–Camarada Castro; ¿quisiera usted salir por unos minutos?... No me es cómodo hablar estando usted presente.

He salido a la antesala. Intento distraerme contemplando cómo una de sus secretarias extiende con el dedo un poco de manteca en un pedazo de pan negro. Sigo intentando entretenerme viendo como mastica y mastica, viendo después cómo se pasa la lengua por los labios, cómo la vuelve a pasar, por último, por sus diez dedos. Se abre la puerta del despacho del Presidente del Socorro y me manda pasar. Está pálido y nervioso. Me hace una indicación para que me siente. Me

siento. Me ofrece un cigarro. Toma otro. Cuando me acerca la cerilla para que encienda, me doy cuenta que su mano tiembla...

–No puedo hacer nada, camarada Castro.

–¿Por qué?

–Su asunto no depende de mí.

–¿De quién depende, camarada?

–No lo sé, camarada Castro.

Cuando he salido a la calle, Moscú comienza a ser envuelto por las primeras sombras de la noche. Camino como si sobre mí llevara una carga de ochenta kilos. Tengo frío y tengo fiebre. Voy acercándome al «Lux». Y mientras avanzo penosamente hago esfuerzos por encontrar una posibilidad de romper esta resistencia que pretende encerrarme para siempre en este país de angustia...

–¿Qué? –me pregunta Esperanza.

–Nada.

–¿Nada?

–Peor que nada.

Y le cuento mi entrevista con el Presidente del Socorro Rojo. He vuelto a las Milicias.

–No hemos recibido aún sus documentos –me ha dicho la de siempre.

Han transcurrido varios días. Hemos entrado en octubre. El cielo, de un gris infinito, parece que de un momento a otro cubrirá Moscú de blanco. Hablo con las pocas gentes con las que puedo hablar de esto. Me escuchan en silencio y guardan silencio cuando termino de hablar. Sí. Lo sé. La N.K.V.D. y yo frente a frente. Era lógico. En un régimen policíaco, la última batalla hay que librarla con la policía. Otra vez ante el teniente coronel de Marina. Ante la N.K.V.D. misma.

–No depende de mí, camarada Castro.

–¿De quién depende, entonces?

–No lo sé, camarada Castro.

Un día. Y otro. Y todos iguales.

Mañana y tarde acudo a las Milicias. Mañana y tarde pregunto lo mismo. Y cada mañana y cada tarde recibo la misma respuesta. «No hemos recibido sus documentos, ciudadano».

Un día. Y otros días. Y todos iguales.

Entre los españoles que viven en el «Lux» se ha extendido el rumor, que no sé quién ha lanzado, de que: «Castro no puede salir. Le han recogido sus documentos después de ponerles el visado de salida y lleva días y días esperando, sin lograr que se los entreguen». Me han dicho que algunos se alegran. Lo

comprendo. Mi fracaso sería la mejor justificación de su cobardía. He comenzado a pensar en la necesidad de volver a dirigirme a Dimitrov. Sé que cada día voy forzando más y más la situación. Pero, ¿qué hacer? ¿A Stalin?

No, primero a Dimitrov. He consultado con Esperanza. Considera también que es peligroso, pero no cree que haya en este momento otro camino. Si, decididamente escribiré a Dimitrov. Comienzo.

«... El hecho de que el corregir una letra en mis documentos necesite días y días, me hace creer que ha sido utilizado como un pretexto para recogerme. He recurrido al Socorro Rojo Internacional. Su presidente me ha dicho que mi asunto no depende de él. He acudido a la Sección Extranjera del Partido Bolchevique, con quien usted me mandó estar en relación para todo lo referente a mi viaje. Y me han respondido lo mismo que en el Socorro: «Su asunto no depende de nosotros». ¿De quién depende, camarada Dimitrov? El ignorarlo me hace dirigirme a usted de nuevo. ¿Podía salir hace dos semanas y hoy ya no puedo? ¿Sirvió un pequeño error para que se diera un contraorden? No lo sé. Cada día es menos lo que sé de cuanto está pasando en relación conmigo. ¿Podrá usted resolver esta situación? ¿Tendré que dirigirme de nuevo al camarada Stalin? Le ruego que si depende de usted acabar con este estado de cosas, lo haga. Si no depende de usted, le ruego igualmente me indique a quién debo dirigirme».

He ido a llevarla al Comité Central. Espero. Mejor dicho, esperamos. Y lo hacemos en las peores condiciones. No tenemos ni mantas ni sábanas en las camas. Tenemos como

utensilios para comer, un cuchillo y una tetera para calentar el agua. Nuestra habitación parece una celda cualquiera de una mala cárcel. Y nosotros, nosotros gentes a punto de derrumbarse definitivamente.

14 de octubre. 15 de octubre. 16 de octubre.

La voz de Ivanova en el teléfono.

–Dígame, Ivanova.

–Mañana, sin falta, puede usted ir a las Milicias a recoger sus documentos... ¿De acuerdo?

–De acuerdo.

–Una pregunta, camarada Castro. ¿Tiene usted Bonos de los empréstitos al Estado?

–Sí, algunos.

–Vaya usted mañana al Banco del Estado a canjearlos por dinero. Después, preséntese en el Socorro Rojo, en donde tienen orden de cambiarle a usted una cantidad de dólares, no sé cuántos, para ayuda del viaje. Y si lo desea, mañana a las diez de la noche puede ir a despedirse del camarada Dimitrov.

A las diez de la mañana estoy en las Milicias. Me acerco a la mujer de siempre. Una sonrisa y una invitación para que entre en el despacho del oficial. Avanzo. Ella me abre la puerta y entro. Una habitación cuadrada y una mesa en el fondo. Detrás de la mesa un hombre joven, de uniforme. Y en la pared que

hay detrás de él, varios retratos: Stalin, Beria. Se levanta y me estrecha la mano.

Ahora me sonrío.

–Siéntese, por favor, camarada Castro.

Me siento. Con mucho ceremonial abre uno de los cajones de la mesa y saca unos papeles: ¡mis documentos! Me mira sonriente. Ahora toma un sello y lo estampa en la tercera página de mi carta de identidad. Escribe. Pone otro sello. Otro más. Y con la mejor de sus sonrisas me lo entrega.

–Buen viaje, camarada Castro.

Gracias.

Y salgo. Sin mirar a la empleada que hoy me descubrió que sabía sonreír; sin mirar a chinos, polacos, checoslovacos, franceses, húngaros, etcétera, que esperan recibir los documentos para regresar a sus países. Sin mirar al guardia que se escupe en los dedos y después se atusa los bigotes. Sin mirar a nadie. Llego al hotel y enseño a Esperanza el documento. Me mira. Y salimos.

Primero al Banco. De los miles y miles de rublos que durante siete años me sacaron en los «empréstitos voluntarios», sólo me quedan 2.000 rublos. El resto de los certificados de aportación me los fueron recogiendo «voluntariamente». En el Banco, dos horas; dos horas viendo escribir a un hombre con un dedo de una sola mano. Al fin recobro los dos mil rublos. Tomamos un tranvía y llegamos al local del Socorro Rojo

Internacional. Llenamos una petición. La petición va pasando de mano en mano. Santi, el representante español en el Socorro, coge por fin nuestra petición y la pasa al Presidente para que la firme. Nos la entrega y nos envía a otro despacho. Doy 1.300 rublos.

Me entregan 120 dólares. Y abandonamos el Socorro Rojo Internacional. Esperanza va a la embajada mexicana a solicitar de don Narciso una nueva carta para el «Intourist». Yo no quiero volver a verle. Cuando regresa no puede disimular su mal humor. Don Narciso, como siempre, se ha resistido cuanto ha podido. Con la carta vamos al «Intourist». Mañana a las diez podremos recoger los billetes. A las nueve y media de la noche abandono el «Lux» y me dirijo hacia las oficinas del Comité Central del Partido Bolchevique. Camino sin prisa y sin angustia. Hoy no es como la otra vez. Voy dejando detrás de mí lo tantas veces visto. Y llego ante el Pabellón B.

–Enrique Castro.

–Pase, camarada.

–Enrique Castro.

–Pase, camarada.

Unos golpes en la misma puerta de hace quince meses. Se abre la puerta y aparece la figura del mismo hombre de entonces.

–Adelante, camarada Castro.

Entro y me siento. Diez minutos después suena un teléfono y uno de los secretarios lo toma.

–Puede usted pasar, camarada Castro.

Y paso. Y en el fondo como la otra vez, Dimitrov. Junto a él, Mirov. Pero no, es el Dimitrov ruso que viera antes: Dimitrov se ha disfrazado de búlgaro. Está mucho más delgado, y se ha dejado un bigote que me recuerda el de los campesinos de su país. Sin duda que Dimitrov no tardará en regresar a la que todavía afirma que es su patria. Y quiere llegar lo más parecido posible a como salió. Nos estrechamos las manos.

–¿Cuándo se va usted, camarada Castro?

–Mañana.

–¿No hay ninguna dificultad?

–Ninguna... que yo sepa...

Sonríe. Sonríe Mirov. Sonrío yo. Se levanta y comienza a pasear. Pasea más lentamente que nunca, más encorvado que nunca. Y he observado que cuando habla lo hace con gran dificultad y venciendo una enorme fatiga, que a veces parece que va a asesinarle.

Mi cabeza gira a un lado y otro. Sigue paseando. Vuelve a su silla y me mira fijamente.

–No olvide, camarada Castro, al mundo que vuelve. No olvide tampoco que ese mundo está lleno de enemigos, que iniciarán

sonsacarle, que intentarán aprovechar cuanto usted diga para utilizarlo contra la Unión Soviética... ¡Preste usted atención, camarada Castro!... No vea a Hernández, camarada...

Le miro sin contestar.

–Y procure ver a los camaradas del Partido Comunista de España.

–¿Para qué, camarada Dimitrov?

–Usted sabe... Véalos.

Le miro sin contestar.

Se levanta.

–¿Un abrazo, camarada Castro?

Nos abrazamos. Y regreso por el mismo camino. Sus secretarios se levantan y me saludan. El oficial que está de guardia en el pasillo se levanta y me saluda. Los oficiales que están en la puerta me saludan... Llego a la calle... Me sonrío y escupo...

Saldremos mañana día 19.

XII

Mi último día en Moscú.

He recibido varias visitas de españoles que han venido a despedirse de nosotros y a darnos algunas cartas para sus familiares. Se han ido. Escribo a mi madre. Y escribo una carta a José Antonio Uribe, representante del Partido Comunista de España en la U.R.S.S., notificándole, entre otras cosas, lo siguiente, «... Es muy posible que después de mi marcha, contra mí se vuelva la infamia y la calumnia»... «Quiero comunicarte, por tanto, todas las gestiones realizadas para mi marcha a México». Hago un amplio resumen... «Todo cuanto te digo lo pueden confirmar Stalin, Molotov y Dimitrov». Y se la envío. Las diez y media de la noche. Con nosotros, Antonio Cepeda y José Tuñón, los que algunos años después intentarían abandonar el «paraíso socialista», ocultos en las maletas de un diplomático argentino, y cuya empresa, al parecer, les costó la vida al ser descubiertos.

Ellos permanecen en silencio en espera de la hora de partir. Yo les miro en silencio. Comprendo su tragedia, porque ha sido la mía durante siete años. Pera no intento consolarles. No es necesario tampoco. Sé que en ambos existe la decisión de salir de aquí, como sea y cuando sea. Y sé que es tan firme su decisión que nada ni nadie les hará desistir de ella. Las once de

la noche. Nos ponernos en pie. Tomamos los cuatro bultos de que consta nuestro equipaje y abandonamos la habitación 224. Y sin hablar llegamos hasta el portal. Entregamos la llave al que pide los «propus». Y salimos a la calle: Moscú es una ciudad envuelta por la oscuridad y el silencio. No sé si duerme o medita; no sé si maldice o sueña.

–Os acompañaremos hasta la estación –dice Tuñón.

Y avanzamos hacia el Metro... Y llegamos a la estación... Y tenemos la impresión de que hemos entrado en un inmenso dormitorio de mendigos... En el andén poca gente: algunos empleados, algunos viajeros y un agente de la N.K.V.D. que viene siguiéndonos desde el hotel... Y el tren 6633. Subimos al vagón 71. Tenemos un compartimiento para nosotros solos: el número 3. Colocamos nuestros bultos y salimos a la plataforma. Desde el andén, Cepeda y Tuñón nos hablan. Desde un poco más lejos el agente de la N.K.V.D. nos mira. No temo por nosotros. Tengo miedo por Tuñón y Cepada.

–¿Habéis visto aquel tipo que nos viene siguiendo desde el hotel?

Cepeda mira de reojo.

–Sí, lo hemos visto.

Tuñón y Cepeda miran el enorme reloj de la estación. Yo, cuando puedo mirar sin que ellos me vean, lo hago también. Ellos sienten que camine tan deprisa. Yo lamento que camine tan despacio. Los empleados empiezan a moverse con más rapidez. Una bocanada de vapor sale de la máquina. Un

inmenso gemido parece extenderse por el andén y luego dirigirse hacia Moscú. Nos abrazamos en silencio. Y el tren comienza a deslizarse suavemente. Agitan sus manos al mismo tiempo que van empequeñeciéndose sus figuras. Agitamos nuestras manos. Detrás de ellos, como una figura sin alma, el hombre de la N.K.V.D. nos mira... Ya sólo veo dos pañuelos y tres sombras. Ya ni sombras ni pañuelos. El tren se ha hundido en la soledad. Delante de nosotros la noche como un muro negro que fuéramos horadando. Detrás unas lucecitas que nos indican que allí está Moscú. Sigo mirando durante unos minutos. Mirando la oscuridad. Mirando las lucecitas cada vez más pequeñas.

–¿Llegaremos? –me pregunta Esperanza.

No contesto. Pienso en lo que queda detrás de nosotros: «¡El socialismo!»; millones de hombres y mujeres a los que cada día cuando tienen hambre y miran al Partido de la «sociedad sin clases», al Partido de la «felicidad del hombre», oyen una voz, otra voz, muchas voces que les dicen: «Seguid, que avanzaremos hacia el comunismo». Que cada día cuando tienen frío y miran al Partido de la «sociedad sin clases», al Partido forjador de la «felicidad del hombre», oyen una voz, otra voz, muchas voces que les dicen: «Seguid, que avanzaremos hacia el comunismo». Que cuando muestran sus harapos al Partido de la «sociedad sin clases», al Partido forjador de la «felicidad del hombre», oyen una voz, otra voz, muchas voces que les dicen: «Seguid, que avanzamos hacia el comunismo». Los que miran al Partido son el noventa por ciento: el pueblo. Los que le dicen «Seguid...» son el diez por ciento. Y entre ellos, entre ese noventa por ciento que avanza

hambriento, con el frío pegado a carnes y cubierto de harapos, marchan también cuatro mil españoles. Los que llegaron hombres avanzan como ancianos; los que llegaron niños, llevando a cuestas su tuberculosis, la sífilis, la desesperación y un odio que les hace robar y a veces matar. Llegaron para ser educados por el «socialismo». Y han sido educados: hay ladrones, prostitutas, vagos y sólo unos poquitos, muy poquitos, que son algo aislados en este mundo de espanto... Y no faltan los que no caminan: los que se consumen en las cárceles por no haber querido aguantar el hambre ni esperar la muerte cargados de resignación. Ayer les hablaban del cerco capitalista. Hoy les hablan de los invasores alemanes. Mañana volverán a hablarles del cerco capitalista. Esperanza y Alejandro duermen. Yo sigo pensando. Pego mi cara a los cristales y veo un muro de sombras a unos cuantos metros de mis ojos. Marchamos entre sombras, pero vamos alejándonos de una noche inmensa de siete años. Me acuerdo de Vladimírski. La estación de Bryansk... Esqueletos de casas y hombres. Y sombras que se acercan y se alejan del tren. Y en el tren que se aleja de Bryansk. Me aparto de la ventanilla y miro. Alejandro duerme. Esperanza duerme. Sus labios se mueven. La angustia no ha terminado, aunque vamos escapándonos de ella. Dejo de mirarla y recuesto mi cabeza sobre el respaldo del asiento. Quisiera dormir y no quisiera. Ante mí se alza la silueta de aquel hombre sin alma que miraba y miraba desde el andén de la estación de Moscú. Quisiera dormirme para olvidarme de ella. Y no quisiera dormirme para clavar en ella mis ojos en un intento por descubrir todo lo que aún no sé de este mundo que, fuera de aquí, muchos creen un mundo feliz. Cada vez siento más débil el ruido del tren. Más. Más débil aún. Miro a Esperanza. Y siento que voy dejando de verla.

* * *

Otra vez el día. Otra vez la noche. Otra vez el día.

Allá lejos las primeras casas de Odessa. Entramos en los suburbios de esta vieja ciudad. Batallones de prisioneros alemanes marchan formados para dispersarse entre los escombros de los edificios destruidos y comenzar su faena de todos los días. Los pasajeros comienzan a salir al pasillo del vagón en el que amontonan sus equipajes. Nosotros dejamos el compartimiento número 3. Salimos también al pasillo con nuestros «equipajes». El tren va aminorando su marcha. Se detiene. Abandonamos el vagón 71 del tren 6633. Delante de nosotros una muchedumbre inmensa se agita. Trabajosamente vamos abriéndonos camino. Al fin dejamos atrás un montón de ruinas, de mendigos y soldados y salimos a la calle. Delante de la «estación» muchos automóviles militares que sus conductores convierten de vez en cuando en taxis. Nos acercamos a uno.

–¿Cuánto al «Hotel Londres»?

–Cien rublos.

–Vamos.

Se detiene ante el hotel. Descargamos los bultos y con ellos avanzamos hacia el edificio que recuerda la Rusia de ayer. Nos acercamos a la encargada del registro. Es una mujer joven. Nos recibe con una sonrisa en los labios.

–¿No tendrá usted habitación para tres personas?

–¿Van a embarcar?

–Sí.

–Hasta la una de la tarde no podré darles habitación. Pero pueden dejar su equipaje aquí y pasar al comedor a desayunar... ¿De acuerdo? –Termina volviendo a sonreír.

–De acuerdo. Muchas gracias.

Dejamos nuestros equipajes y regresamos. Nos conduce al comedor. Desayunamos y salimos al hall. Volvemos a acercarnos a la mujer de antes.

–¿Nos querría usted decir dónde tiene sus oficinas el agregado naval americano?

–Vive aquí. En el segundo piso. Pueden ustedes subir.

Subimos. Damos unos golpes en la puerta que nos han indicado. Gritan en inglés. Esperamos. Volvemos a llamar. Vuelven a gritar en inglés. Esperamos. Después de unos minutos se abre la puerta y aparece ante nosotros un hombre delgado y viejo, en mangas de camisa. Yarn H. Harshau.

Habla Esperanza.

–¿Es usted el agregado naval americano?

Apenas entiende ruso. La pregunta debe ser repetida tres o cuatro veces. Después de media hora nuestra entrevista

termina. A Odessa no llegan barcos americanos. No se sabe nunca cuándo saldrá un barco soviético que nos lleve a Constanza. Y contamos con su ayuda para cuantas dificultades surjan. Éste es el resumen de media hora de hablar y hablar y medio entenderse. Cuando bajamos, la encargada del registro nos da las llaves de una habitación que ha quedado libre. Salimos a la calle. Delante de nosotros, el puerto: casas, grúas, barcos, marinos, soldados y obreros. Nos acercamos. Delante de nosotros una estatua de Pushkin desconchada por la metralla. Allá lejos el petrolero «Moscú». Damos vueltas por la ciudad. Odessa es una ciudad tan vieja como bella. A pesar de que la mitad de ella está destruida, las calles y las casas están limpias, extraordinariamente limpias. Mucha gente en las calles.

Andamos de un lado para otro mirando los escaparates, las carteleras de los cines y del magnífico teatro que está detrás del hotel. En un pequeño puesto de tabaco compro cuatro paquetes de cigarrillos ingleses y americanos. Regresamos. Comemos. Volvemos a salir.

22 de octubre. El agregado naval americano nos ha llamado para advertirnos que embarcaremos a las cinco de la tarde en un petrolero ruso que nos llevará a Constanza. En vista de ello decidimos girar a mi madre todo el dinero que traemos y que ya, a excepción de doscientos rublos, no nos hace falta. Vamos a Correos y giramos tres mil rublos. A las cinco pagamos la cuenta del hotel y esperamos. Nos recoge el coche del capitán americano. Detrás de nosotros viene él en otro coche. Avanzamos por unos caminos muertos. Un centinela con el fusil al hombro nos detiene. Nos apeamos y descargamos

nuestros equipajes. Del coche que venía detrás desciende un viejo apoyándose en unas muletas. Esperamos. A doscientos metros de nosotros, un barco inmóvil: el petrolero «Moscú». Pasa media hora. Del barco desciende un marinero que se acerca a nosotros. Podemos pasar. Tomamos nuestros equipajes y avanzamos. Subimos por una empinada rampa. Un marinero nos lleva hasta el comedor.

–Aquí –dice.

Dejamos nuestros equipajes en un rincón y nos sentamos. Una hora, otra... La noche envuelve a Odessa y al «Moscú». Salgo a cubierta. Cientos de luces brillan a lo lejos, en la curva montañosa que rodea al puerto. De vez en cuando, bengalas que se clavan en el espacio y que iluminan el puerto por unos segundos. Pocos viajeros. Nosotros, algunos marineros de la flota de guerra que regresan a Constanza, un capitán del Ejército Rojo, al que le molesta que no se hable en ruso, el viejo de las muletas, la muchacha austríaca que regresa a Londres y un ruso vestido de civil, con una máquina fotográfica colgada del cuello...

A las dos de la mañana nos despierta un ruido de voces y un aluvión de gente que entra en el comedor, convertido en dormitorio, y en el que dormimos en una gran cama colectiva: el suelo. Comprobación de documentos. Primero pasan los miembros de la tripulación, que enseñan su documento de identidad, su carnet de navegación, su carnet del partido y, por último, su carnet del sindicato. La N.K.V.D. trabaja minuciosamente. Cada documento pasa por muchas manos y muchos ojos que miran y miran. Y por entre toda esta gente

que mira los documentos pasea un hombre de unos cuarenta años, sin uniforme, al que todos miran con respeto y al que todos consultan ante cualquier duda.

Terminan con la tripulación. Comienzan con los pasajeros. Entregamos nuestros documentos y esperarnos. Nos toca a nosotros. El hombre que parece el jefe mira cuidadosamente cada uno de ellos. Creo que los tres respiramos trabajosamente. Levanta la cabeza y dice:

–¿Quién es Enrique Castro?

–Yo –digo acercándome.

–¿Españoles?

–Sí.

–Republicanos españoles, ¿verdad?

–¿Cuál es su equipaje?

–Éste –respondo señalando los cuatro bultos.

Se acerca. Los abrimos y mira. Sobre todo mira los libros. Levanta la cabeza, nos contempla durante unos segundos y se aleja. Respiramos. Llegamos el turno a los otros pasajeros.

El ruido de sirenas, de grúas y de las máquinas del «Moscú» se va debilitando. No es que cese la vida en el barco ni en el puerto. Pero nuestro cansancio comienza a aislarnos del

mundo. Cuando me despierto, la tierra rosa es una raya negra en el horizonte. Mar y mar.

Termina el día. Hemos visto comer tres veces a la tripulación; por la mañana un plato de patatas cocidas, un pedazo de pan negro y un vaso de té; por la noche, un plato de patatas cocidas, un pedazo de pan negro y un vaso de té. ¿Nosotros? Ni patatas cocidas. Ni pan negro. Ni té. Comienza la noche. Cada uno de nosotros limpia con lo que puede el suelo y se acuesta. El ruso de la máquina fotográfica abre su maleta, saca un pijama y se va. Vuelve al poco tiempo, saca un cepillo, cepilla el traje, saca un gancho, coloca la ropa, lo cuelga y se echa en el suelo.

La noche se extingue.

Luces verdes y rojas. Una canoa que se acerca y un hombre que grita. Gigantescas moles negras a un lado y a otro del «Moscú». El «Moscú» reduce su marcha. A nuestra derecha un muelle solitario, grandes tuberías de conducción de petróleo, y un soldado rumano que se pasea lentamente de un lado para otro y un semicírculo de luces: Constanza. Los marinos de la flota de guerra saltan rápidos a tierra con unas maletas de madera que parecen estar vacías. Uno de ellos, alto con unos enormes bigotes, me recuerda a los mariscales del acorazado «Potemkin». Quedamos en el barco nosotros tres, el viejo de las muletas, la muchacha austríaca y el ruso de la máquina fotográfica. Unos obreros introducen por los costados del «Moscú» unas enormes mangas que sostienen con numerosos soportes de madera: La U.R.S.S. se cobra en petróleo. Nosotros esperamos, paseando de un lado para otro. El viejo de las

muletas, ciudadano americano que fue en 1939 a Polonia a visitar a sus hijos, que fue «liberado» por el Ejército Rojo y que pasó cinco años en Siberia, nos ha dicho que el agregado naval americano vendrá a recogernos a la una de la tarde. Las doce. Un representante del «Intourist» viene y recoge al hombre de la máquina fotográfica. Poco después regresa y se lleva a la muchacha austríaca a un barco inglés que zarpará dentro de unas horas. A las tres viene el representante naval americano y se lleva al viejo de las muletas. Nos promete que a las tres y media nos recogerá a nosotros y desaparece en su pequeño «jeep». No tenemos paciencia para esperar en el barco. Tomamos nuestros bultos y saltamos a tierra. Y nuestros ojos se clavan en el camino por el que el «jeep» se perdió. No estamos tranquilos. De este muelle se puede desaparecer tan fácilmente como de Moscú.

«¡Por allí viene!».

Una carrera loca de veinte minutos y el costado inmenso de un barco gris de cuyo vientre cuatro grúas sacan miles de toneladas de material: es el «William Bradford». Hacemos ademán de tomar nuestro equipaje y el agregado naval nos detiene con el gesto. Dos oficiales toman nuestros bultos y comienzan a subir por una rampa. Detrás, nosotros. Subimos y subimos. Un pasillo. Otro. Una escalerita. Se detienen delante de una puerta. Uno de ellos la abre. Dejan los equipajes. Nos miran, sonríen y se van. Entramos... Cerramos la puerta y comenzamos a mirar sin pronunciar palabra... Un camarote pintado de blanco con dos camas, una sobre otra, un precioso lavabo, toallas blanquísimas, jabón, pasta para los dientes, aquí un ventilador, a este otro lado una mesita empotrada en la

pared, en cada cama una luz, en el centro del camarote otra, encima del lavabo otra. Abrimos las camas: ¡ropa limpia!... ¡ropa limpia!... Nos dejamos caer en una de ellas, que se hunde suavemente bajo nuestro peso... Nos miramos. Sonreímos... Nos llaman. El comedor. Enfrente de nosotros, el viejo americano de las muletas. Nos sentamos. Comienzan a poner delante de nosotros comida y más comida; jugos de fruta, pan blanco, sopa, carne, manteca, queso, fruta, café... ¡Estamos cansados! ¡Estamos enfermos! Siete años en el «país del socialismo» redujeron nuestro estómago sin que nos diéramos cuenta. A las siete y media me suben un cartón de tabaco americano; pago un dólar y medio. Fumamos. Desde nuestro camarote vemos Constanza envuelta en luz. A las diez de la noche comienzan a oírse disparos en el puerto. No se sabe cuándo saldremos. Otro día. En las operaciones de descarga participan obreros rumanos vigilados por soldados checoslovacos. Son ruinas humanas que parece que van a hundirse en la tierra bajo el peso de los sacos de trigo americano. De vez en cuando uno u otro suben a cubierta, se acercan a unas enormes cubas en donde se tiran los desperdicios y escarban: no parecen hombres, parecen perros hambrientos. Dejo de mirarlos y me fijo en los barcos que abandonan el puerto: los barcos rusos parecen que van a hundirse de un momento a otro, tal es el peso del petróleo rumano que se llevan. Los barcos americanos marchan a un puerto de África francesa a tomar lastre. Miro a otro lado. A mi derecha, casi hundidas en la tierra, doscientas o trescientas máquinas y unos doscientos soldados rojos que las limpian afanosamente. Preparan su embanque para un puerto ruso. ¿Será el petróleo el precio de la «Orden de la Victoria» que el

Soviet Supremo concedió al rey Miguel de Rumania por su participación en la victoria sobre los alemanes?

Un día.

Otro más.

He comprado una máquina fotográfica alemana y me dedico a sacar fotografías desde la cubierta del barco. He fotografiado todo, a los obreros rumanos, a las máquinas rumanas, a los soldados rusos, a los barcos rusos...

Otro día.

Otro más.

El capitán del barco me ha comunicado que no podemos salir en el «William Bradford». Ha llegado una expedición de soldados americanos que regresan a su país y tienen prioridad. Al notar la impresión que me han producido sus palabras, me tranquiliza:

–No tenga cuidado. De este barco iré directamente a otro barco americano. No tenga cuidado.

Vienen a recogernos con un automóvil. Otro barco americano. «Le Baron Russell Briggs». El capitán del barco es un hombre viejo que nos ha recibido con extraordinaria cordialidad. El mayordomo es un vasco. Elorduy, naturalizado americano, que se desvive por atendernos. ¡Estoy contento! Hoy hemos tenido que pagar el pasaje. No eran setecientos cincuenta dólares, como se nos había dicho en la embajada

americana en «Moscú», sino ochocientos sesenta y dos con cincuenta. La noticia no ha sido muy agradable. Nos quedan ochenta dólares hasta llegar a Nueva York y recibir dinero de nuestros familiares para llegar hasta México. Tampoco ahora sabemos cuándo partiremos. Pasan los días. Todos los días iguales. Constantemente miramos las bodegas del «Le Baron Russell Briggs». Ansiamos que lo despojen de su carga para poder salir. 7 de noviembre. He bajado a tierra. La falta de documentos la he sustituido por la audacia y pasando por delante de la policía del puerto fumando un cigarrillo americano. Tengo interés en ver el siete de noviembre en Constanza. Quiero saber cómo festejan los obreros rumanos la Revolución de Octubre, después de haber sido «liberados» por el Ejército Rojo.

Sol y gente en las calles. En la calle principal unos cuantos hombres bien vestidos, con unos brazaletes rojos en el brazo izquierdo, intentan formar una manifestación con gentes que parecen haber traído de los pueblecitos cercanos y que se mueven asustadas. Hay muchos carteles. He ido leyéndolos. Con mucho trabajo. No he visto ninguno que diga «Viva Rumania Libre». Los manifestantes comienzan a marchar. La fila se estira y se encoge. Unos se pisan a otros. Los organizadores gritan. Los organizados los miran y bajan los ojos avergonzados. La manifestación se ha perdido... Sigo caminando. Altavoces. Me acerco. Es un cine. En la puerta, oficiales del Ejército Rojo controlan la entrada con su mirada de especialistas. Los altavoces gritan. Los comunistas rumanos hablan. Los agentes de la N.K.V.D. controlan. Por las aceras de esta calle pasea mucha gente. Miran hacia el cine y se miran.

Llevamos veinte días en Constanza. Frío y viento. Anochecer. Tres luces, blanca, roja y verde, señalan la entrada del puerto. Como todas las noches, el eco de las ametralladoras checoslovacas, que intentan contener el hambre de los rumanos.

Las bodegas del «Le Baron Russell Briggs» se han vaciado por completo. Los marineros, después de limpiarlas, las cierran y las cubren con una pesada lona... ¡Al fin!... Sí, hoy, a la una de la tarde, saldremos. Han llegado siete rusos. El de la máquina fotográfica, otro con su mujer, que dicen que va de embajador a Australia, un viejo que parece ser el jefe de la Delegación, un ingeniero con su mujer y su hija, con destino al Canadá, y una mujer como de unos treinta y cinco años que se esfuerza en parecer una mujer de gran mundo. ¿Qué nos importa ya? Los marineros comienzan a caminar precipitadamente por la cubierta del barco. Se espera de un momento a otro que llegue el práctico del puerto. Un remolcador aparece a lo lejos... Ya está junto a nosotros... Un hombre sube y llega hasta el puesto de mando del capitán. Un silbato comienza a dejarse oír. El ruido de las máquinas se hace más violento. El barco comienza a moverse. Tengo la impresión de que estamos parados de pie y que es la tierra la que se aleja de nosotros. Recostados en la barandilla de cubierta miramos a todos y todo lo que hacen. Más lejos... más... La boca del puerto... Fuera... Sí... Hacia alta mar... Esperanza y yo nos hemos mirado... Ahora Esperanza clava la vista en el horizonte, hacia donde queda la tierra rusa.

–«¡El socialismo!», Esperanza...

–Un inmenso campo de concentración, Enrique...

–... con tranvías, con trolebuses, con autobuses y un Metro con mármoles de todos los rincones del mundo.

–Un inmenso campo de concentración...

Nos callamos. Recuerdo mi fe enterrada en Moscú. No siento pena. He mirado Constanza, que va perdiéndose a lo lejos, y he respirado profundamente. Esperanza me ha mirado.

–¿Tienes un cigarro?

Fumamos. Un marinero canta.

La angustia ha terminado.



ACECA DEL AUTOR

Castro Delgado, Enrique (1907–1965). Dirigente comunista, activista y escritor.

Activista desde 1927, fue nombrado miembro del Comité Central del Partido Comunista de España (PCE) en 1933. Al iniciarse la guerra civil española, en julio de 1936, fue uno de los fundadores del Quinto Regimiento y su primer comandante, cargo militar que dejó en manos de Enrique Líster Forján en septiembre de 1936, pasando a ocupar el puesto de director general del Instituto de Reforma Agraria, por nombramiento del ministro de Agricultura, el comunista Vicente Uribe. En junio de 1937, como sustituto de Antonio Mije, fue nombrado

subcomisario general inspector del frente de Madrid, siendo después secretario general del Comisariado político para la guerra.

Al finalizar la guerra civil en 1939, huido desde Monóvar (Alicante) se exilió en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), formando parte en Moscú, junto a Francisco Antón, Vicente Uribe y Pedro Fernández Checa, del comité directivo de la Escuela Planiernaya, institución encargada de formar a los cuadros españoles del Partido. Como representante del PCE, fue miembro de la Komintern, y durante un tiempo secretario particular del –ya muy enfermo– secretario general del PCE José Díaz Ramos.

Tras el suicidio en 1942 de José Díaz en Tiflis (URSS) apoyó la candidatura de Jesús Hernández Tomás a dicho cargo, que finalmente ocupó Dolores Ibárruri, la Pasionaria.

En 1944, Jesús Hernández, afincado en México, fue expulsado del PCE. En mayo del mismo año Enrique Castro, estando en Moscú, fue expulsado del Comité Central por su apoyo a la candidatura de Hernández.

A su salida de la URSS en 1945, se unió en México al grupo de Hernández, formando parte del Movimiento Comunista de Oposición. Regresó a España en 1950, donde con el apoyo de los falangistas, escribió diversos libros de cariz netamente anticomunista, colaborando en los diarios El Español y el católico Ya, bajó el seudónimo de Jorge Manrique. Murió en Madrid.

Obras: *Balance y perspectivas de nuestra guerra*: discurso pronunciado en el Pleno ampliado del C. C. del Partido Comunista de España, celebrado en Valencia los días 5, 6, 7, y 8 de marzo de 1937, por el camarada Enrique Castro, Barcelona, Ediciones del Partido Comunista de España, Comisión Nacional de Agit–Prop, 1937; *La Vida secreta de la Komintern: cómo perdí la fe en Moscú*, Madrid, Ediciones y Publicaciones Españolas, 1950; *J'ai perdu la foi à Moscou*, Paris, Gallimard, cop., 1950; *Hombres made in Moscú*, Ciudad de México, Publicaciones Mañana, 1960.

Bibliografía: J. Estruch, *Historia del P.C.E. (1920–1939)*. Una síntesis histórica que constituye la primera aproximación crítica a la historia del P.C.E., Barcelona, Iniciativas Editoriales, El Viejo Topo, 1978; *Historia oculta del PCE*, Madrid, Ediciones Temas de Hoy, 2000 (col. Historia); M. Aznar Soler y J. R. López García (eds.), *Diccionario biobibliográfico de los escritores, editoriales y revistas del exilio republicano de 1939*, vol. 2, Sevilla, Renacimiento, 2016, págs. 37 – 38.

Antonio Gascón Ricao